

A close-up, low-angle shot of a man's face and neck, wearing a light blue dress shirt and a dark tie. The background is a dark, starry night sky. The man's expression is serious and contemplative.

MR. STAR

VIVE LA LEY DE LA PASIÓN,
HASTA QUE PIERDAS EL JUICIO

A wide-angle night shot of a grand, illuminated building with a central dome and multiple spires. In front of the building is a large, ornate fountain with water spraying upwards. The scene is lit with warm yellow lights from the building and cooler blue and green lights from the fountain. The entire scene is reflected in a body of water in the foreground.

ROSE GATE

MR. STAR



Vive la ley de la pasión, hasta que pierdas el juicio

Rose Gate

Copyright © 2019 by Rose Gate

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Carol RZ.

DEDICATORIA

A todos los que alguna vez han cargado a la persona que más quieren con sus errores del pasado.
A los que no se dieron la oportunidad de amar sin reservas y a los que sí lo hicieron, vaciando su mochila en el camino.
Porque las segundas oportunidades pueden dar paso al amor de nuestra vida. Solo hace falta dar un salto de fe, dejar la mente en blanco y abrir la puerta a lo desconocido.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[*Tetrapílogo*](#)

[Tu opinión me importa](#)

[Rose Gate](#)

[La Autora](#)

[BIBLIOGRAFÍA:](#)

AGRADECIMIENTOS

Este libro nunca habría sido lo mismo sin la inestimable ayuda de mi Yolanda García, a quién he dado la tabarra con todo lo referente a los asuntos legales, que no son pocos. Muchísimas gracias, Yoli, por haberme hecho un hueco y soportado.

Y, por supuesto, sin la persona que ha inspirado algunas de las mejores escenas del libro: Mi Esme particular. Gracias por darme tanto.

Gracias a mi familia, que siempre está ahí. A mis peques, que no dejan de preguntar por qué libro voy y hablan de mí con orgullo porque dicen que soy escritora. Y a mi marido por cuidarnos tanto y darme el tiempo que necesito para poder escribir.

A mis chicas Gate: Laura Duque, Nani Mesa, Esmeralda Fernández, Verónica Naves y Rafa Codina (él es chico Gate) por darme su opinión sincera, por nuestras discusiones, nuestras risas, nuestros «mira que me voy del grupo». Porque sois mi familia literaria, a la que quiero y en la que confío, hasta para que me lleven la contraria. Sois cojonudos y no os cambiaría por nada.

A mi Carol RZ, mi correctora, mi amiga, la que me calma cuando pienso que la he liado parda, la que me escucha y se ríe con mis locuras. Porque eres mucho seas pelirroja, rubia o morena. Te quiero, nena. (Sí he hecho una rima, con lo que a ti te ponen).

A mi mago, mi gran portadista, Kramer H. porque es imposible conectar tanto a tantos kilómetros de distancia. Solo por ello, creo en la magia.

A mi Mina de Caka: Anabel García, Tania Lighling-Tucker, Nani Mesa y Mila Parrado. Siempre presentes, porque sois unas tías cojonudas.

A mis administradoras de Rose Gate Adictas: Tania Espelt y Sonia Martínez, dos mujeres impresionantes con dos corazones enormes. Os requetequiero.

A mi ojo de águila, Marisa Gallén. Sabes que muero por tus mensajes, que te quiero y te adoro a más no poder.

A mis norteñas, mis chicas de Bilbao, un gran descubrimiento que no pienso perder: Anuska, Valeria, Luz, Alicia y Mónica. Sois la rehostia, chicas.

A mi Luz Anayansi Muñoz, Kathy Pantoja y al Aquelarre de Rose: Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López. Aunque estéis al otro lado del charco, os siento muy cerca.

A todos los que estáis viviendo esta serie tan intensamente llenándome de mil emociones, gracias.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los *indies* tengamos un lugar donde *spamear*. Muchas gracias.

A todos aquellos lectores que habéis querido aparecer en estos agradecimientos y habéis dejado vuestro nombre bajo el *post* de Facebook o Instagram:

Andy García, Amelia Segura, María García, Ana Guerra, Ana María Manzanera, Ana María Padilla, Ana Vanesa Marín, Ángela Martínez, Ángeles Merino Olías, Aurora Reglero, Beatriz Otriz, Carmen Pérez, Carmen Sánchez, Chari Horno, Chon Tornero, Cristina Iguño, Crazy Raider, Cristina Diez, Daniela Mariana Lungu Moagher, Eli Mendoza, Emi Herrera, Estela Rojas, Esther Barreiro, Esther García, Eva Suarez Sillero, Karito López, Juani Egea, Maite Sánchez, Mari Ángeles Montes, María Camús, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima Gonzalez, María Victoria Alcobendas, D. Marulanda, Mary Rossenia Arguello Flete, Marilo Jurado, Marimar Pintor, Marisa Gallen, Marisol Zaragoza, Marta Cb, Maru Rasia, May Del Valle, Mónica Martínez, Pamela Zurita, Paulina Morant, Pili Doria, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo, Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Sara Lozano, Sandra Arévalo, Lola Luque (sí Lola, eres tú, es un regalito de tu hija), Sonia Gallardo, Sylvia Ocaña, Verónica Cuadrado, Yojanni Doroteo, Ainy Alonso, Alejandra Vargas Reyes, Amelia Sánchez, Ana Cecilia Gutierrez, Ana Cecy, Ana de la Cruz, Ana Farfan Tejero, Ana García, Ana Laura Villalba, Anabel Raya, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Bertha Alicia Fonseca, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Pintos, Carmen Rb, Chari Horno Hens, Claudia Cecilia Pedraza, Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Cristi PB, Daniela Ibarra, Elena Belmonte, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Enri Verdú, Estefanía Cr, Eva Acosta, Eva Montoya, Eva Suarez, Fina Vidal, Fina Vidal, Flor Salazar, Fontcalda alcovero, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga, Gemma Arco, Gisèle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Irene Ga Go, Isabel Lee, Isabel Martin Urrea, Itziar Martínez, Jarroa Torres, Karla CA, Juana Sánchez, Karmen Campello, Kika DZ, Laura Ortiz Ramos, Linda Méndez, Lola Bach, Lorena de la Fuente Lourdes Gómez, Luci Carrillo, Lupe Berzosa, M Constanca Hinojosa, Magda Santaella, Luce Wd Teller, Maite Sánchez Moreno, Manuela Guimerá Pastor, Mar A B, Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Carmen Reyes, María Cruz Muñoz, María Giraldo, María González, María Fátima Gonzalez, Maria José Estreder, María José Felix Solis, Mariló Bermúdez, Marta Cb, Marta Hernández, Mary Pérez, Mary RZ, Massiel Caraballo, Maria Cristina Conde Gómez, Marisol Calva, Mary Paz Garrido, Mercedes Angulo, Mencía Yano, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Mónica Fernández de Cañete Montse Carballar, Montse Elsel, Montserrat Palomares, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relano, Oana Simona, Pamela Zurita, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Peta Zetas, Pilar Sanabria, Rocío Pzms, Rouse Mary Eslo, Rosa Arias Nuñez, Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Roxana-Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sara Sánchez, Sandra Cuccia, Shuliana Antonio Perez, Sulpicia Vulturi Sultana Yram (Mary Izan), Susana (Xavier Mallafre), Silvia Adarau, Susana de la Torre, Tania Lilo, Toñi Aguilar, Vanesa Martin García, Vanesha Salas, Vanessa Álvarez, Vicky Gómez, Victoria Alonso N, Victoria Amez, Wilkeylis Ruiz, Yasmina Sierra, Yolanda Lamas, Yolanda Morales, Zule Verón, Lily Zarzosa, Rocío Pérez Rojo, María Alejandra Gimenez, Itziar Martunez, Claudia Ibarra, Chanty Garay, Yenni Paola Pardo, Aurora Reglero, Pepi Ramírez, Wilkeylis Ruiz, Lorena Arbelaez, Encarna Prieto, Paqui Gómez Cardenas, Jenny Hugo, Sony González, Mari Carmen Peinado, Jenny Reyes, Liliana Freitas, Maleni Roman, Eve Romu, Begoña Llorens, Martha Cecilia Mazuera, Beatriz Maldonado, Lucía Zaldivar, Aldi Elisabeth Fernández, Chari Llamas, Ana Maria Manzanera, María José Félix, Ana Vanesa Martín, Klert Guasch, Yvonne Mendoza, Sandra Arévalo, Mari Sol Clava, Noelia Frutos, Gemma Arco, Ana Maria, Yasmina Sierra, Jarroa Torres (mi Ana), Isabelle Isa, Mary Carmen Carrasco, Josefina Paulino, Sonia Mateos, Elena Escobar, Ana Maria Laso,

Elena Pérez, Liliana Marisa Escarpino, María Ángeles Muñoz, Juani Martínez Moreno, Maite Sanchez Moreno, Analí Sangar, Nieves López, Almudena Valera, Ana Maria Padilla, Maria José Gómez Oliva, M^o Carmen Fernández Muñiz, Josefina Mayol Salas, Sara Sánchez Irala, Myrna de Jesús, Maite Bernabé, Beatriz Sierra Ponce, Toñi Jiménez Ruiz, Miryam Hurtado, Lola Aranzueque, Marcela Martínez, Catherinne Johana Uscátegui, Rebeca Catalá, Ana Moraño, Fati Reimundez, Maite LM, Juana Sánchez Martínez, Tania Castro Allo, Tania Iglesias, María González Obregón, Lucre Espinoza, Chari Llamas, Eva Lozano, Pepi Delgado, Martha Cecilia Mazuera, Mary Andrés, Yvonne Mendoza, Alexandra Rueda, Nieves López, Luz Marina Miguel, Pilar Boria, Ana Planas, Carmen Framil, Carmen Pintos, Karmen Campello, Paola Muñoz, Ana Gracia Jiménez, Irene Bueno, Ana FL Ysu página Palabra de pantera, Sylvia Ocaña, Arancha Eseverri, Nazaret Zaldivar, Yoli Pérez, Tahiri Mendez, Angustias Martin, Asun Molina, Pilar Gálvez, Fontcalda Alcoverro, Carmen L. Scott, Cristina Lineros, Eva Rodriguez, Conso Aranda, Annie Pagan, Elisabet Ponce, Almudena Escarmena, Bibiana Andrea Parra, Carmen Sánchez, Enri Verdú, Inma Miguez, Yolanda Benítez, Flor Salazar, Prados Blazquez, Kika Díaz, Patricia Muñoz, Jenny Reyes, Maria Angeles García Muñoz, Prados Blazquez, Gema María Párraga, Rosa Bayo, Rosa Moncayo, Yoli Gil, Merche Silla, Lis Muñoz, Charo Berrocal, Pili Ramos, Rosario Esther Torcuato, Sonia Casado, Elisenda Fuentes, Beatriz Durán, Florecita Guillén, Sonia Rodríguez, Alexa Blanco, Raquel Martínez, Sandra Cuccia, Maria A. García, Fina Vidal, Mary Cambra, Maribel Macía, Galoria Garvizo, Rosa Cortés, Fabiola Melisa Ahumada, Milagros Rodríguez, Mar A B, Raquel García, María Inmaculada Vacas, Susan Marilyn Perez, Yvonne Pérez, Sandra Arizmendi, Solanger Crocker, M Angeles Rufo, Yani Navarta, Lis Muñoz, Anabel Raya, Eva María Florensa, Yolanda Benítez, Nikiy Ramirez, Beatriz Jimenez, Yani Navarta, Rouse Mary Eslo, Laura Huerta, Elena Fuentes, Noe Saez, Oihane Sanz, Lenita Len, Beatriz Rivas, Rebeca Catalá, Mónica Herrera, Crusi Sánchez, Mari Carmen Sánchez Armas, Miriam Cordero, Consuelo Ortiz, Beatriz Calvar, Nuria Relaño, Sonia Gallardo, Maria Jose Estreder, Yenni Paola Pardo, Ale Osuna, Cristina del Moral, m. Eugenia Muñoz, Maria Angeles Caballero, Mary ANDRES, Ana FL, Gabriela CM, Nachy Pinto, Susana Ramírez, Dayssy Acosta, Lucre Espinoza, Pilualma Bueno, Toñi Gonce, Lidia Abrante, Rosario Esther Torcuato, Eugenia Ramirez, Ma Dolores Abadiano, Wilkelis Ruiz, Soledad Camacho, Amparo Soto, Ana María Alanis, Maria Teresa Esquivel, Pili Ramos, Amelia j-f, Rosa Carrasco, Inés Costas, Vanessa Álvarez, Jenny Vazquez, Brenda González, Shirley Solano, Annie Pagan, Carolina Ortiz, Juana Sánchez, Catherine Johanna Uccatègui, Yny Charry, Maria Jose Gómez Oliva, Mercedes Liébana, Cristina García, Bárbara Díaz, Nat Gm, Paqui De la fuente, Vanessa Aznar, Xintia Karen Flores, Laura Garcia, Ana Cecy, Liliana Marisa Scarpino, Arancha Eseverri, Vicky Gómez, Ana Torres, Elena Escobar, Milagros Rodríguez, Deni Teniente, Jenny Reyes, Silvia Brils, Sonia Rodríguez, Montse Suárez, Linda Mendez, Nathalie Belen Pozo, Loles Saura, Inma Bretones, Manuela Guimerá, Lis Muñoz, Almudena Álvarez, Ana Moraño, Begoña Espinosa, Britos Angy, Osiris Rodríguez, María Pérez, Juani Martínez, Abigail Gs,

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate adictas, que siempre estáis ahí.

Os quiero y espero hacerlos disfrutar.

Prólogo



Sangre, sangre roja por todas partes, su hedor perforaba mis fosas nasales y no lograba ubicarme. ¿Me había desmayado?

Traté de ponerme en pie, pero estaba descalza, lo que provocó que resbalara y volviera a caerme, embadurnándome todavía más en la rojiza espesura.

Giré la cabeza tratando de asegurarme de que solo se trataba de una pesadilla, no podía ser otra cosa. Los *old fashioned* que había bebido en la fiesta seguro que me estaban pasando factura y se trataba de un delirio fruto del alcohol.

Seguramente estaba durmiendo en mi cuarto, sobre mis carísimas sábanas de mil hilos de algodón egipcio y, en cuanto despertara, todo volvería a la normalidad.

A lo lejos escuché las sirenas, las voces irrumpiendo en el silencio de mi hogar. Las linternas revoloteaban como luciérnagas deslumbrándome con su gran potencia por completo. Traté de incorporarme y un dolor agudo me perforó la cabeza, las voces de los policías me dieron el alto pidiéndome que no me moviera.

Todo fue excesivamente rápido. Me vi esposada en un visto y no visto, levantada en volandas y con el abrecartas que mi padre me regaló a los dieciséis años cubierto de líquido bermellón abandonado en el suelo de mármol.

—Yo no he hecho nada, tienen que creerme. Él estaba ahí cuando llegué —murmuraba. Apenas tocaba el suelo mientras aquellos tipos me sacaban sin escuchar una maldita palabra de lo que estaba diciendo. Tenía la boca pastosa y el pulso errático—. Escúchenme, ¿es que no saben quién soy? —Si lo sabían, me ignoraron. Me metieron en la parte de atrás de un coche de policía y le dieron un par de golpecitos para que arrancara. No podía estar ocurriéndome eso a mí, ¡a mí! Esmeralda Martínez Castro, hija del prestigioso abogado Pedro Martínez Ceballos y ganadora del Premio *Influencer* del Año.

De ahí venía precisamente cuando el mundo decidió romperse en dos y enviarme al mismísimo infierno sin salir de casa.

5 minutos antes

Regresaba de la gala, que había terminado más tarde de lo que imaginaba.

Tenía el estómago revuelto de tantos *old fashioned*, mi bebida predilecta; sobre todo, por la cereza Maraschino que tanto me gustaba paladear al final de la copa.

Por lo menos habían caído cuatro, y es que Chiara, la vencedora del año anterior, no dejaba de invitarme para celebrar la buena nueva. Así terminé bastante perjudicada y entrando a casa descalza, pues no me veía capaz de seguir sobre mis Louboutin sin besar el suelo o partirme el cuello. Quizás hubiera sido mejor eso que no enfrentarme a lo que me esperaba dentro.

Marqué el código de acceso para entrar a la vivienda. Mi padre era un maniático de la seguridad y, además de cerrar con llave, activaba un código que bloqueaba la puerta, tanto para entrar como para salir. Por si fuera poco, lo cambiaba una vez cada quince días. Decía que sus clientes eran demasiado importantes y la documentación que guardaba en el despacho de casa, altamente confidencial. No se fiaba de dejarla en el bufete de paseo de Gracia, donde tenía su base de operaciones.

Nunca fui santo de su devoción y, si lo era, lo llevaba tan oculto que jamás me había enterado de ello.

Se separó de mi madre cuando yo tenía seis años. Era un adicto al trabajo, así que ella apenas le veía el pelo y yo tampoco. Toda su vida se resumía en dos cosas: trabajar para ser el mejor abogado de Barcelona y no decepcionar el buen nombre de su familia. De eso ya me encargaba yo.

Mis padres se enamoraron durante la carrera y se casaron sin el beneplácito de mis abuelos paternos. Creo que fue la única vez que mi padre les llevó la contraria, aunque fuera por un resbalón indeseado del que surgí yo.

Mi madre era preciosa, pero tenía dos defectos insalvables que los Martínez Ceballos no toleraban: era de un pueblo de Jaén y no tenía donde caerse muerta. Ellos, que casi tenían concertado el matrimonio de mi padre con la hija de los Peña.

Como era de esperar, el amor se agotó y, finalmente, el día de mi sexto cumpleaños, mi progenitora y yo regresamos a Bailén con una buena pensión compensatoria como regalo. «Este es el acuerdo para que no le falte nada. Fírmalo y seréis libres». Esas fueron sus últimas palabras.

Tras aquello, lo vi unas nueve veces en nueve años, además de una llamada en Navidad o en mi cumpleaños y una Visa que iba recargando para los regalos. Ese fue nuestro único contacto hasta que el destino quiso que en dos años perdiera a las tres personas que conformaban mi reducida familia, mis abuelos y mi madre, dejándome como única persona en el mundo a aquel hombre cuya estima no se había ganado.

Y ahora no tenía ni tan siquiera eso. Estaba muerto, desangrado en el suelo tal y como lo había encontrado.

La sangre salía a borbotones de su pecho y aún respiraba cuando entré en un vano intento de salvarle la vida; hizo un sonido estremecedor, como si los pulmones se estuvieran anegando.

Grité un «papá» que hacía años que no sentía, corrí y resbalé cayendo al suelo precipitadamente para golpearme la cabeza con el canto de la mesa. El porrazo casi me tumba, pero saqué fuerzas de flaqueza para agazaparme sobre el abrecartas que le estaba sesgando la vida y traté de quitárselo.

Lo arranqué y creo que fue lo peor que pude hacer, pues el chorro de sangre impactó contra mi rostro volviéndolo todo negro. Creo que, de la impresión, me desmayé, al mismo tiempo que los ojos se le cerraban llevándose su último suspiro de vida.

Capítulo 1



«Letrado Estrella».

Qué bien sonaba eso... Por fin, doce años después de que reemprendiera mis estudios, había logrado terminarlos.

Las cosas no habían salido como soñaba de pequeño.

Siempre fui el mayor, el responsable y, aunque mis padres nunca me pidieron que ejerciera como tal, creo que me autoimpuse ese papel.

Como para no hacerlo, con cuatro hermanos a mis espaldas y mi padre rompiéndose el lomo en el taxi para que mi madre pudiera hacerse cargo de todos nosotros.

Nunca fuimos sobrados, pero tampoco nos faltó nada. Éramos una familia humilde, pero feliz, hasta que una racha de mala suerte cayó sobre nosotros, y el precursor fui yo.

De pequeño, nunca me había fijado en si era guapo o feo, solo me importaba jugar con mis hermanos o con los amigos. Pero en el instituto la cosa cambió y lo hizo gracias a Lola.

El género femenino apenas existía en mi vocabulario, hasta que ella apareció en el horizonte en mi último año para desbaratarlo todo.

Sus padres se habían mudado, llevaba apenas tres meses en Cornellà y no sabía nada de catalán. Como yo era el delegado de la clase y voluntario para echar una mano a los compañeros que flojeaban, mi profesora hizo que le echara una mano a Lola. O más bien las dos.

Porque eso es lo que hice nada más cruzar la puerta de su cuarto, o ella fue quien me las echó a mí. Aunque el resultado fue el mismo: mi hija Candela, que nació once meses después.

Eché la vista atrás recordando aquella primera vez de muchas.

Lola tenía todos los ingredientes para gustar a un idiota como yo. El pelo oscuro y lustroso, la piel morena y unos ojos negros que engatusaban. Tenía cuerpo de guitarra flamenca, para tocarlo y

perderse en el sonido de la lujuria. Así me fue.

Nada más entrar en el piso, me di cuenta de que estábamos solos. Sus padres trabajaban de sol a sol y ella tenía las llaves de casa. Me aclaré la garganta cuando, tras entrar y apoyarse en la hoja de la puerta con aquel vestido ligero que le marcaba los pezones erizados, me dijo:

—*Paza, André, que no te viá comé.* —Tenía un acento cerrado que me volvía loco.

—¿Estamos solos? —pregunté viendo como mascaba chicle y hacía una pompa. Siempre llevaba goma de mascar en los labios con sabor a melón. Creo que me hice adicto a ese sabor hasta que dejé de serlo años después.

—*Zi* —canturreó—. *Muxo mejó, ¿no? Azin podrá enzeñarme má, to lo que tú quiera, vamo* —anunció lamiéndose los labios.

Me puse palote de golpe al ver sus ojos devorarme con hambre. Hacía un año que me había dado el lote con una de clase, pero no fue a mayores. De hecho, seguía siendo virgen, pese a que la mayoría de mis amigos ya se habían estrenado, y me daba a mí que con ella iba a dejar de serlo en menos que canta un gallo. Entré en el piso perdido en su particular aroma a azahar.

Cerró la puerta y, sin apenas enseñarme la vivienda, me empujó a su cuarto.

—*¿Zabé que ere mu guapo, André?* —No tenía pelos en la lengua. Me rodeó evaluándome como si se tratara de un reconocimiento médico—. *Y está mu rico. Zeguro que tiene una de eza xocolatina que tanto me gustan bajo la camiseta. ¿Por qué no te la quita? Hace boxorno aquí dentro, ponte cómodo.*

—Estoy bien —aduje tragando con violencia.

—Que *eztá* bien ya lo veo, no *zoy* ciega. ¿Yo te gusto?

No iba a decirle que no.

—Claro, eres muy guapa, debería estar ciego para no verlo.

Ella sonrió y pasó las manos por mi nuca. Jamás había estado tan rígido como entonces.

—Me alegro porque tengo *mucha gana* de *enzeñarte* un par de *coza*. —Sus ojos negros y brillantes me sedujeron al momento y cuando sus labios buscaron los míos, no pude decir que no.

Sé que seguramente no fui muy diestro, que terminé antes de lo que se esperaba, pero me pasé toda la tarde tratando de remontar el partido bajo las hábiles instrucciones de mi entrenadora.

A partir de aquella tarde, Lola se convirtió en mi perdición.

Me transformaba en un descerebrado en cuanto sus labios apesaban los míos y las clases de catalán se convirtieron en un intercambio de lenguas que lo único que nos hizo aprender fue anatomía y curso avanzado de reproducción humana.

En aquel entonces, soñaba con convertirme en abogado y ella lo sabía. Lola no tenía más aspiraciones que seguir el camino de su madre y trabajar de camarera en el bar. A mí no me importaba, le decía que ella podía ser lo que quisiera mientras yo pudiera mandar a los malos a la cárcel.

Siempre había tenido un elevado sentido de la justicia y era quien mediaba con mis hermanos cuando se peleaban por los juguetes.

Ella solo reía y decía que lo que tenía que hacer era ganar dinero y que si a los que defendía no eran tan buenos, tampoco importaba demasiado mientras tuvieran billetes.

Éramos como la noche y el día, pero eso dejaba de importar cuando empujaba entre sus muslos. Reconozco que sacaba la parte más primitiva que habitaba en mí. Lola era buena, condenadamente buena, tanto que muchas veces me dejaba ir dentro preso de la lujuria y de sus piernas, que no veas cómo las anudaba la condenada. Así nos fueron las cosas. Yo perdí el juicio y me olvidé demasiadas veces del lugar en el que me corría.

Ella decía que por una vez no pasaba nada, que le encantaba sentirse llena cuando me corría dentro y, de oca en oca, la preño porque me toca. Candela nació en agosto.

¡Mierda de hormonas!

Su regla no era muy regular, además de que manchaba muy poco, y cuando se percató de su embarazo, ya estaba de tres meses. Su familia no creía en el aborto, así que esa opción era inimaginable. Solo podía cruzar los dedos y esperar un milagro que lógicamente no ocurrió.

Ambos estábamos acojonados. Tratamos de mantener la situación a escondidas por si el embarazo no llegaba a buen puerto, pero al parecer mi esperma funcionaba de maravilla y su óvulo estaba increíblemente sano. A los seis meses, la barriga era indisimulable y fue imposible ocultarlo más con la llegada del buen tiempo.

Casi me meo en los pantalones cuando, juntos y cogidos de la mano, le dijimos a su padre que en tres meses iba a ser abuelo. El golpe que dio sobre la mesa hizo temblar toda la cubertería y, de rebote, el edificio entero.

Era un tipo grande, hosco y de raza gitana, por eso Lola tenía los rasgos tan acentuados. La madre era mucho más fina, con el pelo color miel y los ojos claros. No era un gitano al uso, pues estaba casado con una paya, pero eso no quitaba que enterarse de que su hija no iba a llegar virgen al matrimonio y estuviera embarazada de mí fuera plato de buen gusto.

Le juré y perjuré que iba a responsabilizarme de Lola y de la criatura que venía en camino, que haría todo lo posible para que no les faltara nada, que me iba a comportar como un hombre, aunque en realidad era un mierda. Uno que no había sabido estar con la polla quieta y por eso ahora se veía como se veía.

Un mes después, en junio, en una ceremonia muy discreta, nos dimos el sí quiero frente a la seria mirada de nuestras familias. Días más tarde, finalicé el instituto y comencé mi nueva vida de hombre casado.

Empecé a trabajar en el bar de mi suegro y me mudé a la habitación de Lola para cuidar de ella y de mi futura hija.

Para mis padres, fue un varapalo. Nunca antes los había decepcionado y, para una vez que lo hacía, era a lo grande.

Tenían todas las esperanzas puestas en mí, habían ahorrado durante mucho tiempo para poder pagarme la universidad y yo lo había desbaratado todo.

Les pedí perdón, les juré que arreglaría las cosas, que guardaran el dinero para mis hermanos, que no lo quería y que si alguien debía pagar por sus errores, era yo. Así que yo me haría cargo de pagarme la carrera cuando pudiera y lograría alcanzar mi sueño con esfuerzo, aunque me costara no dormir en años. Pero el daño ya estaba hecho, vi la decepción tiñéndoles el rostro durante la conversación y eso fue lo que peor me hizo sentir.

¿A quién pretendía engañar? Era un crío, un puto crío de diecisiete años a quien la vida se le quedaba grande, que debería cambiar las borracheras universitarias por aguantar a los borrachos del bar de mi mujer.

Nunca tendría la vida que había querido para mí porque me había encargado de joderlo todo. Ahora solo podía apechugar con mis actos y rezar porque algún día fuera capaz de salir de la fosa que había cavado bajo mis pies.

La vida me cambió por mi mala cabeza y una gran jugada maestra de mis hormonas. Me juré que a partir de ahora mediría cada decisión como si me fuera la vida en ello, no pensaba dejarme llevar por ellas ni una sola vez más.

En cuanto Lola pariera, pediría que le dieran la píldora y follaría con condón, pero no pensaba volver a embarazarla hasta cumplir con mi objetivo.

El día que Candela nació y sostuve aquel pedacito de mí en los brazos, comprendí la inmensidad de la palabra amor. Acababa de aterrizar, seguía roja y, aun así, me parecía la niña más bonita del universo.

Era pequeña, apenas tenía un poco de pelo claro en la cabeza y berreaba como si estuviera enojada con el mundo. Lloré como un tonto cuando se acurrucó contra mi pecho y se calló al escuchar mi voz canturreándole la nana que mi madre me tarareaba de pequeño para que me calmara cuando tenía pesadillas. Parecía que me reconociera y que hubiera estado conmigo los nueve meses en lugar de con su madre. Fue un momento muy especial que permanecerá en mi recuerdo hasta el fin de mis días.

Nunca he sentido tanta paz y emoción al mismo tiempo. Sostener por primera vez a mi hija fue un regalo que me hizo tomar consciencia del poder de la vida y de la responsabilidad que tenía con ella.

Podría decir que la convivencia fue fácil, pero no sería verdad. El padre de Lola me trataba como un puto esclavo, supongo que de alguna manera debía pagar por haber mancillado el honor

de su pequeña.

Abría y cerraba yo, de siete de la mañana a una de la madrugada, los trescientos sesenta y cinco días del año, porque eso de tener vacaciones era impensable. Me pagaba una miseria porque, según él, la niña, su hija y yo dábamos mucho gasto y si había sido tan responsable como para preñar a Lola, ahora debía serlo para mantener a mi familia.

Callé y tragué. Me sentía un miserable y pensaba que debía expiar mi pecado de algún modo. Ese era mi castigo, así que ajo y agua. A los dos años de mi cambio de vida, logré ahorrar lo suficiente como para apuntarme a la universidad a distancia. Solo pude matricularme en unas pocas asignaturas, pero me ilusionaba pensar que algún día podría salir de la gran mierda en la que me había metido.

Tras la llegada de Candela, Lola perdió la libido, esa de la que hacía gala en el instituto y que utilizaba a diario para tenerme entre sus piernas día sí y día también. Me decía que era culpa mía, que no había sabido mantener el fuego. ¿Qué fuego? Si cuando llegaba al piso estaba hecho cenizas y, aun así, trataba de cumplir porque seguía atrayéndome como una polilla a la luz.

Me echaba en cara que no estaba con ellas y que cuando llegaba a casa, estaba tan agotado que no le hacía caso a todo lo que tenía que contarme y que eso provocaba que cada vez tuviera menos ganas de estar conmigo. Tal vez tuviera razón en que mi atención no era la mejor, pero tras dieciocho horas trabajando como un negro y atender por las noches a Candela para que Lola pudiera descansar, no era persona.

A los veintiséis años, tras nueve aguantando una situación que se sostenía con pinzas, me di por vencido y decidí poner punto y final a mi relación con mi mujer.

Juro que no fue fácil porque separarme de mi hija, aunque la viera poco, era lo más doloroso a lo que pensaba que iba a enfrentarme. Pero es que la convivencia con Lola cada día era peor. Pasábamos días enteros sin hablarnos porque, según ella, nunca hacía suficiente; y de sexo ni hablar, ya no sabía ni cuánto tiempo hacía que no me dejaba tocarla.

Aspiraba a una vida que yo no podía ofrecerle y se dedicaba a salir todo el día arriba y abajo con las madres del colegio, que eran sus nuevas amigas. A eso había que sumarle que estaba abducida por las redes sociales y esas idiotas que empezaban a surgir en ellas dando consejos de cómo tener las pestañas más largas o que no se te descolgaran las tetas.

¡Joder, parecían una secta! Lola miraba más al móvil que a mí, hasta que se me hincharon las pelotas y, tras una discusión épica, le dije que quería separarme.

No sé qué esperaba, pero desde luego no la indiferencia con la que me trató. No parecía importarle que nuestro matrimonio llegara a su fin. El único que puso el grito en el cielo fue Ramón, que no quería que su hija cargara con la lacra de ser divorciada, aunque yo estaba seguro de que lo que más le jodía era perder a su esclavo personal.

Yo ya no podía más, estaba muriéndome en vida y si seguía así, terminaría apagándome poco a poco viendo la vida pasar ante mis ojos y siendo un camarero de bar de mala muerte con una mujer que no lo quería para siempre.

Recuerdo la preciosa cara de Candela, exacta a la de mi suegra, surcada en lágrimas, preguntándome qué les diría a sus amigas si se quedaba sin papá. Lola me miraba con odio profundo y su padre ni te cuento. Se dio la vuelta y se largó escaleras abajo dejándonos a solas a los tres. Apenas aguantaba el nudo que se me había hecho en el pecho y cuando traté de consolar a mi pequeña, me apartó.

—Lárgate, ya has hecho suficiente. Y acuérdate de pasarme la pensión a principio de mes, que Candela da mucho gasto.

Mi exmujer había perdido el acento que tanto me gustaba en el instituto. De hecho, lo había perdido casi todo. Se había convertido en otra, excepto su belleza morena, que seguía siendo la misma. Me prometí que nunca más me fijaría en una como ella, o mejor, no me fijaría en ninguna. Si tenía necesidades, ya sabía cómo apañarme yo solo, no me hacía falta una relación para acabar del mismo modo. Los casados casi siempre terminaban igual, o matándose a pajas o yendo de putas. Pocos eran los que gozaban de una buena vida marital o, por lo menos, eso era lo que había aprendido tras nueve años detrás de una barra.

—Y tú recuerda que cada quince días la niña se viene conmigo —le recordé.

—¡No quiero! —gritó mi hija entre lágrimas—. Si te vas, no vuelvas. Seguro que tienes a otra por ahí. ¡Todos sois iguales!

Miré a Lola, que alzaba las cejas, y después a Candela, que se arrebujaba contra ella a modo de escudo protector. ¿Cómo había llegado mi pequeña a esa conclusión? A no ser que su madre le hubiera inflado la cabeza.

—¿Tú...? —Empecé la pregunta, pero no llegué a realizarla.

—Las separaciones están a la orden del día, «futuro abogado», y ya sabes cuál es el motivo más popular en este país. Tu hija no es tonta y si te marchas, por algo será.

No quería discutir ese tema delante de Candela, y más cuando se trataba de una flagrante mentira.

—Sabes que lo que insinúas no es cierto. Ya lo hemos hablado, Lola. Si nos separamos, es porque lo nuestro no funciona, fin de la historia. No voy a permitir que mi hija piense lo que no es.

—Tú sabrás lo que haces o dejas de hacer. Nadie sabe qué haces cuando no estás en casa, que suele ser la mayor parte del día —argumentó con resquemor.

—¿Que no sabes lo que hago? No me hagas reír. —Ella empujó las negras cejas hacia arriba—. Pues si no lo sabes, pregúntale a tu padre. Da la casualidad de que llevo nueve años rompiéndome los cuernos en su negocio para que no os falte nada ni a ti ni a nuestra hija, para que sugieras algo así... —Me contuve, porque si empezaba a hablar no podría detenerme. Nunca había discutido frente a Candela y no quería hacerlo ahora. Vale que quería separarme, pero quería hacerlo bien. Lola era su madre y yo no quería enfrentarlas o que mi pequeña tuviera un mal concepto de ella.

—Yo no he sugerido nada, solo he dicho que no debes cuestionar la inteligencia de nuestra hija.

—¿Y te parece poco? No la cuestiono, solo pretendo que no se confunda pensando cosas que distan mucho de la realidad. Que tú y yo no hayamos sabido sacar esto hacia delante, no significa que te haya engañado o que me vaya con otra.

—Tú sabrás tus motivos —contraatacó con inquina—. El que ha querido divorciarse has sido tú, no yo. Mi familia y yo siempre hemos estado ahí desde que me preñaste por tu mala cabeza. Te dimos techo, trabajo, amor y, en mi caso, una hija, pero nada ha sido suficiente para ti y tus ínfulas de grandeza. Se ve que somos poco para ti, «abogado» —recalcó envenenada.

—No pienso discutir delante de ella —cabeceé hacia mi hija— algo que ya hemos hablado.

—Claro, es mejor que viva en la ignorancia y piense que su padre es una estrella del *rock*. Pues lo siento, Andrés, tú solo te has cubierto de gloria y nuestra niña sabe perfectamente qué tipo de padre tiene. Uno que es capaz de abandonarnos porque se cree que es más importante que nosotras.

No podía creerlo. Precisamente lo decía ella, que era un dechado de virtudes. Me mordí la lengua, no quería que Candela tuviera aquella discusión como último recuerdo entre nosotros. Me puse en cuclillas oyéndola gimotear.

—Princesa... —murmuré—. Escúchame. —Levantó la cabecita con aquellos ojos claros de un color entre el verde y el azul que variaban dependiendo de su humor. Estaban anegados en lágrimas e hicieron que me sintiera el peor hombre del mundo. Había retrasado aquella situación todo lo posible, pero mi límite se quebró y ya no lo soportaba más—. No llores, cariño, nos veremos cada quince días y tendremos dos días enteros para disfrutar, que es más de lo que hemos tenido nunca.

Lola resopló mascullando un «increíble» entre dientes.

—Eso, ahora métele a tu hija la idea de que mi padre te esclavizaba. Si es que yo flipo, eres el perro que muerde la mano de quien te da de comer.

—A la que no esclavizaba era a ti, que te has pasado nueve años en casa —estallé—. Si Candela ha estado más contigo no es porque yo quisiera, sino porque no podía hacerlo de otra manera.

—Muy bonito. ¿Ahora me atacas por cuidarla y a mi padre por darte trabajo? Ver para creer, de desagradecidos está lleno el mundo. Si no hubiera sido por nosotros, no te quedaría un año para terminar la carrera.

—¡No! Si no hubiera sido por vosotros, me la habría sacado mucho antes —exclamé herido. Tenía armas suficientes para desmontar su argumento, pero eso hubiera supuesto enfrentarme a ella y mostrar a Candela el verdadero rostro de su madre. No quería enfrentarlas, ¡no quería eso, joder! Limpié la lágrima que pendía en la mejilla de mi pequeña oyéndola susurrar un: «No te

vayas, papi, seré buena», que me partió en dos.

—Cariño, no es culpa tuya —musité hecho polvo.

—¡Déjalo! Si no nos quiere en su vida, nosotras, tampoco en la nuestra.

Me hubiera encantado estallar y soltarle que a la que no quería en mi vida era a ella, que casi me la había costado y que mi hija jamás me sobraría.

Me había dejado el pellejo en ese bar de mierda para que ella pudiera disfrutar del privilegio de criar a Candela cuando yo debía conformarme con los restos. Pero volví a callar y apreté las manos con fuerza para dedicarle unas últimas palabras a mi pequeña, que sollozaba de nuevo.

—Debo irme, Candela, es lo mejor, créeme. Ahora eres pequeña y estas cosas son difíciles de comprender, pero de mayor lo entenderás. Pórtate bien, haz caso a mamá y a los abuelos, que siempre querrán lo mejor para ti, y yo vendré a buscarte antes de lo que piensas. Eres mi corazón, ¿recuerdas? Y, sin ti, me muero porque deja de latir.

La niña por fin se soltó y me abrazó el cuello para sollozar como aquel día que llegó a nuestras vidas nada más nacer. Por suerte, Lola no añadió más leña al fuego y yo pude sostenerla hasta que se calmó.

Regresar a casa de mis padres después de nueve años no fue sencillo. Había llegado hasta el último año de carrera, pero no me sentía con fuerzas para terminarla. Por lo menos, por el momento. Necesitaba recuperarme para seguir avanzando. Todo había sido excesivamente duro, o por lo menos eso creía, porque una semana después de mi vuelta, las cosas se pusieron mucho peor.

Era domingo por la mañana. Mi padre siempre se levantaba pronto para ir a buscar el periódico, era un hábito que siempre había tenido. Le encantaba estar al día de todo para poder hablar con los clientes del taxi, sus compañeros o nosotros mismos. Yo estaba despierto, a punto de preparar café para ambos, y me ofrecí a ir a por él, pero como siempre, se negó. Formaba parte de su rutina mañanera, me decía.

En los siete días que llevaba en casa, había recuperado algo de peso. Estaba muy delgado, pues apenas tenía un respiro y no sabía lo que era estar sentado hasta el momento.

Los guisos de mi madre, dormir más de cuatro horas y no tener que pasar dieciocho horas sirviendo de pie me estaban sentando de maravilla, aunque estar sin Candela me pulverizara el alma.

Me dirigía a la cafetera cuando un chirrido de ruedas y un grito desgarrador que provenía de la calle provocaron que la jarra de cristal que acababa de rellenar se me escurriera entre los dedos rompiéndose en mil pedazos como premonición a lo que acababa de suceder.

La vida de mi familia se fragmentó por un suceso completamente ajeno a nuestras voluntades.

Me asomé a la ventana empujado por una energía inexplicable. Algo me decía que había

ocurrido algo grave y un pellizco en el corazón me hizo volar de la cocina al salón para ver lo sucedido.

La imagen permanecerá para siempre en mi memoria.

Un coche estaba en medio del paso de peatones, el que siempre cruzaba mi padre para ir al quiosco de enfrente a comprar *La Vanguardia* y el *Sport*.

La luz estaba en verde para los peatones y un cuerpo permanecía inerte en la calzada, con un grupo de gente arremolinándose alrededor.

Vislumbré una zapatilla olvidada sobre el negro asfalto y el bajo de un pantalón que me era demasiado familiar. Noté una presencia a mi lado, mi madre era quien me agarraba del hombro tratando de ver lo sucedido y cuando se encontró con la misma imagen que yo, el grito se trasladó a mi casa.

No podría determinar si el tiempo se volvió lento o si, por el contrario, todo se aceleró. Ambulancias, sirenas, mi madre bajando a la calle descalza, el cuerpo de mi padre inmóvil bajo el coche. Yo tratando de poner calma en casa con mis hermanos y, finalmente, la noticia cuando todos llegamos al hospital.

Mi padre iba a quedarse en silla de ruedas por culpa de un malnacido que volvía de fiesta hasta arriba de coca y alcohol. Se saltó el semáforo llevándose a mi padre por delante; ese podría haber sido yo si él me hubiera dejado bajar. No podía salir del *shock* en el que me veía envuelto. ¿Cómo una simple decisión puede cambiarte la vida en un solo clic?

Si pensaba que mi existencia había dado un giro de ciento ochenta grados en una semana, los había vuelto a girar de golpe.

Mi padre era taxista, su profesión era conducir y ahora lo único que le iba a quedar era una mierda de pensión que no cubriría nada y una vida llena de limitaciones.

Mis hermanos menores, Bertín y César, compartían profesión con mi padre; así cubrían las veinticuatro horas que tenía el día y le sacaban el máximo rendimiento a la licencia. Los más pequeños, mis hermanos mellizos, Damián y Nani, hacía solo un mes que vivían en un apartamento a escasos metros de mis padres. Eran un poco revoltosos y las desavenencias de Damián con mi progenitor les habían empujado a tomar aquella determinación.

Los llamábamos cariñosamente Zipi y Zape. Mi hermana era rubia y Damián, moreno, como el resto de nosotros. Siempre iban pegados, desde pequeños, pensando en cómo liarla en cero coma.

Mi hermana siempre había sido un poco marimacho, aunque bonita como el demonio. Llevaba la velocidad y el mundo del motor en las venas, por eso no le extrañó a nadie cuando no quiso seguir estudiando y le pidió a mi padre unirse al «equipo del taxi».

De momento, cubría los días libres que mis hermanos empleaban para descansar y también los de mi padre.

Qué cambio iba a dar todo a partir de entonces.

¿Cómo se le dice a un hombre con cincuenta y cinco años que no va a volver a caminar y tampoco a conducir?

Fue duro, muy duro, y reconozco que mi situación personal no ayudó para nada. No me sentía con ánimos, así que aparqué los estudios indefinidamente, dispuesto a convertirme en el cabeza de familia.

Mi cabeza me decía que la vida ya no se podía cebar más con nosotros... Qué equivocado estaba.

A Damián se le metió en la cabeza que quería montar una empresa de limusinas y, junto con mi hermana Nani, se metieron en el oscuro mundo de las carreras ilegales. Cuando te metes en el lodo, no puedes pretender salir sin mácula. Eso fue lo que sucedió. Una noche, mientras realizaba una carrera ilegal huyó de una persecución con la policía y atropelló a un hombre en el camino.

Eso lo llevó directo a la cárcel. Ya habían pasado casi dos años del accidente que enclaustró a mi padre a una silla y no se tomó nada bien lo del atropello.

Por mi parte, había retomado los estudios con mucha calma. Era como si la vida me hiciera la zancadilla cada vez que intentaba levantar la cabeza.

Mi hermana se vio involucrada en la mierda de Damián y no nos dijo nada. Al parecer, el lúcido de mi hermano menor había pedido dinero a unos tipos muy peligrosos para embarcarse en el negocio de las limusinas y ella se vio en la obligación de pagar la deuda corriendo para salvarle el culo, ya que estaba amenazado dentro de la cárcel. Además, se tuvo que ocupar del único cliente del recién estrenado negocio y seguir con el turno de noche del taxi. Todo eso ella sola. Pero es que Nani es así, una cabezota que se cree capaz de cualquier cosa por difícil que sea.

El cliente de Damián resultó ser Xánder, por el que terminó perdiendo la cabeza. No podía enamorarse del panadero o de un chico normal de su edad, no. Eso hubiera sido demasiado fácil para ella.

El señor Asimakopoulos era un tipo con una vida turbia y un montón de problemas a la espalda, que como era de esperar salpicaron a Nani, quien terminó embarazada y secuestrada por un lunático que llevaba años chantajeando a Xánder.

Otra odisea más.

Finalmente, con Damián fuera de la cárcel, nos vimos envueltos en el rocambolesco plan de rescate de mi hermana que, por suerte, terminó mejor de lo esperado.

Nani se casó con Xánder y tuvieron un hijo precioso al que adoramos.

Damián hizo las maletas, puso tierra de por medio y se lanzó a un viaje de búsqueda personal del cual no ha regresado todavía. Y logré terminar la carrera haciendo las prácticas en el bufete

más prestigioso de Barcelona.

No fue fácil entrar, pero tras pasar la prueba inicial y mi buen hacer, logré que el señor Martínez me prometiera que, en cuanto obtuviera el apto, firmaría el contrato como abogado de su bufete.

Solo había dos inconvenientes por los que me planteaba si aceptar o no la oferta por la que cualquier abogado habría matado.

En primer lugar, que don Pedro era el abogado personal del hombre que secuestró a mi hermana, y eso me producía un desasosiego moral. Y en segundo lugar, el inconveniente se convertía en su odiosa hija Esmeralda, que venía de tanto en tanto al despacho para hacer uso del cajero automático que era su padre.

Aquella mujer reunía todo lo que yo detestaba. Era morena, guapa, una *it girl* o *influencer* pegada a las redes todo el día y sin otro oficio o beneficio que estar lo suficientemente presentable para que los *followers* la adoraran.

Podía ver el malestar que eso generaba en el señor Martínez y en mí mismo. Mi hija Candela y mi ex eran fieles seguidoras de esa loca de los rizos de manicura perfecta e intensos ojos verdes por los que hacía honor a su nombre. Y, como guinda del pastel, se había convertido en la socia de la mejor amiga de mi hermana tras el paso de ambas por *Gran Hermano Singles*. Era el colmo de los colmos.

A La Vane la quería porque había crecido pegada a mis hermanos pequeños, era una más de la familia, pero a Esmeralda Martínez Castro no la aguantaba ni la quería cerca.

Y digo quería porque, tras la llamada que recibí durante mi celebración del apto, hizo que la puta ruleta volviera a girar para dejarme con el culo al aire de nuevo.

Capítulo 2



Estaba en la Comisaría de los Mossos d'Esquadra de les Corts.

La sangre seca de mi padre cubría mi ropa y parte de mi cuerpo. También tenía restos de vómito, pues una vez en el coche patrulla, no me pude contener.

Había perdido la noción del tiempo y las imágenes se sucedían en una batería difícil de descifrar.

Me sacaron del coche para llevarme al interior de la comisaría. Había tratado de excusarme diciéndoles que era imposible que yo hubiera cometido esa atrocidad, que se trataba de un malentendido.

¿A quién le cabía en la cabeza que yo me lo hubiera cargado? Vale que no nos fueran a dar el premio al padre y la hija del año, pero yo jamás mataría a una mosca. Bueno, a una mosca tal vez sí, pero no a mi progenitor, por mal que nos lleváramos.

Traté de defenderme, pero ellos no querían comprender nada. Parecían muñecos que alguien hubiera colocado allí con su porte frío y uniformado.

—¡Hay cámaras de seguridad! ¡Revísenlas! —les grité—. Así se darán cuenta de su error, ¡yo no he matado a nadie! —No había derramado una maldita lágrima, tal vez eso me estuviera restando credibilidad, pero es que estaba tan fuera de mí que no lograba encontrar el modo de expresar cómo me sentía. Siempre me había costado llorar, no era muy dada a ello, tal vez porque las lágrimas nunca habían aportado nada bueno a mi vida.

—Todo sigue el protocolo establecido, señorita Martínez. Que esté habituada a dar órdenes no significa que nos las pueda dar a nosotros —contestó de un modo completamente impersonal.

Traté de buscar en mi interior, necesitaba desahogarme de algún modo. ¿¿Dónde estaban las malditas lágrimas ahora que las necesitaba?!

El último recuerdo que tengo de ellas fue durante el entierro de mi madre, donde debieron agotarse las últimas unidades. Lo había perdido todo, no me quedaba nadie excepto mi padre, tendría que abandonar a mis amigos en el momento más doloroso de mi vida por una familia a la que le traía sin cuidado.

Su única obsesión cuando entré en su casa, rota y abatida, fue encauzar mi vida.

¿Abrazos? ¿Palabras de consuelo? Creo que lo único que escuché fue un «lo siento». ¿Para qué perder el tiempo?

Me costó adaptarme a mi nueva vida, no estaba acostumbrada a tanto lujo y a rígidas normas de conducta.

Pero parecía que en mi palacio de cristal era justo eso lo que se esperaba de mí y yo no tenía fuerzas para oponerme.

Me inscribió en uno de los institutos más pijos y *cool* de Barcelona, la hija de don Pedro Martínez no podía estudiar en cualquier instituto de barrio. Entré a formar parte de un universo paralelo, una jungla donde los leones vestían ropa de marca y las alimañas veraneaban en yates de lujo.

Siempre se me había dado bien observar y adaptarme. Y cuando tu padre te regala tu primera Visa oro, reconozco que convertirse en un camaleón fue de lo más fácil.

Él trató de reconvertirme, de convencerme de que el mejor camino para mí era centrarme en los estudios para después estudiar abogacía y seguir la tradición familiar. No era mala estudiante, si hubiera deseado eso con todas mis fuerzas, sabía positivamente que lo habría hecho. Pero yo sentía auténtica fobia a esa profesión. Supongo que la asociaba a algo negativo ya que, de algún modo, la meteórica carrera de mi padre lo único que hizo fue separarnos y relegarnos a una vida sin él, así que no quería saber nada del negocio familiar o de los abogados. Era pensar en uno y ya me salían sarpullidos.

Desde el primer momento, me negué y esa fue la primera brecha entre nosotros, que después se acentuaría con el tiempo al ver que mi decisión era firme.

Solía fijarme mucho en la gente y solo me hacía falta un vistazo para saber lo que codiciaba. Era de las populares del instituto en Jaén, no porque fuera guapa o estilosa, sino porque tenía algo que convencía y me convertía en un referente, un icono que todas mis compañeras idolatraban y los chicos codiciaban.

Pero no fue hasta mi llegada a Barcelona que aprendí el poder que te da ser un «objeto de culto, de deseo» y pensé en cómo se debieron sentir mujeres como Marilyn Monroe, Audrey Hepburn o Grace Kelly, esas señoras que, por mucho que pasara el tiempo, estaban en boca de todos.

Estábamos en plena era digital, así que lo primero que me regaló mi padre fue un Mac y un iPhone, a los que descargué infinidad de aplicaciones para entretenerme y comunicarme con los amigos que había dejado atrás.

Las redes sociales, Facebook y más tarde Instagram, se convirtieron en mi jardín del Edén. En ellas pasaba largos ratos hablando con mis amigos y como forma de terapia. Era el lugar donde expresaba mis emociones sin miedo a ser juzgada por mi padre, al cual no le iban esas cosas.

Era mi manera de canalizar el dolor por estar tan lejos y mi modo de decirle al mundo que no se preocupara, que iba a estar bien.

Al principio, me tomé la Visa oro como una venganza. Mi padre solo sabía funcionar a golpe de talonario y las emociones no estaban permitidas en mi casa, así que me propuse fundirla como acto de protesta. ¿Sirvió? No. A él le daba igual que coleccionara montañas indecentes de caprichos mientras le dejara tranquilo y supongo que, finalmente, lo convertí en un hábito.

Compraba cosas, me las ponía, me fotografiaba y las subía a las redes. ¿El sentido? Tenía la esperanza de que algún día mi padre entrara en las redes y viera el poco valor que le daba a su dinero. Me ponía una prenda y ya no la volvía a usar más. Tras la foto y el uso, la donaba a la beneficencia. Solo pretendía que mi padre viera que me importaba una mierda su dinero, que iba a pulírmelo en gilipollices, porque lo que verdaderamente necesitaba jamás me lo iba a dar.

Y sin casi darme cuenta, mis idas de olla con las compras, sumadas a las frases de mi estado anímico, fructificaron.

Palabras como *hashtag*, *like*, *followers*, *stalkers*, *haters* formaban algo más que vocablos que estaban a la orden del día. Se habían convertido en mi nuevo diccionario, ese que usaba en el mar virtual donde era la reina. En poco tiempo, me encontré con algo más de ocho millones de personas que se pirraban por conocer mi día a día. Ocho millones de desconocidos me idolatraban, seguían mis pasos, me mandaban mensajes de ánimo, me empujaban a seguir en una jaula de oro que yo misma había construido a mi alrededor a golpe de clic.

Y cuantos más *followers* se unían a mis filas, más crecía el enfado de mi padre hacia mi persona y lo que representaba. Y mi vacío interior administraba el odio alimentándolo para convertirme en el agujero negro que ahora era.

Las marcas comenzaron a llamarme, me pagaban por decir que usaba sus perfumes, cremas o ropa, por ponérmelos para la imagen del día y recomendarlos. Estaba convirtiéndome en un icono a un ritmo vertiginoso sin hacer otra cosa que no fuera exponer una parte de mi vida. La que me apetecía mostrar, la que todos deseaban ver.

La hija del abogado más prestigioso de Barcelona convertida en la *it girl* del momento.

Mis abuelos paternos eran demasiado mayores para decir nada, él tenía Alzheimer y ella, cáncer de huesos. Vivían en su propia residencia con una enfermera que los cuidaba las veinticuatro horas del día junto al servicio, así que no se metían en lo que hacía o dejaba de hacer, aunque tampoco se lo hubiera permitido. Ellos no nos quisieron a mi madre y a mí desde el principio y yo no iba a quererlos tampoco.

Mi cuenta corriente empezaba a crecer a un ritmo feroz y mi padre se echaba las manos a la cabeza advirtiéndome que la hostia iba a ser monumental.

Pero a mí no me importaba nada, solo quería herirlo igual, joderlo del mismo modo que él había hecho con nosotras y, si de paso ganaba dinero, pues mejor. Me importaba muy poco si creía que era una auténtica cabeza de chorlito que pensaba en qué bolso combinaba mejor con mis zapatos, porque solo buscaba vengarme, que se sintiera tan decepcionado conmigo como me sentía yo con él.

Y la gran estocada vino con mi entrada en la casa de *GH Single*. Creo que nunca lo había visto tan humillado. Hasta llegué a creer que me echaría de casa, pero no, no lo hizo, ¿cómo iba a hacerlo? La gente especularía y entonces ¿qué? Mejor tener una hija abducida por lo que se llevaba hoy en día que admitir que era un fracaso como padre.

Reconozco que me expuse al aceptar meterme en una casa durante varios meses, rodeada de cámaras y personas que querían encontrar el amor, a la par que se llevaban un maletín cargado de euros. Pero ese nunca fue mi objetivo. Por ello, me comporté como la odiosa niña rica que todos querían ver, la que esperaban encontrar. La petulante, fría y diva de la moda Esmeralda M.

Como era de esperar, la gente normal y mis *haters* se daban un festival con la carnaza que les daba. Pero eso solo servía para avivar los índices de audiencia. Sabía que el caos estaba servido en las redes, pues Jorge Javier, en los directos, nos daba pinceladas de lo que estaba ocurriendo. Sin lugar a dudas, me había convertido en la más odiada de la casa por mis aires de superioridad y grandeza.

Pero durante aquellos días de reclusión, donde yo tenía claro que solo era un juego y a lo que iba, ocurrió algo inimaginable, algo que para mí era imposible de asumir, pues mi conducta repelía a cualquier ser viviente con dos dedos de frente. Ni yo misma me soportaba muchas veces, tenía comportamientos espantosamente ridículos que lucía con total impunidad y desvergüenza. Pero como digo, ocurrió algo: conocí a La Vane, una choni de manual que era la antítesis de todo lo que yo representaba y la adoré desde el primer minuto.

La frescura que desprendía, aquel «sin filtro» que le impedía comportarse con corrección mientras otros me doraban la píldora me recordó a la Esmeralda de Jaén. La que correteaba descalza entre los olivos, la que trepaba sobre ellos viendo a su abuelo cosechar el fruto de aquellos árboles centenarios. Aquella muchacha que un día fui y que seguía palpitando en mi interior, aunque a ojos de todo el mundo había desaparecido.

Los rifirrafes con ella fueron espectaculares, épicos, diría yo, y dispararon los índices de audiencia a cotas insospechadas. Lo hacía todo para provocar, pero llegó un día en el que ya no pude más. Su carisma, aquel inmenso corazón del que hacía gala y su capacidad para perdonar me hicieron bajar del trono para sucumbir a su reinado, convirtiéndola en la digna ganadora del concurso además de mi amiga y futura socia.

Si tengo que dar gracias por algo al concurso, es por haberla puesto en mi vida junto a Borja, su pareja en él, y Lorena, la romántica del cuarteto, que fue engañada por el que creía el amor de su vida en directo.

Ese fue el motivo que me empujó a llamarla cuando el oficial me preguntó si quería que comunicaran mi detención a mi abogado; si no, me asignarían uno del turno de oficio.

Pensé en las palabras que alguna vez me había soltado mi padre para hacerme entender por qué todos lo buscaban a él: «En un juicio, poco importa que seas inocente o culpable. Lo importante es el relato y que el abogado que tengas sea capaz de sembrar una duda razonable para que te dejen libre. Y, en eso, soy el mejor».

Yo estaba convencida de mi inocencia y estaba segura de que todo saldría bien, pero, por si acaso, prefería confiar mi defensa al mejor. Pensé en los abogados que trabajaban con mi padre y un latigazo recorrió mi cuerpo al pensar en él.

Vale que todavía no era abogado, que era el de prácticas, pero ¡madre mía qué bueno estaba!

Recuerdo caminar frente a él, mover mis caderas al borde de la dislocación, ponerme los conjuntos más arriesgados y adoptar esa pose de mujer fría e inalcanzable que tan cachondos ponía a los tíos para dirigirme a él. Y obtener cero resultados.

El muy cretino me miraba como si fuera un mono de feria, como si mi conducta le molestara en lugar de excitarlo como a todos, y eso me ponía como una moto.

Cada vez que iba al bufete, lo veía ahí, con su actitud seria, el traje perfectamente planchado y aquella mandíbula cuadrada que quería cincelar con mi lengua, con aire de que nada caía en saco roto, que estaba por la labor y que se fijaba en cada detalle.

No podía dejar de importunarlo para ver cómo fruncía el ceño, molesto por mis preguntas estúpidas y mi particular forma de tratarlo.

Alguna vez me había imaginado empujándolo en el cuarto de los archivos, alborotándole el pelo y rasgándole la camisa para hacerle la mejor mamada de su puta vida. Pero me contenía pensando en que era un futuro abogado, que si estaba allí era porque quería convertirse en un clon de mi padre, y yo jamás estaría con un tío así.

Aunque una cana al aire con el señor Estrella no me hubiera importado lo más mínimo solo para quitarme esa comezón que se agitaba entre mis piernas en cuanto mis ojos se posaban sobre su espalda ancha.

Lo peor de todo era que parecía estar vinculado a mí de algún modo, pues casualmente era el hermano de la mejor amiga de La Vane, casi un hermano mayor para ella, y eso hacía que coincidiéramos más de una vez, y no en el bufete precisamente. Si de trabajo estaba para morir, de fiesta, con la barba de dos días, la camisa desabrochada y el tejano oscuro estaba de infarto.

Pero le había hecho la cruz, Andrés Estrella no estaba en mi lista de posibles *affaires*, que era en lo único en lo que podría admitirlo, una sola vez.

—Señorita Martínez, responda —me azuzó el oficial. Salí de mi ensoñación para volver a la dura realidad. Las muñecas me dolían por el roce de las esposas en la piel.

—No quiero uno de oficio, ¿puedo llamar a alguien? —Él negó. ¿No iban a dejarme llamar a nadie? ¿Es que estaban locos?

—Lo único que puedo ofrecerle es comunicarle su detención a un familiar.

—¡No tengo ningún familiar! —grité histérica, aunque eso no fuera del todo cierto. Estaban mis abuelos, pero no quería hablar con ellos porque sabía que ni estaban en condiciones ni moverían un solo dedo en cuanto se enteraran de lo que se me acusaba.

—¿Alguna amiga?

El único nombre que me vino en mente fue el de La Vane, ella sabría a quién llamar.

—Emmmm, sí, tengo el número en mi móvil. ¿Me lo puede pasar, por favor?

Él me miró con incredulidad.

—¿No sabe el número de su amiga?

Estaba tan nerviosa que era incapaz de pensar.

—Disculpe si en estos momentos que acaban de asesinar a mi padre y me llevan a mí esposada como principal sospechosa no me viene el número a la mente.

Él resopló como si fuera una chiflada.

—Le dejaré consultar el móvil y después anotaré en el atestado que usted solicita que le comuniquemos su situación a...

—La Vane.

Él abrió todavía más los ojos.

—¿La Vane tiene apellidos?

—Los que le pusieron su padre y su madre, ¿a usted qué le parece? —Sabía que mi ataque de histeria no contribuía en nada, pero no lograba relajarme y encontrar el punto medio—. Disculpe, no estoy acostumbrada a que me detengan e incriminen sin escucharme.

—La escucharemos, de eso no tenga ninguna duda, pero eso será cuando declare, no ahora. ¿Quiere que llamemos también a algún abogado?

—No, mi amiga sabrá a quién acudir. Dígaselo a ella, por favor, que me busque uno y de los buenos.

—Está bien, ahora la llevaremos a su habitación —dijo con retintín.

Yo preferí no hablar hasta que vi dónde me llevaba, directa a los calabozos. Había gente de todo tipo en celdas separadas ocupadas por una, dos o tres personas que me observaban como animales.

—No me deje aquí, por favor, yo no he hecho nada —le supliqué.

Él, sin apenas mirarme, me respondió:

—Eso ya se lo explicará al juez, señorita Martínez, yo no estoy aquí para juzgarla —soltó chulesco.

Mentalmente, me eché las manos a la cabeza buscando mi don de la empatía, que parecía haberse erradicado por completo de mi cuerpo. No era momento de ser Esmeralda M., si quería despertar su lado amable, debía verme como un alma desvalida, que era justo como me sentía.

—Por lo menos, ¿puedo ducharme y pedirle que me traigan algo de ropa? No sabe lo que es estar cubierta de la sangre de su propio padre y enterarse de que ha muerto, entrar cuando le quedaba un halo de vida y que la acusen de haberlo matado. Por favor, solo quiero una ducha y ropa limpia.

Su mirada de incredulidad lo decía todo.

—¿Le sirve un vestido de Hermes o con uno de Zara tiene suficiente? Trataré de que le lleven a la *suite* un *jacuzzi* con agua caliente, espero que la decoración minimalista sea de su agrado. — ¡Mierda! Tenía que tocarme el agente imbécil. Me desató las esposas y me empujó levemente para que entrara—. Ande, entre.

—Por lo menos, podías ser amable. Tu sueldo lo pago yo.

—No me caliente, que no está el horno para bollos.

—¿Bollos? ¡Piensa que yo estoy para bollos!

—Mmmmm, un buen bollito sí que eres, mamita —soltó una voz con claro acento dominicano a mis espaldas.

Miré a la mujer, que se relamía. Por el aspecto, parecía prostituta o algo así.

—Compórtate, Odalis, no me hagas tener que venir —la riñó el agente.

—Tú ven, guapo, ya sabes que a ti te lo hago gratis si quieres —contestó la mujer con voz coqueta.

—¡Pondré una reclamación en cuanto salga de aquí! —me quejé viendo cómo me encerraba junto a aquella mujer.

—Cuando salga, si es que sale. —Aquello me puso en alerta—. Veremos qué sucede. Por el momento, disfrute del alojamiento y de la compañía de Odalis, seguro que queda complacida.

El estómago se me revolvió, el hedor acre que desprendía la celda y la falta de higiene hicieron subir la bilis por mi esófago.

Allí no había nada, ni siquiera un triste lavamanos. Solo una tarima conformaba la cómoda

celda de cinco estrellas.

—¿Una mala noche, bollito? —preguntó Odalis.

—No tengo ganas de hablar.

—Créeme, terminarás haciéndolo. La soledad es mala consejera.

—Si no te importa, para eso ahora vendrá mi abogado.

Ella se echó a reír.

—Con toda esa sangre que llevas encima, dudo mucho que pueda hacer algo por ti. ¿Qué ha sido? ¿Tu novio te zurraba y has decidido vengarte? ¿O quizás te ha engañado con otra? No te pareces a las que andan por aquí.

—Porque no lo soy —protesté, incómoda con la comparativa—. Yo no he hecho nada, todo ha sido un error.

Otra carcajada a mis espaldas.

—Claro, bollito, siempre se trata de un error —murmuró incrédula.

¿Por qué nadie confiaba en mi palabra? ¿Qué había hecho para que las cosas dieran ese giro tan inesperado? ¿Cómo había podido ocurrir todo esto? Y lo que era más importante: ¿quién había matado a mi padre?



—¿Cómo que asesinado?! —exclamé sin creer a la voz que acababa de darme la noticia más desafortunada del momento. Mi padre, mi madre, mis hermanos, Xánder, todos me contemplaban atónitos sin comprender. A la amiga de mi hermana, La Vane, también le sonó el teléfono y dio un grito que solo yo era capaz de entender gracias a la información que me estaba dando la voz al otro lado de la línea. Mi mundo acababa de cambiar por una simple llamada.

Mis padres y Nani me miraron asustados.

—¿A quién han matado?

—Era uno de los trabajadores del bufete, estaba en el despacho con la radio puesta cuando han dado la noticia. Se han cargado al que iba a ser mi futuro jefe.

Mi hermana ahogó un grito.

—¿El abogado de Benedikt? —inquirió Xánder.

Asentí.

—El mismo. ¡Putá mala suerte! No he empezado ni a trabajar y ya se han cargado al tío que iba a darme trabajo.

—¡Andrés, tienes que ayudarme! —Vane me miraba con fijeza—. Era un policía. Esme está detenida en la comisaría de los Mossos acusada de matar a su padre.

Esta vez la que chilló fue mi madre, que casi cae desplomada en la silla. Se santiguó y mi hermana buscó un vaso de agua para darle.

—¿Yo? ¿Y por qué debería hacer una cosa así? No aguanto a esa pija prepotente. Que llame a alguno de los trabajadores de su padre, seguro que están más que encantados de echarle una mano, o las dos —rezongué sin gana alguna de meterme en ese fregado.

—¡Me han llamado a mí! ¡Está sola! ¡No confía en nadie! ¡No tiene a nadie en este mundo! ¿Sabes lo que es eso? ¡Acaba de morir su padre y no puede acudir a cualquiera! Si quisiera algún abogado del despacho ese, me lo habrían sugerido. Yo tampoco confiaría en esos crápulas ávidos de dinero, por eso creo que dio mi número en lugar de el de ellos. No conozco un hombre más íntegro que tú, así que eres el único que puede sacarla de ese entuerto.

—¡Por todos los santos! ¡Yo no soy el mejor! ¡Si acabo de obtener la licencia! Hay abogados que son la leche y, con la cantidad de dinero que tiene, no le costará encontrar a uno.

Vane contraatacó.

—Estoy convencida de que Esme no quiere un abogado que la sangre, sino uno en quien pueda confiar, y yo no conozco una persona más justa y con unos principios más arraigados que tú. Eres como mi hermano y, por ende, como el suyo.

—¡Yo no sería el hermano de esa loca del pintalabios nunca!

—Pues ahora lo eres. Además es de Jaén, como tus padres. Podríais ser primos o familia lejana.

—Antes prefiero tener una almorrana. Ni primos ni leches, me cae como el culo.

—Hijo —suspiró mi madre—. Si te hiciste abogado, fue para defender a los inocentes y estoy convencida de que la amiga de Vane lo es. Anda, ve y ayúdala.

—Pero mamá —protesté. Sabía que me costaba mucho resistirme a sus súplicas.

—¡Ni pero mamá ni leches! —me empujó Vane—. Mueve ese culo moreno, que tienes tu primer caso. Puede que no sea el empleo de tus sueños ni para el bufete que tanto querías, pero sí para salvar a una inocente que resulta que acaba de ganar el Premio *Influencer* del Año. ¿Sabes la reputación que te va a dar eso? ¿La gente que va a querer contratarte? Acabas de dar con la gallina de los huevos de oro y ni te das cuenta. Puede que Esme te parezca una simple *snob*, que no la

soportes, pero nadie te está pidiendo que te cases con ella.

—¡Solo faltaba! Ni muerto me caso otra vez, y menos con una arpía como esa —mascullé.

—¿Hay alguna cláusula que diga que para defender a alguien te ha de caer bien?

—No —admití nervioso, porque intuía que debería claudicar.

—Pues ya está, fin de la historia. Esme es inocente porque, por mal que te caiga, sabes que sería incapaz de hacer algo así.

—Yo no sé nada, apenas la conozco.

Ella resopló.

—La has visto en el bufete, en el canal veinticuatro horas cuando estábamos en la tele y es mi amiga, con eso debería bastarte. ¿Me ves relacionándome con asesinas?

—Esa mujer tiene experiencia, comete un crimen cada vez que abre la boca y les lava el cerebro a las miles de mujeres que siguen sus consejos.

—Eso no es asesinato. Se llama ser *influencer* y claramente no es un delito tipificado.

—Todavía. Debería ser un delito contra la salud pública.

—Pero no lo es, y ni mucho menos del tipo «voy a cargarme a mi padre a sangre fría». Yo lo sé, tú lo sabes y todos los que estamos aquí lo sabemos, por mal que te caiga.

—Vamos, hijo, ayúdala. Seguro que no es tan mala chica y es de mi tierra —me instigó mi madre—. En Jaén, no hay mala gente.

—Mamá, en Jaén, hay mala gente como en todas partes.

—Bueno, pero esa chica no lo es, así que haz el favor de defenderla, Andrés, no hagas que me enfade.

Lo tenía todo en contra. Si me negaba, en el fondo no me sentiría bien, porque muy, pero que muy en el fondo, tampoco veía capaz de matar a su padre a la arpía de uñas de porcelana.

No había un móvil aparente, estaba ganando muchísimo dinero y su padre tenía un imperio al que le daba acceso. Puede que a él no le gustara el mundo tan sórdido en el que Esmeralda estaba metida, eso era un secreto a voces, pero de ahí al asesinato había un largo trecho.

—Está bien, voy. Pero si veo un atisbo de culpabilidad en ella, renunciaré al caso.

—¡Gracias, eres el mejor! —Vane me abrazó y me plantó un sonoro beso en la mejilla. ¿Quién me mandaría a mí a meterme en ese fregado?

Entré en comisaría en calidad de abogado de la señorita Martínez y me bajaron al locutorio,

justo al lado de los calabozos, donde debía esperar a mi clienta.

El protocolo marcaba que me podía reunir con ella antes de que tuviera que declarar frente a los Mossos y conmigo presente. Era así desde que lo habían cambiado debido a la normativa europea, y la verdad es que era un gran adelanto, pues antes solo podías entrevistarte con tu cliente si decidía no declarar y solicitaba que lo quería hacer delante del juez.

Cuando entró en el locutorio, con aquel aspecto tan deplorable y la mirada fija en el suelo, se me retorcieron las tripas.

Nunca había visto a Esmeralda tan derrotada como aquella noche. Poco quedaba de la chica *sexy* que se paseaba por el bufete con aires de grandeza arrancando los suspiros de todos los presentes.

El vestido blanco estaba cubierto de manchas parduzcas y, pese a haber tratado de adecentarse, tenía restos de sangre bajo las uñas, el rostro y partes del cuerpo a las que claramente no había alcanzado a asear.

Por el estado en el que estaba, seguramente les habría pedido alguna toalla mojada para lavarse. En el calabozo era lo máximo a lo que se podía aspirar.

Verla así, en aquel estado, me sobrecogió. Se sentó al otro lado de la mampara de cristal que nos separaba, levantó el telefonillo y sus ojos verdes como la hierba recién cortada impactaron contra los míos.

—¿T-Tú? —titubeó, no me había visto hasta el momento.

Traté de mantener la actitud profesional que se esperaba de mí en un momento como ese.

—Sí, soy yo, su abogado, el señor Andrés Estrella —me presenté formalmente—. Según su amiga Vane, su mejor opción. —No la vi protestar como esperaba. En otro momento, hubiera alzado la nariz y me hubiera mirado con auténtico desprecio, sin embargo, tan desesperada estaba que parecía haber olvidado la aversión que sentía por mí. ¿O quizás no?

—Pero ¿ya te han dado el título? —fue lo único que preguntó mirando de lado a lado por si aparecía alguien más.

—Hoy mismo. De hecho, mañana había quedado con su padre para firmar, pero creo que ya no va a poder ser. ¿Me equivoco? —Ella asintió cabizbaja. «Bien, Andrés», me felicitó. «Era lo mejor que podías decirle a una persona que acaba de perder a su progenitor. Aunque sea la mujer que peor te cae del mundo, podrías ofrecerle algo de consuelo». Trataría de hacerlo, no obstante, el simple hecho de imaginarlo me retorció las tripas.

—Yo no he sido —fue lo siguiente que musitó con voz queda.

—Eso espero. —Podía sonar egoísta, pero no quería perder mi primer caso.

—¿No me crees? —Tenía los ojos rojos, el rostro cerúleo por el malestar y, pese a no lucir

bonita como siempre, no me daba la sensación de que estuviera mintiendo.

—No tengo que creerla o no, me limitaré a escucharla y a sacarla de aquí. Seguramente lo que piense, o deje de pensar, no le importe lo más mínimo mientras sea capaz de librarla de la cárcel. ¿Me equivoco?

La vi estremecerse.

—Se equivoca —me corrigió—. Estoy cansada de que todo el mundo me apunte con el dedo cuando no he hecho nada y necesito apoyo en este momento. También preciso que por lo menos mi abogado no piense que he sido capaz de hacer algo tan atroz a mi propio padre. ¿Tan difícil es de entender? ¿Me ve capaz de haber cometido un acto tan abominable? ¡Yo solo traté de salvarlo y me encuentro encerrada en el calabozo!

Su mirada suplicante me removió por dentro. Puede que fuera una ricachona a la que no tocaría ni con un palo, pero de ahí a que fuera una asesina había un largo trecho, en eso debía darle la razón.

—Cuénteme lo sucedido y veremos qué podemos hacer. Es lo único que le puedo decir por el momento.

—Está bien, se lo contaré todo —admitió sin pedirme que me colocara de su parte de nuevo.

—Y, por favor, concéntrese y no se deje nada. Cualquier información, por nimia que sea, puede ser vital para el caso. —Asintió y yo saqué mi bloc de notas para apuntar. Presentía que iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 3



No parecía un caso excepcionalmente complejo.

Alguien había accedido a la vivienda de don Pedro y su hija, o se trataba de alguien que ya estaba en el interior. Según Esmeralda, ella le quitó el abrecartas del pecho cuando exhalaba su último suspiro porque pretendía taponar la herida. Pero todo se precipitó y salió mal.

La reñí por haber tocado el arma del crimen, aunque era absurdo, un buen asesino habría utilizado guantes y si el abrecartas era de Esmeralda, muy probablemente tendría sus huellas. Pero tampoco ayudaba. Me dio un poco de lástima, en un par de ocasiones pensé que se derrumbaría, aunque mostró más entereza de lo que creí que fuera capaz de soportar. Incluso con la cara manchada, seguía teniendo aquella belleza salvaje que convertía su rostro en difícil de olvidar.

Unas cuantas veces tuve que centrarme por perderme en el intenso verde de su mirada o en el contorno de aquellos labios mullidos.

Joder, hacía demasiado que no estaba con una mujer si me daba por fijarme en una acusada de asesinato a la cual no soportaba.

Repasé mentalmente todo lo que me había contado, obviando las veces que me perdí en su pronunciado escote.

En la vivienda había cámaras de seguridad, así que con requerir las grabaciones se demostraría con facilidad que ella no había sido quien había matado a don Pedro y seguramente saldría la persona que había perpetrado el asesinato.

El único inconveniente es que era fin de semana. La científica tardaría de cuarenta y ocho a setenta y dos horas en coger muestras, restos y sacarlas de la casa. Por lo que nadie, incluida Esmeralda, podría acceder al domicilio para visionar las imágenes; aunque era una tontería, seguramente el disco duro donde habían quedado registradas se lo habría llevado la policía. A pesar de ello, podía ser un buen punto para la defensa y para argumentar el motivo de la puesta en libertad de la acusada a la espera de juicio.

En unas pocas horas, el juez de guardia iría a levantar el cadáver para poder realizarle la autopsia y confirmar la causa y hora de la muerte, aunque parecía más que evidente.

Le indiqué a Esmeralda que no declarara en comisaría y que indicara al agente que lo haría ante el juez, así me aseguraba que estuviera más tranquila, que tuviera tiempo de pensar en todo lo que debía decir y no corríamos el riesgo de que incurriera en contradicciones. Aproveché para decirle lo que tenía que exponer, aleccionarla para que no respondiera preguntas que pudieran comprometerla en ningún sentido. El fiscal se acogería a cualquier resquicio para encerrarla hasta el juicio, que era justo lo que no queríamos.

Ella se mostró bastante ofendida, pues como era lógico creía fervientemente en su versión de los hechos. Pero, en un juicio, tener el poder de la verdad era lo de menos. Uno tenía que saber qué decir, cómo hacerlo y tener ases en la manga por si se torcían las cosas.

Le horrorizó saber que debería pasar allí la noche, pero, por el momento, era lo único que podíamos hacer.

Como era la hija de quien era, trataría de tirar de contactos para que a la mañana siguiente la soltaran, seguramente, bajo fianza. Después solo nos quedaría esperar a que concluyeran todas las diligencias de investigación y que, tras algunos trámites, el fiscal presentara su escrito de acusación, tras lo cual, ya sabría a qué atenerme para poder preparar a conciencia el escrito de defensa. Hasta que nos dieran la fecha de celebración del juicio podrían pasar meses.

Me despedí de ella tranquilizándola, explicándole lo que podía ocurrir a partir de ahora, no me gustaba engañar a nadie y me resultó descorazonador dejarla ahí dentro. Por mal que me cayera, sabía que lo iba a pasar soberanamente mal, y ya no eran las necesidades que pasaría, sino la gente con la que se codearía, aunque una cura de humildad no le sentaba mal a nadie.

Pasaría esa primera noche en los calabozos. A la mañana siguiente, si la policía ya había cerrado las diligencias, que esperaba que así fuera, la conducirían a la ciudad judicial en un furgón policial junto con el resto de los detenidos que tuvieran ese día.

Igual se desmayaba con el hedor de la furgoneta, no dejaban ducharse a los detenidos y algunos no habían pasado por agua en días. La imaginé arrugando esa adorable nariz y me entró la risa. Podía imaginar a su alteza recomendándoles el uso de desodorante a sus compañeros de transporte, aunque ella tampoco olería a rosas.

Una vez allí, la enviarían a los calabozos del sótano. Si yo quería volver a hablar con ella, tendría que pedir un volante en el juzgado para poder bajar y verla a través de los barrotes, pero no creía que fuera necesario.

—En caso contrario, nos veremos en el Juzgado de Guardia, en la sala de declaraciones, donde dos policías la subirán y allí declarará ante el juez. Al tratarse de un delito grave, es muy probable que el fiscal, que estará presente en la sala, solicite el ingreso en prisión preventiva hasta el día del juicio. —Cuando le conté eso, entró en pánico.

—Oh, Dios mío. No quiero ir a la cárcel, no he hecho nada, solo pretendía salvar a mi padre.

Traté de tranquilizarla contándole mi estrategia a seguir.

—No sufra, en esa «vistilla» solicitaré su puesta en libertad alegando que no existe ningún motivo de los tasados por la ley para que justifique la prisión preventiva. Alegaré que no tiene intención de sustraerse a la acción de la justicia, que no existe riesgo de fuga ni de destrucción de pruebas o de reiteración delictiva, es decir, que no va a cargarse a nadie más.

—¡Que yo no lo maté! —insistió.

Estaba convencido de ello y, aunque no fuera santo de mi devoción, por lo menos quise ofrecerle mi apoyo. Ya tenía suficiente con haber perdido a su padre como para que encima nadie creyera en ella.

—Lo sé, solo se lo estoy aclarando para que me entienda. A veces los términos jurídicos son un tanto complejos. Alegaré que no existen pruebas en su contra, ni siquiera indicios suficientes que fundamenten decretar una medida tan restrictiva para la libertad como la prisión preventiva.

—¡Es que no puedo entrar en prisión por algo que no he hecho! —se quejó entrando en bucle. Por mucho que yo quisiera evitarle ese trago, no estaba en mis manos.

—Lo entiendo, por eso estoy aquí. Tranquilícese, este tipo de juicios, si se diera el caso de que sigan para adelante, suelen tardar en salir un año o año y medio. Y más teniendo en cuenta cómo está la justicia hoy día. Confío en que el juez, tratándose de una persona que no tiene antecedentes y siendo quien es usted, será una persona considerada. —Estaba temblando como una hoja. Me dolía verla de ese modo, me tocaba la fibra y me daban ganas de estrecharla para decirle que todo iba a salir bien. ¿Cómo podía despertar ese tipo de sentimientos en mí cuando de otro modo jamás me hubiera acercado? Supuse que la lástima tenía mucho que ver, y mi familia insistiendo en que ayudara a la chica, también—. Le estoy exponiendo las cosas tal y como son. No quiero engañarla o que me acuse de no haberla advertido de lo que podría pasar si las cosas se torcieran.

—Lo entiendo, pero júrame que no vas a dejar que lo hagan y que me encierren. —Los ojos le brillaban de terror. El corazón se me encogió y me entraron ganas de acariciarle la mejilla. Me limité a apoyar la mano contra la mampara y ella la buscó con la suya, como si fuera capaz de atravesar el cristal y sentir el tacto de una mano amiga.

—Le prometo que haré todo lo posible. Si no me quiere de abogado, lo entenderé; tan solo dígamelo y buscaré a cualquiera del despacho de su padre, que estará encantado de llevar el caso.

Ella negó. Sin quitar la mano y pese a lo absurdo de la situación, yo tampoco fui capaz de negarle ese pequeño gesto.

—No confío en ellos, te quiero a ti. No me digas por qué, pero es una intuición que tengo.

Asentí sintiéndome halagado. Lo habitual no es que un cliente confíe en un abogado sin experiencia y, dados nuestros encuentros, menos todavía. Apreté los dedos y cerré la mano apartándola.

—Solo espero que no se equivoque.

—No lo hago, estoy segura. —Parecía mucho más convencida que yo, hacía gala de una fe que ni yo mismo sentía y eso me cohibió ante tanta contundencia.

—Está bien. Bueno, pues si logramos librarnos del encierro, lo normal es que se le apliquen otras medidas más suaves como, por ejemplo, ir a firmar al juzgado los días uno y quince de cada mes o que le retiren el pasaporte para que no pueda huir del país.

—Lo que sea, estoy dispuesta a todo, incluso a permanecer encerrada en mi habitación con usted hasta que llegue el juicio. —La simple imagen me sacudió de la cabeza a los pies y una parte de mi anatomía pareció reaccionar demasiado amigablemente ante la sugerencia. Era de locos, solo imaginar el encierro con esa, esa... Las imágenes que acudían a mí no me estaban ayudando en nada, pues la imaginaba con los conjuntos con los que solía acudir al despacho y eso me alteraba. Estar con ella durante un año en un espacio de doce metros cuadrados era de locos. Carraspeé incómodo.

—Bien, me alegra saberlo. El juez contará con las alegaciones del fiscal y las mías propias para tomar la decisión de si la deja en libertad bajo fianza. Pero dudo que su castigo sea tan duro como estar encerrada conmigo. —Ella se mordió el labio y una extraña corriente volvió a sacudirme. «Céntrate», me reñí.

—Nada de cárcel —interpeló implorante.

—Intentaré por todos los medios convencer al juez para que no tenga que ingresar en prisión. No obstante, si acordara su ingreso, pediré que pueda eludirla pagando una fianza de un importe a determinar que decidirá el juez, por ejemplo, cincuenta mil euros o incluso cien mil, puede que incluso más. —Las fianzas en este tipo de casos solían ser elevadas.

—Pagaré, tengo dinero, eso no supone un problema para mí —respondió con arrogancia. Cuando se ponía en plan «soy la reina del universo», me entraban los siete males.

—De momento, no hará nada; solo tratar de descansar y expresar lo que ocurrió tal y como lo hemos hablado. Hay veces que el dinero no lo puede todo, señorita Martínez.

—Esperemos que en este caso sí. No voy a poder pegar ojo aquí dentro. Además, no me dejan ducharme o cambiarme de ropa.

—Sé que no es el tipo de alojamiento al que está acostumbrada, pero deberá ser fuerte y aguantar. Con un poco de suerte, mañana todo volverá a una normalidad. No se angustie, hágame caso e intente descansar lo que pueda, aunque no sea sencillo. Eso la ayudará a mantener la mente en su sitio. —Me escuchaba como si fuera su tabla de salvación.

—¿De verdad crees que puedo mantener la mente en mi sitio después de lo ocurrido? —La crispación había regresado a su voz. La entendía, pero necesitaba infundirle calma para que pudiera soportar lo mejor posible el encierro.

—Sé que es complicado, pero es lo mejor. Hágame caso, para eso soy su abogado y confía en mí. ¿Verdad?

Ella suspiró resignada. Debía darle algo a lo que agarrarse, aunque fuera tan intangible como la fe.

—Está bien, trataré de hacerlo. Por supuesto que confío en ti, si no, no estarías manteniendo esta conversación conmigo ahora mismo. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mí, no lo olvidaré nunca.

—Eso lo tengo claro. Con mis honorarios, será difícil que me olvide.

Un amago de sonrisa curvó sus labios.

—No creo que sea eso lo único que olvide de ti. —Ambos nos quedamos en silencio por unos instantes, como si aquella situación hubiera creado una especie de puente entre nosotros, aunque fue muy efímero y se quebró con la siguiente frase—. Tú sácame de aquí y el dinero dejará de ser un problema en tu vida. —Todo debía solventarlo de la misma manera, a golpe de chequera. Me daba a mí que el problema no iba a ser ese, precisamente.

Que el juez me concediera la libertad de Esmeralda no fue tan sencillo como parecía en un primer momento.

Las cámaras de la casa no habían recopilado datos de las últimas cuarenta y ocho horas, así que no teníamos las imágenes donde se veía al verdadero asesino. La puerta no parecía forzada y la contraseña de acceso solo había sido activada a las seis de la tarde, cuando supuestamente el señor Martínez regresó a casa tras el trabajo, y en el momento en el que Esmeralda cruzó la puerta de regreso de la gala.

Lo malo era que el informe de los Mossos determinaba que ella estaba allí con el arma homicida, envuelta de sangre, que el cuerpo todavía estaba caliente y que perfectamente lo podría haber matado. Además, los trabajadores de la casa estaban en el edificio anexo y no habían visto entrar en la casa a nadie, aparte de a don Pedro.

Por suerte, el juez admitió que, aunque los indicios apuntaban a la señorita Martínez como posible autora del crimen, no había suficientes como para determinar la prisión preventiva sin fianza y decretar el ingreso en prisión, así que acordaba dejar en libertad a mi cliente estableciendo una fianza de noventa y cinco mil euros y la retirada del pasaporte. Además de tener que ir a firmar los días uno y quince de cada mes.

De momento, no podíamos entrar en casa de su padre para coger el documento requerido y Esmeralda tuvo que ingresar en prisión hasta que pude dar la orden de transferencia inmediata a la cuenta del juzgado. Al tratarse de la misma entidad bancaria, solo tuvo que estar un día dentro.

Cuando la vi aparecer, sentí verdadera lástima por ella. Se la veía tan abatida que me costaba pensar en aquella pija altiva que paseaba despreocupada por el despacho, y eso que solo habían

sido unos días de encierro. Aun así, mantenía la belleza que la caracterizaba.

—Buenos días, señorita Martínez, fuera hay un aluvión de periodistas en busca de sangre. — Ella parpadeó un par de veces tratando de digerir mis palabras. Las espesas pestañas parecían un oscuro abanico contra sus mejillas—. He traído una chaqueta con capucha para que salga lo más discretamente posible. —Pese a no tener su mejor aspecto, se había podido cambiar de ropa con la que le había traído y recogerse el pelo en un moño alto que le despejaba los rasgos.

—Buenos días. Gracias por preocuparse, pero no, no tengo por qué ocultarme de nada ni de nadie. Vale que hoy no seré la imagen del día de Instagram por mi belleza, pero tampoco lo seré por asesina. Por favor, sáqueme de aquí. —Del bolso que le había traído, extrajo las gafas de sol y se las colocó para salir con porte regio.

Cuando alcanzamos la puerta principal, una nube de *flashes* y micrófonos se nos vino encima. Ella salía con la espalda completamente recta y un rictus serio que no devolvía a las cámaras la imagen banal que habitualmente mostraba.

—Por favor, señorita M., aquí, conteste a mi pregunta —gritaba una mujer en mi oreja.

—La señorita Martínez no hará declaraciones —anuncié poniendo la palma de la mano en la parte baja de su espalda de un modo protector. Me ardió por unos instantes y la noté tensarse bajo ella. ¿Habría notado el mismo calor? ¿No sería alergia? Esperaba que no.

—¿Es su abogado? —preguntó una voz masculina al fondo. Esmeralda se detuvo en seco.

—Exacto, es mi abogado, el señor Andrew Star. Quédense con ese nombre porque va a dar mucho que hablar cuando demuestre mi inocencia y se convierta en el mejor abogado del país. Además de ocuparse de mi caso, también se encargará de que el auténtico asesino de mi padre pague por la atrocidad cometida metiéndolo en un agujero del que no salga en la vida. —¿Andrew Star? ¿De dónde salía eso? ¿Y esa fe ciega en mí? No sabía cuál de las dos cosas me ponía más nervioso, aunque el nombrecito se las traía.

—Señorita M., ¿se declara inocente?

Ella giró el rostro con altanería

—Por supuesto, y me indigna que alguien pueda suponer lo contrario. Voy a encargarme personalmente de esclarecer este malentendido y les garantizo que el ser despreciable que me ha dejado huérfana no va a salir impune —añadió con dramatismo. Cualquiera diría con esa vehemencia que adoraba a su padre, no obstante, yo sabía que no era así.

—La señorita Martínez no admite más preguntas —argumenté ante las voces alteradas que buscaban cualquier tipo de escollo sensacionalista para sus titulares. Me acerqué al oído de Esmeralda y le solté sin tapujos—: Nos vamos ya. No conteste más preguntas antes de que esto se convierta en una escabechina y diga algo que esos carroñeros puedan usar en su contra. No les dé motivos, «señorita M.» —recalqué. No respondió, aunque percibí su encrespamiento al oír mi recomendación. Volví a dirigirme a los medios—. Gracias por su preocupación, pero ahora la señorita Martínez necesita descansar.

»Les pido un poco de respeto y que no olviden que acaba de perder a su padre, así que trátenga con la delicadeza que se merece en una circunstancia tan delicada como esta. Pónganse en su lugar y muestren un poco de empatía. Muchas gracias. —Se hizo silencio y nos abrieron paso para que saliéramos con total comodidad y que pudiera coger mi coche. Le abrí la puerta trasera y se acomodó sin rechistar. Arranqué en dirección a su residencia en Sant Gervasi, suponiendo que querría ir a casa.

Se arrebujó, llevándose las rodillas al pecho, y se quitó las gafas para masajearse las sienes con pericia. Casi parecía una niña desprotegida con esa pose tan desenfadada.

—¿Le duele la cabeza? —Por el rictus, eso parecía.

—Mucho, tengo una migraña de mil demonios. Creo que en estos días habré dormido un máximo de cuatro horas.

—¿Por qué no cierra los ojos y descansa mientras conduzco? Mi otra profesión es taxista, así que está en buenas manos.

—Preferiría que pararas en la farmacia, necesito comprar medicamentos, señor Star.

—Olvide ese ridículo nombrecito que me ha autoimpuesto, me llamo Andrés Estrella. No soy ninguna *celebrity* de esas con las que usted se codea.

—Eso era antes —anunció tan segura de sí misma que me crispó. Sus ojos verdes buscaron los míos en el espejo retrovisor.

—¿Antes de qué?

—De que se convirtiera en mi abogado y representante ante la prensa. Entienda que tener un abogado con apellido de cerveza no vende, es mucho mejor así. Hágame caso, que la que entiende de *marketing* soy yo. —¿Acababa de decir que mi apellido era de cerveza?—. Si por lo menos se apellidara Moët...

—¿Perdón? —Acababa de dejarme anonadado ¿Moët? ¿Es que pensaba que era una puta botella de *champagne*?

—Perdonado. Andrew es un nombre mucho más *cool*, suena a monarquía, y Star tiene caché, no es comparable a Estrella. No se ofenda, es cuestión de marca.

—Yo no soy un producto, señorita Martínez, ni una bebida alcohólica o un maestro cervecero.

Su risa cantarina me enervó.

—Puede, pero ahora trabaja para mí y no me apetece discutir. Va a ingresar muchos ceros en su cuenta corriente y no creo que le importe customizar un pelín su apellido si con eso consigue clientes que paguen mejor.

Me ofendía que sugiriera que podía venderme por un puñado de euros.

—Yo no me vendo como usted, señorita M. Que haya aceptado ser su abogado no me convierte en su títere para que me maneje a su antojo. No lo olvide —estallé molesto.

—Y usted no olvide que si su carrera va a encumbrarse, será gracias a mí. Pare en esa esquina, acabo de ver una farmacia.

Apreté los dedos contra el volante, cada vez estaba más convencido de que no debería haber aceptado el caso. Éramos completamente opuestos, ¿qué hacía yo ocupándome de alguien como ella? ¡Si cada vez que la miraba, mi piel se erizaba como la de un gato! Incompatibles, eso es lo que éramos.



Ese tipo me sacaba de mis casillas. Mira que había tratado de ser amable, pero nada, si incluso le había hecho publicidad. No tenía ni idea de lo que las marcas me pagaban por que las nombrara una simple vez.

¿No se podía limitar a obedecer y listo? Yo sabía que era lo mejor para él. Esmeralda M. había surgido de la nada y ahora era la sensación en internet. Andrew Star era mucho más llamativo, la gente no olvidaría un nombre así. Debería darme las gracias en lugar de gimotear como una vieja.

Había pasado los peores días de mi vida con sus consiguientes noches, tuve que aguantar el acoso de las mujeres con quienes compartí celda, no pude pegar ojo pensando en si me harían algo aprovechando que dormía y, al mínimo ruido, me desvelaba tratando de apaciguar mi estado de ansiedad. En segundo lugar, no podía parar de dar vueltas a lo ocurrido, no encontraba una explicación coherente ni alguien a quien señalar.

Traté de hacer memoria, pensando en si mi padre estaba más nervioso de lo habitual, en las personas que estaban en su círculo privado, en los motivos que podrían llevar a alguien a asesinarlo y no encontraba un solo hilo del que tirar.

Tal vez si no hubiera estado peleada con él, habría sido más sencillo. Estábamos bastante distanciados y la misma tarde de los hechos discutimos porque no veía bien el tipo de premio que iba a recoger.

—Es un premio, señor Martínez. —Me negaba a llamarlo papá. Sabía que eso lo irritaba y a mí me gustaba provocarlo.

—Sí, a la cabeza de chorlito del año. No puedes ir a recoger eso, te pondrá en evidencia y a mí también.

—Puedo y lo haré, soy mayor de edad.

—Pues si lo eres para ciertas cosas, también lo eres para otras. Esta es mi casa y aquí se cumplen mis normas. Llevas demasiado tiempo haciendo lo que te da la gana, tal vez un poco de mano dura habría sido lo mejor en tu caso.

Lo miré con sorpresa.

—¿Y tú no has hecho siempre lo que te ha dado la real gana? ¿O debo recordarte los nueve años que pasaste de mi cara?

—¿Te llamaba! ¡Te iba a ver cuando podía y le pasaba a tu madre una pensión más que generosa para que no te faltara nada!

—¿Me faltabas tú! —le grité—. Pero es lógico que no lo comprendas, perdona mi desfachatez. El premio te lo deberían dar a ti, pero como cajero automático del año.

Mi padre tensó los puños.

—Eres una desagradecida, te lo he dado todo.

Cuando me decía ese tipo de cosas, me dolía más que nada. Como si lo que contara de él fueran únicamente los euros que me daba.

—¿No me has dado nada! Un puñado de dinero nunca será suficiente para pagar el padre que necesitaba y que nunca estuvo para abrazarme, para consolarme cuando me caía y me raspaba las rodillas. Pero claro, eso tú no lo entiendes, porque para ti es suficiente la entrega de una Visa oro para sustituir la pérdida de una madre. Eso es lo que hiciste, cambiaste a la persona que más quería en el mundo por una puta Visa.

—¡Basta! —rugió—. ¿Qué sabrás tú de lo que he hecho por ti o no?

—Tienes razón, ya basta. Nunca seré la hija perfecta ni tú el padre que siempre necesité. No te preocupes, mañana mismo me pondré a buscar un lugar donde vivir y donde no incomoden mis actividades de cabeza de chorlito. —Di un portazo y me fui a la habitación para prepararme para la gala.

En alguna ocasión traté de justificarlo, de maquillarlo y convertirlo en el padre que no era. Pero fue imposible, él siempre sería así. Su verdadero amor era él mismo, los demás sobrábamos en su perfecta vida y si me acogió tras la muerte de mamá, estaba convencida de que lo hizo para no quedar mal. La prensa se le habría echado al cuello si no me hubiera admitido en su casa y yo hubiera ventilado los trapos sucios de don Perfecto.

Para él, el talonario era muestra suficiente del cariño hacia los demás. ¿No era eso lo que todo el mundo ansiaba? ¿Dinero? Pues él lo usaba para complacer, para entregar lo que era incapaz de dar de otro modo. Estaba capado emocionalmente y había logrado arrastrarme en el camino. ¿Cuánto tiempo llevaba sin recibir muestras de cariño sincero de alguien que no me quisiera por mi belleza, mi fama o mi dinero? Creo que en mi vida solo tenía a La Vane, a Borja y a Lorena. Eran las tres únicas personas que me habían demostrado que me querían más allá de Instagram.

Estaba harta de vivir en una casa donde no contaba para nada, solo para recibir pullas sobre cómo debía comportarme y qué hacer con mi vida para ser la hija perfecta.

¡Al cuerno con todo eso!

En la gala, bebí algo más de la cuenta. Decir que Chiara era la culpable no hubiera sido del todo cierto, la discusión con mi padre tuvo algo que ver. Tal vez si me hubiese quedado en casa, las cosas ahora serían distintas. O quizás no, ya nunca lo sabría.

Salí de la farmacia con un cargamento de paracetamol y pastillas para los nervios. Tenía un desasosiego interno difícil de calmar, no sabía si podría enfrentarme a regresar al lugar del crimen, pero tampoco había sitio alguno al que pudiera acudir. Y encima ese maldito abogado afloraba en mí sentimientos contradictorios. Podría ser bizco, jorobado o una albóndiga con patas y no un moreno atractivo con el que más de una vez había fantaseado, pese a ser la antítesis de lo que quería. «Abogados, no —me repetí—. Por sexis y buenorros que sean, cuanto más lejos, mejor».

Había vaciado mi cuenta al completo para pagar la fianza. Invertí gran parte de mi capital en el negocio con La Vane, así que solo podría tirar de tarjeta hasta cobrar a principio de mes el dinero de mis contratos publicitarios.

No sabía qué ocurriría con el capital de mi padre. De momento, todo estaba bloqueado debido a la investigación, así que dudaba que pudiera hacer nada al respecto.

Me tomé un par de pastillas y tragué antes de entrar en el coche tomando aire para que la masculinidad de Andrés no me afectara.

Por suerte, mi chofer no dijo nada y condujo en silencio hasta llegar a casa, donde otra nube de periodistas estaba a las puertas esperándome para lanzarse a mi yugular.

—No creo que pueda enfrentarme a nadie ahora mismo. De hecho, no creo que sea capaz de poner un pie en esa casa —admití cerrando los ojos. Él me miró pensativo.

—¿La llevo a otro sitio?

Empujé la cabeza hacia atrás, hundiéndola en el respaldo.

—No tengo a donde ir. —Reconocerlo en voz alta fue peor que sentirlo.

—¿Un hotel?

Abrí los ojos. Mi realidad era una mierda, ahora mismo estaba con la cuenta en números rojos y me sentí algo avergonzada al admitirlo.

—No puedo pagarlo hasta principio de mes. Usé todo mi dinero para la fianza y lo que me queda es para pagarte por tus servicios. —Sentí que mis mejillas enrojecían, aunque a él no pareció ofenderle mi falta de poder adquisitivo.

—¿Está sin blanca? —El semáforo cambió de color.

—Por lo menos hasta el mes que viene, sí, estoy sin blanca. No te detengas, por favor, ahora mismo no me veo capaz de aguantarlos.

Andrés pasó de largo.

—¡Joder! Pues no sé dónde llevarla —protestó—. ¿Ningún amigo o buen samaritano que pueda acogerla?

Negué.

—Vane vive con Borja y solo tienen una habitación en el apartamento.

—Pero seguro que la dejan dormir en el sofá.

—No quiero ser un estorbo ni hacer de aguantavelas, les fastidiaría su intimidad. Lo cierto es que no sé qué voy a hacer. ¿Tú vives con tus padres? —pregunté curiosa. Él negó.

—No, me mudé a un apartamento hace un par de meses pensando en que podría pagarlo con el dinero que iba a cobrar como abogado en el bufete de tu padre. En la zona en la que está, no puedo permitírmelo con mi sueldo del taxi, que en vistas del éxito es a lo que voy a tener que volver a dedicarme.

—Pero yo voy a pagarte y seguro que te salen más clientes con la promo. Yo me encargaré, serás el abogado del momento.

Él empujó las comisuras hacia arriba.

—Sí, del momento de volver a mi anterior vida. Con el dinero de un único caso, no puedo vivir en pleno centro de Barcelona. O me busco un compañero de piso o vuelvo a casa de mis padres, pero voy a perder la fianza seguro. Además, no me apetece nada compartir piso con un desconocido, soy muy maniático con mis cosas y los tíos suelen ser muy guarros.

Eso era cierto, me sentí mal por verlo en aquella situación. Aunque yo no hubiera matado a mi padre, me sentía responsable.

—Lamento que todo esto sea por mi culpa.

—No es por tu culpa, tú no te cargaste a mi jefe y, con él, mi futuro empleo.

Me gustó que me tuteara y que reconociera que no me creía culpable. Pareció darse cuenta del error y carraspeó incómodo. ¡Qué guapo era! Suspiré para mis adentros. Una idea se fraguó en mi mente, él necesitaba a alguien y yo también. ¿Por qué no iba a salir bien?

—¿Y si lo compartes conmigo? —Andrés estaba circulando sin rumbo fijo. Abrió tanto los ojos que casi se le escurren por la frente y se carga a la vieja que pasaba por el paso de cebra—. ¡Cuidado! —chillé como una energúmena antes de que el acusado de asesinato fuera él. Dio un frenazo por el que casi se come el volante y se llevó un garrotazo en el capó por parte de la

ancianita. No pareció ni darse cuenta, toda su atención estaba puesta en mí.

—¡Pero ¿qué dice?! ¡Ni hablar! Usted y yo no somos compatibles.

Cualquiera diría que le había pedido meterse conmigo en la cama. Un extraño calor se instauró en mi abdomen al imaginarnos en esa tesitura, pero rápidamente aparté la idea de su rostro gruñendo en mi oído y sus caderas empujando entre las mías. ¡Qué sofoco!

—Yo busco un sitio y, con lo que me ha pasado, no quiero estar sola. No puedo enfrentarme a esa casa y ganar el dinero suficiente como para pagarte un sueldo y alquilar la habitación. Soy limpia y te prometo que no te molestaré. Tú harás tu vida y yo, la mía, hasta que me sienta con fuerzas para poder vivir sin miedo. —Era un buen plan y una buena oferta, no podía rechazarla, estaba convencida. Él entrecerró los ojos.

—Usted no tiene miedo a nada —alegó contundente.

—Sí que lo tengo, ¿qué pasa? Soy humana, ¿sabes? Yo también tengo mis cosas.

—Pues no lo parece —anotó escéptico.

Yo me reí sin humor.

—Las apariencias engañan. Deberías saberlo, Mr. Star.

—Deje de llamarme por ese ridículo nombre.

—Acéptame como compañera de piso y dejaré de hacerlo. Solo una temporada. Eres mi abogado y no hay nadie con quien me sienta más segura y protegida en este momento que como contigo. —Vi cómo su pecho subía y bajaba inquieto. Yo tampoco estaba de lo más tranquila al imaginarlo medio desnudo por el piso. ¿Cómo sería como compañero?

—No soy poli, solo un amago de abogado, y no creo que sea una buena idea. En el fondo, usted no me soporta ni yo a usted tampoco.

Me hirió, eso no era cierto. No me gustaba lo que representaba, pero no era él en sí lo que me disgustaba, al contrario. Me sentí molesta, sin embargo, traté de que no lo notara. Él sí parecía tener cierta animadversión hacia mí, eso me entristecía y dañaba mi orgullo. En otro momento, no hubiera insistido, no me gustaba estar donde no me querían, pero es que me sentía tan sola y vulnerable que me conformaba incluso con quien sabía que no me quería. Era patética, llevaba toda mi vida implorando amor sin recibirlo. Mi padre nunca me quiso, los tíos me utilizaban y Andrés... Andrés simplemente no me soportaba, aunque tratara de disimularlo. Por mal que me sintiera, insistí de nuevo rebajándome al máximo.

—Solo se trata de compartir piso y gastos. Tú, en tu cama y yo, en la mía.

—Solo faltaría —resopló mirándome como si tuviera la lepra. ¿Tan repulsiva le resultaba? Me tragué mi orgullo e insistí.

—Nos dividiremos las baldas de la nevera, los quehaceres domésticos y, si me apuras, las plazas del sofá. Lo haremos a tu manera y podrás seguir manteniendo el piso. No será mucho tiempo, de verdad. —Estaba dudando, lo percibía, solo necesitaba un empujoncito más.

—Me voy a arrepentir mucho si acepto.

—Te prometo que no. Dame solo una oportunidad, me encargaré del baño aunque pierda la manicura. —Vi un amago de sonrisa en sus ojos, casi lo tenía—. Oh, vamos, deja que lo intentemos, no puede ser tan horrible. Por favor, Andrés, te juro que ni te enterarás. —Quise tocarle la fibra sensible llamándolo por su nombre de pila y, al parecer, lo logré, pues vi cómo su gesto se ablandaba.

Dio un golpe al volante y, a regañadientes, soltó:

—Sé que me voy a arrepentir, pero... Está bien, probaremos este mes y cuando haya cobrado lo que ha de cobrar, se larga. ¿Está claro?

—Como el agua clara —admití sonriente. Era la primera sonrisa sincera que emitía en días.

—¿Por qué me meteré yo en estos fregados? —masculló en voz alta.

—Porque voy a limpiarte el váter y tus meados. Además, eres buena persona, aunque no te soporte, y sabes que yo también lo soy, pese a que no te caiga bien. Verás como no nos va tan mal juntos.

—Déjeme que lo dude, creo que ya me estoy arrepintiendo y aún no ha puesto un pie en el piso. No es cuestión de caerse bien o no, sino de compatibilidades. Nuestros mundos son demasiado opuestos para encajar. Yo soy chópéd y usted, caviar; todo el mundo sabe que no casan.

Me importaba un rábano si casaban o no, y a mí me parecían igual de ricos los dos.



Chantal

Gemí con fuerza al notar la boca de Quince azotando mi sexo. Me encantaba la delicadeza que tenía para comerme el coño, sus penetraciones profundas rebañándome por completo.

Estaba tan hermosa embarazada, me gustaba más así, con el vientre hinchado y los pechos rebosantes de leche, la vida en estado puro y entre mis piernas.

Di un grito cuando me corrí en su boca y ella me calmó besando y lamiendo cada palmo de

piel inflamada.

—¿Le ha gustado, ama? —inquirió arrodillada a los pies del sillón. Le acaricié el suave pelo.

—Mucho, siempre es un placer tenerte entre mis piernas.

Ella asintió satisfecha.

—¿Puedo ponerme en pie?

—Sí, déjame que te acaricie el vientre.

Obedeció como siempre, tan sumisa, tan complaciente.

Apoyé el rostro en la abultada barriga pasando los dedos por la tensa piel y ella jadeó con fuerza. Sabía cómo excitarla, Quince era una esclava de fuertes apetitos y me gustaba saciarla.

Pasé las manos por sus pechos calientes, rebosantes de leche del primer embarazo. Todavía le daba el pecho al hijo de Matt y se acercaba la hora de la toma. Tiré con fuerza de los pezones y un chorro se precipitó manchándome la cara.

—Disculpe, ama.

—Shhhh —la silencé. Pasé la yema del dedo por el lugar donde había caído el líquido y lo introduje después en su sexo. Ella aulló de necesidad y mis dedos fueron entrando uno a uno hasta colmarla por completo. Le gustaba el *fisting*, ser follada con toda la mano en su amplio sexo, que la albergaba con total soltura—. Sube la pierna y deja que te vea. —Lo hizo con algo de dificultad, tambaleándose al principio, pero con mayor seguridad al colocar el pie en el reposabrazos para anclarse a él—. Eso es, disfruta, pequeña. Lo hiciste tan bien el otro día. Me siento tan orgullosa.

—Ahhhhhh —jadeó por el placer.

—Me gustó cómo enamoraste al cretino de Martínez, cómo le hiciste creer que el bebé era suyo, cómo te ganaste su confianza y colocaste el dispositivo en la vivienda que nos facilitó el control absoluto de la propiedad. —Mi mano entraba y salía profundamente haciéndola resollar a cada envite—. Me encantó que le dijeras que ibas al baño mientras subías a la habitación de su pequeña a por el abrecartas y que lo apuñalaras a sangre fría y sin titubeos.

—Gracias, ama —suspiró constriñendo mi mano en el interior. La musculatura de la vagina me apretaba en busca de más.

—Qué ilusos son los hombres. Creen que con follarnos es suficiente cuando nosotras solas nos valemos para eso, ¿verdad?

—Sí, ¡oh, sí! —gritó—. ¿Tengo permiso para correrme, ama?

—No, todavía no, déjame que te folle un poco más. —Estaba temblando de placer, tenía la mano encharcada y el flujo se deslizaba por mi brazo—. Dime, ¿qué te gustó de arrebatarte la

vida? —inquirí sedienta de su contestación.

—Me gustó saber que la estaba complaciendo, ama, que cumplía con la orden, que usted se sentiría satisfecha.

—Buena chica y buena respuesta —acepté. Para mí, era imprescindible tomar nota de lo que causaba placer o no a los clones. Y la respuesta de Quince era todo un éxito. Mataba sin remordimientos por complacer, no para lograr la supremacía, no para sentir poder sobre otro ser humano, y lo hacía sin reproches. No había culpa en ella, se sentía bien por haber acatado mi orden y eso era todo un logro.

Incrementé la fuerza de los empujes, ella apenas podía soportar más, su vagina ahogaba mi brazo. La respiración era tan errática que me daba miedo que se ahogara ante tanto deleite.

—Puedes correrte —le permití y su grito voló sobre nuestras cabezas liberándola sobre mi mano.

Cuando acabó, la saqué y se la tendí para que la limpiara con su boca y la besara en señal de gratitud.

—Gracias, ama.

—Ahora ya puedes ir a alimentar a nuestro bebé. Estate lista para la noche, vienen unos amigos que deberás satisfacer.

—Sí, ama.

Se retiró y yo sonreí complacida. Qué sencillo había sido todo, tanto que incluso rozaba lo aburrido. Fue fácil que Quince saliera de la casa y borrar todo registro de actividad. La era digital había facilitado muchas cosas si contabas con los medios adecuados. Solo aparecía la entrada de la querida hijita de Martínez, acusada de todos los cargos.

Nadie la cagaba sin sufrir las consecuencias y la entrada de Benedikt y Sandra en prisión fue una gran cagada por parte del abogado. Por suerte, ya quedaba poco para sacarlos de allí y mis invitados de esta noche eran piezas clave para ello.

Cuántas ganas tenía de retomar el proyecto. Ahora estaba segura de que nadie nos detendría y cuando Ben saliera, nos vengaríamos de todos aquellos que nos pusieron la zancadilla.

Nadie puede evitar lo inevitable.

Capítulo 4



Tras advertir que el piso estaba mucho mejor de lo que imaginaba y que el toque algo austero y masculino no le restaba encanto, sonreí complacida.

Dos habitaciones y un salón lo suficientemente amplio para darnos cabida, con salida a un balcón donde yacían una mesa y un par de sillas. Cocina independiente, aunque de dimensiones justas; me refiero a que, si estuviéramos los dos dentro, sería inevitable que nos rozáramos, así que deberíamos entrar a turnos para evitar el contacto. Entre los dos cuartos había un baño más que decente que fue lo que más me gustó, pues tenía bañera bajo la ventana, ducha aparte y un lavamanos de dos senos con suficiente espacio de almacenaje.

Lo primero que hice fue pedirle permiso al dueño del piso para darme un baño. El efecto del agotamiento, el agua humeante y las sales aromáticas que dispuse en el fondo, hicieron mella en mí con un efecto calmante que ya querría Tranxilium. Me quedé dormida, más que *La Bella Durmiente* al pincharse con la aguja, tanto que ni el agua helada ni los golpes en la puerta me despertaron y no fue hasta que escuché un «¡joder!» que no parpadeé abriendo los ojos.

La puerta se cerró precipitadamente tras un «Lo siento, pensaba que le había pasado algo. Salgo a correr», que me despejó del todo. Miré hacia abajo para darme cuenta de que era lógico que el agua helada no me hubiera despertado, pues no quedaba ni una gota. Bueno, alguna había quedado aislada sobre mi cuerpo, pero de cubrirme, nada de nada.

En algún momento del sueño me debí mover quitando el tapón del desagüe, así que Andrés me había visto en pelota picada, como diría mi amiga La Vane, con los pezones erizados como carámbanos y una depilación brasileña que poco dejaba a la imaginación al encontrarse una de mis piernas por encima del lateral de la bañera.

Menos mal que los chicos del salón de David me lo habían dejado sin un pelo fuera de sitio, si no, menuda vergüenza.

Ahora sí que ya no tenía nada que esconder, me había visto hasta la desembocadura del Amazonas en plena deforestación.

Me levanté con el cuerpo algo entumecido, accioné los mandos para recomponerme con una ducha de agua caliente, destapé el único bote de gel que me quedaba a mano y me lavé con él. Olía a él, a esa suave fragancia masculina que se mezclaba con su piel dejando un ligero aroma a bosque que oculta algún misterio. Lo visualicé e imaginé bajo ese mismo chorro donde yo estaba y no pude evitar excitarme al pensar en su cuerpo masculino y desnudo.

«Para», me ordené con la mano ya dispuesta en la entrepierna cubierta de jabón. Me parecía inmoral masturbarme pensando en él, era mi abogado. Vale que estuviera bueno, pero ya había decidido que no habría nada entre nosotros. Por mucho que me pusiera, no era plan de darme placer y usarlo para ello. Cambié su cara por la de Mariano Di Vaio y culminé más que satisfecha.

Me había dejado sola en la casa y de momento no tenía ropa de repuesto, así que me sequé y fui en busca de algo que ponerme.

Entré en el santuario privado de mi compañero de piso, que seguía la austeridad del resto de la vivienda.

Pasé la mano por el sifonier de madera oscura y me sorprendí al no encontrar ni una mota de polvo. Me gustaba que fuera limpio y ordenado, que no hubiéramos entrado en el piso dando patadas para tratar de esconder los cadáveres de sus calzoncillos tirados por todas partes.

Busqué una camisa en el armario de puertas de cristal y me perdí en la imagen que me devolvía.

Tenía la piel de la cara algo hundida y unos oscuros surcos bajo los ojos. Desde luego que no estaba en mi mejor momento. Traté de obviar la muerte de mi padre, arrinconándola en un lugar oscuro y distante para que no me afectara. Tampoco tenía por qué hacerlo, ¿no? ¿Qué había hecho él por mí que no fuera darme dinero y abandonarme de pequeña? Llenaba de cuestiones mi cabeza tratando de aniquilar cualquier síntoma de angustia por lo ocurrido. Pero, aun así, el dolor era muy cabrón, igual que los sentimientos que se colaban sin permiso bajo la piel haciendo de las suyas.

Cogí una camisa blanca y la abotoné sobre mi cuerpo. Me quedaba grande y, pese a no ser de marca, tenía un tacto suave y agradable. Todavía olía a suavizante, me recordaba el aroma a Nenuco, que era la colonia que me ponía mi madre de pequeña, y no al de él.

Tal vez debí cortarme un poco y volver a ponerme la ropa de la mañana, pero no lo hice. Estaba habituada a llegar a los sitios y que la gente matara porque me pusiera una de sus prendas, ¿qué diferencia había entre eso y ponerme algo de mi abogado?

No dudé al abrir el cajón de la mesilla donde estaba la ropa interior, perfectamente doblada y clasificada. Parecían un montón de japoneses haciéndome reverencias, tan dobladitos, tan perfectamente alineados. Tiré de un par y me puse sus bóxer.

Podía parecer excesivamente íntimo, pero no me dio asco, más bien todo lo contrario, el pensar que mi sexo iba a rozarse con la misma prenda que el suyo me resultaba excitante. ¿Me estaría trastornando? ¿A qué persona le ponía ponerse ropa interior de un desconocido? Seguro que tenía algún nombre de esos raros como *gayumbofilia* o algo por el estilo. Sentí la necesidad

de tumbarme en su cama, parecía tan cómoda y yo estaba tan derrotada.

Lo hice aspirando el perfume de Andrés, impregnado en la almohada. La agarré envolviéndola entre mis piernas y cerré los ojos. Él me hacía sentir segura, era una idiotez porque apenas nos conocíamos, pero era así. Una emoción que no recordaba desde que estaba en casa de mis abuelos en Jaén. Como si nada malo me pudiera ocurrir allí. Qué diferente era estar en aquel pequeño piso que en la fastuosa casa de mi padre. Se suponía que estar rodeada de lujos, en una casa enorme donde el servicio se desvivía para que mi vida fuera más cómoda, debía hacerme sentir mejor, pero no era así. Por inverosímil que pudiera parecer, me sentía más en casa que nunca, y eso que acababa de aterrizar y estaba en una cama ajena.

Cerré los ojos de nuevo, dejándome llevar por los recuerdos de una infancia relativamente feliz donde mi padre no era más que el que mandaba dinero, hacía llamadas por compromiso y venía una vez al año a verme para estar poco más de una hora conmigo.

Mi alma lloraba, aunque mis ojos se negaban.

¿Por qué tuvo que ser siempre tan frío? ¿Por qué no me quiso? ¿Por qué no luchó por mantenernos a su lado? Mi madre no volvió a estar con otro hombre, pese a que había muchos que la cortejaban. Para ella, siempre fue el amor de su vida; en cambio, para él, lo fue su profesión. Nunca dijo una palabra malsonante para referirse a mi padre, todo eran motivos para que siguiera queriéndolo igual, excusas para escudar su falta de presencia en mi vida que dejaron de valer a medida que crecía. Lo único que decía cuando yo le pedía una explicación del motivo de su separación era que el amor entre ellos nunca fue suficiente, si lo comparabas con la pasión que sentía mi padre por el trabajo.

Mamá no era una mujer de conformarse con las sobras y así era como se sentía con él.

Me hizo prometerle que yo nunca me conformaría con menos que amar a alguien en cuerpo y alma, pero que fuera recíproco.

Supongo que por eso nunca había tenido una pareja estable, sentía pánico al compromiso y a convertirme en lo mismo que ella, una mujer sonriente por fuera, pero rota por dentro.

Oí un improperio que me despertó por segunda vez en el día.

Estaba en penumbra, pues las persianas estaban bajadas y una figura se alzaba a contraluz ante mí, con los brazos en jarra y cara de pocos amigos.

—Le dije que esto no saldría bien y que me iba a arrepentir desde el primer momento.

Me desperecé soñolienta.

—¿Qué ocurre, Andrew? —bromeé, divertida por su irritación. No me hacía especial ilusión llamarlo así, pero ya que él se empeñaba en mirarme como si fuera una pija cabeza hueca, a mí me gustaba contraatacar prendiendo la chispa de la hoguera.

—Dígame usted, señorita ricitos de carbón, porque de oro no son. ¿No le bastó con meterse

en «mi» bañera y gastar «mi» paquete de sales de baño, que incluso tuvo que robarme «mis» calzoncillos para terminar metiéndose en «mi» cama?

Le sonreí deslizando la pierna arriba y debajo de la almohada, percibiendo su incomodidad. Cada «mí» había sonado como un disparo, lo que solo había logrado avivar mi diversión.

—Mmmm, para tener cuatro hermanos, eres increíblemente posesivo. ¿No te enseñó tu madre a compartir? —Él resopló molesto—. No sabía que las sales de baño fueran un codiciado tesoro para ti. Ya te compraré un paquete o te traeré de las mías, que te dejan la piel como el culito de un bebé. —Pasé los dedos por la piel al descubierto de mi muslo contemplando su respiración errática. Ver que le afectaba como a un simple mortal me hacía sentir poderosa—. Respecto a la ropa, no la robé. Fue solo un préstamo, como en la biblioteca —aclaré metiendo uno de los dedos por el borde de la pernera—. Y a lo de meterme en su cama —hice una pausa dramática para después chasquear la lengua—, más quisieras tú tenerme en ella. —Él abrió los ojos con sorpresa y frunció el ceño molesto. Con esa cara de enfado, estaba de lo más apetecible—. Solo me he tumbado encima y al minuto caí rendida, disculpa por ofenderte de un modo tan profundo. Por suerte, no probé tus sillas ni me zampé tu plato de sopa, papa oso —respondí provocadora. Él gruñó muy metido en su papel.

—Podría haberme pedido una muda de recambio y gustoso se la habría ofrecido, antes que husmear entre mis cosas como una vulgar ladrona.

Eso sí que me ofendió, a mí nadie me acusaba de robar, por guapo que fuera.

—No tengo un ápice de vulgar y menos de ladrona. Si tanto te incomoda que lleve tu ropa... —Di un salto para ponerme en pie y me quité la camisa por encima de la cabeza a la vez que me desprendía de los bóxer. Él no salía de su asombro y, por mucho que no quisiera mirar, que se esforzara por no hacerlo, sus ojos me devoraban cual tarro de rica miel en la guarida del oso. Lamí mi labio superior y su nuez subió para caer al vacío. Mmmmm, parecía no serle tan indiferente como pretendía hacerme creer—. ¿Mejor así, Mr. Star? ¿Era eso lo que quería? ¿Verme desnuda en su habitación?

—¡Haga el favor de cubrirse! —dijo tomando la camisa del suelo para lanzármela—. ¡En ningún momento dije esto! —exclamó azorado. Ni que fuera la única chica en pelotas que hubiera visto en la vida.

—¿En qué quedamos entonces? ¿No me diga que le incomoda un cuerpo al natural? Habrá visto a su hermana sin ropa más de una vez, o a sus amigas. ¿Tal vez es de los que les gusta intimar con la luz apagada?

Se dio la vuelta, incómodo. Esperaba que no me viera como a su hermana, porque no era la visión que quería que recibiera de mí precisamente.

—Será mejor que establezcamos las bases de nuestra convivencia. Entrar en habitaciones ajenas y husmear queda terminantemente prohibido, igual que caminar en cueros por el piso. Si necesita algo, me pedirá permiso, por lo menos antes de que redacte un convenio de convivencia entre nosotros, así será todo mucho más llevadero. —Casi me echo a reír. ¿Convenio de convivencia? Estaría de broma, ¿no?—. Para su información, después de entrenar me he permitido

pasar por su casa para pedirle al servicio que me prepararan una maleta con sus cosas, lo más indispensable, así que espero que tenga lo que precise en ella y no tome prestado nada más de mi vestuario. La dejé en su cuarto, donde a partir de ahora se tumbará para dormir. Le garantizo que la cama es igual de cómoda, pues el colchón y el somier son de la misma marca. Este lugar queda vetado para usted a partir de hoy.

¿Debería sentirme ofendida? Seguramente, pero entonces, ¿por qué me sentía tan viva? Dejé la camisa sobre la cama y sonreí.

—Yo de usted pondría una alambrada que diera descargas de electricidad, no vaya a ser que padezca sonambulismo y me dé por meterme de noche en su cuarto. —Acaricié sutilmente su espalda y, del salto que dio, casi se estampa contra la mesilla de noche. Sonreí para mis adentros y caminé como Dios me trajo al mundo. No quería ni mirarme y tenía la espalda estirada al máximo. Parecía que su columna fuera a quebrarse de un momento a otro. Giré el cuello antes de salir y lo pillé infraganti contemplando mi trasero—. Por cierto, para estar vetado el ir desnuda, no veas cómo parecen gustarle las vistas. —Apartó la mirada abruptamente y yo solté una risita descarada—. No se preocupe, Mr. Star, sabré comportarme. Mi padre me mandó a colegios muy caros que lo único que trataban de inculcarme era eso, que aprendiera a mantenerme en mi sitio.

—Pues no parece que funcionara —rezongó molesto—. Y deje de llamarme por ese ridículo nombre, ya le dije que no me gustaba y no me gusta repetirme.

—Trataré de recordarlo, aunque no le prometo nada. Cuando se me mete algo en algún lugar del cuerpo, es difícil de sacarlo —argumenté bajando el tono de voz para volverlo más sensual y descarado, estaba deseando provocarlo. Vi cómo apretaba los puños y me sentí victoriosa—. Voy a vestirme —anuncié para que se relajara antes de que se rompiera en dos de tanto apretar las manos—, parece bastante incómodo ante el desnudo femenino. ¿Acaso es gay?

Volvió los ojos hacia mí de golpe. Vi en ellos que le apetecía desmentirme, pero no lo hizo.

—Mi sexualidad no le incumbe, señorita Martínez. Y el desnudo femenino no me incomoda, quien lo hace es usted y si quiere seguir en mi casa, le agradecería que por lo menos llevara ropa puesta. En un momento redactaré un documento que hasta un niño de infantil comprendería, necesitamos unas normas de convivencia. Si no está a gusto con ellas, deberá buscar otro sitio donde hospedarse.

Empujé los labios en una sonrisa sin vida. Tenía la sartén por el mango, así que le concedería esta batalla.

—No sufras, sé lo que es vivir rodeada de normas. Mi padre se encargó de dejarme las cosas tan claras como tú: o acatas o te largas. Entendido, Mr. Star. —No obstante, eso también me enseñó cómo saltármelas; en eso era una experta, pero no se lo iba a decir. Si quería ponerme las cosas difíciles, veríamos quién se las ponía a quién.

Me fui a mi habitación sintiéndome mejor de lo que debería. Mi conducta no era de lo más lógica con los sucesos acontecidos. No debería tener ganas de coquetear y tomarle el pelo al abogado, de provocarlo y tener ganas de follarlo hasta que comprendiera que era imposible resistirse a mí. Tendría que estar destrozada, llorando por los rincones, preparando el entierro de

mi padre y buscando a su asesino para que no saliera impune. Y, sin embargo, parecía que mi cerebro solo podía pensar en el estirado de Andrés Estrella.

Suspiré y me metí en el cuarto. Esa habitación era la más diferente, los muebles en madera clara daban mucha luz. Casi parecía una habitación de invitados femenina más que el cuarto que se le alquilaría a un compañero de piso. Tal vez esa era la intención, un cuarto para las chicas que seguramente el señor abogado se trajinaba. ¿O puede que tuviera novia? Se lo preguntaría a La Vane cuando la llamara. Eso me hizo pensar en mi móvil y los cientos de llamadas y mensajes que debía tener acumulados.

Reconocí mi maleta nada más entrar, además de mi bolso, y eché mano a su interior para sacar el teléfono que, como era de esperar, no tenía batería. Por suerte, en mi equipaje, que no tardé en deshacer, habían incluido el cargador.

Busqué un enchufe y lo dejé cargando, era fundamental que regresara a la vida. Sin él, mi mundo podía desvanecerse en un visto y no visto.

Seleccioné la ropa pensando en mi querido abogado. Me puse una blusa de gasa anudada al cuello y unos tejanos extra cortos que poco dejaban a la imaginación. Si quería guerra, se la iba a dar. A ver si en su contrato también me ponía el largo de la ropa.

Para ponerme al día de mis asuntos pendientes necesitaría bastante tiempo. Mis tripas rugieron y recordé que todavía no había comido nada hoy. La comida que me sirvieron en el calabozo era horrible, así que mi estómago parecía un agujero negro deseando arrastrar cualquier trozo de comida a su interior. ¿Le importaría a mi anfitrión que saqueara su nevera? ¿Qué comería él? Solo había una manera de averiguarlo. Salí descalza rumbo a la cocina.

No se le veía por ninguna parte. Seguramente seguiría en su cuarto dándose cabezazos por permitirme el acceso a su vivienda. Se me antojaba tan mono y *sexy*. Además, sin traje y con ropa cómoda, ganaba mucho más. Pensé en su pelo húmedo y la barba de tres días deslizándose por mi cuello. «¡Basta, Esme, céntrate!».

Abrí la nevera, que estaba impoluta sin un solo churrete de ketchup o dedazo pringoso, y me encontré con el colmo de los colmos. ¿En serio? ¿Dónde estaban la comida y bebida de tío?

Coca-Cola Zero, agua mineral baja en sodio, leche de avena sin azúcares añadidos. Verdura fresca, carne perfectamente envasada, *tuppers* organizados con etiquetas que explicaban su contenido y fecha de consumo. Yogures con bífidos, cero por ciento materia grasa y ni rastro de las guarrerías que se suponía que deberían estar ahí. ¿Qué les había ocurrido a los cartones de leche agria, los *packs* de cerveza de doce y los trozos de queso con moho?

Ante tal visión, decidí abrir el primer cajón del congelador esperando encontrar allí signos de vida masculina. Pero para mi horror, no había *pizzas*, empanadillas, croquetas congeladas o platos precocinados. Más verduras, pescado y un segundo cajón dedicado en exclusiva a los cubitos de hielo.

¡Joder! No había un maldito guisante fuera de lugar. Pero ¿quién era ese tío?

Tenía el culo en pompa mientras trataba de dilucidar el motivo de tanto hielo, ¿sería por los refrescos de cola?

—No sé para qué le pedí que se vistiera si me iba a enseñar el culo de todas maneras.

Sonreí. El *short* que había elegido no solía ponérmelo más que para sacar de quicio a mi padre, y con Andrés parecía causar el mismo efecto; debía ser el pantalón antiabogados, por darle un nombre. A decir verdad, parecía más un tanga que otra cosa, ya que dejaba la mitad de mis cachetes a la intemperie. Cerré el cajón y acaricié la piel de mi glúteo derecho hipnotizándolo con el movimiento de las uñas sobre él.

—Esto es tendencia —contesté restándole importancia, aunque me encantaba provocarlo.

—¿Tendencia? En mi casa, se llama tirachinas.

Solté una carcajada. Sus respuestas rápidas eran refrescantes.

—Eso sería si me vieras con el minúsculo tanga que llevo debajo, pero ya me quedó claro que no me quieres ver con tan poca ropa o sin ella. ¿Cierto?

Apartó la mirada y cabeceó hacia la nevera desviando la atención para evitar responder.

—¿Tiene hambre?

Que no me contestara me hizo inmensamente feliz. Andrés parecía uno de esos tipos que no mienten nunca, así que la falta de ella hizo que interpretara que en el fondo sí que le habría gustado verme así. Tomaría nota.

—Bastante, aunque viendo lo que tienes en la nevera creo que, si no has salido del armario, poco te falta.

Él puso los ojos en blanco.

—Ya estamos. ¿Que me cuide determina mi condición sexual?

—¡Oh, por favor! Tienes las camisas ordenadas por colores, los calzoncillos más doblados que una panda de contorsionistas en una caja de cerillas y la nevera más saludable que el último número de la revista de *Saber Vivir*. Casi chupo la escarcha de las paredes a ver si sabe a zumo de nube. —Veía un amago de risa pujando en sus ojos, pero se negaba a soltarla.

—¿Zumo de nube?

—Agua de lluvia. Es la última tendencia entre las *celebrities*, deberías probarla.

Poco le faltó para descojonarse, pero se contuvo, era un hueso duro de roer.

—Ya veo. Pues nada, señorita Martínez, allá usted con sus conclusiones. Pero el único zumo que tomo es el de naranja y recién exprimido. Mi cuerpo es mi templo, como para ir llenándolo de fritanga.

—¿No piensas desmentir mi acusación? —Paseé el dedo indolente por su esternón notando cómo los músculos se contraían bajo mi toque. Por todos los diablos, estaba duro como una roca. Dio un paso atrás para que el contacto se esfumara.

—¿Para qué? ¿Me va a vetar de ser su abogado y se va a largar de mi piso por ser gay?

Un momento, ¿acababa de reconocer que era gay?

—Entonces ¿lo admites? —lo pinché. Necesitaba cerciorarme de que él no había sucumbido al otro lado, nos quedaban muy pocos en este y que estuvieran tan buenos como él.

—Lo único que reconozco es que el riego no la deja pensar con lucidez, ya sea por hambre o por ese cepo que lleva a modo de pantalón. Seguro que le aprieta tanto que no la deja ni pensar.

—Si lo prefieres, me lo quito —dije echando la mano al botón y acelerando su respiración en el trayecto.

—Déjelo, y mejor léase el contrato que le he dejado sobre la mesa mientras cocino. Creo que será lo mejor para ambos y, por lo menos, será más útil.

—¿Vas a cocinar para mí?

—Dudo que usted lo haya hecho alguna vez.

No pensaba contradecirle. Algo sabía preparar, pero prefería que cocinara para mí, me ponía mucho un hombre guapo en la cocina. Además, reforzaba el concepto de inútil que tenía de mí. ¿Para qué iba a esforzarme en contradecirle?

—Entonces, ¿me has dejado un contrato? ¿Para establecer las cláusulas legales como mi abogado o algo así? —No se me ocurría otra cosa que debiera firmar.

—No, ya se lo dije antes: el de la buena convivencia. Quiero evitar momentos desagradables. —Parpadeé sin dar crédito, pensaba que todo era una broma—. Es la manera de que ninguno de los dos caigamos en errores, prefiero dejarlo todo estipulado desde el principio.

—Pensaba que bromeabas.

Negó cruzándose de brazos.

—Ya ve que no.

—¿En serio que eres tan cuadrulado? ¿Y qué piensas hacer si dejo el tubo de pasta de dientes abierto? ¿Ponerme una multa? ¿Denunciarme a la patrulla dentífrica?

—Usted y yo no somos amigos. Por circunstancias, seremos compañeros de piso y no porque sea mi voluntad precisamente. Casi se trata de un favor, pero no quiero que se olvide de que, ante todo, es mi clienta; eso ha de quedar claro, si no, no funcionará. No pienso rebasar ningún tipo de línea que no sea la confianza cliente-abogado y cuando digo ninguna, es ninguna. —Resoplé. Mi

gozo en un pozo, no me iba a tirar a ese buen mozo—. Solo hablaremos de cosas que deba contarme para el caso, el resto formará parte de nuestra vida privada.

—¿Por eso no me tuteas? —inquirí incómoda. Nunca había vivido de ese modo. No lo tomé en serio, creía que era coña, pero al parecer no lo era.

—No pienso tutearla, solo tuteo a las personas de mi círculo más cercano y usted no es de mi confianza.

«Gilipollas». Me dolió sentirme menospreciada. Había tratado de ser cercana, amable y, sin embargo, no dejaba de ponerme en mi lugar. Ciertamente, el señor abogado era igual a los demás. Muy bien, quería a Esmeralda M., pues la iba a tener.

—Gracias por aclararme las cosas, Mr. Star. Voy a leer el dichoso contrato para su tranquilidad. Y no se preocupe, no le tocaría ni con un palo. No pienso estrechar nada con usted que no sea la mano cuando ganemos el juicio.

—Me alegra que ambos estemos en la misma sintonía.

—Por supuesto —admití tarareando mentalmente la música de *Juego de Tronos*, Cersei Lannister era un corderito a mi lado. Andrés no sabía lo que acababa de hacer. Había provocado la bestia que había en mí y cuando se desataba, era fácil que perdiera el control.



Esa mujer iba a volverme loco de remate.

Primero pensé que había cometido una tontería cuando, tras una hora y media, no salía del baño ni respondía a mis llamadas de atención. Lo que no esperaba era encontrarla gloriosamente desnuda con el cuerpo salpicado de pequeñas gotas de agua. No sabía si estaba viva o le había dado un paro, solo vi el bote de sales que me regaló Nani abierto y sus brazos inertes cayendo en una postura poco elegante por los bordes, al igual que una pierna, mostrándome la gruta hacia el paraíso. Solté un «¡Joder!» que me salió del alma, o de la punta de la polla, que para el caso era la que más motivada parecía en hacer espeleología.

¡No, no y no! No podía fijarme en Esmeralda de ese modo, era todo lo contrario a lo que buscaba. Qué digo buscaba, ¡que yo no buscaba nada y encima trabajaba para ella! Eso rompía cualquier ínfima probabilidad de contacto más allá de su defensa.

La vi despertar y me excusé. Desde que esa mujer había desaparecido en el baño, había tratado de avanzar en temas que creía que podían ser dolorosos para ella.

Llamé al seguro de decesos, puse en marcha todo lo necesario para el sepelio y el entierro, así que solo me quedaba acordar algunos detalles que quedaban sueltos. Aunque viéndola en cueros, dudaba de que ahora fuera el momento ideal. Cerré la puerta y me dispuse a quemar mi exceso

hormonal de algún modo.

Correr, eso era lo que hacía habitualmente. No era muy de gimnasios, prefería el deporte al aire libre y desde que regresé a casa de mis padres, un día corriendo por casualidad por la playa encontré una disciplina que me encajó lo suficiente. Requería una alta concentración y una precisión que rozaba la locura. Así podía despejarme de todo, del taxi, la invalidez de mi padre, los estudios y los problemas con mi ex.

El *street workout* o calistenia^[1], junto con el *running*, me abrió un nuevo mundo. Eran mis válvulas de escape.

Como siempre, salí a correr hasta llegar al parque Street Workout, situado en el paseo marítimo de la Barceloneta. Me volqué al cien por cien en mis ejercicios, como siempre hacía. Tras una hora desahogándome, regresé al piso algo más tranquilo.

La casa estaba en completo silencio, supuse que estaría durmiendo en su cuarto y entré directo al baño para asearme. Era un tío práctico, si algo había aprendido, era a gestionar el tiempo —eso debía agradecerse al cabrón de mi suegro—, así que me había hecho un pequeño espacio de almacenaje donde guardaba ropa cómoda para ir por casa. No tenía ni que entrar en mi habitación. Me duchaba, me cambiaba y listo para relajarme.

El cesto de la ropa sucia ya acumulaba varias prendas, así que decidí ir a mi cuarto para coger algo más de ropa y poner una lavadora. Llamadme maniático, pero sí, tenía dos cestos, no me gustaba el desorden si es que podía evitarlo.

Cuando entré, me sorprendió encontrarla allí, arrebujada sobre la almohada que acogía cada noche mi cabeza, aunque la diferencia estaba clara. Ahora estaba entre sus muslos y era su melena negra y salvaje la que reposaba sobre ella.

Me puse duro de nuevo, llevaba mi camisa puesta ¡Y también los que reconocí como mis calzoncillos! Mi mujer nunca se puso una prenda mía para dormir y ahora se me antojaba de lo más *sexy*. ¡Por el amor de Dios! ¿Estaría perdiendo la poca cordura que me quedaba?

Tenía unas preciosas piernas color canela que contrastaban con el blanco de la funda de almohada y parecían terciopelo. ¿Cuánto tiempo hacía que no me hundía en unas piernas así? «Demasiado», me contesté a mí mismo. Desde Lola, no había estado con ninguna otra. Me había jodido tanto que me quitó incluso las ganas de acostarme con una mujer, no fuera a cometer el mismo error.

Sentí ganas por vez primera en mucho tiempo. Quería desnudarla y hundir mi boca en su sexo, despertarla a lametazos y que se corriera en mi boca cual caníbal hambriento.

Esmeralda lanzó un suspiro que se me antojó muy *sexy*, como si hubiera entrado en mi mente y percibiera mis oscuros anhelos, y eso me puso de mala leche. Que me excitara ya era malo, pero que se convirtiera en la protagonista de mis fantasías era todavía peor.

Traté de marcar territorio, primero despertándola y dejándole claro que no la quería allí, ni en mi cama ni con mi ropa. La muy hija de su madre se levantó y desnudó ante mis ojos —¡como si

fuera de piedra!—, para terminar largándose del cuarto y preguntándome si era gay. ¿Gay? Ahora mismo estaba más cerca de convertirme en Nacho Vidal que nunca. Creo que el tamaño de mi miembro se había quintuplicado desde que la señorita Martínez había puesto un pie en mi casa. El famoso vaso de cubata me iba a quedar pequeño.

Claramente debería hacer algo al respecto si no quería terminar con una necrosis testicular.

A solas, traté de dispersarme poniéndome a redactar un convenio que reflejara las normas de convivencia. La vida me había enseñado que era mejor dejar constancia por escrito y con firma debajo.

Hasta que no tuve todas las cláusulas del contrato redactado, no me detuve; prefería eso a terminar asaltándola como un animal en celo en mitad del pasillo, que era justo lo que me apetecía hacer.

Dejé el documento en la mesa del salón, nuestras habitaciones estaban separadas por el baño. Bueno, más bien la habitación de mi hija Candela y la mía. Cuando viniera de visita, tendría que hacer uso del sofá cama, no quedaba otro remedio. Me asomé, pero no estaba.

Escuché la nevera abrirse. Seguramente, tendría hambre; en los calabozos no solían servir menús de restaurante Michelin, como debía estar acostumbrada.

Avancé con seguridad y me topé con un culo semidesnudo, completamente firme y redondo que me hizo pensar en un jugoso melocotón que deseaba degustar. Si en unas horas estaba así, no quería imaginar cómo estaría al finalizar el mes.

Levanté mi escudo antimorenas y traté de ser lo más frío que pude, rozando el límite de lo desagradable.

La verdad es que poco se asemejaba aquella mujer a la que entraba día sí, día también al bufete. Era divertida, con un humor inteligente que cerca estuvo de hacerme reír por sus respuestas descaradas. No había nada de la diva estirada a la que tenía ganas de estrangular. Por raro que pareciera, prefería a la *snoob* antes que a aquella chica que correteaba semidesnuda por la casa. Para mi estabilidad mental era con la que debía convivir, no con aquella desconocida que levantaba mi libido con un simple agitar de sus pestañas.

Traté de incomodarla haciendo alusión a su atuendo, pero más que incómoda, parecía divertida. Empezamos un tiroteo verbal que me hacía hormigear por entero. No se había maquillado, sus ojos verdes brillaban como dos gemas y esa actitud pícara me tenía embelesado, hasta que volvió a preguntarme por mi condición sexual. Por su tono y postura, hubiera jurado que me estaba provocando para que le demostrara todo lo contrario, la subiera a la encimera y... ¡Mierda! ¡No, otra vez no! ¡Cabeza llamando a polla! «¿En qué coño estás pensando?», le pregunté a mi miembro, que automáticamente respondió: «En el de ella». Si haces preguntas obvias, obtendrás respuestas más obvias todavía.

Traté de reconducir mis pensamientos, que apuntaban a un único lugar. «Vamos, Andrés, sé el letrado Estrella, frío, seco y sin corazón».

Las palabras contrato, clienta y fuera del círculo de confianza fueron suficientes para que su expresión mutara y se pareciera más a la de la arpía que estaba acostumbrado a recibir.

Por fin, me dejó a solas y se marchó al salón. Por la postura de su cuerpo, diría que algo disgustada. Mejor así.

Me centré en preparar algo comestible. La cocina se me daba bien, me relajaba. Desde pequeño, cuando mi madre se ponía a guisar, me pegaba a sus faldas y trataba de ayudar en lo que podía.

Preparé tallarines de calabacín tres delicias, que olían a orgasmo culinario. Estaba seguro de que me habían quedado al punto.

Los acerqué a la mesa, que, para mi sorpresa, ya tenía el mantel puesto. Al parecer, no le había costado encontrarlo junto a la cubertería que había comprado por si alguna vez venían invitados.

Deposité los platos, uno enfrente del otro, y ella inquirió agitando los papeles:

—¿De verdad quieres que firme esto?

La miré con gesto serio.

—Si no hubiera querido que lo firmara, no lo habría redactado, ¿no cree?

—¡Oh, por favor! ¿Vamos a tener horario incluso para ir a hacer pis? —preguntaba sorprendida recogiendo la melena en un moño alto.

—No me refería a eso en la cláusula tres, sino a la hora del baño o la ducha —especifiqué—. Por si no se ha dado cuenta, no hay pestillo. Así evitaremos incidentes indeseados, como el de hace unas horas, hasta que pueda ir a la ferretería a por uno y ponerlo. Igualmente, está basado en mis horarios, no creo que le importe acomodarse a ellos y así no sufrir percance alguno.

—Claro, no vaya a ser que me enamore al ver tu anaconda gigante.

—¿Anaconda gigante? —Casi me atraganto.

—Bueno, igual tienes un bicho bola de esos que se arrugan cuando los tocas con un dedito.

—No pienso hablar con usted de mi «masculinidad» —remarqué—. ¿De dónde saca esas cosas? Seguro que de alguna amiga suya de las redes... Bicho bola, habrase visto —gruñí, aunque en mi fuero íntimo me moría por echarme a reír. Era algo que se le podría haber ocurrido a cualquiera de mis hermanos, incluso a Nani.

—¡Por supuesto, nosotras tenemos mucha cultura animal! Aunque tal vez lo que te ocurre es que sufres PA.

—¿PA?

—Polla asustadiza, ya sabes, de esas que se arrugan tanto que casi desaparecen. No vaya a ser que por mi culpa dejes de encontrártela.

Juro que tuve que morder el interior de mi carrillo para no soltar una risotada. ¿Polla asustadiza? ¿En serio?

—Lo dudo mucho —mascullé adoptando la actitud que se esperaba de mí. Ella arqueó las cejas interesada y volví a serpentear entre sus acusaciones trampa. Habría sido una gran letrada, por lo menos, muy ocurrente—. ¿Nunca ha pensado en dedicarse a la abogacía en vez de hacerse *selfies* todo el día? El tiempo pasa y la gente envejece. No creo que postular a la reina de la arruga sea un buen plan de futuro. Debería pensar en otra cosa, no va a ser guapa siempre. —Me mordí la lengua, no debería haber dicho que la veía guapa, aunque creo que no le dio valor, pues soltó una risotada despectiva.

—Claro, lo único que hago según usted es echarme fotos, y para eso cualquiera sirve. Debería probar, Mr. Star, tal vez se sorprenda de lo que cuesta ser una buena *influencer*. Y por mi futuro no se preocupe, que Instagram sigue vivo para las mujeres mayores de sesenta. Por ejemplo, podría nombrarle a Baddie Winkle, con 3,7 millones de seguidores, o Helen Van Winkle, a sus ochenta y nueve, goza de 3,1 millones de *followers*. Las redes sociales están en auge, son un fenómeno imparable para quien sabe manejarlas. Solo se ha de ser lo suficientemente inteligente como para saber mantenerse en la cima. Claro que usted debe ser igual de estrecho de miras que mi padre, así que no es de extrañar que no vea más allá de una toga —respondió con soberbia.

Pensar en togas y ella no era una buena combinación, pues la imaginaba con una puesta y sin nada debajo. Seguí rebatiéndole, dejando a un lado la imagen que me constreñía el bicho bola. Si me lo tocara, se daría cuenta que de asustadizo nada, estaba más estirado que nunca.

—Un día se está en lo más alto y al siguiente puede resbalar y darse la hostia de su vida —contraataqué, tratando de remontar.

—Eso solo les pasa a las que ven en esto una manera de vestir ropa de marca y zapatos caros.

—Claro, porque usted va de mercadillo, ¿no?

Ella tamborileó los dedos.

—Sé que es un mundo que le queda grande, pero puedo garantizarle que soy capaz de poner de moda cualquier cosa, por absurda que parezca, con una simple foto. ¿Cree que eso lo logra una idiota de las fotos? ¿O una cabeza de chorlito como apuntaba mi padre?

Su afirmación me hizo pensar. Esmeralda necesitaba un baño de realidad, igual que mi hija. Ambas parecían cortadas por el mismo patrón, y eso que yo no era un mecenas como lo había sido don Pedro. Requería de un buen escarmiento para caer de cuatro patas en la realidad y no flotar en ese mundo ficticio de *hashtags* y *arobas* en el que se movía como pez en el agua.

—Será mejor que comamos o se va a enfriar lo que he preparado. Después debatiremos sobre el resto de los puntos del contrato si le parece bien.

Sacó un boli y estampó su rúbrica.

—No hace falta, son una sarta de majaderías. No sufra, que no pienso volver a entrar en su templo para meterme en su cama ni aunque me suplique de rodillas.

—Me alegra saber eso. —¿De verdad me alegraba? ¿O había caído en mi propia trampa? Era mucho mejor así, distancia era lo único que necesitaba—. Que aproveche.

—Que aproveche.

Pensaba hacerle un favor a Esmeralda M., aunque no lo valorara en un principio. Le mostraría lo fácil que sería tropezar y no lograr levantarse, aunque yo estaría allí para decirle «te lo advertí» y ayudarla a encontrar otro camino alejado de la fantasía. Después de comer, trataría de echarle una mano con el entierro. No iba a ser fácil para ella y tampoco era necesario hacerla pasar por eso.

Capítulo 5



Mentiría si dijera que el sepelio y el entierro no fueron un mal trago.

Por suerte, tuve a mis amigos apoyándome, La Vane, Lorena y Borja, y también a Andrés, aunque se mantuviera distanciado y con rictus serio en todo momento.

Se encargó de, prácticamente, todos los preparativos y solo tuve que ocuparme de elegir la música, las flores, el modelo de ataúd y poco más.

Después de aguantar a la corte de buitres interesados que formaban el cortejo de mi difunto padre, tocó poner buena cara a mis abuelos y a su enfermera.

Esa fue la nota trágica porque mi abuelo empezó a apuntarme con el dedo y a decir que su hijo no habría muerto si no fuera por mí, que no era su nieta, que jamás debería haber nacido, que ya se lo advirtió a su hijo y que, al final, le había costado la vida. Todo eso con la cara completamente desencajada.

Vane me agarró del hombro y Andrés se encargó de llevarlos aparte finalizando el espectáculo.

—No sabe lo que dice —me calmó—. Es la enfermedad, el Alzheimer le hace decir cosas que no piensa.

—Pues yo creo que estaba teniendo un momento de lucidez y ha dicho lo que ha sentido siempre —comenté con pesar, obviando los cuchicheos y las miradas ajenas.

—Todos los que te conocemos sabemos que eres incapaz de hacer daño. Mira cómo te apoyan tus seguidores —argumentó Lorena, que me agarró del otro hombro.

—También hay *haters* que no dejan de meter el dedo en la llaga. En cada *post* que cuelgo, me tildan de asesina y dicen que debería pudrirme en la cárcel.

—Bah, bobadas, ya sabes que la envidia es la forma más sincera de mostrar admiración. Todo pasará, y esos que ahora te odian se cambiarían por ti en cualquier momento —murmuró La Vane, tratando de infundirme ánimos.

—¿Incluso ahora? —pregunté viendo descender el ataúd.

—Ahora es un momento complicado, pero pasará, ya lo verás. Si no te sientes con fuerzas para la gala benéfica del sábado, no vengas. Borja, Lorena y yo somos suficientes para representar a la empresa.

Negué con contundencia.

—Si algo me caracteriza, es precisamente mi labor social. No pienso dejar de acudir porque un cabrón psicópata haya decidido culparme de algo que no he cometido.

—Tal vez no estés con ánimos —apuntó dándome un apretón—. No quiero que te sientas obligada.

—No me siento obligada. Necesito recuperar mi vida, no pensar y volcarme en lo que quiero hacer. Conoces mis intenciones, tú mejor que nadie sabes que necesitamos la presencia mediática para llevar a cabo el proyecto de integración social que nos planteamos —admití con una punzada de dolor al ver que empezaban a lanzar tierra sobre el sepulcro.

Acababa de enterrar a mi padre. Ya no estaba, no habría discusiones, batallas sin vencedores, miradas reprobatorias cada vez que llegara a casa y morros cada vez que saliera en una fotografía. Nada, ya no estaría para felicitarme en mi cumpleaños ni desearme feliz Navidad ni para que pudiera restregarle que, gracias a mi popularidad, iba a ser la encargada de mi propia fundación, una que pretendía ayudar a jóvenes que la sociedad menospreciaba a encontrar su camino, ofreciéndoles herramientas para que verdaderamente sintieran que no eran un estorbo, que tal vez nadie se había fijado en su verdadero potencial. Jóvenes a los que se juzgó y condenó sin darles un juicio justo, a los que se había valorado por un rasero que no era el suyo. Yo quería brindarles esa segunda oportunidad con ayuda de maestros vocacionales, *coach*, psicólogos, orientadores. Buscaríamos entre sus aptitudes y habilidades para cargarles las pilas de ilusión, dándoles el soporte necesario para becarlos y que pudieran dedicarse a algo que los apasionara y que no se convirtieran en parias de una sociedad que no estaba preparada para los que éramos diferentes.

Una mujer rubia se detuvo ante nosotras, iba acompañada por una chica en avanzado estado de gestación. Jamás las había visto, pero eran hermosas y tenían clase.

—Lamento mucho la pérdida. Ha debido ser muy duro para ti. —La que habló era la mujer mayor.

—Gracias. Disculpe, no la conozco. ¿Era amiga de mi padre? ¿Clienta?

—Ni una cosa ni la otra —admitió—. Mi marido fue un buen cliente suyo. —Asentí. Era lógico que no la conociera. Del funeral, solo conocía a los trabajadores del bufete y algunas personas que me sonaban de haberlas visto por casa—. Una lástima lo de su asesinato. Me parece increíble que te llegaran a acusar. Menos mal que todavía se puede confiar en la justicia.

—Sí, y en los buenos abogados —admití algo incómoda.

—Esos son fundamentales para que las cosas terminen bien, ¿cómo se llama el abogado que te defendió?

—Andrés Estrella —aclaré pensando en que igual le hacía un favor. Esa mujer tenía pinta de manejar mucho dinero, igual su marido ahora necesitaba abogado—. Le será fácil encontrarlo por internet o a través de mi *bio* en Instagram, aunque en el *post* me refiera a él como Andrew Star.

—Por supuesto, ahora todos os ponéis nombres de esos para las redes sociales. Quién pudiera ser joven de nuevo. Tomaré nota, seguro que contactaré con él si tú me lo recomiendas. —Asentí—. No te robo más tiempo, no es momento de hablar de negocios, pero si alguna vez necesitas algo, no dudes en ponerte en contacto conmigo, te ayudaré en lo que pueda. —Sacó del bolso una tarjeta y me la tendió. «Doctora Miller», leí.

—¿Doctora?

Ella asintió.

—Me dedico a la cirugía plástica. Ya sabes, bótox por aquí, bótox por allá. Tal vez en algún momento requieras mis servicios, aunque todavía eres joven. O tal vez necesites mecenazgo, he oído por ahí que haces obras benéficas, ¿no es así?

—Por supuesto, tengo un proyecto muy interesante que quiero sacar adelante.

—Pues un día llámame y quedamos para tomar un café y me hablas de tu proyecto. ¿Te parece?

—Sería fantástico.

La doctora Miller pareció complacida.

—Ahora sí que no te robo más tiempo. Ha sido un placer.

—Igualmente.

Ambas se retiraron y me mantuve apretujada contra mis amigas escuchando las últimas palabras de despedida que le otorgaba el reverendo a mi progenitor.

Tras el funeral y la particular salida de tono de mis abuelos, Andrés, La Vane, Borja, Lorena y yo fuimos a tomar un café, necesitaba despejarme un poco. El segundo de a bordo del bufete me dijo que mi padre había dejado un testamento en su poder por si le ocurría algo, que estaría fuera por motivos laborales, pero que el lunes podía reunirme con él para que lo leyéramos juntos en el notario.

No podía dejar de dar vueltas a todo lo ocurrido, sobre todo, a las palabras de mi abuelo. Que nunca me consideró de la familia no era una novedad, pero aquella salida de tiesto me hizo más daño del que era capaz de admitir.

—No sé qué se le ha pasado por la cabeza a ese hombre, hacer algo así en el funeral de su hijo, acusando a su propia nieta. —Di un sorbo a la taza escuchando la voz enojada de mi amiga Vanessa. Levanté la mirada para encontrarme con la suya—. Todo el mundo sabe que si has de montar una buena escena, mejor que sea porno. Para decir gilipolleces, que se hubiera quedado en su casa.

—Es que para ellos nunca fui de su familia. El contacto con mis abuelos era nulo. Siempre despreciaron a la gente del sur, decían que eran unos vagos y que habían venido a Cataluña a robarles el trabajo.

—¡Clasistas! Igual que ahora con los inmigrantes —escupió con rabia mi amiga.

—Aquellos años no fueron fáciles para nadie. Los andaluces venían a Cataluña para trabajar en cosas que la gente de aquí no quería buscando un futuro mejor para sus familias. A mis padres les ocurrió lo mismo —confesó Andrés, que había perdido un poco el rictus serio. Llevaba los dos primeros botones de la camisa desabrochados, el pelo algo despeinado y se me antojaba igual de guapo que de inalcanzable.

—Y a los míos —admitió La Vane resoplando indignada—. A veces, me avergüenzo de este tipo de gente que se cree con el poder de dominar el mundo cuando son simples peones como todos nosotros, eso sí, con dinero. Nuestros padres se las vieron muy putas para levantar cabeza aquí.

—La vida no es fácil para nadie, tengas o no dinero. Siempre surgen cosas que te la joden —susurré perdiendo la vista en una mancha de la pared.

Todos callaron y nos dejamos llevar por unos segundos de silencio. Borja, que no había intervenido hasta el momento, chasqueó la lengua.

—Por cierto, cambiando de tema antes de que se me indigeste el café por la repulsiva sociedad en la que vivimos. ¿A quién vas a traer a la gala del viernes? Sabes que hay que ir acompañado, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Pensaba ir con Lorena mismo. ¿Qué más da?

Ella abrió mucho los ojos al sentirse objeto de mi reflexión.

—¡No puedes ir conmigo! —exclamó alborotada.

—¿Por qué? ¿Por si piensan que somos lesbianas o porque te da palo que te llien con una asesina?

Ella enrojeció un poco.

—No se trata de eso, sabes que me importa bien poco lo que piensen los demás. Es que yo ya tengo pareja.

Eso era nuevo.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no habías dicho nada? ¿Tienes nuevo novio y te callas? Ten amigas para esto —bufé—. ¿Lo conozco? —Todavía se puso más roja—. ¡Lo conozco! —exclamé—. ¡Desembucha!

—La muy cabeza de alcornoque ha quedado con el imbécil de Rafa —interrumpió La Vane.

—¿Rafa? ¿Estás de broma? Dime que se trata de otro Rafa, que no es el que te dejó tirada desde plató. —No podía creer que hubiera caído de nuevo en los brazos de ese donjuán de medio pelo.

—Se equivocó, a todos nos puede ocurrir —trató de defenderlo.

—¿Que se equivocó? Ese tío ha hecho de cagarla un don —contraataqué completamente alucinada. La Vane y yo fuimos quienes estuvimos a su lado en sus días de llorera.

—¡No todas podemos ser tan perfectas como tú! —escupió enfadada. Nunca la había visto así, Lorena era la dulce de las tres—, que te limitas a tirártelos cuando te pica y después, si te he visto, no me acuerdo.

—Es lo más práctico —admití—. ¿Para qué voy a perder el tiempo con un tío que sé que al final solo busca un lugar en mi sofá para pasarse el día viendo Netflix o buceando entre mis piernas? Les doy el lugar que les corresponde, cumplen su función y adiós muy buenas. En mi sofá, mando yo.

—Amén, hermana —reconoció Vane chocándome la mano. Después desvió la mirada hacia Borja, a quien parecía no importarle el comentario de mi amiga—. No lo digo por ti, amor.

Él sonrió y le dio un pico.

—Lo sé, lo nuestro es diferente. Además, yo soy más de HBO.

—¡Qué asco dais! —recalqué, y ellos sonrieron—. Sois la pareja perfecta, quién nos lo iba a decir.

—Tal vez deberías probar a tener una pareja abierta, creo que es la mejor opción. A Borja y a mí nos funciona. Nadie engaña a nadie, nos divertimos, juntos o por separado. Depende del menú que queramos ese día o esa noche.

—Y yo que pensaba que Borja era gay —admití sin tapujos.

—Bueno, puede que hasta que conocí a mi chica lo fuera, aunque no reconocido, pero Vane me atrajo desde que puse los ojos sobre ella en la casa. Nunca había conocido a nadie como ella y debo reconocer que me gusta tanto dentro como fuera de la cama.

—Y no te olvides de contra la pared, sobre la mesa o en el *jacuzzi*... —ronroneó apoyada en sus labios.

—Eso es temporal. En algún momento, la cosa hará aguas. —Fue la primera vez que Andrés abrió la boca. La Vane lo miró divertida.

—¿Como tu matrimonio?

Me giré para contemplarlo. No sabía que había estado casado, esa sí que era una noticia succulenta.

—¿Te casaste con una mujer? —inquirí sorprendida.

—Más bien lo hizo con una zorra. A nuestro Andrés le va la zoofilia —aclaró mi amiga haciéndome reír. A él no pareció hacerle mucha gracia el comentario. Vaya, vaya con Mr. Star.

—Vanessa —la corrigió—, deja mi vida al margen. Lo único que he dicho es que eso es temporal, nadie aguanta comerse las babas de otro eternamente.

—Eso es porque tú eres excesivamente tradicional y en tu cabeza no entra nada más que el uno más uno son dos. Quizás deberías ampliar miras y venir a una de nuestras fiestas privadas, igual te sorprendería y encontrarías un modo de salir de ese bucle de castidad autoimpuesta en el que estás inmerso.

—¿Y tú qué sabrás lo que yo hago o dejo de hacer? —replicó molesto.

Ella alzó las cejas.

—¿Recuerdas que tu hermana es mi mejor amiga y que tus padres confraternizan con los míos? Si te tiras un pedo, te garantizo que hasta lo huelo.

No pude evitarlo y solté una carcajada. Eso era lo que me gustaba de ella, siempre me hacía reír.

—¡Oh, por favor! —Mi abogado, claramente incómodo, se cubrió la cara.

—Haremos una cosa, el viernes acompañas a Esme a la gala y después os venís de fiesta con nosotros. Así Esme se despeja un poco y tú decides si te encaja o no.

—Paso —contestó sin planteárselo.

Ella movió la cabeza de lado a lado.

—Lo que yo diga, tienes mente de jubilado. Pareces un tío de ochenta en vez de treinta y uno, igual tienes la polla deprimida.

La conversación era de lo más instructiva. Andrés parecía estar librando una batalla interna, pues miraba con fiereza a la mejor amiga de su hermana, que no dejaba de provocarlo.

—No voy a entrar en tu juego de provocaciones.

Vane se levantó de la silla y se puso a cacarear. Andrés enrojecía por momentos mientras la gente del bar se giraba a mirarnos.

—¡Para ya, Vanessa! —casi le gritó.

—¡Tanto gallo para tan pocos huevos! ¡Échale un par! ¡Demuéstrame que me equivoco! —exclamó insistente.

—Lo que le ocurre es que tiene exceso de pluma, por eso no quiere acompañarnos —alegué añadiendo leña al fuego y sumándome a la campaña de mi amiga. Yo tampoco había estado nunca en ese tipo de fiestas, pero sentía curiosidad.

Andrés me miró incrédulo, apretó el ceño y respondió ante la provocación.

—Está bien, iré. Pero no pienso hacer nada, solo velar porque no os viole algún tarado u os secuestre una mafia y acabéis prostituyéndoos en algún lugar de Europa del Este.

La Vane sonrió.

—Pfff, demasiadas pelis has visto. A nosotras no nos pasará nada, y a ti... —murmuró bajando la voz—. Verás cuando tengas a todas esas chicas desnudas sobeteando tu cuerpo moreno, entonces hablaremos de quién debe vigilar a quién.

La imagen que describió no me gustó nada, porque lo que yo había visualizado no tenía nada que ver. La que quería sobarlo era yo, y no un grupo de mujeres desatadas. Lo deseaba, por lo menos, eso iba a admitirlo. Por lo que intuía, Andrés no quería una relación ni yo tampoco, así que si dejaba al margen su profesión, me quedaba un hombre más que apetecible con el que follar. Tal vez fuera siendo hora de empujarlo a ir un poco más allá.

—¿Y a mí nadie me pregunta si me apetece ir o no?

Lorena acercó su silla a la mía.

—Claro. Todo es muy reciente, igual no sea el momento ideal para ir a un sitio así. A veces no pensamos en lo que te acaba de ocurrir —reconoció con tristeza.

Me negaba a que la muerte de mi padre me afectara, aunque debía reconocer que no era del todo cierto. Por la noche, tenía pesadillas y, de día, trataba de no rumiar, aunque fuera inevitable. Quería retomar mi vida como si no hubiera sucedido nada, pero eso se me hacía cuesta arriba. Pintaba la fachada, la cubría de normalidad, pero la ansiedad que sentía me corroía por dentro igual que la aluminosis pudriendo las vigas del techo.

—Creo que ir a esa fiesta es exactamente lo que necesito —aclaré retando a mi abogado con la mirada. Él me la sostuvo y yo pellizqué mi labio inferior con los dientes haciendo que se removiera incómodo. Quería provocarlo un poco, a los tíos les ponían los retos y yo quería convertirme en el suyo—. Simplemente es que habéis dado por hecho que querría ir con mi abogado en vez de buscar un amigo con el que pasarlo bien.

—Eso es cierto —me apoyó él para mi sorpresa—. Si quiere ir con un amigo, yo gustosamente le cederé la plaza.

—¿Amigo? ¿Qué amigo? ¿Uno de esos tíos que solo te quieren para ver si se les pega algo de ti? Vamos, Esme, Andrés es lo más parecido a un amigo que tienes. ¡Joder, si incluso compartís váter! ¿Qué puede haber más íntimo que sentar tu culo desnudo en la misma taza?

Él parecía molesto y yo más me crecía.

—No somos amigos, lo nuestro es circunstancial. Es cierto que vivo en su piso, pero por poco tiempo. El mes que viene trataré de vivir en mi propio piso y así dejar de incomodarlo. —Su ceño permanecía fruncido, pero no dijo nada al respecto.

—¿No regresarás a la casa de tu padre? —cuestionó Lorena.

—No, pensar en entrar en ese lugar me enferma. Cuando Suárez haga la lectura del testamento el lunes, veré qué hago con los bienes, pero mi intención es que vaya a parar a la fundación. No quiero nada que provenga de él.

—Pues antes no parecía importarle que le pagara las cosas —atacó Andrés.

Qué fácil era opinar sobre lo que se desconocía. Eso siempre me había repateado de los tíos como él, cargados de prejuicios.

—Antes, era antes —repliqué molesta de que todavía no se hubiera dado cuenta de por qué actuaba así. ¿Tan superficial me consideraba?—. Si le pedía dinero, era porque eso era lo que esperaba de mí. Siempre pensó que era una boba interesada y no quise sacarlo de su error. Si ni mi propio padre se molestaba en conocerme, ¿para qué iba a demostrarle que era justo lo contrario? Lo fácil es colgar etiquetas a las personas, lo que asusta es conocerlas de verdad.

—Exacto. Por eso mismo, vosotros os tenéis que conocer en otro plano que no sea ese al que parecéis jugar. ¿Os pone eso de llamaros de usted? Reconozco que tiene su morbo, pero cuando estamos entre amigos sobra, ¿no creéis?

Ambos nos callamos. Andrés tenía el don de ponerme de los nervios y muy excitada. Parecía estar juzgándome cada vez que movía los labios y eso me sacaba de quicio.

—La señorita Martínez es mi clienta, y es lo que va a seguir siendo, la acompañe o no a esa gala.

—Y Mr. Star es mi abogado y es lo que va a seguir siendo, me acompañe o no después a la fiesta —anoté con retintín.

—Muy bien —dijo La Vane—. Pues decidido, a ver si así os encontramos a ambos alguien que os quite el palo del culo que ya os asoma por la boca provocándome arcadas. Juntos, pero no revueltos. Decidido.



Traté de mantener las distancias con Esmeralda durante toda la semana. Parecía que por fin había captado el rol de la convivencia y no me incomodaba demasiado, aunque cada vez que me cruzaba con ella parecía llevar menos ropa, o más sugerente. Las paredes se debían haber estrechado, porque los roces caían a doquier y me encontré haciendo más ejercicio y dándome más duchas de agua fría de lo que correspondía.

Su habitación se convirtió en su cuartel general donde se atrincheraba para grabar los vídeos y hacerse fotos que después subía a la red, aunque también salía al exterior e iba al gimnasio. No iba a reconocerlo, pero tenía una cuenta de Instagram que me había creado bajo un perfil falso para ver en qué andaba metida mi hija y, por ende, veía muchas de las publicaciones que colgaba mi compañera de piso.

Me pidió que le buscara un investigador al margen de la policía. No estaba segura de que dieran con el culpable por el método tradicional y yo tuve que darle la razón en eso, sobre todo, tras lo ocurrido con mi hermana. Tiré de contactos, Xánder podía ayudarme a dar con la persona adecuada. Le pedí el teléfono de quien encontró a Nani, pero él insistió en que conocía a alguien mucho mejor. Una persona muy discreta y que seguramente tenía mejores contactos que el tipo que averiguó el paradero de mi hermana.

Me habló de un exagente secreto de la CIA que se había afincado en Barcelona tras abandonar el servicio secreto y me concertó una reunión con él.

Se llamaba Michael Hendricks y había participado como agente infiltrado en las carreras ilegales en las que estuvieron metidos mis hermanos. Me pareció un tipo muy amable, cercano, coherente y perspicaz.

No tardó en interesarse por lo que le conté del caso. Al parecer, había un nexo de unión entre Esmeralda, el caso en el que él había trabajado y Xánder. Dijo tener un mal presentimiento y aceptó encargarse extraoficialmente del caso, manteniéndome informado en todo momento.

A Esmeralda solo le dije que ya tenía investigador y que estuviera tranquila, aunque sabía que era imposible. Esa mujer era como una guindilla y cada vez que me veía me sometía a un tercer grado, además de lanzarme sus particulares pullas que me excitaban más que otra cosa.

Había noches que me despertaba con los gritos, seguramente se trataban de terrores nocturnos. Cuando la oía, hacía de tripas corazón para no levantarme y consolarla, para no apretarla contra mi pecho y decirle que todo iba a salir bien. ¿Podía alguien que no te caía bien despertarte ternura? Tenía muchísimas emociones contradictorias al respecto, pero trataba de mantenerme al margen.

No quería que aquella extraña atracción que sentía por ella fuera a más, debía mantenerme en mi sitio y si cruzaba la puerta de su cuarto, difícilmente me resistiría. Si entraba de noche, la consolaba y su precioso cuerpo se enroscaba en el mío, yo sería incapaz de detenerme.

¡Mierda! ¡Ya me había vuelto a empalmar! Ni el deporte lograba bajarme las erecciones diarias que tenía por su culpa. Si lo unía a mis poluciones nocturnas gracias a que también aparecía en mis sueños, me encontraba que estaba más presente que nadie en mi vida.

Encima acepté convertirme en su pareja para esa gala benéfica y la posterior bacanal. ¿En qué estaría pensando? ¿A quién pretendía engañar? A mí no me iban esas cosas, no sabía ni por qué había dejado que La Vane me liara para ir con ella de acompañante. ¿O sí lo sabía? Prefería no pensarlo, ya estaba hecho. Lo mejor era mantener la mente fría y que empezara a poner a la señorita M. en su sitio.

Tras aceptar acompañarla, supe lo que tenía que hacer exactamente. El encargo que había hecho para ella iba a llegarme esa misma mañana. Ahora solo debía vendérselo bien para que picara y aceptara ponérselo por la noche. La caída iba a ser peor que la del Imperio Romano.

El repartidor tenía orden de entregar el paquete a casa de mis padres y tuve que escuchar a mi madre decirme lo orgullosa que estaba porque hubiera acogido a esa muchacha indefensa de Jaén.

—A ver si así te olvidas de la bruja de tu ex. Hace demasiado que no estás con una mujer y al final eso se seca —advirtió apuntando con la cuchara de madera mis testículos.

—¿Perdón? —No daba crédito a lo que había soltado.

—Que sí, hijo, que eres muy joven para que se te encojan como pasas y si no les das vida, es lo que acabará pasando. Lo leí en una revista.

—¡Mamá! Eso no se seca, a saber quién escribió ese artículo. Además, tú no sabes si los uso o no.

Ella entrecerró los ojos.

—Te conozco, Andrés Estrella, te he parido igual que al resto de tus hermanos y sé perfectamente cuándo le dais alegría al cuerpo Macarena y cuándo no —replicó—. Además, tú eres el más parecido a tu padre en eso. No estás con una mujer si no es por amor y eso ya no se lleva. Mira al resto de tus hermanos.

—¿Y qué pasa si no soy como ellos?

—Nada, pero entonces deberías fijarte en alguien y esa chica es muy guapa, buena gente y de Jaén. Igual podrías tratar de enamorarte de ella y que el riego te fluya por las aceitunas.

—¡Por todos los demonios, que no soy una fábrica de aceite! ¡Qué habré hecho yo para tener una familia como esta! —me quejé.

—No debes avergonzarte, Andrés, todos necesitamos sexo. Las articulaciones están mejor lubricadas.

—Eso son las bisagras, mamá.

Ella negó con la cabeza y la imagen de mis padres teniendo sexo me erizó por completo.

—Prefiero olvidarme de esta conversación, creo que todavía no estoy preparado para hablar contigo de otra cosa que no sean flores y abejas.

—¡Pues te lo diré de otra manera! ¡Si quieres miel, saca el aguijón!

—Me marchó. A fin de cuentas, no soy un abejorro y solo vine a recoger un paquete, tengo prisa.

—¿Es un regalo para Esmeralda? —preguntó curiosa, secándose las manos con el trapo de cocina.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, si fuera para ti, habrías pedido que te lo llevaran a tu piso; sobre todo, estando tú allí, o incluso ella.

Le sonreí, no se le escapaba una.

—Tendrías que haber sido detective, te habrías ganado bien la vida.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Son muchos años de experiencia. Te recuerdo que tengo cinco hijos que siempre han tratado de darme la vuelta. Sé perfectamente cuándo tenéis algo entre manos. —Eso era cierto, a mi madre no se le podía mentir—. Ve, hijo, anda. No te entretengo más, pero hazme caso e inténtalo.

La besé en la frente.

—Eres tremenda. Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti, mi vida.

Me despedí y fui directo al piso, quería envolverlo antes de que Esmeralda llegara del gimnasio.

Cuando lo hizo, yo ya lo tenía listo. Dejé el paquetito envuelto sobre la mesa del salón con una tarjeta que llevaba su nombre y en un color que no pasaba desapercibido.

Ella entró como Pedro por su casa, miró extrañada dos veces el paquete y desvió la atención hacia mí que, estaba en el sofá leyendo el periódico tranquilamente.

—¿Qué es eso? —preguntó curiosa.

—Un regalo —respondí parco, como si no fuera conmigo—. Por el color rosa del envoltorio, diría que para usted. Yo soy más de azules, van más con mi piel.

Ella lo cogió y leyó su nombre en la tarjeta.

—¿Se trata de algún tipo de broma de mal gusto o algo por el estilo? —No había duda de que sabía que era mío.

—No, más bien es mi manera de agradecerle que haya aceptado las normas de esta casa y esté haciendo esta convivencia más fácil de lo que parecía en un principio. Empezamos con mal pie y me gustaría disolver un poco la tensión entre nosotros.

Su gesto se relajó y los ojos le brillaron. La sonrisa trémula que curvó sus labios casi hizo que me planteara si entregárselo o no. Me sentí un poco mal por lo que iba a ocurrir, pero era un mal menor. Esmeralda necesitaba esa dosis de realidad y de aquí a unos años me lo agradecería.

—Vaya, gracias, no esperaba este gesto de su parte. ¿Puedo abrirlo?

—Más bien debe hacerlo, por lo menos, si quiere averiguar qué hay en su interior. No creo que sea una forofa de los regalos sin desenvolver.

Una pequeña risita hormigueó bajo su nariz. Los dedos le temblaron un poco al quitar el envoltorio y cuando lo sacó del interior, su cara se transformó en una mueca de enfado.

—¿Qué narices es esto? —Acababa de sacar el collar de cuero, con un corazón en el centro donde pendían dos cadenas plateadas y en sus extremos, unas pinzas—. Yo no tengo perro —aclaró.

Para mi buena fortuna, parecía no saber de qué se trataba, cosa que me resultó curiosa, pero, si lo hubiera sabido, no habría dicho eso. Punto a mi favor. Casi se me escapa la risa.

—No es para un perro, es para usted.

Los ojos casi se le salen de las cuencas.

—¿Me está llamando perra? ¿Esa es su extraña manera de dar las gracias?

—Antes de juzgar por las apariencias, déjeme decirle que es el último grito en París. —Le acerqué un fotomontaje que había hecho con Photoshop unas horas antes para después pasarlo al móvil y que se lo tragara. En él, aparecían imágenes de las famosas del momento con el dichoso artilugio puesto. Ella me miró incrédula—. Se trata de un collar con pendientes incorporados para los que no hace falta tener agujero en las orejas. Si estuviera bien informada, sabría que es una campaña benéfica para concienciar a las personas de las infecciones producidas por los *piercings* y el gasto inútil que representa en la sanidad pública. —Casi no me aguanto la carcajada al soltar semejante patraña—. Para más inri, los hace una asociación de mujeres a quienes mutilaron el clítoris. Ya sabe que en algunos países la ablación está a la orden del día.

Ella apretó los muslos mirando de nuevo las imágenes del móvil donde se apreciaba claramente a un grupo de *top models* con el collar puesto y las pinzas pendiendo de sus orejas. Parecía no dar crédito.

—Oh —dijo con la boca pequeña—, no había escuchado nada al respecto ni visto las

imágenes. Perdóneme mi confusión, pensé que se trataba de un insulto o una tomadura de pelo. Gracias. —Parecía arrepentida y logró que me sintiera algo mal.

—Si no lo quiere, no hace falta que lo acepte. Pensé que le gustaría mostrar su apoyo a esas mujeres en la gala de esta noche, disculpe el atrevimiento. Di por supuesto que apoyaría cualquier tipo de campaña benéfica y no solo las suyas propias. —Vi cómo se encogía ante mi afirmación, la tenía justo donde deseaba—. Se lo daré a Vane, que seguro que querrá ponérselo, ella es muy solidaria con este tipo de cosas.

—¡No! —me interrumpió—. Está bien, lo llevaré. Siempre me ha gustado colaborar con todo aquello que tenga que ver con hacer un mundo mejor. Será un honor para mí lucirlo en la gala. Muchas gracias por el gesto, Andrés.

Me debatí entre contarle la verdad y decirle que había sido una estupidez. Ella se acercó y, en un gesto que no esperaba, besó mi mejilla desestabilizándome por completo. Fue un simple gesto de cariño, o de agradecimiento, pero para mí supuso un tumulto de emociones para las que no estaba listo. El teléfono sonó dando fin al fugaz contacto y tuve que responder.

—Es el investigador que contratamos —susurré tapando el auricular—. Debo salir a reunirme con él.

—Está bien, yo tengo que prepararme para la gala de esta noche.

—Vendré justo a tiempo para cambiarme e irnos. No se preocupe, seré puntual.

Ella asintió y se marchó a su cuarto, llevándose el regalo consigo como si fuera algo precioso.

Se me hizo un nudo en el pecho. Yo jamás mentía, aunque esa era una mentira piadosa, pues serviría para ayudarla en un futuro. Tenía que dejar de vivir del palo *selfie* para hacer algo real con su vida. Con esa reflexión, traté de autoconvencerme de que estaba haciendo lo mejor para ella.

No estaba seguro de que no se pusiera a indagar en las redes y descubriera lo que era aquel collar en realidad, pero debía jugármela a una carta. Por suerte, parecía bastante convencida.

Pasé la tarde con Michael. Él necesitaba acceder a la vivienda, estudiar *in situ* el lugar, ver las posibles vías de acceso y hablar con los trabajadores, que seguían en la casa a la espera de la lectura del testamento.

Nadie parecía haber visto a alguien que no fuera Esmeralda o al mismísimo señor don Pedro ese día, lo que dificultaba demostrar la teoría de que un intruso fuera el responsable del asesinato.

Muchas de las pruebas se las había llevado la científica y no eran accesibles, estaban a la espera de juicio para no ser contaminadas.

—No va a ser sencillo —confesó Michael—, pero eso solo supone un reto para mí. Daré con el malnacido que mató al señor Martínez, aunque tenga que hacer cosas poco legales que prefiero que desconozcas. Si se torciera el asunto, prefiero no incriminarte.

—Te lo agradezco y Esmeralda también. Estoy seguro de que harás todo lo que esté en tu mano para dar con él.

—No dudes que lo haré. Ya te dije que algo me olía mal, pero es que mi intuición me dice que es algo grave y que esto solo es la punta del iceberg.

—Un iceberg es lo que hundió al Titanic.

—Por eso prefiero dar con él antes que nos arrastre a todos al fondo marino —admitió—. Te mantendré informado. Ya no podemos hacer nada más aquí, pero sospecho que alguien pudo manipular el sistema de seguridad y desconectar las cámaras. Si no, nada de esto tendría sentido.

—Gracias, Michael.

—No me las des todavía. Solo dale recuerdos a Nani, hace días que no nos vemos.

—El domingo la veré, tenemos comida familiar, así que se los daré de tu parte.

Iba algo mal de tiempo, debería volar.

Entré en el piso como un huracán y me metí en el cuarto para ponerme el traje a toda prisa. Cuando salí, me quedé medio idiota al contemplar a Esmeralda con ese vestido negro de tirantes finos repleto de pedrería, que cubría solo puntos estratégicos de su anatomía. Mi polla dio un brinco tan bestial que casi perfora la cremallera. Contuve la respiración. Era un espectáculo, una obra de arte en movimiento. No me extrañaba que las grandes marcas pelearan porque una mujer como ella luciera sus trapitos.

Se había ahumado los ojos en verde oscuro, lo que le daba un toque felino y misterioso. El cabello salvaje estaba recogido en un moño alto que dejaba la nuca al descubierto. Solo deseaba pasar mis labios sobre ella, subir los dedos y dejar caer su espesa melena sobre mí. Balanceó el regalo que le había hecho ante mis ojos.

—¿Me ayuda a ponérmelo, por favor? Sola no puedo. —Tragué con fuerza en cuanto se dio la vuelta y observé la profundidad del escote de su espalda, que mostraba un par de graciosos hoyuelos sobre el redondo trasero. «No pienses en que es imposible que lleve sujetador y bragas». El pulso se me había desbocado por completo. Tomé el collar de cuero y lo puse contra la suave piel que se contraía al sentirse ceñida a su abrazo. Eso era justo lo que yo quería hacer con ella, abrazarla contra mi cuerpo y sentirla por completo—. Gracias —susurró con voz cálida—. Los pendientes ya me los pongo yo.

Cerré los ojos perdido en su perfume. Era caliente, *sexy* y me hacía resollar por dentro. Fue hasta el recibidor para atrapar los lóbulos de las orejas con las pinzas y desde allí me preguntó qué tal le quedaba.

—Bi-bien —tartamudeé, pensando en lo ridículo que se vería puesto en cualquier persona. Pero es que a ella le sentaba de maravilla y se me antojaba incluso *sexy*. ¿Estaría enloqueciendo de verdad? Esa mujer me hacía perder la cabeza.

—No estaba muy segura de que enajara con el vestido, pero no queda mal del todo. Muchas gracias de nuevo por el obsequio, ha significado mucho para mí. —Me golpeé mentalmente arrepintiéndome por hacerle eso—. ¿Listo para ser el hombre más envidiado de la fiesta, Mr. Star?

Al oír la pregunta y el dichoso mote, mis titubeos finalizaron. «Es por su propio bien —me recordé—. La estoy ayudando a darse cuenta de que todo esto de la imagen no es más que una frivolidad». Me lo fui repitiendo durante todo el trayecto y, aunque tuve momentos de duda, logré llegar hasta el lugar de la gala.

Una marabunta de periodistas nos rodeaba sin que hubiéramos puesto un pie en el suelo.

—¿Por qué nos envuelven? —inquirí incrédulo.

—Han reconocido su coche y me han visto por los cristales. Prepare su mejor sonrisa, abogado, hoy va a ir del brazo de la nueva reina de Instagram.

—Eso no es un reino. —Sentía la necesidad de que le quedara claro.

—Puede que para usted no, pero en este tipo de eventos, es así y usted va a ser mi consorte por esta noche —musitó seductora—. Salgamos, el aparcacoches se encargará de las llaves. ¿Le importaría abrirme la puerta? Es cuestión de imagen.

Apreté los dientes. ¿Imagen? Ya le iba a dar yo imagen cuando los periodistas la vieran aparecer con un collar de esclava de BDSM en el cuello y las pinzas para los pezones en las orejas. El espectáculo estaba servido, iba a destronar a la reina en su propio castillo.

Capítulo 6



Los *flashes* se precipitaron sobre nosotros. Estaba algo nerviosa porque Andrés hubiera tenido aquel detalle conmigo, no esperaba nada así. Eso me hizo pensar que tal vez me equivocara, que igual el hábito no hacía al monje y que estaba juzgándolo solo por su profesión. Quizás lo prejuizaba como hacían conmigo y eso me convertía en lo mismo que ellos, los que se negaban a ver más allá de mi muro.

Esperaba que aquel detalle fuera un motivo de acercamiento sincero. No quise fallarle, por feo que me pareciera el complemento. Me recordaba a un collar de esos perros pequeños que van soltando babas, un bulldog francés; pero, en el fondo, lo que contaba era lo que representaba y a la gente que iba a ayudar si lo lucía esa noche, aunque me viera un tanto ridícula. Al fin y al cabo, la moda era así, prendas imposibles que acababan siendo iconos.

Las voces de los periodistas pidiendo que los mirara me devolvieron a la realidad.

Andrés me tendió la mano y una extraña corriente me azuzó al tomar sus dedos. Busqué su mirada reconfortante y la minúscula sonrisa que elevaba una de sus comisuras en un grácil gesto. Se la devolví dispuesta a demostrarle cómo era mi mundo, hoy quería pasarlo bien con él.

Lo agarré del brazo con toda la confianza que sentía bajo los clics de los obturadores y escuché varias contenciones de aliento. No sabía si por el atuendo elegido o por el dichoso complemento. Había perdido la sensibilidad de las orejas, ¿sería normal? Seguramente era como calzarse los tacones por primera vez. Todavía recuerdo el golpetazo que me arreé contra el mueble del salón.

Caminé con decisión hasta el *photocall* sin soltarlo ni un ápice, me gustaba sentirlo cerca. Andrés trató de dejarme ahí sola, pero yo lo retuve.

—Tú no te marchas —murmuré, negándome a llamarlo de usted—. Eres mi pareja de esta noche, así que posarás conmigo. Prepara tu mejor sonrisa, hoy te vas a divertir.

—No se me da bien sonreír.

Era verdad que sonreía pocas veces, y yo moría porque lo hiciera conmigo, seguro que tenía una sonrisa maravillosa.

—Pues entonces imítame. —Ofrecí a la prensa las imágenes que buscaban. Esmeralda M. en todo su esplendor. Algunos lanzaban preguntas como de quién era el vestido o la identidad de mi acompañante, esos no habían hecho los deberes. Todo el que había seguido la noticia sabía que era mi abogado. Respondí sin dificultad.

Otros preguntaron interesándose por mi peculiar collar y yo, que me quedo con todo, solté lo que Andrés me había contado. Él parecía algo rígido, no estaba habituado a todo aquello y era normal que se sintiera colapsado la primera vez. La prensa me escuchaba atenta, anotando y grabando todo lo que salía por mi boca mientras los fotógrafos seguían haciéndome fotos.

—Es usted una mujer muy comprometida —advirtió un reportero de la revista *Corazonmanía*.

—Trato de serlo. Me gusta colaborar en todas las causas que puedo, creo que las *influencers* tenemos una parte de responsabilidad social que debemos cumplir. Muchas personas no cuentan con los medios suficientes para poder llegar a la tele, la radio o la prensa. A mí me gusta contribuir, quiero que las cosas que hago sirvan para algo más que para salir guapa en una foto.

Andrés me escuchaba atento, en silencio, como si diera vueltas a cada una de mis respuestas. Quería gustarle tanto como él me gustaba a mí. ¿Sería capaz de dejar a un lado mi imagen y darse cuenta de quién era en realidad?

—¿Y ese nivel de compromiso lo lleva al terreno sentimental? Últimamente se la ve mucho con el Mr. Star y se dice que viven juntos —inquirió el periodista con una sonrisa socarrona en el rostro. Iba a responder, pero se me adelantó Andrés.

—Solo soy el abogado de la señorita Martínez. Si convive conmigo, es porque está pasando por un momento delicado y necesita alguien de su confianza para que no se abuse de ella. Además, que un hombre y una mujer convivan no significa que estén comprometidos.

Que lo desmintiera tan rápidamente me dolió, para que negarlo, pero ¿qué iba a esperar? ¿Que confesara su enamoramiento por mí? Nah, eso era un imposible.

—Entonces ¿no se acuestan juntos, Mr. Star? —preguntó una rubia tetona con ganas de devorarlo.

Ahora me tocaba a mí, no iba a permitir que Andrés se convirtiera en la cena de la periodista. Si de alguien iba a ser el plato esta noche, era mío.

—No vamos a admitir ni desmentir nada. La vida privada de las personas es eso, privada. El señor Star ha dicho que es solo mi abogado, así que deberán creerlo. Lo demás, sobra. —Acaricié su poderoso bíceps, que se contrajo bajo mi toque, y la rubia no perdió detalle captando el sutil mensaje—. Sígueme —susurré en su cuello perdida en su aroma masculino—, ya les hemos dado suficiente carnaza.

Una vez dentro, me preguntó:

—¿Por qué ha hecho eso?

Estaba guapísimo con el traje gris antracita y la camisa blanca con un botón abierto.

—¿El qué? —inquirí apartando la vista de la piel de su cuello para otear el ambiente. Estaba buscando a mis amigos entre el tumulto.

—Lo sabe muy bien, marcó territorio frente a esa mujer.

Esta vez era su boca la que estaba excesivamente cerca de mi oreja haciendo que me derritiera como el chocolate caliente.

—No sé a qué se refiere. —Me hice la despistada, olfateando el aroma que desprendía su piel. Olía como el pecado, uno que estaba dispuesta a cometer.

—Pues yo creo que lo sabe perfectamente. Es como si yo la cojo así. —Se soltó de mi agarre para posar la palma desnuda en la parte baja de mi espalda. El calor se extendió por toda la base de mi columna enviando espasmos de placer que contrajeron mi sexo—. ¿Qué crees que pensarían aquellos buitres si la toco de un modo tan íntimo? —Chasqueó la lengua.

¿Se estaría soltando? Quería comprobarlo, así que jugueteé con él.

—¿Deberían pensar algo? —le devolví la pregunta arqueando las cejas, perdida en el placer de su tacto sobre el mío. Me gustaba en exceso la dureza de su cuerpo.

—No se trata de si debieran o no, sino de que ha plantado una duda razonable al dar esa respuesta velada y tomarse la licencia de acariciarme el brazo —advirtió demasiado cerca.

Mmmmm, lo que hubiera dado por estar a solas con él en una habitación ahora mismo.

—Entonces, ¿de eso va todo esto, se está tomando una licencia conmigo? —Los dedos no permanecían estáticos, sino que se movían en una insinuante caricia que me hacía desear más, lo quería todo.

—Solo le demuestro con actos lo que digo con palabras. Hay personas a las que no les basta con la comunicación verbal, deben sentir lo que se dice y creo que es su caso.

Sonreí elevando las pestañas para enlazar mis ojos verdes a los suyos y lo agarré por la nuca. Había música en el salón y, aunque no era la hora del baile, era justo lo que me apetecía hacer con él.

—Algo como esto —me contoneé sin soltarlo. No pareció reticente, más bien, se dejó llevar y pegó mi cuerpo al suyo, colocando una segunda mano al lado de la primera para hacerme percibir la firmeza de su cuerpo. Solo con eso, ya me sentía al límite de lo que era capaz de soportar. Hubiera hecho lo que fuera necesario para que su boca se deslizara sobre la mía y poder demostrarle cuánto me atraía.

Nos dejamos llevar, perdidos el uno en los ojos del otro, por la canción *Di qué sientes tú*^[2], de Chayanne. Puede que nuestros labios no se besaran, pero sí lo hacían nuestros cuerpos.

*Puedes con tu voz atar los cabos de mi alma,
a la esquina de tu espalda y hasta el borde de la cama.*

No, no, no, qué va.

Se me hace agua el corazón.

Se me escapa la razón.

Di qué sientes tú.

*Cuando rozo tu mirada,
cuando te he entregado el alma,
cuando te respiro boca a boca...*

Notarlo tan próximo me hacía sentir vulnerable, como una cría perdida en los brazos de un hombre. No podía soltar las amarras de su mirada, buscaba en ella un motivo de suficiente peso para evitarlo, para levantar un muro infranqueable que no le diera el poder de dañarme. Lo sentía así, como si solo él tuviera la capacidad de arrancarme el alma con un solo gesto de desdén, algo que no me había ocurrido nunca. Habitualmente, no dejaba a los hombres aproximarse tanto a mí como para cederles parte del poder de herirme.

El anhelo fluía pidiéndome más, exigiendo su boca sobre la mía. Mis labios se separaban en una lenta invitación. Me importaba una mierda si era fotografiada por el universo entero si el premio era un beso suyo.

Empujé su nuca con sutileza y esta descendió a escasos centímetros de mi objetivo. Su aliento calentó el mío, provocándolo, tentándolo a seguir más allá de la distancia autoimpuesta.

Los largos dedos me empujaban contra la rigidez de sus piernas, que me hizo sonreír. Así que, al fin y al cabo, no era gay; eso o la llevaba escayolada... Los dedos estaban justo encima de mis glúteos, que pedían ser amasados con rudeza. Quería sexo, lo quería ya y él era mi elegido.

La música terminó sin que hubiera captado algo más que no fuera el roce de su cuerpo o de su aliento sobre el mío. No era lógico que siguiéramos así de abrazados sin música ni que refrenáramos el deseo que palpitaba indolente sobre nosotros. Ambos éramos adultos, podíamos separar las cosas, ¿verdad?

—Acompáñame —musité despegándome para tomarlo de la mano. Caminé errática, emborrachada por su aroma, sin detenerme ante nada ni nadie. No era la primera gala a la que acudía en aquel lugar ni el primer hombre con el que coqueteaba. Conocía lugares estratégicos donde dejarnos ir sin ser molestados.

Sabía dónde ir. Doblé la esquina y, antes de llegar a mi destino, sentí que mi espalda impactaba contra la pared y sus labios devoraban hambrientos los míos. «¡Oh, Dios, sí!», tuve ganas de gritar.

Toda la frialdad del abogado se derretía bajo mis labios. No era suave o comedido, todo lo contrario, besaba con lujuria, con una pasión que te robaba hasta el último aliento. Gemí en su boca cuando la ávida lengua resbaló sobre la mía.

Mis manos se afincaron sobre el firme pecho y las suyas buscaron mi trasero pegándolo a la erección que se apretaba contra mi bajo vientre. Lo amasó justo como necesitaba. «¡Por favor, este hombre es puro pecado! Bajo el abogado estirado, parece estar el del mismísimo diablo. ¡Menuda suerte!».

Mi mano descendió hasta atrapar su sexo, que rodeé, arrancándole un quejido lastimero que me satisfizo en sobremanera. Estaba tan duro... y era por mí. La humedad descendía por mis muslos. Tenía tanta hambre y él era tan apetitoso, tan receptivo.

Unas risitas emitidas a media voz, sumadas a un «buscaos una habitación», nos sacaron de la bruma de deseo en la que estábamos inmersos. Sus manos se aflojaron, su boca se detuvo y la ancha frente se posó sobre la mía.

—Lo-lo siento. Perdona, me dejé llevar. La canción, tu mirada... Hacía demasiado que no besaba así a una mujer. Lo siento de verdad, no debí abusar de tu confianza. Te juro que no volverá a suceder. —Se apartó con brusquedad, pero yo lo retuve agarrándolo por los hombros.

—Shhhh, tranquilo. Yo lo deseaba tanto como tú y quiero repetirlo. Puedes ponerle la etiqueta que quieras o la excusa que te apetezca, pero lo cierto es que nos atraemos y eso no es malo. — Parecía desconcertado, pero es que yo ya lo tenía asumido: lo quería en mi cama—. Sé que no buscas una relación seria ni yo tampoco, pero eso no implica que no nos podamos divertir juntos. Creo que, a juzgar por lo que estaba acariciando hace unos instantes, el beso te estaba encantando, igual que a mí. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Pero una cosa es lo que te pide el cuerpo y otra muy distinta lo que debes hacer. He cruzado una línea que no debería haber atravesado, la marqué yo mismo. ¿Recuerdas?

—Pero las cosas cambian, el propio universo es cambiante y sabes que es así. Antes, la gente pensaba que la tierra era plana y resultó ser redonda. No podemos perdernos cosas por miedo a cambiar otras. —Lo sentía distanciarse, no estaba segura ni de que me escuchara.

—Discúlpame, necesito poner distancia. —Se apartó de mí algo desorientado—. Voy al baño a refrescarme un poco.

Sentí lástima de que no fuera capaz de separar las cosas.

—Como quieras, pero sabes que tarde o temprano ocurrirá —respondí un tanto decepcionada porque no quisiera seguir adelante, aunque no daba por perdida la partida. Cuando la chispa se prende en un bosque seco, es difícil que no termine en incendio y yo no pensaba llamar a los bomberos, sino más bien avivar el fuego—. Iré a buscar una copa, tengo demasiado calor. Te espero allí.

El asintió con el arrepentimiento tiñendo su mirada.

Me jodía tanto que se acobardara. Prefería no pensar. En la fiesta de después, dudaba que se resistiera a mis encantos, iba a hacer méritos para que terminara con lo que había empezado.

Iría a buscar a mis amigos, por lo menos, me distraería un rato.

A la primera que vi fue a Lorena, que estaba flanqueada por La Vane y Borja. Estaba preciosa con un vestido azul cielo de corte griego. La Vane llevaba el pelo verde kiwi con un corte Bob que la favorecía muchísimo y un conjunto que podría haber llevado la mismísima Lady Gaga. Solo ella podía permitirse un *look* tan estrambótico y no parecer fuera de lugar.

Cuando me vieron aparecer, mi amiga abrió mucho los ojos. Cogí una copa de cava que me ofrecía un camarero y me coloqué frente a ella.

—Hola, chicos —saludé.

—¡Te has vuelto loca! ¿No crees que te has pasado tres pueblos con el complemento? Para la fiesta de después, vale, pero ¿ahora? Si querías dar la nota y dejar a todos con la boca abierta, seguro que lo has logrado. Aunque hay que tener cuajo para venir a una gala benéfica contra la «esclavitud infantil» con un collar de sumisa de BDSM y pinzas para los pezones a modo de pendientes.

Las palabras que acababa de soltar mi amiga me fundieron las neuronas. ¿BDSM? ¿Sumisas? ¿De qué hablaba?

—¿C-cómo dices? Esto no es lo que acabas de decir. Debe tratarse de un error y te has confundido de modelo. Esto es un collar solidario para concienciar a la gente de las infecciones producidas por los *piercings* de las orejas —señalé—. Están hechos por mujeres que sufrieron ablaciones. Sé que es feo, pero la finalidad es lo que importa.

La Vane y Borja se miraron y luego soltaron una carcajada estrepitosa que reverberó en mis oídos.

—¿Qué gilipollas te ha soltado eso? Y lo que es más preocupante, ¿cómo has sido capaz de creerlo? Alguien te ha querido gastar una broma de mal gusto y has caído de cuatro patas. ¿No te han dicho nada los medios?

Negué con la cabeza dándome cuenta de que todo había sido una artimaña de Andrés. Me sentía profundamente herida y traicionada. ¿Por qué me había hecho eso? ¿Cómo había tenido los

santos cojones de hacerme salir así delante de la prensa conociendo el simbolismo de ese collar? Y si su intención había sido ridiculizarme desde el principio, ¿por qué me había besado de aquella manera? ¿Sería su extraña forma de calentarme para darme la patada después? Al fin y al cabo, era él quien había cortado el beso. Vacíé el contenido de la copa en mi garganta y cogí otra de la siguiente bandeja que pasaba por mi lado.

—Tal vez tengas razón y me estoy volviendo demasiado crédula. Ahora no puedo quitármelo, con lo que les he soltado a la prensa quedaría en entredicho. No sabrán si es cierto o una extravagancia de las mías. Por lo menos, sembraré la duda y lo usaré en mi beneficio.

—¡Oh, vamos, Esmé! No es por llevarte la contra, pero aquí hay más de uno que juega en esa liga y tú das el discurso de honor. ¿No tendrás el valor de subir ahí arriba con eso puesto?

Una idea empezaba a revolotear en mi mente.

—Te aseguro que voy a subir con esto puesto y que el gracioso que me ha intentado vender la trucada va a darse cuenta de que soy capaz de convertir chatarra en material de alta cilindrada. — La rabia crecía descontrolada en mi interior. Andrés había pretendido ridiculizarme, pero la mierda le iba a salpicar a él.

—Es que no comprendo cómo te has dejado meter ese gol, ¿si estás todo el día en las redes! ¿Tú no recibes publi de Aliexpress o de Wish?

—A mí me llega de Dolce & Gabbana y Versace. Qué quieres que te diga, no compro nada «Made in China» ni me detengo a mirar los anuncios porque miedo me da saber qué mano de obra fabrica esas cosas.

—Pues ya puedes pensar bien qué vas a decir, porque algo así no será fácil de defender.

—Eso ya lo veremos.



Era un imbécil. ¿Cómo se me había ocurrido besarla? Y ya no solo eso, acariciarla y dejar que palpara el estado en el que me ponía.

Si no hubiera pasado aquella pareja, habría sido capaz de cualquier cosa.

¡Mierda! No quería ni imaginar cómo sería ir con ella a la fiesta de después. O me inventaba una excusa o estaba muerto. Empezaba a sentir cosas que no eran correctas, no podía desatarme de esa manera.

Fui al lavamanos para bajarme el calentón. No debería haber aceptado ir a la gala de esa noche ni a la bacanal de después. Yo solo me había metido en ese embrollo y lo difícil iba a ser salir.

Un poco más calmado, me dirigí al urinario, me bajé los pantalones y los bóxer pensando en que el último lugar donde habían estado era sobre sus curvas. Llamadme guarro, pero fui incapaz de lavarlos, los dejé a mi lado en la cama, los olí hasta que el sutil aroma a mujer desapareció y hoy necesité sentirlos encima de mí.

—Vaya, hermanito, menuda casualidad. —Una mano me golpeó en el hombro provocando que el primer chorro de pis se me cortara.

—¡Joder! No me des esos sustos cuando meo, casi lo salpico todo. ¿Qué narices haces aquí? —Allí plantado, a mi lado, estaba César, el tercero de mis hermanos.

—Pues ya ves, liberar tensión en la vejiga. Dicen que no es bueno aguantarse el pis, puedes coger infecciones. Tengo que dejar espacio para ese cava que están sirviendo, está de puta madre. Yo tenía que haber nacido rico, me van ese tipo de cosas. ¿Y tú?

—No me refería a eso, y lo sabes.

Se bajó el calzoncillo para aliviarse como yo.

—Ah, te refieres a este tinglado. Fácil, le falló el acompañante a la amiga de La Vane y me pidió que viniera con ella como favor. Bertín tenía turno con el taxi, así que venía yo o ninguno. Está mazo buena, con un poco de suerte, me la ventilo esta noche. ¿Y tú? ¿Piensas tirarte a la asesina para saber lo que es morir a polvos? Tiene unas tetas que puede ahogarte con ellas.

—No seas imbécil. La señorita Martínez es mi clienta, no ha matado a nadie y no pienso tirármela, para tu información —dije sacudiendo mi miembro para que cayeran las últimas gotas. Entonces aprecié una cosa negra que salía por la punta. Extrañado, tiré de ella y sentí un dolor muy agudo—. ¡Pero ¿qué narices?! —Esa cosa parecía no tener fin. Tiraba, ojiplático, de una especie de hilo negro extralargo que me provocaba un escozor horrible.

—¡Joder! —exclamó mi hermano cuando lo tuve fuera y estalló en una carcajada al comprobar que se trataba de un cabello interminable, negro y rizado. ¿Cómo se había podido meter eso en mi polla?— Así que ya te la has tirado. Menos mal que se te ha metido un pelo y no un salmonete. Por lo menos, espero que la mamada mereciera la pena, eso ha tenido que escocer. —Estaba alucinando en colores, ¿cómo se me había podido meter eso ahí? La única explicación lógica que encontré es que se hubiera quedado pegado en los calzoncillos y que el pelo tuviera vida propia. Si es que estaba claro que era ahí donde la tenía metida todo el día, hasta su pelo se me colaba por la punta de la polla.

—Estás de un gilipollas —protesté—. No me ha chupado nada. Compartimos lavadora, se trata de un incidente.

—Pues menuda mierda de incidente. Por lo menos, después del mal trago, debería haber merecido la pena. Además, con esa boca, fijo que la chupa de maravilla. Podrías pedirle que te hiciera un «cura sana» en la punta de la calva. —Le solté una colleja—. Auch.

—Calva te voy a dar yo a ti. Un poco de respeto, que soy tu hermano mayor.

—El mismo que acaba de calzarme una hostia con la misma mano que se aguantaba la chorra. Eres un guarro, Andresito.

—Y tú, un imbécil. Si no quieres que le diga a Lorena que la ha cagado mucho dejándote acompañarla, será mejor que te comportes y dejes de decir estupideces.

—Y tú será mejor que dejes que la morena te vacíe los huevos que tan llenos de amor tienes. Estás de un cariñoso que te pasas y eso se traduce en falta de darle al manubrio para vaciar la despensa. Al final, vamos a tener que llamar al camión de la cuba para vaciarte el pozo ciego.

—Ciego te voy a dejar de la hostia que te voy a calzar.

—Uy, sí que vas fuerte, hermanito. ¿Dónde está el remilgado de Mr. Star? Así es como te llama, ¿no? ¿Eso te la pone dura?

—Lo que me la pone dura es el guantazo que te voy a arrear como no te calles de una puta vez.

César estalló en carcajadas y se dirigió al lavamanos.

—Si todos esos *snoobs* de ahí fuera supieran que el verdadero señor Star es en realidad Andrés Estrella, un abogaducho de poca monta, hijo de taxista andaluz, te iban a contratar por el forro de los cojones.

—Lo que la gente valora no es el nacimiento, sino las capacidades que uno tenga. Aunque claro, alguien que lo único que sabe hacer es tocar las pelotas es difícil que lo entienda.

César siguió lavándose las manos sin inmutarse.

—Siempre se me han dado bien las manualidades, ¿o tocar las pelotas se considera gimnasia? Bah, da igual. Ya se sabe. Soy el del medio, la oveja negra entre los perfectos hermanos Estrella, el que no sabe hacer más que incomodar al resto. Cada uno tiene su función en nuestra familia, tú eres el hijo perfecto y yo, el cabrón. Qué le vamos a hacer. Si yo no existiera, tú no brillarías tanto.

—¿Eso es lo que piensas? Qué fácil es para ti cargar de mierda a los demás. Cada uno tiene lo que cosecha —repliqué—. Tú te empeñas en provocar y meterte en todas las disputas posibles, no pretenderás que después te pongamos en un altar.

—No necesito altares, hace mucho que dejé de ser virgen. Si no existiéramos los malos, bajaría el caché de los buenos.

Me dio un poco de lástima. Mi hermano no es que fuera malo, solo un rebelde sin causa.

—Anda, déjalo estar. Por una vez, no estaría mal que te relajaras un poco. Todos te queremos, aunque nos lo pongas difícil.

—Así soy yo, me apodan dificultad, o grano en el culo, como más te guste. —Tomó un trozo de papel para secarse, hizo canasta en la papelera, se echó una ojeada en el espejo y se despidió de

mí—. Buena suerte esta noche, a mí no me va a hacer falta.

Seguramente, sería verdad. César siempre había tenido mucha facilidad con las chicas, igual que Damián. Bertín y yo éramos algo más comedidos, a veces incluso me había planteado si mi segundo de a bordo era gay. Pero era tan reservado cuando tocaba el tema que me daba palo preguntar.

Nuestros padres nos habían criado a todos igual, pero éramos tan distintos...

Salí mucho más calmado. La gente paseaba de un lado a otro picoteando canapés y bebiendo en un ambiente de lo más distendido.

Esmeralda estaba en el centro de un amplio grupo de personas y no quise interrumpir. Ese era su mundo, lanzando sonrisas a diestro y siniestro que le salían de un modo natural. Las mujeres la miraban con envidia y los hombres, con deseo. Y yo, con el anhelo de saber que era la fruta prohibida.

César y Lorena parecían estar pasándolo bien juntos. En un momento de la velada, él me miró alzando las cejas y se tiró de cabeza a por la boca de la morena, que no tardó en amoldarse a la suya. Ya sabíamos cuál de los hermanos Estrella mojaría esa noche.

La Vane y Borja participaban en otro círculo de lo más variopinto tratando de buscar inversores para su franquicia de peluquerías. Me alegraba que Vanessa hubiera podido superar la huida de mi hermano Damián y que le fueran tan bien las cosas, lo merecía.

En casa, todos sabíamos que estaba coladita por mi hermano desde que ella y Nani se hicieron amigas de pequeñas, que se moría por sus huesos. De hecho, llegamos a pensar que, tras el rescate de mi hermana donde ambos participaron, se harían pareja. Pero no fue así.

Damián hizo las maletas y se largó sin mirar atrás, y ella se refugió en los brazos de Borja con esa relación tan peculiar que se traían entre manos.

El presentador de la gala salió a escena encañonado por un foco de luz. Hizo una introducción para aclarar a qué fundación serían destinados los fondos de las donaciones que se realizaran durante la noche. Facilitó un número de cuenta por si alguien quería hacer una transferencia al día siguiente o en cualquier momento, y puso un emotivo vídeo donde se reflejaba el tema que nos había traído aquí.

Era doloroso ver lo que sufrían aquellos pequeños a manos de las mafias y las grandes marcas de ropa, calzado o complementos. La gente apretaba el gesto al darse de bruces con la oscura realidad. La hambruna, las horas inagotables de arduos trabajos que realizaban niños pequeños. Inmediatamente pensé en mi hija y se me encogió el corazón. Los pañuelos de papel volaron entre el público, que terminó aplaudiendo al finalizar el vídeo.

El presentador retomó la palabra visiblemente emocionado y llamó a Esmeralda M. como embajadora de la noche para que diera el discurso final.

Ella subió con toda la gracia y elegancia que la caracterizaban. Con un rictus más serio de lo

habitual, se aclaró la garganta y miró al público para ver sus caras. Se la veía cómoda, pero a la vez solemne.

—Buenas noches —empezó—. Sé que muchos de los que estáis hoy aquí sois muy conscientes del porqué de esta gala y donaréis porque os nace del corazón. Otros daréis vuestro dinero para pagar menos impuestos, algunos, porque socialmente está bien visto y otros, porque queda muy bien decir que apoyamos a estos niños indefensos. Pero lo verdaderamente importante es que, sea por el motivo que sea, vuestro dinero irá destinado a que las cosas se hagan de otra manera. Muchos veis en mí a la hija del difunto Pedro Martínez; otros, a la *influencer* del momento; los que no me miráis a la cara veis a la mujer acusada de parricidio que sale en las noticias. Pero a quien de verdad tenéis aquí delante, subida a un escenario, es a mí, a una mujer que odia profundamente las injusticias.

»Todos tenemos imágenes preconcebidas de las personas que tenemos delante, de nuestro jefe, del vecino del quinto o incluso del tipo de las noticias de cada noche. Todos juzgamos porque nos creemos con el poder de juzgar a los demás bajo nuestra vara de medir. Somos capaces de etiquetarnos por nimiedades como la forma de vestir, el tipo de peinado o, simplemente, la marca de nuestros zapatos. Creemos lo que queremos creer y somos capaces de inventar, difamar, dañar o, por el contrario, adorar con la misma pasión, dependiendo de la persona y del momento. Esta noche os he puesto a prueba, me he inventado una historia sobre esto que llevo puesto. —Señaló el collar y las pinzas. ¿De qué iba todo esto?—. Algunos de mis amados periodistas ni os habéis cuestionado que esta ridícula pieza era un *fake*. Habéis dado por buena mi historia subiéndola inmediatamente a vuestras revistas digitales, webs o blogs porque no os habéis detenido a contrastar la información. Creísteis en mí a ciegas sin pensar que os podía mentir.

»Eso es lo que hacemos muchos, cerramos los ojos ante las evidencias, nos vendamos los ojos porque es más sencillo creer que esa persona que nos cae tan bien es incapaz de ganar su dinero a través de la venta de la inocencia. No nos conviene, no queremos hurgar detrás porque nos cae tan bien, es tan amigo o amiga nuestra, o simplemente lo admiramos tanto por cómo ha amasado su fortuna que no vemos lo que hay detrás y lo enmascaramos de un falso *glamour* porque nos interesa. Lo que esta noche llevo en el cuello es un símbolo de lo que hacemos, y me incluyo, porque yo no soy perfecta y cometí los mismos errores que muchos. —Buscó mi mirada entre la gente y dio con ella—. Doy las gracias a la persona que me lo regaló para que lo luciera esta noche. Fue todo un acierto. —Me sentí mal al momento. Había caído en mi propio juego y ella me había cazado—. Esto, queridos amigos, es un collar de sumisión, utilizado por sumisas o esclavas de BDSM.

»Da igual si me pongo las pinzas en las orejas a modo de pendientes —las desprendió dando un golpe efectista— o en los pezones —la gente emitió un «oh» contenido al ver que los colocaba en el lugar correcto, sobre la fina gasa del vestido—, porque el símbolo sigue siendo el mismo. —Respiró mordiéndose los labios al sentir la presión en sus pechos—. Las sumisas sexuales juegan libremente a BDSM, tienen poder de elección, mientras esos niños son esclavos de nuestro consumismo desmedido y no tienen otra opción. Desde aquí, otorgo a estos collares el poder de la elección y animo a la gente a que se los ponga del mismo modo que yo he hecho en esta noche como símbolo de libertad. Yo soy libre de colocarme las pinzas donde quiera. —Las regresó a sus orejas—. Soy libre de llevar este collar o no, de jugar con látigos o no, de ser sumisa, ama o ninguna de las dos cosas. Pero, queridos amigos, ellos —apuntó con el dedo la imagen fija que

seguía mostrando la pantalla— no.

»Trabajemos por una sociedad justa donde los niños sean niños y tengan derecho a una infancia digna y justa. Apoyemos a las grandes marcas, pero hagámoslo desde la coherencia. Dejemos de comprar aquellas que contribuyan a la explotación infantil y apostemos por las que ensalzan el comercio justo. Yo estoy dispuesta a pagar más si con ello ayudo a que los niños sean simplemente lo que son: niños. —Volvió a pasear la mirada entre los asistentes—. ¿Y vosotros? ¿Estáis dispuestos a sumaros a la causa? Si es así, espero que luzcáis estos collares como lo que son: poder de elección, reivindicación y lucha por la justicia. Muchas gracias por vuestra atención y llenad el contador de ceros con vuestros donativos. Que disfrutéis de la fiesta.

La ovación al bajar las escaleras fue apoteósica. Ella no apartó ni por un momento los ojos de los míos mientras se abría paso entre la gente hasta que terminó frente a mí.

—Gracias, tu regalo ha sido muy revelador. Este discurso no habría sido el mismo si no me hubieras abierto los ojos. Muchas gracias. ¡Ah! Y te garantizo que esta noche pienso usarlo con alguien que verdaderamente merezca mis besos y no trate de ridiculizarme en público. Si me disculpas, me debo a las personas que me dan el valor que verdaderamente merezco y no el que creen que tengo.

Podría haberme golpeado con una bofetada y no habría sentido la misma contundencia que a través de sus palabras.

Si hubiera tratado de disculparme en ese instante, sé que habría sido inútil. Dudaba de que fuera capaz de mirarme a la cara algún día después de aquello, quizás incluso quisiera cambiar de abogado. Me maldije por lo idiota que había sido. Decía de César, pero esta noche yo me llevaba el premio al mayor capullo.

¿Cómo podía haber metido la pata tanto? Solo pretendía demostrarle que no podía vivir de la opinión de los demás y acababa de enseñarme justo lo contrario, que a través de la imagen y sus palabras podía aportar su granito de arena para que las cosas fueran mejores. Acababa de darme un baño de humildad delante de toda aquella gente. Y tenía toda la razón, la había enjuiciado y sentenciado sin conocerla de verdad. Menudo abogado que estaba hecho.

Ella era mucho más que una cara bonita y un buen cuerpo dispuesto a jugar a las muñecas con la ropa de los demás.

Esmeralda M. era una líder nata, tenía la capacidad de ser escuchada, de orar con una verdad que traspasaba a las personas independientemente de su poder adquisitivo. En cuanto terminó el discurso, la gente se mataba por donar dinero y el marcador subió de una manera estrepitosa. Ella podría haber sido perfectamente la cabeza de la lista de un nuevo partido político 2.0. Y yo era un memo por no haberme dado cuenta de ello.

Capítulo 7



No había dado dos pasos cuando La Vane y Borja vinieron a mi encuentro.

—Has estado apoteósica, la *drama queen* de la noche. El gilipollas que te regaló el collar de sumisa debe estar trepando por las paredes —argumentó lo suficientemente alto para que Andrés la escuchara.

—Sí, seguramente hará como Spiderman y, con un poco de suerte, se ahorcará por imbécil con su propia tela de araña.

La Vane se echó a reír ante mi ocurrencia.

—Definitivamente, hay capullos que no deberían haber nacido. ¿Qué? ¿Nos vamos a la fiesta?

La voz de Andrés retumbó a mis espaldas.

—Disculpad, yo prefiero no ir, me voy a casa. Pasadlo bien.

—¡Oh, vamos, Andresito! No te me rajes ahora —suplicó mi amiga.

Me di la vuelta y le enfrenté.

—¿Qué le ocurre, abogado? Yo creía que era un hombre de palabra. ¿Ahora nos va a abandonar frente al peligro? Creía que iba a custodiarnos para que no nos ocurriera nada a manos de esa panda de depravados. —Él parecía no creer que le estuviera diciendo que viniera, pero lo que no sabía era que quería darle a probar de su propia medicina. Conmigo no jugaba nadie y, según me había dicho La Vane, en esa fiesta había unos juguetes muy interesantes con los que realmente me podía divertir.

—¿Quiere que vaya?

Había mordido el cebo.

—Claro —murmuré sonriente—. Creo que me lo debe, ¿no? —Parecía debatirse entre si venir o no. Igual necesitaba que lo azuzara un poco—. Hágalo por mí —ronroneé coqueta.

Él carraspeó.

—Está bien, lo haré por usted.

«¡Bien! Ya lo tengo. El ratón va a morder el queso».

—Pues muchísimas gracias por el detalle —respondí con retintín—. Al parecer, es mi noche de suerte. Primero me regalan esto. —Acaricié el collar—. Y después usted accede a hacerme de acompañante. Menudo lujo...

—Si no quiere que vaya... —titubeó.

Me acerqué moviendo sensualmente las caderas, tratando de hipnotizarle con el movimiento. Con el odio que sentía en ese momento, me costaba fingir, pero sabía que merecería la pena. Lo agarré del brazo para susurrarle al oído:

—Lo que más deseo es que esta noche vengas conmigo.

La Vane y Borja nos miraban risueños.

—Entonces ¿qué? ¿Nos vamos? —inquirió mi amiga.

—Por supuesto —confirmé viendo cómo su pecho subía y bajaba ante mi acercamiento—. ¿Y Lorena? —Hacía rato que no la veía.

Borja se colocó bien el cuello de la camisa al responder.

—Se marchó con César. Creo que ese chico va a borrar a Rafa de un plumazo de su mente.

—Dirás de un pollazo —lo corrigió Vanessa—. Casi la convierte en cuadro contra la pared del fondo —apuntó.

—Creo que me equivoqué de hermano, tal vez le hubiera tenido que pedir a él que me acompañara esta noche en vez de a usted. ¿No cree, abogado?

Él se puso rígido y apretó la mandíbula.

—Si quiere, le llamo.

—No, dejemos a Lorena disfrutar. Solo espero que esté a la altura de mis expectativas. —Pasé la mano por su firme pecho, casi podía notar los profundos golpes de su corazón.

—Me conformaré si logro redimirme —dijo por lo bajo. Me aparté y puse rumbo a la salida.

Una vez fuera, Borja y La Vane subieron en su coche y nosotros, en el de Andrés.

La situación era tirante, pero es que se lo había ganado a pulso. No sabía cómo me había contenido tanto y no le había calzado un buen guantazo.

Encendí la radio y no dejé de toquetear los botones hasta que di con la canción perfecta, una ranchera de Paquita la del Barrio llamada *Rata de dos patas*^[3].

Rata inmunda,

animal rastrero,

escoria de la vida,

adefesio mal hecho,

infracumano.

Espectro del infierno,

maldita sabandija,

cuánto daño me has hecho.

Alimaña,

culebra ponzoñosa,

deshecho de la vida,

te odio y te desprecio.

Rata de dos patas,

te estoy hablando a ti.

Porque un bicho rastrero,

aun siendo el más maldito,

comparado contigo,

se queda muy chiquito...

Andrés apretaba el volante mientras yo tarareaba la letra hasta el final.

—Bonita manera de decirme lo que piensas.

Menuda sorpresa, había cambiado el usted por el tú. Aquello era nuevo.

—No necesito cantar para decirte que pienso que eres un cretino. Yo voy de frente, no como tú.

Él apretó el gesto.

—Sé que no me creerás y que igual no es el momento, pero lo siento.

—Tienes razón, no te creo ni es el momento —espeté cambiando de emisora. Andrés me detuvo poniendo su mano sobre la mía. Me pasó la corriente y lancé un exabrupto—. ¿Ahora pretendes electrocutarme?

—¡No! ¡Es que me pones de los nervios! ¡Creo que tengo demasiada carga de energía estática acumulada!

—A ti lo que se te acumula es la mala leche —protesté.

—Me comporté como un crío, un necio. Podría alegar enajenación mental transitoria, pero no sería verdad. La cagué contigo, pero te juro que me arrepiento.

Me crucé de brazos mirándolo.

—¿Que te arrepientes? ¿De qué? ¿De no haberme ridiculizado lo suficiente? ¿De no haber logrado hundirme delante de toda esa gente? ¿De haberte cargado mi confianza y hacerme creer que entre nosotros había algo más que nuestra relación abogado-cliente?

—Yo nunca pretendí que pensaras eso.

—Ya, me quedó muy claro después de que te apartaras tras cinco minutos golpeando mi campanilla con la lengua. Si besas así, me da miedo que confundas mi clítoris con un rasca-rasca de la ONCE —lo provoqué. El beso había sido demoledor.

—Tampoco debí besarte. Fue un impulso.

—Por supuesto. Cómo ibas a sentirte atraído por una mema como yo, una superficial que se pasa el día entero fingiendo ser Barbie, una presunta asesina que...

—¡Mierda! —Golpeó el volante interrumpiéndome. El semáforo se había puesto en rojo y, abruptamente, se giró hacia mí para tomarme el rostro y besarme de nuevo con auténtica pasión. Me pilló en mitad de una frase, así que no le fue difícil volver a acariciarme la campanilla haciendo que me temblara hasta la pepitilla. «Oh, venga, Esme. No puedes dejar que te funda las neuronas de este modo, estás cabreada con él, ¿recuerdas? ¡Chica, un poco de dignidad!...»... Pero es que besaba tan bien... Juro que quise apartarme, quise hacerlo... Entonces, ¿por qué había enredado mis dedos en su pelo? ¡Qué desastre! Un coche hizo sonar el claxon y Andrés se apartó de mi boca resollante, mirándome con un ansia que me hizo estremecer. ¿Estaba fingiendo de nuevo? Regresó los ojos a la carretera y arrancó.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté sintiéndome estúpida.

—Para que dejaras de decir tonterías.

«Cómo no...», pensé. Otra medalla para el caballero.

—Quiero bajarme del coche. O paras o salto en marcha. —Me agarré a la maneta dispuesta a accionarla.

—Lo siento. ¡Joder! Te juro que sacas lo peor de mí. No debí decir eso —admitió sin reservas.

—Oh, gracias, es lo más bonito que me has dicho en los últimos días.

—Es que contigo me pierdo, pierdo el juicio y encadeno un desacierto con otro. Aunque reconozco que estuve completamente fuera de lugar al regalarte el collar y hacerte creer aquella patraña. Creí que si te regalaba esa gilipollez, lograba que te la pusieras y hacías el ridículo, te darías cuenta de la idiotez que representa vivir de las redes, que ese mundo es completamente superficial. Que un día te encuentras muy arriba y, al otro, haces algo fuera de lugar y te encuentras abajo.

—Ummmmm, creo que ese concepto me suena. —Tamborileé los dedos contra la barbilla—. ¿No es eso mismo lo que os pasa a los abogados? Estáis en la cúspide, dais un mal paso, perdéis un juicio ¿y toda vuestra reputación se va a la mierda?

Su gesto se contrajo.

—*Touché.*

—Ya, eso imaginaba. Ningún perro se huele su mierda por muy pegada que la tenga al culo. Así que con ese acto de generosidad te erigías mi salvador, ¿no? Te estaré eternamente agradecida, no sabes cuánto necesitaba que me abrieras los ojos. Gracias a esta noche, seguro que mis *followers* te mandan cartas de agradecimiento.

—Mi ex, y mi hija, son seguidoras tuyas.

Por un momento, lo miré sin entender.

—¿Y por eso me tienes manía? ¿Porque ellas me siguen y me admiran?

—¡Yo no te tengo manía! Y no es por eso.

—¿Entonces? ¿A qué ha venido que las saques a colación?

—A que parte de la culpa de que mi matrimonio hiciera aguas fue de internet y las redes sociales.

—¿Y, por ende, yo soy la culpable de tu fracaso matrimonial?

—No quise decir eso —respondió alterado.

—Menos mal, porque es una soberana gilipollez. Si tu mujer se pasaba todo el día pegada a internet, tal vez deberías cuestionarte si es que no le estabas dando lo que necesitaba para captar su atención y cumplir con sus necesidades.

Sus dientes se apretaron.

—¿Sus necesidades? ¡No me hagas reír! ¿Y qué pasaba con las mías? A ella no parecía importarle que trabajara como un esclavo dieciséis horas al día para mantenerla y tratara de sacarme una carrera por la noche para mejorar nuestra calidad de vida.

—El trabajo no lo es todo, abogado. Eso te lo digo yo, que tengo un máster en abandonos. —Vi el pesar en sus ojos—. No me malinterpretes. No digo que lo hicieras mal ni pretendo juzgar tu matrimonio, pero hay mucha gente que usa las redes porque se siente sola y si tu realidad del momento era esa, igual era lógico que ella buscara una válvula de escape. Se pasaba sola todo el día, no pretenderías que se relacionara con las paredes.

—O igual debería haber buscado un trabajo que nos facilitara tener una vida de pareja normal y que me permitiera ver más a mi hija. Yo no las abandoné como hizo tu padre contigo, me separé porque ya no podía más con la situación, no podía seguir viviendo de ese modo —respondió molesto.

Era la primera vez que duraba tanto tuteándome y que me revelaba parte de su intimidad. No sabía que tenía una hija.

—Ya te he dicho que no iba a juzgarte, pero no debió ser fácil para ninguno de los dos. Cada uno tendrá su punto de vista sobre lo ocurrido, como todo en la vida. ¿Cómo se llama tu hija?

—Candela, tiene catorce años. —No parecía cómodo con el tema.

—¿Catorce? Guau —suspiré—. Erais muy jóvenes entonces.

—Es lo mejor que salió de nuestra relación, aunque la veo menos de lo que quisiera. —Me daba lástima, ojalá mi padre hubiera querido pasar más tiempo conmigo. Podía haber paralelismos entre su historia y la de mis padres, pero claramente no era la misma. Que empatizara algo con su situación no restó que quisiera seguir adelante con lo que me había propuesto—. Esmeralda, de verdad que lo siento, no debí actuar así. No soy tu padre ni tu pareja ni nadie como para ir dándote lecciones de vida, y está claro que la lección me la llevé yo esta noche. Te juro que no volverá a suceder. Me mantendré al margen, es tu vida y me ha quedado muy claro que sabes cómo vivirla y que yo estaba equivocado respecto a ti. —No estaba segura de si lo decía de corazón o no, pero que lo admitiera me alivió un poco—. Si no quieres que siga siendo tu abogado, o deseas mudarte, lo entenderé.

Eso sí que no lo esperaba.

—Mejor dejemos reposar el tema y que pase el fin de semana. —El coche de Borja se había

detenido frente a una casa y estaban aparcando mientras nos hacían señales para que ocupáramos la plaza de delante—. Ahora solo me quiero divertir. —No me replicó, se limitó a aparcar.

Vanessa me abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vamos a pasarlo en grande! —exclamó.

—Seguro que sí, me muero de ganas de dar alegría al cuerpo —aventuré agarrándola del brazo al salir.

—Venga, Andrés, que la diversión nos espera —lo azuzó Borja.

Di unos pasos pensando en que no nos seguiría, que se limitaría a arrancar y largarse, pero no fue así. Caminó junto a Borja, aunque algo ausente de seguridad.

No sabía lo que se le venía encima, pero pronto lo iba a saber.

—Entonces tienen ese tipo de cosas aquí a la venta —cuchicheé en el oído de mi amiga.

—Claro, hay muchos amantes del BDSM. Suelen tener una habitación donde venden muchísimas cosas, seguro que encuentras algo que encaje. Pero ¿qué quieres exactamente?

—Todavía no lo sé, pero quiero hacerle pagar a Andrés la tomadura de pelo.

La Vane me miró comprendiendo.

—¿Él fue el gilipollas del collar? —Asentí. Ella emitió una sonrisa que me dio la sensación de que acababa de dar con el objeto de mi venganza—. La idiotez debe ser hereditaria en los varones de los Estrella —musitó haciendo referencia a Damián—. Pues nena, sé de algo que lo va a dejar mudo.

—Eso es lo que busco, quiero que se acuerde de mí para los restos, como una advertencia.

—No dudes de que con esto se acordará. Ahora disimula, tengo el elemento perfecto. Vamos a ver si lo encontramos aquí.



Bajé un poco la guardia en el coche, me sentía como un auténtico gilipollas, uno de manual. No tenía justificación para lo que le había hecho, aunque hacía unas horas creyera que sí.

Esme no era mi ex. Eran completamente distintas y yo había tratado de volcar mis frustraciones y mis complejos en ella.

Me di cuenta cuando lo dije en voz alta, cuando reconocí los motivos por los que mi

matrimonio había hecho aguas. De algún modo, culpaba a Esme por lo que representaba cuando, en el fondo, lo que falló en mi matrimonio fuimos nosotros.

Besarla de nuevo solo había servido para darme cuenta de que la deseaba y mucho, demasiado para mi estabilidad mental. Quería sentirla por completo, estar dentro de ella, hacerla jadear empujando entre sus caderas. Pero llevaba tanto tiempo sin estar con una mujer que no estaba seguro de si daría la talla. ¿Y si hacía el ridículo y no aguantaba?

La seguí hasta la entrada. Nos abrió una pareja vestida de un modo muy sugerente. Nos preguntaron si estábamos en la lista y cuando La Vane les facilitó los nombres, nos dejaron entrar. Una vez en el interior, nos explicaron las normas. Solo se podía entrar a la sala principal desnudos o en ropa interior, y solo a las mujeres se les permitía llevar zapatos. Para ello, disponían de vestuarios donde podíamos dejar nuestros objetos personales.

Tragué con dificultad, nunca había estado en un sitio como ese, mientras que mis acompañantes parecían de lo más cómodos. Nos facilitaron unos candados con combinación que deberíamos devolver a la salida.

—Los hombres se cambian allí. —Nos señaló una puerta—. Y las mujeres, en la de enfrente. Cuando estén listos, solo deben salir e ir al fondo del pasillo, donde está toda la acción. Les recuerdo que tienen antifaces a su disposición dentro de las taquillas por si quieren mantener el anonimato; si no, pueden salir con la cara descubierta, eso queda a su elección. Esperamos que disfruten de la fiesta.

—Gracias. —Vanessa tiró de la mano de Esmeralda y correataron como si tuvieran prisa. Borja y yo caminamos con lentitud el uno al lado del otro.

—¿Nervioso? —me preguntó.

—Un poco, nunca he participado en algo así.

Él asintió. Tenía unos ojos que iban del amarillo al dorado y el pelo rubio. Era modelo publicitario, su porte y su físico eran difíciles de obviar.

—No lo estés. Aquí nadie va a juzgarte, hagas lo que hagas o estés con quien estés —musitó con voz sugerente.

—No soy gay —le advertí.

Él sonrió.

—Eso aquí da igual. Somos cuerpos sin género dispuestos a morir de placer, los tabúes solo son mentales. En el fondo, no importa quién te dé placer, simplemente sentirlo. —Apoyó la mano en mi pecho y descendió hasta mi entrepierna, que no se inmutó.

—Puede que para ti sea así, pero para mí, no. —Lo tomé de la muñeca y la aparté sin esfuerzo.

—Pues entonces límitate a estar con quien te apetece, que creo que ya tienes la elección hecha. ¿O me equivoco? —Entramos en la habitación que estaba repleta de taquillas. Borja no perdió el tiempo, se desprendió de toda la ropa y se puso un antifaz dorado, tomando el *welcome pack* que había en su armario—. Me encanta que estén tan bien preparados: condones, lubricantes y un *plug* de regalo. Me encantan estas joyas, son tan cuquis.

Separó los muslos, lo ensalivó y colocó en su ano sin problema, se dio la vuelta y... Bingo, ahí estaba la joya de la corona.

—¿Te gusta cómo me queda?

Parpadeé incrédulo.

—Mientras te guste a ti. No creo estar capacitado para dar respuesta a eso.

Emitió una carcajada.

—Qué mono, eres tan hetero. ¿Piensas dejarte el bóxer puesto?

Miré mi cuerpo y después el de él. Me negaba a ir en pelotas delante de un montón de desconocidos.

—Sí, creo que por el momento lo prefiero. —Cogí un antifaz negro y me lo puse.

—Mmmmm, hay que ver lo bueno que estás bajo ese traje. Quién iba a decir que tuvieras toda esa colección de músculos. A Esme le va a hacer aguas cuando te vea. Además, parece que vas bien armado... —Su lengua recorrió los labios bien delineados—. ¿Te ayudo con el *plug*?

—Creo que paso, mejor lo dejo aquí para que lo use otro. —Saqué el tapón de la bolsita y lo dejé en otra taquilla que estaba abierta para que alguien le diera uso.

—No sabes lo que te pierdes.

—Seguramente, pero por el momento prefiero ignorarlo. Vayamos con las chicas.

Estaba un poco cohibido, frente a un Borja que parecía estar en pleno esplendor.

Esperamos cinco minutos fuera, pero al ver que no salían, caminamos hasta el salón principal, quizás ya estaban dentro. Las puertas dobles se abrieron cuando golpeamos y ante mí se desplegó una imagen difícil de obviar.

Los cuerpos desnudos o adornados con arneses, piezas de metal, cuero, pinzas y juguetes de todo tipo se contoneaban en la pista de baile.

Había parejas manteniendo relaciones abiertamente contra la pared, en los sofás o inclusive sobre la mesa. También veías tríos, cuartetos, incluso una larga fila de hombres que, acompañados, se daban unos a otros en perfecta armonía; el primero de la fila era engullido por un chico arrodillado, que, a su vez, era sujetado por un ama a través de su collar de sumiso.

Miré de hito en hito para tratar de ubicar a Esmeralda. El pelo verde de Vanessa refulgió sobre la mesa. Estaba sobre ella, a cuatro patas y con un hombre separándole los glúteos y comiéndola por detrás.

—Suerte —musitó Borja en mi oído desplazándose hacia ellos. No tardó nada en colocarse frente a ella, ponerse en la misma posición y besarla. Un mulato se puso tras él, le sacó el *plug* y enterró su grueso miembro sin mayor dificultad. Desvié la atención al momento. Para mí, ella era como una hermana y verla en esa tesitura me descolocaba. Había cosas que prefería no ver.

—¿Te gusta lo que ves?

Dos manos me tomaron por detrás y me retorcieron las tetillas. De mi boca escapó un jadeo precipitado.

—No, yo... —Era ella, reconocí su voz al momento, pues su aroma se perdía en aquel mar de sexo. Mi polla se sobresaltó ante las atenciones que me prodigaba.

Su cuerpo estaba pegado al mío. Podía jurar que estaba desnuda, por lo menos, de cintura para arriba, que era lo que sentía pegado a mi espalda. Pellizcó de nuevo mis pezones y me ordenó:

—Date la vuelta, abogado. —Me giré encarándola. ¡Estaba preciosa! Llevaba un antifaz del mismo color que el mío y las únicas prendas que permanecían sobre su piel de terciopelo eran el collar con las pinzas, apretando los golosos pezones, y los zapatos de tacón—. ¿Te gusta cómo me queda tu regalo? —inquirió dando un suave tirón a las cadenas plateadas. Su pecho salieron proyectados hacia delante excitándome en sobremanera. Moví la cabeza afirmativamente—. Eso pensaba —admitió sonriente—. ¿Tienes ganas de jugar? —Torció la cabeza para analizarme de la cabeza a los pies, deteniéndose en cada punto de mi anatomía hasta dar con mi erección. Cogió la goma del bóxer y, sin pedir permiso, me lo quitó de golpe sin que opusiera resistencia.

»Ummmm, parece que sí que te apetece jugar. —Acercó la mano hasta la punta de mi glande y capturó la gotita de humedad que escapaba para esparcirla sobre él. Gruñí del gusto y, sin planteármelo, la tomé del rostro para besar su boca, pero ella desvió la cara y terminé impactando contra la mejilla—. Hoy jugarás a mi juego. Nada de besos, las directrices las marco yo. —La mano apretó mi polla provocando otro jadeo—. Eres grande y estás muy duro. Tu cuerpo es muy bonito y, francamente, está bien trabajado, pero... ¿estás listo para ser mi juguete?

—Lo estoy —afirmé sin pensar. Solo quería sentirla, me daba igual lo que tuviera pensado para mí si podía enterrarme entre sus muslos.

—Eso ya lo veremos. —Soltó mi polla y chasqueó los dedos. Un tipo alto de casi dos metros salió de entre las sombras para besarle el cuello y tirar de las pinzas. Su plañido reverberó en mis oídos. Miré perplejo cómo aquel tipo hundía los dedos en su sexo y ella se retorció del gusto. Alguien me cogió por detrás con fuerza y una chica se arrodilló entre mis piernas para colocarme una especie de jaula dorada en la polla. La cerró con un clic y le entregó una minúscula llave a Esmeralda, quien la deslizó en su lengua y tragó mirándome a los ojos.

—¡¿Estás loca?! —le grité—. ¡Quítame esto ahora mismo!

Ella sonrió sin detener al moreno que seguía con su particular vaivén entre sus muslos.

—Tendrás que esperar a que vaya al baño para ello. Dado que te gusta tanto cubrir a los demás de mierda, no te sabrá mal buscar entre la mía cuando tu polla está en juego. Además, para lo que la usas, poco importará que lleves una jaula de oro o no. Según mis informaciones, te va la castidad. Esa es tu condena, abogado, quedas arrestado y todo lo que puedas decir o hacer jugará en contra de la liberación de tu polla. Eso te pasa por hacer lo que te sale de ella y no pensar en los demás. —Esmeralda jadeó con fuerza cuando un tercer dedo la invadió. Me estaba poniendo enfermo de verla gozar en manos de otro hombre, y más sabiendo que yo, ahora mismo, no podía cumplir. ¡Me la había jugado!

—Esto no tiene ni puta gracia. ¡Quítamelo! —grité.

—No puedo, no tengo la llave. Creo que vas a pasar unos días en el calabozo hasta que la expulse. Has sido un chico muy malo tratando de ridiculizarme y dejarme sin empleo, esto era lo mínimo que te podía ocurrir. —Estaba rojo de la ira, quería estrangularla, aunque dudaba que el hombre con el que estaba me dejara—. Puedes sentarte y mirar, ya que no vas a poder sacar al pajarito de la jaula.

El moreno rio.

—Eso, piolín, siéntate y aprende cómo se complace a una mujer.

—No pienso quedarme aquí viendo cómo este te folla, ¿me oyes? —me dirigí a ella, que movía su pelvis adelante y atrás para incrementar la fricción.

—Pues igual aprendes cómo complacer a una hembra como esta. Una clase particular no te iría mal —anunció el idiota que seguía metiéndole mano.

—Pues cuidado, no le dé a la gata por comerse tu canario. Suele tener los dientes muy afilados.

—Es justo lo que estoy deseando que haga, darle su ración de leche. —Sacó la mano brillante de su sexo y la hizo ponerse de rodillas mientras se calzaba un condón.

No podía seguir ahí, contemplando la escena. Mis instintos asesinos se habían despertado de golpe y solo tenía ganas de arrancarle la cabeza a aquel mamón, y a ella por haberme puesto en aquella tesitura.

Me di media vuelta y me largué al vestuario para tratar de quitarme ese artilugio que me había colocado a modo de cepo.

Maldita cabrona, si es que no podía fiarme de ninguna. ¿Por qué me empeñaba en intentar algo con una mujer si estaba abocado al fracaso desde el principio?

Traté de librarme de aquella cosa, pero estaba excesivamente dura. No podía quitármela sin arrancármela de cuajo, pues el artilugio envolvía mis huevos. Un tío enmascarado entró en el vestuario y se me quedó mirando.

—Uggggg. Has debido cabrear mucho a tu amo para que te coloque eso. ¿Te gusta ser un chico malo?

Lo miré expectante.

—¿Sabes qué es esta cosa y cómo se quita?

Vestía un arnés cruzado, se acercó a mí.

—Una jaula de castidad. Se utiliza para castigar a los sumisos desobedientes, y ese modelo es de los jodidos. Algunas llevan el candado externo y con partirlo es suficiente, pero esta es maciza, de última generación. Solo se abre con llave, aunque mira el lado positivo, estás de suerte: esta tiene agujerito para que salga el pis y que no te mees encima.

—Menuda suerte —protesté.

—¿Dónde está la llave? —preguntó curioso. ¿Le decía que Esmeralda se la había tragado? Eso no me solucionaría nada—. Si eres un buen perrito y te portas bien con tu amo, seguro que te levanta el castigo —admitió sugerente.

—Pues es que no tengo amo, simplemente ha sido una estupidez. La vi, me la probé para experimentar sensaciones nuevas y ahora no encuentro la llave. Ya he buscado por todas partes.

Él resopló.

—Entonces, amigo mío, estás jodido. La única manera de abrirlo es con la llave o dando con el fabricante. Normalmente, en la base hay un logo que las identifica y ellos suelen tener maestras.

Se me encendió la bombilla.

—Y si tú ves la marca, ¿sabrías decirme dónde tengo que ir?

—Probablemente, este mundo es muy pequeño, aunque la ciudad sea muy grande.

Me moría de la vergüenza al tener que pedirselo, pero con vergüenza no se va a ningún sitio.

—¿Me lo puedes mirar, por favor? —Tenía la cara del color de la grana.

—Claro, por un sumiso como tú, podría hacer algo así; sobre todo, sabiendo que no perteneces a nadie. Si has sentido curiosidad en ponerte esto, es que te atrae mi mundo. —No pensaba hacer o decir nada que mosqueara al hombre que tenía la clave de mi liberación—. Ven, pon el torso sobre la banqueta, las rodillas en el suelo y separa las piernas. —Lo miré desconfiado—. Tranquilo, es para que cuelgue y pueda ver la base. —A regañadientes, lo hice. Él se puso en cuclillas, se colocó entre mis piernas y manipuló mi miembro—. Mmmmmm, lo tienes grande, a ver por aquí. —Lo manipulaba de lado a lado tirando arriba y abajo, provocándome algo de dolor.

—¿Ves algo? ¿Lo has reconocido? —cuestioné apretando los dientes.

—No, pero tienes un ano precioso. Me encantaría follártelo si quisieras, se ve tan apretado.

Me levanté como un resorte.

—Lo siento, no juego en esa liga.

Él emitió una risita.

—Una verdadera lástima. Si te lo piensas y vuelves por aquí, pregunta por David. Suelo venir a jugar algunas veces...

Al decir el nombre, fue como si todo encajara.

—¿David? ¿Eres el David amigo de Xánder?

Él pareció sorprendido, aunque no más que yo. Se levantó el antifaz mostrándome su rostro. Era él, por lo menos, un poco de buena suerte.

—¿Y tú quién eres?

También me quité el antifaz para que me reconociera.

—Soy el hermano de Nani. Nos conocimos en la boda, ¿recuerdas?

—¿Andrés! Perdona por no reconocerte, cambias mucho en cueros y con antifaz.

—Tú también.

Él volvió a repasarne apreciativamente. La puerta se abrió y entró un hombre con rasgos asiáticos que no llevaba máscara. Era el marido de David.

—Keni, ¿te acuerdas de Andrés? —Si estaba sorprendido, no lo parecía.

—Sí, de la boda y el rescate de Nani —respondió taciturno.

—Ha sufrido un percance y trataba de ayudarlo. Se estaba probando una jaula y ha perdido la llave. ¿Crees que podrías ayudarnos? No hay marca de fabricante.

Apenas me miró, echó un vistazo de lejos y regreso la vista a su marido.

—Si viene a casa, puedo tratar de abrirlo con las herramientas. Aquí no tengo nada para hacerlo, esa es de las jodidas.

—Por suerte, a mí nunca me ha hecho falta usar una contigo. —David le tomó el rostro para comerle la boca.

—Chicos, no os preocupéis, de verdad. Habéis venido a la fiesta y yo os estoy retrasando.

David se apartó saboreando la esencia del beso.

—Por nosotros, no sufras. Si no follamos aquí, lo haremos en casa. No es molestia, si quieres nos vestimos y te ayudamos. Quién sabe, igual en casa te planteas si quieres probar nuevos horizontes —sugirió.

—No, en serio, ya le daré solución. —Lo que menos me apetecía era que dos tíos me manipularan la polla e intentaran seducirme.

—Bueno, si ves que la cosa se te complica, Xánder y Nani tienen nuestro teléfono —anunció comprensivo. Caminó hasta mí y me besó en la mejilla. Kenji se mantenía al margen—. No sabía que compartíamos afición por el BDSM. —Su dedo recorrió mi pecho.

—Ni yo, ya te dije que era simple curiosidad y que no era mi liga.

Él siguió mirándome con interés, pero sin añadir nada. Fui a por mi ropa y me vestí. Con la prisa, no había recogido mi bóxer, que se había quedado en la sala.

Con esa incomodidad entre las piernas, parecía que fuera escocido o un *cowboy* recién bajado del caballo.

—Nos vemos —me despedí de ellos, que ya se estaban acariciando sin importarles que estuviera presente.

—Cuando quieras, guapo —contestó David con una inclinación de cabeza.

Esperaba que, si los veía otra vez, no fuera para pedir mi liberación.

¡Maldita Esmeralda, en mala hora se cruzó en mi vida!

Capítulo 8



En cuanto Andrés salió por la puerta, me incorporé.

—¿No vas a seguir? —preguntó el hombre con el que estaba. Era atractivo, no lo iba a negar, pero no estaba de humor para continuar con él ni con nadie.

—Tal vez otro día, ahora no soy buena compañía. —Me saqué la llave de debajo del labio superior, donde la había escondido. Una cosa era hacerle creer a Andrés que me la había tragado y otra tragármela de verdad.

Alguna vez había mantenido relaciones sexuales con más de una persona, pero no en una fiesta de esas dimensiones ni en un ambiente como ese. Lo hice para experimentar, en la intimidad de una habitación de hotel, pero no en una sala repleta de cuerpos desnudos y retozando.

Caminé hasta la barra para pedirme un *old fashioned*. Necesitaba beber, olvidar toda la mierda en la que estaba envuelta. La muerte de mi padre, los rifirrafes con Andrés y la realidad me sobrepasaban en aquel momento. Era como si no pudiera confiar en nadie que saliera de mi círculo de tres: La Vane, Borja y Lorena.

Todo mi mundo se tambaleaba y me sentía más perdida que el barco del arroz. Me hacía gracia esa expresión, sería que ese barco se perdía mucho o que no llegaba nunca.

La copa apenas me duró quince minutos, en los que no dejé de darle vueltas a mi vida. Jugueteeé con la cereza entre mis labios y escuché una fuerte voz con acento extranjero que pedía que me pusieran otro de lo mismo.

A mi derecha estaba un hombre muy atractivo, no llevaba máscara y vestía un traje caro que le sentaba de maravilla. Me recordó a Pierce Brosnan, de esos hombres que tenían una belleza que mejoraba con la edad.

Su pelo era negro, a juego con el brillo de su mirada, y, aunque no era joven, era lo suficientemente *sexy* como para que dejara de importar. Me sentí algo cohibida; yo estaba tan

desnuda y él, tan vestido.

—Espero que no le importe que la invite.

Negué agitando la cabeza.

—Para nada, me ha quitado la petición de la boca. Gracias por la invitación. —Engullí la cereza y me dispuse a dar un trago al siguiente coctel. Él no había pedido, sin embargo, el camarero le tendió un vaso de líquido ambarino que me hizo sospechar que era un cliente habitual —. Eso sí que es adelantarse al cliente —Señalé su copa—. ¿Viene mucho por aquí?

—Cuando estoy en Barcelona, siempre. —Mostró una sonrisa velada y sus dientes blancos resplandecieron. Uuuugh, qué misterioso, me gustó que no tratara de coquetear conmigo, por lo menos, como solían entrarme habitualmente.

—¿Puedo preguntarle algo?

Él ladeó la cabeza.

—Adelante.

—¿Por qué va tan vestido? En la puerta nos dijeron que no se podía acceder con ropa, solo con la interior o en cueros.

Una sonrisa irónica empujó sus labios.

—Sutil manera de pedirme que me desvista. ¿Es eso lo que quiere?

Mis mejillas se colorearon. No me hubiera importado verlo sin ropa, parecía que tenía un cuerpo magnífico, pero no había sido mi intención.

—No, yo no pretendía que pensara eso. Era mera curiosidad.

Acercó un poco su cuerpo al mío y sus labios, al lóbulo de mi oreja.

—Esta es mi fiesta y yo pongo las normas. Solo me desnudo si me apetece y con quién me apetece. —El vello de la nuca se me erizó. Se apartó, pero no en exceso—. ¿Complace eso su curiosidad?

Moví la cabeza afirmativamente. Hasta la voz era *sexy*, rasgada y...

—¿Ruso? —Fue mi siguiente pregunta.

—¿Andaluza? —Fue la suya. Ambos sonreímos.

—Al parecer, nuestros acentos son innegables —corroboré—, a pesar de que me dicen que he perdido mucho deje. Mi madre era de Jaén y me críe allí; algo se ha quedado, imagino. Aunque llevo tanto tiempo viviendo en Barcelona que a veces creo que he perdido mis raíces.

—Eso es algo que no se pierde ni aunque se intente. ¿Su familia sigue viviendo allí?

Moví la cabeza en negación.

—Mis abuelos y mi madre murieron. Ese fue el detonante para que viniera aquí, a casa de mi padre, hará unos años.

—Lo lamento.

—Yo también, no sabe cuánto. Daría lo que fuera por no tener presente su fallecimiento, pero es un imposible. Cada vez que me miro al espejo, la veo a ella. Quienes la conocieron dicen que soy su réplica y yo estoy de acuerdo —admití con tristeza.

—¿Puedo? —apuntó señalando mi antifaz. A esas alturas, me daba igual que me vieran el rostro y me tacharan de pervertida. Moví la cabeza dándole permiso. Sus hábiles dedos se colocaron detrás de la nuca, desataron la máscara y la dejaron sobre la barra. Le vi contener el aliento cuando contempló mi rostro. Yo lo había visto mil veces, así que no me sorprendía. Podía recitar mis rasgos de memoria. Ojos verdes, excesivamente grandes para el óvalo de mi cara y ligeramente inclinados hacia arriba, cejas negras y espesas que los enmarcaban, nariz recta y unos labios extragenerosos que de pequeña me avergonzaban y ahora eran uno de mis mejores atributos —. ¿Cómo se llamaba su madre? —preguntó curioso.

—Yolanda. —Cuando solté su nombre, sus ojos se abrieron todavía más, lo que no dejó de sorprenderme.

—¿Por qué me da la sensación de que la conocía? —inquirí.

—Porque así fue, pero de eso hace mucho tiempo.

Ahora la sorprendida era yo.

—Vaya, ¿era amigo de mi madre? No conocí a ninguno de por aquí.

—Bueno, no me calificaría de amigo suyo, tampoco nos relacionamos tanto tiempo. Yo fui un cliente de su padre en aquel momento y nos presentaron. —Bebió de su copa sin apartar la mirada de la mía—. Verdaderamente, era exacta a usted. Igual de bonita, con ese magnetismo animal que atrapaba a cualquier hombre que posara sus ojos sobre ella.

Volví a sentirme cohibida. Que un amigo de mi madre me viera desnuda y en esa tesitura no era plato de buen gusto para nadie.

—Entonces, ¿a mi padre también lo conoció?

Sus ojos se entrecerraron y frunció el ceño.

—Sí.

La respuesta fue más seca de lo que esperaba, al contrario de la explicación que me dio de mi madre.

—¿Y hace mucho que se conocieron?

—A veces me falla la memoria, pero diría que entre unos veinticinco o veintisiete años. Ya le dije que había pasado demasiado tiempo.

—Ummmm, yo tengo veintiséis, así que si no la vio embarazada o conmigo en brazos, imagino que hará unos veintisiete entonces.

—En aquel entonces no tenían hijos, así que seguramente tenga razón. Estaré por aquí una semana. Si le apetece charlar en algún momento, puede venir siempre que lo desee, pregunte por Luka.

—Gracias, yo soy Esmeralda.

—El nombre es perfecto, su belleza es comparable a la de esa joya. Debería llevarla, tal vez en forma de pendientes o de gargantilla. Eso potenciaría su mirada.

Su halago me hizo suspirar. No me dio dos besos, se limitó a cogerme la mano y besarla.

Una mujer vino hasta él y lo tomó por el hombro, vestía un *body* de encaje de La Perla en color gris. Sus ojos se abrieron al contemplar mi rostro y los míos también. La reconocí rápidamente, aunque fuera ligera de ropa: era la doctora Miller.

—Menuda casualidad. No esperaba verte por aquí.

—Mucha —reconocí, no sin fijarme antes en su trabajada figura. Esperaba estar así de bien a su edad.

—No sabía que conocías a Luka. —La mano de la mujer acariciaba el hombro del ruso.

—Acabamos de conocernos —la corrigió el anfitrión.

—Venía a buscarte para jugar un rato, pero si estás ocupado... —ronroneó.

Yo cogí mi copa y la apuré.

—Por mí, no se preocupen. Ya me iba.

Ella me miró apreciativamente.

—Una lástima, iba a preguntarte si te querías unir.

No quise ser descortés, aunque era muy guapa, no me atraía sexualmente. Había tonteado con chicas en el pasado, no me era algo desconocido, pero prefería el sexo con hombres, a no ser que se tratara de alguna fantasía.

—Gracias, pero ha sido un día muy largo y duro, prefiero volver a casa.

—Quizás en otra ocasión —insistió ella.

—Nunca se sabe. —Desvié la atención hacia el ruso—. Buenas noches y gracias por la copa, Luka —puntualicé haciéndole sonreír.

—No hay nada que agradecer, espero verte pronto, *sládkaya*^[4].

No entendí la palabra ni quise preguntar el significado. Le devolví la sonrisa y me retiré dejándolos a solas. Pensándolo bien, hacían buena pareja, seguro que lo pasaban en grande.

La Vane y Borja estaban demasiado entretenidos como para interrumpirlos. Imaginé que cuando no me vieran harían sus cábalas, aunque igualmente les mandaría un mensaje al móvil para que no se preocuparan.

Una vez estuve vestida, llamé a un taxi para que me llevara al piso. Quería hacer tiempo, necesitaba que Andrés pensara que me había pasado la noche follando. Deseaba darle en todos los morros, aunque no fuera cierto. Cuando el taxi se detuvo en el portal, entré en un bar musical que había en la esquina y allí me tomé un par de copas más tratando de obviar a los moscones que pretendían ligar conmigo.

A las cinco de la madrugada y con el paso algo perjudicado, subí al piso y me metí directamente en la cama. Llevaba tanto alcohol en el cuerpo que caí como un pajarillo. Eso sí, me pasé la noche soñando con Andrés entre mis muslos y un ruso que me susurraba al oído *sládkaya*.



Increíble.

Miraba el periódico y no daba crédito. En primera página, había una imagen de Esmeralda M. durante el discurso que dio en la gala de anoche. Jamás se había recaudado tanto dinero en la historia de la asociación contra la esclavitud infantil como ayer. Se dirigían a ella como la nueva princesa del pueblo. Si Lady Di levantara la cabeza y viera su poca compasión a la hora de enjaular pájaros...

Y, por si fuera poco, había otro artículo en la misma página, en una columna lateral, donde explicaba que se habían agotado mundialmente los collares de sumisa con pinzas en los pezones. No quedaba una sola unidad ni en tiendas físicas ni virtuales, e incluso el dueño del gigante asiático Alibaba, Jang Ma, lanzaba un agradecimiento a Esmeralda por haberle hecho ganar tanto dinero en tan poco tiempo.

Cerré las páginas de mal humor. Aquel aparato del que era prisionero me estaba matando, apenas había podido dormir con él puesto. En cuanto llegué a casa, lo primero que hice fue ver unos cuantos tutoriales para abrir cerraduras con elementos caseros, que no me sirvieron de mucho.

Con la polla desinflada, traté de embadurnarla en aceite de oliva a ver si así se escurría, pero tampoco surtió efecto. Entre el calor que daba esa cosa y el oro líquido de Jaén, me daba a mí que, como mucho, acabaría teniendo un par de huevos fritos en vez de cocidos.

La única opción que se me ocurría era llenarle la comida de laxante para que cagara la llave de una maldita vez. Aunque lo de buscar entre sus heces no me hacía particular ilusión.

El timbre de la puerta sonó. ¿Quién sería? Igual era Esmeralda, que aún no había regresado y no atinaba con la llave. No había abierto su habitación para comprobar si había llegado o no la noche anterior.

La abrí y miré desorientado a mi hija Candela, bolsa en mano y con ese ridículo objeto populista en el cuello.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Y por qué llevas eso puesto?

Ella me miró con su particular cara de hastío mascando chicle de cereza. La pompa que hizo casi le estalla en la cara.

—Hola, papá. Sabes que me fastidia tanto como a ti venir a tu piso, pero me toca pasar el fin de semana contigo, ¿recuerdas?

Hice cuentas. Era verdad, le tocaba estar conmigo. Con lo de Esmeralda, se me había pasado por completo. Menudo desastre.

Fue directa a su habitación, abrió la puerta y lanzó un grito infernal.

—¡Hay una mujer en mi cama! —¡Mierda! ¡Había vuelto! Me acerqué a ella para tratar de darle una explicación cuando la vi corretear y precipitarse al interior—. ¡No puedo creerlo, eres tú! ¡Esmeralda M. durmiendo en mi cama! ¡Verás cuando se lo cuente a mis amigos, no van a creerme! ¿Nos podemos hacer un *selfie*? —Mi hija no paraba de cotorrear y dar grititos, jamás la había visto tan entusiasmada por algo o por alguien.

Asomé la cabeza para ver a mi carcelera. Tenía el pelo revuelto y el maquillaje corrido. El vestido de la gala era un amasijo sobre su cuerpo, aunque por lo menos no llevaba el maldito collar puesto, que reposaba olvidado sobre la mesilla.

—Mira. —Candela le mostró entusiasmada el suyo—. Lo pedí anoche en cuanto «El Gato con Zapatos de Tacón» lo subió al blog. Por suerte, mi madre tiene Amazon Prime. Sabíamos que eso causaría furor, así que nos compramos uno cada una y esta mañana ya lo teníamos en casa. El discurso que diste fue un *crush*^[5]. ¡OMG! Estuviste soberbia. Y yo estoy *living*^[6] de que estés aquí.

¡Por todos los santos! ¿En qué idioma hablaba mi hija? Esme se desperezó.

—Buenos días, ¿a quién tengo el gusto de saludar?

—Ay, sí, perdona. Soy Candela, la hija de mi padre. —Esmeralda emitió una risita—. Quiero decir, del propietario de este piso donde estás durmiendo.

—Ya te entendí. Eres la preciosa hija de mi abogado.

—¿Mi padre es tu abogado?! ¿Crees que soy preciosa? —Abrió mucho los ojos. Si me pinchaban, no me sacaban sangre. No había visto tanto entusiasmo en tan poco tiempo desde hacía años.

—¿No has seguido mi Insta estos días? —le preguntó—. Lo recomendé en él.

¿Esmeralda me había recomendado? Con razón tenía llamadas de números que no conocía y yo, idiota de mí, no las había contestado pensando que me querían vender algo.

—Ya, pero pusiste Andrew Star, y yo no lo asocié con el carca de papá —respondió Candela.

—Tu padre no es un carca, solo es abogado, y los abogados son todos unos estirados. Cuando les dan el título, va con el traje. El mío también lo era.

Mi hija se desternillaba ante la ocurrencia. Ciertamente, era graciosa.

—Lo sé. Qué injusto que te acusaran de asesinato. Esta semana me he quedado sin megas y solo he podido cotillear lo que mamá me ha dejado. Me tiene capado el wifi para que no esté todo el día conectada a internet.

—¡Aleluya! Por fin un signo de coherencia después de tanto tiempo —refunfuñé en voz alta. Las dos me miraron como si me hubieran salido tres cabezas.

—*LOL*^[7], me parto. —Candela se cruzó de brazos.

—¿Quieres dejar de hablar como si te comieras las palabras y hacerlo como cualquier persona normal! Así no hay quien te entienda.

—Hablo como cualquier persona normal de mi edad —puntualizó—. ¿O ya no recuerdas las expresiones de cuando tú eras joven? Esas sí que eran de vergüenza.

Estaba por entrar y sacarla de ahí a collejas, como a mis hermanos, a ver si así se le quitaban las tonterías.

—La charla es superinteresante, pero lamento interrumpirla —dijo mi clienta con voz ligeramente pastosa—. Necesito ir al baño y darme una ducha para espabilarme, además de un paracetamol que me quite el dolor de cabeza. —Que estaba resacosa era un hecho, solo hacía falta mirarle los ojos—. Después, si quieres, seguimos charlando. —Se dirigió a mi hija, que parecía abducida por un gurú o, en este caso, una gurú de una secta satánica de ropa y maquillaje. Esmeralda me ignoró completamente, puso un pie en el suelo, cogió algo de ropa y pasó por mi lado dispuesta a salir.

—Más que un paracetamol, te daré un Dulcolaxo —argumenté con los dientes apretados.

Ella levantó la vista y me ofreció una sonrisa beligerante.

—No estoy estreñida, pero gracias por preocuparte por mi salud intestinal. Al que veo algo incómodo es a ti, ¿te ocurre algo?

Los ojos de mi hija me miraban escrutadores.

—Una mala noche.

Nuestras miradas cruzadas pusieron en alerta a Candela, que nos miraba a uno y a otro sin dar crédito.

—Un momento, vosotros dos... —Frotó los dedos entre sí.

—¡Nooooooo! —exclamé alucinado de que hubiera hecho ese gesto.

—¿Qué? Mira, papá, que yo ya he pasado esa etapa de no saber qué ocurre entre dos adultos. Ya sé la historia de la planta.

¿Planta? ¿Qué planta? ¿De qué hablaban los adolescentes de hoy día que no me enteraba de una mierda?

—¿La de las flores y las abejas?

Ella se carcajeó ante mi ocurrencia.

—Bueno, más bien, la de esa semillita que tú y mamá plantasteis, cuidasteis, regasteis hasta que salió una bonita planta que después os fumasteis y para que apareciera yo, previo empotramiento en alguna pared de la casa de los abuelos, o de un colchón de motel de mala muerte cuyo nombre es mejor no acordarse.

—¡¡¡¡Candela!!!! —vociferé sin poder creerme que mi hija hubiera soltado eso delante de Esmeralda, que contenía la risa.

—¿Qué? Me lo contó mamá, lo de la planta. Creo que intentaba que no cometiera la misma locura que ella. Me dijo que follabais como conejos y que, con unos ahorros que tenías, al mejor sitio al que la pudiste llevar fue a un motel.

Me sentía completamente avergonzado.

—Pues te lo contó mal... Lo de la planta tiene algo de verdad, aunque no se trataba de ninguna droga. Jamás me he drogado ni pienso hacerlo. En aquel momento, éramos unos críos. Tu madre tenía ganas de experimentar y yo, que quise hacerme el interesante, compré una semilla de Cábano Industrial, que era lo único que vendían en la tienda de plantas donde habitualmente compraba tu abuela. Era la que más se parecía a la marihuana, pues son de la misma especie, pero se cultiva únicamente para usos industriales o de alimentación.

—Entonces, ¿no erais unos fumetas? ¿Engañaste a mamá?

Me encogí de hombros.

—Fue una mentira piadosa. Además, fumarla, sí que la fumábamos, solo que la resina de los cogollos del cáñamo apenas contiene la sustancia psicoactiva de la marihuana. En cambio, contiene mucho CBD, un cannabinoide de propiedades medicinales y totalmente legal.

Candela resopló.

—Ver para creer. Bueno, para el caso, es lo mismo. Yo no pienso fumar nada, ni aunque se trate de orégano. Soy una M, y las emes no hacemos esas cosas.

—¿Una M?

Esmeralda la miró con orgullo.

—Así se llaman mis seguidoras —puntualizó—. Si eres una M, estás en contra de cualquier tipo de adicción, droga o algo que vaya en detrimento de tu salud. Te cuidas porque solo tú tienes el poder de hacerlo; lees, porque eso amplía tu mente y la cultura de la que eres poseedora. Ayudas, porque el mundo necesita buenas personas, e intentas ser ambientalmente coherente para que el planeta no sufra calentamiento global. —Mudo me había dejado—. Chicos, en serio, la charla me está encantando, pero necesito ir al baño con urgencia. Disculpad. —Pasó por mi lado, mirando mi bragueta sin ningún disimulo, y, sonriendo, me cuchicheó en el oído—. Espero que lo estés disfrutando tanto como yo.

Sentí ganas de agarrarla del pescuezo y estrangularla allí mismo, pero no era plan de convertirme en asesino delante de mi hija, que parecía flotar entre nubes de algodón.

En cuanto se fue, Candela se levantó y corrió hacia mí para abrazarme.

—Oh, papi, gracias, es el mejor regalo de cumpleaños que podías hacerme. Mamá me dijo que seguro que te olvidabas, pero ya veo que no, aunque me engañaste haciéndote el despistado cuando abriste la puerta. Menudo pasote traer a Esmeralda M. este finde para que esté con nosotros. Será genial, el mejor regalo de mi vida. —Ahora sí que estaba muerto. ¡También había olvidado el cumpleaños de mi hija! Acababa de percatarme de que, por culpa de esa parte que tenía atrapada en metal, mi cerebro se estaba cortocircuitando a marchas forzadas. ¿Qué padre olvida el cumpleaños de su hija y que va a venir a pasar el fin de semana? Si es que no podía ser peor, menudas meteduras de pata estaba cometiendo.

Hacía tanto que mi hija no me abrazaba, así que no quise sacarla de su error. Si ella adoraba a Esme, yo también iba a hacerlo, o por lo menos trataría de hacerlo durante dos días.

Preparé el desayuno para los tres: un bol de cereales con mucha fibra, ciruelas y kiwi, para mi carcelera. No quería ni imaginar el momento expulsión de la llave, pero si me pasaba con los laxantes, iba a ser peor el remedio que la enfermedad. No quería terminar con las paredes estucadas en marrón. Además, para ser sinceros, quien había empezado con toda aquella gilipollez era yo.

No es que mereciera el confinamiento, estaba muy enfadado por ello, pero reconocía que no me había comportado bien y estaba cosechando el fruto de mis actos. Mi compañera de piso disfrutó de una noche de sexo y lujuria, mientras yo me quedaba en el banquillo con un calentón de tres pares de narices y un dolor de huevos que nada tenía que ver con mi encierro.

Esmeralda salió de la ducha con la cara lavada y el pelo mojado. Si arreglada estaba brutal, así era arrebatadora. Llevaba una simple camiseta blanca que resaltaba su piel morena y unos vaqueros apretados en azul clarito. Se masajeaba las sienes con persistencia, lo que me hizo intuir que la fiesta había sido de escándalo.

Apreté los puños maldiciéndome por dentro. Si no la hubiera liado con el collar, ahora mismo las cosas serían muy distintas. Había desaprovechado la oportunidad de estar con ella y dudaba que me perdonara con facilidad, aunque el castigo era de lo peor.

Ella miró el bol y después a mí con un amago de sonrisa. Los cereales eran lo que solía comer, pero la fruta no, esa era un añadido de cosecha propia. Ella los tomaba solos, con leche de coco y arroz. Para agitar la bandera blanca de la rendición, había puesto un paracetamol al lado de su vaso de jugo de naranja recién exprimido.

—¿Tratando de sobornar a la carcelera? —musitó sin que Candela la oyera.

Mi hija estaba en el sofá móvil en mano, seguramente contándoles a sus amigas con quién iba a pasar el fin de semana...

—Más bien tratando de recuperar mi libertad —admití sin vergüenza.

—¿No estás enfadado conmigo? —preguntó tomando la pastilla y tragándola de golpe. Aquello me recordó demasiado a la escena vivida anoche, cuando se tragó lo que me mantenía en ese estado.

—Te mentaría si te dijera que no, pero lo que más me molesta es que sé que yo tuve la culpa. —Ella me contempló como a una *rara avis*—. Sé que me repito, pero lo lamento de verdad. No lo pensé bien y me siento profundamente mal por lo que te hice. —Traté de que viera que mis palabras eran sinceras. Esme terminó suspirando y dejando caer los hombros.

—Está bien, acepto tus disculpas. Creo que ya tuviste tu merecido y no me gusta ser rencorosa o alargar innecesariamente la agonía de nadie, por muy gordo que haya sido el error. Ve a mi mesilla de noche y busca bajo el tanga que ruge, allí encontrarás lo que tanto anhelas.

—¿C-cómo? —inquirí incrédulo.

—¿No creerías que iba a tragarme la llave de verdad? Solo lo hice para martirizarte un rato, y ya has cumplido sobradamente tu condena. Anda, ve, te esperamos para desayunar juntos.

No sabía si abrazarla o reprenderla por haberme tenido así toda la noche. Opté por no hacer ninguna de las dos cosas e ir al cuarto en busca de mi libertad.

Efectivamente, la llave estaba en su mesilla, bajo un tanga de leopardo lleno de

transparencias... ¡Joder, cómo sería verla con eso puesto! Mi miembro respondió al instante y yo me quejé por dentro. Me dolía bastante, para qué engañarnos.

La puse en la cerradura y, tras el correspondiente clic, la saqué del encierro.

La punta estaba algo roja e irritada, me escocía al tacto. ¿Sería normal? A ver qué me ponía yo ahora que no empeorara el asunto, no quería tener un garrote doliente entre las piernas.

Fui al baño y rebusqué entre las cremas de Esmeralda. Cogí una de aloe vera, había escuchado que esa planta iba bien para todo, así que me decanté por ella. Esperaba que me diera resultado, aunque lo único que percibía era algo de frescor en la zona. El resultado tampoco iba a ser inmediato, ¿no?

Me lavé las manos y me dirigí al salón para desayunar.

Ambas estaban sentadas riendo cómplices, como si se conocieran de toda la vida. La imagen me pellizó, pues así era como debería haber sido, solo que, en vez de Esmeralda, en mi mente estaba mi exmujer. Yo me crié en una familia feliz y eso era lo que había querido para mí, aunque claramente no lo logré.

Ella me miró sonriente, sin reproche alguno en el fondo de aquellas lagunas verdes. Además de guapa, era generosa. Imposible que la comparara con la madre de mi hija, eran como la noche y el día. Darme cuenta de ello me produjo malestar, pues sin querer había hecho que cargara con todos mis miedos y frustraciones. Esperaba ser capaz de cambiar eso, aunque por dentro estaba acojonado, no sabía si estaba listo para dejar que una mujer entrara en mi vida más allá de ser mi clienta. Pero si era sincero conmigo, la *influencer* ya había entrado en ella. En pocos días había desestabilizado mi mundo haciéndome sentir cosas que creía imposibles.

¿Qué sería capaz de hacer en unas semanas de convivencia?



Petrov

Busqué en mi archivo mental y me sorprendí al toparme con total nitidez con el rostro de la madre de Esmeralda.

Las mujeres jóvenes y casadas siempre fueron mi perdición.

Tanto Carmen como ella fueron dos casos similares. Mujeres hermosas ninguneadas por sus maridos, aunque con Carmen se sumaba el aliciente de la venganza. Con Yolanda, fue diferente desde el principio.

Era tan inocente, con esa naturalidad característica de alguien que ha vivido poco. Tenía una belleza terrenal, deslumbrante que te calaba dentro y te hacía tener ganas de poseerla. En cuanto la vi por primera vez, en el despacho de su marido, tras golpear la puerta e interrumpir nuestra reunión para simplemente traerle la comida que se había dejado en casa, supe que la quería para mí.

Me hizo soñar con una mujer así, una que me mirara con esa adoración, que se preocupara por algo más que no fuera mi dinero o las joyas caras que pudiera regalarle.

Martínez se comportó como un idiota. Fue muy seco con ella, la despidió de inmediato disculpándose por la interrupción y yo vi el dolor en la profundidad de aquella mirada. La sentí herida porque su marido no le diera el lugar que le correspondía ni agradeciera su preocupación.

Así que la hice mi objetivo. Era bueno en eso, siempre lo fui.

La estudié de cerca, me infiltré en el círculo de Martínez y acepté todas aquellas invitaciones que me acercaban a la pareja.

La tónica siempre era la misma: ella lo seguía como un perrito deseoso de amor y él la obviaba frente a los clientes que creía importantes para su negocio, poniéndolos siempre en primer lugar, antes que a su mujer.

Con el sigilo de un cazador, me acerqué a Yolanda. Al principio, eran charlas sin importancia. Ni siquiera coqueteaba con ella, solo la dejaba hablar y me interesaba por sus inquietudes.

Con el paso del tiempo, fui mostrando mi interés por ella y, aunque parecía receptiva a mis atenciones, siempre se acababa alejando. Hasta que una noche, tras una fuerte discusión con su marido, cayó en mis redes.

Me la llevé una semana a una de mis propiedades del pacífico, follamos hasta que nos dolió todo el cuerpo y le hice sentir cómo sería compartir la vida conmigo. De hecho, le pedí que dejara a su marido para venirse a vivir conmigo, quería convertirla en la reina de mi reino. Qué iluso fui.

Lamentablemente, seguía enamorada de Pedro. Yo era un simple paréntesis en su camino y, tras una llamada de él implorándole que volviera a casa, me suplicó que olvidáramos lo ocurrido y que la devolviera junto a él. Podría haberme negado, pero no lo hice.

Si alguna vez sentí algo parecido al amor, creo que fue por mi morena de ojos verdes, aunque no estoy muy seguro, los sentimentalismos nunca se me han dado bien.

La regresé a su hogar con la promesa de que nunca más íbamos a vernos. Y así fue, desapareció de mi vida del mismo modo que había llegado y yo me dediqué a lo de siempre, a tener sexo con quien me apetecía, pero sin ataduras.

—¿En qué piensas? —Chantal me abrazó por detrás, con su bello cuerpo cruzado por la mordida de mi látigo.

—En el pasado. A veces es sorprendente cómo regresa en el momento menos esperado.

Ella mordió mi hombro con avidez, haciéndome jadear.

—¿Es por la hija de Martínez? ¿Quieres follarla? ¿Quieres que te la consiga?

Me di la vuelta y miré a Chantal de frente.

—No estoy seguro. Lo único que sé, por el momento, es que no quiero que la mates como planeamos.

Ella sonrió ladina.

—Como quieras. Igual te apetece hincharle la barriga como a Quince, convertirla en tu esclava.

Le tomé el rostro y se lo acaricié. Tras la última cirugía, estaba más guapa que nunca, me recordaba a Angelina Jolie en *Maléfica*.

—Ahora no debes preocuparte por eso. Recuerda que estamos a unos días de liberar a Benedikt y a Sandra, el sexo es secundario. ¿Están listos los clones?

Ella lamió sus labios.

—¿Lo dudas? Recuerda que soy la mejor cirujana, he reproducido en ellos cada pliegue, arruga o lunar. Ha sido arduo, pero están más que preparados. Incluso saben hablar como ellos y, si mueren, no ocurrirá nada. Certificarán su muerte y listo. Y si se dan cuenta por algún motivo del cambiazo, poco importará, porque Benedikt y Sandra tendrán nuevo rostro. El personal de la cárcel ya está lo suficientemente untado como para no hablar, el plan es perfecto.

—Me pones muy cachondo cuando hablas así, tan segura. —La inteligencia femenina siempre me había excitado.

—Sí, es una de mis mejores virtudes. —Se arrodilló entre mis piernas—. Quiero mi premio.

Separó los labios para que le follara la boca con brusquedad. Cerré los ojos y me ensarté de un solo empujón imaginando que era la boca de Yolanda, y no la suya, la que me envolvía.

A ella también la había follado así y de todas las formas imaginables. Estallé en un orgasmo brutal que inundó de semen su garganta, llenándola del mismo modo que hice con Yolanda.

Capítulo 9



—Perdona que te lo diga, hermano, pero tu tercera pierna no tiene buena pinta. —Era César el que otra vez metía la nariz donde no lo llamaban. Finalmente, el domingo habíamos decidido ir a un restaurante con toda la familia y allegados a celebrar el cumpleaños de Candela. Y eso incluyó a Esmeralda, La Vane, Borja y Lorena, que no dejaba de mirar a César como si fuera el nuevo amor de su vida. Estaba en un urinario que parecía haberse convertido en el nuevo lugar de confesiones con mi hermano.

—¿Es que tanto te gusta que no puedes apartar los ojos de ella?

Él ladeó una sonrisa.

—Ya sabes que desde pequeño sentí una profunda admiración por su grandeza, aunque cuando la mía se equiparó, dejé de compararlas. Fíjate bien, la mía es más bonita, si incluso parece que sonría.

Resoplé con fuerza.

—No estoy ahora mismo para admirar la belleza de tu nabo.

—Lógico, porque saldrías perdiendo. En otra época te lo habría cambiado, pero ahora mismo no lo haría aunque me suplicaras. Parece un chorizo de pueblo. —Razón no le faltaba. Estaba roja, hinchada y me dolía a mares—. Sé qué harás lo que te nazca del manubrio, pero yo de ti iría al médico antes de que se te convierta en morcilla y te la tengan que amputar.

—No seas idiota, no van a amputarme nada —escupí con fastidio.

—¿Se puede saber por qué la tienes así? Igual la morena tenía la rabia. Un mordisco ahí puede ser muy perjudicial.

—¡No me ha mordido nadie! Más querría que se tratara de eso —mascullé.

Y él soltó una carcajada.

—Pues entonces peor me lo pones, igual la tienes así por falta de uso. Se te habrá atascado alguna tubería, podrías llamar a alguna fontanera.

—O dejas de decir gilipolleces o te hincho a collejas. —Volví a mirar mi polla antes de guardarla en los calzoncillos. El simple roce hacía que viera las estrellas, y no del gusto precisamente. También me notaba algo caliente, no de un modo sexual, sino como si tuviera unas décimas de fiebre. Parecía padecer algún tipo de infección, igual por la jaula o por el aceite, o vete a saber. A la pobre le había pasado de todo en dos días. O igual César tenía razón y se me había atascado la tubería.

—Ahora hablando en serio, ¿por qué no vas a urgencias? Tienen que mirarte eso, es una zona muy delicada.

—Claro, y le digo «por favor, pueden mirarme el pito que parece un bote de tomate frito».

—¡Cuate, aquí hay tomate! —exclamó y entonces sí que le metí en el cuello—¡Auch! —se quejó riendo—. Si no quieres ir al médico, por lo menos enséñaselo a mamá. Ella sabrá qué hacer.

—Lo que me faltaba, que con treinta y un años le plante esto en la cara.

—Igual crees que se asusta, nos lo ha visto y tocado a todos, ¿sabes? —César fue al lavamanos.

—Pero eso es distinto, éramos pequeños.

Mi hermano me miró a través del espejo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Por la manera en la que te mueves y las caras que pones, te duele que te cagas, y eso no es normal. Incluso estás sudando. —Me puso la mano en la frente—. ¿Lo ves?, estás ardiendo. Ahora mismo te acompaño al hospital.

—¿Y dejar la celebración de mi hija? ¡Ni muerto!

—Pero si ya ha soplado las velas y estamos con los cafés. Además, parece que se lleva muy bien con tu nueva «no novia», ya sabes, la que te mete pelos en el rabo sin mamártela. —Lo miré con advertencia—. No creo que les importe que te acompañe un rato, podemos decirles que no te encuentras bien. No hace falta explicar cuál es la zona afectada.

Solté el aire sabiendo que tenía razón, que era mejor ir a urgencias antes de que la cosa empeorara...

—Vale, está bien, vamos. Pero ¿y Lorena?

Él chasqueó la lengua.

—Por ella, no te preocupes. Le digo que después quedamos y le pego dos o tres polvos que le

hagan recorrer la geografía española y santas pascuas. Con lo modosita que parece, tendrías que verla en la cama... —Se puso a hacer gestos inmorales moviendo la pelvis desatado.

—No necesito detalles, me basta con saber que no le vas a hacer daño.

—¿Daño? Eso no es lo que quiero hacerle. Que sea un capullo con vosotros no quiere decir que lo sea con las tías. De momento, me gusta y no me planteo más, pero tranquilo, es una chica de puta madre. Dure lo que dure, lo haré bien.

Salimos del baño y, tras la preocupación inicial de mi madre y de Esme sobre mi motivo para acudir a urgencias, me marché al hospital con César.

Nada más entrar, nos dimos cuenta de que íbamos a esperar durante horas.

—Larguémonos, esto está a tope. Ya iré mañana al CAP^[8] a que me la mire mi médico de cabecera, paso de perder el tiempo aquí.

—Shhhhh, quieto —me detuvo—. Déjale al maestro... —Mi hermano se arremangó y empezó a gritar—: ¡Por favor! ¡Por Favor! ¡Ayuda! ¡Un médico! ¡A mi hermano se le va a caer la polla a cachos! ¡Alguien que lo atienda! ¡Está muy mal!

La gente me miraba y yo no pude más que ponerme rojo guinda, cogirme la entrepierna con las manos y ocultar mi rostro hacia el suelo, advirtiéndole a César entre dientes que iba a matarlo.

Una enfermera salió corriendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Se trata de un accidente?

—Sí, señorita, uno muy grave y gordo. No sabemos cómo ha sido, solo que la tiene como un chorizo y está cerca de reventar. Si le hace esperar, igual se queda sin carnet de padre y usted contribuye a que este pobre hombre no pueda dejar descendencia. Además, es abogado. La podría denunciar por homicidio involuntario. Es caso de vida o muerte. ¡Le va a estallar!

No sé si fue su alegato o el guiño final que le profirió a la enfermera, que parecía incrédula ante sus palabras, pero el caso es que en un santiamén estaba en boxes con un médico haciéndome miles de preguntas, pidiéndome que me bajara los pantalones y agarrando mi maltrecho miembro entre sus guantes de goma.

A cada roce, me sentía al borde del desmayo. Me preguntó por mis relaciones sexuales y si había ocurrido algo fuera de lo común. Cualquier cosa, por nimia que pareciera, debía contársela.

Le relaté de pe a pa todo el fin de semana y vi cómo aguantaba la risa en dos ocasiones. Cuando le solté lo del pelo y lo de la jaula de oro, la cara de la enfermera era un poema.

—¿Cree que puede tratarse del aparato ese de castidad o del aceite que me eché?

Él médico trató de mantener la compostura.

—No creo, tampoco estuvo demasiadas horas y el aceite de oliva no tiene porqué causar esa reacción. Tumbese. Más bien sospecho del pelo, igual se le quedó un trozo dentro. Cuando se saca con las manos, hay riesgo de que se parta y quede una parte clavada. Déjeme ver. —Juro que nunca me había sentido más incómodo—. Flavia, acércame una luz —le pidió el doctor a su ayudante.

La enfermera se la tendió y yo miré hacia un lado cuando vi el rostro femenino agacharse junto al del médico para observar mi miembro de cerca.

—Apunte en el agujero, doctor, creo que ahí dentro he visto algo.

Él dirigió la luz hacia el lugar indicado y vi a Flavia frunciendo el ceño y acercando unas pinzas.

—¿Qué piensa hacer con eso? —inquirí nervioso.

—Las sospechas del doctor eran ciertas. Ahí hay un trozo de pelo clavado que le está causando el dolor y la infección. No se preocupe, soy experta en pelos enquistados, tengo un máster en depilación de pelo y piernas, más de veinte años depilándome me avalan. Sé manejar las pinzas con total precisión, aunque le advierto que le va a doler. Estese quieto.

—¿Y no me puede anestesiar?

Ella negó con una sonrisita sanguinaria.

—Después de meterla en una celda de castidad, esto será un cosquilleo. Sea valiente, señor Estrella.

Creo que no dejé un santo vivo. Maldije a los calzoncillos, a Esmeralda y me juré no volver a ponerme nada que se hubiera puesto ella.

—Listo, aquí tenemos al culpable. —Me mostró a contraluz un trocito de cabello negro que no debía llegar a los tres milímetros de longitud—. Yo no soy médico, pero le recomendaría que, si quiere a esa mujer en su vida, le haga un moño antes de mantener relaciones con ella. Tiene el pelo tan duro que parece hilo de pescar, podría enrollarsele en el cuello y estrangularlo mientras duerme —dijo tocándolo con el guante puesto.

El médico aguantó estoicamente la carcajada que se le había formado en los ojos y la disimuló tosiendo.

—Lo tendré en cuenta, gracias por la advertencia —fue lo único que se me ocurrió decir.

El médico retomó la palabra.

—Le daré una pomada antiséptica y le recetaré antibiótico. Deberá tomar un sobre cada ocho horas hasta terminar la caja y nada de relaciones sexuales hasta ese momento. Si el dolor va a más, supura pus, huele mal o se le pone negra, acuda rápidamente al hospital; si no, pasado el tratamiento, vaya a su médico de cabecera para revisar que todo esté en orden. Y hágale caso a la

enfermera, sugiérale un moño.

Casi me mareo ante las posibilidades que me ofrecía, esperaba que nada de aquello sucediera.

—Muchas gracias de nuevo, doctor.

—No me las dé, es mi trabajo. Cuídese y haga caso a mis recomendaciones. En una semana, debería estar recuperado al cien por cien.

Asentí y salí, llevándome las recetas y el informe conmigo.

César paró en la farmacia de guardia para que pudiera comprar lo recetado por el médico y me acompañó a casa.

—Te debo una —le dije por la ventanilla con los dos pies en el suelo.

—Me conformaré con que te tires a la morena y le pongas mi nombre si es niño.

—Entre ella y yo no hay nada.

Él puso los ojos en blanco.

—No sé si pretendes engañarme a mí o a ti mismo, pero sabes que terminarás entre sus piernas. Te gusta mucho y, por las miradas que te echaba durante la comida, diría que es recíproco. Ya sabes que el experto en mujeres soy yo, así que tú verás lo que haces. Yo lo tendría muy claro.

—Lo que tengo muy claro es que por el momento necesito reposo y seguir el tratamiento.

—Puedes pedirle que te ayude con la cremita, te la unte en la puntita y te la cure con su salivita. Dicen que va bien para todo.

Di una palmada en la carrocería del coche.

—Anda, lárgate ya y disfruta con Lorena. Deja el pabellón de los Estrella bien alto, ya que yo no puedo hacerlo.

Él sonrió con petulancia.

—De eso no tengas duda, le voy a hacer acariciar el cielo hasta con los dedos de los pies del vecino. Nos vemos, hermanito.

—Nos vemos, y gracias.

Unió los dedos para saludarme cual militar experimentado y arrancó.

Cuando quería, mi hermano era de lo mejor. Lástima que eso no ocurriera demasiadas veces.

Candela y Esme estaban la mar de entretenidas. Mi huésped aceptó encantada compartir cama

con mi hija durante su estancia en el piso, y eso que le ofrecí mi habitación a Candela para dormir yo en el sofá. Pero tras recibir la invitación de su ídolo, era imposible que aceptara el cambio. Total, iba a ser solo una noche.

Las dos estaban tumbadas en la cama haciéndose *selfies* y poniendo morritos.

Esmeralda levantó la cabeza al verme aparecer.

—¿Qué te ha dicho el médico?

Los dos pares de ojos se fijaron en mí.

—Nada, una infección vírica. Tengo que tomar antibiótico y no hacer sobreesfuerzos durante una semana. —Era lo más cercano a la verdad que podía ofrecerles.

—Los médicos todo lo arreglan diciendo que es un virus, no sé ni cómo siguen teniendo trabajo. Con un antibiótico de amplio espectro, parecen solucionarlo todo. Tal vez debieran darlo los políticos para curar al mundo de todas las enfermedades —protestó ofendida.

Igual debería sentirme mosqueado porque la infección me la hubiera provocado su pelo, pero no era el caso. No podía dejar de pensar en lo bonita que estaba. Llevaba un simple vestido en tono salmón que le confería un brillo especial a su piel. Le había dejado uno a mi hija, que se había sentido encantada de llevar algo que le pertenecía, y había terminado regalándoselo en la comida de cumpleaños.

—*¡No lo voy a lavar nunca!* —exclamó Candela haciéndonos reír a todos.

—*Pues ten cuidado, no vayas a parecerte a Isabel la Católica* —bromeó Nani—, *y espantar a todos tus pretendientes debido al mal olor que desprendas.* —*Mi hija enrojeció. Cada vez era más hermosa, miedo me daba cuando el capítulo chicos empezara.*

—¿Por qué no te tumbas con nosotras, papá? Estamos haciéndonos fotos con filtros de recuerdo. Sería de lo más *cool* que te hicieras una con nosotras. Anda, por favor... —Hizo un puchero difícil de resistir, juntando las manos, y me hizo hueco a su lado. Esmeralda dio un ligero cabeceo en señal de invitación y yo no pude resistirme a las dos. ¿Sería la fiebre, que me hacía delirar?

—Está bien, pero no me pongáis orejitas de gatito ni cosas raras de esas. Uno tiene cierta reputación que mantener.

Las dos sonrieron cómplices y me vi enfrascado en una divertida sesión de fotos donde ser un gatito rosa fue el menor de mis problemas.

Candela se marchó de casa cuando sonó el timbre del interfono con la señal que mi ex daba para indicar que era ella: tres pitidos cortos y dos largos.

—¡Ay, no me quiero ir! —protestó mi hija con recelo.

—Vamos, mañana tienes instituto y sabes que en un par de semanas vuelve a tocarte conmigo.

Ella recogió la bolsa y se la colgó en la espalda.

—Pero Esmeralda igual no está, ¿y si ya ha encontrado piso para entonces?

La idea de no tenerla en casa me incomodó. ¿Era posible habituarse a la compañía de alguien en tan poco tiempo?

—Si he encontrado piso, entonces os invitaré a que paséis el finde en él. No sufras, Candela, nuestra amistad es para siempre.

Mi hija le sonrió de oreja a oreja y se abrazó a ella como si no quisiera separarse nunca. El timbre volvió a sonar con insistencia y Candela resopló.

—Ahora le entran las prisas —gruñó separándose de Esme a regañadientes y abrazándome a mí del mismo modo—. Gracias por este fin de semana tan genial, papá. Nunca lo olvidaré.

—De nada, cielo, sabes que haría cualquier cosa por ti. Siempre serás mi pequeña y te adoro, aunque a veces creas lo contrario.

Ella me miró con sus ojos claros brillando contenidos y me besó en la mejilla. Era mucho más de lo que había conseguido en los últimos tiempos. Movié la mano a modo de despedida y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Sentí su pérdida en cuanto desapareció. No me gustaba estar separado de Candela y me planteaba pedir la custodia compartida en cuanto tuviera dinero suficiente como para permitírmelo. Otra cosa era que ella aceptara y ahí sí que dudaba.

—Tienes una hija maravillosa —susurró Esme.

—Es una gran chica, solo que a veces está demasiado influenciada por su madre. Me gustaría pasar más tiempo con ella, aunque por el momento sea imposible.

Ella suspiró.

—Me da cierta envidia. Ella tiene un padre que la ama y no lo aprovecha. Ojalá a mí me hubiera sucedido lo mismo y mi padre fuera como tú.

Su confesión me llegó al alma.

—Uno nunca está conforme con lo que tiene. Para Candela, soy un pesado y el culpable del divorcio, aunque no sea así. Si dejé a mi ex, fue porque la convivencia se volvió insostenible. No podíamos seguir viviendo de ese modo. No hubiera sido bueno para mi hija, ni para nosotros. Ver que el día a día de sus padres era discutir y sin un ápice de amor entre ellos no es plato de buen gusto.

—Te comprendo, supongo que los míos pensaron lo mismo. A veces, los hijos somos tan egoístas que no vemos más allá de nuestras necesidades. Pero me reitero: ojalá mi padre me

hubiera mirado alguna vez o me hubiera tratado con el cariño que tú tratas a Candela. Da gusto veros juntos.

Me sentí expuesto y algo avergonzado, aunque sus palabras me gustaron.

—¿Te apetecen unas palomitas y que veamos una peli? No puedo ser tu padre, pero sí tu compañero de piso. —La fiebre me tenía *KO*, pero una sesión de sofá sí que podía aguantarla. Ella sonrió y entrecerró los ojos.

—Te garantizo que en este momento a mí tampoco me gustaría que fueras mi padre. —La afirmación, dicha con aquel tono ronco, provocó una dureza que no me convenía para nada. Hice un gesto de dolor al sentir mi erección empujando contra la bragueta.

—¿Te encuentras mal? Si quieres acostarte, dejamos la peli para otro día, a mí no me importa.

Traté de relajarme...

—No, tranquila, se me pasará. Ve buscando la que te apetezca, que yo voy a por el bol. Nos merecemos una tarde de sofá, palomitas y HBO.

—Netflix —me corrigió.

—La que quieras. Hoy invita la casa.



Gallego estaba esperándome en la notaría. Daba puerta con puerta al bufete de mi padre, así que no era raro que se hubiera personado antes que nosotros.

Nos saludó cordialmente, no obstante, percibí un deje cínico que no me gustó nada cuando le estrechó la mano a Andrés al dirigirse a él como mi abogado.

—Cómo cambian las cosas de un día para otro, ¿verdad? —le preguntó sin apartar la mirada de él.

Gallego era un hombre ambicioso. Según mi padre, un tiburón en los juzgados, y no le gustaba que le hicieran sombra. Tenía treinta y ocho años, aunque parecía que hubiera vivido toda la vida entre juicios.

—Eso parece —contestó seco Andrés—. ¿Entramos? —Extendió la mano para que Gallego y yo pasáramos primero.

El notario nos hizo acceder a la sala de reuniones para proceder a la lectura. Me extrañó no encontrarme a mis abuelos, aunque lo agradecí, no estaba para enfrentamientos.

Tras el saludo inicial, empezó con la lectura.

El bufete se lo cedía a Gallego, que sonrió con autosuficiencia, ya que solo el valor del inmueble superaba cualquier expectativa. Según anotó el notario, mi padre dijo que, como no había mostrado interés en el negocio familiar, prefería cederlo a alguien que sí lo tuviera. No protesté, me daba igual. Como si quería regalar todas y cada una de sus propiedades a la beneficencia.

Otra parte era cedida a mis abuelos y su bienestar para que no les faltara nada, como si no tuvieran suficiente con la fortuna que almacenaban.

Una buena cantidad en metálico más alguna que otra propiedad fue donada a una empresa de investigación científica. No le presté demasiada atención, pues verdaderamente solo tenía ganas de salir de allí. Mi padre era uno de esos hombres que creía en la ciencia y si no hubiera muerto asesinado, estoy convencida de que hubiera optado por la criogenización, como Walt Disney.

Finalmente, el resto me lo entregaba a mí, previa lectura de una carta. Fue entonces cuando el notario le dio voz a Gallego.

—Tu padre me entregó esto hará unos años. Me hizo prometer que sería su custodio y que, si alguna vez le ocurría algo, debía entregártela; así lo hago ahora para que el señor notario dé fe —expresó tendiéndome el sobre—. No quiero que haya duda alguna de que cumplí con mi palabra.

—La dejamos a solas, señorita Martínez.

El notario, Gallego e incluso Andrés se levantaron.

—Por favor, quédate —le supliqué a mi abogado tomándolo de la muñeca. No me apetecía quedarme sola, lo necesitaba conmigo. Él asintió y volvió a ocupar su lugar.

Cuando la puerta se cerró, lo miré algo atemorizada.

—¿Por qué crees que quiso escribirme una carta?

—Tal vez se trata de una disculpa o su última voluntad. No es tan extraño que alguien deje un escrito póstumo.

Tragué con dificultad. Seguramente era cierto, pero a mí me costaba leer un documento de él ahora mismo.

—¿Te importa si te pido que me la leas tú?

—¿Segura? —Sus cejas se alzaron interrogantes—. A veces, en estas cartas se dicen cosas privadas. Tal vez no te apetezca compartirlas conmigo.

—No tengo secretos para ti —afirmé con rotundidad—. Adelante, hazlo.

Sacó el papel y procedió a la lectura.

Querida Esmeralda:

Deja que te llame así por última vez, ya que si estás leyendo esto, significará que he muerto.

Si me decidí a escribirte esta carta, es porque tu madre no está aquí para darte la explicación que mereces y no creo que sea justo que nadie te diga la verdad. No confío en que mi padre te lo cuente de la mejor manera debido a su enfermedad y a su peculiar falta de tacto, así que me he decidido a hacerlo así, de mi puño y letra.

Puede que al final de la misma me taches de cobarde, no lo sé, pero por ahora es el mejor modo que he encontrado para explicarte esto.

Sé que tu madre te dijo que ella y yo nos separamos debido a mi trabajo, a que se sentía sola, y en parte fue verdad. Supongo que por eso hizo lo que hizo y yo terminé escribiendo esta carta, aunque ella siempre ignoró que yo sabía su secreto.

Un año antes de tu sexto cumpleaños, le insistí a tu madre para que te diéramos un hermanito o hermanita. Yo había sido hijo único y no quería eso para ti.

Tras meses infructuosos de intentos, decidimos ir a una clínica para realizarnos un chequeo que descartara que hubiera algo fuera de lugar.

Tu madre estaba perfectamente sana, pero al parecer yo no.

El médico, en su consulta privada, me dijo que en mi historial clínico aparecía que de bebé sufrí criptorquidia. Me intervinieron quirúrgicamente para reestablecer la migración testicular y aumentar las posibilidades de fertilidad, pero estas eran prácticamente nulas. En aquel momento, di gracias a Dios porque hubiera obrado el milagro contigo, pero mi parte de «macho alfa» protestó ante el médico diciéndole que si te teníamos a ti, podría ocurrir de nuevo. Él, con muy poco tacto, me preguntó si estaba seguro de que eras hija mía.

Me marché de aquella consulta indignado, amenazando al médico con denunciarlo por injurias y calumnias. No le dije nada a tu madre pensando en evitarle el mal trago y decidí visitar a otro médico, el cual me hizo un análisis que determinó mi incapacidad para producir esperma.

La semilla de aquel hombre sembró la duda en mi interior. Dejamos pasar unos meses y yo seguía con aquella idea dándome vueltas en la cabeza casi de un modo enfermizo.

Así que, un buen día, decidí dar luz a las sombras que me ahogaban. Te llevé conmigo, sin que tu madre lo supiera, a una clínica donde me ayudarían a eliminar esa tontería de la cabeza mediante una prueba de ADN.

Cuando me dieron los resultados, no podía creerlo. Te los adjunto en una segunda hoja por si dudas de mi palabra, pero el resultado era más que evidente. No eras hija mía, ni lo eres ni lo eres.

Andrés hizo un parón para mirarme, notaba que me faltaba el aire.

—¿Quieres un poco de agua?

Moví la cabeza afirmativamente. Él dejó el documento sobre la mesa y me la sirvió.

Cogí la segunda hoja, donde aparecían nuestros nombres y el resultado de la prueba que determinaba que don Pedro Martínez no era mi padre. «Mamá, ¡qué hiciste!», le reproché mentalmente, a sabiendas de que jamás me contestaría ni el que creía mi padre, tampoco.

Andrés me dio el vaso y noté aliviada cómo el fresco líquido invadía mi garganta.

—¿Mejor? —Me dio un ligero apretón en el hombro que agradecí—. Si lo prefieres, puedes leerla a solas.

—No, por favor, no me dejes ahora. Necesito a alguien en quien confíe conmigo.

—¿Y ese alguien soy yo? —Parecía algo incrédulo.

—Ya te perdoné, ¿recuerdas? Quedamos en tablas, así que a tu pregunta sí, confío en ti.

Vi aceptación en sus ojos chocolate. Se acomodó de nuevo, desabrochándose los botones de la americana, y prosiguió con el resto de la carta tras aclararse la garganta.

Sé que ahora mismo te sentirás desconcertada, igual de confusa que yo en su momento. Tuve ganas de acabar con todo, de lanzar mi matrimonio por la borda nada más salir de la consulta. ¿Cómo Yolanda podía haberme hecho algo así? Pero entonces, allí estabas, en la sala de espera custodiada por una enfermera, mirándome con aquellos ojos como la hierba en primavera y me preguntaste que si por fin te iba a llevar a tomar el helado que te había prometido. Traté de buscar odio, reproches, miles de sentimientos que me empujaran a decirte que no, que no eras mi hija y que no pensaba llevarte a ninguna parte, pero no pude, porque en el fondo sentía que lo eras.

Durante casi seis años, te había criado, amado y educado como tal; aunque tú no lo percibieras. Sé que mi forma de querer nunca fue suficiente para vosotras, pero era la que tenía. Nunca regulé las emociones como una persona normal. Me detectaron principio de Asperger, aunque siempre traté de obviarlo; pero está claro que no percibía las emociones ni las transmitía igual que el resto, por mucho que me empeñara. ¿Por qué nunca os lo dije? Pues, al principio, porque ni yo mismo lo sabía y, después, vi innecesario dar explicaciones. Si me queríais así, ¿para qué iba a admitir que tenía una tara?

Me planteé llegar a casa y divorciarme, decirle a tu madre todo lo que pensaba de ella, pero cuando crucé el umbral y la vi, con su sonrisa plena y aquellos ojos tan idénticos a los tuyos, no pude hacerlo.

La amaba a mi manera. Tal vez no del modo que sale en las películas, pero para mí no existía otra mujer que no fuera ella. Así que acallé mi orgullo herido, no revelé nada y seguí con nuestra relación hasta que ella no aguantó más y quiso ponerle fin.

Nunca supe si Yolanda fue consciente de que eras fruto de otro que no fuera yo. No dejamos de mantener relaciones en los años que duró nuestro matrimonio, así que tal vez se trató de un maravilloso error que me regaló la hija que yo jamás podría tener.

No sé si lo vio después de quedarse embarazada o si mantuvieron el contacto, tal vez ahora puedas atar cabos y, si quieres, averiguar quién es tu verdadero padre.

Puede que no fuera el padre que soñaste, igual que tampoco fui el marido que ella deseó, pero en el fondo siempre quise lo mejor para ambas y es por ello por lo que no te quité mi apellido, que mantuve el contacto tras el divorcio y que te acogí en casa cuando Yolanda falleció, aunque no nos uniera la sangre.

Eras tan víctima como yo, no podía culparte de la imprudencia de tu madre. Intenté hacerte una mujer de bien, darte unos valores, pero tú siempre tuviste su espíritu rebelde, aquel que me enamoró como un tonto de ella.

Sé que traté de cambiarte y que seguramente habré muerto tratando de hacerlo, pero solo ha sido por tu bien, nunca hubo maldad en ello.

Después de que hayas leído esta carta, ya podré marcharme en paz. No quiero que pienses que la escribí desde el rencor, porque no sería cierto. Siempre te quise y creí justo que supieras la verdad cuando ya no pudiera ejercer como yo me sentía, como tu único padre.

Te quiero, hija, y espero que algún día alcances la felicidad que nosotros no pudimos tener. Persigue tus sueños y no vivas los míos, sería un error que lo hicieras.

Si le he legado el bufete a Gallego, es porque si en algún momento hubiera intuido que querías ese futuro, no dudes que habría cambiado el testamento para cedértelo, al igual que el pie de esta carta; pero si ha llegado íntegra a ti, es porque me he dado cuenta de que así jamás serías feliz.

Elije tu camino y busca un hombre que te ame como mereces.

Tu padre,

Pedro Martínez Ceballos

Las lágrimas corrían por mi rostro, el dolor se abría paso como un ciclón difícil de controlar. Todas las emociones que había estado conteniendo durante días acababan de desbordarse por completo.

Sentí su sufrimiento, su tragedia personal, el calvario de todos aquellos años sumido en el más absoluto silencio y fue como si de repente prendieran la luz de una habitación que siempre había permanecido a oscuras.

¡No era su hija! ¿Cómo no me lo había planteado nunca?

Unos fuertes brazos me envolvieron por completo y yo me agarré a ellos como un náufrago a un madero. Lloré y lloré, deshecha. Por él, por mí, por aquel secreto que tanto daño nos hizo, por mi madre, por no tenerla allí para pedirle explicaciones, por no haber parado, reflexionado y haberme dado cuenta de que algo no encajaba.

Era más fácil culparlo y vivir en la ignorancia todo este tiempo.

Andrés me acunaba y percibí cómo me levantaba en volandas para sentarme sobre él.

No le importó que lloriqueara contra su cuello y le empapara la camisa. Se mantuvo allí, sereno, dándome el consuelo que tanto necesitaba, acariciándome la espalda en un ritmo lento que trataba de ofrecerme la calma que no parecía llegar nunca.

Sorbí por la nariz y me ofreció un pañuelo. Tras sonarme, levanté los ojos hacia los suyos, buscando el ancla que me ofrecía. Creo que percibió mi súplica, pues tras apretar los ojos, su rostro descendió sobre el mío para darme el beso que tanto ansiaba.

Mis labios cubiertos de lágrimas fueron embebidos por los suyos. Fue suave, dulce y muy cuidadoso. Con el pulgar, empujó mi barbilla hacia abajo, instándome a que los separara. Su lengua acarició tímidamente la mía, que salió a su encuentro necesitada.

Besaba tan bien, sabía tan bien, que perdí la noción del tiempo.

El beso fue cambiando de intensidad, acrecentado por el deseo que crepitaba entre los dos, y gemí en su boca. En aquel contacto no solo se estaban cruzando nuestros labios, se estaban acariciando nuestras almas, dándose el mutuo consuelo que necesitaban. Porque un beso perfecto surge en el momento que menos te lo esperas con la persona que jamás hubieras imaginado.

Nos despegamos resollantes, con los labios enrojecidos y la duda sembrada en las miradas.

—¿Mejor? —fue lo único que me preguntó.

—Algo mejor —admití sabiendo que un solo beso no era suficiente—. Llévame a casa, por favor. Lo necesito.

—¿A la tuya?

Negué intuyendo por vez primera que, me gustara o no, él era mi casa.

—A la nuestra.

No añadió nada. No estaba segura de si era o no una buena señal, pero el caso es que se limitó a ayudarme a que me incorporara.

Nos despedimos del notario y de Gallego tras firmar los documentos pertinentes para la aceptación de la herencia y pusimos rumbo hacia mi nueva vida.

Capítulo 10



No voy a negar que, por un momento, tuve la esperanza de que entre Andrés y yo ocurriera algo más allá de ese beso. Y mentiría si no dijera que, tras cruzar el umbral del piso, le comí la boca como si no hubiera un mañana.

Pero terminó apartándome y diciéndome que no era el momento, que yo había sufrido un gran *shock* y lo que ahora me convenía era descansar y decidir si quería averiguar quién era mi verdadero padre.

Mi libido se enfrió como si acabara de pasar una gran ola de frío polar. A veces me hacía dudar de si verdaderamente le gustaba o lo que le ponía era jugar conmigo al gato y al ratón.

En definitiva, que salió huyendo, argumentando que debía quedar con nuestro investigador para contarle el vuelco que habían dado las cosas. Igual mi verdadero padre era el causante de la muerte del falso... Solo pensar en esa teoría me entran los sudores por todo el cuerpo.

Entré en mi cuenta de Instagram para saludar a todo el mundo tras haber subido la foto del día con mi atuendo para ir al notario.

Mis *followers* no tardaron nada en alabar el mono marfil que había elegido, mientras que mis *haters* criticaban que hubiera subido aquella foto en un momento como ese. Un mensaje me llamó especialmente la atención.

«Hay que ser muy puta para hacer lo que has hecho».

No reconocía el perfil, de hecho, parecía una seguidora nueva. Decidí eliminarla y listo. A otra cosa, mariposa. No entendía a esa gente que tenía como objetivo meterse en la vida de los demás. Si no te gusta, no me sigas, pero no des por culo.

Puede que mis tetas no fueran excesivamente grandes, pero tenía unos ovarios enormes y no me importaba enseñar los dientes para poner a alguien en su sitio si era necesario.

Pero con *trolls* así, bastaba un clic para erradicarlos y que dejaran de incordiar. Por lo menos por delante, porque lo peor de esas personas era que no tenían vida propia y se alimentaban de las desgracias ajenas. Eran una plaga difícil de erradicar y no bastaba con ignorarla. Hasta que el asesinato virtual estuviera tipificado, me dedicaba a eliminarlas de mis cuentas y listo. Muerto el perro, se acabó la rabia. Por lo menos, en mis páginas.

Llamé a mis amigas para salir a tomar algo, necesitaba un día de chicas con urgencia.

Por suerte, las dos corrieron a hacer hueco en cuanto les dije que las necesitaba y a organizar un plan durante nuestra videollamada a tres.

—¿Pido hora en el salón de David? Dicen que ha abierto una nueva zona de *spa* que es brutal. Podemos pedir algo de picar allí mismo y un masaje para tres —sugirió La Vane agitando las cejas.

—¿Crees que tendrá hora? Siempre está muy lleno —inquirí sin estar segura de que lo que realmente no me convenía era que un tío encendiera todavía más mis motores.

—Fijo que nos hace hueco si después subes un *post* en Insta dándole publi al lugar.

—Ohhh, sí, las manos de los chicos de David son únicas —sollozó Lorena acariciándose la nuca.

—Tú calla, perra, que con la matraca que te está dando César, vas más rellena que un pavo de Navidad —espetó mi amiga provocando la risita de Lorena. Me moría de envidia de que ella estuviera *chuscando* como una coneja y yo lamentándome por los rincones.

—Pues qué suerte, hija, a mí me ha tocado el hermano casto. Estoy entre hacerme monja a ver si me levanta el hábito o tirarme al primero que pase por el confesionario.

Las dos se echaron a reír.

—A ver cómo justificaría ese tocado después de haber llevado el collar de esclava. —Vanessa miraba fijamente a la pantalla con la interrogación dibujada en el rostro.

—Siempre puedo decir que el *look* Madonna en *Like a Prayer* ha vuelto. El pasado siempre vuelve —argumenté.

—Mejor pide un masaje especial de los del salón, seguro que te ayuda a liberar tensiones innecesarias, ya que en la fiesta de la otra noche terminaste huyendo sin participar.

Y yo que pensaba que mi amiga no se había enterado de nada.

—Soy una idiota. Lo curioso del caso es que solo me apetece culminar con él. Sé que es de locos, pero me pone mucho ese estirado.

Lorena volvió a echarse a reír.

—Pues como se parezca a César en la cama, no querrás volver a probar otro. Menuda

diferencia con Rafa —suspiró—. Me deja con las piernas temblando cada vez que nos vemos. ¿Os podéis creer que no sabía que era multiorgásmica hasta que di con él? Eso sí que es un buen trabajo en cadena. —Se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

—Eso, tú mete el dedo en la llaga y a las demás que nos den —arremetí.

—Habla por ti, que yo voy muy bien servida con Borja y mis amigos... Aquí la única que está en sequía de las tres eres tú.

—Pues como estoy de sequía, mejor me refresco con un buen *old fashioned* en mano. Necesito algo de alcohol para contaros lo que me ha ocurrido hoy en el notario.

—Pues no nos enrollemos más. Llamo ahora mismo y que nos hagan hueco. Tenemos demasiadas cosas de las que hablar —analizó La Vane. Las tres asentimos y colgamos esperando que David obrara el milagro y encontrara un agujero por el que colarnos.

Me tumbé en la cama para hacer tiempo. Le di mil vueltas a la carta de mi padre, incluso la saqué del bolso y la releí dos o tres veces desesperada por encontrar alguna pista a la que agarrarme.

No recordaba a mi madre viéndose con nadie en Jaén, así que, si ocurrió, debió ser en Barcelona. Ella no volvió a estar con otro hombre que no fuera mi padre, lo que me hizo pensar que tal vez se tratara de un desliz puntual.

Con ambos muertos, poco podía hacer para preguntarles y no conocía a sus amigos de aquella época... ¿O sí?

Una lucecita se encendió en mi cabeza a la par que el móvil se ponía a vibrar.

Era La Vane. Moviendo hilos, lo máximo que había conseguido era cita para el miércoles. Respondí que la cogiera, que me habían surgido cosas y que no se preocuparan por mí, que ya les contaría.

Sabía dónde tenía que ir, solo esperaba que él pudiera despejarme alguna incógnita.

Llamé a un taxi y le di la dirección de la casa del viernes. Si alguien podía dar algo de luz al pasado de mis padres, ese era Luka.

En cuanto llegué a la casa, uno de los jóvenes que nos había abierto la puerta la noche del sábado me hizo entrar y pasar al salón. Era guapo, algo joven y bastante reservado, y no mostró interés en mí. ¿Estaría perdiendo el atractivo?

Qué distinto se veía todo sin ese montón de cuerpos besándose y tocándose por todas partes.

Una intensa melodía llegó a mis oídos, parecía que alguien estuviera lamentándose al piano. La identifiqué como la *Sonata Claro de Luna* de Beethoven. Mi padre era un apasionado de la música clásica, eso por lo menos sí que consiguió inculcármelo. Atraída por la fuerza y la melancolía de las notas, caminé hacia su procedencia. Una puerta lateral estaba semiabierta, no

pensé en si estaba bien o mal interrumpir a la persona que interpretaba aquella pieza con total precisión.

Luka estaba sentado al frente de un impresionante piano negro de cola con una impoluta camisa blanca arremangada sobre sus fuertes antebrazos, con los ojos cerrados y acariciando las teclas con tanta pasión que era difícil no perderse en la danza de los dedos sobre el marfil.

El chico que me abrió la puerta estaba de pie, inmóvil, supuse que aguardando a que terminara la pieza para no molestarlo. Me sentí una intrusa, alguien que no ha sido invitada a compartir la intimidad del momento. Era como ver desnudar un alma a través de las notas, sentir la soledad y la desesperación que transmitía con fluidez.

Me conmovió anudando mi pecho de un modo difícil de explicar y cuando la última nota cayó y sus ojos se encontraron con los míos, sentí un pellizco en el estómago y una conexión inmediata que me hizo tambalearme.

Sus labios se curvaron en una sonrisa afable, aunque melancólica, que me dio ganas de salir huyendo, de correr y no detenerme hasta estar a salvo. Pero ¿de qué? ¿De quién?

—Disculpe, señor Petrov, tiene una visita. —El muchacho era quien hablaba.

—Lo he visto, Adán. Puedes retirarte y traer un *old fashioned* y un vodka, los tomaremos en el salón.

—Sí, señor. —El muchacho se retiró y vino hacia mí sin inmutarse o llamarme la atención por no esperar en lugar de seguirlo.

Luka se levantó con elegancia felina. Ahora ya conocía algo más de él, su apellido, Petrov. Lo paladeé al ritmo de la suela impactando contra el mármol. Sonaba bien, igual que él, fuerte, distinguido, oscuro, *sexy*. Tenía un misterio innato que te hacía desear saber más, descubrir qué cosas ocultaba el ruso.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, admiré el pantalón de pinzas oscuro y los zapatos italianos que culminaban un *look* perfecto.

—¿He pasado el examen, *sládkaya*? —preguntó tomando mi mano y besándola en el dorso.

—¿Disculpe?

—Por su mirada, pensaba que estaba evaluando mi atuendo. Como es la *influencer* del año —observó dando una vuelta sobre sí mismo—. ¿Paso la prueba de estilo?

—Con nota —precisé ofreciéndole una sonrisa amable—. Veo que ha hecho los deberes y ha buscado información sobre mí.

Esta vez el que sonrió fue él.

—Suelo hacerlo con las cosas que me interesan.

Agaché sutilmente la cabeza complacida porque un hombre como él sintiera interés en mí cuando estaba claro que podría tener a cualquier chica a su alcance.

—Toca muy bien el piano, ¿es concertista?

Él soltó una sonora carcajada.

—No, solo un burdo aficionado.

—No creo que tachar de burda su interpretación de *Claro de Luna* sea correcta. La ejecutó con una precisión y un alma difíciles de ignorar.

Sus ojos oscuros se intensificaron tanto que los sentí atravesarme.

—Créame, señorita Martínez, si de algo carezco precisamente, es de alma.

—Pues nadie lo diría viéndole tocar de ese modo. ¿Qué ocurrió con ella?

Adán regresó con las bebidas.

—¿Con ella? —repitió como si lo hubiera descolocado.

—¿Con su alma?

Pareció relajarse. ¿Habría interpretado otra pregunta?

—Se la vendí al diablo hace milenios —contraatacó.

—Pues deberá pasarme la marca de su crema antiarrugas. Mis *followers* matarían por tener esa piel y lucir tan atractivas con tanta edad.

Me ofreció la copa y le di un trago gustosa.

—¿Le parezco atractivo? —Su voz se volvió algo ronca—. Si podría ser su padre... —Me atraganté con la observación y él, con rapidez, se colocó a mi espalda para tratar de que se me pasara—. ¿Está bien, *sládkaya*? ¿Demasiado fuerte, tal vez?

—No, estaba perfecto. He sido yo, se me ha ido por el otro lado, no he calculado bien.

—Vayamos al salón, estaremos mucho más cómodos. Así puede contarme a qué debo tan agradable visita.

Caminamos cerca. Igual debería sentirme incómoda, estaba sola en casa de un desconocido, un tipo que organizaba orgías, pero no era así. Tal vez fuera el respeto que me mostró cuando yo estaba desnuda y él vestido, o no sé cómo explicarlo, solo que no me sentía mal o en peligro.

Me acomodé en el mullido sofá y él se sentó en la butaca de delante. La casa cambiaba a la luz del día, las cuantiosas obras de arte se hacían muy presentes. Para algunos, quizás podía incluso

resultar opulento u ostentoso, pero a mí me parecía muy él.

—¿Coleccionista?

Asintió.

—Me encanta el arte y todo lo que tenga que ver con él: música, escultura, pintura, arquitectura. Soy un hedonista.

—A mí también me gusta mucho la belleza.

—Brindemos por ello entonces, por las cosas hermosas que están a nuestro alcance.

Alzamos la copa y el coctel me calentó por dentro.

—Y bien, ¿qué la trae por aquí, señorita Martínez?

—Esmeralda, un amigo de mis padres merece llamarme por mi nombre.

Él me dedicó otra sonrisa, no parecía muy dado a ello.

—Pues entonces debemos tutearnos ambos, ¿te parece?

—Me parece. —Lo sentía muy cercano, aunque solo nos conociéramos de unos minutos y él desprendiera aquella imagen tan fría—. Si no te importa que sea directa, venía a preguntarte por tu amistad con mi madre.

No parecía incómodo ante mi admisión, sino más bien curioso.

—Me gusta la gente que no va con rodeos y que sabe lo que quiere. ¿Qué quieres saber?

—En aquella época, ¿ella tenía algún amigo especial, se la veía mucho con alguien o notabas que tuviera un *feeling*, digamooooos, distinto con alguno de los hombres de su círculo que no fuera mi padre?

Él entrecerró la mirada y agitó el líquido transparente dentro de la copa.

—¿Me estás preguntando si tu madre tenía un amante?

Me recliné hacia atrás en el sofá y resoplé.

—Cielos, o soy una pésima investigadora o usted es muy suspicaz, aunque creo que se trata de una mezcla de las dos. Se me dan fatal estas cosas.

—Y entonces, ¿por qué no me preguntas directamente? —apostó con seguridad. Parecía sentirse cómodo con ese juego mientras que yo estaba hecha un flan.

—De acuerdo, reformularé la pregunta. ¿Mi madre le dijo alguna vez que tuviera un amante?

—No, no me lo dijo.

Dejé la copa sobre la mesita de cristal y enterré la cara entre las manos.

—Dios, no lo voy a averiguar nunca. Tú eras mi única esperanza.

—¿Para qué? —inquirió.

Levanté el rostro, era estúpido ocultarlo.

—Para encontrar a mi verdadero padre. —Tal y como lo solté, vi desprenderse el vaso de sus manos hasta el suelo. Por suerte, ya estaba vacío y no se rompió, se limitó a hacer un sonido sordo sobre la mullida alfombra.

—¿Cómo dices? —preguntó sin dirigir una sola mirada al cristal que seguía a sus pies.

—Hoy ha sido la lectura del testamento y mi padre había dejado una carta para mí contándome que no era mi padre, que mi madre debió tener un amante o varios y que estaba seguro de que no era su hija porque él era estéril. Mi padre, o el que creía mi padre hasta esta mañana, lo descubrió años después cuando trató de ir a por el segundo y el médico le reveló que era imposible. Él, en vez de enfadarse, decidió guardar el secreto y no decirnos nada ni a mi madre ni a mí.

Parecía tan sorprendido como yo.

—¿Nunca sospechasteis nada?

—No. Bueno, sí que era muy frío conmigo, pero lo achiqué a la separación, aunque en la carta me di cuenta de que se debía a su principio de Asperger... No sé, es como si verdaderamente nunca lo hubiera conocido. —Él cruzó los dedos y apoyó la barbilla sobre las manos—. Disculpa, no me conoces de nada y te estoy soltando toda mi vida como si tuvieras la solución a mis problemas.

—No te preocupes, yo he preguntado y se me da bien resolver enigmas. ¿Qué día naciste?

Le di la fecha sin entender qué nos podría reportar esa información. Había dicho que no le constaba que mi madre tuviera un amante, así que dudaba que pudiera aclararnos algo ese dato. Se quedó pensativo con la mirada fija en mis pupilas. Que me mirara tan intensamente sí que me ponía nerviosa. Su respiración rítmica se había acelerado un poco.

—¿Te ha venido algún recuerdo a la mente? —Necesitaba romper aquella especie de burbuja que había erigido entorno a nosotros.

—Puede, pero necesito pensar. Hace mucho de todo aquello y la memoria a veces juega malas pasadas.

Me levanté. Seguramente lo estaba incomodando y tendría cosas que hacer.

—Yo también tengo algo de prisa, no pretendí que la visita se alargara —me excusé—. Si recuerdas algo, te ruego que me llames. Siento que necesito dar con él y no sé cómo hacerlo. —

Saqué un bloc de notas que siempre llevaba encima, anoté mi número y lo dejé al lado de la copa. Se mantuvo en silencio hasta que pasé por su lado. Entonces se incorporó.

—Deja que te acompañe a la puerta. —Puso la mano en mi cintura y me guio por el pasillo. Me sacaba una cabeza y media, su figura era imponente. Cuando llegamos, flexionó el cuerpo, me tomó de la nuca y me besó tres veces depositando los labios directamente sobre mi piel, que se ruborizó ante el contacto. Mi pelo se debió enredar en el botón de su camisa porque noté un leve tirón.

—Auch —me quejé llevando la mano a la zona afectada.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Te he hecho daño?

—Tranquilo, se debe haber enredado. Tengo un pelo de lo más díscolo. Gracias por tu ayuda. —Me separé de él.

—Te llamaré si averiguo algo. Hasta pronto, *sládkaya*.

—¿Por qué me llama así? —pregunté antes de salir.

—Así es como llamaba a tu madre. Significa dulce en mi país. —Los ojos le brillaban al pensar en ella.

—Me gusta cómo suena.

—Y a mí.

—Hasta pronto, Luka. —Salí a la calle con la sensación de haber perdido el tiempo. Ojalá no fuera así.



«Rey de reyes, que reina sobre los que reinan».

Petrov

Miré maravillado el rizo negro que refulgía entre mis dedos. ¿Era posible que se hubiera obrado el milagro y tuviera una princesa para mi trono?

Mi rugido retumbó en toda la casa al llamar a Chantal.

—¡Chantal! —grité—. ¡Chantal!

Ella bajó con una bata ligera, precipitándose por las escaleras. Estaba despeinada y con los labios rojos corridos. Desprendía aroma a sexo a cada paso que daba.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

No tenía ganas de hablar, necesitaba saber si mis sospechas eran ciertas.

—Vístete.

Ella hizo un mohín.

—Estaba jugando con Quince.

—Después ya tendrás tiempo de que te coma el coño con avaricia. —No solía ser tan vulgar y ella se sobresaltó.

—Luka, ¿estás bien?

Me mesé el pelo con la mano que tenía libre.

—Necesito que vayamos a una de las clínicas con carácter urgente y que hagan un análisis. De camino, te cuento más.

—Está bien —murmuró sin contradecirme. Sabía que cuando estaba nervioso, era mejor así. Subió a su cuarto con presteza dejando que la bata ondeara sin importarle su desnudez.

Llamé al chófer para que nos preparara el coche y en veinte minutos estábamos en camino. Tardamos una media hora en llegar a una de las clínicas que no habían intervenido.

Chantal parecía casi tan sorprendida como yo al escuchar mi relato.

—Entonces, ¿piensas que la hija de Martínez puede ser tuya? Tal vez su mujer se acostara con otros a la vez que contigo.

La miré con asco.

—Que tú folles con cualquiera no quiere decir que todas sean como tú. —Podría haber resultado una ofensa a oídos de cualquiera, pero Chantal estaba por encima de esas cosas—. Yolanda no se acostaba con nadie más que no fuera yo o su marido. Me costó mucho que claudicara, así que si Esmeralda no era hija de Pedro, solo puede ser hija mía.

—En un rato lo veremos.

Había llevado al laboratorio el cabello que le había arrancado y el mío. Uno de nuestros genetistas estaba analizándolos en aquel preciso instante.

—¿Te pongo un vodka y te hago una mamada para que te relajes? Pareces necesitarlo. —Tal vez tuviera razón, debía templar los nervios. Me desabroché la hebilla del cinturón, había sido duro con ella y no merecía ese trato. Tras servirme la copa, se arrodilló y se metió el miembro en la boca, dejando que evocara la imagen de Yolanda. No duré demasiado, Chantal era espectacular chupándola y no se detuvo hasta que eyaculé sin control en su garganta—. Mmmmmm, has sido rápido, ruso. ¿Tan cachondo te he puesto?

Apuré mi vodka.

—Supongo que tenías razón y lo necesitaba.

Llamaron a la puerta. Chantal se incorporó relamiéndose, a la par que yo guardaba la polla en los pantalones.

—Adelante —di paso.

Era el genetista con los resultados. Me tendió la hoja y la contemplé si dar crédito a lo que allí rezaba. La verdad acababa de estallarme en toda la cara.



Llegaba a casa después de la charla con Michael. Al parecer, los sistemas de vigilancia fueron desconectados, así que no hallaron imágenes de dónde tirar. No fueron borradas porque nunca existieron.

Pero de la semana anterior había logrado sacar un vídeo poco más que escandaloso.

En él, se veía a don Pedro manteniendo relaciones sexuales con una chica embarazada en su despacho. Ella parecía bastante joven, así que me dio bastante repulsión verlos juntos. Sobre todo, porque ella estaba completamente desnuda y expuesta sobre la mesa del despacho, agarrándose los tobillos, mientras él empujaba entre sus piernas y mamaba de sus tetas hasta terminar corriéndose sobre ellas.

La bilis me subió y bajó por la garganta.

Michael creía que podía tratarse de una prostituta, ya que la teoría de la amante despechada y preñada había perdido total credibilidad debido a la carta de la mañana.

Deducimos que igual a don Pedro le ponían las embarazadas porque era justo lo que no podía tener. A mí me revolvió las tripas, pero había muchas parafilias sexuales y una de ellas era follar con embarazadas.

Más allá de eso, no teníamos nada.

Michael trató de tranquilizarme diciendo que iban a abrir otra línea de investigación que girara entorno al bufete. Habían pensado que tal vez se tratara de un cliente insatisfecho.

Le dije que, desde que yo estaba allí, no se había perdido un solo juicio. Excepto uno.

Ambos nos miramos a los ojos, sabiendo que ese era un posible camino a seguir. De algún modo, la sombra de Benedikt planeaba sobre todo aquello de nuevo.

Decidimos que esa sería la nueva línea de investigación. Esperábamos que diera sus frutos, aunque era difícil llegar al maltrecho médico en la cárcel en la que estaba.

Michael me dijo que lo dejara en sus manos, que él daría con la manera de hacerlo. Cuando tuviera noticias, nos pondríamos en contacto.

Había pasado bastantes horas fuera de casa. Después de ver a Michael, pasé por casa de mis padres por si les faltaba algo y terminé ayudando a mi madre a montar un armario. Que mi padre estuviera en silla de ruedas y César fuera un vago no ayudaba. Al llegar al piso, Esmé parecía bastante desmoralizada, así que me propuse levantarle el ánimo, ya que otra cosa no podía hacer.

—¿Qué te parece si salimos a cenar y nos contamos cómo nos ha ido el día a cada uno?

—¿Te encuentras lo suficientemente bien como para salir de casa? —Se levantó del sofá, me agarró la cabeza y puso sus labios sobre mi frente. Cuando se dio por satisfecha, dijo—: Aún parece que tengas unas décimas de fiebre. —Un escalofrío de deseo me barrió por completo—. Mira, si incluso tienes mala cara y tiembles. Será mejor que lo dejemos para otra ocasión que te sientas mejor. Pido unas *pizzas* y listo. Por un día que te saltes la dieta esa que llevas, no va a pasar nada. Dudo que tus ocho abdominales se unifiquen formando uno.

—Está bien, lo que quieras, tú mandas.

Ella sonrió.

—No sabes lo que dices. Podría acostumbrarme a eso, me encanta dar órdenes. —Se giró en busca del móvil y menos mal que lo hizo, porque estuve cerca de decirle que yo ya me estaba acostumbrando y que podía mandarme lo que quisiera. Pero ¿qué me ocurría? Debía ser la fiebre.

La cena fue tranquila. Me puse algo nervioso cuando me contó que había regresado a la casa de la fiesta del viernes, aunque todos mis fantasmas se desvanecieron cuando reconoció que no había hecho nada la otra noche, que solo pretendía darme un escarmiento y que pasó el resto de la velada charlando con el dueño, que había resultado ser un viejo conocido de su madre. Después, estuvo en el bar musical de la esquina poniéndose fina a cócteles. Juro que creí escuchar a mi corazón dar palmas, no por su tendencia a aquella bebida que tanto le gustaba, sino porque no se hubiera acostado con nadie.

Hoy, tras un intento fallido de quedar con las chicas, regresó a la casa en busca de respuestas.

El tal Luka la atendió y le dijo que si recordaba, algo la llamaría. Bueno, algo era algo, esperaba que por lo menos ella tuviera más suerte que Michael y yo.

Mi conversación giró en torno a la investigación de la muerte de don Pedro. La puse al día de los avances de Michael, omitiendo a la prostituta preñada. Había cosas que era mejor eludir. Me limité a explicarle que habíamos encontrado un hilo nuevo del que tirar, lo que me llevó a explicarle la historia de mi hermana con Xánder y el modo en el que estaba relacionada con su padre.

—Me parece repugnante que haya seres capaces de hacer ese tipo de cosas a otros.

—Eso es porque lo es. Nadie debería someter a nadie a realizar cosas que no desea. —Ambos nos fundimos por un momento en una caricia que nunca llegó a producirse, pero que sentimos con la misma intensidad.

—¿Piensas que ese tal Benedikt puede estar detrás de la muerte de mi padre?

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero es el único juicio que perdió y, aunque él esté en la cárcel y su hija también, no descarto que alguno de sus secuaces haya podido perpetrar el homicidio.

—Tiene su lógica.

—¿Sabes si se veía con alguien? ¿Alguna amiga íntima o novia?

Ella negó.

—Nunca trajo ni habló de mujeres en casa. —Traté de que mi expresión fuera neutral—. No sé si se acostaba con mujeres o no, pero si lo hacía, yo no conocí a ninguna.

Lo que imaginaba. Seguramente, la embarazada era una prostituta y aprovecharía un rato que sabía que su hija no iba a estar. Esa línea de investigación no tenía fundamento, así que era mejor descartarla.

Cambié de tema.

—Mientras estuve en casa de mis padres recibí un par de llamadas de posibles clientes. ¿Tú le has dado mi móvil a alguien?

Su sonrisita pícara me alertó.

—Puede que hiciera un *post* hablando sobre las maravillas de tener a Mr. Star como abogado. —Nos habíamos sentado en el sofá tras la cena. Ella estaba muy cerca de mí y pasaba el dedo distraídamente por mi antebrazo despertando los cuatro jinetes del Apocalipsis en mi entrepierna. La piel se me erizó y creo que lo interpretó como una invitación porque lo siguiente que hizo fue reptar sobre mi cuerpo—. Llevo toda la tarde pensando en esto...

Su boca se deslizaba ávida sobre la mía y aquel cuerpo hecho para tentar corcoveaba sobre el

mío sin que pudiera oponer resistencia.

Dios, sentirla era una tortura que deseaba revivir cada día, a cada minuto, a cada segundo.

Me agarró del pelo y tiró hacia atrás con fuerza. Enseguida, separé los labios para gruñir y ella aprovechó para sacar a pasear la lengua a su antojo, acariciándome incluso hasta el velo del paladar.

Me había escurrido y la tenía completamente tumbada encima de mí.

—Quiero un polvo de estrellas, Mr. Star, es mi comisión por la publi. —La mano descendió rápidamente entre nuestros cuerpos para acariciar mi doliente erección. Fue tal el pinchazo que me atravesó, que di un bote sin pensar en las consecuencias que podía tener sobre ella.

Esmeralda salió disparada y aterrizó con el culo en el suelo, cerca estuvo de golpearse la cabeza con la mesilla.

—Lo-lo, siento —tartamudeé incorporándome para ayudarla.

Ella me miró con resquemor y rechazó mi mano.

—Si no querías acostarte conmigo, bastaba con decir que no. A mí me gusta que me hagan volar por los aires, pero de otra manera —protestó levantándose para llevar una mano al trasero. Ante la inverosímil escena, solo se me ocurrió soltar una carcajada que pareció ofenderla—. Eso, encima pitorréate. Ahora va a resultar que al señor abogado lo que le causa gracia es que los demás hagan el ridículo frente a él.

—No es eso. No has hecho el ridículo, mujer. —Traté de volver a mi rictus serio de siempre, pero me fue imposible.

—Ya, ya lo veo. Oye, ¿tienes algo en contra del sexo?

La pregunta me descolocó.

—¿Contra el sexo?

—Sí, ya sabes... ¿Eres de los que no follas hasta el matrimonio o algo así?

—No —admití sin comprender.

—Vale, entonces soy yo la que no te pone. Caso resuelto. —Levantó las manos con gesto resignado.

—¿Quién ha dicho que tú no me gustas? —me quejé.

—Hombre, pues normalmente cuando a un tío le tocas la polla, si te lanza contra el suelo, es para arrancarte la ropa y follarte como un animal en celo, no para partirse el culo de la risa mientras tratas de levantarte. —Me parecía tan graciosa con esos morritos que ponía y la forma de cruzar los brazos tan indignada, que se me escapó otra risa. Ella soltó un grito de exasperación—.

¡Lo ves! ¡En vez de querer arrancarme las bragas, pareces estar viendo a una monologuista del *Club de la Comedia*!

—Es que eres increíblemente divertida —corroboré.

—Pues me alegra mucho que te rías, pero no soy ninguna payasa ni he pretendido serlo contigo.

La cosa se me estaba yendo de las manos, parecía muy enfadada.

—Esmeralda, disculpa, no pretendía reírme de ti.

—Pues lo has hecho y, para tu información, has estropeado lo que podría haber sido un polvo épico. Mi humor y yo nos vamos a otra parte donde no hagamos tanta gracia.

—¿No irás a salir a estas horas?

Ella me miró incrédula.

—Como si te importara... Pero no, no voy a hacerlo, me voy a la cama. Y sola. Tú deberías hacer lo mismo, ya sabes que a ese lugar no pienso entrar.

Tensé una sonrisa.

—De verdad que no quise ofenderte.

—Ya es tarde para eso. Buenas noches, Mr. Star, que te folle un pez espada y te dé muy profundo.

Otra risotada escapó de mi garganta y ella gruñó dando un portazo en respuesta.

Había descartado completamente decirle que tenía una infección en la polla a causa de un pelo suyo y que por ese motivo no podía cumplir, aunque me muriera de ganas. Como tampoco iba a contarle que, cuando estaba con ella, solo sentía ganas de reír como un idiota, porque eso me pondría en evidencia.

Solo podía tratar de mantenerme alejado esos días para estar completamente recuperado. Porque si algo tenía claro, era que ahora sí me apetecía meterme en su cama y viceversa.

Capítulo 11



Si dijera que estaba molesta, era poco para cómo me sentía.

Me puse en evidencia delante de Andrés y este me había rechazado. No me había hecho la cobra, más bien la anaconda. Menudo idiota.

¿A qué tío le sirven un polvo en bandeja de plata y lo rechaza?

Al que roncaba en la habitación de al lado. Bueno, no sé si roncaba o no porque no tenía el gusto de haberlo visto mientras dormía, aunque la imagen de ese cuerpo medio desnudo me acosaba desde el viernes.

Tenía más bultos en el cuerpo que la bragueta de un bailarín y, por lo que había palpado y visto, calzaba el tamaño ideal: grande, gruesa, recta... Di un gruñido y me tapé la cabeza con el cojín por la frustración sexual que sentía.

Podía optar por masturbarme, pero no es que me entusiasmara la idea, prefería que alguien le rindiera pleitesía a mi clítoris antes que hacerlo yo. Debería haberme tirado al muchacho de la fiesta y dejarme de puñetas, o quizás sí que terminaría pidiéndome un completo en el salón de David; aunque sabía que, por mucho que lo intentara, no iba a poder apartar a Andrés de mi cabeza. Me había encoñado. ¡Menudo fastidio! Además, siempre me habían puesto los retos y él se había convertido en uno.

Busqué en el móvil y tecleé en Google el nombre de Luka Petrov. Había algunas imágenes suyas. Estaba presente en muchas galas benéficas y era el actual presidente de Technologya, una empresa de alta tecnología rusa. Y yo preguntándole si era concertista. Siempre salía acompañado de mujeres hermosas. Según internet, era un gran mecenas y consumidor de arte, de eso podía dar fe.

Su fortuna se estimaba en millones de euros, aunque nadie sabía exactamente a cuánto ascendía.

Como si hubiera intuido que lo espiaba, mi móvil vibró. Era un wasap de un número

desconocido, pues todavía no lo tenía registrado, pero por el saludo era él.

Buenas noches, *sládkaya*.

Obviamente, aparecía en línea, así que era una estupidez no responder.

Buenas noches, Luka.

Es tarde para estar despierta, ¿no crees?

Es la misma hora para ambos.

☺

¿Desvelado?

Eso parece, hoy recibí una visita en casa que me dejó en este estado. He tenido algunos *flashes* y me gustaría invitarte a cenar el jueves para que hablemos. Después daré una fiesta de temática BDSM, estás invitada si quieres. Creí observar la otra noche que llevabas un collar de sumisión, tal vez te apetezca sumarte y si no, puedes irte antes de que empiece.

Me quedé pensativa. Lo de los látigos y los azotes no me iba nada, pero hablar con él era otra historia.

Podemos cenar. La fiesta ya veremos,

no es mi ambiente. Lo del collar es una historia larga de contar.

Pues durante la cena tenemos todo el tiempo del mundo.

¿A las nueve?

Allí estaré.

Descansa, *sládkaya*.

Tú también, Luka.

Puse el móvil a cargar y me quedé mirando el techo pensativa. El BDSM nunca me había interesado nada, lo veía como una panda de tarados que necesitaban el dolor para disfrutar del sexo. Después de lo que me contó Andrés que les había ocurrido a Xánder y a su hermana, todavía sentí más recelo, aunque él me dijo que lo que cometían con su cuñado no era exactamente eso, sino sadismo.

Volví a coger el móvil, tecleé las siglas de dominación y sumisión, y encontré miles de páginas sobre el tema. Elegí una al azar donde describían el término y explicaban de forma objetiva de qué se trataba, cómo se establecían las bases, el material que se utilizaba, además de vídeos testimoniales y de unas cuantas domas, tanto masculinas, como femeninas.

Cuando me di cuenta, eran las cuatro de la madrugada. No había podido despegar los ojos de la pantalla tratando de entender ese submundo que ahora me generaba cierta curiosidad e incertidumbre. No era nada de lo que yo hubiera imaginado, iba todo mucho más allá de un club de pirados por el cuero y las fustas. Parecía algo *sexy*, caliente y que, tal vez, con la persona adecuada, no estuviera del todo mal.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño, pensando en el último vídeo que había visto.

Tenía los brazos y las piernas encadenadas, estaba en mitad de una mazmorra y una venda cubría mis ojos. Hacía frío. Mis pezones estaban encrespados de anticipación y es que todavía no sabía qué iba a suceder.

La *Sonata del Claro de Luna* ambientaba la sala y el repiqueteo de unos pasos me alertaba de que no estaba sola. Mis labios se resecaron y sentí la necesidad de lamerlos presa de la anticipación. Estaba desnuda, expuesta y apresada, una corriente de gélido aire así me lo advirtió. Podía haberme sentido asustada, pero en el fondo sentía que quería estar ahí.

Un ligero aroma a almizcle revoloteó en mi nariz y un roce sutil, primero en un pezón y luego en el otro, me hizo jadear, aunque de mi boca no salían sonidos. Algo me impedía hablar. Recordé que en el vídeo la chica llevaba puesta una pelota de goma en la boca y, al parecer, ahora, por arte de Morfeo, la llevaba yo.

La mordí con fuerza cuando el roce se convirtió en un pequeño y preciso par de golpes secos, uno en cada montículo. Escocía y, a la vez, me llenaba de un calor que se extendía hasta mi sexo.

Quería cerrar las piernas, apretar los muslos, pero era incapaz. Las cadenas me lo impedían abrazando mis tobillos y fijándolos al suelo. Mi sexo exigía más y mis pechos, también.

Los golpes se sucedieron a un ritmo lento, exigente y preciso. A cada impacto, mi vagina se contraía anegándose, canalizando mi deseo, que descendía por las piernas hasta llegar al suelo.

El dolor y el placer se unían en un ancestral rito que me hizo desear más.

La fusta acarició con sutileza cada recoveco de mi cuerpo, impactando en lugares inesperados como la parte trasera de las rodillas y la cara interna de los muslos, lo que me hizo empujar la vagina hacia delante, reclamando la atención que necesitaba. Lo quería, lo deseaba, lo anhelaba.

El golpe llegó a la vez que la venda caía de mis ojos y me encontraba frente a frente con la persona que me infringía aquel castigo, despertando en mí la lujuria. Me sorprendí al verme a mí misma. Vestía un mono de cuero como el de la dómina del segundo vídeo y sonreía a mi parte sumisa, que permanecía quieta implorando más.

Ahora podía notar cómo me desdoblaba, el poder que sentía al golpear con la fusta ese sexo hambriento y cómo mi vagina necesitaba más, mucho más. Era la comunión perfecta. Me miré a los ojos, verde contra verde, perdida en aquel sueño imposible que hacía que me planteara si verdaderamente me gustaba aquel mundo desconocido.

La fusta pasó de golpearme a introducirse en mi interior, con rudeza, con rapidez. Sabía lo que necesitaba y me lo estaba dando. Mi cuerpo corcoveaba exigiendo más, aplastando la pelota entre los dientes, impulsando las caderas delante y detrás.

Mis dos yo se miraron entrelazando las pupilas —el ama, con orgullo; la sumisa, con rendición— en una comprensión que iba más allá de si aquello estaba bien o mal arrastrándome a un mar de sensaciones por descubrir. «Córrete, *sládkaya*», ordenó mi ama interior y yo estallé notando que sus labios capturaban el grito que escapaba de mi boca que, sorprendentemente, había quedado liberada. Abrí los ojos y me incorporé en la cama ante la brutal intensidad de lo que estaba sintiendo.

Estaba resollante, empapada en sudor y con los muslos pegajosos. Acababa de tener una polución nocturna, me había follado a mí misma en un juego al que no estaba habituada a participar. ¿Qué me ocurría?

Miré el móvil, solo había pasado una hora y a mí me daba la sensación de que había transcurrido una eternidad.

Cogí ropa de recambio y me fui a dar una ducha, no podía volver a dormir en esas condiciones. Además, estaba desvelada y excitada. El agua fría me haría bien.

Cuando terminé, regresé al cuarto dispuesta a dormir. Era lo mejor que podía hacer, aunque

esperaba no volver a soñar con lo mismo. Sabía que no era raro soñar con las últimas imágenes que has visto, pero ya que me había tocado un sueño erótico, por lo menos podría haberme tirado a mi compañero de piso, no a mí misma.

Me puse de costado y cerré los ojos. Mañana sería otro día.

Al día siguiente, vi poco a Andrés. No estaba segura de si me estaba esquivando o qué le pasaba, parecía huido. Decidí que tal vez me estaba equivocando con él y sacando las cosas de contexto. Perdida era poco para cómo me hacía sentir.

Así que me puse manos a la obra tratando de centrarme. Había llegado el momento de ponerme a buscar piso, no iba a pasarme la vida entera dependiendo de él y tenía que hacer balance de mis finanzas para ver cómo encaraba mi nueva situación.

Una cosa era vivir con él hasta encontrar un sitio y otra muy distinta echarle morro y ni siquiera ponerme a buscar.

Quería pasar por casa para coger algo más de ropa y saludar al personal. Ellos no tenían culpa de lo sucedido y, aunque todo era muy reciente y para mí iba a ser un mal trago ir, debía asumir mis responsabilidades con ellos y hacerlo.

La chica de la inmobiliaria me estuvo enseñando un montón de opciones, casas, apartamentos, *lofts* industriales y pisos de ensueño, pero la que más me gustaba era un precioso ático con vistas a la playa que vi justo después de la hora de comer. Estuve tan liada que no pude pasar por el banco. Tras el último inmueble, fui a casa de mi padre sin entretenerme más de lo imprescindible. El estómago todavía se me encogía al pensar en lo que había ocurrido allí.

Caminar por delante del despacho fue como revivir la noche del asesinato. Tuve que apoyarme en la pared para no caer en redondo, suerte que Maritza estaba allí para darme aire y un vaso de agua.

Ella, Cristiana y Doménico se encargaban de que todo estuviera siempre en orden.

Los trabajadores me dieron el pésame y me mostraron su apoyo y lealtad al decirme que no creyeron ni por un momento que yo hubiera cometido esa atrocidad y que podía contar con ellos para lo que necesitara. Me sentí muy agradecida. Les dije que no se preocuparan, que de momento siguieran como siempre, que se les pagaría a final de mes y ya vería qué haría con la casa.

Respondieron mucho mejor de lo que esperaba, diciéndome que en la casa de al lado les habían ofrecido trabajo si yo no quería que siguieran trabajando para mí o si deseaba vender el inmueble.

Traté de ser sincera y les expliqué que no sabía cómo estaban las cuentas, pero que el destino de esa casa seguramente sería venderse. Ellos lo entendieron y me dijeron que no me preocupara, que les dirían que sí a los Rocasolano y a principio de mes se irían a trabajar para ellos.

Todo se me hacía cuesta arriba, tanto que a veces me costaba respirar. ¿Sería ansiedad? Esperaba que no, que solo fuera un hecho puntual y que, poco a poco, todo se fuera poniendo en su

sitio. Con lo ocurrido tan reciente, no podía pretender que el mundo fuera de color de rosa.

Cogí mi Vespa violeta del garaje con la que solía desplazarme por la ciudad. Era mi medio de transporte de diario, junto con la bici, pero no podía llevarme las dos. Así que me decidí por la moto, que fue el vehículo de mi madre y que mi padre jamás vendió. Así sería más fácil moverme y no tendría que depender de Andrés, tirar de taxi o transporte público.

Aparqué bajo el piso de Andrés. Ya era tarde y la luna brillaba con fuerza. Aprovechando la estampa nocturna, me hice un par de fotos con la moto y las subí a las redes para dar las buenas noches a mis seguidores. Los tenía algo abandonados y eso no podía ser.

Las marcas se me echarían encima si no hacía mi trabajo, así que, en la bolsa que me había llevado, estaban los nuevos atuendos y productos que me habían enviado para testar.

Cuando entré en el piso, Andrés estaba en la cocina preparando la cena. Lo saludé y me preguntó si me apetecía cenar con él.

Acepté porque no había probado bocado desde que salí de casa, cualquier cosa me sabría a gloria ahora mismo.

Parecía bastante contento, había tenido un par de reuniones con dos posibles «futuros clientes». Me preguntó qué tal mi día y se tensó algo cuando le dije que había estado mirando pisos.

—¿Es que no estás a gusto aquí? —inquirió llevándose una hoja de lechuga a la boca.

—Claro, es solo que no quiero abusar. Además, ahora que ya puedo disponer de la herencia, creo que debo empezar a buscar algo que reúna las características que necesito.

—¿Y lo has encontrado? —Desvió la mirada hacia el plato.

—Bueno, había un ático en la zona de puerto Olímpico llegando a Diagonal Mar que no estaba mal, pero tengo que ver de cuánto dinero dispongo en las cuentas.

—Un piso de alquiler allí debe ser caro.

—No era de alquiler.

Se limpió la boca con la servilleta.

—Pues peor me lo pones. No sé cómo estarán las finanzas de tu padre, pero, teniendo en cuenta lo que cobraba a los clientes, seguro que te llega o quizás puedes vender la casa.

—Sí, eso tenía pensado. Ya he hablado con el personal de servicio. Van a aceptar un trabajo en la casa de al lado.

—Qué rapidez, parece que lo tienes todo más que solucionado.

Tenía el ceño fruncido y su respuesta había sido más seca de lo habitual.

—¿Estás molesto por algo?

Parecía que el humor le hubiera cambiado. Relajó algo la expresión ante mi pregunta.

—No, es solo que estoy cansado, el antibiótico me tiene destrozado. Recojo la mesa y me marcho a la cama. —No recordaba que seguía enfermo. Por su aspecto, no parecía estar tan mal. Me sentí una desconsiderada por no preguntar. Ya había puesto los cubiertos sobre el plato cuando giró la cabeza hacia mí—. Si quieres, mañana podemos hacer algo juntos por la mañana. ¿Te apetece? —murmuró levantándose para recoger los platos.

Él se había encargado de la cena. Si alguien tenía que recoger, era yo, que Andrés no era mi sirviente.

—Deja, que tú has hecho la cena. —Le toqué la mano y soltó el plato como si quemara. ¿A ver si ahora iba a resultar que tenía la lepra? Me molestó que actuara así, ¿no acababa de preguntarme si quería hacer algo con él? Estuve cerca de decirle que si quería que me pusiera unos guantes de látex para tocarlo o, mejor todavía, que si no lo tocaba nunca. Me limité a apretar los dientes y contestarle que no podía. No se trataba de ninguna excusa, aunque la mereciera por el feo que acababa de hacerme—. Mañana he quedado con el del banco por la mañana y, por la tarde, con las chicas. Necesito una tarde con ellas —respondí con cierta acritud.

—Entonces, ¿quieres que te acompañe al banco como tu abogado? —puntualizó.

No sé qué me molestaba más, si que siguiera insistiendo o que aclarara que lo hacía por su vertiente profesional.

—No, gracias. Puedo apañármelas y seguro que tú tienes muchas cosas que hacer. Iré sola.

—También podemos salir a cenar...

Decididamente, quería volverme loca. ¿Ahora quería cenar conmigo, pero si no soportaba ni que le rozara? Lo miré frunciendo el ceño, era mejor aclarar las cosas.

—Te juro que no te entiendo. —Solté los platos, que rebotaron en la mesa, y puse los brazos en jarras. Él me miró sin comprender, como ya venía siendo habitual—. Me tienes completamente perdida, no sé a qué atenerme contigo. Parece que a ratos me comerías y otros, que te provocó sarpullidos. Juraría que tienes ganas de ir a más y cuando creo que va a llegar ese momento, zas, me lanzas un cubo de agua helada. Aclárate, Andrés, porque ya me estoy cansando de este juegucito de críos de instituto.

Apretó la mandíbula con fuerza.

—Esme, yo, ehm...

Si con algo no podía, era con los indecisos.

—Déjalo. En serio, es mejor así. Vete a dormir, que es lo que ibas a hacer de todas maneras.

—Me dispuse a recoger de nuevo la vajilla, pero me detuvo.

—Espera. Sé que te mereces una explicación, que es cierto que mi conducta despistaría a cualquiera, pero es que todo esto me queda grande.

—¿Grande? ¿Acaso crees que soy una camiseta XXL y que puedes ir cambiando de talla cada vez que engordes o adelgaces? Las cosas no funcionan así, Andrés, o me tomas o me dejas, pero no me marees —lo amenacé apuntándolo con el dedo.

—Créeme, no es mi intención. Lo único que puedo decirte es que tengas paciencia, he pasado demasiado tiempo solo y no sé si estoy listo para empezar algo que no voy a saber ubicar en mi vida.

—Ahora soy algo para ubicar... Me siento como si estuviera en El Corte Inglés, paso de la planta de ropa a la de decoración. ¿Eso es lo que soy? ¿Un jarrón? —resoplé.

—¡No! Haz el favor de escucharme, estoy tratando de explicártelo de la mejor manera posible —lo dijo tan exasperado que me callé—. Es simple de entender. No quiero equivocarme contigo, tengo una hija que resulta que te adora. ¿Sabes lo que supondría que empezáramos algo, que nos ilusionáramos y que después te dieras cuenta de que para ti solo soy un calentón?

—¿Un calentón? —La señal de alarma se activó en mi cuerpo. Él estaba hablando de algo más que eso, ¿verdad?

—Tal vez no me haya expresado bien. Soy un tipo tradicional y tú vives en un mundo de brillo, purpurina y orgías. No tengo claro que encajemos, por mucho que me atraigas, y no quiero arriesgarme a que me partas el corazón o a que se lo partas a mi hija. Ya tuve suficiente con que se lo cargaran una vez, no aguantaría una segunda parte. —Por sus palabras, estaba hablando de sentimientos, no de deseo, ¿Él sentía algo más por mí? Un extraño hormigueo me calentaba el bajo vientre extendiéndose hasta mi pecho, dónde el corazón latía desbocado—. Si quieres saber si me gustas, la respuesta es mucho. Por supuesto que me atraes, tendría que estar ciego para que no sucediera, pero debo pensar con la cabeza y no con lo que hay entre mis piernas, que últimamente parece haber tomado el control de mi capacidad cerebral. ¿Lo entiendes?

Podría haber sido egoísta y decir que no, pero por supuesto que le comprendía. Me molestaba que tuviera ese concepto tan frívolo de mí, pero, al fin y al cabo, era el que transmitía, tampoco podía pretender que me viera como la madre de sus hijos. Al imaginarme de esa guisa, me dio vértigo. Nunca había tenido una relación formal y eso era lo que quería Andrés. Yo había pensado en un simple polvo, o uno detrás de otro de manera lujuriosamente encadenada, pero nada más allá de eso. No creía estar preparada para atarme de un modo significativo a alguien.

—Puedo entenderte —terminé aceptando.

—Entonces, ¿te importa que vayamos algo más despacio y no empecemos la casa por el tejado? ¿Podemos quedar como dos personas que quieren conocerse y ver si van hacia el mismo punto? ¿Te ves capaz de simplemente salir a cenar conmigo como dos adultos que se gustan y aventurarte a ver qué sucede? —Planteado así, tenía su punto. No obstante, seguía aterrándome un poco su ideal de familia feliz. Quizás tuviera razón y lo mejor fuera conocerse antes de plantearse

tener sexo o no.

—Está bien, acepto. Aunque no sé si perseguimos lo mismo, yo tampoco voy a negarte que me atraes —admití con cierta timidez. Él me dedicó una sonrisa que me fundió los plomos y, por si no fuera suficiente, me tomó del rostro y me besó con tanta dulzura que todas mis neuronas se cortocircuitaron. Terminó con un suave pico que me supo a poco y se distanció sin dejar de mirar la cara de imbécil que seguramente lucía.

—Buenas noches, señorita M. Quedamos entonces para mañana —musitó con voz ronca.

—Buenas noches, Mr. Star. Lo estoy deseando.

Se metió en su cuarto y me dejó suspirando corazones como una idiota enamorada.

¿Enamorada? No, encoñada, esa palabra pegaba más con el palpitante de mi entrepierna y daba menos miedo.

Tras recoger la cocina y colocar mis cosas en el armario, me tumbé en la cama dispuesta a dormir.

Mi cita bancaria no fue ni bien ni mal.

Pensaba que mi padre tendría mucha más liquidez en el banco, pero al parecer no era así. Al revisar las cuentas, me percaté de que llevaba unos meses sacando más dinero de lo habitual. ¿En qué lo estaría empleando además de los gastos habituales para mantener nuestro ritmo de siempre?

Sacaba el mismo importe en efectivo los días diez de cada mes: diez mil euros. ¿Le estarían chantajeando?

Con el dinero que designó para mis abuelos y el donativo que realizó *post mortem*, apenas me quedaba líquido y ahora que el negocio no era mío, solo contaba con mis ingresos. Decididamente, me urgía vender la casa o no podría comprarme el piso que tanto me había gustado.

Nada más salir del banco, fui a la inmobiliaria. La chica se ofreció a ir a la casa a tasar el inmueble para determinar su valor. Según ella, con la venta, debería poder pagar con creces la hipoteca restante. Seguramente, me daría para dar una buena entrada para el piso y quedarme con una hipoteca fácilmente asumible.

Tenía clientes potenciales, fondos de inversión que buscaban propiedades como la casa de mi padre, que estaba en una localización envidiable, así que le dije que no perdiera el tiempo y se pusiera manos a la obra. Le dejé claro que aceptaría cualquier oferta que me permitiera llevar a cabo lo que habíamos acordado. Supongo que se estaba frotando las manos al intuir el gran pellizco que eso le suponía, pero a mí me daba igual, solo quería librarme de la casa y empezar con mi nueva vida.

Piqué algo de camino al salón de David. Ahora que iba motorizada, llegaba en un santiamén a todas partes.

Las chicas ya me esperaban en la puerta y, aunque me sentí tentada, me limité a pedir un masaje completo, pero sin final feliz. No obstante, debía reconocer que las manos y la sonrisa pícaro de Gael me lo pusieron difícil en todo momento.

Terminado el masaje y con una mascarilla que prometía que nuestra piel brillara como nunca, me senté con las chicas a degustar unos cócteles en albornoz.

Las puse al día de todo lo acontecido y no sé cuál de las dos me miró con mayor sorpresa.

—¡Madre mía, es como estar en una peli! —exclamó Lorena comiéndose una de las rodajas de pepino que le habían puesto en los ojos. Los tenía hinchados por la falta de sueño y es que César no la dejaba vivir, o más bien no la dejaba de follar. ¡Santa Virgen de la lujuria, ya me podría haber tocado a mí!

—Peli o no, ahora resulta que hay un asesino suelto que no sabemos quién es. El que creía mi padre no lo era, mi madre tenía un amante con el que me engendró y un amigo que está como un queso, es multimillonario y monta orgías en su casa. —Tomé aire para continuar—. Andrés dice que lo pongo palote, pero que no haremos nada hasta que no hayamos decidido si queremos tener una relación. Yo llevo un calentón de tres pares de narices y no dejo de soñar guarradas con látigos en las que follo conmigo misma. ¿Es de película o no?

—Menudo resumen. Fijo que, si te oye Spielberg, te compra los derechos. No sé cómo después de esto te has atrevido a rechazar el final feliz que Gael te estaba ofreciendo. Mira yo qué relajada me he quedado con el de Brian.

Vanessa estaba sonriente a más no poder.

—Pero es que yo no soy como tú, a mí me gusta Andrés y solo puedo pensar en él. —Las dos se miraron y se echaron a reír...

—¿Qué? —Asintieron y se pusieron a canturrear como crías.

—A la Esme le gusta Andréés, a la Esme le gusta Andréés...

—No seáis lerdas —protesté haciendo un mohín.

—Pero si es verdad, solo hay que ver cómo te brillan los ojitos cada vez que hablas de él.

—Pues eso es porque no habéis mirado entre las piernas. Tengo el clítoris del tamaño de un diamante de tres mil quilates, ya sabéis, ese que se fragmentó en mil quinientos pedazos. Pues el mío está al borde de convertirse en lo mismo.

—Exagerada —rebufó mi amiga.

—¿Quieres verlo? —pregunté separando las piernas tentada a abrirme el albornoz.

—Déjalo, prefiero no tener ese recuerdo de ti y tu diamante. A mí esos solo me gustan en los dedos o en el culo en forma de *plug* anal. —Lorena se puso a reír y yo apreté el gesto—. Mira, Andrés está confundido, nunca ha tenido un rollo pasional. Recuerda que lo conozco como si fuera mi hermano y no lo he visto nunca con otra que no fuera la imbécil de su ex. Lo que has de hacer es follártelo y demostrarle que no hace falta estar casado para darse una alegría, que parece mi padre, joder. Tú ponte lo más guarrilla que puedas esta noche, mantén la tensión sexual durante toda la cita y veremos si tiene narices para resistir o cae bajo el fuego enemigo al primer disparo.

»Me da que a los hermanos Estrella les pierde la boca, pero cuando los azuzas un poco, son de disparo rápido, limpio y certero. Te lo digo por experiencia propia. —Por un instante, vi el daño que le había hecho Damián en el fondo de su mirada y sentí lástima por ella—. Además, mira a La Lore, la cara de bien follada que nos trae cada día. Solo hace falta que achuches un poco a tu estrella para convertirlo en la supernova del placer.

Volteé la cabeza hacia Lorena, que verdaderamente rezumaba satisfacción por los cuatro costados y sonreía idiotizada.

—Tienes razón, ya está bien de tantas sandeces y tanto sexo tradicional —afirmé.

—Eso, y si se acojona, siempre tienes la cena de mañana con el potentorro ruso y la fiestecita del látigo, que tiene su punto.

—Dudo que me quede a eso... —admití. En sueños, podía ponerme, pero la realidad distaba mucho del mundo imaginario.

—Si no lo pruebas, no lo sabes. Por lo menos, sabes que tienes la opción. No la descartes antes de tiempo sin saber si Andrés cumple o no. Después de ese sueño erótico contigo misma, no has de cerrarte ninguna puerta, tal vez sea un mensaje de tu subconsciente que quiere que innoves. Ya sabes que yo no paro de abrirlas.

—¿Las piernas? —inquirí desenfadada.

—¡Las puertas! Aunque las piernas tampoco es que las cierre demasiado, estoy en una fase de mi vida en la que solo quiero experimentar. Tal vez debieras animarte, que te veo un poco verde. Eso de atarse sin probar debería estar prohibido para todo el mundo. Hagamos un brindis. —Levantó la copa y nosotras la secundamos repitiendo lo que decía, cosa que se había vuelto un habitual en nuestras reuniones de chicas.

—El tigre por la montaña y el tiburón por el mar, que no hay mayor placer en esta vida...

—¡Que follar y no pagar! —adjudicamos.

—¿Corre la cabra por el monte?

—¡Sí, corre! —exclamamos.

—¿Nada el calamar en el mar?

—¡Sí, nada! —gritamos.

—Pero lo que más nos gusta es...

—¡Una polla que asusta! —respondimos riendo. La Vane prosiguió con nuestra peculiar adaptación de un brindis de la Tuna.

—El gusano canta en la tierra, el cocodrilo en la mar; no hay brindis más bonito...

—¡Que follar hasta reventar! —adjudicamos.

—¡Que Dios nos oiga, compañeras! Que en este brindis quede dicho que, si nos pica el bicho, encontremos un buen samaritano que nos folle de invierno a verano complaciendo todos nuestros caprichos.

—Amén. —Brindamos chocando las copas para beber y reír sin parar.

Si no me probé diez vestidos en la tienda, no me probé ninguno, pero terminé dando con el que buscaba en color rojo cereza y menos tela que Adán y Eva en el paraíso.

Pasé por la peluquería y me calcé unos zapatos de color *nude* que me hacían unas piernas infinitas resaltando mi perfecta pedicura en el tono del vestido.

Tras la chapa y la pintura correspondiente, estaba lista para que Andrés me hincara el diente o todo lo que hiciera falta.

En cuanto salí de la habitación, él ya me estaba esperando. Llevaba una camisa negra y un pantalón *beige* que incrementaban la barra de follabilidad hasta el doscientos por cien. Era mirarlo y ya me temblaba todo.

Me miró de arriba abajo y comentó lo guapa que estaba arrancándome una sonrisa coqueta. No era la única que parecía afectada por su atractivo, él también tenía las pupilas dilatadas y la respiración algo errática, signos indiscutibles de que le gustaba lo que veía.

Como un caballero, me abrió la puerta para que entrara en el coche y puso música de Michael Bublé calentando el ambiente. Me perdí en la letra de *Everything*, tarareándola para mis adentros y traduciéndola solo para mí. Para algo le sirvió a mi padre el carísimo instituto al que me llevó, para saber qué decían las letras en inglés.

Eres una estrella fugaz.

Eres como un coche para viajar.

Eres la raya en la arena cuando voy demasiado lejos.

Eres la piscina en un día de agosto.

Y eres lo más perfecto que pudiera ver.

Y juegas tus cartas coqueta

y es precioso cuando me sonríes.

Sabes exactamente lo que provocas en mí.

Cariño, no finjas que no sabes la verdad

porque puedes verlo cuando te miro.

Y en esta vida loca

y en estos tiempos tan locos,

eres tú, eres tú

la que me hace cantar.

Eres cada frase.

Eres cada palabra.

Tú eres todo para mí.

El momento no podía ser más romántico. Andrés detuvo el coche y, sonriéndome, abrió la puerta para descender y abrírmela a mí.

Solo el roce de su piel me hacía arder.

—Hoy quiero que nos conozcamos mejor, que me des la oportunidad de ser yo, el de verdad. El chico de barrio, hijo de padres trabajadores que se ha labrado su futuro a base de tropiezos y mucho esfuerzo. Esta noche cenarás con Andrés Estrella y no con el abogado estirado al que te empeñas en llamar Mr. Star.

Me ruboricé un poco y asentí. No me había besado, aunque lo deseaba con cada fibra de mi ser. Sabía que estaba postergando el momento, pero no pasaba nada, porque estaba convencida de que cuando lo hiciera, ya no se podría detener.

Fijé la mirada en el edificio que teníamos enfrente. Era uno de mis restaurantes predilectos, lo había subido alguna vez a redes, lo que me hacía pensar que se había molestado en saber mis gustos antes de elegir sitio.

Me tomó por la parte baja de la espalda provocando un ligero escalofrío que se enredó en mi columna. Llegamos a la puerta y se detuvo con ojos brillantes. ¿Me besaría ahora? No parecía tener intención. ¿Entonces? ¿Qué ocurría? Estaba poniéndome nerviosa, así que decidí intervenir.

—¿Entramos? —le pregunté.

—¿Aquí? —cuestionó alzando las cejas.

—¿Dónde si no? Me has traído a mi restaurante favorito a cenar, ¿no?

—Bueno, visto así, sí, pero no vamos a cenar dentro.

A mi mente acudió la cena de *La Dama y el Vagabundo* comiendo tras un restaurante italiano con espagueti, albóndigas y beso incluido.

—¿Entonces? —No entendía nada.

—Lo del restaurante del otro día con mi familia y Candela fue una excepción porque era su cumpleaños, yo soy *basutariano*. —¿*Basuta* qué?

—¿Cómo? —Parecía no saber pronunciar otra cosa que monosílabos, pero es que no conocía el término—. ¿Eres algún tipo raro de vegetariano, vegano u otro tipo de alimentación de esas que acaban en ano?

Él sonrió.

—Sí, bueno, todas las alimentaciones suelen desembocar ahí. —Su reflexión me hizo sonreír—. No, ser *basutariano* no tiene que ver con la alimentación en sí, es algo más moral. Estamos muy concienciados sobre el exceso de derroche de los alimentos. Así que cuando voy a sitios como este, no suelo entrar dentro, ceno fuera. —Mi cara debía ser un poema—. Lo que haremos será ir al contenedor de al lado del restaurante a rescatar algo que esa gente ha desaprovechado y que es completamente comestible.

Horrorizada era poco para describir cómo me sentía, esperaba que los ojos no se me cayeran y salieran rodando como canicas.

—¿Me estás diciendo que pretendes que vayamos al contenedor del restaurante para darme un atracón de babas y comida de otros?

Él seguía con gesto serio y paciente.

—Pensaba que eras una mujer concienciada, que querías un planeta mejor y te preocupabas por la sostenibilidad y el bien común. Una M, ¿no?

Parpadeé varias veces al escuchar las palabras que utilizaba yo misma en redes para mostrar que era una persona verdaderamente involucrada con el planeta.

Miré el restaurante, el callejón, a él y, finalmente, me dije: «Todo sea por Andrés, peores cosas te has comido», aunque fijo que me salía una pupa del asco. Lo agarré de la mano y, tirando de él hacia la callejuela estrecha, dije:

—Está bien, vamos. Si tengo que cenar basura, cenaré basura. Espero que todo esto merezca la pena.

Pero él no se movió, simplemente soltó una carcajada y dijo:

—Eres increíble. No puedo creerme lo afortunado que soy. —Y me besó haciendo que todo, excepto el hambre que sentía por sus labios, desapareciera de mi vista.

Capítulo 12



—¿En qué piensas? —Chantal estaba tumbada a mi lado en la cama, mientras Quince dormía plácidamente al otro lado con mi hijo en su abultado vientre. No quedaba mucho para el parto, pero ahora sentía que me da igual si llegaba a buen término o no.

Yo quería un heredero, alguien de mi sangre que siguiera con mi imperio y ahora lo tenía. Y no solo eso, sino que no era un hijo con un clon, sino con una mujer que fue importante para mí.

Llevaba dos días recabando información de Esmeralda como un loco. Había visto lo que era capaz de hacer, sus dotes de convicción y cómo movía a las masas. Sin duda, era mi digna heredera, no se podía parecer más a mí.

Hermosa, decidida, valiente, emprendedora, de ideales claros y con ese magnetismo animal que había heredado de su madre y que la hacía conectar con las personas. Me sentía tan orgulloso. Era tan perfecta que me daba miedo asustarla y que no quisiera saber nada de mí, de mi mundo, del que quería crear.

—En lo bien que nos están saliendo las cosas. El plan de fuga ha sido un completo éxito. Nadie ha percibido nada, ni una mísera voz de alarma. Los trabajadores a los que untamos están encantados, Sandra y Benedikt ya tienen sus rostros nuevos.

—Y no olvides que en pocos días a Ben le implantaremos un chip que restaurará el daño cerebral que sufrió y que ampliará sus capacidades neuronales. Será un paso adelante en el campo de la neurocirugía, podremos estudiar hasta qué punto somos capaces de estimular su cerebro y las consecuencias de ello.

—Cierto, me alegro de que lograras que también recuperara su miembro.

Chantal sonrió contra mi pecho.

—Sí, a mí también, aunque me hubiera encantado ponerle el de aquel actor porno que vino a la fiesta del otro día. La tenía preciosa... mmmmm. —Se relamió al imaginarla—. Pero lo mejor era hacérselo a imagen y semejanza del que tenía, aunque no he podido evitar dejárselo algo más

largo, grueso y recto.

—Seguro que te lo agradece. ¿Y Ben tendrá sensibilidad?

—Por supuesto.

Chantal me explicó el proceso de la operación. Su cerebro no tenía límites, esa mujer era endemoniadamente inteligente.

La intervención duró diez horas, ya que la elaboración del nuevo pene y su implante fueron actos consecutivos. Las venas, arterias, nervios y el tejido vivo objeto de autotrasplante no podían permanecer muchos minutos desconectados del riego sanguíneo. Compuso el miembro y, a continuación, se cauterizó a su base.

La piel y la capa subcutánea con la que se le dio forma surgieron del antebrazo de Benedikt. Antes de trasladarlo a su lugar definitivo, lo dotó de un conducto uretral completo, además de dos nervios sensitivos, una arteria y dos venas.

Estos conductos los unió a la arteria femoral, la vena safena y los nervios que surgen de los testículos y las vesículas seminales. Benedikt conservaba estos órganos, además de la próstata, porque no se los cortaron. Por esa razón, mantenía la fertilidad que tenía en un principio.

—¿Le quedará cicatriz?

—Será muy discreta, solo la línea de puntos que enlaza la base del pene con el cuerpo. Ni se verá, está en una zona de pliegues que la mantiene oculta. En unos meses, cuando esté completamente integrado y sus funciones readaptadas, le operaré de nuevo para implantarle una prótesis hidráulica con la que incorporará la única función que ahora no tiene: la erección. Le pondré la prótesis en el escroto, justo entre los dos testículos. Mi obra podría estar entre las maravillas del mundo.

No lo ponía en duda.

—¿Y cómo se le pondrá dura?

Su risa cantarina me excitó.

—Simplemente, accionando con la mano el bombeo que conduce a la erección, eso hará que traslade el semen. Una vez completada la función, lo podrá detener sin dificultad.

—Madre mía, eres increíble y él tendrá una bonita polla biónica con un mando a distancia integrado que controlará sus corridas. Magistral.

—Exacto, un precioso miembro último modelo listo para satisfacer. —Suspiró complacida mientras llevaba la mano a mi entrepierna para alentarla—. ¿Y tú? ¿Piensas en Esmeralda? ¿Quieres integrarla en nuestro plan?

—Es mi hija —confesé en voz alta.

Ella sonrió ladina comprobando qué poco necesitaba para ponérmela dura.

—Ya, tu pequeña heredera. —Acarició el vello de mi pubis y tiró de él llamando mi atención—. No vamos a desviarnos del objetivo porque tengas una hija amante de los derechos humanos, eso lo tienes claro, ¿verdad?

—No, no vamos a hacerlo —corroboré—, pero sí que vamos a incluirla en ellos. Apresé la mano de Chantal y la retorcí con fuerza. Ella siseó ante el dolor. Con un simple giro, podía partirla la muñeca o dejársela tan maltrecha que no pudiera volver a coger un bisturí en su vida.

Ella lo sabía y se lamió los labios complacida ante el sometimiento, gozaba con ello. Tenía una personalidad fuerte, un ama con las mujeres, pero una sumisa con los hombres con una inteligencia superdotada que era lo que más me ponía.

—¿Te crees capaz de arrastrarla al lado oscuro? ¿A una chica de principios como ella? ¿Piensas que serás capaz, querido Petrov?

Le solté la mano y se la masajé mientras le separaba los muslos y me internaba en ellos.

—¿Y por qué no? ¿No me crees capaz de ello? —Me hundí en su vagina de una estocada, todavía estaba mojada y tenía restos de mi corrida anterior. Ella emitió un jadeo brusco.

—No es eso —gruñó—, pero lo veo difícil. Además, está el abogado. ¿Sabes que viven juntos? Eso puede suponer un problema.

La agarré del cuello y empecé a asfixiarla mientras la penetraba con dureza.

—Estoy al tanto de todo lo que le concierne: sus horarios, sus gustos, el pie que calza, incluso que le encantan los chicles de cereza y odia el chocolate amargo.

Chantal boqueaba como un pez tratando de que le llegara el aire. Si aplicaba un poco más de presión, podría sentir su vida abandonando aquel hermoso cuerpo. Trataba de racionarlo, beber el oxígeno a sorbitos. Me encantaba verla así. Sus manos cubrieron las mías, no para apartarlas, sino para sentir las.

Mis acometidas eran cada vez más violentas. Los pechos de silicona me miraban desafiantes tratando de desviar mi atención sin lograrlo. Sus ojos se habían puesto en blanco y empezaba a caer inerte hacia un precipicio sin red. Dejé de hacer presión bombeando como un animal. Abrió los ojos, dio una gran bocanada y se corrió desmayándose del placer.

Follar así tenía sus riesgos, pero decían que era la experiencia más cercana al nirvana que se podía obtener. No me gustaba correrme cuando la otra persona estaba inerte, me daba la sensación de que me tiraba a una muerta.

Me puse detrás de Quince y le encajé la polla en el culo. Protestó ante la intromisión, pero se dejó hacer hasta que hube terminado y me tumbé relajado bocarriba, con las manos tras la cabeza y la imagen de mi hija en la mente.

Iba a lograrlo. Fuera como fuese, Esmeralda pertenecería a mi mundo. Solo necesitaba tiempo y el modo de acercarme a ella, de ser el padre que siempre quiso y ofrecerle un imperio. Ninguna mujer se negaría a eso.

—Amo. —La voz de Quince interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué? —respondí seco.

—Creo que su hijo va a nacer.

Giré la cabeza y vi el colchón lleno de agua. Me sentí asqueado, ya no estaba seguro de querer ese niño. ¿Qué iba a aportarme? Me levanté de la cama sin mirarla y me puse un batín.

—Pues tenlo.

Ella me miró sin entender.

—¿S-sola?

Me encogí.

—¿Me has visto cara de comadrona? —No me daba ninguna lástima. Ella era nuestra creación, un bello engendro que habíamos fabricado para nuestro uso. No tenía más utilidad que follar y parir, para eso la queríamos—. Chantal se ha desmayado, no creo que despierte hasta dentro de un buen rato, así que si no puedes esperar, hazlo sola y ya está.

Me largué del cuarto para darme una ducha e ir a tocar el piano, necesitaba relajarme y pensar. Le pedí a Adán que me sirviera una copa mientras mis manos se perdían en la balada que ahora sentía tan nuestra. «Pronto serás mía, hija. Pronto».



Decir que la cena estaba siendo genial se quedaría corto.

Tras mi broma inicial sobre los *basutarianos* —que por si no había quedado claro, no lo era —, entramos al restaurante mucho más relajados.

Me apetecía que me conociera de verdad, y no a la imagen que había proyectado de mí en el cerebro. En parte era por mi culpa y lo sabía. Normalmente, me costaba abrirme con el sexo femenino y con Esmeralda no había sido una excepción. La única diferencia era que ella estaba dispuesta a saltar las barreras y las demás se asustaban al intuir el muro.

Hablamos de nuestra niñez, de la adolescencia que nos pasó factura a los dos. Cómo el conocer a mi ex cambió mi vida y el fallecimiento de su madre cambió la suya. No era una etapa

fácil, por eso me daba tanto miedo hacerlo mal con Candela.

Me hizo gracia que cuando hablaba de sus abuelos maternos, su madre y la que calificó como mejor época de su vida, el acento tomaba mayor fuerza excitándome por completo.

—Me gusta cuando hablas así —observé acariciando la copa de vino.

—Así, ¿cómo?

—Con ese acento del sur.

Ella sonrió con las mejillas sonrojadas.

—No me doy cuenta, creo que me sale sin pensar.

—Pero a mí me resulta maravilloso.

Me miró algo incrédula.

—¿No te parece algo basto o chabacano? Mi padre siempre me estaba corrigiendo para que no se me notara, decía que el acento de Andalucía se asocia muchas veces al analfabetismo.

—Tu padre era un imbécil en muchas cosas, y los que piensan así muestran su propia incultura. No hay mayor riqueza que los acentos, vocablos y peculiaridades de nuestros lugares de nacimiento. Forman parte de nuestras raíces, de la de nuestros padres o antepasados. Renunciar a ellas es como renunciar a quiénes somos o a cómo hemos llegado hasta aquí.

Tras la sorpresa inicial por mi defensa, soltó una risita.

—Vaya, el abogado rezuma por todas partes.

—Disculpa, a veces me vuelvo demasiado intenso. Perdona si me he pasado, no está bien hablar así de los muertos y menos del padre de la mujer que pretendes conquistar.

—Ummmm, eso me interesa. ¿Quieres conquistarme? —Jugueteó complacida.

—Cada vez lo tengo más claro. Ahora solo falta saber si quieres ser conquistada. —Noté un sutil roce en la pantorrilla que me hizo alzar las comisuras de los labios.

—¿Tú qué crees? —preguntó coqueta mordiéndose el grueso labio inferior.

—Creo que cruzaría el infierno descalzo si tú fueras la recompensa. —Me gustó la risa cantarina que brotó de su garganta.

—Señor Estrella, lo veo muy suelto esta noche.

—¿Y eso la disgusta, señorita Martínez?

Ella negó agitando los rizos negros.

—Para nada, estoy deseando verlo desatado y alzando la lanza para tratar de conquistarme.

No era consciente del efecto que causaban aquellas palabras en mí. Llevaba toda la noche duro y, aunque el dolor iba remitiendo, todavía no estaba bien del todo.

—Creo que ha llegado el momento de irnos, ¿te parece? Tengo una sorpresa para esta noche que creo que te va a gustar.

Ella puso una mirada seductora que no me dejó lugar a dudas de qué creía Esmeralda respecto a la sorpresa. Esperaba que no se llevara un chasco.

—Me parece —respondió levantándose.

¡Madre mía, ese vestido rojo iba a hacerme estallar! No podía apartar la mirada de su apetecible cuerpo ni un segundo.

Traté de despejar la mente centrándome en el plan de la noche, que no era otro que llevarla a plaza España. Esta noche hacían un homenaje a Montserrat Caballé en las fuentes de Montjuic. Sabía que le gustaban la música clásica y la ópera, así que deseaba asombrarla.

Era un concierto al aire libre y no se necesitaba entrada, ya que el escenario no era otro que la maravillosa fuente iluminada en un espectáculo de luz y color.

Debíamos llegar pronto si queríamos coger un buen sitio.

Pagué la cuenta y conduje dejando que la música de Reyli Barba, con su tema *Amor del bueno*, nos envolviera.

Cuando llegamos a los alrededores de Montjuic, exclamó dando palmas.

—¡¿Me llevas a las fuentes?!

Me encantó aquella expresión de niña complacida.

—Tendrás que esperar para ver si tu suposición es correcta.

—Hace años que no vengo, creo que la última vez fue antes de que mis padres se separaran y todavía recuerdo la emoción que sentí.

—¿Tienes recuerdos de cuando tenías seis años?

—Y anteriores. ¡Mira, ahí hay un hueco! Acelera antes de que te lo quiten.

Aparcamos a escasa distancia del lugar al que pensaba llevarla. Habíamos tenido mucha suerte porque aparcar allí no era nada fácil.

Le di la mano y ella trenzó los dedos a los míos. Paseamos como una pareja normal, aunque mis ojos no dejaban de desviarse hacia toda aquella piel expuesta. Si hubiera tenido un abrigo, se

lo hubiera echado por encima, pues era incapaz de apartar los ojos de la tentación que vivía conmigo.

Llegamos justo a tiempo. Esmeralda se colocó delante de mí y me permitió arrojarla contra mi cuerpo. Crucé los brazos envolviendo su diminuta cintura y apoyé la barbilla en la base de su hombro para emborracharme en su aroma.

No me importaba estar más duro que una tabla y que su trasero se apoyara en ella. Me dolía y complacía a partes iguales. Habría sido feliz si hubiera muerto en ese momento por el simple hecho de tenerla abandonada entre mis brazos.

Sacó el móvil y dijo: «Sonríe», capturando el momento en un *selfie* que dejaba a nuestras espaldas la fuente iluminada y su sonrisa refulgiendo en la pantalla.

Deposité un dulce beso en su cuello, que también fotografió, haciéndola encogerse del gusto y después la música empezó a brotar abandonándonos en aquel pequeño paréntesis de espacio y tiempo.

El teléfono hizo dos o tres capturas de lo que veían nuestros ojos, un vídeo de veinte segundos que trasladaba las primeras notas de la soprano a su *stories* de Instagram y después quedó olvidado en el bolso dejando a su cuerpo fundirse contra el mío.

—Anna Netrebko, es de las mejores del momento —observó acomodándose contra mí—. Cuando la escuché cantar por primera vez *O mio babbino caro*, se me saltaron las lágrimas de la emoción.

—Pues espero que esta noche te emociones igual.

Su rostro buscó el mío.

—Esta noche va a ser mucho más especial, gracias por traerme.

Sin poder contenerme, le di un dulce beso que terminó con los primeros acordes de la soprano. Nos miramos algo avergonzados y nos dispusimos a disfrutar del concierto.

—¡Oh, qué temazo! Fue apoteósico escucharla cantar fundida con ese vídeo de Freddy Mercury y Montserrat Caballé de *Barcelona*. No podía contener las lágrimas.

—Lo vi —reconocí mientras entraba en el piso perdido en el contoneo de sus caderas. Eso sí que era apoteósico.

—Ha sido una noche mágica, inigualable. No la voy a olvidar en la vida. Gracias. —Se dio la vuelta, me miró con intensidad y pasó las manos por mi nuca—. Aunque ahora que lo pienso, puede serlo más todavía. Creo que hay una parte de la conquista que nos falta por pasar todavía. Tengo las defensas muy bajas, me parece que ha llegado el momento de asaltar el castillo a punta de lanza —susurró enredando los dedos en mi pelo en una sutil caricia llena de intenciones.

—Esme, yo... —¿Cómo iba a decirle que mi lanza estaba perjudicada?

—Shhhhh —me silenció poniéndose de puntillas para tratar de recorrer la distancia que separaba nuestros labios—, no digas nada, solo déjate llevar.

No pude retirarme cuando su boca buscó la mía con avidez, ¿cómo no responder a eso si la deseaba más que a nada en este mundo?

La poca resistencia que me quedaba cedió cuando me vi empujado contra la pared, aunque rápidamente me di la vuelta para dejar de convertirme en presa y pasar a ser cazador.

Mis labios la torturaron del mismo modo que ella hacía conmigo, arrancándole un sinfín de jadeos que eran música para mis oídos.

Devoré cada milímetro de piel expuesta que distanciaba su boca del profundo escote y cuando aparté la suave tela y aparecieron ante mis ojos los dorados montículos excitados, mi lengua hambrienta los engulló.

Esmeralda sollozó, proyectándolos hacia mi rostro, y me tomó del cuello empujándome para que los azotara con mi lengua. Reaccionaba ante cualquier movimiento y cuando los mordí con suavidad, el ronco gemido casi hizo que me corriera en los pantalones.

¿Cuánto hacía que no tenía un pecho femenino tan perfecto como ese en mi boca? Demasiado, me respondí automáticamente. Jamás tendría suficiente, lo tenía claro.

La agarré por el trasero y la levanté para anclarla contra mis caderas. Ella buscó mi boca con la suya frotándose contra mi dolorido miembro. Le tenía que dar una solución a eso.

Colé una mano entre nuestros cuerpos buscando darle el alivio que necesitaba y ella gritó al notar cómo separaba con timidez la ropa interior para palpar los pliegues mojados.

Estaba empapada, lista para mí, expectante, y yo lo sabía.

—Adelante, conquistador. No te detengas ahora, por favor. Necesito que tomes el control del castillo —suspiró en mi oído.

Los dedos me temblaban tanto de nervios por hacerlo bien como de anhelo. Puede que no pudiera estar plenamente con ella, que me siguiera pareciendo precipitado, pero de algún modo sentía que debía complacerla, y con eso, por el momento, debería ser suficiente. Pondría todo mi empeño en dejarla saciada.

Palpé su carne trémula y ungué mis dedos en su deseo, esparciendo con suavidad la humedad que destilaba. Esme lanzó un jadeo entrecortado y yo introduje un dedo en profundidad.

Su vagina se cerraba a mi alrededor. Era deliciosamente tortuoso notarla tan caliente y mojada para mí.

—Sigue, tienes abiertas las compuertas.

No me salían ni las palabras. Preferí ocupar mi boca en otros menesteres, recorriendo el sensible lóbulo de su oreja y mordisqueando la columna del cuello.

—¡Oh, por Dios, quiero más! —Introduje un segundo dedo y aproveché para rozar el clítoris con la base de la mano. Lo masajeeé y apreté, percibiendo cómo se tensaba y crecía bajo mi toque—. Mmmmm, Andrés, vamos a la cama. Necesito que me folles, quiero sentirte de verdad y no así. No es suficiente. Lo quiero todo de ti, necesito esa lanza que escondes en los pantalones y que tanto me obsesiona desde que la vi. La quiero dentro, soldado mío, ya me tienes rendida a tus pies.

Era imposible que hiciera eso, necesitaba frenarla de algún modo.

—Déjame hacerte disfrutar de esta manera, princesa —musité con voz ronca—. Por hoy, deberá bastar así. No puedo ir más allá de esto, no quiero alzar mi lanza hasta haberte conquistado del todo.

El movimiento de su pelvis se cortó en seco, al igual que sus jadeos.

—¿Me estás rechazando? —preguntó incrédula.

¡Mierda! ¡Debería haber esperado, limitarme a un beso de buenas noches hasta que pudiera cumplir de verdad! Resoplé maldiciéndome por mi falta de control.

—No te rechazo, princesa, recuerda que te dije que debíamos ir despacio. Déjame conquistar el castillo a mi manera.

Sus piernas se desenroscaron automáticamente de mi cintura y buscó mi mirada con la suya.

—¿Y consideras que comerme las tetas y follarme con los dedos es ir despacio? ¡Por el amor de Dios, Andrés! ¿En qué colegio estudiaste? ¿Me puedes decir cuál es la diferencia de que me corra en tus dedos a que me corra contigo dentro? Las compuertas del castillo acaban de cerrarse por la ineptitud del caballero.

«¡Pues que tengo una infección causada por un pelo tuyo que le impide al caballero follarte con la lanza!», quise gritarle, pero me aguanté mordiéndome la lengua. No quería discutir en un momento como ese. Por favor, si tenía tantas ganas o más que ella de acabar entre sus piernas. Traté de calmarme y convencerla de otro modo. Era abogado, debía tener argumentos suficientes para defenderme.

—Escúchame. Tal vez para ti no haya diferencia en que te posea con mis dedos o con mi lanza, pero para mí sí. Necesito un ritmo más tranquilo, ir paso por paso, pero no quiero que la noche termine así. Vamos, déjame complacerte y, de aquí a unos días, veremos si la cosa avanza y vamos más allá en la conquista del castillo.

Me dio un empujón y se recolocó el vestido.

—Ni castillo ni conquista ni leches. Si te piensas que me voy a quedar de brazos cruzados esperando a que decidas cuándo es el momento, vas dado. Quizás acabe de darme cuenta de que

no me apetece ser el castillo que ni pincha ni corta. Ahora a quien no le apetece ir más allá es a mí. Las compuertas se han cerrado y dudo que se abran de nuevo. Buenas noches. —Pasó por mi lado con paso airado.

—¡Espera!

Se dio la vuelta e hizo un último intento para mostrarme su determinación.

—¿Piensas follarme? —Agaché la mirada sin poder contestar—. Lo suponía. Que lo pases bien jugando con tu lanza.

Dio un portazo metiéndose en el cuarto y yo me maldije por haberme puesto aquellos calzoncillos que ahora me estaban jugando una mala pasada.

¿A quién pretendía engañar? Hubiera dado un brazo por estar bien y poder acostarme con ella. Era la noche ideal, todo había salido perfecto y no podía culminar de otro modo que con nosotros dos haciendo el amor. Pero no, no podía ser, porque a mi polla le había dado por infectarse. Todavía me dolía, y eso que no me saltaba ni un maldito sobre para que se curara lo antes posible.

No podía cumplir como Esmeralda merecía y me avergonzaba contarle la verdad. Prefería quedar como un imbécil de principios elevados que como un capullo con un pelo clavado.

A ver ahora cómo me libraba del calentón. Si es que era un desgraciado.



Harta, así era como me tenía Andrés. Me preparaba la noche perfecta para después dejarme en la estacada. Pero ¿cómo se podía ser tan necio?

Había pasado el jueves entero fuera del piso porque tenía una reunión con las chicas para preparar la próxima inauguración de uno de los salones *premium* de La Vane. Faltaban meses, pero iba a ser algo inolvidable que requería de mucha anticipación. Íbamos a abrir en un centro lúdico-nocturno de alto *standing* donde encontrabas desde restaurantes, discotecas, *spa* y peluquería hasta un lugar de encuentros liberal de lo más selecto.

Lo había montado un conocido de Nani, que movió hilos para que fuera Vanessa quien abriera uno de nuestros centros allí. Yo era accionista minoritaria de la empresa, al igual que Lorena o Borja. La Vane tenía el cincuenta y uno por ciento de las acciones, mientras que nosotros nos repartíamos el cuarenta y nueve restante.

Pero nos bastaba y nos sobraba con aquel porcentaje teniendo en cuenta lo bien que iba el negocio y que cada uno tenía sus cosas aparte de eso. Vanessa era la que llevaba la voz cantante y lo gestionaba prácticamente todo, así que no podíamos quejarnos.

Fuimos a visitar el local, que estaba quedando divino, y conocimos al propietario. Era para

morirse y subir al cielo. ¡Jesús, pedazo de hombre! Y terminamos comiendo con Giovanni y su mujer, Ilke, que era tan rabiosamente perfecta como él y con la que tenía muchísimas cosas en común. Era diseñadora y tenía una cadena de ropa para morirse del gusto.

Parejas así deberían estar prohibidas. Me moría de la envidia, sobre todo, al pensar en mi noche fallida.

Vanessa me animó a que no me complicara la vida con Andrés. Si no espabilaba, lo mejor era que me diera una alegría.

Ambas visitamos la tienda de Ilke y no pude evitar llevarme el conjunto perfecto para la noche. Me dijo que me lo regalaba si a cambio posaba con él en redes. Por supuesto que le dije que sí y, de paso, a La Vane le regaló otro.

Nos fuimos a tomar algo. Borja tenía un desfile y se había tenido que marchar, y Lorena seguro que ya le estaba dando brillo a la zambomba de César. Qué hartura de enganche tenían ese par, aunque debía reconocer que también me daban cierta pelusilla.

—Esta noche lo vas a petar con esa ropa en casa del ruso buenorro. Olvídate del sieso de Andrés y zúmbatelo. Ya sabes que lo quiero mucho, pero no es justo lo que te está haciendo. Su ex lo dejó medio tarado y te acabará arrastrando en el camino —me advirtió.

—No sé. Es cierto que está bueno, pero no me veo acostándome con él.

—¿Porque es mayor para ti? Pues entonces quédate a su fiestecita del cuero y busca alguno que te domine un rato.

—Ay, Vane, es que dudo mucho que me vaya ese rollo, aunque haya soñado con ello. No me veo atada y recibiendo azotes.

—Pues entonces busca un sumiso y domínalo tú, así puedes ordenarle lo que te apetezca y no se negará a nada. A Andrés le vendrá de perlas un baño de realidad, que no se crea que te tiene comiendo de la palma de la mano. Ha de ver que puede perderte en cualquier momento si no espabila.

—Sé que dirás que soy idiota, pero es que, pese a todo, el que me gusta es él —admití resignada.

—Genial, me parece perfecto, pero yo no te estoy hablando de casarte o comprometerte con otro, solo de darle algo de alegría al cuerpo y echar un polvo. Lo necesitas y si él no se siente preparado... Pues no pasa nada, porque no tenéis nada salvo un magreo de críos de instituto. Te lo pasas bien con otro, te relajas un poquito, recibes tu dosis de sexo completo y decides si te apetece esperar a que te salgan arrugas hasta que el hermano estrellado se decida o prefieres unirte a la liga de los que disfrutamos sin comeduras de olla y con una buena polla. Así de fácil. —Me acaricié las sienes. A veces me gustaría cambiarme con ella y ser tan desenfadada en cuanto al sexo. En una época fui un poco así, no me planteaba nada más que pasar un buen rato, pero parecía que algo había cambiado en mi interior. Nunca me había costado tanto tomar una determinación, supongo que porque las personas con las que me había acostado no me gustaban

tanto como Andrés y no sentía nada por ellas—. No has de tomar la decisión ahora. Ve a cenar, diviértete y después haz lo que te apetezca. Lo que decidas bien estará.

Abracé a mi amiga completamente agradecida porque me escuchara y tratara de ayudarme.

—¿Qué haría sin ti?

—Pues que te volvería a crecer el himen, porque a este paso es lo que te va a suceder. Leticia Sabater se lo reconstruyó, pero a ti no te hará falta a este ritmo.

—Serás bruta —le dije dándole un cachete.

—Mmmmm, ¿ves cómo se te da bien lo de dominar? Eso es, nena, dame un poco más fuerte. —Agitó el trasero y yo me eché a reír.

—¡Anda, largo, que me voy al piso a cambiarme! No quiero llegar tarde a la cena y ya sabes que tardo una eternidad en la puesta a punto.

—Pues venga, lárgate, que la que sigue aquí rajando sin parar eres tú. Ya me contarás que tal la noche.

—Eso te lo garantizo. —Le di un pico y me marché corriendo a por mi moto. Tenía el *look* perfecto y pensaba ponérmelo.

Di una vuelta frente al espejo de mi habitación, el atuendo era arriesgado, pero me quedaba de infarto.

Era un corsé negro de cuero que se abrochaba delante con varias cintas y hebillas que lo cruzaban de lado a lado realzando mi busto.

En la parte de abajo, llevaba una falda del mismo material que tenía algo de vuelo y era más corta por delante que por detrás.

Me puse unas medias de liguero, a cada paso, dejaban ver algo de la puntilla y unas botas de tacón de aguja de caña alta, tipo mosqueteras, que cubrían mis rodillas.

Me recogí el pelo en una cola alta y tirante que despejaba mi rostro, empujando los ojos hacia el techo, y que se balanceaba acariciando mi espalda desnuda. Delineé los ojos en negro profundo y apliqué rímel en el mismo tono para espesar y alargar las pestañas al infinito.

El conjunto era poco más que impactante.

Cuando salí del cuarto, Andrés entraba por la puerta y se quedó petrificado al verme.

—¿Le han cambiado la fecha a Halloween y no me he enterado?

Tensé una sonrisa sin vida.

—Creo que sí, es por eso por lo que aparqué el palo de mi escoba en tu culo. ¿Serías tan amable de dármelo?, voy a salir con el aquelarre.

Él resopló.

—Venga, no te enfades, era broma. ¿Te has vestido así para alguna de tus sesiones o es cierto que sales?

—No me he vestido así para ninguna sesión, aunque no te niego que he subido fotos con el atuendo. Si me he puesto esta ropa, es porque salgo a cenar.

Se cruzó de brazos, no parecía molesto o enfadado.

—¿Qué pasa, que no has tenido bastante con comer con las chicas que también tienes que cenar con ellas?

Ahora era el turno de ver cómo su expresión cambiaba.

—¿Y quién te ha dicho que vaya a cenar con ellas? —La sonrisa se le borró de golpe—. Mira, Andrés, no te debo explicaciones. Ayer lo probamos y no salió bien, así que hoy he quedado con alguien que sí quiere mi compañía.

—¿Así que hoy te vas a cenar con otro a ver si te sale mejor?

Me mordí el interior del carrillo meditando la respuesta. Si quería darle celos, era la mía.

—Exacto. Ya te lo dije, no me gustan los juegos y cuando estoy contigo, me siento un juguete, una marioneta a la que pretendes manipular, y a mí no me maneja nadie. Ya soy mayorcita para dejar que un tío pretenda mover mis hilos.

—¡Yo no pretendo manejarte!

Avancé con seguridad hacia él, me puse a escasos centímetros de su cara y le dije con determinación:

—¿Si me quedo me follas? Es así de simple, responde. —Vi cómo el gesto se le torcía e inmediatamente supe la respuesta—. Lo imaginaba. Que pases una buena noche, Andrés. Por cierto, he decidido dejarte la escoba, ya que parece que le has cogido mucho cariño. Vigila, no vayas a sentarte, te salga por la boca y te estropee la velada. —Lo vi apretar los puños, pero no respondió. Mejor así, tampoco pensaba darle opción a réplica.

En cuanto bajé a la calle, mi taxi ya estaba esperando. Miré hacia la ventana y creí ver su silueta, aunque poco importaba, pues ya me había decidido. Iba a relajarme y a disfrutar.

Lo que más me molestaba de la indecisión de Andrés no era el sexo en sí, sino que estuviera tan cagado de miedo que no quisiera apostar por mí. Me había dejado bien claro que no quería ir más allá por terror a que no funcionáramos y eso solo podía querer decir que para él no estaba a su altura.

Yo estaba dispuesta a arriesgar y él no. Me sentía del mismo modo que con mi padre, siempre tratando de demostrar que era válida y haciéndome sentir que no era suficiente.

Pues si no lo era, que buscara a doña perfecta, que yo me iba de cena.

Capítulo 13



En cuanto llegué a casa de Luka, tuve la necesidad de respirar unas cuantas veces antes de llamar.

Como las veces anteriores, Adán fue el encargado de darme la bienvenida y hacerme entrar.

—Buenas noches, señorita Martínez.

—Buenas noches, Adán.

—El señor la está esperando en el salón, si me permite que la acompañe.

—Sí, claro. Eres muy amable. —Estaba acostumbrada a ese tipo de formalismos, pero no por parte de alguien tan joven—. ¿Llevas mucho trabajando para Luka? —pregunté para que el camino no se desarrollara en un silencio incómodo.

—Unos dos años.

Me sorprendió porque no aparentaba más de dieciocho. Igual era de esos chicos que parecían tener menos edad o tal vez compaginaba los estudios con el trabajo o, simplemente, no quiso seguir estudiando. Iba a seguir preguntando, pero ya habíamos llegado y las teclas del piano emergían empujándome hacia la melodía.

Escuchar *Claro de Luna* me hizo sonreír, llevándome en volandas hacia la sala del piano.

Mi anfitrión estaba sentado, vestido de negro riguroso y con una pajarita que resplandecía, hoy parecía un concertista en toda regla.

No tenía los ojos cerrados, así que me miró muy complacido, como si le agradara mucho el atuendo que había elegido. El esfuerzo había merecido la pena.

—Buenas noches, *sládkaya*. Ven, siéntate a mi lado —sugirió sin dejar de tocar.

—Buenas noches, Luka. —Me acomodé en el banco, contemplando con avidez el bajar y subir de las teclas bajo los fuertes dedos.

—¿Tocas?

Me ruboricé un poco.

—Hace tiempo que no, pero tampoco tengo tu maestría —admití sin vergüenza.

—¿Conoces la pieza? —Asentí—. Pues toca conmigo.

—La estropearé.

—Lo dudo y si fallas, yo te cubriré. —La voz ronca produjo un escalofrío que me puso el vello de punta, pero acepté gustosa la invitación.

Coloqué las manos sobre las piezas de marfil y me dejé llevar por el momento. Parecía que hubiéramos tocado toda la vida juntos. Él ni siquiera miraba dónde ponía los dedos y yo no podía apartar los ojos de nuestras manos; las suyas, tan grandes y las mías, tan delicadas. Fue mágico.

Cuando la última nota fluctuó entre nosotros, nuestros ojos se buscaron sonrientes y sus labios descendieron. Pensaba que me iba a besar y lo hizo, pero no en los labios, sino en la frente.

Fue un beso de lo más fraternal y cariñoso, el que te daría un familiar o, en este caso, un viejo conocido de tu madre.

—Gracias, *sládkaya*. Ha sido un regalo maravilloso compartir esta pieza contigo, ojalá no sea la única vez que tocamos algo juntos. ¿Tienes hambre?

Se me había cortado el apetito, pero no iba a decir que no, después de todo, me había invitado a cenar.

—La suficiente como para compartir una velada agradable contigo.

Él parecía satisfecho con mi respuesta.

—Pues vayamos al comedor. Y déjame decirte que el atuendo que has elegido no podía sentarte mejor ni ser más adecuado.

—Me alegro de que te guste. Es de una diseñadora barcelonesa, me lo regaló para que lo luciera expresamente esta noche. —Sentía la necesidad de complacerlo.

—Entonces, ¿te has vestido así para mí? —inquirió tendiéndome la mano para ayudarme a salir del banco.

—Podría decirse que sí.

—Me siento muy halagado. —Sonriente, pasó mi mano por su brazo—. ¿Te apetece que te muestre la casa antes de cenar?

Hacer algo de tiempo para abrir el apetito me pareció bien.

—Estaré encantada. ¿Me permites que nos haga una foto para subirla a redes? Le prometí que luciría su atuendo y le haría publicidad.

—Por supuesto, nada me haría más ilusión que fotografiarme junto a ti, será un placer aparecer a tu lado. ¡Adán! —gritó para que el muchacho apareciera y tomara la imagen.

Paseamos agarrados del brazo por las estancias, con su mano acariciando la mía en reiteradas ocasiones, como si no pudiera dar crédito a tenerme ahí con él. Era de locos, pero esa era mi percepción. Aluciné con la exquisita decoración y las obras de arte que aparecían en cualquier rincón.

Al pasar frente a una puerta que permanecía cerrada, creí escuchar un llanto de bebé.

—Eso es...

—La doctora Miller y su... «amiga».

Recordé el funeral de mi padre y a la chica embarazada que acompañaba a la doctora. Por el tono en el que dijo amiga, interpreté que eran amantes. Tal vez se habían sometido a un tratamiento de fecundidad o algo así...

—¡Oh, sí! La conocí en el funeral. ¿Cuándo ha tenido al bebé?

—Hoy mismo —murmuró pasando de largo y retomando el camino de regreso.

No podía soltar algo así y esperar que no preguntara, ¿no?

—¿Puedo ser indiscreta?

Luka me miró curioso.

—Adelante.

—Ellas son pareja, ¿verdad?

Mi anfitrión me mostró una sonrisa velada.

—Se acuestan juntas, el término pareja es un tanto relativo. Digamos que querían ser madres. La doctora no era la candidata más adecuada por edad, así que... su «chica» era la opción más lógica y me ofrecí como donante. Por eso están aquí, se acercaba el momento del parto y quisieron que estuviera presente.

Hice una «o» muy pequeña con los labios.

—Entonces, ¿usted es el padre?

Petrov negó.

—Yo soy el donante y ellas son las madres.

—Comprendo. No quiere saber nada del bebé.

—Ese bebé no es mío, solo he ayudado a dos personas que de otro modo no podrían haberlo tenido. ¿Ves mal que haya hecho algo así?

—No, al contrario. Me parece muy generoso por tu parte, pero tal vez hoy no era el mejor día para que viniera a cenar teniendo en cuenta el nacimiento.

—Hoy es el mejor día. Ese bebé se ha engendrado con mi esperma, pero es su hijo. Yo solo he colaborado, no voy a ejercer como padre de la criatura. En cuanto estén listas para viajar, se marcharán de esta casa. Mañana, pasado... cuando ellas lo crean conveniente. Hay suficientes habitaciones para todos.

Asentí. Cada uno era muy libre de hacer lo que quisiera.

Entramos en el comedor, que era una maravilla, y me recordó al espacio donde la Bella y la Bestia bailaban la primera vez. Tenía forma circular y una enorme cristalera que daba al jardín.

La mesa era larga, pero, en vez de sentarnos a los extremos, apartó la silla que quedaba justo al lado de la cabecera para que permaneciera a su derecha.

—No me gusta gritar mientras como —dijo a modo de explicación, apuntando a la distancia que había entre los extremos. Por lo menos, allí cabían unos dieciséis comensales. Adán apareció portando un vodka para Petrov y mi cóctel predilecto—. Brindemos por los grandes encuentros y las maravillosas sorpresas que te da la vida.

Casi me pongo a cantar *Madre Tierra* de Chayanne ante el brindis.

La cena fue tranquila. Luka parecía muy interesado en mi vida y mis proyectos de futuro. Creo que nadie me había escuchado jamás con la atención que lo hizo él. Parloteaba sin parar y no dejaba de lanzarme preguntas, así que pocas pude hacerle a él.

—Voy a reventar, estaba todo delicioso —admití llevándome las manos al vientre—. Vigila, no salga una hebilla disparada y te dé en un ojo. No estaría bien dejar tuerto al anfitrión después de este impresionante banquete. —Rio con aquella risa profunda que lo caracterizaba—. ¿Ellas no bajan a cenar? —Me sorprendió que cenáramos solos habiendo más gente en casa.

—Hoy es un día especial para la doctora Miller, prefieren vivirlo con intimidad. Y ya habrán cenado en su cuarto. Tal vez la veas después en la fiesta, suelen gustarle mucho este tipo de eventos y no creo que se lo pierda. Eso teniendo en cuenta que quieras quedarte, claro.

—Ya veremos. —Estaba algo acalorada, había bebido un par de cócteles mientras

esperábamos la cena y después cayó una botella de vino.

—No falta mucho para que lleguen los invitados.

—Es que yo no juego en esa liga, ya le dije que lo del collar era una larga historia. Bueno, más bien una *performance* para el discurso que di en la gala infantil sobre la esclavitud —aclaré soltando una verdad a medias.

—Lo vi. Estuviste magnífica, si me permites decirlo.

—Gracias. Yo no te vi, ¿dónde estabas?

—No fui, lo busqué en internet. Aunque, de haberlo sabido, habría ido; me gusta colaborar en este tipo de actos. Más bien sentí curiosidad hacia tu persona el otro día, tras tu visita, y no pude evitar buscarte.

Solté una sonrisita.

—No me creerás, pero yo hice exactamente lo mismo la otra noche: busqué información tuya por internet. Qué bochorno. —Me cubrí el rostro con las manos y él me las apartó.

—Conmigo no has de sentir vergüenza, *sládkaya*. La curiosidad es una cualidad innata de las personas inteligentes, las que no se conforman con lo que se ve a simple vista, las que van más allá. Puedo preguntar ¿qué buscaste?

—Nada en concreto, solo tecleé tu nombre. Quería saber algo más de ti y me aparecieron un montón de mujeres hermosas, fiestas, galas benéficas. Al parecer, no vives nada mal. Además de ser presidente de una empresa de tecnología punta, eres mecenas de muchos artistas.

—Vaya —suspiró pensativo—, pues sí que dice cosas de mí internet.

—Seguro que muchas menos que de mí.

—Eso es cierto, aunque en las redes solo vemos lo que se quiere mostrar. Es el escaparate de los tontos. No me malinterpretes, me refiero a que se tiende a enseñar lo que uno quiere que crean los demás, pero la verdad está en un lugar muy distinto. —Escuché su interesante reflexión, que era bastante cierta—. A veces, es difícil discernir entre lo que es cierto y lo que no.

—En eso estoy muy de acuerdo. La gente tiende a juzgar por una simple imagen, pero no se detiene a mirar en el interior. Frivolizan, etiquetan y se limitan a hacerse una idea de lo que eres sin conocerte de verdad.

—Pero, aun así, tú has sido capaz de conectar con muchísima gente. Tienes un don innato para convencer, habrías sido una gran líder política. ¿No te atrae la idea de dirigir a la masa hacia un mundo mejor? Son pocos los privilegiados que tienen el don para ello.

—Bueno, me conformo con pensar en que estoy contribuyendo a concienciar a muchas personas a través de mis discursos, lo que expongo en mis páginas y la asociación que quiero

montar.

—Ah, sí, la de los chicos inadaptados. He leído sobre tu proyecto, me parece encomiable. Adán es un caso parecido. —Pensé en el chico de la entrada—. Le ofrecí trabajar para mí en un momento donde se sentía perdido, le habían arrebatado todo lo que tenía, su hogar. Ahora es feliz a mi lado. Tiene una casa, comida, fiestas donde a veces participa y un mundo de posibilidades abiertas.

—¿No tiene familia? —pregunté.

—Solo a mí.

—Como yo.

—Exacto, tú también me tienes a mí.

Lo miré sin comprender, yo me había referido a que no tenía familia como el chico.

—¿Perdón?

Su mano cubrió las mías.

—No quiero ser brusco y no sé cómo ser más suave para contarte lo que te quiero decir. Espero que me disculpes si no lo hago del modo más adecuado, porque no estoy habituado a que me ocurran estas cosas. —¿De qué hablaba? ¿Se me querría declarar? Por favor, que no fuera eso. Me caía muy bien, pero no quería nada sexual con él—. Me da miedo tu reacción, pero, ante todo, quiero que sepas que yo no sabía nada de todo esto.

Estaba desconcertada, ¿qué era lo que no sabía?

—¿A qué te refieres?

—Tu madre y yo tuvimos una aventura.

Eso sí que no lo vi venir, casi me deja sin aire.

—¿El otro día te lo pregunté! —le reproché.

—No, tu pregunta fue si tu madre me dijo alguna vez si tenía un amante.

Cerré los ojos.

—Vale, igual no fue la pregunta correcta, pero podrías haberme dicho que tú sí te acostabas con ella.

—No quería hacerme falsas ilusiones contigo. Discúlpame, seguramente fui un egoísta, pero es que me enamoré tanto de tu madre que no podía imaginar que algo así fuera a ocurrir. La quería sobre todas las cosas, le pedí que dejara a Pedro y se viniera conmigo, le ofrecí mi mundo y lo rechazó. Para ella, solo era un paréntesis en su vida, aunque para mí no lo fue. Verte en la fiesta

fue un *shock*. Sois como dos gotas de agua y cuando me hiciste ver que podías ser mi hija, necesité asimilarlo. Encargué una prueba en un laboratorio de ADN para cerciorarme antes de enviarte el mensaje.

—¿Sin mi consentimiento? —No estaba segura de cómo debía sentirme.

—Seguramente no debería haberlo hecho así, pero estoy habituado a ir por el camino más rápido. Tomé uno de los cabellos que se enredaron en el botón del puño de mi camisa al besarte.

Recordé el tirón de pelo.

—Lo recuerdo. Vale, igual no fue la mejor vía y deberías haberme pedido permiso, pero ¿cuál fue el resultado? —Se levantó de la mesa, fue hacia una mesita auxiliar y sacó una hoja de papel que me tendió. La miré y después a él, otra vez al informe y a él—. ¿E-eres mi padre? —tartamudeé.

—Eso parece. —Noté cómo la tensión desaparecía y, tras un estallido de mi corazón, caía a un pozo negro de oscuridad.



Esmeralda se había desmayado de la impresión.

Me levanté corriendo, la cogí en brazos y la llevé a mi cuarto. Llamé a Chantal para que la revisara, aunque en pocos minutos ya la tenía de vuelta.

—¿Qué ha ocurrido?

La doctora Miller le había colocado un tensiómetro para asegurarse.

—Nada, tranquila, estás un poco baja de tensión. Te sobresaltaste y te has desmayado. Ahora le pediré a Adán que te traiga algo para que te la suba. En unos instantes estarás bien, yo me ocupo —murmuró dejándola a solas conmigo. Esmeralda me miraba preocupada.

—*Sládkaya*, ¿te sientes bien? —Todavía parecía desubicada, era lógico después de una noticia como la que le había dado.

—Imagino que necesito adaptarme a la buena nueva. Lo normal no es que a una le asesinen a un padre y le entreguen a otro, como si fuera el de recambio, de la noche a la mañana.

Le sonreí paciente sentándome a su lado. El colchón se hundió bajo mi peso.

—Tal vez no fue buena idea decírtelo tan de golpe, debería haber sido más sutil. —Agaché la cabeza pensativo, ¿me habría precipitado?

—No, está bien. —Esmeralda colocó su mano sobre mi antebrazo y levanté los ojos hacia ella.

—Te prometo que nunca sospeché de tu existencia. La historia con tu madre no duró demasiado y, tras decidir que quería regresar con Pedro, yo no quise interponerme e insistir.

—Creo que ella tampoco sabía que tú eras mi padre, debió pensar que era hija de su marido y él tampoco se lo confesó ni aun sabiendo la verdad.

Asentí.

—Eso mismo pensé yo.

Chantal llamó a la puerta y Adán entró con una taza de té y algo de chocolate negro.

—A mi hija no le gusta el chocolate negro —interrumpí de mal humor. Me sorprendió que Chantal no lo recordara cuando precisamente se lo había dicho hacía nada. La doctora cogió las onzas y las mordisqueó, mirándome con una suave sonrisa en el rostro y una ceja alzada. Ahora lo comprendía, las mujeres siempre van un paso por delante.

Miré de soslayo a mi hija, que me observaba entre sorprendida y agradecida.

«Bien jugado, Chantal», pensé para mis adentros. Con ese pequeño gesto, había logrado que Esmeralda se diera cuenta de que me importaba hasta el punto de conocer esos detalles de su existencia.

Adán dejó la taza sobre la mesita e hizo una pequeña reverencia antes de retirarse.

—Os dejo a solas, imagino que querréis intimidad. Si me necesitáis, estaré abajo. En diez minutos empezarán a llegar los invitados, pero no os preocupéis, yo me encargo de la fiesta. Esmeralda, tómate el té, te hará bien para la tensión.

—Sí, doctora. —Cogió la taza, sopló y dio un primer sorbo tras el cual la depositó sobre el plato.

—Gracias —le agradecí, tanto por lo del chocolate, como por ocuparse de los asistentes.

—Enhorabuena a ambos. Me alegra que os tengáis el uno al otro. Noticias así siempre son bien recibidas. Disfrutadla, queridos.

Regresé la vista hacia la hermosa mujer que estaba tendida en mi cama. Le había aflojado ligeramente las hebillas del corsé para que pudiera respirar mejor, su pecho subía y bajaba en una cadencia lenta. Me recordaba tanto a su madre. Volví a sentarme a su lado.

—Eres tan bella como ella —aseguré sin poder contener mis dedos, que volaron a su mejilla —. Mirarte es como viajar en el tiempo. Eres un regalo concedido cuando lo creí imposible. — Ella emitió una sonrisa trémula—. Hay tantas cosas que quiero contarte que no sé ni por dónde empezar. Tengo miedo de abrumarte y que desaparezcas tal y como has llegado a mi vida.

—No pienso hacer eso, yo también siento curiosidad y quiero conocerte.

—Me alegra oírlo. Puede que te suene precipitado, pero me gustaría que te plantearas venir a vivir aquí. Sé que ahora estás conviviendo con tu abogado y lo entiendo, no debe ser fácil regresar a la casa donde ocurrió aquel terrible crimen. —Abrió los ojos sorprendida—. Hay infinidad de habitaciones, tendrías tu parcela de intimidad. Te juro que no te molestaría, pero quiero recuperar el tiempo perdido y que nos conozcamos mejor.

—Luka, yo... no sé qué decir.

—No has de decir nada, solo piénsalo. Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para cuando quieras mudarte a ella.

—Ahora mismo estoy en proceso de venta de la casa de mi padre. He mirado un ático que quiero comprar y, además, tú me dijiste que solo ibas a estar una semana. ¿Me equivoco?

—Cierto, pero mi vida acaba de cambiar. Voy a postergar mi viaje a San Petersburgo. Tal vez quieras acompañarme cuando vaya, así verías la casa que tenemos allí, es mi residencia principal. Bueno, ahora nuestra.

Giró el rostro.

—Eres muy amable, pero no puedo. Tengo que firmar los días uno y quince de cada mes hasta que tenga lugar el juicio. Además, me han retirado el pasaporte, así que no puedo ir a Rusia.

Sentí rabia. La pataleta de Chantal de querer eliminar a Martínez y a todos los que hicieron que Benedikt y Sandra estuvieran en la cárcel ahora perjudicaba a mi hija. Tal vez debiera sacrificar a algún peón para que ella quedara en libertad, pensaría sobre ello.

—Seguro que todo se aclarará pronto, no te preocupes. Haré un viaje exprés y regresaré. Ahora lo más importante para mí eres tú.

La vi algo sobrepasada.

—No quiero que cambies tu vida por mí —musitó.

—Puede que te suene fuerte, pero ahora mi vida eres tú. —No era cierto, solo en parte, pero no era tonto y sabía que frases como aquella ablandaban a las mujeres.

—Han sido demasiadas emociones juntas —admitió—. Aunque conocerte también es muy importante para mí.

—¿Por qué no descansas? Quédate esta noche a dormir y mañana hablamos con tranquilidad. Imagino que no te apetecerá unirme a la fiesta y yo no puedo pasarme toda la noche aquí, aunque te confieso que me encantaría. Pero quedaría muy raro que el anfitrión no estuviera presente y no me gustaría quedar mal con los invitados. —Sobre todo, porque había muchos donantes a la causa a los que debía saludar.

—¿No te importa que me quede? No quiero sobrepasar los límites, igual sería mejor que me marchara al piso.

La tomé de las manos.

—Para nada. Descansa, *sládkaya*, duerme tranquila. Yo me encargaré de que nadie entre en esta habitación. Ponte cómoda. Hay ropa mía en el armario, usa lo que quieras y mañana retomamos la conversación donde la dejamos. ¿Te parece?

Sonrió con dulzura. Yo me aproximé para besarla de nuevo en la frente y me incorporé para salir.

—Gracias, Luka. Disculpa si todavía no me siento con fuerzas para llamarte papá.

—Lo harás cuando lo sientas, no sufras, yo me encargaré de que sea así. Ahora reposa, mañana será otro día.

Me levanté y salí de la estancia. Tenía a mi heredera en casa, el primer paso ya estaba dado. Ahora solo debía ganármela, y eso iba a ser muy fácil.



Abrí los ojos sintiendo una extraña languidez. El cuerpo me hormigueaba, me había despertado deseosa de sexo, ávida de él.

Mi vagina estaba tensa, mis pezones, rígidos y un desconocido calor se paseaba indolente por mis extremidades adueñándose de mi anatomía.

No me había cambiado de ropa, pues, tras la salida de Luka, lo único que hice fue tomarme la taza de té como me había dicho la doctora. Me quedé sumida en mis pensamientos hasta caer rendida al sueño. Era como despertar de una siesta completamente excitada. Me puse frente al espejo, arreglé mi atuendo y apreté las correas. Con el simple roce del cuero, me oí jadear. ¿Qué me ocurría, tan necesitada estaba?

Salí al pasillo. Se escuchaba música en la planta baja, era *Summertime* de Ella Fitzgerald. Esa canción siempre se me había antojado muy *sexy*, aunque originariamente era una canción de cuna de la ópera *Porgy and Bess* de George Gershwin. La voz de Ella con esa alma negra y los acordes que te acercaban al *jazz* más puro me hacían contonearme bajo su influjo.

Bajé por las escaleras y me encontré a algunos invitados que disfrutaban en ellas.

Dos sumisas estaban arrodilladas completamente desnudas con pinzas en los pezones y una trenza ladeada. Miraban al suelo sin moverse, aunque una vara de madera flexible golpeaba la blanca piel de sus nalgas. Zas, zas. Los golpes caían indolentes al ritmo de la música mientras

ellas mordían sus labios presas del placer más genuino, pero sin mover un solo músculo.

El amo llevaba pasamontañas, lo que le daba un aire más tétrico a la escena. Era corpulento, portaba un arnés en forma de X cruzándole el pecho y pantalones de cuero.

Me miró satisfecho cuando vio que fijaba la mirada en las marcas rojizas que destacaban en la nívea piel de las chicas, pero no dijo nada cuando pasé por su lado en dirección al salón.

En el pasillo, un chico con una figura que me recordó a Adán estaba siendo sodomizado. Sus jadeos reverberaban rebotando contra las paredes, lo que provocó que mi vagina se contrajera. Giró el rostro y sus ojos impactaron contra los míos. Era él, el sirviente de mi padre, con las manos apoyadas en la madera, las nalgas separadas, su miembro erecto y un hombre, que debía sacarle treinta años, penetrándolo con contundencia.

La imagen me impactó, pero tampoco dije nada. Parecía estar disfrutando y cada cual era muy libre de hacerlo a su manera.

Seguí mi andadura en aquel oscuro entorno. Era tan diferente ver aquellas escenas en directo que en los vídeos de internet.

En el salón, el olor a sexo y piel me abofeteó impasible. Mis ojos no daban abasto ante la multitud de escenas que sucedían dejándome descolocada. Los plañidos, gritos y gruñidos se mezclaban indolentes con los golpes de látigos, palas y fustas. Todo aderezado con el *jazz* más desgarrado que hubiera oído nunca.

Caminé hacia la barra sin dejar de observar y pedí un *old fashioned* con la lujuria apoderándose de mí. ¿Verdaderamente me excitaba lo que veía? Mi cuerpo parecía reaccionar distanciándose de mi cerebro, como si uno bailara tango y el otro, vals.

—¿Ama o sumisa? —preguntó una voz masculina a mi espalda.

¿Por qué contesté? ¿Qué me empujó a hacerlo? No lo tengo claro, pero me descubrí dándome la vuelta y diciendo:

—Ama. —Delante tenía a un chico atractivo que parecía bastante más joven que yo. Su cuerpo era bonito, fino, elegante, cuidado. El cabello color miel caía sobre sus hombros y sus ojos avellana eran muy dulces.

—Lo imaginé —sonrió agachando levemente la cabeza.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Son cosas que se saben. La energía que desprendes no es de sumisión, aunque no quería equivocarme, siempre suelo preguntar.

—¿Y tú eres?

—Jordan, sumiso —expresó agachando ligeramente la cabeza.

—¿Y tu ama, Jordan? —pregunté alargando la conversación.

—Vine a la fiesta sin ama. Hace poco que he descubierto este mundo y esperaba encontrar a una que me gustara lo suficiente para obedecer esta noche.

Tragué con fuerza. Su mirada caliente me indicaba que había elegido.

—¿Estás sugiriendo que sea yo?

Elevó las comisuras en una sonrisa trémula.

—Me gustaría mucho si estás dispuesta a ello. —Pensé en mi amiga, en su insistencia ante la posibilidad de que experimentara. Después en Andrés, en su negativa a acostarse conmigo y ahora en el anhelo que parecía sentir mi cuerpo frente a esa realidad tan distinta a la mía. El chico era guapo, para qué negarlo, y el hormigueo se volvía cada vez más persistente. Me mordí el labio sin saber muy bien qué decir o hacer—. ¿Me deja que le muestre mis capacidades, ama...? —alargó la palabra buscando que le diera mi nombre.

—M. —Mi boca parecía decidir por mí.

—M —reiteró—, entiendo que se sienta reticente a hacerse cargo de un sumiso sin experiencia, pero mírelo por el lado bueno: podrá moldearme a su gusto. Haré todo lo que desee, quiero complacerla, respiraré para hacerla feliz.

Yo estaba sentada en un taburete y él se arrodilló y tomó mi pierna. No recordaba haberme quitado las botas, ni tan siquiera pensé en ponérmelas cuando bajé por las escaleras. No solía ser tan despistada, ¿qué me pasaba?

Sus hábiles dedos masajearon mi pie derecho, arrancándome un suspiro de gusto y las manos ascendieron por mi pierna hasta alcanzar el borde de la media y hacerla descender por ella. El simple gesto se me antojó muy erótico y lancé un gutural gemido cuando introdujo el dedo gordo del pie en su boca, succionándolo y lamiéndolo como si se tratara de mi sexo.

En otro momento, me hubiera horrorizado el simple hecho de imaginar a alguien chupándome el pie, pero Jordan lo convertía en un gesto altamente erótico y sensual. Pasó la lengua a lo largo de toda la planta y mis fluidos empaparon mi ropa interior. Después, por el empeine y adoró cada recoveco con su lengua y sus dientes, colocando mi otro pie sobre su abultada erección para que notara el efecto que causaba en él.

Apoyé el cuerpo contra la barra y lo dejé hacer. Me gustaban aquellas caricias húmedas y lentas.

Cuando repitió la operación con la siguiente pierna, no me opuse. Estaba perdida en un desconocido éxtasis que me envolvía, tenía los muslos separados, el perfume picante de mi necesidad reptaba hasta mis fosas nasales y, por ende, a las suyas.

Chupó con determinación todos y cada uno de mis dedos, de un modo tan voluptuoso, tan

lujurioso que mi mano descendió abandonada a mi entrepierna para acariciarla y perder mis dedos entre los pliegues.

Los notaba chapotear, hurgar entre mis jugos buscando complacer la comezón instalada entre mis muslos. Me daba igual que me estuviera viendo, creo que incluso me ponía todavía más. Movía las caderas contra la mano pensando en esa lengua que estaba en otro punto de mi anatomía. Bombeé con fuerza y estallé en un orgasmo que me sorprendió barriéndome por completo. Estaba segura de que mi grito se habría oído en toda la casa, pero a nadie parecía importarle.

—¿Puedo asearla, ama? ¿Tengo permiso?

Separé los párpados, que se habían cerrado pesados, para encontrarme a Jordan contemplando con deseo el punto exacto donde estaba mi mano.

—¿Cómo? —pregunté todavía colapsada por el momento.

Él buscó mi mano, la sacó de su encierro con sumo cuidado e introdujo los dedos en la boca para mostrarme lo que pretendía. Estaba saboreándome. Aparté la mano abruptamente y él me miró sin comprender.

—¿He hecho algo mal, ama M? —Me sentía acongojada por haber dejado que ese chico hiciera eso, por haberme masturbado delante de toda esa gente hasta correrme sin importarme poco lo que sucediera.

—No, disculpa, soy yo. No estoy preparada para esto. —Cogí las medias y salí corriendo del salón. ¿Qué hacía? ¿Dónde iba? Quería ir a casa, pero no me encontraba bien, mi cuerpo seguía reclamando más. Tenía el bolso en el cuarto. Lo mejor sería que me encerrara allí y no saliera hasta el día siguiente. Entré como alma que lleva el diablo, me desnudé y me di una ducha tratando de aplacar el calor que sentía. Me estaba resultando imposible. Me masturbé creo que tres veces consecutivas y a cada orgasmo, mi necesidad aumentaba exponencialmente. No podía más, necesitaba follar, mi cuerpo lo exigía. Era tal la desazón que no podía apenas respirar. Me puse el albornoz y cuando salí del baño, Jordan estaba allí, desnudo, empalmado, listo para mí y con el preservativo puesto.

Juro que no quería, que traté de rechazarlo, de pedirle que se fuera, pero dejé caer la prenda al suelo buscando su aprobación en la mirada. Él se relamió y la orden salió sola.

—Tumbate. Voy a follarte toda la noche. —Jordan no era Andrés, no lo era. ¿Y me importó? No, porque por fin tenía a alguien que no se cuestionaba si estaba bien o mal acostarse conmigo, que me deseaba y que quería aplacar aquel fuego que me consumía.

Sin protestar, se tumbó y yo casi me sentí volar al trepar sobre la cama y empalarme sobre su enhiesto miembro. Grité, lo arañé, lo follé y lo mordí, desatando el peor de los infiernos.

Ya no había marcha atrás, pensaba consumirlo hasta desfallecer.



—¿La has visto? —preguntó Chantal mordisqueando mi cuello por detrás.

—¿Qué le diste?

—Ya lo sabes. Solo le hacía falta un empujoncito. ¿No querías saber si podrías atraerla a nuestro mundo? Pues la ayudé a que decidiera. Ya la has visto con Jordan, es una ama en potencia, justo lo que tú querías. Si vieras cómo se lo ha follado hace unos minutos. —La risa maquiavélica brotó de su garganta—. Menos mal que le di Viagra, si no, se lo hubiera destrozado en el primer asalto. Lo tuvo cuatro horas follando sin parar, tiene un alma tan oscura como la nuestra.

—¿No crees que te pasaste con la dosis? —Fruncí el ceño preocupado.

—No, el chico está habituado. Le dije que sobreactuara un poco, que le dijera que era nuevo para no cortarla y que sintiera algo de empatía. Ya sabes que está sobradamente preparado con el tiempo que estuvo jugando con ambos —aclaró recreándose en el recuerdo del año que pasamos domando a Jordan como sumiso.

—Digo con lo que le diste a mi hija.

—Tranquilo, necesitaba algo potente. Ya sabes cómo funciona nuestra última droga. Si tratas de aliviarte, es peor, aumenta la necesidad tras cada orgasmo y ella debía encontrarse a sí misma, conectar con su lado más animal para cruzar el umbral hacia nuestro mundo. Es tu digna heredera.

—Lo es —afirmé rotundo.

—Tú lo sabes y yo lo sé, pero a ella le hará falta más de una noche si quieres que se quite al abogaducho de la cabeza. Te he dejado suficiente SX en el botiquín, adminístraselo cuando lo creas oportuno. Pasado mañana me marcharé con Quince, ya estará lo suficientemente fuerte para viajar. Esa muchacha cada día me alucina más, parió sola, sin ayuda, y solo ha necesitado un punto. Por lo menos, me podrías haber despertado para que la asistiera —ronroneó mordiéndome en la oreja.

—¿Para qué? Ya has visto que no le hacías falta. Además, le encanta el dolor. Un parto no era nada para ella.

—Eso es verdad. Todavía recuerdo el primero. ¿Recuerdas la fantasía de aquel cliente?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Hay gente para todo.

Ella rio.

—Quince mamándosela recién parida y sin epidural, eso sí que fue increíble. El tipo no dejó de masturbarse durante el parto y, en cuanto el bebé estuvo fuera, le hizo chupársela hasta

derramarse en su boca. Hay fantasías que rayan lo increíble.

—Lo mejor fue que nos aportó una gran suma. Esa clon ha resultado una gran pieza para la causa. ¿Qué tal siguen Benedikt y Sandra?

—Evolucionan bien, pero ya sabes que, con operaciones tan complejas, nunca se sabe. Por eso prefiero regresar para cuidarlos.

—Lo entiendo y te agradezco la ayuda con Esmeralda.

—¿Qué te parece si me lo agradeces en el potro? —ronroneó sugerente.

—Por supuesto, será un placer complacerte y dejar mi recuerdo en tus nalgas.

—No sabes cuánto me pone eso.

—Créeme, me hago una idea. Ve preparándote, ahora voy. —Di un último vistazo al interior de mi habitación desde la puerta. Esmeralda estaba desnuda, desmadejada sobre Jordan, que dormía con tranquilidad. Los dos respiraban profundamente. Se los veía hermosos, sobre todo, a él con todas aquellas marcas de arañazos y mordiscos. Suspiré complacido y cerré la puerta para que descansaran.

Pronto mi pequeña asumiría su papel, ahora solo debía mantener a la bestia rugiendo entre sus piernas.

Capítulo 14



Cuando abrí los ojos, la cabeza me daba vueltas. Estaba bastante mareada y los párpados se me antojaban muy pesados.

Me dolía todo el cuerpo, como si hubiera sido arrollada por un tren de mercancías. Puse el brazo sobre los ojos y, al estirarme, noté que no estaba sola.

Volteé la cabeza y di con lo que parecía un cuerpo masculino. Era imposible que yo estuviera durmiendo con alguien. Mi último recuerdo claro era en el bar del salón: di un par de tragos a mi coctel, después apareció aquel muchacho que se presentó como Jordan y...

—Mmmmm, buenos días, ama —murmuró el joven que tenía al lado. Sus ojos brillaban casi tanto como la sonrisa que lucía. Traté de fijar mi atención, aunque lo veía un tanto borroso. Su cuerpo fibrado estaba cubierto de marcas de uñas y dientes.

La bilis subió por mi esófago, porque la realidad de lo que había pasado la noche antes me golpeó en todo el plexo.

Me levanté tambaleante y fui al baño a vomitar. Lo que había hecho era horrible, deleznable. Los fotogramas se sucedían en mi mente arrojando luz a todo lo que realicé con él. Volví a devolver ante el recuerdo de mi mano golpeándole el trasero con dureza, exigiéndole que me tomara con más fuerza, que no tenía suficiente. Sus caderas aporreando las mías y el sabor de su sangre entre mis labios al alcanzar un orgasmo tras otro mientras mis uñas le penetraban la carne con fiereza.

Oh, Dios, me había comportado como un monstruo, y lo peor era que había disfrutado. Recordaba haberme corrido como nunca. ¿Por qué? ¿Verdaderamente ese era mi mundo?

Me metí en la ducha asqueada conmigo misma y froté mi cuerpo tratando de arrancar los recuerdos de la noche anterior, aunque parecían grabados a fuego en mi cerebro.

Debería haberme ido a casa cuando me lo planteé, pero no lo hice y ahora me sentía como una

puta mierda. ¿Qué había hecho?

Al salir del baño, Jordan me esperaba arrodillado en el centro del cuarto.

—¿He hecho algo que la incomode, ama? ¿No debía dormir con usted? ¿Es eso? Perdóneme, ama. Soy su perro, debí imaginar que mi lugar era el suelo. —Caminó a cuatro patas y empezó a lamer mis pies. La bilis volvía a recorrer mi laringe.

—¡Para! ¡Detente!

—¡Sí, ama! —Volví a la posición de sumisión con la mirada cabizbaja—. Disculpe, no quiero hacerla enfadar. Solo deseo su placer, ama. ¿Qué desea?

—¡Yo no soy tu ama! —le increpé—. Esto ha sido un error, un lamentable error. Lo que ocurrió anoche entre nosotros no debió haber pasado.

Levantó la cara acongojado.

—¿Lo hice mal? ¿No disfruté? Aprenderé, ama, pero se lo ruego, no me abandone. —Se lanzó de nuevo a por mis pies, besándolos, y yo sentí repugnancia por el gesto.

Me aparté sin saber cómo comportarme, decir o hacer.

—Levántate, Jordan —le pedí. Él hizo caso poniéndose en pie. Era un chico guapo y observar lo que le había hecho me dio grima—. No debí comportarme así contigo. No sé qué me ocurrió, pero esa no era yo. Nunca lastimo a mis parejas ni les dejo el cuerpo cubierto de cardenales o arañazos.

—Pero a mí me gustó —aclaró—. Nunca había tenido un ama tan pasional y que me permitiera correrme tantas veces. Disfruté mucho y creo que usted también.

No iba a negarlo. En mi recuerdo, así constaba.

—Sí lo pasé bien, pero yo no soy así. Creo que el alcohol, el ambiente y unos vídeos de internet me jugaron una mala pasada. —Al igual que mi abstinencia sexual por culpa de cierto abogado, pero eso no lo iba a admitir delante de él.

—Entonces, ¿no me quiere como su sumiso? —preguntó con pesar.

—No, Jordan, lo lamento. Este no es mi mundo y, aunque anoche pudo estar bien, no es lo que quiero en mi vida. Pero ni contigo ni con ninguno. No hay nada malo en ti, solo que yo no soy así.

—Comprendo. Yo antes también me negaba a mi naturaleza, no es fácil para un hombre que es un deportista de élite admitir que es un sumiso en la cama. Supongo que a la inversa debe ser lo mismo.

—¿Eres deportista?

Él asintió con timidez.

—Juego al fútbol en el Español.

—Perdona, no soy muy de ese tipo de deportes.

—Ya lo he notado. Normalmente, son las chicas las que me entran buscando que me acueste con ellas. Ya sabe, el fútbol levanta pasiones. Yo sí que la conocía de las redes, siempre me pareció muy hermosa.

—Gracias —me ruboricé—. Tutéame, por favor. Que me hables de usted me incomoda, tampoco nos llevamos tantos años.

Él me ofreció una sonrisa tímida.

—Tal vez nos pudiéramos conocer fuera, si no te importa. Lo de anoche fue muy especial para mí, me gustaste y en la cama fuimos completamente compatibles. Puede que ahora te cueste asumir tu rol o que creas que lo que compartimos no va contigo. Es como salir del armario, pero en vez de siendo gay, con esposas y látigo. —Menuda comparación—. No te cierres a esto, a lo mejor te pilló por sorpresa, pero lo hiciste extraordinariamente bien. No sabía que era tu primera vez y me alegra que fuera conmigo. Eres un ama deliciosa y generosa. Me gustas y querría que me dieras la oportunidad de conocernos.

—Jordan... —suspiré. Me daba lástima, tenía algo que despertaba cierta ternura en mí.

—Si es porque nos llevamos cuatro años, a mí no me importa. Siempre me han gustado las chicas mayores. Aceptaré lo que sea: que seamos amigos, que tengamos sexo esporádico, que quieras domarme y convertirme en tu juguete... Pero no me apartes, por favor. Me siento muy vulnerable y necesito alguien que me comprenda. Y creo que ese alguien eres tú, lo percibo. Yo estuve tan perdido como tú ahora.

Estuve tentada a decirle que no, que ni siquiera quería tomarme un café con él, pero no me pareció justo. El futbolista no tenía la culpa de que yo me hubiera equivocado de pleno. Tendí la mano.

—Amigos entonces. Pero no me llames ama, solo Esme.

Él me ofreció una dulce sonrisa y apretó mis dedos con firmeza.

—Trato hecho. ¿Me permites que me dé una ducha? Después de lo de anoche, la necesito con urgencia.

—Por supuesto, menuda pregunta. Aunque yo te aconsejaría que fueras al médico y te pusieran la antitetánica, de verdad que lamento los mordiscos.

Jordan soltó una carcajada.

—No es para tanto, a mí me gusta llevar tus marcas. Lo que voy a presumir en el vestuario. Tranquila, no le diré a nadie que fuiste tú. —Pasó la yema del dedo por una señal del pecho que

me abochornó de nuevo—. Te pediría que me acompañaras, pero sé que te vas a negar, ¿verdad?

—Verdad —admití.

—Vale, pues voy a asearme. Gracias por la sesión de anoche. No quiero ser pesado, pero quiero que te quede claro que fue muy especial para mí. Te mandaré un privado por Insta, así me añades y seguimos en contacto, ¿te parece?

—Está bien. Anda, vete a la ducha. Yo me vestiré e iré abajo a tratar de aclarar algunas cosas con el anfitrión. —No iba a revelar que con quien iba a hablar era con mi padre. Todavía era pronto para asumirlo y hacerlo público.

—Me gustaría contar también con tu discreción —me rogó—, mi sexualidad no es algo que incumba a nadie.

—Por supuesto, cuenta con ello.

Me ofreció una última sonrisa y desapareció por la puerta del baño.

La habitación seguía manteniendo el olor acre del sexo y había muchos condones esparcidos en el suelo como muestra de lo ocurrido. Me llevé las manos a la cara. Por el amor de Dios, ¿qué había hecho?

No tenía más ropa que la del día anterior, así que fue la que me puse. Hurgué en el bolso y mi móvil apenas tenía un uno por ciento de batería y un sinfín de llamadas y mensajes de Andrés. Lo que menos me apetecía era hablar con él, ¿qué iba a decirle? «Lo siento, no te contesté antes porque me dio por convertirme en un ama de BDSM y pasarme la noche follando». ¡Era de locos!

Bajé, bolso en mano, decidida a buscar algún cargador. Tal vez Adán pudiera facilitarme uno.

No me costó encontrarlo y, como era de esperar, tenía cargadores de repuesto. Me ofreció uno y se marchó para hacer sus quehaceres. Yo busqué un enchufe para poder conectarlo y llamar a Vanessa. Era la única con la que podría desahogarme a gusto ahora mismo.

Al cuarto tono, descolgó con voz soñolienta.

—¡Hola, perra! ¡¿Dónde estás?! —exclamó nada más responder.

—Sigo en casa de mi nuevo padre.

—¿C-cómo? ¿Qué nuevo padre?

Casi podía escuchar su aliento entrecortarse. Mejor era soltarlo todo de golpe.

—Pues eso, que resultó que el ruso había tenido una aventura con mi madre y yo fui el resultado de ella.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Y él lo sabía?

—No. El otro día solo lo sospechaba, pero lo terminó de corroborar haciéndose unas pruebas de ADN que lo confirmaron.

—Pues menos mal que no te lo follaste, eso hubiera sido repulsivo. ¿Y qué haces todavía ahí? ¿Te quedaste a la fiesta?

—Sí —contesté seca.

—¿Y follaste?

—Vane... —me quejé.

—¿Qué? La pregunta es simple: ¿follaste o te fuiste a la cama como una niña buena?...

—Me fui a la cama como una niña buena. —La oí resoplar—. Y follé.

—¡Bien! —gritó al otro lado de la línea—. ¡Ya era hora! ¿Y qué tal tu experiencia *bedesemera*?

—No te alegres tanto, fue horrible —me quejé.

—¿Te ataron y pegaron sin tu consentimiento? ¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya a buscarte? —se alertó.

—¡Noooo! No fue así, yo estoy entera. Más bien fui yo quien lo hizo. Deberías haber visto al pobre chico que me tiré esta mañana, tenía la piel hecha un desastre. Me pasé la noche entera montándolo, sometiéndolo y.... Oggggggg —suspiré.

—¡Eres un ama! —anunció con admiración.

—¿Un ama?! —inquirí incrédula.

—Sí, ¡la puta ama del sexo! Al pobre muchacho lo debiste dejar seco con toda el ansia que tenías concentrada.

—Seco es poco.

—¿Y estaba bueno?

—Era Jordan, el jugador del Español. ¿Lo conoces?

—¡OMG! ¿Te tiraste a Jordan? ¡¿A Jordan?!
Tuve que reír ante el asombro que mostraba.

—Sí.

—Ese chico está como un queso, ideal para hacerse una *fondue*. No me extraña que no pudieras parar en toda la noche. Y fijo que tenía un gran fondo, y no de armario precisamente, los

deportistas lo tienen. ¿Te dejó satisfecha?

Solté una risita. Hablar con mi amiga aligeraba cualquier cargo de conciencia.

—Muy satisfecha, quiere que nos sigamos viendo.

—¿Y cuál es el problema? No me lo digas. Sigues pensando en el picapleitos de Andrés. ¿Es eso?

—El problema es que yo no soy así.

—Así ¿cómo? ¿Una salvaje en la cama capaz de marcarse una maratón sexual con un futbolista que está de toma pan y moja?

—¡No! No me refiero a eso, y lo sabes. Ayer estaba como descontrolada tras el primer orgasmo, que me produjo a mí misma, mientras el muchacho me chupaba los pies. ¡Nunca hubiera dicho que me pusiera algo así! Ahora mismo lo pienso y me muero de la grima, y anoche me puso cachonda perdida, tanto que no me importó pajearme y correrme delante de toda aquella gente. — La oí reír al otro lado—. No te rías, esto es muy serio.

—Vale, vale, sigue. Perdona, es que la imagen no tiene desperdicio.

—Pues bien, cuando terminé, subí a mi cuarto dispuesta a dormir, pero estaba demasiado cachonda. Así que me di una ducha larga en la cual tuve tres orgasmos.

Ella silbó.

—¿Viste la marca de la alcachofa?

—¿Qué alcachofa?

—La de la ducha, ¿cuál va a ser? Para que te arranque tres orgasmos, tiene que ser buena de cojones.

—¿Quieres dejar de decir tonterías y escucharme?

—Sí, perdona, ya sabes que a veces divago un poco —se disculpó sin un ápice de remordimiento.

—Pues a cada orgasmo, más ganas tenía. Era como si no fuera capaz de saciarme.

—Eso es porque los tenías acumulados, tanta abstinencia no es buena...

—¡Vane!

—Vale, vale, me callo.

—Pues cuando salí, Jordan me había seguido y estaba en medio del cuarto, en pelotas y con la tercera pierna en alto.

—Y decidiste jugar el partido y que te marcara un montón de goles en toda la portería. Pues genial, ¿dónde ves el problema?

—En que nunca tenía suficiente y a él no se le bajaba tras cada corrida.

—Ah, ya. Bueno, en esas fiestas, suelen mezclar drogas con la bebida.

—¿Drogas?

—Sí, ya sabes, para estar más excitada y aguantar más. No suelen ser peligrosas, solo te desatan un poco.

—¡Yo no me drogo! —me quejé.

—Puede que tú no, pero la gente que juega en esa liga a veces lo hace. Yo he probado alguna vez y tampoco es tan grave. Te desinhibe, te excita y poco más.

—Pues a mí te garantizo que me hizo más. Ahora que lo dices, estoy convencida de que me echaron algo sin mi consentimiento.

—No te rayes, no es algo raro que la mezclen con el alcohol. No son drogas que enganchan, solo te hacen disfrutar más. En la fiesta del otro día yo me sentí igual, así que debe ser un recurso que utilizan habitualmente. ¿Tú no?

—¡No! —exclamé—. ¿Y no me dijiste nada?

—Pensé que te habrías dado cuenta. Además, qué más da. Una noche es una noche y tú necesitabas un buen meneo. Andrés no te lo daba y por darte un homenaje de tanto en tanto no pasa nada. No sois pareja, si es por él por quien te sientes culpable. Ahora seguro que estás más relajada y puedes ver las cosas en un contexto más amplio. A nadie le amarga un dulce.

—¿Y si resulta que me gustan las drogas y el BDSM?

—Vamos, nena, no saques las cosas fuera de lugar. Y si te gustara el BDSM, tampoco ocurriría nada. Hay mucha gente que lo practica y es inmensamente feliz. Puedo presentarte a unos cuantos.

—No, gracias —murmuré.

—Que te hayas pegado una noche de fiesta no es síntoma de que sea una detrás de otra. Y que te guste dar cachetes a un buenorro tampoco es algo para martirizarse. —Mi amiga siempre tendía a quitarle hierro a todo, pero yo seguía sintiéndome como un trapo.

—Es que estoy echa un lío. ¿Y si mi padre es un traficante? —pregunté con preocupación.

—¡Oh, por favor, no me seas exagerada! No es el primero ni el último que usa ese tipo de sustancias en una orgía, y no por eso ha de ser un narco. Haz el favor de relativizar las cosas y mata a todos esos pájaros de tu cabeza que te están picoteando el cerebro. Lo has pasado bien y te han desatascado las tuberías, con lo que la energía de tus chacras vuelve a fluir. Un futbolista

guapísimo quiere seguir viéndote y tienes un nuevo padre que tiene dinero para aburrir. No te ha tocado la lotería, pero casi. Mira el lado bueno de las cosas y deja de autocondpadecerte, que ya sabes que hay gente verdaderamente jodida y no podemos decir que tú seas uno de ellos, precisamente.

—Mi padre murió y me acusaron de asesinato. ¿Te parece poco?

—Vale, sí, eso sí, pero por lo demás no puedes quejarte. Toma algo de distancia y sé objetiva. Y, sobre todo, no te sientas culpable por haberle dado algo de vida a tu guarida.

—¿Y si Andrés me pregunta? —inquirí mordiéndome el labio.

—Pues le dices que quien se fue a Sevilla perdió su silla, a ver si así levanta el culo de una puta vez y no piensa que es el ombligo del mundo. A ti y a mí nos tocaron los hermanos cagones, no pueden pensar que vamos a esperarlos toda la eternidad hasta que se decidan. Ellos se lo pierden si no espabilan.

—Pero me siento mal.

—No deberías hacerlo. Él dio algún paso, te ofreciste varias veces y te frenó. Ahora no puede echarte la culpa por disfrutar una noche, si no, que hubiera dado el paso como correspondía. No puedes martirizarte pensando en alguien que te da un trozo de queso y luego te lo quita, eso no está bien, y por mucho que lo quiera reconozco que se estaba acercando demasiado al precipicio. Lo lógico es que al final te caigas por tonto e imprudente.

Tal vez tuviera razón y no tenía por qué sentirme culpable. ¿Cuántas veces me había rechazado? Me avergonzaba incluso reconocerlo.

—Gracias, Vane. Hablar contigo siempre me alivia. Eres lo mejor que me llevé de la casa de *GH*.

—¿Mucho mejor que el maletín?

—Ya lo sabes, tonta, que un puñado de miles no te llegan ni a la suela del zapato.

—Tú sí que sabes levantarle a una el ánimo.

—Te quiero mucho, loca.

—Y yo a ti. Para cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—Igualmente. Si hubiera tenido una hermana, habría querido que fueras tú —le dije emocionada.

—Anda, no seas moñas, que todavía me harás llorar. Ve a ver a tu padre y conocea mejor, que imagino que es lo que necesitas para quitarle hierro a lo de anoche y darte cuenta de que eres muy afortunada.

—Eso haré. Gracias otra vez. —Le lancé un beso y ella a mí otro antes de colgar.

Caminé por la casa, donde parecía que nada hubiera ocurrido anoche. No quedaba rastro de los cuerpos retozando, de los gemidos o del aroma a sexo. Más bien olía a limpio, seguramente habrían fregado y ventilado durante rato.

Adán apareció como por arte de magia.

—El señor la espera para desayunar en el saloncito al lado de la habitación del piano.

—Gracias, Adán.

Hizo un ligero cabeceo y se retiró. Era un chico bastante peculiar. Tenía su imagen de anoche grabada en la retina, no pensaba que fuera gay. Caminé hasta allí y encontré a Luka sentado con el periódico entre las manos. En cuanto oyó mis pasos, lo cerró y lo dejó a un lado. La mesa estaba a rebosar de comida que olía exquisitamente bien.

—Buenos días, *sládkaya*. ¿Has descansado bien?

Me sonrojé, pues no sabía si él era consciente de cómo había terminado la noche ni con quién. Además, lo hice en su cama. Era un poco grotesco.

—Em, sí.

—Me alegro. Imagino que tendrás hambre después de lo de anoche. —Su sonrisa ladeada corroboró que sabía exactamente lo ocurrido.

Me senté a su lado, justo donde estaba el servicio del desayuno puesto. Todo tenía una pinta excelente.

—Lo siento, no sé qué me pasó. No debí abusar así de tu hospitalidad, yo...

Su mano me agarró de la muñeca con cariño y paseó el pulgar sobre la porción de piel.

—No te disculpes por disfrutar. La comida y el sexo son placeres que debemos gozar sin tabúes ni prejuicios. No importa lo que hicieras anoche mientras lo gozaras. ¿Fue así? ¿Tu elegido te complació?

—Me siento rara hablando contigo de esto —me disculpé.

—Entiendo, todavía no confías lo suficiente en mí, pero lo harás. Solo quiero que entiendas que yo no soy un hombre convencional, no vivo la vida como los demás, no me avergüenzo de mi sexualidad ni de la de los otros. Jamás te juzgaría por lo que hagas en tu dormitorio o fuera de él. Tu vida es tuya y eres mayorcita para tomar tus propias decisiones. Nuestro paso por la vida es fugaz y solo vamos a llevarnos las experiencias vividas, así que es mejor hacer en cada momento lo que nos apetezca que arrepentirnos por lo que nunca fuimos capaces de hacer.

—¿*Carpe Diem*? —inquirí sirviéndome un cruasán recién hecho.

—No exactamente. Ese término te insta a aprovechar el momento presente sin esperar el futuro

y yo sí me preocupo por el futuro, aunque con total libertad, sin prejuicios. Yo vivo plenamente, sin renunciar a quien soy, y no te juzgaré porque hagas lo mismo. Sería absurdo si lo hiciera.

—Anoche no era yo, nunca me había comportado así. ¿Me echasteis algo en la bebida? —Lo miré directamente a los ojos.

—Puede —respondió sin titubear—. Tenemos un preparado natural que ayuda a la desinhibición, baja las corazas y deja que fluya la sexualidad como la sientes, sin los estereotipos que nos marcan desde pequeños. Digamos que bloquea la parte cerebral de los prejuicios y estimula tu yo verdadero.

Mordisqueé el bollo.

—¿Y todo eso lo hace una planta? —dudé. No me parecía muy creíble.

—Más bien un conjunto de ellas. Es similar a los compuestos que usan los aborígenes para entrar en trance. Nada ilegal, la madre naturaleza es muy sabia. Solemos usarlo en la barra y mezclarlo en las bebidas.

—Entonces, según tú, ¿la de anoche era yo?

—Tú eres siempre tú. Y respondiendo a la pregunta, no tengo duda alguna, solo que era la vertiente sin máscaras. La de anoche era tu yo más primitivo.

Suspiré reclinándome en la silla.

—Podrías haberme preguntado si deseaba encontrarme conmigo misma antes de darme nada.

—No sabía que ibas a bajar. La gente que acude a mis fiestas de BDSM, como la de anoche, sabe a lo que viene. Y tú bebiste en la barra, ¿cierto?

—¡Un par de sorbos! —me quejé.

—Pues imagina si hubieras bebido el contenido entero. Eso solo quiere decir que hay mucha represión en ti, *sládkaya*. No te asustes, yo te ayudaré a encontrarte y a abrazar a tu verdadero sino.

—No creo que esté preparada para tantos abrazos. Prefiero seguir como siempre y no darme cuenta de que lo que dicta mi naturaleza es azotar el culo de un tío para dejárselo como un tomate.

Luka dejó salir una carcajada sincera.

—Ser un amo va mucho más allá de dar unos simples azotes, pequeña. Un o una dómine dan placer a sus sumisos, en su naturaleza está dominar y complacer a los sumisos que ceden y depositan toda su confianza en ellos. Es un intercambio de roles que hace felices a ambos. No te martirices por ser un ama. Ellos se sienten bien otorgándote el poder porque confían en que sabrás colmar sus necesidades. Y eso es lo que hiciste anoche con Jordan. Se ha marchado hace un momento con una sonrisa en los labios. Le hiciste muy feliz, no debes abochornarte por eso. Me

pidió que te lo dijera.

—Pero pegar está mal —protesté.

—Los términos bien y mal son muy relativos, los usamos según los cánones establecidos. No tienen nada que ver con nuestro propio criterio porque nos adoctrinan desde pequeños a no pensar, a comportarnos como ellos quieren que lo hagamos.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

Petrov asintió.

—Los gobernantes, los poderosos. Todos claudicamos bajo sus leyes, aplastados por su yugo, creyendo en que tienen la verdad más absoluta, cuando lo único que hay son intereses económicos y ansias de poder. Tú lo sabes, *sládkaya*, un tercio del mundo nada en la abundancia mientras los demás sobreviven o nadan en la pobreza más absoluta. ¿Verdaderamente crees que eso está bien?

—No —admití.

—Eso imaginaba. Hay algunos que pensamos en que las cosas podrían ser muy distintas, aunque para eso haría falta una revolución de dimensiones mundiales.

—Suen a película catastrofista.

—Suen a esperanza. Estoy convencido de que algún día seremos capaces de cambiar las cosas y el mundo funcionará mucho mejor.

No le dije que me parecía una utopía, aunque así fuera. Mi nuevo padre idealizaba un planeta perfecto y yo dudaba que fuera posible, a pesar de que volcara mis esfuerzos en ello. Era extraño darme cuenta de cómo compartíamos mucho más de lo que creía en un principio.

Pasamos la mañana debatiendo, charlando sobre política, cultura, arte. A cada minuto, me encontraba más a gusto. Le confesé cómo me sentía con mi padre, lo distintas que hubieran sido las cosas si hubiera tenido a alguien como él a mi lado. Y lo creí así, él parecía complacido. Tal vez hablé demasiado, o no, las sensaciones eran raras. No me había sentido con un hombre adulto así en la vida.

Comimos juntos, tocamos el piano y cuando se acercó la hora de cenar, terminé claudicando y disfrutando de la comida que Adán nos sirvió.

No fue hasta bien entrada la noche cuando le dije que necesitaba regresar al piso. Se ofreció para comprarme algo de ropa o mandar a su trabajador a buscarla, pero me negué. De momento, había tenido suficiente. Se despidió de mí con la promesa de que, en cuanto volviera de San Petersburgo, pasaría unos días en su casa y seguiríamos conociéndonos. Me fue imposible negárselo porque a mí también me apetecía mucho.

Por fin había encontrado a alguien a quien sentía afín y no me juzgaba, más bien todo lo contrario. Hice un hueco a Luka Petrov en mi corazón, al fin y al cabo, era mi verdadero padre y

se merecía estar allí junto a las personas que me importaban.



—¿Ya se ha marchado? —me preguntó Chantal mientras observaba el taxi desaparecer con mi hija en su interior.

—Sí. Creo que vamos por buen camino con ella. Gracias por mantenerte al margen durante todo el día.

—Me imaginé que querrías estar a solas. Me han llamado de la clínica. Ben evoluciona perfectamente y Sandra, también.

—Me alegro. Esas son buenas noticias.

—Ayer hablé con nuestro topo de la CIA. Parece ser que el agente Hendricks anda husmeando de nuevo.

La miré interrogante.

—¿Michael?

—Sí. Sabía que debíamos terminar con el hermanísimo de tu querida ladrona. Se nos escapó en The Challenge y no entiendo por qué no me dejaste fulminarlo en Yucatán, hubiera sido muy fácil.

—Suficiente teníamos con ambos frentes abiertos como para ir levantando más sospechas. Además, creía que había abandonado la CIA.

—Y lo hizo, solo que tu querido abogaducho está hurgando para buscar un culpable y librar a tu hija del juicio. —Eso no me parecía mal, yo también quería a Esmeralda libre—. Fíjate tú por dónde que sus sospechas han ido a recaer sobre Benedikt y su entorno. Tu futuro yerno parece ser un chico listo y Michael, un sabueso con ganas de sangre.

—No es mi yerno —repliqué disgustado. En mis planes, no entraba Andrés como futuro consorte de mi hija. Ella rio con voz profunda y algo disgustada.

—Eso ya lo veremos. Por bien que folle Jordan, creo que a tu niña le gusta más el abogado. Si quieres, podría acabar con él. Sería un placer.

Negué.

—De momento, no quiero más muertes. Fue por tu cabezonería que ahora volvemos a estar en el punto de mira. Arréglalo y busca un culpable que desvíe la atención. Llevas unos cuantos fallos acumulados —le recordé—. Primero, las semillas que perdiste en Yucatán; casi nos dejaste sin

ninguna. Después, la cagaste al pensar que podrías hacerte con prácticamente toda la fortuna del padre de Esmeralda colándole que el hijo de Quince era suyo y fue otro fracaso.

—¡No sabía que era estéril! Pagaba una buena suma a Quince cada mes para que no le faltara nada —protestó.

—Eso no es excusa. Creo que ese imbécil quería una familia a toda costa y no le importaba de quién fueran los hijos mientras sintiera que alguien lo quería. Maldito idiota. ¿Cómo se puede ser tan necio? —Bufé—. Y por si fuera poco, nos quedamos casi sin nada en el testamento, solo esa parte que dio a mi empresa porque le comí la cabeza en aquella gala hablándole de los proyectos futuros de criogenización. Lo que tuve que alabarle para que creyera que quería salvar a grandes mentes como la suya. Solo gracias a eso, rascamos algo de su fortuna.

Chantal se mordió el labio con rabia.

—Se me fue de las manos, lo reconozco. Pero no podía dejarle sin castigo después de que dejara que Ben y Sandra entraran en la cárcel.

—Entiendo tu resquemor, pero a veces hay que dejar reposar la mala leche y ser frío. Así que haz el favor de no hacer nada más y limitarte a que se recuperen. Yo buscaré una cabeza de turco. Por si acaso, deja a Quince aquí, no te la lleves.

—¿Quince? —Me miró horrorizada—. Es la única clon que ha logrado la reproducción, no puedes usarla a ella.

—Puedo y lo haré. Como tú dices, es una clon. Si has logrado sacar a Sandra, podrás hacer lo mismo con ella...

—Pero es que...

—Pero nada. Sé que es tu puta, que te gusta mucho en la cama, pero deberás conformarte con otra una temporada. Elige a cualquiera para que te coma el coño un tiempo y con quien te puedas descargar.

Chantal agachó la cabeza.

—Está bien. ¿Y el bebé?

—Déjalo aquí, creo que me servirá de señuelo con Esmeralda. Estoy pensando en algo que puede funcionar. —No parecía convencida del todo, pero sabía que terminaría claudicando—. Despídete de ella y dile que en un rato subiré a adoctrinarla, quiero que le quede muy claro lo que va a decir y hacer.

—De acuerdo, será como tú ordenes, como siempre.

La tomé del rostro y la besé arrancándole un plañido de deseo.

—Después ve a mi habitación y espérame allí, te daré justo lo que necesitas. —Movié la

cabeza complacida, me resultaba tan fácil manipularla. Chantal era terriblemente inteligente, pero tenía un talón de Aquiles: el sexo gobernaba su vida. Y a mí no me dominaba nada.

Todos eran peones en mi tablero, si bien ellos se creían reyes y reinas. Solo podía haber un soberano y ese era yo, aunque creyeran lo contrario.

El mundo iba a ser mío y de mi hija.

Capítulo 15



Estaba atacado de los nervios. No había respondido a mis llamadas ni a mis mensajes, llevaba un día entero fuera y a mí se me comían los demonios.

Sabía de sobra que, si esta vez no había regresado, era porque habría cumplido con su palabra satisfaciendo sus necesidades con otro.

Era un idiota, un pedazo de idiota. Apenas pegué ojo, sufriendo por si le había ocurrido algo. Por la mañana, traté de ponerme en contacto con ella de nuevo y la línea comunicaba, señal inequívoca de que si no había respondido a mis llamadas o mensajes era porque no le daba la gana.

Traté de enfadarme, de buscar rencor donde solo hallaba maldiciones, y no contra ella precisamente. A media tarde, no pude más y terminé llamando a La Vane para asegurarme de que estaba bien. Si Esme había hablado con alguien, seguramente habría sido con ella.

Efectivamente, Vanessa me confirmó que su amiga del alma estaba bien, que ya me explicaría ella misma lo ocurrido, que las preguntas debía hacérselas a Esmeralda y no a ella. Entendía su sentido de la amistad y la lealtad, pero yo no podía dejar de tratar de sonsacarle algo.

Me riñó y me dijo que esperaba mucho más de mí, que era un cabeza hueca por dejar escapar a una mujer como su amiga y que tenía merecido todo lo que me pasara por ciego y cobarde. Que era exacto a Damián y que tanto mi hermano como yo merecíamos perder a las mujeres que más nos importaban por cagados.

Me sentí como un explosivo cerca de detonar y finalmente lo hice. Salté, provocado por sus últimas palabras, y le revelé el secreto que hasta ahora solo César y yo conocíamos.

—¡¿Un pelo?! —Lo primero que hizo tras soltar la exclamación fue reír a carcajadas. Aunque también me llevé una buena reprimenda por lo del collar y un «Así que la jaula era para ti, pues me alegro» que no me dejó duda alguna hacia qué bando se inclinaba. Además, me hizo sospechar que estaba más al corriente de lo que aparentaba. No debía extrañarme, al fin y al cabo, ella era su

amiga; pero yo siempre había sido como su hermano, así que algo de apoyo sí que me debía—. ¿Y por qué no le dijiste la verdad? —trató de sonsacarme.

—No es algo fácil, me moría de la vergüenza. ¿Cómo le dices a la mujer que te gusta que no puedes cumplir porque un pelo suyo se te ha metido en todo el tema y te lo ha infectado?

—Pues diciéndoselo. La vergüenza te va a salir cara como no confieses. Ella cree que estás jugando con sus sentimientos, y con razón, así que yo de ti le contaría la verdad. Mejor ponerse una vez colorao que cien amarillo.

—Gracias por tu sabiduría popular.

—Lo único que te digo es que a ese ritmo vas a perderla. Las comparaciones son odiosas y si os pongo en una balanza a ti y a Jordan, no sé hacia qué lado se desequilibraría.

—¿Quién es Jordan? —la increpé molesto.

—El jugador de fútbol del Español.

—¿Ha pasado la noche con un futbolista? —Se me llevaban los demonios.

—Futbolista, panadero, ¿qué más da con quién haya estado? Lo que debería importarte es que no ha sido contigo y no porque ella no quisiera.

—¡Yo también quería! —me quejé. Ahora mismo sentía una rabia inhumana.

—Ya, pero era más fácil inventarse un bulo que dar la cara. Así nos luce el pelo después. Yo pensaba que tú no eras de contar mentiras, pero ya ves, hasta los mitos más altos caen.

—¡No mentí!

—Claro, abogado. En términos jurídicos, sería algo así como omisión a la verdad. Igual eso te sirve para ganar un juicio, pero no el corazón de una mujer. Ni ella ha pasado la noche con quien quería ni tú tampoco. ¿De qué te ha servido callarte? —Me mantuve en silencio—. Exacto, de nada, porque al final la verdad surge y te da en las narices. El resultado ha sido poco favorable para ambos. Ninguno ha logrado lo que buscaba, porque lo que ambos queríais era estar juntos.

—Pues, según tú, no le ha costado demasiado olvidarme —rezongué.

—Yo no he dicho que te olvidara. Una cosa es lo que haya podido hacer para no pensar y otra cosa muy distinta es que logre hacerlo. —Su voz había descendido un par de tonos. Me daba la sensación de que no solo hablaba de Esmeralda, sino de sí misma y la historia con mi hermano.

—¿Seguimos hablando de mí y de Esme, o hemos cambiado a ti y a Damián?

—¿Hay alguna diferencia? Las dos hemos dado con dos tíos que prefieren huir de su realidad a dar la cara. No podéis reprocharnos nada porque vosotros sois los que nos habéis apartado. Si la quieres de verdad, lucha por ella o la perderás. Esme no va a estar esperándote siempre e intuyo que no tardará en surgir alguien que se esfuerce de verdad en conquistarla.

—¡Solo era una semana!

Ella sopló al otro lado de la línea.

—¿Y ella debía imaginarlo? ¿O cómo se supone que lo va a saber si no dejas de ponerle la miel en los labios para después rechazarla? Sabes perfectamente que eso es una excusa, podrías haber sido sincero y complacerla sin necesidad de usar lo que tienes entre las piernas. Lo que pasa es que te rajaste y era más fácil escudarse en ello que cumplir. Esmeralda te asusta y es lógico, porque después de Lola no te has dado una maldita oportunidad con nadie. Pero es que el resto de mujeres no son ella, deberías darte cuenta y ofrecerte la oportunidad de ser feliz. Si quieres a Esme en tu vida, no huyas más y enfréntate a tus sentimientos.

Quizás Vane tuviera razón y no había hecho más que el idiota escudándome en un sinsentido.

—Gracias por la charla.

—Al final, os cobraré consulta. Dejad de hacer el canelo y follad de una puta vez. Bueno, a la que puedas, no vayas a quedarte pegado a ella como un perro.

—Eres única. Damián no sabe lo que se pierde —admití pensando en lo idiota que estaba siendo mi hermano al perderse una chica tan auténtica como ella.

—Ya, pero si él no se da cuenta, no hay nada que hacer. Yo ya lo he olvidado —suspiró. Estaba convencido de que era una flagrante mentira, que, como yo, se escudaba tras ella para no enfrentarse a la realidad; aunque preferí callar. Si ella se sentía mejor así, no iba a ser yo quien metiera el dedo en la llaga—. Hazme un favor y no le cuentes nuestra conversación a Esme. Me mataría si supiera que te he soltado todas esas cosas.

—No sufras, cuenta como secreto profesional. —Vane me guiñó el ojo—. Solo quiero que seáis felices, y ambos me importáis mucho. No lo estropeéis.

—Lo intentaré.

Colgué algo más sereno, aunque multitud de sentimientos chisporroteaban como fuegos artificiales amenazando con hacerme saltar por los aires.

Cuando Esme llegó, vestida del mismo modo que se fue, ya era muy tarde, tan tarde que pensé que no vendría al piso, e idiota de mí estaba tratando de aliviarme del único modo que conocía. La polla ya no me dolía, pero el tratamiento no terminaba hasta el día siguiente.

Si hubiera regresado antes, igual me hubiera planteado disculparme y hubiera tratado de convencerla de que me diera una oportunidad. Tenía un terrible dolor de huevos que me nublabla la mente, necesitaba descargar como fuera y el único método que se me ocurrió fue recurrir a mi modo de evacuación de los últimos tiempos.

Necesitaba hablar claramente con ella y no podía hacerlo si mi polla estaba tiesa a cada palabra que soltaba porque diría cualquier barbaridad; así que, aun a riesgo de saltarme las

normas del médico, traté de aliviarme antes de que apareciera.

Estaba tan enfrascado en el tema que no oí la puerta.



Entré con los zapatos en la mano. La casa estaba a oscuras y solo la habitación de Andrés estaba iluminada. La puerta estaba entreabierta y yo sentía la necesidad de hablar con él y aclarar las cosas.

En el trayecto de vuelta, tuve tiempo para pensar. Por un lado, me sentía culpable por haberme acostado con Jordan. Era como si de algún modo lo hubiera traicionado, aunque no tuviéramos una relación, pero no podía quitarme la sensación de encima. Y, por otro lado, estaba el tema de mi padre; necesitaba contárselo a Andrés y ver en qué punto nos dejaba eso. Había sido demasiado para asimilarlo todo en un solo día.

Golpeé, tirando de la puerta con suavidad, y lo encontré allí, desnudo, con algunas motitas de agua salpicando la piel morena y los glúteos desgañitándose contra algo. El balanceo era hipnótico y no me permitía apartar la mirada de aquel trasero perfecto.

—Pero ¿qué es eso? —No fui capaz de decir nada más.

Andrés se dio la vuelta soltando un exabrupto y lanzando lo que parecía un cilindro blanco sobre su cabeza. ¡Por todos los miembros! Estaba empalmado hasta el límite y era incapaz de cubrir todo ese portento con las manos.

—¿Qué haces aquí?! —inquirió desencajado, tratando de cubrirse.

—Que yo sepa, todavía vivo en este piso. ¿Qué era esa cosa? —Entré en el cuarto empujada por la curiosidad que sentía.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Acaso yo te he preguntado de dónde vienes? ¡Lárgate ahora mismo! Estás saltándote las normas.

Me crucé de brazos, no pensaba salir sin saber qué hacía con esa cosa por obvio que fuera.

—No voy a irme sin que me des una explicación —le aclaré. Él se dio la vuelta para agarrar uno de los cojines y cubrir su hombría. Estaba muy gracioso y apetecible. Casi me dieron ganas de arrancarle el cojín y hacerlo mío, olvidando cualquier recelo que pudiera tener.

—Aunque no lo creas, soy un hombre y tengo mis necesidades. —De eso no me cabía duda alguna—. Y como no me gusta ir follando por ahí como *otros* —añadió con resquemor—, pues me alivio con el homónimo a un consolador femenino. Lo que has visto vendría a ser su equivalente.

—¿No fastidies! —exclamé mirando al cilindro—. ¿Eso es un chichi en lata? ¿Un coño

espacial? —Apenas podía aguantarme la risa y él apretaba el gesto enrojeciendo por momentos—. ¿Y qué haces cuando terminas? ¿Lo metes en el lavavajillas? —En ese punto, las lágrimas se me saltaban de los ojos.

Él resopló molesto.

—Eso sería una guarrada —protestó—. Más bien se abre una compuerta interdimensional y le cae mi corrida en la cara a algún extraterrestre en la otra punta de la galaxia.

Pestañeeé un par de veces antes de volver a partirme la caja. Me estaba tomando el pelo, enfadado, pero lo hacía, y eso era buena señal.

—Oh, por favor, esto es alucinante. —Casi no podía hablar, la risa me cortaba las palabras. Andrés estaba pasando un mal rato, pero yo me estaba divirtiendo de lo lindo. ¡Madre mía, pero qué bueno estaba! Cualquiera diría que no había tenido suficiente con Jordan, pero es que era verlo y me palpitaba todo, y más viéndolo con un simple cojín—. ¿Y puedo saber en quién piensas cuando estás ahí dentro, comandante Star?

—¿En quién piensas tú? —contraatacó. No iba a decirle que en él ni muerta.

—Yo prefiero a las personas de carne y hueso. En mi cajón, no encontrarás ningún cacharro a pilas de esos. Prefiero alguien que empuje y gruña entre mis piernas antes que a un plástico barato.

Él tensó la mandíbula.

—Creo que eso ya lo hiciste ayer, ¿o me equivoco? —No pude contradecirle. Ahora la que se sentía molesta era yo—. ¿Tenías algo verdaderamente importante que decirme o piensas dejarme de una maldita vez en paz?

—¿Para que puedas terminar con tu paja intergaláctica?

—Para que haga lo que me dé la real gana, no vas a decirme tú si me la tengo o no que cascar. ¿O acaso te ofreces voluntaria para terminar lo que he empezado? —Si me lo hubiera preguntado en otro tono o unos minutos antes, le habría arrancado el cojín con los dientes. Ahora solo tenía ganas de golpearlo en el ego, que parecía tenerlo más abultado que la entropierna.

—No, gracias. Como bien has apuntado, yo ya me desahogué anoche. Que se divierta, Mr. Star. Me voy a la cama, si eso ya hablaremos mañana, cuando esté un poco más relajado. —Cerré la puerta y lo dejé ahí. Si quería follarse a ese tubo en lugar de a mí, era su decisión.

Me metí en mi cuarto y, tras pasar por el baño, tomar cuatro fotos de mi ritual de belleza y ponerme el pijama, entré en mi muro de Instagram. Colgué el *post* de la noche y después revisé la cuenta. Me aparecían unos cuantos amigos más, además de cientos de mensajes, aunque uno llamó mi atención. Era de Jordan. Inmediatamente, sonreí al leerlo.

Ahora ya me tienes.

Era lo único que decía. Aparecía en línea, por lo que le respondí.

Y tú a mí.

Apareció un emoticono.

☺ ¿Todavía despierta?

Igual que tú.

Llevo todo el día pensando en anoche.

Perdona si te incomodo, pero es que lo pasé como nunca.

Yo tampoco lo pasé mal.

Me mandó una foto suya con el rostro sonriente y uno de mis mordiscos en el cuello.

Lo lamento, no debí hacerlo. Estaba desatada.

No te preocupes, me encanta llevar tu marca.

No dejo de acariciarla pensando en ti.

Me encantaría que estuvieras

conmigo ahora mismo y cumplir con tus deseos como ayer.

Jordan...

Le advertí.

Perdona, no debí decir nada. ¿Tú has tenido

un buen día?

Podría decirse que sí.

¿Quieres que quedemos mañana para tomar algo?

Solo como amigos, para charlar y conocernos mejor.

Me planteé negarme, pero, al fin y al cabo, él no tenía la culpa de la maratón de sexo a la cual lo sometí. Y con Andrés las cosas parecían ir igual de mal.

¿Esme? ¿Sigues ahí?

Sí, perdona, se me cayó el móvil.

Mentí.

Vale, me parece bien. Podemos quedar.

Genial. Miraré la cartelera, creo que hay pelis nuevas que pueden estar bien. Las miro y te digo lo que hay.

En el cine no podremos hablar mucho.

Pero en la cena de después, sí.

No le di una negativa, tampoco tenía porqué hacerlo. Ya vería si me apetecía cenar después o no.

Parece que lo tienes todo calculado.

Al final, la última palabra la tienes tú, yo solo sugiero.

Si te parece, te paso mi móvil para que sea más cómodo

hablar.

Por aquí es un poco coñazo. Cuando sepa la hora y el lugar, te mando un wasap. Si me facilitas tu número, será más fácil que te llegue.

Sonreí ante la broma y se lo mandé.

Me voy a dormir, estoy agotada, que descanses.

Igualmente y, a ser posible, sueña conmigo.

Yo no pienso dejarte en paz en toda la noche.

Volví a reír. Tal vez Jordan no era tan malo a fin de cuentas. Podía darle una oportunidad, no perdía nada por conocerlo. Parecía majó y él sí se interesaba por mí, no como mi compañero de piso.



Golpeé la puerta de Esmeralda un par de veces hasta que me concedió permiso para entrar.

Seguía agitado por lo sucedido, pero no tenía justificación para cabrearme con ella. No éramos pareja y yo me empeñaba en marcar las distancias todo el tiempo. Era lógico que no entendiera lo que me ocurría, pero es que tenía el don de la oportunidad. No podría haber llegado quince minutos antes o quince después, tenía que pillarme en pleno acto de liberación.

—¿Puedo pasar?

—Creo que ya estás dentro. —Frunció el ceño mirándome inquisidora. Solo llevaba puesto el pantalón del pijama y ella, un camisón de seda que parecía muy suave al tacto.

—No sé por dónde empezar...

—El principio suele ser un buen punto de arranque.

Curvé un poco las comisuras de los labios dispuesto a confesar mis vergüenzas y salir indemne.

—Esme, me gustas y me atraes más de lo que soy capaz de admitir.

—Quién lo diría... —Acarició la base de su nuca y los músculos se flexionaron provocándome un apetito voraz.

—No he hecho las cosas bien contigo y no he sido sincero, debería haberte dicho lo que me ocurría desde el inicio y no darte excusas que complicaran más las cosas entre nosotros.

Me hizo un gesto con el dedo para que me acercara.

—Soy toda oídos, comandante Star. Anda, siéntate aquí, creo que la pillada intergaláctica por lo menos te da derecho a que te escuche. —Puse los ojos en blanco. No creía que pudiera sentir más vergüenza contando lo del pelo que viéndome desahogarme en mi cilindro—. Siéntate a mi lado. Juro que no te voy a morder o a preguntarte dónde ha ido a parar esta vez tu corrida. —Vi la risa pujando en sus ojos. Por lo menos, no estaba de mal humor. Debía aprovechar que parecía receptiva.

Me senté en la cama y relaté punto por punto lo que me había ocurrido en la última semana. Las expresiones cambiaban como las estaciones en su rostro, aunque no era de extrañar, a cualquiera que le contara lo ocurrido alucinaría del mismo modo. Incluso yo no sabía cómo me había podido pasar una cosa así. No lo había oído nunca.

—¿Se te infectó la polla por un pelo mío? —Directa a la yugular. Sí, señor.

—Te juro que no sé cómo fue a parar ahí, pero sí, eso fue lo que me ocurrió. —No iba a decirle lo de los calzoncillos, por ahí ya no pasaba.

—Pues de cualquier manera. Igual se pegó el pelo en la lavadora o vete a saber. —No parecía sorprendida—. A mi compañera de instituto se le metió uno por el ojete en el viaje de fin de curso y te garantizo que tampoco hicimos nada juntas. —Los ojos cerca estuvieron de salirseme rodando por la impresión—. Y a mi madre se le enredó uno en el dedo gordo del pie que casi hace que se lo amputen. Creo que mi pelo tiene instintos asesinos.

—¿En serio? —inquirí incrédulo. Ella asintió—. ¿Así que no he sido la única víctima de tu cabellera?

—No y créeme, lo lamento mucho. No podía imaginarme que lo que te pasaba era eso. Deberías habérmelo contado, yo no te habría insistido de haberlo sabido, me habría esperado. Puede que te desee, pero también sé aguantar —reconoció con las mejillas coloreadas.

—Lo sé, soy un idiota. No puedo decir que solo fuera el pelo lo que me limitaba. Creo que también lo usé como barrera. Para ser sincero, no he llegado a superar mi fracaso sentimental con mi exmujer.

Esme se acercó a mí y apoyó su mano contra mi pecho desnudo, donde el corazón latía errático.

—Erais muy jóvenes, no puedes achacarte eso. Según lo que me contaste, fueron muchos factores. Has de perdonarla y perdonarte. Simplemente, no era la persona o el momento.

—Pero lo hago, me culpo y siempre pienso que podría haberlo hecho mejor.

Se acercó un poco más y yo creí volverme loco.

—Mírame —susurró tomándome del rostro para que la mirara—. No soy la más adecuada para aconsejar a nadie, no paro de liarla y creo que lo de anoche fue una metedura de pata más para la colección. Pero sí sé que me gustas mucho y que no puedo garantizarte que si lo intentamos salga bien, aunque sí que trataré de no hacerte daño. Anoche...

La silenció con un dedo.

—No me interesa lo que ocurrió ayer. —Sus labios se separaron invitadores y las pupilas se activaron volviendo el verde una esfera prácticamente negra.

—A mí tampoco —reconoció—. Somos adultos, nos gustamos y...

No la dejé avanzar. Mi necesidad de ella era tan acuciante que supe inmediatamente que no iba a prolongarlo más, aunque se me cayera la polla a cachos.

Me tumbé sobre su cuerpo y ella abrió los brazos receptiva. Era tan suave, tan dulce y apasionada que no podía imaginar nadie mejor con quien comprobar si era un tarado emocional o si por fin podía rehacer mi vida.

Sus manos se deslizaban por mi cuerpo con anhelo recorriendo cada músculo, que se tensaba bajo su toque. Descendió por mi espalda, las internó bajo la cinturilla del pantalón y gruñó cuando amasó mis glúteos desnudos.

No me había puesto calzoncillos porque tenía fe en que aquello pudiera suceder.

—Mmmmm, ¿cómo puedes estar tan bueno?

Su pregunta casi me hace reír.

—Tú tampoco estás nada mal, señorita Martínez —corroboré besándole la mandíbula para descender por el escote y mordisquear los pezones sobre la delicada prenda. Ella resolló arqueando la espalda y clavando las uñas en la mía, gesto que me hizo bufar a mí.

—Perdona —se disculpó.

—No hay nada que perdonar. Me gusta —mascullé empapando el camisón con mi saliva. Quería lamerla sin prendas de por medio. Levanté la pieza por la base y se la quité dejándola solo con un diminuto tanga de encaje. Aquel cuerpo me provocaba enajenación mental transitoria. La devoré, adorando con la mirada cada milímetro de piel expuesta—. Eres la locura hecha mujer. —Ella sonrió y se lamió los labios, que separó para lanzar un exabrupto cuando no pude contenerme y pasé la lengua de abajo arriba de su esternón—. Sabes a pecado.

—¿A pescado?

Reí contra su ombligo.

—A eso de momento no, aunque pienso averiguarlo. —Resbalé entre sus muslos y aspiré con codicia el aroma de su deseo, al igual que mi lengua palpó la deliciosa humedad que calaba el encaje. Esmeralda empujó las caderas tironeando de mi pelo.

—Por Dios, Andrés, no pares ahora o te juro que te arranco la cabeza.

—No pensaba hacerlo, reina de corazones.

Separé la prenda y hundí la boca en su sexo. El jadeo reverberó en toda la estancia mientras mi corazón estallaba en mil fragmentos.

Besé sus labios internos, los chupé y recorrí como si me fuera la vida en ello, perdiéndome en cada suspiro y cada tirón de pelo. Mordí los labios mayores con suavidad recreándome en sus jadeos y en aquel pequeño punto que se elevaba enhiesto reclamando mi absoluta adoración.

Lo succioné, tiré de él y lo memoricé notando los espasmos de placer que sacudían el cuerpo de mi amante.

Esmeralda se fundía bajo el toque de mi lengua, se deshacía dejándome saborear el deseo en estado puro.

Acompasé mi lengua a mis dedos, que hurgaban en su interior buscando la ansiada liberación, y cuando su vagina se contrajo, los cambié por mi lengua para degustar el primer orgasmo que iba a regalarme.

Gritó y se debatió en mi boca recreándose en mi nombre, empujando, balanceando las caderas, dejándose ir sin reservas hasta caer rendida sobre la sábana.

Cuando la sentí desmadejada, subí y me encontré con su mirada brillante, como dos gemas refulgiendo al sol. Ella sonrió, me agarró de la nuca y me besó en clara recompensa, anudando sus piernas a mi cintura para que mi erección reposara en ella.

No insistió, pero tampoco me detuvo cuando la tanteé y me coloqué entre sus piernas para empujar en su ardiente cueva.

¡Joder, qué bien me sentía!

Ajustó el movimiento de mis acometidas al de su lengua en mi boca. Pasadas lentas, profundas, tortuosas y salvajes que fueron incrementando de ritmo e intensidad.

Agarró de nuevo mis glúteos y no dejó de amasarlos, pellizcarlos, incluso golpearlos acrecentando mi deseo. Me ponía aquel punto salvaje que latía en ella.

Empujé con más fuerza y ella gritó arrastrada por la marea de sensaciones que nos sacudía a

ambos. Me instó a que siguiera, a que no me detuviera y cuando el clímax estuvo cerca de azotarnos, presionó los músculos de su vagina envolviéndome en una jaula de acero y piel.

Me corrí arrastrándola conmigo en su segundo orgasmo, enlazando su mirada verde a la mía oscura, empujándonos a un lugar donde nada importaba excepto nosotros. La besé con delicadeza y nos hice rodar saciados y satisfechos.

Esmeralda apoyó la cabeza sobre mi pecho, que subía y bajaba moderando la respiración. Se acomodó y se enroscó como un pequeño gato, ronroneando a cada pasada de mi mano por su espalda.

—Ha sido maravilloso —suspiró—, mucho mejor de lo que había imaginado, pero mucho, mucho mejor.

Las comisuras de mis labios se elevaron con orgullo. No lo había hecho tan mal después de tanto tiempo. Por lo menos, parecía satisfecha.

—A mí también me ha encantado —bostezó contra mi piel. Por fin me sentía completo—. Descansa, verás cómo las cosas se ponen en su sitio a partir de ahora.

Eso era lo que esperaba. Ya no había marcha atrás, la había hecho mía y pensaba conservarla. Tenía la intuición de que podía aspirar a formar una familia a su lado. ¿Precipitado? Quizás, pero así era como me sentía. Quería que formara parte de mi vida.

Capítulo 16



—Recapitulemos. Entonces ¿dices que Luka Petrov es tu padre?

—Eso parece —confirmé llevándome una cucharada de cereales a la boca— y quiere recuperar el tiempo perdido. Tenía la intención de que me marchara con él a San Petersburgo un tiempo para conocernos mejor. No sabes lo bien que encajamos. Así como con mi otro padre no teníamos nada en común, con él es completamente distinto, es como que todo fluye. Tenemos aficiones muy similares, un modo de ver la vida bastante paralelo y, excepto en algunas cosillas que no comparto, el resto es genial.

—¿Y él no sabía nada de tu existencia? —Sabía que debería estar centrada en la conversación, pero, con el millar de mariposas que me revoloteaban en el clítoris, era imposible. Desde que se había levantado no podía mirarlo más que con un apetito insaciable. Me importaba un pimiento ahora mismo todo lo que no tuviera que ver con él, yo y una maratón de sexo salvaje. Me levanté de la silla y lo miré con fijeza. Llevaba puesta una de sus camisas y me enloquecía eso de oler a él—. ¿Qué te pasa?

—Lo que me pasa es que necesito un poco más, tengo hambre de ti —ronroneé.

Él miró mi tazón muy serio y después elevó la ceja con gesto indolente.

—No me extraña que me veas cara de pollo con esos cereales tan rancios que desayunas. Yo también me quedaría con ganas de más si tuviera que comer esa espesa amalgama, parecen cemento armado. —Siguió comiendo tranquilamente su tostada con pan de centeno y huevos revueltos mientras me miraba con superioridad. Yo solo podía pensar en el vaivén de aquella boca, y no en la tostada precisamente. Me tenía sorbidas las neuronas y algo más. Tras la noche con Jordan, pensaba que podría haberme visto afectada de algún modo, pero no fue así. Estar con Andrés en la cama era lo mejor que me había ocurrido nunca.

—No tengo hambre de pollo, Mr. Star, más bien de polla —respondí con tono sugerente. Si era más directa, me metía debajo de la mesa y le hacía una demostración. Él me miró entrecerrando los ojos—. ¿Qué pasa? —No me gustaba que se mostrara más frío que anoche.

—Qué estoy tratando de leerte los subtítulos.

—¿Qué subtítulos?

—Contigo uno nunca sabe a qué atenerse. Estábamos hablando de tu padre y me saltas con esas...

¡No podía creerlo, había dado con el único tío que no tenía el cerebro en el pito!

—Pues debe tratarse de interferencias, seguro que te has equivocado de canal porque en el mío echan una porno. Aunque si no tienes ganas, ya buscaré compañero para reproducir la película.

Me retiré de la mesa y puse rumbo al cuarto enfurruñada. Estaba dispuesta a largarme, pero no me dio tiempo. Antes de que pudiera dar un paso más, mi abogado ya me había puesto contra la pared y su boca buscaba mi cuello con celeridad.

—Nadie que no sea yo va a follarte a partir de ahora, ¿me entiendes?

Esa voz autoritaria me ponía mucho.

—¿Y quién lo va a impedir? —Si ya estaba húmeda con solo verlo desayunar, cuando noté que subía la parte baja de la camisa y acariciaba mi sexo inflamado con los dedos, gemí.

—Voy a mantenerla tan ocupada, señorita Martínez, que le va a ser imposible pensar en alguien más. —Me la metió de un golpe seco, arrancándome un jadeo profundo, me agarró del pelo y tiró hacia atrás proyectando mi cuello en una postura casi imposible.

Sus dientes lo mordisqueaban mientras la mano libre me agarraba con la suficiente fuerza como para que nuestra carne chasqueara una y otra vez.

Abracé mi parte más animal, pidiendo y exigiendo que no se detuviera. Lo quería tan hondo, tan dentro, que todo me parecía insuficiente.

—Más, más, más —exigía excitada. Su mano voló a mi sexo para frotarme el clítoris sin dejar de penetrarme con su miembro—. Oh, sí, sigue, no te detengas. Necesito, quiero... —No estaba segura de qué era, solo notaba que algo me ahogaba, que me empujaba más lejos. Fue entonces cuando la palma caliente de su mano impactó contra mi vagina y chillé desenfadada. Era eso lo que mi cuerpo exigía—. Por favor, por favor, no pares —le rogué aceptando aquellas palmadas precisas que me catapultaban una y otra vez hacia un lugar sin retorno.

Mis gritos, una mezcla entre un ruego y una orden, no parecieron incomodarlo, más bien fueron un acicate. Andrés parecía tan cómodo y abandonado como yo. El calor subía de mi vagina a los pechos tensándolos en dos duras cimas.

Tenía las palmas apoyadas contra la pared y el leve roce de la tela contra mis pezones ejercía una deliciosa tortura difícil de omitir.

Mis caderas rebeldes empujaban una y otra vez hacia atrás para percibir plenamente cómo se enterraba en mi carne henchida. Mi clítoris crecía violentamente a cada estallido, provocando que me humedeciera y el flujo escapara de entre mis muslos.

—¿Esto es lo que te gusta, que sea salvaje? Puedo dártelo, no necesitas ir a fiestas como la de anoche para que pueda complacerte. ¿Esto es lo que buscaste? —Las preguntas se agolpaban entremezclándose con las terminaciones nerviosas de mi clítoris, que rabiaba por la intensidad de las palmadas—. Dime, ¿esto es lo que te pone? —sugirió roncó.

Yo me debatí. Quería apartarme, quería aclararle que se estaba comportando como un capullo inseguro, que esa conversación en este momento sobraba, pero era tal mi nivel de excitación que lo único que mi cerebro me permitía hacer era jadear y buscar alivio como una posesa. Necesitaba, necesitaba...

—Aaaaaahhhhhh—chillé con su último azote, que hizo que el orgasmo rebotara por todo mi cuerpo. Él siguió golpeando y yo encadené el primer orgasmo con un segundo, que me hizo maldecirlo y desearlo a partes iguales.

Andrés rugió llenándome de nuevo. Las dos veces lo habíamos hecho sin condón, tal vez no había sido lo más inteligente, pero yo tomaba precauciones y sabía que él no había estado con nadie desde que estuvo con su ex. Era una persona de honor, no creía que pudiera pegarme nada y yo estaba muy sana.

Cuando ambos terminamos, me desembaracé de su agarre como pude.

—¿Suéltame! —le exigí. Los ojos me escocían por su insinuación. Me había herido en un instante donde estaba demasiado sensible, donde me estaba entregando a él.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué te ocurre? —Andrés trataba de cogerme sin demasiado éxito, aunque con un simple movimiento me atrapó girándome hacia él. Era mucho más fuerte que yo. Parecía desubicado, su mirada confundida no tenía nada que ver con la mía. Ambos estábamos resollantes por la intensidad del encuentro.

—¿Cómo has podido preguntarme eso? —Igual lo estaba exagerando todo, pero me había incomodado, y mucho. Él parecía no ver el mal en sus preguntas.

—Solo trataba de saber.

—Saber ¿qué? ¿Si me gusta que me golpees la vagina? ¿O va más allá? —Intuía que era así y ver cómo desviaba ligeramente la mirada me lo confirmó—. Pregúntamelo, ten narices de hacerlo. ¿Qué quieres saber? ¿Con cuántos lo hice? ¿A cuántos me tiré? ¿Se trata de eso? ¿O quieres saber qué me hicieron? ¿Cuántos orgasmos me arrancaron? ¿Si has estado a la altura o si disfruté tanto como contigo? ¿Qué es? ¡¿Qué?!

—¿Joder, no lo sé! —exclamó apoyando su frente contra la mía—. Perdona, sé que no tengo derecho a exigir ni preguntar nada, pero es que la duda me corroe. No sé si soy suficiente para ti o si verdaderamente podré aportarte lo que necesitas.

—¿Por qué siempre lo tienes que estropear todo con tus miedos e inseguridades? —Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Había roto la pequeña burbuja de seguridad en la que me veía envuelta cuando estaba con él. Era como los demás, un macho con ganas de que alabaran sus oídos. Buscaba que le dijera que la suya era la más grande, que con él había sido maravilloso y que no había conocido nada igual, que ningún hombre me había aportado lo mismo que él en dos polvos. Y tal vez fuera cierto, pero me dolían las formas y solo sentía ganas de dañarlo, de demostrarle que se equivocaba, que sexo lo podía tener en cualquier parte y que él me aportaba mucho más. Aunque ahora no pensaba decírselo, estaba dolida y solo tenía sed de sangre.

»Sí, follé, me pasé toda la noche haciéndolo de un modo salvaje. No estoy muy segura de qué habría ocurrido si hubiera estado en plenas facultades y no medio drogada, pero lo hice y me sentí bien. ¡La puta ama! Al tipo con el que estuve le encantó, se ofreció a ser mi esclavo sexual. Tendrías que haber visto las marcas que le dejé por todo el cuerpo —escupí—. ¿Contento? ¿Era eso lo que querías?

—No sé lo que quería —admitió soltándose y llevándose las manos a la cara.

—Yo sí. Quieres ser el macho alfa de la manada, el que me marque como suya. No compartirme. ¿No era eso lo que has dicho al empezar? ¿Que querías que solo fuera tuya? Lo que no me queda claro es qué buscas o si yo reúno las características de mujer perfecta, esa que has imaginado en tu cerebro miles de veces, la que nunca te va a fallar y se va a comportar como esperas en cada momento. Tal vez yo no encajo en la figura tradicional que te has marcado, pero lo que sí sé es lo que yo no quiero. No busco un marido a quien calentarle la cena todas las noches y preguntarle qué tal le ha ido en el trabajo, aspirando a que me haga el amor si no está demasiado cansado, adorándolo y diciéndole que es el mejor y fingiendo los orgasmos para hacerle sentir una bestia parda en la cama. Lo siento, esa no soy yo.

»Yo quiero un compañero de día y un amante al cual no le importe el momento en el que lo quiera follar o no, que no se preocupe por los tipos que han pasado por mi cama y que se concentre en ser la mejor versión para nosotros mismos. Quiero ser independiente y que me valoren por lo que hago. Soy la dueña de mi vida y puede que la cague mucho, pero no me asusta la derrota, porque tras cada caída solo soy más fuerte. Cada vez que me acerco a ti, me empujas, me juzgas y me condenas. Me da la sensación de que, por mucho que lo intentes, nunca tendrás la suficiente fe en nosotros, en que esto pueda funcionar.

—Eso no es cierto. —Parecía contrariado.

—¿No? Y entonces ¿por qué me preguntaste eso?

—Solo quería saber si era eso lo que te gustaba, si lo estaba haciendo bien, necesitaba confirmar que ese era el rol que debía aceptar para estar contigo.

—¿El rol? ¿Crees que esto se trata de un juego o una competición? ¿Buscas que te dé una medalla? ¿O tal vez subir al pódium de los superfolladores? ¿Es eso? Me tenías, sentías cómo se erizaba mi piel, cómo jadeaba. ¿Piensas que estaba fingiendo? ¿En serio crees que no me gustaba?

—Sé que te gustaba, pero no sé si lo suficiente. Estoy hecho un lío, no estoy seguro de qué esperar de esto. —Nos señaló a ambos. Su mirada perdida me daba cierta lástima, pero ¿quién

sentía pena por mí? La respuesta era sencilla: nadie.

—Ayer fue perfecto, jodidamente perfecto, y hoy lo estaba siendo de un modo más carnal, pero igual de bueno, hasta que la cagaste con tus preguntas. Yo necesito a alguien que sepa lo que quiere a mi lado, que me valore tal cual soy y si no eres capaz de ello, no nos hagas perder el tiempo.

Sus manos buscaron mi cara y me llenó de besos.

—Perdona, perdona, perdona. No sé qué me pasa, me siento tan dudoso que... la fastidio.

Hice que se detuviera. Tal vez la culpa era mía y verdaderamente no estaba preparado para estar con alguien como yo. No me gustaba la sensación de estar empujándolo hacia un punto que igual no era el que quería. Lo miré a los ojos tratando de sosegarlo y hablar sin rencor. No quería que iniciáramos algo que después se llenara de reproches, no deseaba eso para nosotros. Con todo el dolor de mi corazón, lo agarré por las mejillas.

—Sinceramente, no. Creo que me he equivocado, no es el momento de estar juntos. Bajo mi punto de vista, tienes heridas que no han cicatrizado todavía y que te hacen sentir desconfiado respecto a mí, y no me veo capaz de ayudarte sin que me destroces en el camino. —Cerró los párpados y tensó las mandíbulas—. No te he mentado nunca respecto a mis necesidades ni a lo que esperaba de nosotros. No quiero que estés echándome en cara quien soy, mis errores o cómo me comporto. No quiero un padre o un hermano, y contigo me da la sensación de que va a ser así. Quizás no estemos listos para estar juntos y, por mucho que me gustes o te desee, tengo la sensación de que vamos a hacernos demasiado daño, y no quiero eso para nosotros.

»Me importas Andrés, mucho más de lo que piensas, y es por eso por lo que prefiero dejarlo aquí y que el tiempo decida. Trataré de acelerar las cosas y marcharme cuanto antes del piso. — La oscuridad que rodeaba su mirada, el desconsuelo, me dañó. Pero peor iba a ser si iniciaba algo con él, le entregaba mi corazón y finalmente me daba cuenta de que lo nuestro no tenía futuro—. Voy a ducharme y después iré a la inmobiliaria. Quiero saber cómo llevan lo de la venta de la casa.

—¿Comemos juntos? —preguntó con el arrepentimiento asomando en su voz—. Entiendo lo que me dices, pero necesito tiempo para situarme. Todo esto es demasiado intenso y no quiero perderte.

Yo tampoco quería perderlo a él.

—Está bien, quedamos en el restaurante que hay junto al bufete de mi padre. La agencia está al lado.

Él asintió y acercó sus labios a los míos para presionarlos con firmeza e imprimir mucho más que su boca en mí. Mi pecho se resquebrajaba a cada contacto porque, en realidad, solo quería saltarle encima y pasar el día encerrada en el piso haciéndole el amor, diciéndonos gilipolladas absurdas y vomitando corazones llenos de sin razón.

Me aparté con dificultad y, sin agregar nada más, fui a buscar la ropa necesaria para asearme y

salir de allí antes de que fuera demasiado tarde.



Contemplé a Quince dándole de mamar al bebé. Era bonita y, en esa estampa, casi podría haber pasado por una chica normal. Nada hacía pensar que fuera un clon, solo aquella extraña frialdad que siempre lucía en el fondo de su mirada que la hacía casi impersonal. Apenas era perceptible para los que no sabían de su origen, pero yo los cazaba al vuelo.

—Amo —me saludó al verme apoyado en el quicio de la puerta—. ¿Desea algo?

—Sabes lo que espero hoy de ti, ¿verdad? Cómo debes actuar y qué tienes que hacer.

—Sí, amo —admitió serena.

—¿Te importa si lo repasamos? No puede haber un solo error, el éxito de que crean tu testimonio depende de ti.

—Lo sé y no me importa ensayarlo de nuevo. Haré lo que usted me pida, amo.

—Buena chica. Empecemos entonces. —Ella cambió al niño de pecho y siguió alimentándolo como si nada—. ¿Cómo te llamas? —pregunté esperando la respuesta correcta.

—Sylvia Antúnez Olmo.

Sonreí. No había dudado un ápice.

—Muy bien, señorita Antúnez, ¿qué hace en comisaría? ¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a entregarme por el asesinato en la casa de don Pedro Martínez. No he podido aguantar más la culpa y necesito confesar mi pecado.

—Entonces ¿me está diciendo que es la asesina de don Pedro? Tendré que tomarle declaración.

—Lo entiendo. Soy la asesina, pero más bien soy la víctima.

—Adelante explíquese. ¿A qué se refiere? —Vi dos gruesas lágrimas asomando en sus ojos, era magnífica interpretando el papel.

—Él me-me intentó violar. Fue en defensa propia... —titubeó.

—Cuénteme eso.

—Yo conocí a don Pedro porque mi actual pareja me lo presentó, había sido el abogado de su

marido.

—Entonces ¿su pareja está al tanto de lo ocurrido?

—No, me ha abandonado en cuanto le he confesado lo que había hecho. Hizo las maletas y se fue, no quería saber nada de mí, decía que no quería verse envuelta en algo así. Pero yo no podía soportar la presión, necesitaba confesarlo; sobre todo, viendo que estaban culpando a su hija por mi culpa.

—Tranquila, explíqueme qué ocurrió.

—Yo no soy lesbiana, pero vi en mi actual pareja la oportunidad de salir de la miseria. No tengo familia, y ella fue tan buena conmigo que... —Quince se mordió el labio.

—Que accedió a mantener una relación con ella —concluí.

Ella asintió.

—Yo era la primera chica con la que se atrevía a dar el paso. Antes, solo había estado con hombres. De cara a la galería, era heterosexual, hasta que me conoció y accedí a convertirme en lo que anhelaba. Incluso me quedé embarazada de un amigo suyo para que formáramos una auténtica familia. Al principio le costó, pues ella no quería hijos, pero yo sí quería ser madre y, por complacerme, dejó que su amigo me embarazara.

—¿Cómo se llama su amante?

—Quiero mantenerla al margen, eso no importa ahora. La única que jugó a dos bandas fui yo.

Asentí complacido.

—Continúe, aunque tarde o temprano averiguaremos quién era su amante.

Ella tragó con dificultad y siguió con su explicación.

—No pienso mezclarla en esto, al fin y al cabo, la culpa fue mía.

—Prosiga.

—Pues bien, visitamos en varias ocasiones a don Pedro por temas legales que yo desconozco. Rápidamente, vi que se interesaba en mí, sobre todo, cuando supo que estaba embarazada. Él no podía tener hijos, ¿sabe? Me lo confesó en uno de nuestros encuentros. Y, aprovechando una de las veces que ella fue al baño, me sugirió un provechoso acuerdo para ambos. Solo quería mantener algunas licencias sexuales con una embarazada, tenía ese fetiche; a cambio, me daría una cantidad nada deleznable a principios de cada mes.

—¿Se prostituía?

—¡No! —exclamó con horror—. Yo le ofrecía lo que él necesitaba y, a cambio, él me donaba parte de su fortuna. Era un acuerdo.

—Y si eso era así, ¿por qué dice que la violó?

—Bueno, el acuerdo solo incluía sexo oral, ya me entiende, no iba a ser más que eso. —Moví la cabeza afirmativamente—. Todo iba bien hasta unas semanas antes de su muerte. Me citó en su casa y me dijo que o incluía penetración o le revelaría a mi amante lo que hacíamos, lo tenía todo grabado. Me asusté y, por miedo, claudiqué y dejé que ocurriera una única vez. —Quince volvió a llorar.

—Tranquilícese.

Incluso sorbió por la nariz.

—Lo lamento. Sé que lo que hice estuvo mal, pero quería una seguridad económica y me daba miedo de que mi amante se cansara de mí y no tener nada a qué agarrarme.

—Centrémonos en la noche de los hechos. ¿Qué ocurrió?

—La hija de don Pedro estaba en una gala. Normalmente, quedábamos cuando nadie nos podía ver. Él hacía que el personal se retirara a la casa del jardín y entonces yo accedía a la vivienda principal.

—¿Siempre?

—Sí. Aquella noche le dije que no quería repetir lo de la otra vez, que solo se la iba a chupar o a dejar que él me comiera a mí, ya me entiende. Pero no quiso, me dijo cosas terribles, estaba desequilibrado. Había mantenido una discusión con su hija que lo sacó de sus casillas y lo pagó conmigo. Dijo que todas las mujeres éramos unas putas, que jugábamos siempre a dos barajas, que estaba harto de que las mujeres hicieran lo que deseaban sin contar con su opinión. Que se había cansado de que simplemente se la chupara y que, con todo el dinero que me había entregado, me follaría como quisiera y por donde quisiera; que no podía negarme y que iba a hacerlo hasta partirme por la mitad... Tuve miedo, auténtico pavor. Parecía ebrio, seguramente, había tomado más de la cuenta antes de que yo llegara. Con su hija, no tenía una buena relación. Traté de calmarlo y le dije que nos veríamos en otro momento. Quise salir del despacho, pero me agarró del pelo y me zarandó. Me golpeó el rostro y me tiró contra el suelo. Yo no podía dejar de llorar y le pedí que me soltara porque quería irme. Nunca había sido agresivo hasta entonces, pero le juro que vi peligrar la vida de mi bebé y la mía propia. Me arrastró por el suelo tironeando de mi pelo y alzándome. Le rogué que parara. —Su grado de desesperación me hizo casi aplaudirla—. Y entonces me empujó contra la mesa del despacho, que se clavó en mi abdomen, y solo pude pensar en proteger a mi bebé. Sobre la mesa, había un abrecartas. Era de su hija, se lo solía coger para bajarlo al despacho y cortarme con él la ropa interior. Creo que le gustaba. No lo hacía siempre, pero no era la primera vez que me encontraba con él. En cuanto lo vi y oí sus pasos detrás de mí no lo pensé, lo agarré, me di la vuelta y, al abalanzarse sobre mí, se ensartó en el abrecartas. —Empezó a llorar histérica—. ¡Lo maté! ¡Lo asesiné! ¡Fui yo! ¡Si no hubiera cogido el maldito abrecartas, puede que ahora no tuviera a mi bebé, pero ese hombre seguiría vivo y su hija no habría sido acusada de asesinato! ¡No puedo más con la culpa, enciérreme! —exclamó con desazón mientras yo aplaudía la interpretación.

—Bravo, muy bien. Estás lista. Creo que con eso será suficiente. Mantén el pico cerrado respecto a Chantal y todo irá bien. Igualmente, si quisieran buscar a la doctora Miller, se darían de bruces con un fantasma, pues ese no es el verdadero nombre de nuestra querida Chantal.

—No se preocupe, amo. No les quiero causar ningún mal, sé que harán lo mejor para mí.

—Por supuesto que sí, pequeña. Ahora despídete del bebé y vístete. Llamaré a un taxi para que te acerque a la comisaría. ¿Has dejado preparada la carta que te pedí para que pueda reclamar la custodia del niño?

—Sí, la dejé en la mesa de su despacho, amo.

—¿Y la de disculpa a mi hija?

—Están ambas. Las redacté del modo que me dijo.

—Bien. Iré a echarles un ojo por si hubiera que reescribirlas. Me siento muy orgulloso de ti, Quince, y sé que Chantal también. Te sacaremos lo antes posible. Sigue las pautas y no pidas un abogado, ya me encargaré yo de traer al que corresponda para defenderte. Pide al policía que me llamen a mí alegando que yo me encargaré de buscarte un abogado. Si el letrado que contrato no es capaz de evitar que entres en prisión, pórtate bien mientras entrenamos a una de las clones para que te supla igual que hicimos con Sandra y Ben. No te dejaremos encerrada permanentemente. Tómallo como unas vacaciones con gastos pagados.

—Sí, amo.

—Buena chica. Te espero abajo. —Sonreí para mis adentros. Todo estaba en marcha, nada podía fallar.



Desde que Esmeralda salió por la puerta, me habría dado de cabezazos. Era un idiota redomado. Y tenía mucha razón en sus reproches, la inseguridad que desataba en mí no era propia de alguien como yo. Por el amor de Dios, ¡si nunca me temblaba el pulso!

Siempre había sido el responsable, el hermano mayor, el consejero, el mediador, el referente al que todos acudían frente a cualquier vicisitud. Entonces, ¿qué estaba mal conmigo?

No daba pie con bola. No me extrañaba que tuviera dudas al respecto de si quería mantener una relación con alguien como yo, si hasta yo mismo las tendría. Pero es que me ponía tan nervioso que solo soltaba majaderías, quería cumplir todas sus expectativas, que no tuviera ojos para nadie más que no fuera yo, igual que me ocurría a mí con ella. Pero por la vía que había tomado no iba a lograrlo, estaba convencido.

Me veía llamando a César y pidiéndole que me diera un par de hostias para ver si solucionaba

mi problema de incapacidad afectiva con ella. De hecho, estaba a punto de ir a casa de mis padres para hacerle una visita y desahogarme cuando el teléfono me sonó.

—¿Sí?

—Hola, soy yo, Michael. No vas a creerte lo que ha pasado.

—Pues no sé qué decirte, ahora mismo creo que si me dijeras que has visto un burro volando, diría que soy yo.

—¿Estás bien?

—Olvidalo, son gilipolleces mías. Dime, ¿qué ha pasado?

Me explicó que uno de sus contactos de la comisaría de los Mossos le había llamado diciéndole que una joven había ido a entregarse voluntariamente confesando la muerte de don Pedro Martínez. Casi me caigo de culo.

Todo apuntaba a que se trataba de la embarazada que vimos en el vídeo y que resultó ser un asunto algo peliagudo. Había indicios que apuntaban a que el padre de Esmeralda utilizaba sus servicios de prostitución encubierta y que la amenazó con destaparle todo frente a su pareja si no acataba sus exigencias. Que la maltrató y esta lo asesinó accidentalmente en defensa propia cuando pretendía violarla. Si no hallaron sus huellas en el abrecartas, fue porque llevaba unos guantes que formaban parte del atuendo que llevaba esa noche y los aportó como prueba llevándolos consigo a comisaría; manchados, presuntamente, con la sangre de don Pedro.

No se opuso a declarar sin la presencia de un abogado, así que la llevaron directamente al calabozo y pidió que llamaran al padre de su hijo para que se encargara de buscarle uno.

—Creo que eso exculpa a tu cliente, así que ya le puedes dar la buena nueva. Pronto podrá recuperar su vida tal y como la conocía.

Con los últimos acontecimientos, lo veía difícil.

—Acabas de dejarme a cuadros. No esperaba un giro así.

—¿Cómo crees que me he quedado yo? Estaba convencido de que se trataba de Benedikt y sus secuaces, y ahora resulta que no, que el tipo era un perverso, un putero y un maltratador.

—Qué quieres que te diga, no me cuadra nada. Pasé tiempo con don Pedro y no me dio esa sensación.

—¿Quieres decir que la chica se lo ha inventado todo? ¿Que ha confesado un crimen que no cometió? ¿Con qué finalidad alguien haría algo así?

—Ni idea, pero en conjunto es todo muy extraño. —El teléfono me avisaba de que tenía una llamada en espera—. Michael, tengo que colgar, después te telefono. Alguien me llama.

—Tranquilo. Si averiguo algo más, te lo digo, pero hay indicios claros de que el tema fue tal y

como lo cuenta, aunque deberá tener un buen abogado que verdaderamente demuestre que fue homicidio involuntario. Yo si fuera tú dejaría de buscar fantasmas donde no los hay. La finalidad era demostrar la inocencia de Esmeralda y, después de lo de hoy, creo que no hay duda de que ella no cometió el crimen del que se la acusa. Aunque si quieres, sigo hurgando.

—En principio, páralo todo. Luego, ya te diré. Tengo que hablar primero con Esme, ella fue quien encargó la investigación.

—Está bien, nos hablamos.

—Y gracias por llamar.

—De nada, tío. A mandar.

Cuando fui a coger la otra llamada entrante, ya habían colgado. No era un número conocido, así que imaginé que era uno de esos nuevos clientes que entraban gracias a la publicidad de Esmeralda.

Traté de devolver la llamada, pero comunicaba. Después intenté ponerme en contacto con Esme y lo mismo. No sabía por qué, pero me daba que había algo turbio en todo aquel asunto de la presunta culpable. Cosas así sucedían, pero extraño era un rato.

Don Pedro siempre había sido un hombre correcto y no acumulaba una sola denuncia ni había mostrado ser violento en caso alguno. Siempre exhibía muchísima templanza, por eso era uno de los mejores en su campo.

La pantalla del móvil se iluminó. Era Esmeralda.

—¿Sí?

Nada más responder, habló atropelladamente.

—Fue Sylvia, ella mató a mi padre.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué Sylvia?

—Necesito que vengas con urgencia, he quedado con mi nuevo padre al lado del bufete. Tenemos que hablar los tres, esto es una locura.

—Esme, no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver tu padre en esto?

—Ven y te lo explicamos. Creo que va a darme un paro cardíaco de un momento a otro. Te necesito, por favor, no me falles ahora.

—No pienso hacerlo —dije rotundo—. Dame quince minutos y voy volando.

—Gracias.

Colgó y yo me apresuré a coger las llaves, la cartera y salir a su encuentro. ¿Qué tendría que

ver Luka Petrov en todo aquello?

Capítulo 17



En cuanto llegué, un hombre alto, moreno y con aire aristocrático rodeaba a Esme por el hombro. Erguí la cabeza, estaba acostumbrado a relacionarme con tipos como ese en el bufete, personas que creían que con el simple chasqueo de sus dedos podían mover el mundo a su antojo.

Cuando los ojos verdes de Esmeralda se cruzaron con los míos, se soltó para correr y lanzarse contra mí. No esperaba ese gesto de afecto público, no obstante, la rodeé con los brazos y apoyé la barbilla sobre su cabeza. Olía a cereza. Últimamente, todo me recordaba a esa fruta; a veces dulce y voluptuosa, otras fuerte y ácida, pero siempre tentadora.

—No te vas a creer lo que ha ocurrido cuando te lo contemos. —Se separó despacio buscando de nuevo mi mirada—. Siento que mi padre era un auténtico desconocido para mí, no sé qué tipo de persona era. Cada día que pasa, descubro una nueva sorpresa que me empuja a tener sentimientos encontrados hacia él. Ahora mismo no sé ni qué pensar, te juro que me gustaría que estuviera aquí para exigirle todas las explicaciones que merezco y que jamás tendrán respuesta.

—Bueno, tranquila. Veamos primero qué tiene que aportarnos tu nuevo progenitor, porque parece estar en esto hasta el cuello, ¿no? —musité por lo bajo sin quitarme la sensación de que ese hombre no dejaba de medirme y que no pasaba el examen.

—Ven, te lo presentaré. En cierto modo, tienes razón, es algo que nos compete a ambos. Los astros parecen haberse alineado para meternos en un paquete que ni nos va ni nos viene.

Yo no estaba seguro de su reflexión, aquel hombre tenía algo que me hacía desconfiar. Puede que fueran prejuicios, pero en mi pecho albergaba un pellizco de inquietud que no tenía aspecto de calmarse con facilidad.

Teníamos una altura similar y, aunque mi complexión era algo más fuerte, se notaba que estaba en forma. Seguramente, practicaba algo de deporte.

—Señor Petrov. —Le tendí la mano.

—Señor Estrella.

Me correspondió estrechándola con fuerza con un poco más de dureza que lo habitualmente establecido. Quería marcar los límites o, por lo menos, yo lo sentía así.

—No ha hecho falta ni que os presentara —musitó Esmeralda complacida.

—Ambos somos adultos, hija. Además, no somos ajenos el uno al otro. Por lo que sé, ya le has hablado de mí así que, en parte, es como si nos conociéramos. ¿No le parece? —cuestionó mirándome.

—Cierto.

—¿Le parece si vamos al restaurante? He reservado mesa para tres, intuyo que la charla no será breve. Tenemos demasiadas cosas de las que hablar.

—Por supuesto. —De momento, prefería escuchar a hablar. Tal vez estaba siendo algo parco, pero no pensaba lamerle el culo por ser quien era.

—*Sládkaya*, por favor. —Agarró por el codo a Esmeralda y caminó junto a ella dejándome atrás. Sonreí sin un ápice de decepción, sabía perfectamente que estaba tratando de demostrar cuál era mi sitio. Por muy padre de Esmeralda que fuera, seguía sin gustarme.

Petrov pidió una de las mesas del rincón y directamente cogió la carta de vinos para ordenar una botella.

—Por favor —llamó al *maitre*—. Para comer, tráiganos un Vega Sicilia Único 1962, pero antes quiero un *old fashioned* para mi hija, un vodka Grey Goose en vaso helado pero sin hielo para mí y para mi nuevo abogado... —¿Había dicho nuevo abogado? Lo miré desafiante—. ¿Qué querrá, señor Estrella?

—Con un poco de agua con gas tendré suficiente, prefiero mantener la mente despejada.

Él movió la cabeza afirmativamente para dar la orden y el *maitre* nos dejó las cartas.

—No se preocupe por el precio, hoy invito yo. Pida lo que desee sin escatimar.

—Parece que estemos de celebración —observé.

Él chasqueó la lengua.

—En parte, así es. Por fin se ha demostrado lo que todos, incluido usted, ya sabíamos: que «mi hija» —remarcó— es inocente. Aunque esa alegría se vea empañada por una realidad algo perturbadora.

—Cuénteme, ¿por qué la define como perturbadora?

—*Sládkaya*, muéstrole las cartas que Sylvia dejó en mi casa al señor Estrella.

—¿Puedo preguntar quién es Sylvia y qué relación guarda con usted antes que nada?

—Puede, pero mejor será que lo lea. Creo que en las cartas que dejó esta mañana en mi despacho está perfectamente explicado. Por supuesto, puede pedir que le aclare cualquier punto y con gusto lo haré. —No parecía incómodo, más bien mantenía una actitud desafiante. Esmeralda deslizó los documentos sobre la mesa mucho más agitada que el ruso, que se asemejaba a un témpano de hielo.

Leí ambos escritos con atención. Se trataba de dos cartas, una para Luka donde le pedía perdón por no haberle revelado la verdad, por dejar que la gente pensara que Esmeralda había cometido el atroz crimen, cuando en realidad ella era la culpable, e implorándole que se encargara de su hijo. Y la segunda carta era para Esmeralda. En ella se disculpaba, narrándole su historia, así como los motivos que la unían a Luka. También imploraba su perdón y admitía la autoría del crimen contra don Pedro, alegando defensa propia. Decía no haber dicho nada porque estaba muy asustada, pero que estaba dispuesta a cargar con la condena que le correspondiera. Quedaban pocos cabos sueltos si leías los dos documentos, pero aun así quería que Petrov corroborara mis conclusiones.

—Entonces, para que yo lo entienda —me dirigí a él—, usted fue el hombre que ayudó a Sylvia y su pareja a cumplir con el sueño de ser madres, y lo que le une a ellas es la paternidad del hijo de Sylvia.

—Exacto. Ellas no querían fecundación *in vitro*, así que solicitaron mi ayuda. Oficialmente, soy el padre de la criatura.

—¿Puedo preguntar qué relación le unía a la pareja de la señorita Antúnez?

—La doctora Miller participaba habitualmente en mis orgías. Digamos que éramos compañeros de juegos desde que su marido falleció. —Al escuchar la palabra orgía, me tensé incómodo, al igual que Esmeralda, que tomó su copa en cuanto el camarero la depositó delante de ella y dio un gran trago—. Disculpe si he sido muy brusco o directo, pero no me avergüenza ni quien soy ni lo que hago —admitió con arrogancia—. Además, Esmeralda está al corriente de mis gustos y del tipo de fiestas que realizo. No pretendo ocultarme o presentarme como quien no soy, mi forma de concebir el sexo forma parte de mi realidad.

—Con su vida privada, puede hacer lo que desee, señor Petrov. No estoy aquí para juzgarla.

—Me alegro de que lo vea así. No todo el mundo es capaz de entender nuestro mundo. —Deslizó la mano sobre la mesa para apresar la mano de Esmeralda, que parecía más desubicada que nunca.

Y ella creía que yo era un macho alfa, ¿acaso no se daba cuenta de que a ese nuevo padre solo le hacía falta ponerle una marca de su propiedad? Me estaba lanzando mensajes continuamente y uno era que ella le pertenecía. Lo que más me repateaba era que Esme parecía no darse cuenta de nada. Me dieron ganas de zarandearla y preguntarle si de verdad iba a dejar que ese hombre gobernara su vida. Me aclaré la voz.

—Me reitero. Su sexualidad no es algo que me competa, señor Petrov, solo el bienestar de mi clienta.

Él sonrió con petulancia.

—Y no sabe cómo me alegra eso. Esmeralda habla maravillas de usted, así que he decidido convertirlo en mi abogado personal.

Lo que me faltaba, ahora era él el que decidía si era cliente mío o no.

—Debo consultar mi agenda a ver si tengo hueco. —No pensaba amedrentarme por mucho dinero o poder que tuviera.

—Me gusta su estilo, Estrella. No se amilana, aunque esté frente a uno de los hombres más poderosos del planeta y eso me gusta. Brindemos —sugirió—. Por los hombres que saben qué quieren de la vida y no les tiembla el pulso para conseguirlo. —Alzó su vodka y yo, mi agua con gas, y ambos bebimos. Las burbujas hormiguearon en mi nariz.

—Andrés, necesito que defiendas a Sylvia. Puede que no se comportara de la mejor manera, pero dudo mucho que quisiera hacerle daño a mi padre. Tomó malas decisiones y si lo que expone en su escrito es cierto, que no tengo por qué ponerlo en tela de juicio, lo único que trataba era de protegerse. Cualquier madre hubiera hecho lo mismo por su bebé.

Acababa de quedarme poco más que atónito.

—¿Defiendes a la asesina de tu padre? ¿Tan claro tienes que dice la verdad? —Estaba perplejo. Ni siquiera se había cuestionado que la chica mintiera y la había antepuesto al hombre con quien compartió sus primeros años de vida y los últimos hasta que falleció. Luka carraspeó molesto, supuse que por referirme a don Pedro como su padre cuando en realidad lo era él—. Perdón, me refiero al hombre que te crio.

—Le hemos entendido.

Me reventaba que la omitiera y que hablara en plural.

—Pedro era un gran desconocido para todo el mundo. Nadie lo conocía realmente, ni su mujer ni su hija ni su entorno. Tal vez el divorcio lo desestabilizó, los hombres como él siempre muestran la cara que les interesa.

—¿Y usted? ¿Qué cara nos muestra? —No pude contenerme.

—Yo soy lo que ve, le guste más o menos. No tengo por qué ocultarme, soy un hombre que se ha hecho a sí mismo, con sus defectos y sus virtudes. Pero todos sabemos que no todo el mundo es así. Hay gente que tiene una vertiente oculta, como aquel vecino que todo el mundo aprecia y resulta un asesino en serie. O el devoto padre de familia que un buen día se levanta y ha asesinado a sus hijos y a su mujer. —El tono frío y sin alma que utilizaba se anudaba en mis tripas de una manera compleja. Estaba convencido de que, si lo miraba con atención, era capaz de absorberme el alma con sus ojos—. Si le parece, pidamos. Tengo hambre y la comida no es algo que se deba descuidar. —Abrió la carta y Esmeralda lo imitó—. Le estoy muy agradecido por cómo ha ayudado a mi hija, estaré en deuda con usted permanentemente. Por eso, si me acepta como su cliente —puntualizó—, le garantizo que no deberá preocuparse nunca más por sus finanzas.

Dígame qué desea y yo se lo concederé. —Su mirada me heló la sangre, era como hablar con el mismísimo diablo. Su aura de poder era tan oscura como magnética. Desvió la mirada hacia su hija.

»*Sládkaya*, pide sin miedo, debes alimentarte bien. —Ella le sonrió como una dócil gatita. Me parecía increíble que se tratara de la misma mujer con la que compartía piso—. Usted también, señor Estrella. Únase a nosotros. —En cada una de sus frases había una doble intención que quedaba a años luz de mi simplicidad o la de cualquier otro mortal. Su mente era compleja y así lo transmitía con cada ademán. No cabía duda de que era un hombre inteligente, muy perspicaz, capaz de dirigir a las personas justo al lugar donde deseaba, y eso era muy peligroso.

Preferí no contradecirle y seguir estudiándolo durante la comida. Solo tenía claro, por el momento, que Luka Petrov era mucho más de lo que decía ser. Y eso no me gustaba un pelo.



Pasé la comida tejiendo mi propia tela de araña. Esmeralda se iba ablandando y acercando cada vez más a mí. Ya no era tan reticente, aceptaba mi palabra como la verdad más absoluta y eso me henchía de orgullo. Casi podía saborear el imperio que iba a crear a su lado, la adoctrinaría y sería la soberana perfecta. Tenía madera, la mía.

Andrés era otro cantar. Era desconfiado, marcaba las distancias y no era un hombre fácil de sobornar. Parecía una persona de principios, pero torres más altas habían caído a mis pies y, si no, que se lo dijeran a Ichiro Yamamura.

Todavía paladeaba su rendición, cómo lo sodomiceé delante de su mujer, reduciendo su hombría hasta hacerla mía. Eso era lo único que le quedaba y yo se lo arrebaté.

Lamí mis labios al recordarlo y me llevé un trago de vino a la boca. Solo follaba con hombres para mostrar mi poder, mi supremacía. No era algo que me gustara como juego sexual, sino más bien para que entendieran que yo siempre iba a estar al mando. Sometía su parte más animal convirtiéndome en el rey de la manada. Era capaz de hacerlo con cualquier hombre, por muy heterosexual que se creyera. Ese era el verdadero objetivo de follar con alguien de mi mismo sexo, verlo reducido a mis pies.

Cuando el mundo fuera mío, disfrutaría terminando con todo lo que él representaba, con todo lo que amaba. Sería mi esclavo personal y lo usaría para entretener a mis amigos. La muerte era algo demasiado simple. Toda su familia terminaría en mi poder, habitando mis mazmorras con el único fin de atender las necesidades de mis camaradas.

Jen ya no debería robar para mí, pues todo sería mío, aunque todavía quedaba una pieza clave que por el momento no podía obtener si no la utilizaba a ella. Me encargué de que me debiera una y no pudiera negarse a un último trabajo. Pronto la llamaría para que se encargara de ello. Además, también me la follaría, como tantas veces había pensado, mientras Jon contemplaba

cómo hacía que su mujer se corriera y después lo tomaría a él, partiéndole su culo y demostrándole que también era mío.

Todos serían míos, lo visualizaba con total claridad. Ichiro pagaría. Yo jamás olvidaba una afrenta y, aunque él parecía haber olvidado lo que nos unía, yo no lo había hecho. Primero pensé en matarlo y aniquilar todo lo que amaba, pero convertirlos en esclavos sería mucho más divertido.

Las miradas que Esmeralda le dedicaba al abogado no me gustaban. Estaba demasiado interesada, tal y como Chantal me había advertido. Necesitaba distanciarlos y para ello Jordan jugaba un papel primordial, y el bebé, otro.

Esmeralda se había ofrecido a echarme una mano, pues era su hermano. Ese pequeño bastardo se había convertido en su única familia y ella parecía tener el sentimiento de pertenencia muy desarrollado, aunque ni siquiera lo conocía.

Moví ficha con inteligencia. Había firmado el contrato de compraventa esa misma mañana de la casa de Pedro a través de uno de mis fondos buitre y también el piso que le había enseñado Verónica a Esmeralda.

Pensé en la rubia de piernas largas de la agencia y me relamí de nuevo.

En cuanto crucé la puerta de la inmobiliaria, percibí su interés en mí, y no precisamente en la abultada cartera.

Nada más dejar a Quince en los mossos, quise pasar por la oficina. Cerré el trato a los cinco minutos al ofrecer un tercio más del importe que pedían por ambos inmuebles y, de paso, saqué una visita al piso esta misma tarde con guía incluida. Pensaba follarla en cada rincón. Tenía una mirada sumisa y salvaje que no me dejaba lugar a dudas de que iba a convertirla en mi nuevo juguete hasta que me cansara.

Después, me marché a tomar un café pidiéndole anonimato sobre la transacción. Muchas de mis propiedades estaban a nombres de terceros, para la compraventa enviaría a alguno de mis apoderados. No quería que Esmeralda supiera que yo era quien estaba detrás de la compra. Me aseguré el silencio de Verónica con una suculenta comisión y la promesa de que iba a tener la mejor tarde de toda su puta vida.

Dinero, poder y sexo eran los tres elementos que te abrían las piernas de mujeres como ella, y yo cumplía todos los requisitos.

Vi salir a mi hija contrita de la agencia, sabía que iba a ir, Verónica la había llamado para decirle que debía pasar a firmar unos papeles para la venta de la casa cuando ya estaba de camino. Había decidido ir a preguntar cómo iba la venta cuando se encontró con la sorpresa.

Tras el golpe de efecto, y esperando un tiempo prudencial, la llamé para darle la noticia de lo ocurrido con Quince, desubicándola por completo.

Le pedí que no se moviera de donde estuviera y ella me dio la dirección de la agencia sin

saber que podía verla a través de la cristalera del bar. Me presenté media hora después, le pedí que fuéramos a tomar algo y me dediqué en cuerpo y alma a lavarle el cerebro con la estrategia que me había marcado. Me inventé mi propio yo sensible, mostrándome desesperado al no saber qué hacer con el niño.

La reacción no se hizo esperar, se ofreció a encargarse del bebé sin dudarle. Traté de que viera que no quería perjudicarla, que lo primero que había hecho era poner a Adán a buscar una niñera para que se encargara, que llamamos a una empresa especializada, pero que con mi viaje inminente a San Petersburgo, no me fiaba de dejar al bebé desprotegido y ella era la única en quien confiaba lo suficiente.

Me dijo que si no tenía inconveniente, se mudaría a mi casa y que ella misma se encargaría del pequeño en mi ausencia con ayuda de la niñera. Me contó cómo sus planes de vivienda se habían truncado, así que ya no había motivo para que no aceptara mi oferta. Respiré satisfecho. La victoria era tan dulce y fácil que casi me hubiera gustado que me costara algo más.



Mi padre se excusó, tenía que hacer un par de llamadas. Estuvimos un buen rato reunidos despejando cualquier duda que Andrés pudiera tener respecto a Sylvia. «Mi padre». Ya podía llamarlo así, por lo menos en mi fuero interno, aunque todavía no me había atrevido a expresarlo en voz alta.

Me gustaba que fuera un hombre decidido, a la par que sensible, que no le temblara el pulso a la hora de defender sus ideales, aun cuando no se correspondieran con los de la mayoría. Era fuerte y noble, y, con el asunto de Sylvia, me lo estaba demostrando.

Andrés se cambió de silla y se sentó a mi lado ocupando la suya, acercándose peligrosamente a mí. Se había pasado la mayor parte de la comida haciendo preguntas incómodas, como si tratara de pillar a Luka en alguna mentira, y eso me había desquiciado bastante. Aun así, Petrov mantuvo la calma y contestó con total serenidad dándole un baño de humildad. Es que siempre le pasaba lo mismo: si tenía a alguien con dinero delante, se ponía a la defensiva.

—Esmeralda, ¿estás segura de todo esto?, ¿de verdad quieres que yo la defienda? —Parecía un tanto angustiado, mucho más que yo. Necesitaba que comprendiera que Luka gozaba de toda mi fe en él. Conmigo también le costó, pero casi lo había logrado.

—Sé que te sonará raro, pero confío en que las cosas fueron de esa manera. Y en respuesta a tu pregunta, sí, me gustaría que tuviera una oportunidad y un juicio justo. Puede que Sylvia no hiciera bien las cosas, pero don Pedro tampoco.

—¿Don Pedro? —preguntó extrañado.

—Sí, mi expadre. Ya va siendo hora de que dé a cada cual el lugar que le corresponde, y ese lugar es de Luka. Quizás te parezca precipitado, pero siento la conexión con él mucho más allá de toda lógica. La llamada de la sangre, supongo.

—No sé, todo esto es algo rocambolesco. ¿De verdad es tan importante para ti y crees en la

versión que cuenta?

—¿Acaso tú no? —inquirí molesta.

—Ya sabes que para mí todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, pero hay algo turbio que no me acaba de convencer. Lo acabas de conocer hace unos días y ya le has otorgado un puesto en tu vida que da vértigo.

Torcí el gesto.

—Algunas no somos tan lentas como otros ni tenemos tanto miedo a que las cosas no salgan como esperamos. Es cuestión de piel. —Su gesto se contrajo—. Quizás tú necesitas una eternidad para confiar en alguien, para darle acceso a tus emociones y dejarte ir. Pero yo no soy tú, ni Luka tampoco. Si doy mi confianza, la doy por completo, sin reservas. Me entrego a la otra persona en cuerpo y alma. Supongo que por eso no funcionamos como pareja, porque tú siempre te resguardarás bajo esa coraza que tantos años te ha costado edificar y, aunque tengas algo bueno delante, vas a seguir erigiendo muros cada vez más altos antes de que vuelvan a dañarte. Si no crees en mí, en nosotros —cabeceé hacia donde estaba mi nuevo padre, que ya se acercaba—, no hace falta que aceptes su oferta de defender a Sylvia y ser su abogado.

Andrés apretó los puños y Luka se dirigió a ambos.

—Lo siento, era la nueva canguro del bebé. Debo marcharme para dejarle claras las directrices, salí de casa sin siquiera presentarme ante la llamada de Esmeralda. —Desvió la mirada hacia Andrés—. ¿Puedo contar con usted para que a partir de hoy sea mi abogado en España? ¿Aceptará el caso y le dará la mejor defensa a la madre de mi hijo?

Me encogí temiendo que su respuesta fuera un no. Las preguntas eran sencillas y directas.

Andrés titubeó, me miró e intuyó que me sentía un tanto decepcionada. Hizo un gesto muy suyo al tensar la mandíbula, lo usaba cuando algo lo disgustaba o había tomado una determinación. Después, dirigió la mirada hacia mi padre.

—Está bien, confiaré en usted, señor Petrov. —Se levantó y mi progenitor le estrechó la mano con fuerza.

—Me alegro, ha hecho una buena elección. Y estoy convencido de que también ha hecho muy feliz a mi hija. ¿Verdad que sí, *sládkaya*?

Por dentro, mi corazón aleteaba, sabía cuánto le había costado decidirse. ¿Lo habría hecho por mí?

—Sí —admití con una sonrisa suave y las mejillas sonrosadas.

Mi móvil vibró sobre la mesa. Era un wasap de Jordan donde me preguntaba qué película quería ver y si pasaba a recogerme. El mensaje salió en la pantalla sin necesidad de reactivar el móvil, así que los presentes lo pudieron leer con la misma claridad que yo. Los ojos de Petrov y Andrés se habían desviado hacia el aparato.

—¿Es Jordan?

Sabía que lo habían visto. Me mordí la parte interna del carrillo.

—Em, sí.

—No sabía que después de la fiesta hubierais decidido seguir con la relación, pero me alegro. Es un buen chico, un deportista de élite con altos valores. Se os veía muy bien juntos la otra noche, muy «com-penetrados». —Su tono era jocosos y risueño. Él no tenía por qué saber nada de mi relación o riña con Andrés por ese tema.

—Solo somos amigos —apunté fijándome de soslayo en la tensión que había regresado al cuerpo de Andrés.

—Claro, la doctora y yo también éramos muy «amigos». Ya sabes que creo que la vida es para disfrutarla y si Jordan te da placer, es lógico que quieras seguir viéndolo. Ya te dije que él así me lo hizo saber durante el desayuno. —Estaba pasando un mal trago terrible. No me apetecía mantener esa conversación delante de Andrés antes de que pudiera aclarar lo nuestro—. Os dejo, ya os he dicho que tengo prisa. Disfruta mucho y no te culpes por seguir tu naturaleza. —Se acercó a mí primero para besarme—. Por cierto, ven a casa cuando quieras, ya sabes que es tu sitio. Y por el piso no te preocupes, ya encontraré el modo de hacerme con él para ti. Te garantizo que lo recuperaré y te lo regalaré en cuanto pueda.

—No es necesario. No pasa nada, de verdad. Ya encontraré otro que me encaje.

—No quiero otro que te encaje, quiero darte todo lo que deseas. El mundo entero es poco para lo que quiero concederte, *sládkaya*, déjame que cuide de ti como debí hacer siempre. —Sus palabras me llenaron de ternura. Puede que sonaran algo materiales, pero yo las percibía de otra manera, era su modo de compensarme.

—Gracias, papá. —Al soltarlo, sentí una gran liberación. A él le brillaron los ojos y me estrechó en un abrazo reconfortante para besarme de nuevo, esta vez en la frente. Se separó con suavidad, estrechó la mano de Andrés y sacó una tarjeta extendiéndosela.

—Le agradecería que me mantuviera informado sobre todo lo que sucede con Sylvia. No escatime en medios. Puede facilitarme sus honorarios a tiempo completo en mi *mail*, hablaré con mi contable para que le transfiera la cantidad mensual que estipulemos para que quede completamente cubierto.

—No hace falta. Con pagarme los honorarios de los servicios que precise, tengo suficiente. — Su mirada era fría, estaba masticando las palabras.

—Puede que para usted sea así, señor Estrella, pero para mí, no. Me gusta que mis empleados se sientan cuidados y, como quiero preferencia absoluta y que esté ahí siempre que lo necesite tanto para mi hija como para mí, eso debe pagarse. No sufra, soy un jefe muy generoso, lo único que exijo a cambio es honestidad, rapidez y lealtad. No creo que le suponga inconveniente alguno, parecen ser tres de sus valores por lo poco que lo conozco y no suelo equivocarme con las

personas.

—Siempre hay una primera vez.

¡Oh, por favor! Pero ¿qué le ocurría a Andrés? Mi padre le concedía lo que cualquier abogado recién licenciado querría y no daba brincos. No había quien le entendiera.

—Pues espero que no me ocurra con usted —advirtió mi padre—. Pasad buena tarde y si ves a Jordan, dale recuerdos de mi parte y pídele que te cuide como te mereces o se las verá conmigo. Por cierto, ya está todo pagado.

Cada vez que nombraba a Jordan me sentía algo incómoda, pero no iba a excusarme porque Andrés estuviera allí. A lo hecho, pecho.

—Lo haré, gracias por la comida —musité. Él curvó los labios complacido y se marchó dejándome a solas con mi compañero de piso, que miraba ansioso la pantalla encendida de mi teléfono donde parpadeaba el siguiente mensaje.

«Me muero de ganas por verte esta tarde».

—¿Así que has quedado? —fue su única pregunta.

—Eso parece —reliqué molesta. Esperaba alguna impertinencia suya preguntando quién era Jordan, no obstante, era bastante obvio por todo lo que había soltado mi padre. Esperaba un ataque de celos por su parte, algo en plan «no puedes ir, eres mía, eres una inconsciente» o algo así. Pero no hizo nada de eso.

—Yo debo ir a comisaría para empezar cuanto antes con la defensa de Sylvia.

Cierto, no quería recordar cómo lo pasé cuando yo estuve allí.

—Claro, no la dejes sola mucho tiempo.

—¿Nos vemos esta noche para cenar?

Dudé.

—No estoy segura de sí llegaré para cenar o no.

Abrió y cerró los puños, pero, aun así, se mantuvo impasible.

—Comprendo, ya has hecho planes.

—Sí, bueno, es que en principio voy al cine y de cena.

Soltó el aire despacio como si estuviera controlando sus demonios internos.

—Esme, yo...

—No hace falta que digas nada. Sé que esta situación te molesta y en parte puedo entenderlo, pero no he mentado. Jordan y yo nos caemos bien, he quedado con él como podría haber quedado con cualquiera. No te debo ninguna explicación, pero quiero dártela. No es algo sexual, podría haber ido con Vane, Lore o Borja, pero se ha terciado e iré con él. —Movi6 la cabeza afirmativamente—. Entre nosotros hay algo, ambos lo sabemos, pero necesitamos tiempo; sobre todo, t6. No quiero presionarte para que hagas cosas que no sientes. Me gustas, me atraes, pero no te siento preparado para lo que ahora mismo necesito. Y creo que a ti te ocurre lo mismo conmigo. Dejemos que las cosas fluyan a su ritmo, sin reproches, sin echarnos nada en cara. Vayamos despacio, ¿te parece? —Era lo 6nico que pod6a ofrecerle, no quer6a lanzarme de cabeza a sabiendas de que 6bamos a repetir otra cagada.

—Est6 bien, nos daremos algo de espacio, pero no quiero que dudes ni por un instante que me importas y que har6 lo que haga falta para que comprendas que soy justo lo que necesitas.

Una sonrisa ladeada empuj6 mis labios.

—La que ha de comprender precisamente eso no soy yo —murmur6 sin reservas. Nos quedamos un instante suspendidos en el tiempo—. Nos vemos m6s tarde. Gracias por comprenderme y aceptar.

Fui a salir, pero 6l me detuvo agarr6ndome del brazo y presion6ndome hacia 6l para encajar su boca en la m6a y ofrecerme un beso que fui incapaz de rechazar. Sus dedos buscaron mi nuca y tante6 mi boca con una dulce pereza que me encandil6.

Separ6 los labios buscando su lengua, d6ndole acceso a que abrazara la m6a, mientras paseaba mis manos por su pecho agitado, que retumbaba al ritmo de nuestro deseo. Era un beso destinado a calmar miedos, a encender amaneceres con promesas de futuro, regal6ndonos un fragmento de universo donde estaban rotos los muros.

Me derret6 en su abrazo de promesas infundadas, donde el quiz6s mutaba hacia un para siempre de lenguas enredadas.

Jade6 cuando su mano apret6 mi trasero contra la r6gida erecci6n y dese6 que, con un simple chasqueo, fuera capaz de borrar todo lo que hab6a salido mal entre nosotros y transportarnos a un oc6ano de s6banas y piel para amarnos intensamente.

Pero el soniquete del tel6fono me despert6 de aquella enso6aci6n e hizo que me apartara resollante de su cuerpo.

Mir6 por 6ltima vez aquellos ojos del color de la Coca-Cola que me daban tanta sed y me alej6 de ese mal vicio que era besarlo.

Tomar sus labios era como abrir una de esas bolsas de patatas de las que no puedes evitar dejar de picar hasta terminar con un gigantesco cargo de conciencia.

Me apart6 con un suave «He de responder» y 6l, con un simple «Me tengo que ir, no dejes de pensar en m6».

Así desapareció y yo pude contestar a Jordan.



Me encantaba celebrar los triunfos follando y Verónica era mi trofeo del día.

La hice subir al apartamento sin mediar palabra, ambos sabíamos qué hacíamos allí. Nada más salir a la terraza, la insté a desnudarse, estaba mucho más guapa sin ropa que con ella. Le exigí que se arrodillara, me abriera la braguita y me tomara en esa apetecible boca de labios firmes y mullidos.

No estaba acostumbrada a que la follaran por ahí, se notaba en las incontables arcadas que la sobrecogían pero que trató de controlar hinchando las aletas de la nariz y relajándose cada vez que golpeaba con inquina su campanilla.

Estuve tiempo así por el simple placer de demostrarle a quién pertenecía el control. Cuando tuve suficiente, apreté su cabeza contra mi pelvis y la premié con mi simiente descendiendo por su cálida garganta. Decía que nunca había tragado semen y eso me complacía todavía más.

La hice girarse hacia la barandilla, agarrarse a ella y exponerme su trasero, el cual golpeé sin piedad hasta que tomó un matiz rosa oscuro. Era redondo, trabajado y hermoso. Sus jugos goteaban por las piernas a cada impacto y los jadeos se sucedían cuando la carne estallaba bajo mi violencia. Era una sumisa en potencia, lo supe nada más verla y ahora me quedaba más claro que nunca.

Separé sus cachetes y los saboreé de abajo arriba, engullendo su sexo, su culo y sus jadeos, que emanaban incontenibles. Cuando me sentí listo y recuperado, me enfundé un condón para follarla por su apretado sexo, mientras con los dedos dilatava el rosado agujero donde nadie había entrado antes.

Me dijo que nadie la había tomado nunca por ahí y yo le respondí que eso iba a cambiar a partir de ahora. Le arranqué su primer orgasmo colmándola por ambos agujeros y cuando se diluían los espasmos de su vagina, saqué los dedos y la tomé por detrás.

Ella gritó con fuerza, le dolía y excitaba a partes iguales, lo notaba en el modo en el que se cerraban los músculos anales apresando mi polla. No fui suave, la agarré por los pechos tan fuerte que al día siguiente podrían leerse mis huellas. Me mantuve durante rato así, escuchando sus gritos, sintiendo el dolor y el placer entrando en comunión, hasta que tuve la capacidad de correrme de nuevo.

Cuando terminé, salí de su interior, hice que se diera la vuelta, que separara las piernas y la tomé con la mano mientras le devoraba el clítoris. No dejó de chillar hasta quedarse ronca, tener mi mano enterrada en aquel coño goloso y mi boca colmándola, hizo que se corriera sin poder remediarlo.

Estaba agotada, completamente saciada y yo, muy satisfecho.

Enrollé la mano en su melena rubia y tiré hacia atrás.

—A partir de hoy seré tu amo, Verónica. Harás lo que desee y con quien desee, porque tu mayor placer será obedecer. He acariciado a tu perra interior, lo has sentido y no vas a querer que deje de hacerlo. Tu vida acaba de cambiar, ya nada será igual a partir de este encuentro. —Seguía con mi mano enterrada en su sexo, moviéndola dentro y fuera de él. Y ella gruñía con los pechos proyectados hacia arriba—. ¿Lo comprendes?

—Sí —siseó cuando hice la penetración más profunda.

—Bien, buena perrita. Te regalaré un collar para que todos sepan que no deben mearte encima, que ese privilegio es solo mío si me da la gana. —Pasé el pulgar arriba y abajo del clítoris inflamado y ella zozobró. La empujé con mi cuerpo hacia el borde de la barandilla y su cuerpo quedó medio colgando. El terror contrajo su vagina—. Eso es, abraza el miedo, siéntelo. —Apoyé el pulgar de la mano libre sobre su tráquea, no quería que entrara demasiado aire. Esa era de mis prácticas predilectas, ella abría y cerraba la boca sin dejar de mover las caderas contra mi mano. Era deliciosa—. Ahora mismo tu vida es mía, podría decidir entre dejarte vivir o morir, ¿lo sientes? ¿Notas tu fe y tu entrega?

—S-sí. —La voz apenas era audible.

—Me alegro, porque esa es tu nueva condición. Tu vida es mía y tu placer es mío. Vivirás para complacerme en lo que se me antoje y, a cambio, te haré vivir una experiencia sin límites. ¿Aceptas?

—Sí, por favor, sí. Soy su perra, amo.

—Amo, así es como te dirigirás a mí.

—Sí, amo.

Sus súplicas me hicieron sonreír.

—Muy bien, preciosa. Pronto empezarás a saber lo que supone ser mi sumisa, pero ahora mereces un premio a la entrega. Agárrate fuerte a la barandilla.

Enredó sus brazos en ella. Su coño estaba tan dilatado que era el momento de enterrar mi muñeca. Chilló como un animal cuando la parte ancha de la mano se encajó y mi otra mano abofeteó sus pechos. No paré hasta que alcanzó un nuevo clímax y le ofrecí mi mano para que la aseara. Ahora ya era mía. Una pieza más en el tablero.

Capítulo 18



Esmeralda había quedado con el capullo de la fiesta y su maldito recién estrenado padre parecía encantado.

Era en lo único que podía pensar.

Fui a comisaría y, tras reunirme con Sylvia, llegué a la conclusión de que o era una actriz redomada o decía prácticamente toda la verdad. Mi sexto sentido intuía que algo se guardaba, pero rara era la persona que confesaba todo al cien por cien.

No había una visita suya al médico que avalara lo de los malos tratos y, según ella, su pareja no se extrañó de los golpes porque habitualmente jugaban en la liga del BDSM.

¿Por qué a todas las personas de mi entorno parecía darles por el látigo? Una cosa eran unos cachetitos amorosos o atar a alguien a la cama, lo que podía llegar a excitarme, y otra muy distinta pensar en golpear a alguien con un trozo de cuero. Solo imaginarlo, me ponía malo. No obstante, igual debía hacer un esfuerzo si era lo que le gustaba a Esme.

Y ahora ella estaría con el gilipollas del deportista ese, con el que había compartido perversiones y, según ella, una noche de sexo brutal. ¡Mierda de inseguridad! Si en vez de haber estado tirándome a una lata, me hubiera dado como a César por follarme a todo bicho viviente, ahora no me pasarían estas cosas.

En casa no iba a solucionar nada ni iba a dejar de darle vueltas, como un maldito hámster en una rueda, así que acudí al único que podía aportarme algo sin cortarse un pelo. Que fuera yo el que acudiera a él y no al revés tenía delito.

Cuando subí a casa de mis padres, mi madre me achuchó como si no hubiera un mañana, preguntó por Esmeralda e insistió en que la invitara a cenar o a comer algún día. Hay que ver la perrera que le dio con ella, y eso que solo la había visto unas cuantas veces. Cualquiera diría que eran uña y carne. O la hija de la Paquita, con quien mi madre intentó liarme tras la separación.

También saludé a mi padre, que estaba liado con la radio. Llevaba unos meses como radioaficionado, se lo sugirió Xánder e incluso le compró toda la equipación. Al principio, no le hizo mucho caso, pero cuando vio que pillaba emisoras de la policía y a taxistas y camioneros, su cara cambió. A partir de ahí, no había día que no se conectara siempre a la misma hora, le distraía y lo pasaba en grande.

El siguiente paso fue preguntar por el motivo de mi visita: mi hermano César. Según calculé por el día del mes y el turno de taxi, le tocaba a Bertín conducir, así que con un poco de suerte estaría en casa.

—Pues hijo, salió con Lorena —aclaró mi madre, que estaba liada doblando ropa en la tabla de planchar—. Desde que empezó con esa chica, para poco por aquí, aunque debo decir que le está sentando de maravilla, parece otro. Lo ha calmado mucho y está más tranquilo que nunca.

Mi gozo en un pozo.

—Vaya, y yo que venía para verlo.

—Parece que últimamente pasáis bastantes ratos juntos. Me alegro. Eso también debe estar sentándole bien. A ver si asienta la cabeza de una vez. Prueba a llamarlo al móvil, tal vez lo encuentres si es urgente.

—Buena idea, mamá. —La besé en la mejilla. Cuando fui a cogerlo, ella se lió a hablar.

—Pero cuéntame cómo te va con la muchacha de Jaén. Mira que es guapa, y lo bien que se llevaba con Candela. No has de dejarla escapar. Me saldría otra nieta, o nieto, guapísimo con esos ojazos verdes que tiene.

—Mamá —le advertí.

—¿Qué? Es verdad. Tengo ganas de verte feliz, ¿acaso eso es un delito?

—De momento, solo somos amigos —respondí con la boca pequeña. Ella arrugó los ojillos.

—Uy, de momento... Pues por tu expresión cuando hablas de ella, nadie lo diría. Yo creo que te gusta mucho y dudo que esa buena moza no se haya fijado en un buen partido como eres tú, que ahora eres abogado. Además, viviendo juntos... Ya se sabe, que si un roce, que si una caricia, que si se te resbala la pastilla de jabón.

—¡Mamá! —la increpé—. Eso es a los gais.

—Bueno, a los guais y a los no guais. Además, con lo de la pastilla, yo pensaba en ella y no en ti...

Puse los ojos en blanco mientras ella agitaba las cejas y ponía el culo en pompa.

—Déjalo estar, de verdad. Solo te diré que las cosas siguen su curso.

—Ah, pero ¿hay un curso? Pues espero que seas aplicado y que no te toque repetir, que en esto

del amor no estás muy ducho. —Si es que no podía con ella. Negué risueño—. ¿Ves cómo sabía que ocurría algo entre vosotros? Si es que la intuición de una madre nunca falla, es como la leche sobre una mancha de aceite, lo absorbemos todo. —Aplastó la palma de la mano izquierda con su puño. Mi madre era muy graciosa cuando quería. El sieso de la familia era yo, ya podría haber heredado algo del humor andaluz—. No puedes engañarme, Andrés Estrella, compartís mucho más que piso y pastilla de jabón. Resbalón incluido. —Mi madre no tenía remedio, pero preferí no responder a la acusación, saldría perdiendo seguro—. Que no te juzgo, hijo, más bien estoy encantada. No sabes las ganas que tenía de que te quitaras a la innombrable de Lola de la cabeza.

—Es la madre de Candela. Sabes que no me gusta que hables mal de ella.

—Si hablar mal de ella es decir que es una innombrable, mejor que no tengas la capacidad de leer la mente y enterarte de lo que pienso sobre ella y toda su familia. Te las hicieron pasar canutas, hijo.

—Pero eso ya pasó y ahora no va a volver a ocurrir.

—No, porque Esme es de Jaén, y las mujeres de Jaén siempre te quieren bien.

Viva mi madre y su pozo de sabiduría, cómo se notaba que ella no estaba al tanto de nada.

—Hombre pues no sé qué decirte después de lo que ha pasado.

Ella se detuvo en seco y focalizó toda su atención en mí.

—¿Qué ha pasado? —Le relaté lo ocurrido con el nuevo padre de Esme, ya que no tenía nada mejor que hacer, y terminé concluyendo con lo aportado por mi nueva defendida. Mi madre se santiguó—. Madre mía, hijo mío, esto es peor que *Falcon Crest*. Pobre niña, ¿y qué haces aquí en lugar de estar con ella? Seguro que te necesita más que nunca, tendrías que estar consolándola en lugar de venir a vernos.

—¡Como si eso fuera un delito!

—No, no lo es, pero deberías saber que tu lugar, ahora mismo, es a su lado y no aquí.

Me mordí la lengua, pero fui incapaz de no añadir:

—Ha salido con un amigo —mascullé entre dientes.

—¿Qué amigo? —Ella entrecerró los ojos, a la par que yo encogía los hombros.

—Uno nuevo que tiene. Yo que sé.

—¿Cómo que tú qué sabes? Esmeralda es una chica muy guapa, lista y simpática, ¿me estás diciéndome que a ti te gusta y no has puesto pegas con que salga a solas con un «nuevo amigo»?

—No voy a cortarle su libertad.

—Hijo, una cosa es no cortarle la libertad y otra muy distinta es ser puta y encima ponerle la

cama. —Podría decir que la expresión me sorprendió, pero no, mi madre era muy de hablar así. La puerta de la casa se abrió y mi hermano César apareció en el comedor—. Díselo tú, César, que tu hermano parece haber nacido ayer —protestó.

—¿Que le diga el qué? —preguntó sin tan siquiera saludar.

—Que no puede dejar que Esmeralda salga a solas con un chico en un momento de desestabilidad emocional porque corre el riesgo de que se la quiten o que la consuelen demasiado bien.

Resoplé porque la parte del consuelo ya la habían tenido, así que no iba muy mal encaminada.

—¿Qué me he perdido, hermanito? ¿Ya estás repuesto de tu infección? —Mi madre nos miró a uno y a otro. Necesitaba salir por donde fuera del interrogatorio y consejos de mi progenitora, así que agarré a mi hermano por el cuello y lo empujé hasta llevarlo a nuestra habitación con los gritos de mi madre de fondo insistiéndole en que hablara conmigo y me hiciera entrar en razón—. ¿Se puede saber qué pasa? ¿Por qué tienes a mamá tan alterada? Normalmente, a quien grita es a mí.

A César le conté la versión extendida, incluida mi garrafal metedura de pata con Esmeralda en el momento más inoportuno.

—Espera, espera, espera, recapitulemos. ¿Me estás diciendo que tenías a la puta ama del sexo con tu amiguita recuperada en su interior y te dio por preguntarle si lo estabas haciendo mejor que los tíos a los que se había follado en una orgía, a la cual acudió porque fuiste incapaz de complacerla sin meterla en caliente? Pero ¿a ti de qué contenedor te sacamos? Porque desde luego que hermano mío no eres. Fijo que fuiste el resultado de alguna paja espacial de esas que echas y tu padre era de otro planeta, porque si no, no se entiende.

—No seas imbécil. —Le arree una colleja.

—Perdona, pero aquí el único imbécil eres tú, que vas follando botes en lugar de a esa pedazo de morena a la que le va más un buen mango que un chachachá. Y encima ahora me dices que se ha largado con el rey de los polvos mágicos. ¿Y puede saberse por qué no has hecho nada?

—¿Y qué iba a hacer? ¿Prohibirle salir?

—Está claro que no, pero si tan bien funcionáis en horizontal, será cuestión de entretenerla lo suficiente como para licuarle el cerebro corrida tras corrida.

—Tú estás fatal.

—El que está fatal eres tú si estás aquí conmigo mientras ella está con ese tal Jordan. Que, por cierto, ¿qué sabemos de él?

—Nada. Bueno, sí, algo sí, que es futbolista del Español y le va el BDSM.

—Vale, es un punto de partida. —Lo vi sacar el móvil.

—¿Qué haces?

—Investigar sobre tu adversario. Si vamos a entrar en guerra, es mejor conocer al enemigo, a ver quién coño es ese tal Jordan.

Miré de refilón. Lo primero que hizo fue teclear en Google «Jordan futbolista» como criterios de búsqueda, pero salían unos cuantos; tendría que haber puesto el equipo para afinar más.

—¡Mira, es este, lleva la camiseta! Un guaperas mojabragas. Lo tienes crudo, chaval. —Le di una colleja. Él se quejó, pero siguió tecleando. Lo siguiente fue entrar en la cuenta de Instagram de Esmeralda—. ¡Joder, qué buena está! Pedazo de tetas que tiene. —En la imagen aparecía tumbada en la cama con el camisón enredado, los pezones ligeramente erectos y cara de recién levantada para dar los buenos días.

—No seas guarro. —Le di un manotazo en la mano.

—¡Eh! Deja ya de hostiarme —se quejó—. ¿Es que no quieres saber a quién se folla? Pues mira y aprende, chaval. —Apretó el botón para leer los comentarios.

—Solo fue una vez.

—Más bien una detrás de otra, según dijiste; pero eso da igual, podemos remontar el partido —me corrigió golpeándome en todo el ego—. Zas, aquí está. Mira cuántos mensajitos le manda tu amigo para que cualquiera los lea. ¿Soy bueno o no? —Me pasó el teléfono sonriendo con desfachatez.

«Me encanta tu rostro cuando te levantas, ardo en deseos de volver a verlo del mismo modo, pero a mi lado. Nos vemos esta tarde, preciosa».

Me dieron ganas de lanzar el móvil por la ventana, aunque con eso no iba a solventar nada.

—Nos ha salido poeta, el muy cabrón. Pulsa sobre su perfil y veamos a qué dedica el tiempo libre el señor amaneceres —rezongó mi hermano. Apreté sobre la imagen, que era una copa dorada, y el muro, que era privado, se abrió mostrando la suficiente información para ponerle hilo a la aguja. Imágenes de modelos, un coche deportivo, un pisazo con vistas al mar...

—Tío, lo siento, pero un pelacañas como tú, a su lado, está jodido. Yo de ti me retiraba antes de que se me riera en la cara. —Lo miré como las vacas al tren. César era único para infundir ánimos—. No me mires así, este tío es la bomba en el terreno de juego, el Barça lo quiere fichar para la próxima temporada y también el Real Madrid. Es la nueva promesa del fútbol español.

—Qué alegría. ¿Y eso qué tiene que ver con Esmeralda?

—Pues que tíos así tienen línea directa con el chichi deseado, es como la Visa oro de las mujeres de toma pan y moja. ¿O has visto a algún futbolista con una tía fea? Ellas mueren por sus abdominales, su resistencia en el terreno de juego y su abultada cartera. —Resoplé. Mi Esme no era así—. Además, tu Jordan viene de buena familia. Su padre es una eminencia de la medicina y

está casado con una modelo nórdica. Ese chico gana más dinero por contratos publicitarios que en el terreno de juego.

—Eres único para levantar la moral de alguien. Para no conocerlo, pareces estar al corriente de toda su vida.

Él se encogió.

—Ya sabes que me pirra el fútbol. Lo raro es que tú no lo conozcas.

—He estado demasiado ocupado estudiando y trabajando como para ver la tele últimamente.

—Ya, bueno, pues lamento decirte que estás jodido. O sacas la artillería pesada o te veo firmando el acuerdo prenupcial para ellos y asistiendo de invitado al enlace.

Se me retorcieron las tripas ante la imagen.

—¿Qué artillería?

César me miró con presunción.

—Plan de ataque. Has de echar toda la carne en el asador. Escucha atentamente y aprende del maestro. Hoy voy a ser yo el que va a impartir la lección y empezaremos por quitarte ese aspecto de encorsetado que no les pone nada a las tías. Pareces un viejo de cincuenta y no un tío de treinta.

—Treinta y uno —puntalicé.

—Para el caso, es lo mismo. Vamos a incrementar tu grado de follabilidad y a darte algunas pautas. Si no la consigues con eso, date por muerto.

—Pero ¿cómo vamos a saber dónde están?

—¿No te has fijado en el muro de Instagram? —inquirió agitando el móvil—. Ahora no te preocupes por eso y deja trabajar al máster del universo.

—Adelante, He-Man. De perdidos, al río. No tengo otra opción que no sea cruzar los dedos y esperar que tu sabiduría funcione.

—No tengas duda de ello.



La película había empezado hacía quince minutos. En todas partes decían que era la peli del año, pero mi cabeza seguía perdida en Andrés y el beso que habíamos compartido en el restaurante. La mano de Jordan parecía extraviarse cada dos por tres sobre mi muslo y me vi en la

obligación de finalmente poner el bolso como barrera a ver si así se daba por aludido. Tras tres o cuatro intentos de ir más allá que un simple roce de casualidad, se topó con mi Vuitton, que le cortó el paso.

Le sugerí que atendiera a la pantalla y comiera palomitas. Él rio como un niño que ha sido pillado in fraganti, me besó en la mejilla y me prometió que se iba a portar bien. Aunque por su risa pícara, lo dudaba.

Era guapo, divertido y parecía no tenerme miedo, pero tenía un fallo: no era Andrés. Hundí mi cabeza en el asiento, ¿por qué diantres me tenía que gustar tanto el abogado si era un cagado y un huevo sin sal? ¡Pues me ponía! Los misterios de la humanidad.

Al otro lado, había dos asientos libres. La sala estaba a reventar, pues se trataba de un estreno muy esperado. Dos rezagados de última hora entraron tratando de llegar a las butacas. Ni los miré, me daba una rabia terrible la gente que llegaba tarde al cine y se apretaba contra tus piernas para pasar.

Seguía enfrascada en mis pensamientos cuando noté un leve roce en el brazo. Al parecer, el recién llegado no tenía suficiente con interrumpir la peli que trataba de ocupar mi espacio del reposabrazos. Pues por ahí sí que no pasaba. Hice un giro como quien no quiere la cosa arreándole un buen codazo, a ver si se daba por aludido. El brazo se le descolgó por su lado en un suicidio autoimpuesto. «Chúpate esa», pensé sin mirarlo, alzando la nariz y contemplando la escena como si la vida me fuera en ello.

Joaquín Phoenix estaba nominado al Óscar por *Joker*. Decían que era buena, un montón de *instagramers* habían convertido las escaleras del Bronx, que salen en la peli, como último reclamo para sus fotos. Tanto era así que en las redes eran conocidas como *Joker Stairs* (las escaleras de Joker). Seguramente, si yo estuviera allí, también me habría fotografiado en ellas, pero con mi retirada de pasaporte tuve que conformarme con subir una foto mía señalando la cartelera del cine con unas escaleras falsas de fondo.

En cuanto pudiera viajar, pensaba hacer una escapadita a Nueva York. Me pirraba la Gran Manzana e ir de *shopping*.

El brazo del pesado de turno regresó. Menuda pesadilla, era como un *remake* de una película mala, solo que en esta ocasión el dedo meñique se engarzó al mío. Eso ya era el *súmmum* del descaro. Pues si ese salido tenía morro para eso, yo más.

Desvié mi fino tacón de aguja sobre el dedo gordo desprovisto de calzado y lo inserte como si fuera un matador en una plaza de toros, y eso que no creo en la violencia animal, pero en la de animales como ese, sí.

El tipo gritó tan alto que toda la sala se giró y no pudo hacer más que agachar la cabeza y tratar de recuperar el trozo de dedo que seguramente le había amputado. Así aprendería a no meter los dedos donde no correspondía.

Noté un pellizco en la pantorrilla que me hizo doblarme en dos y girarme hacia el inoportuno ocupante de al lado, que parecía querer darme la tarde. Pensaba cantarle las cuarenta cuando el

ceño fruncido de Andrés impactó con el mío.

—¿Acaso te has vuelto loca de remate? —preguntó en voz baja. Yo miré de soslayo a Jordan, que no apartaba los ojos de la escena. Por fin lo que sucedía en la película parecía haber captado su interés. Pero ¿qué hacía Andrés ocupando el asiento de al lado? Regresé mi atención hacia él masticando la pregunta.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? ¿No se suponía que estabas en comisaría defendiendo a Sylvia?

—Ya terminé y, de momento, lo que trato es de no morir bajo las agresiones de una psicótica. ¿Qué crees que puedo tratar de hacer en el cine? ¿Ir de pesca? —Me sentí algo estúpida por la pregunta, pero no me refería a eso exactamente. No obstante, no podía obviar el hormigueo en el estómago al saber que estaba sentado a mi lado. Qué distinto era tenerlo a él que a Jordan—. ¡Si pierdo la uña, será culpa tuya! —me acusó—. Primero quisiste cargarte mi hombría y ahora pretendes que pierda la uña del dedo gordo del pie, de verdad que eres una psicópata en potencia.

No pude más que sonreír. Estaba guapísimo con una sudadera granate, un pantalón tejano y unas chanclas de dedo. Parecía un universitario buenorro, con esa barba de dos días que moría porque surcara mi cuello. «Deja de pensar cochinas», me recliné, dándome cuenta de que me estaba lamiendo los labios y Andrés seguía mi lengua con una intensidad abrumadora. Traté de remontar.

—Perdona, pensaba que eras un tío de esos que van a los cines a hacerse pajas toqueteando piel ajena; aunque, pensándolo bien, eso ya lo haces en casa con ese sacaleches tuyo. —¡Boom!, gol, gol, gol, gol, goooool, de la señorita Esmeralda. Chúpate esa, moreno—. Y respecto a la pregunta, me refería a qué hacías viniendo al cine y sentándote en la butaca contigua.

—Pues mira, como me aburrí de hacerme pajas intergalácticas, hablé con mis amigos extraterrestres para que te geolocalizaran y secuestraran las dos butacas contiguas a la tuya. —Lo miré entre divertida e incrédula. Después resopló como si la cosa no fuera con él—. No me hagas caso, ha sido mera coincidencia. Mi hermano, que está sentado al lado, tenía un par de entradas para esta tarde y como Lore tenía planes con Vanessa, me preguntó si quería acompañarlo. Creo que el destino me empuja irremediamente hacia ti, para dar fin a mi etapa de pajillero de las estrellas. —Su voz ronca y su mirada cargada de erotismo no me dejaron lugar a dudas de lo que pensaba en ese momento. Menudos calores me estaban entrando.

—Pues yo he venido con un amigo, como ya sabes —aclaré cabeceando hacia el otro lado—, así que el destino tendrá que esperar. —No le di una negativa porque, aunque tratara de apartarme, Andrés me atraía como un imán a una pieza de metal.

Me acomodé en el asiento y él pareció hacer lo mismo, pero en cuanto el meñique trato de volver a cazar al mío, no me aparté. Le dejé que lo trenzara y que el delicioso calor se extendiera por mi brazo.

Pareció tranquilizarse durante un buen rato, pero yo no podía dejar de sentir aquella corriente que se deslizaba sinuosa por mi piel. Su voz llegó de nuevo a mi oído.

—¿Sabes que hoy estás preciosa?

Parpadeé un par de veces antes de asimilar la pregunta, que era casi una afirmación, y las emociones que me transmitió chisporrotearon como una bolsa de palomitas en el microondas.

Me giré levemente encontrándolo más cerca de lo que esperaba. Su boca estaba a escasos centímetros de la mía y me moría por besarlo de nuevo. Sentirse así no podía ser bueno.

—¿Y a ti te han hecho una lobotomía en comisaría? —Casi jadeé al soltarlo, pues mi aliento rebotó en su boca y sus labios se curvaron en una sonrisa petulante que me encendió todavía más. A ese ritmo, las palomitas se me iban a churruscar; de hecho, ya empezaba a oler a quemado.

—Pedí hora con el médico, pero estaba demasiado ocupado, así que me decidí por dejar de hacer el idiota y no perder más el tiempo contigo. Voy a por todas y no pienso dejar que otro haga lo que yo debería estar haciendo. —Puede que su afirmación sonara ligeramente machista, pero en aquel momento prendió en mí algo muy distinto al enfado.

—¿Y qué se supone que deberías estar haciendo? —juguetéé absorta en sus ojos.

—Pues ya que lo preguntas, como mínimo, esto. —Su boca capturó la mía y poco me importó que Jordan estuviera presente, de hecho, me importaba una mierda.

Ese beso no era como el del restaurante, sabía a posesión, dominio, reclamo y me volvía literalmente loca. Era un beso totalmente descarnado, visceral, con el ímpetu de alguien que sabe lo que quiere y que lo tiene a su alcance. Creo que incluso me oí jadear, y eso que el volumen apenas te permitía percibir nada más que no fueran los diálogos.

Cuando me despegué de su aliento, mi respiración era demasiado irregular. Ya no quería seguir allí, sino subirme sobre sus piernas y dar rienda suelta al deseo que lo envolvía todo.

Andrés extendió la mano y, con una seguridad que me sacudió, dijo:

—¿Te vienes o te quedas? —Jordan seguía comiendo con los ojos modo visión túnel, algo parecido a lo que me pasaba a mí con Andrés, que no tenía ojos para nadie más. Si era sincera conmigo misma, no quería estar allí, no lo quise desde el primer minuto. Entonces ¿por qué no aceptaba si lo estaba deseando? ¿Qué lo impedía? Le sonreí y tomé su mano. Él respiró con alivio.

—Dame un minuto.

—Creo que te sobran cincuenta segundos. —Ese Andrés decidido alteraba todas mis hormonas impulsándolas hacia él sin remedio.

Busqué a Jordan y le dije que había surgido algo y que me tenía que marchar, me miraba como si no entendiera nada.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Lo siento, tú tranquilo, sigue disfrutando del *Joker*. Si eso quedamos otro día, ya te llamaré. —Le di un beso en la mejilla y me levanté. Creo que incluso me habían sobrado cinco de los diez segundos que me otorgó. Andrés ya estaba de pie mirándome triunfante. Supuse que por lo menos le debía eso, en honor a la verdad, solo me importaba él.

Me levanté y sin vergüenza alguna le di la mano, gesto que agradeció, y no me perdí la mirada de soslayo que le calzó a Jordan. Me parecía leerle el pensamiento soltándole un «Chaval, te lo acabo de meter por toda la escuadra». «Hombres», suspiré para mis adentros. Al pasar por el lado de César, este me saludó con satisfacción guiñándome un ojo. Qué distintos eran Andrés y el chico de Lore, este era el descarado personificado.

No llegué a alcanzar el pasillo, pues antes de abrir la puerta su cuerpo ya copaba todo mi espacio vital aplastándome contra la oscura pared de la antesala. Fijo que no había visto *Dirty Dancing* con eso de «este es mi espacio, este es el tuyo», sin embargo, ahora poco me importaba.

Su lengua hurgaba hambrienta en mi boca y la mía azuzaba la suya con descarado. Joder, la situación me ponía como una moto. Enrosqué la pierna a su cintura para frotar mi sexo contra el suyo. Mmmmm, estaba tan duro, lo quería dentro, no podía pensar en nada más. Andrés hacía aflorar mi animal interior poniéndolo en celo perpetuo.

Apresurada, busqué la bragueta, desabroché los botones e introduje la derecha palpando la brutal erección que se alzaba sin barreras. Acaricié el aterciopelado trono arrancándole un gruñido que me hizo dar gracias por haberlo seguido.

Lo guie hasta mi humedad, apartando la delicada pieza de encaje que cubría mi vagina para sentir cómo me ensartaba sin dudarle. Ambos jadeamos abandonados, solo rezaba porque a nadie le diera por entrar o salir de la sala en ese momento. «¡Por favor, que nadie se haga pis!», rogué.

Andrés bombeó sin tregua. Su boca seguía arrasando la mía engullendo los sonidos de lujuria que emitía. Una de sus manos voló a mi pecho para masajearlo y pellizcar el pezón, que estaba más que contento por las atenciones prodigadas.

Quería estar en el piso con él como única ropa, sintiéndolo en todas partes hasta que a ambos nos doliera el alma de tanto amarnos. Puede que no fuera amor todavía, era muy pronto para hablar de ese sentimiento, pues apenas hacía unas semanas no nos soportábamos, pero no podía catalogarlo de otro modo. Era el sentimiento más cercano al amor que había sentido por un hombre que no fuera de mi familia, aunque a veces dudara de ello.

Dejó de retorcerme el pezón, que no podía estar más rígido, para pasar a agarrarme el culo con las dos manos y hacer que subiera la segunda pierna a la cintura incrementando la intensidad y profundidad de la penetración.

Todavía no podía creer que estuviera haciendo eso en la antesala de un cine, pero el riesgo añadía ese punto de morbo extra que me estaba haciendo perder la cabeza. Quién hubiera dicho que el serio de Andrés fuera capaz de eso.

Estaba al límite, ya no podía contener tantas emociones. Mi vagina crepitaba en cada acometida y, tras la última, me corrí gritando estrepitosamente y llevándolo a él conmigo.

Nos quedamos quietos, jadeantes y con las bocas todavía unidas. No nos habíamos dejado de besar ni por un instante, aportando la parte tierna a ese polvo salvaje que recordaría para los restos de mi vida.

Nuestras frentes se acoplaron, los labios se distanciaron y ambos los curvamos en una sonrisa de complicidad muy nuestra.

—Ha sido increíble —admití resollante.

—Yo diría que el mejor polvo de mi vida —añadió él. Paseé los dedos de manera perezosa por su nuca, que almacenaba la tensión por seguir aguantándome a pulso y pequeñas gotitas de sudor del esfuerzo.

—Pues yo creo que ha estado muy bien, pero estoy convencida de que podemos mejorar —mentí solo para verle la cara de estupefacción—. Solo nos hace falta practicar más y discutir menos. —Su sonrisa se amplió al comprender que le tomaba el pelo.

—Creo que apoyo la moción, señorita Martínez, soy un gran becario y me encantaría que fuera mi tutora de este semestre. Puede que no tenga una amplia experiencia, pero prometo mejorar a medida que avancen sus lecciones. —Me embistió de nuevo rotando las caderas y me arrancó un gemido del gusto—. Tal vez me note un pelín oxidado y necesito cierto reciclaje, pero prometo ser muy aplicado y poner un extra de atención a todo lo que quiera que aprenda.

—Si pones un extra de atención, te garantizo que no salimos de tu piso hasta que las uñas de los pies parezcan garras y haya perforado el colchón con ellas.

Andrés se echó a reír.

—Pues si quieres, empezamos ahora mismo. No me importa que parezcas un aguilucho si eso te lleva hasta mi cama.

—Ya estás tardando —reconocí bajando las piernas al suelo para lamerle el cuello y hacerle suspirar.

Salimos a la calle entre risas y besos. Me gustaba mi abogado, mi compañero de piso y, en definitiva, mi Mr. Star.

Capítulo 19



—No es cierto —la increpé de camino al piso. Ella agitó las pestañas sonriente con cierto engreimiento.

—Sabes que sí. Te pusiste celoso de Jordan y marcaste territorio cuando te di la mano. Eres un poco cavernícola, Mr. Star. Tras esa fachada de abogado frío, se esconde un hombre de fuertes pasiones y un tanto competitivo.

—Yo nunca dije que no fuera apasionado —la corregí—, solo que estaba algo oxidado. Y respecto a lo de competitivo... Tengo cuatro hermanos, eso era la ley de la jungla, cada cual tenía unas armas distintas para lograr la atención de mis padres. La mía era ser el buen chico, así solía conseguir más cosas que César, que siempre fue la oveja negra.

—Pues los buenos chicos no suelen seducir a chicas indefensas en la antesala del cine para poner en entredicho su virtud, eso dice mucho más de lo que crees que eres —ronroneó pasando las uñas por mi muslo. La miré con intensidad.

—¿Y qué soy, según tú?

—Esta noche lo averiguarás, pero de momento has resultado una caja de sorpresas.

—Espero que agradables.

Su mano me cortó la respiración al buscar la erección que ya pujaba en mi bragueta.

—Mmmmm, muy agradables —murmuró acariciando la rigidez que se encaramaba como podía a su mano—. También me encanta tu capacidad de recuperación, abogado. No quiero salir del piso hasta mañana, y no para estar charlando o durmiendo precisamente —canturreó atrapando el labio inferior entre sus dientes—. Tenemos que recuperar el tiempo perdido y conocernos en profundidad.

—Te garantizo que así será. —No había nada que deseara más que perderme lo que quedaba de la tarde-noche en su cuerpo.

Cuando aparqué, lo hice con un montón de promesas prendidas en nuestros ojos. No pensaba en lo rápido que se iban a desvanecer.

Fue salir del coche y escuchar cómo Esmeralda ahogaba un grito. Corrí a su lado para ver qué sucedía. A unos metros estaban los bomberos, apagando lo que parecía un fuego en el aparcamiento de motos. Sus ojos estaban anegados en lágrimas.

—¿Qué ocurre?

Ella señaló con el dedo.

—Es la moto de mi madre, mi moto, el único recuerdo que me quedaba de ella. —Poco quedaba del vehículo, estaba completamente calcinado. La noté convulsionar y rompió a llorar desconsolada. La atraje hacia mis brazos y la abracé tratando de consolarla para que se desahogara antes de ir hacia los bomberos a preguntar por lo ocurrido.

—No estamos seguros de qué ha podido pasar —me respondió uno de ellos—. ¿Era suyo el vehículo?

Esmeralda, que iba a mi lado, intercedió con voz rota.

—Era mía, una Vespa que heredé de mi madre. Cuando salí de casa, estaba perfectamente bien.

—¿Hace horas que no la coge? —Ella asintió—. Pues entonces seguro que se debe a una gamberrada, algún gracioso de turno o alguien que le tiene manía. Yo de usted iría a la policía a tramitar una denuncia para ver si pueden pillar al culpable y que pague por lo que ha hecho.

—¿Piensa que puede haber sido provocado? —pregunté consternado.

—Sí, si como la señorita apunta el motor estaba frío, no creo que la moto ardiera por combustión espontánea y, si se fija, el origen del incendio está en el vehículo. Yo que ustedes no perdería el tiempo, a ver si alguna cámara ha captado al desgraciado del pirómano.

—Está bien, muchas gracias. —Tenía razón, se veía claramente un cerco alrededor de la moto.

—De nada y lo lamento, intuyo que tenía un gran valor sentimental por lo que dicen.

Esme asintió contra mi torso. La Vespa era un amasijo de hierro insalvable.

—Seguro que ha sido un chaval haciendo el tonto con los amigos. Qué pena de críos, o de padres. Espero que lo pillen y le den un buen escarmiento, a la familia donde más suele dolerle es cuando le tocan el bolsillo.

—Desgraciadamente, tiene razón —le corroboré al bombero—. Aunque si a mí o a mis hermanos se nos hubiera ocurrido hacer eso, habríamos estado una semana sin sentarnos de los zapatillazos que nos habría arreado mi padre.

El hombre asintió.

—Pero hoy día haces algo así y los muchachos te denuncian, ¿dónde iremos a parar?

—Quién sabe. Esta sociedad a veces es de locos, y se lo digo yo, que soy abogado.

—Pues buena suerte y esperemos que puedan dar un escarmiento a quien lo hizo. Que tengan una buena noche —se despidió de nosotros.

Esme sorbió por la nariz.

—No entiendo por qué la gente hace cosas así, yo no le he hecho daño a nadie para que se ensañen conmigo.

—Lo sé. —Le besé la frente y nos dirigimos de nuevo al coche. Cuanto antes acabáramos con la denuncia, mejor.

Llegamos tarde a casa y ni Esmeralda ni yo estábamos de humor después de lo ocurrido. El agente que nos atendió nos dijo lo mismo que el bombero, que seguramente se trataría de una tontería de algún gracioso, que investigarían lo ocurrido y tratarían de dar con el culpable. Pero el daño ya estaba hecho, el valor de la moto no radicaba en el dinero, sino en algo mucho más profundo y descorazonador.

Con una simple luz encendida, Esmeralda se acurrucó contra mí en el sofá. Tenía los ojos algo rojos y la respiración errática. Pasé mi mano con cariño por su precioso pelo por el simple placer de sentirlo.

—Lo tenía igual que yo. Me refiero a mi madre.

No dejé de acariciarlo.

—Seguro que era muy hermosa. —No me detuve ni un momento, tenía una melena abundante, fuerte y sedosa.

—Soy exacta a ella. Hay veces que me miro al espejo y la sigo viendo, es sorprendente que seamos como dos gotas de agua. Que sea así, me llena a partes iguales de dolor y añoranza. Era una mujer increíble, ¿sabes? Divertida, lista, vivaz, espontánea. Siempre trataba de hacerte reír con su humor desenfadado.

—Entonces sí que debíais ser iguales, porque parece que te estés describiendo a ti.

—Supongo que sí. Mi abuela solía bromear y decir que si me hubiera parido ella, no habríamos salido tan idénticas —suspiró—. La echo mucho de menos, a las dos. Ella y mis abuelos eran los únicos que me comprendían, que nunca renegaron de mí. Aunque ahora que sé lo de mi padre, entiendo que le fuera complicado quererme.

—Yo no creo que don Pedro no te quisiera —observé—, solo tenía un modo distinto de hacerlo. Recuerda que su patología complicaba la manera de expresar sus emociones. No te

abandonó en ningún momento, cuidó de ti cuando podría haberte rechazado y, en su testamento, te dio la opción de que averiguaras tus orígenes. Puede que no fuera el mejor padre del mundo, pero era el tuyo y estoy convencido de que te quería; es muy difícil conocerte y no cogerte aprecio.

Levantó la cabeza con una mirada suplicante que me recordó a un gatito abandonado.

—¿Tú me aprecias? —susurró dudosa.

Lo que empezaba a sentir por ella iba mucho más allá de un simple aprecio, pero no quería colapsarla; por lo menos, de momento.

—Por supuesto y me gustas más que el arroz con leche de mi madre. —La comparativa la hizo sonreír—. No te reirías si lo hubieras probado, es ambrosía de dioses. —Los dientes refulgieron y a mí se me antojó la chica más bonita que hubiera visto nunca—. Quiero decirte algo, o más bien debo darte la razón en una apreciación que me hiciste y que no debió suceder. —Esme me escuchaba atenta derritiéndome por dentro y haciendo que titubeara ante lo que quería expresar—. Te juzgué y no debí hacerlo, me dejé llevar por tu imagen y las ideas preconcebidas que tenía sobre ti, y eso está muy mal. Ahora me alegro del incidente de la fiesta, del baño de humildad que me diste ante toda esa gente, porque si no hubiera sido así, me habría perdido a una gran mujer.

Me sonrió tímidamente.

—¿Aunque te encerrara el pajarito en una jaula de oro?

Puse los ojos en blanco.

—Me merecía un castigo por lo que te hice, no voy a echártelo en cara.

—¿Y de verdad te parezco una gran mujer? —musitó acomodándose todavía más sobre mis piernas.

—Nunca miento.

Ella alzó las cejas interrogante.

—¿Te recuerdo que con lo del collar me soltaste una flagrante mentira?

—Ya te he reconocido que fue un error, un terrible e imperdonable error por el cual ya pagué mi condena.

Esmeralda sonrió y me miró entrecerrando los ojos.

—Te juro que no era lo que había planeado precisamente para nosotros esa noche. Fue una gran decepción tener que terminarla así cuando tenía unas expectativas tan altas. Te garantizo que te hubiera encantado todo lo que tenía planeado para ti. —Su revelación acrecentó mi curiosidad mientras que los delicados dedos comenzaron a masajear mi nuca.

—¿Y cuáles eran esos planes? —Sus labios se acercaron peligrosamente a mi oído y relató sin pudor todo lo que me perdí por gilipollas. Tragué con dificultad cuando su mano pasó de mi

cuello al borde de la sudadera para colarse y acariciar provocadoramente mi torso—. Voy a maldecirme toda la eternidad por haberla cagado tanto. ¿Crees que estoy a tiempo de convencerte para no dar la noche por perdida?

Emitió una risa ronca.

—Tal vez la podamos recuperar. —La díscola mano había descendido para acariciar mi miembro sobre el pantalón, que ya se alzaba bajo sus atenciones.

—¿Estás de humor después de lo que ha ocurrido?

—No pienso dejar que un niño me joda más de lo que lo ha hecho. Solo era una moto y a ella siempre la llevaré en el corazón.

Sonreí y besé la punta de su nariz.

—Entonces, señorita M., pienso redimirme por ser un necio, un idiota y cargarme una noche que podría haber sido perfecta, aunque te garantizo que después de hoy, ninguno de los dos va a echarla en falta.

Me levanté cargando con ella en brazos. Entre risas y besos, entramos en mi cuarto.

—¿Ya tengo permiso para entrar aquí, Mr. Star? Creo que en el contrato que redactó había una cláusula que lo prohibía. —Jugueteó contra mi boca.

—Ese contrato quedó obsoleto. Mañana redactaré uno nuevo donde lo que le va a quedar prohibido va a ser abandonarla. —La sentí sonreír en mis labios y capturarlos con alevosía.

—Me parece perfecto.

Horas después, desnudos y saciados, nos rugieron las tripas.

—O tienes hambre o el Rey León se ha mudado de la sabana a tus tripas —advertí mordisqueándole el hombro.

—Es que me has vaciado las reservas, no pensé que pudieras con tantos seguidos —admitió sonrojada.

—Digamos que, en mi caso, llevaba años almacenando.

—Debe tratarse de eso. —Se desperezó satisfecha.

—Preparo algo para comer y así te puedes dar una ducha. ¿Te parece? —Esme asintió, yo me limité a ponerme unos bóxer y dirigirme a la cocina, después ya me asearía.

Llevaba una sonrisa de oreja a oreja, lo había pasado tan bien que apenas podía creer lo compatibles que éramos. Debía tener cara de tonto encoñado y es que no podía dejar de recrearme

en todas las cosas que habíamos hecho en mi dormitorio.

Le debía una muy grande a mi hermano. Si no me hubiera espabilado, seguro que en vez de estar disfrutando conmigo, Jordan hubiera recogido la cosecha.

Ahora sabía que siempre querría que mis sábanas olieran a su piel, no quería otro aroma que no fuera ese. Puede que sonara cursi, pero era como lo sentía. La quería en mi vida y no deseaba soltarla por nada de este mundo.

Preparé un par de sándwiches vegetales con pollo, queso, espárragos trigueros y aguacate. Serví un par de copas de vino y cuando lo tuve todo listo, lo llevé al comedor.

Esmeralda salió del baño con el pelo húmedo y una de mis camisas. Si aquel primer día que la vi usando mi ropa la regañé, ahora no pensaba hacerlo, parecía una diosa enfundada en aquella prenda masculina que le sentaba como un guante.

—Si me sigues mirando así, dudo que pueda llegar a la mesa —murmuró seductora. El delicado aroma a cereza del acondicionador de pelo dilató mis fosas nasales.

—Te dejaré llegar, cenar, cargar tus reservas y convertirte en mi postre.

Ella se lamió los labios.

—¿No has tenido suficiente?

—Dudo que alguna vez lo tenga, ¿eso te supone un problema? —Me sentía mucho más seguro y el comprobar que a mi compañera de piso parecía gustarle, me dotaba de mayor confianza a la hora de plantear mis anhelos. Lola casi siempre me rechazaba tras el parto, así que, que Esmeralda no lo hiciera era todo un descubrimiento.

—Ninguno —concedió—, porque yo tampoco creo que tenga nunca bastante. —Aquella declaración entre ambos era lo más cercano a una promesa afectiva que nos habíamos hecho. Vino en mi busca y me encontró más que dispuesto a devolverle el beso y todo lo que quisiera.

Cenamos con tranquilidad en aquella atmósfera que habíamos creado solo para nosotros. Nos sinceramos hablando de nuestros miedos más profundos, aquellos que nos habían convertido en las personas que éramos, los que hicieron que nos rechazáramos nada más vernos.

Esmeralda huía de los abogados porque no deseaba un don Pedro como pareja, y yo huía de las adictas a la moda y la belleza que me recordaran a mi ex. No quería volver a ser ninguneado y convertido en un esclavo nunca más.

—Creo que el destino nos juntó para que nos diéramos cuenta de que, al fin y al cabo, todo son prejuicios. Ni todos los hombres de leyes son iguales, ni todas las mujeres que comparten aficiones tampoco —admitió dando el último bocado al bocadillo y cerrando los ojos del gusto—. ¿Cómo puede saber tan bien un simple trozo de pan relleno? —cuestionó.

—Porque lleva toneladas de cariño —aclaré sin perderme el modo en el que le brillaron los

ojos.

—¿Me tienes cariño, abogado?

Acerqué mi silla a la suya y capturé con la lengua una miga que quedaba en la comisura de su boca.

—Te tengo algo más que cariño. Si quieres te lo demuestro, igual no te ha quedado lo suficientemente claro.

Ella me tomó de los hombros, se levantó y se sentó a horcajadas encima de mí.

—Estaría bien, pero antes cuéntame cómo te fue con Sylvia, no me has dicho nada... — suspiró al percibir mi barba arrastrándose por su cuello. No es que me apeteciera mucho hablar de mi nueva clienta, pero entendía que sintiera curiosidad.

—¿Ahora? —protesté remoloneando.

—Sí —asintió sin dejar de gimotear cuando mis dientes mordisquearon la fina piel del cuello.

—Está bien, te lo resumiré para no perder el tiempo, es algo que codicio ahora que te tengo. —Ella rio complacida y suspiró cuando sorbí tironeando del lóbulo de su oreja—. Creo que dice la verdad, aunque tengo la impresión de que oculta alguna cosa que no me ha querido contar, pero la defenderé igualmente. Me pareció lo suficientemente sincera y, al fin y al cabo, es lo que quiere tu padre. Haré todo lo que esté en mi mano para que tenga un juicio justo. —Afirmó con la cabeza, aparentemente complacida—. No sé si querrá pagar la fianza que dictamine el juez, si es que ponen un importe y no prisión preventiva. Debería hablar con él para asegurarme.

—¿Lo llamaste para contárselo?

—Traté de hacerlo al salir de comisaría, pero comunicaba. Lo intentaré mañana, ahora ya es muy tarde y tengo otros planes que no lo incluyen precisamente.

Lo único que quería era regresar a la habitación con ella. Lamí el camino rojo que mi barba había dejado en la columna marmórea y ella frotó su sexo contra mi polla.

—Mmmmm, sí, será lo mejor. ¿Puedo pedirte algo antes de que nos encerremos para morir de placer una y otra vez? —Rotó las caderas y yo jadeé.

—Lo que quieras.

—Hazme una foto aquí sentada. —Dio un saltito, cogió el móvil, me lo tendió y se acomodó en la silla mirándome con intensidad.

—¿Ahora? ¿Con mi camisa puesta? —inquirí incrédulo.

Ella asintió.

—Va a ser mi *post* de esta noche, quiero que todos mis seguidores vean cómo me siento

cuando estoy contigo y una imagen vale más que mil palabras. —Mi corazón aleteó enfebrecido, aquello era toda una declaración de intenciones. Ni me planteé si era correcto o no. Estaba preciosa sin una gota de maquillaje, con los labios hinchados de tantos besos y la rojez del cuello. Me parecía la mujer más sexi y bella de la faz de la tierra, y era solo mía. Disparé unas cuantas veces embriagado por la fluidez con la que posaba. Me perdí en la intensidad de sus ojos al recorrer mi cuerpo y dejé de disparar cuando se desabrochó la camisa por completo y, con una sonrisa, separó los muslos para que me diera cuenta de la humedad que había en ellos como clara muestra de lo que ahora mismo quería. Di un paso hacia ella, pero me frenó—. Sube la que más te guste a Instagram y escribe lo que voy a decirte.

Sentía mis dedos tan pesados como mis huevos, esa mujer me hacía volverme un inepto en muchos aspectos. Tecleé torpemente, pues en momento alguno había cerrado las piernas.

—La tengo, dime.

—Así os doy las buenas noches, con este mensaje tan claro y rotundo: «No os quedéis con quien queráis llegar al final de vuestra, vida sino con quien anheléis que nunca termine». Que descanséis, emes, voy a por mi noche eterna.

En cuanto acabé de pulsar la última letra con dedos temblorosos y di a publicar, me levanté como un resorte para demostrarle la eternidad de la mía.



Miré de reojo a Andrés, quien dormía plácidamente a mi lado.

Me recreé contemplando aquel cuerpo esculpido por el diablo, porque Dios era incapaz de hacer algo tan suculento.

Simplemente lo miraba y me encendía de nuevo, como si mirarlo alimentara el fuego que me provocaba, y lo peor era que no solo me sacudía las partes bajas, sino que había prendido en mi pecho con una fuerza inusitada.

Quién iba a decirme que, bajo la estampa de abogado frío y sieso, palpitaba aquel ejemplar. Pasamos la noche entre momentos muy salvajes y otros tan tiernos que parecía tener el don de follarme el alma, o tal vez de hacerle el amor. Ya no discernía entre una cosa y la otra. El sexo con él iba mucho más allá de un orgasmo, era la culminación de un todo, y cuando nos liberábamos, lo sentía bañando mi interior, recorriéndome por dentro con su magia, haciéndome más suya que mía en cada incursión.

Me vestí con su camisa y salí de la habitación. Si me quedaba más rato, sería incapaz de contener las manos un minuto más, y eso que nadie me había dado de esas hierbas que le echaban a la bebida en las fiestas de mi padre.

Busqué el teléfono y contemplé las fotos que Andrés me echó por la noche. Tenía una cara de recién follada y de atontolinada que no podía con ella, ¿cuál habría elegido para Instagram?

Abrí la aplicación y, para mi sorpresa, no había ninguna foto mía, sino una suya que debió borrar, pues no la encontré. Sus ojos chocolate miraban con adoración a cámara y en el *post* se leía:

«No quiero que esta noche termine nunca, porque jamás habría vidas suficientes para demostrarte que lo quiero todo junto a ti».

Creo que sufrí un ataque de no sé qué, que qué se yo. Debería estar enfadada por encontrar una declaración tan abierta, porque hubiera puesto su imagen con aquel texto que no daba lugar a equívoco y, sin embargo, lo único que me salía era una sonrisa de oreja a oreja desde donde brotaban corazones.

¡Oh, Dios mío!, mi muro era una puta locura. Andrés aparecía con el torso descubierto y miles de mensajes obscenos se agolpaban sin que mis ojos dieran más. Creo que ningún *post* mío había obtenido tantos *likes*. Oh, por favor, oh, por favor, iba a darme algo. Si es que no se podía estar tan bueno.

Dos manos tomaron mis pechos y una boca húmeda alcanzó mi cuello para morderlo provocadoramente.

—Buenos días, amor, ¿te gustó mi *post* de ayer? ¿Te queda alguna duda de mis intenciones hacia ti? —Jadeé con fuerza incapaz de decir otra cosa que no fueran ruiditos de placer por todo lo que me hacía. Su cuerpo estaba por todas partes y una mano ya se había internado entre mis muslos para darme los buenos días.

—Yo, ohhhh, ahhhh. Si sigues haciéndome eso, no podré contestar... —El dedo corazón y el anular me penetraban mientras con la palma friccionaba el clítoris.

—Pues por si tenías alguna, preferí plasmarlo en el lugar donde todo el mundo pudiera recordarte lo claro que lo tengo. No quiero que dudes ni por un instante de que voy en serio, de que me gustas más allá de un simple polvo o de una maratón de sexo como la de anoche. —Su voz, sus manos, su torso, lo que me hacía sentir crecía envolviéndome en un temporal atronador—. No es por tu preciosa cara, por tu cuerpo que me vuelve loco, por tu aroma adictivo o el sabor de tus besos. Tampoco por esa inteligencia que demuestras con cada una de tus acciones, la capacidad que tienes para afrontar los problemas o la generosidad que muestras hacia los demás.

Estaba muy excitada y el teléfono peligraba en mis manos, así que lo solté sobre la mesa incapaz de sostenerlo un segundo más.

Andrés sacó los dedos y me dio la vuelta para sentarme al lado del móvil, separar los laterales de la camisa, que no estaban abrochados, y besar mis pechos con vehemencia mientras se colocaba entre mis piernas. Se detuvo justo encima de mi corazón, donde el latido se hacía más fuerte, y dejó su barbilla apoyada justo ahí para atarse a mi mirada; condujo su sexo hacia el mío y lo acarició de arriba abajo con la punta roma del glande. Volví a gimotear con fuerza.

—Lo que más me gusta de ti está justo aquí, donde tengo apoyado mi mentón. —El ruido de mis pulsaciones era ensordecedor—. Ese corazón que no puedo dejar de escuchar, sabiendo que lo quiero cuidar y proteger para que no lo dañe nadie nunca más. —Su miembro entró en mí lentamente. Estaba algo dolorida, sentía la carne inflamada abriéndose para él, pero no importaba la incomodidad, porque lo deseaba dentro, tan adentro que no pudiera salir nunca.

—Oh, Andrés, yo, yo... —tartamudeé. Nunca me había sentido así, con las emociones desbordándose en cada poro de mi piel.

—Shhhhh —me silenció sin dejar de moverse—. Lo sé, no hace falta que digas nada porque intuyo que sientes lo mismo. Lo percibo en cada beso, en cada roce, en cada mirada. Puede que haya sido un tonto y un ciego durante demasiado tiempo porque durante meses te vi, pero nunca me detuve a mirarte en profundidad y ahora lo hago con los ojos del alma. Sé que lo que compartimos va mucho más allá de lo que nos planteamos en un principio.

—Dios, Andrés, muévete más rápido. Estoy agonizando.

Él sonrió.

El muro que tanto me había costado construir caía en cada lenta acometida, desnudando mi pecho y abriéndolo en canal, permitiéndome sentir lo que me había negado durante tanto tiempo. Lo quería y, aunque todo fuera demasiado reciente, sabía que no se trataba de un simple encaprichamiento.

—Dime que no quieres lo mismo que yo —me presionó—, que me equivoco. Sácame de mi error y desapareceré para siempre. Pero si me haces seguir, si quieres que continúe, necesito que sepas que voy muy en serio y que haré lo que haga falta para que te enamores como una loca de mí, como yo ya lo he hecho.

¿Se podía morir en vida? Porque yo acababa de hacerlo. Se retiró levemente y yo moví las manos hacia sus nalgas para incrustarlo en mí de nuevo.

—Ni se te ocurra largarte ahora, señor Estrella —lo amenacé—. Puede que en cuestión de sentimientos sea algo más cobarde que tú, que me cueste expresarlos, pero si me dejas, vamos a vivir la ley de la pasión hasta que ambos perdamos el juicio, porque me declaro culpable de todos los cargos si tú eres mi condena. Ahora no puedo ofrecerte un «te quiero», pero sí un «quiero intentarlo todo junto a ti», si por el momento tienes bastante. Yo... —No me dejó continuar. Capturó mi boca con la suya, enloqueciéndome con sus tortuosas embestidas que decían más que nuestras palabras.

Se separó para ofrecerme una sonrisa que azuzó a todos mis demonios, que me incitaron a llevarlo más allá. Le azoté el trasero, lo empujé con violencia para notar su carne abrasando la mía, obligándolo a no detenerse hasta que arañé su espalda de arriba abajo cuando los dos estallamos en un clímax liberador.

Andrés era mío para siempre.



—Lo lamento, Luka. Ayer la cita no fue bien. —Jordan me miraba cabizbajo con aire preocupado.

—¿A qué te refieres? —Su mirada titubeante me puso en alerta.

—El abogado se presentó en el cine y Esmeralda se fue con él, no pude hacer nada. Te juro que intenté que se fijara en mí, traté de excitarla, de acariciarla, pero nada parecía funcionar; después se presentó él y todo el plan se vino abajo. Le eché SX en la bebida cuando no miraba, así que Andrés cosechó lo que debió ser mío anoche. —Mi mano abierta descargó con tanta fuerza sobre el rostro bello y hermoso de Jordan que este rebotó contra la palma—. Lo lamento —suplicó. Rápidamente, se puso de rodillas, adoptando posición de sumisión, y me agarró de los tobillos como un cachorro que ha cometido una falta.

—Chantal y yo no te entrenamos para esto. Sabes perfectamente la decepción que serías para tu padre si se enterara. —Jordan seguía de rodillas gimoteando. Su padre trabajaba en una de las granjas como médico, nos había mandado a su hijo porque quería que lo convirtiéramos en un amo porque notaba en él ciertas actitudes que no eran lo que él esperaba de su descendiente. Pero tanto a Chantal como a mí nos fue imposible reconducirlo. Jordan no tenía la madera necesaria, había salido a su madre, que era una sumisa de primera línea.

Pacté con el muchacho, que se sentía terriblemente avergonzado de su incapacidad para someter. A mí que no fuera un amo no me importaba lo más mínimo, pero sí su fidelidad hacia la causa; los sumisos también tenían utilidad. El trato que cerré con él fue que a su padre le diríamos que su condición era la de amo, que habíamos logrado reconducirlo, mientras la realidad era que él realizaba gustoso los trabajos de sumiso que le ordenaba. Jordan sentía pavor a decepcionar a su padre y, hasta el momento, había cumplido con todos y cada uno de nuestros encargos. Pero este era el más importante y no había sido capaz de sobrellevarlo.

—Por favor, Luka...

—No me llames así, hoy no te lo has ganado. Sabes lo que te espera cuando me decepcionas, ¿verdad?

—No me castigue con eso, amo —suplicó adoptando el rol que se esperaba de él.

Sonreí sin humor. Jordan era heterosexual y llevaba muy mal ser sodomizado como castigo.

—Eres un mierda, Jordan. Te quería de consorte para mi hija y lo que has hecho ha sido empujarla hacia los brazos de otro, perdiste tus privilegios y ahora debes pagar.

—Por favor, por favor —suplicó llorando como un crío—. Lo haré mejor, amo. Deme otra oportunidad, se lo ruego. Haré lo que sea, pero no me castigue; con eso, no.

Lo aparté de un puntapié que lo lanzó contra el suelo y llamé a Adán a gritos. Mi criado

acudió corriendo.

—Llévalo al potro y prepáralo, ya sabes cómo lo quiero.

—Nooooo —chilló lloroso Jordan.

Lo cogí del rostro y lo apreté con fuerza.

—Acepta el castigo como un hombre y tal vez te dé una oportunidad de redimirte con mi hija, pero haz el favor de comportarte como se espera de ti y no como una maldita zorra llorona —le escupí—. Sabes perfectamente que toda acción conlleva una reacción, en tu caso, un premio o un castigo. Es el único modo de que aprendas que cuando me fallas, hay consecuencias, y te garantizo que hoy vas a aprender. —Jordan lloraba sin consuelo. Adán lo agarró e instó a que se levantara—. No tienes otra opción, asúmelo y demuéstreme que verdaderamente mereces una segunda oportunidad.

—¡La merezco! —gritó.

—Eso espero. —Caminé hasta él, agarré sus testículos y los apreté con fuerza. Volvió a chillar—. Shhhhh, no me gustan las putas gritonas. Deberías saberlo. —Calló de inmediato, aunque no dejé de apretar con fuerza—. Quiero advertirte que, si fallas, no habrá una tercera vez. Levantaré la tapa de la caja de Pandora, le enseñaré los vídeos a tu padre para que vea la nenaza que eres y destruiré tu carrera deportiva, así que piensa muy bien en cómo vas a conseguir separar a mi hija del abogado y quedártela como ama. —Movié la cabeza de arriba abajo—. ¡Llévatelo! —exigí a Adán, que no tardó en arrastrarlo con él.

Tenía una furia ciega, no me gustaba que mis siervos fallaran y Jordan iba a cargar con mi frustración. Iba a mostrarle que conmigo los errores se pagaban y que era mucho mejor no llevarme la contraria o errar. Me quité el cinturón y me lo enrollé en la mano. No iba a ser para nada suave, quería darle la lección de su vida.

Cuando llegué a la sala del dolor, ya estaba listo: atado al potro, completamente desnudo y con las piernas separadas por una barra de hierro atada a los tobillos.

Adán le había puesto una pelota de goma para que no me molestaran los gritos y miraba al chico con la suficiencia del que sabe lo que le espera.

Alcé la mano dispuesto a imprimir en su piel el recuerdo de lo que suponía fallarme.

Capítulo 20



Tras el asalto matutino a Esmeralda e ir a correr y a hacer mis ejercicios diarios de calistenia, desayunamos juntos y llamé al que, me gustara o no, era mi suegro.

Fuimos a su casa para mantener una reunión sobre las posibilidades de lo que ocurriría con Sylvia y para conocer al nuevo hermanito de Esme.

Petrov salía de viaje al día siguiente, así que se suponía que ella debería mudarse a su casa para echar una mano con el bebé hasta que regresara. A lo sumo, serían un par de semanas, pero ahora que habíamos iniciado una relación, para qué íbamos a engañarnos, no me apetecía nada dejarla allí. Si a eso le sumábamos que Petrov no era santo de mi devoción, la cosa no podía estar más clara. Quería a mi chica conmigo, pero entendía la preocupación del hombre que se encontraba con un bebé con el que no contaba. Además, ella parecía encabezada con mantenerlo en su vida y otorgarle el lugar que le correspondía.

Tras la reunión que mantuve con él en el despacho de su casa, me quedó claro que debía defender a Sylvia, pero le advertí que, como mínimo, la esperaban unos doce años de cárcel. A ella no quise alarmarla, pero no podría sacar nada mejor. Petrov no parecía excesivamente afectado, lo que tenía cierta lógica, a fin de cuentas, no era nada de él, tan siquiera había querido ese niño; él solo se ofreció a ayudarlas y ahora se veía cargando con el carné de padre y unos gastos de letrado que no le correspondían. Aunque no me simpatizara, podía entenderlo.

—¿Y la doctora Miller no cree que querrá hacerse cargo de parte de mis honorarios?

Dio un trago a su copa.

—Lo dudo, es muy suya para esas cosas. Siente que Sylvia la ha traicionado, se ha sentido utilizada y no quiere saber nada de ella. ¿Qué haría usted si la persona de la que está enamorado folla con otro en reiteradas ocasiones para aprovecharse de él y no le cuenta nada?

—Lo mismo, imagino; pero no me desentendería del bebé, él no tiene la culpa.

—Ya, pero el crío no es de la doctora, sino de Sylvia y mío. La traición es un sentimiento difícil de digerir, señor Estrella, nos hace hacer cosas muy cuestionables. Aunque no culpo a mi amiga por ello, han sido demasiadas cosas: la muerte de su esposo, era la primera vez que tenía un romance con una mujer. Creo que se sintió doblemente traicionada, no puedo culparla por las decisiones que tome ahora mismo.

—Claro, cada uno reacciona de diferente manera respecto a la traición.

—Si ya estamos, me gustaría ir a ver a mi hija. Si no le importa.

—Faltaría más, teniendo las cosas claras, ya sé cómo debo actuar.

Ambos nos levantamos.

—Le agradecería que ayudara a Esmeralda con la mudanza, ya no es necesario que viva con usted.

—Eso deberá hablarlo con ella, tal vez prefiera quedarse en mi piso —lo desafió. Él alzó las cejas incrédulo, estaba seguro de que no estaba habituado a que le llevaran la contraria.

—No dudo que tenga un piso bonito, pero ¿cuántas habitaciones tiene?

—Dos.

Él sonrió como si se me estuviera escapando algo.

—Que yo sepa, tiene una hija adolescente, ¿dónde duerme cuando va a pasar con usted el fin de semana? —Me molestó que supiera esas intimidades, aunque seguramente Esme le habría dicho que compartió habitación con Candela la semana pasada.

—Pues durmió con la suya. Se llevan muy bien y mi hija es muy fan de Esmeralda.

—Me alegro, pero ¿no cree que estaría más cómoda durmiendo en su propia habitación? No es necesario hacerlas pasar por eso, un fin de semana tiene un pase, pero más...

—Esmeralda puede dormir en la mía —le cortó. Parecíamos dos gallos de pelea enzarzados por la custodia del huevo.

—¿Y usted dormiría en el sofá? No es necesaria tanta incomodidad cuando hay habitaciones de sobra en esta casa.

—No es incómodo porque ella duerme conmigo. —Igual debería haberme callado o amedrentado, pero no me daba la gana hacerlo. Petrov se cruzó de brazos.

—¿Trata de decirme que se acuesta con mi hija? ¿Es su sutil manera de decirlo?

—No era mi intención adelantarme, pero ya que parece obcecado en querer conocer nuestras intimidades, le diré que acabo de iniciar una relación con ella. Se podrá imaginar que con la edad que tenemos no estamos para tonterías. —Me miró con cara de pocos amigos. Igual debería haber

sido más prudente, pero necesitaba que entendiera que Esmeralda también era mía.

Golpearon a la puerta y Petrov murmuró un «adelante», que me hizo dudar si se habría escuchado al otro lado.

Mi morena apareció con un bebé de pelo negro en brazos y una sonrisa embriagadora.

—Disculpad, pero es que no aguantaba más, ¡es precioso! Mira, Andrés, qué bonito. Por favor, si es clavado a mi padre. —Me dio muchísima ternura al verla, tal vez algún día sostendría a nuestro propio hijo. Pero fue pensar que se parecía a su padre y ya no lo miré con los mismos ojos; no obstante, el niño era precioso.

—Ahora que te acuestas con tu abogado, tal vez me hagas abuelo pronto.

Esmeralda se puso rígida de golpe.

—¿C-cómo dices?

—El señor Estrella ha tenido la amabilidad de ponerme al corriente de vuestra estrecha relación, que dormís juntos, por decir algo, así que imagino que tarde o temprano también llegarán los niños.

¡Mierda!, me maldije. Era demasiado reciente, debería haber sido ella quien se lo contara y no yo. Si es que a veces me perdía la boca.

—Ehm, sí, bueno, es verdad que hemos empezado algo, pero es demasiado pronto para pensar en niños. —Se la veía ciertamente incómoda.

—Le sugerí que te ayudara en la mudanza, que no hacía falta que siguieras viviendo con él cuando aquí hay espacio de sobra y su piso es tan pequeño... Pero, al parecer, a él no le resulta nada incómodo y puedo entender la razón. Acostarse con mi hija es el sueño de cualquier hombre afortunado. No le tengas en cuenta su revelación. No debe poder creer su buena fortuna.

Ella nos miró a uno y a otro algo avergonzada.

—¿O no se siente afortunado, señor Estrella?

—Mucho —volví a responder, parco en palabras.

—No, si yo no pensé nada, solo me sorprendió que él te lo contara, es todo. Tarde o temprano, te lo iba a decir.

—Pues ahora que parece que todo queda en casa, déjame darle la bienvenida a mi nuevo yerno. Por lo que veo, mi solitaria existencia está condenada a dejar de serlo. Andrés... —Separó los brazos en busca de un abrazo. La situación era tan extraña que lo único que pude hacer fue caminar hasta él e internarme en su abrazo para recibir los tres besos que me dio—. A partir de hoy, eres parte de mi familia, puedes llamarme Luka.

—Ejem —me aclaré la garganta—. Gracias.

—Vayamos al salón y brindemos, le pediré a Adán que prepare bebidas. Os quedáis a comer, ¿verdad? Esto hay que celebrarlo. —Esme me miró suplicante y a mí no me quedó más opción que acceder. Me gustara más o menos Petrov, ciertamente iba a formar parte de mi entorno, era mejor cogerle el punto cuanto antes.

—Haremos lo que su hija quiera.

Me palmeó la espalda.

—Buen muchacho. Veo que le vas cogiendo el punto, siempre será lo que ella quiera. —Del modo en el que lo dijo volví a sentirme como aquel muchacho mangoneado por el padre de Lola —. Cuanto antes lo comprendas, mejor. Y ahora tutéame, por favor, ya no hace falta que me hables de usted, aunque seas mi abogado.

—Disculpa, es la costumbre —me corregí.

—Y está bien, tu saber estar te honra. Espero que te adaptes tan bien como Esme a esta casa y a lo que supondrá que formes parte de mi familia. Cuando regrese de San Petersburgo, daré una fiesta en vuestro honor.

—No es necesario —respondí irritado.

—Lo es, voy a daros el lugar que os corresponde a ambos en mi mundo —finalizó antes de dirigirse a Adán para pedirle que incluyera dos cubiertos más.

—Mi padre te cohibe, ¿verdad? —Luka había regresado al despacho a realizar unas llamadas, por lo que Esme y yo nos habíamos quedado a solas con el bebé, que dormitaba en el cochecito.

—Digamos que es muy intenso y no estoy acostumbrado. Disculpa si le conté lo nuestro. Cuando estoy con él, me pongo nervioso y es como si tuviera que mantenerme a la defensiva continuamente.

Ella me sonrió acariciándome el rostro.

—Te entiendo, puede ser abrumador. Y aunque haga poco que lo conozco, le tengo cariño. Me haría muy feliz que os llevarais bien.

—Sabes que caminaría sobre brasas por ti. —Estábamos de pie justo al lado del cochecito. Esmeralda pasó las manos tras mi cuello.

—No quiero que nos escondamos, no me importa si lo sabe el mundo entero, soy feliz solo por intentarlo. ¿Y tú?

—¿Te parece poco el *post* que puse?

Ella deslizó los labios sobre los míos con apetito.

—El mensaje me encantó y a mis seguidoras también. No paro de tener entradas en él diciéndome lo afortunada que soy y lo follable que eres. ¿Debería estar celosa?

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿Eso te dicen?

—Ajá. —Deslizó la lengua por mi labio inferior.

—Pues no debería importarte porque yo solo tengo ojos para ti.

—Me alegro. No quiero que se te suba a la cabeza porque tu satélite —apretó la pelvis contra la mía— ya órbita donde debe. —Rotó las caderas reclamando mis atenciones. Gruñí en su boca con hambre.

—Si sigues con ese movimiento tuyo, sí que te voy a poner en órbita.

Ella me lanzó una risita seductora.

—Calma, estamos en casa de mi padre. Aquí debemos comportarnos.

—Que yo sepa en esta casa uno deja de comportarse para pecar. —Arañé su cuello jugueteón y ella me emborrachó con su jadeo.

—¿Interrumpo?

Los dos nos separamos al momento. Jordan había aparecido en el umbral de la puerta y no tenía muy buen aspecto.

—Ho-hola, menuda sorpresa, Jordan —lo saludó Esmeralda—. No oímos el timbre.

—Ya —contestó críptico. Nos miraba a uno y a otro con una seriedad casi fantasmagórica. Un silencio incómodo enrareció el ambiente.

Petrov se unió antes de que nadie añadiera algo más...

—Hola, Jordan. Veo que ya has saludado a los chicos. Me alegro de que te encuentres mejor, esta mañana tenías una pinta terrible. —La mano de Petrov palmeó la espalda del futbolista, que se encogió como si le hubiera dado un escalofrío—. Estos cambios de clima le destrozan el cuerpo a uno, ¿verdad?

—Sí, la gripe es muy mala. Ayer debí coger frío.

Petrov parecía complacido ante la explicación.

—Jordan vino de visita esta mañana para charlar un rato, no se sentía muy bien y le ofrecí que se tumbara en una de las habitaciones. Ayer quedasteis, ¿no?

Esmeralda y el chico se miraron con embarazo.

—Algo así —terminó respondiendo él—. Tu hija tenía prisa, así que se marchó antes de lo previsto.

Luka la miró esperando una aclaración.

—Sí, bueno, es que yo creía que Andrés tardaría más con lo de Sylvia y nos daría tiempo a terminar de ver la peli, pero él vino antes de lo previsto y se presentó en el cine. A mí no me estaba gustando y Jordan parecía tan entusiasmado que preferí marcharme antes que darle la sesión. —La cosa no había sido así, pero no iba a ser yo quien lo contara.

—Hija, no hay que ser descortés. Si habías quedado con Jordan para ir al cine, deberías haberte quedado por mala que fuera la película. Seguro que Andrés lo habría entendido, las amistades son tan importantes como la pareja. —La mirada del futbolista cambió a una de absoluta sorpresa—. ¿Sabes que mi hija y Andrés han empezado a salir? Creo que has perdido el partido muchacho. —La mano de Petrov volvió a descargar en su espalda y él se contrajo. Parecía dolerle mucho, menudo trancazo había pillado. Jordan nos miró horrorizado.

—No sabía que vosotros dos...

—Es muy reciente —aclaró Esme—. Ya sabes que el roce hace el cariño y el compartir váter nos ha unido mucho —bromeó.

—Ya veo. Pues enhorabuena a ambos, espero que vuestra relación no interceda en nuestra amistad.

—No —respondió apresurada Esme—, una cosa no tiene que ver con la otra. Andrés y yo sabemos separar las cosas, ¿verdad? —Yo no lo tenía tan claro, conocía las intenciones de Jordan hacia mi chica y sabía que no se limitarían a un par de cafés—. ¿Andrés? —me insistió ella.

—Sí, nosotros sabemos separarlas. Ahora solo hace falta que los demás también. —Me importaba un cuerno si aquellos hombres lo tomaban como una advertencia porque, al fin y al cabo, se trataba de ello.

Tras unos minutos bastante incómodos, Jordan se despidió y nosotros no tardamos en irnos.

Según Luka, yo tenía la puerta abierta a la casa, así que podía visitar a Esme o quedarme a dormir cuando quisiera.

El plan no era del todo malo, aunque lo que menos me apetecía era separarme de ella.



Llevaba unos días en San Petersburgo. En primer lugar, fui a visitar mi empresa para ver los

avances en la fabricación del diseminador. Un equipo de científicos del más alto nivel hacía pruebas para que nada pudiera fallar.

Simons era el encargado del proyecto, había trabajado durante años en la NASA hasta que lo fiché para mi equipo. El dinero mueve montañas y te consigue a los mejores en su campo. Sus aportaciones eran imprescindibles para que los diseminadores funcionaran como habíamos previsto.

Solo nos faltaba una pieza que los dotaría de la potencia de expansión suficiente para esparcir el compuesto mutado de *Salvia divinorum* haciéndolo llegar en un máximo de una hora de diferencia a toda la población mundial.

Los diseminadores serían colocados estratégicamente en cuatro puntos cardinales del planeta desde donde se lanzarían para ejercer su función. Serían casi imperceptibles al ojo humano debido a la velocidad que les haríamos alcanzar.

Cuando los pusiéramos en marcha, las esporas se difundirían a cada rincón del planeta. A cada inhalación, un infectado con su consecuente mutación del ADN. Casi podía saborear la victoria en un plan tan perfecto e impredecible.

Había volcado todos mis esfuerzos y los de un equipo de más de cincuenta personas que trabajaba en un laboratorio clandestino bajo tierra.

La sumisión que habíamos logrado alcanzar en los clones solo había sido la punta del iceberg. Ahora la obtendríamos directamente en personas normales, todos obedecerían mis órdenes por voluntad propia y lo mejor de todo es que era una mutación irreversible. A partir de esa primera inhalación, la humanidad ya no volvería a ser la misma, solo una sombra de lo que habíamos conocido hasta el momento.

Todos mis trabajadores fueron pacientes cero, habían sido pulverizados a través de los conductos de aire acondicionado sin saberlo. Mis propias ratas de laboratorio humanas. Con un simple chasqueo, podía lograr que hicieran cualquier cosa; de hecho, había testado verdaderas aberraciones y las cumplieron sin rechistar, dándome las gracias por ellas.

Algunas de las científicas habían dado a luz y, tras los análisis pertinentes, el resultado era óptimo. La sumisión era una condición impresa a partir de ahora en sus genes, asumirían cualquier orden. El sueño de cualquier hombre estaba en la palma de mi mano.

Ejércitos, trabajadores, hombres y mujeres de poder, todos quedarían reducidos a mis deseos. La sensación de poder era incommensurable.

Puede que el plan hubiera sufrido cierto retraso, pero cada vez lo veía más cerca. Si Benedikt y Chantal no se hubieran cruzado en mi camino con los clones, nunca hubiera dado con el compuesto que necesitaba. Todo había sido jodidamente perfecto, un cúmulo de casualidades que convertían mi plan en pura perfección.

Aquellos pobres idiotas pensaban que tendrían un lugar de poder en mi nuevo mundo, cuando eran simples títeres como el resto. Nadie excepto mi hija se iba a salvar de la gran fumigación.

—Señor —me interrumpió Simons, mientras observaba al equipo realizando las pruebas de vuelo de los diseminadores.

—Dime.

—Mi contacto de Estados Unidos dice que está previsto que la pieza vuele la semana que viene a Irán. Irá custodiada por varios agentes de la CIA y escondida dentro de una colección de arte, como hemos previsto, para que nadie pueda sospechar.

—¿Tenemos su localización y su aspecto?

—Sí, señor, lo tenemos todo. Solo nos falta la persona que lo sustraiga.

—De eso, me encargo yo. Buen trabajo, Simons, puedes retirarte.

—Gracias, señor.

Curvé una sonrisa antes de marcar el número de teléfono de mi facilitadora, recordé su belleza fría y las ganas que le tenía. Pronto, me dije, muy pronto.

—Hola, *krasivyy*^[9], cuánto tiempo. Seguro que ya me echabas de menos.

—Petrov —saludó Jen al otro lado de la línea—. Creí que habías desaparecido o que simplemente te habías olvidado de mí.

—Eso jamás, sabes que tu belleza y tu manera de trabajar me marcaron como nadie. —Una risa sin humor me llegó desde el otro lado del auricular—. Veo que te hace especial ilusión mi llamada, me alegro, porque ha llegado el momento de que me devuelvas el favor que me debes. ¿Recuerdas nuestro pacto?

—Cómo olvidarlo... —protestó.

—Me complace, eso demuestra que eres una mujer de palabra. Tengo la ubicación, la pieza y el día, tú deberás encargarte del resto. No será algo sencillo, aunque confío plenamente en ti.

—Las sustracciones nunca son fáciles, todas implican ciertos riesgos. Por eso dejé de hacerlo.

—Lo sé. Espero que tu familia esté bien, dale recuerdos a Jon y a tus suegros de mi parte. Espero verlos muy pronto.

—Gracias, se los daré. ¿Puedo pedirle que vaya al grano? Ahora mismo no tengo mucho tiempo, voy un poco liada.

—Claro, *krasivyy*, solo te robaré unos minutos. Escucha atentamente.



—No puedo creerlo, te juro que tuve que mirar varias veces tu foto para darme cuenta de que realmente habías escrito eso en el muro de Esme. —Candela me miraba como si fuera su héroe, entrando como un vendaval en el piso—. ¿Dónde está? Necesito verla y que ella misma me lo confirme.

—¿A quién buscas? —inquirí divertido.

—Oh, vamos, papá. Ya lo sabes, a tu novia, Esmeralda M. Estoy *living* con lo vuestro. Bueno, yo y todas mis amigas, no sabes la fama que he cogido en unos días en el insti.

—¿No estás enfadada?

Sus ojos claros me observaron incrédulos.

—¿Yo? ¡No! Mamá fue la que se *chinó*^[10] un poco, pero es normal. Nadie esperaba que te liaras con nuestra ídolo, es super *cool*. Hacéis un *match*^[11] perfecto, aunque mamá diga que no pegáis ni con cola y que cuando se dé cuenta de cómo eres, te dará una patada en el culo.

—Tu madre siempre tan conciliadora —rebufé.

—Ya la conoces, ella ha de ser la primera en todo. No esperaba que encontraras pareja tan rápido mientras ella sigue tratando de pescar algo decente en Meetic.

—¿Rápido? Han pasado años.

—Puede, pero ella se estancó en el tiempo. Oye, papá, la charla está bien y eso, pero ¿dónde está Esme? Necesito verla con urgencia, quiero contarle un millar de cosas.

—No está aquí. —Su cara de decepción me hizo gracia.

—¿Ha ido de compras o algo así? ¿Podemos ir a su encuentro?

—Vamos a un sitio y, de camino, te cuento.

—¿Y la bolsa? —preguntó mostrándome la mochila.

—Llévala. Vamos, es una sorpresa que, conociéndote, seguro que te encanta. —Los ojos ya le hacían chiribitas y no paró de lanzar preguntas durante todo el trayecto.

Esme y yo decidimos que estaría bien que Candela pasara el finde con nosotros en casa de Luka, seguro que alucinaría y así nosotros podríamos estar juntos. La había visto estos días, pero no habíamos podido intimar y estaba en un estado de alerta máxima. Parecía tener la cabeza enfrascada solo en eso, era como vivir una segunda adolescencia.

Cuando llegamos a la pedazo de casa y Candela vio quién nos esperaba en la puerta, sus gritos se oyeron en la otra punta de la ciudad.

Los medios ya me habían etiquetado como la pareja de Esme y ninguno de los dos lo había desmentido, incluso mi madre me llamó para felicitarme y tuve que aguantar una reunión familiar de urgencia donde la presenté como mi pareja.

Todos estaban encantados, aunque mi madre y César, los que más. Y ella es que se hacía querer. No era para nada la estirada del bufete, era cercana, risueña, amigable y yo estaba loco por cada uno de los lunares de su cuerpo.

Si pensaba que con el paso de los días el enamoramiento iría a menos, estaba bien confundido porque lo que sentía por ella crecía a un ritmo de vértigo.

—Es que no puedo creerlo. ¡Mi padre sale contigo! ¡Contigo! —gritaba mi hija dando saltitos y zarandeándola como una auténtica *grupi*.

—Pues ya puedes ir creyéndotelo. Anda, pasa, Adán te enseñará tu habitación. Te he comprado un montón de cosas, espero haber acertado con la talla, que te gusten y te queden bien. Las tienes colocadas en tu armario. ¡Ah! y si te apetece, puedes ponerte el bikini y darte un chapuzón en la piscina. Yo de ti me bajaría con él puesto.

—¡Hay piscina! —exclamó fuera de sí.

—En esta casa, hay de todo. ¡Adán! —gritó mi morena. El chico apareció e inmediatamente Candela se sonrojó al verlo—. Lleva a Candela a su cuarto, por favor, y muéstrale dónde está la piscina.

—Por supuesto, señora.

Esmeralda se dirigió a mi hija de nuevo.

—Anda, ve, nosotros estaremos en el jardín. —Candela caminó tras Adán contemplándolo con admiración. Esme soltó una risita y después se encajó en mí mediante un abrazo—. Creo que a tu pequeña le ha gustado Adán.

Miré por encima del hombro con preocupación.

—¡Pero si es una cría!

—Así es como la ves tú, pero no lo es en su cabeza donde cohabitan chicos, amigas y ropa. Está en la edad.

Cerca estuve de salir tras ella y traerla del pelo con nosotros.

—No pienso dejarlos solos —protesté, pero Esmeralda pasó sus labios sobre los míos y se me olvidó todo. Cuando logré tomar consciencia, la tenía apoyada contra la pared y los dos jadeábamos como posesos. Ella sonrió.

—Creo que Candela ha salido a su padre. —Su afirmación me puso en alerta y casi retomo mi intención de salir corriendo escaleras arriba. Ella se puso a reír—. Tranquilo, Adán juega en otra

liga. No creo que le interese tu pequeña, es muy niña.

—¿Es gay? —Esme asintió y creo que yo recuperé las diez canas que acababan de salirme. Me premió con un beso desenfadado y salimos al jardín agarrados de la mano. Allí estaba Jordan tumbado tranquilamente en una hamaca tomando el sol—. ¿Qué hace este aquí? —mascullé entre dientes.

—Vino a verme y le ofrecí que se quedara para que lo conocieras un poco mejor. Es un buen chico, Andrés, y está bastante solo. Sus padres no viven en España y su vida se limita a entrenamientos y partidos.

—¡Ja! —estallé sin que me escuchara—. Que no es un seminarista, que yo sé la vidorra que se pegan estos futbolistas: fiestas, chicas, desenfreno... De solitario, tiene las partidas que se echa en el ordenador.

Ella rio.

—Eres un exagerado. Puede que esa sea la imagen que se proyecta, pero en el fondo la fama y el dinero hacen que puedas confiar en poca gente. Dale una oportunidad, igual te sorprende como yo.

—Déjame que lo dude.

Como si nos hubiera oído, Jordan levantó la cabeza y se dirigió hacia nosotros luciendo bronceado.

—Hola, buenos días —saludó estrechándome la mano con amabilidad.

—Jordan. —Era incapaz de fingir una simpatía que no le tenía.

—Espero que no te moleste que me presentara aquí. Solo quise pasarme a ver cómo le iba a Esme con el bebé por si necesitaba algo.

—Para eso estamos la canguro y yo —le corregí marcando territorio—. Además, te veo muy preparado para solo haber pasado por aquí —ataqué paseando la mirada por su cuerpo atlético enfundado en un bañador.

—Andrés —me reprochó Esme apretándome la mano.

—No pasa nada. Entiendo tu desconfianza, no obstante, puedes estar tranquilo, ya me quedó claro que entre Esme y yo no puede haber nada. —No parecía enfadado y, sin embargo, yo estaba cerca de embestirlo, con unos celos enfermizos que me anudaban el pecho—. Para responder a tu observación, te diré que si me ves así es porque tengo un cuarto en la casa con un montón de ropa para cada ocasión. —La revelación me sorprendió—. Mis padres y Luka son muy amigos, de hecho, mi padre trabaja para él. Cuando me mudé a Barcelona, Luka me acogió en su casa durante casi un año como un favor personal y cuando encontré piso, él insistió en que mantuviera el cuarto por si algún día me daba por quedarme. Es un hombre muy generoso.

—Ya veo.

Escuchamos unos pasos. Mi hija se plantó delante de nosotros con un bikini minúsculo que no cubría prácticamente nada. ¿Desde cuándo tenía ese cuerpo y esas curvas? Jordan parecía admirarla sin vergüenza y ella le correspondía torneando los ojos.

—Candela, deja que te presente a mi amigo Jordan. Ella es Candela, la hija de Andrés — anunció Esme complacida.

Él fue a su encuentro y le dio un par de besos que la hicieron enrojecer hasta la raíz del pelo. Si me pinchaban, no iban a sacar sangre.

—No sabía que tenías una hija tan guapa —admitió el futbolista—. No se parece para nada a ti.

Ella se colocó un mechón detrás de la oreja coqueteando abiertamente con sus gestos. No podía sentirme más amenazado. Primero había intentado quitarme a Esme y ahora ¿tonteaba con mi niña? ¿Y qué tipo de ropa de baño le había comprado Esmeralda? ¡Le faltaba ropa por todas partes!

—Jordan, ¿por qué no le muestras a Candela la piscina? Seguro que estás acalorado después de tomar tanto rato el sol y ella querrá bañarse.

¡Pero ¿es que mi chica se había vuelto loca de remate?! ¿Pretendía que se fueran juntos y solos?

—Será un honor —admitió sonriente tendiéndole el brazo, al cual mi pequeña se agarró. Candela parecía flotar en una nube donde cupido lanzaba flechas a todo chico andante. Cuando los vi alejarse, casi me da una apoplejía al contemplarle el trasero.

—¡Pero si le falta media braga!

Esme soltó una carcajada.

—No seas carcamal. Es una braguita brasileña, el último grito, es tendencia. Hoy día todas las chicas van así.

—¡El último grito va a ser el mío cuando le diga a Candela que se quite esa cosa y la lleve directa a casa de su madre! ¡Pero es que te has bebido el entendimiento al regalarle una cosa así! —Traté de ponerme en marcha, pero ella me detuvo.

—No hagas el canelo, esto es lo que se lleva en Brasil desde hace años y nadie ha muerto por ello.

—¿En Brasil? Allí que se pongan lo que quieran, que estamos en España, joder. Además, allí las mujeres tienen otro tipo de curvas con unos traseros muy redondos y algo más voluptuosos. Fijo que la ropa se les mete por ahí dentro, ¡pero mi hija no es así!

—No digas sandeces, las brasileñas tienen unos culos maravillosos y los lucen sin problema o complejo, igual que tu hija y el resto de las chicas de su edad. ¿Qué problema tienes con que muestre algo de piel?

—¿Piel? ¡Va enseñando el culo! ¡Es muy pequeña!

—¡Pequeña! Por el amor de Dios, Andrés, yo a su edad ya me perdía en la era con el noviete de turno. Y creo que tú hacías lo mismo. Candela no es una niña, sino una preciosa mujercita que, si no ha hecho ya sus pinitos con los chicos, no tardará demasiado en hacerlos.

—¿Me estás hablando de chicos y mi hija en una misma frase?! —No salía de mi asombro.

—Te estoy hablando de que la tratas como si tuviera seis años y no es el caso. Está en la edad de tontear, de gustar y sentirse admirada. No hace daño a nadie por mostrar el palmito y, además, está en familia. ¿Qué crees que va a hacer con nosotros aquí delante?

—¡Pero la has dejado irse a solas con ese depredador sexual!

Esmeralda se desternillaba de la risa.

—Te juro que solo te falta la escopeta de caza. ¿Quieres hacer el favor de comportarte? Jordan no se lleva demasiados años con tu hija, es un chico de buena familia, deportista y...

—Y un salido que quería hace dos días seguir acostándose contigo. ¡Pues no va a hacer lo mismo con mi niña!

Ella parecía impacientarse, pero es que yo era incapaz de controlar el cúmulo de sensaciones que estaba despertando esa nueva etapa de mi niñita.

—Andrés, tengamos la fiesta en paz. Ya sabes que Jordan no tiene nada que hacer conmigo y dudo que intente nada con Candela más allá de un sano flirteo, si se da el caso. Serénate, que solo han ido a darse un chapuzón y ya me hablas como si quisiera tirársela en la piscina —resopló. Pasó las manos por mis tensos hombros para masajearlos—. Por qué no te tranquilizas un poco, te tumbas en la hamaca y me dejas que te dé un buen masaje. Seguro que logro relajarte. —Tras unos cuantos pases de sus manos y con la musculatura algo aliviada, Esmeralda se puso frente a mí y tiró del lazo de la bata que llevaba puesta para mostrar el mismo atuendo que le había regalado a mi hija.

La mandíbula se me desencajó al ver tanta piel e imaginar la parte posterior, ella dio una vuelta sobre sí misma sonriente para que me cerciorara de que era exacto al de mi niña y que le faltaba la misma cantidad de ropa.

—¿Te gusta cómo me queda?

—No puedes pretender exponerte de esta manera y que no me entren ganas de tú ya sabes qué...

Ella elevó las comisuras de los labios con picardía.

—Eso deberá esperar a más tarde. Anda, desnúdate y deja que elimine la rigidez de tu cuerpo.

—La rigidez que tengo en este instante se concentra en un único punto y ya me has dicho que el alivio no será inmediato.

Se deslizó sugerente por el césped hasta acariciarme el pecho.

—Bueno, si te fías de dejar a Candela a solas con Jordan, tal vez podamos... —No le di tiempo a terminar, la cargué sobre un hombro arrancándole un millar de risas al introducirla conmigo en la casa y subir las escaleras sin rumbo fijo. Me daba igual en qué habitación atracáramos, aunque fuera en la del mismísimo Petrov, pensaba hacerla mía.

Prefería dar rienda suelta a nuestra pasión antes que seguir comiéndome la cabeza y muriéndome de ganas por ella. En definitiva, tenía razón. Todo eran suposiciones mías.



Candela

Me sentía un poco cohibida, nunca había estado con chicos tan guapos. Adán, el empleado que me había llevado hasta mi habitación, era guapísimo. Poco hablador y algo seco, aunque muy apuesto. Traté de tontear algo con él, pero no surtió efecto, estaba cansada de ser la única de mi grupo de amigas que seguía sin novio.

Como mínimo, todas habían besado a algún chico y se metían conmigo por esperar al príncipe azul. Decían que, de tanta espera, seguro que se volvía morado y arrugado.

Mi tía Nani me consolaba, solía darme esperanzas y me animaba a que no me comiera la cabeza. Era lo más parecido que tenía a una hermana y escuchaba sus consejos. Mi madre, por el contrario, solo insistía en que, con lo guapa que era, no fuera tonta y diera un buen braguetazo, que me fijara bien con quién iba a salir y que no hiciera el tonto como ella de quedarme preñada de un pelacañas como mi padre.

Estaba hecha un lío y con las hormonas un tanto revueltas. Nadie me había dado mi primer beso y tenía muchísimas ganas de saber qué se sentía.

Cuando bajé al jardín y me di de bruces con Jordan, casi me da un paro. Era el sueño de cualquier chica. Sabía perfectamente quién era, mis amigas morirían por pasar un rato con él y yo lo tenía solo para mí. Era el chico perfecto y algo me decía que podía tratarse de él.

Que me hubiera dicho que era guapa y ahora se estuviera bañando conmigo no tenía nada que ver, simplemente es que Jordan era un sueño hecho realidad.

—Este sitio es genial, ¿no crees? —me preguntó, pero yo no podía dejar de mirarlo y babear.

—S-sí, una pasada. —Me había sentado en el borde de la piscina mientras él daba unas cuantas brazadas dejando que contemplara su cuerpo perfecto. Se paró en el centro y me miró con intensidad.

—¿Por qué no te metes? Está climatizada y el agua está casi tan deliciosa como tú. —Noté mis mejillas encenderse. ¿De verdad pensaba que era deliciosa? Me deslicé tratando de apagar el bochorno que sentía. No tenía mucho estilo nadando, pero traté de hacerlo lo mejor posible hasta llegar a él. Hacía pie y me encontré admirando sus bonitos ojos avellana—. ¿A que no te mentía?

—No, está muy buena. —Sonreí tímida.

—Con esa cara y ese cuerpo que tienes, tendrías que ser modelo. Mi madre lo es, tal vez podría darte algún consejo y echarte una mano en alguna agencia.

—¿Crees que sirvo? No soy muy alta.

Sacó la mano y me acarició el rostro, agitándome por completo.

—Eso no importa, tienes una cara que pareces un ángel y un cuerpo divino. Para fotografía, con eso basta. Seguro que tu novio presume mucho de ti con los amigos, yo lo haría.

—No tengo —admití mordiéndome el labio. Eso pareció agradarle.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Supongo que todavía no he dado con el adecuado —suspiré incrédula de estar manteniendo esa conversación con él. ¿Cómo sería besarlo con lengua? No podía dejar de mirarle la boca, su mano había bajado por mi cuello haciendo que contuviera la respiración.

—Y ¿cómo es el adecuado? ¿Te gustan rubios, morenos...?

Elevé los hombros cuando el dedo recorrió mi clavícula erizándome por completo.

—Me gustan como tú —dije con voz apenas audible. Él sonrió y yo volví a enrojecer como una bombilla. No sé ni cómo me había atrevido a soltarlo.

—Mmmmm, menudo halago. Aunque tal vez sea un poco mayor para ti, ¿qué piensas?

—Eres perfecto.

Sus cejas se arquearon y se acercó más de lo que ningún chico había hecho.

—¿Eso crees? ¿Soy perfecto? —murmuró pasando la mano por mi nuca. Moví la cabeza arriba y abajo. Él sonrió y acercó su boca a la mía. Cerré los ojos anhelando que ocurriera, que por fin me dieran mi primer beso, y separé los labios invitantes como había visto en las pelis, pero lo único que sentí fue que me quedaba sin aire.

Capítulo 21



Candela

Salí de debajo del agua medio ahogada, escupiendo, tosiendo y con la nariz doliéndome por el líquido que me había entrado.

Jordan se reía y a mí me ardían las mejillas de la vergüenza. ¿Cómo había podido llegar a pensar que estaba tonteando conmigo? ¡Idiota, había sido una idiota! Jordan no iba a besar a un boque^[12] como yo.

El muy *perote*^[13] se estaba riendo de mí. ¡Qué ilusa había sido! Si lo pensaba bien, ¿qué iba a hacer un futbolista de veintidós años acostumbrado a rodearse de modelos, con una cría de catorce?

—Vamos, Candela, que necesitas refrescarte.

Jugueteó lanzándome agua a la cara. Mi humor había sufrido un revés al entender la cruda realidad. Un chico mayor como él no iba a fijarse jamás en una niñata como yo.

—¡Déjame en paz! —protesté enfadada tratando de alcanzar el borde de la piscina.

—Venga, y ahora ¿qué te pasa? ¿Te enfurruñas por una simple ahogadilla? —En dos brazadas ya lo tenía al lado con el pelo pegado a los laterales del rostro, que lo hacía increíblemente guapo.

—Has jugado conmigo, me has hecho creer que... Agrrrrr. —Golpeé el agua con las manos.

—Te he hecho creer ¿qué? —Abrió mucho los ojos—. No, espera, ¿pensabas que iba a darte un beso? ¿Por eso me pusiste morritos? ¡Pero si eres una niña! Si llego a tocarte un pelo, tu padre me hubiera acusado de pederastia y no me habría sacado de la cárcel ni Rita la Cantaora.

Eso era verdad, pero, aun así, me había dejado sin beso y estaba muy indignada por lo ridícula que me sentía.

—Para que te lleven preso deberían enterarse primero y, para que lo sepas, no soy tan niña como crees —rezongué molesta.

—¡Oh, por favor, si te saco ocho años! Si tienes edad de estar jugando con muñecas o lo que sea que se haga con tu edad.

—Pues antes bien que decías lo guapa y apetecible que era —me quejé.

—Solo trataba de ser amable, a nadie le amarga un dulce. Y no es ninguna mentira. En unos años, serás una auténtica belleza y algún chico de tu edad morirá por tus huesos y esos besos que tan alegremente das. —Me molestó que pensara que me ofrecía a cualquiera—. Para aquel entonces, me verás como a un viejales —dijo con aire divertido.

—Te veré de la misma manera porque a ti solo hay una forma de verte —admití a sabiendas de que sería así.

Una risa triste emergió en su rostro. La mano buscó de nuevo mi mejilla y la acarició con cariño.

—Qué tierna eres. Lamento el malentendido y si te he ofendido, no era mi intención. No sabes nada de mí, eres demasiado inocente para entender ciertas cosas. Debes protegerte de tipos como yo, hacerles caso a tus padres, que seguro que te dan buenos consejos, y alejarte de la fealdad de este mundo. De eso sé un rato, así que hazme caso y no quieras crecer demasiado rápido.

Lo sentí tan triste que me dio mucha lástima.

—Si tuviera que seguir los consejos de mi madre, igual te asustas.

Él curvó una sonrisa cómplice.

—¿Y eso por qué?

O lo hacía ahora o no lo hacía, así que me armé de valor. Como decía mi tía Nani «uno no debe mirar atrás ni para coger impulso».

—Porque entonces estaría haciendo esto. —Me lancé sin que me viera venir. Para ser futbolista, había estado un poco lento de reflejos. Apreté mis labios contra los suyos desatando un millar de mariposas locas que me hicieron sentir miles de cosas a la vez. Así que eso era lo que ocurría cuando besabas al chico que te gustaba, y eso que no le había metido la lengua. ¿Me dejaría? Parecía estar flotando en el agua cuando un chapoteo precipitado y un golpe me sacaron apresuradamente del ensueño.

—¡Malnacido! ¡¿Qué pretendes?! ¡Es una menor! —Mi padre estaba metido en el agua, con ropa incluida, y golpeaba a un Jordan, que no había podido salir de la impresión de ser besado

por mí. ¡Oh, por todos los demonios! yo había provocado eso.

—¡Suéltalo, lo vas a matar! —gritaba Esmeralda fuera de sí.

La única opción que vi antes de que eso se convirtiera en una realidad fue lanzarme hacia ellos y montarme a caballito sobre la espalda de mi padre mientras trataba de que lo soltara.

—¡Papá! —chillaba intentando que me oyera—. ¡Jordan no ha hecho nada! ¡He sido yo! ¡Te lo juro! ¡Suéltalo, por favor! ¡Él no ha hecho nada! ¡Me lancé y no pudo evitarlo! —Él parecía fuera de sí, nunca lo había visto comportarse de ese modo con nadie. ¡Mi padre era un ser racional y, sin embargo, ahora no lo estaba siendo!

—¿En serio piensas que me voy a creer que un tío con pelos en los huevos no ha podido evitar darte un beso? —Nunca había oído a mi padre decirme algo así, estaba enfurecido y agarraba a Jordan por el cuello hundiéndole la cabeza en el agua. Si yo casi me moría con una simple ahogadilla, no quería ni imaginar cómo lo estaba pasando él.

—¡Por favor, papá, es la verdad! Has de creerme —le decía con lágrimas en los ojos—. Solo quería saber qué se sentía al ser besada por un chico —reconocí—. ¡Suéltalo, te lo ruego! ¡Lo vas a ahogar! —Estaba muy asustada y ya lloraba abiertamente aporreándole la espalda. Al final, mi padre pareció escucharme y me hizo caso. La pobre Esmeralda entró en el agua para socorrer a Jordan, que me miraba como si fuera el mismísimo diablo. No iba a querer verme nunca más, lo veía en su mirada de repulsa.

—¡No quiero a esa cría cerca de mí! Sus impulsos hormonales casi me matan —protestó—. No he hecho nada —expuso tratando de que la novia de mi padre lo creyera—. Te lo juro, Esmeralda. Tú sabes qué tipo de mujeres me gustan, ella no es mi tipo. Jamás intentaría nada con una niña por guapa que fuera.

Su reacción me dolió, pero ¿qué pretendía? ¿Que con un beso sintiera lo mismo que yo, que pensara que estábamos hechos el uno para el otro y me esperara hasta cumplir los dieciocho? Golpeé la espalda de mi padre con rabia.

—¡Lo has estropeado todo! ¡Te lo has cargado! —A alguien tenía que hacer culpable de mis desgracias. Si no hubiera entrado como un elefante en una cacharrería, mi beso se habría convertido en uno de los mejores momentos de mi vida y no en una pesadilla. Jordan no querría verme nunca más y yo sería un boquerón para siempre.

Salí lo más rápido que pude del agua y entré corriendo a la casa para deshacerme en lágrimas sobre el colchón. No iba a salir de esa habitación en todo el fin de semana.



Era de locos. Mi primera incursión como padre descerebrado había tenido lugar terminando

en tentativa de homicidio. Por poco mato al descerebrado que mi hija quiso besar, pero es que no pude evitarlo. Ese chaval estaba en todos los fregados, mi parte irracional se la tenía jurada.

Se había zumbado a la mujer de mi vida cuando yo no pude cumplir, acababa de besar a mi hija, intencionadamente o no, y se había llevado la defensa de ambas mientras me miraban como a un apestado.

Esmeralda lo sacó del agua para llevarlo con ella a la cocina, ofreciéndole su consuelo con una bolsa de guisantes congelados apoyada en su mandíbula. Me había ganado una de sus letales miradas verdes que vaticinaban que se avecinaba tormenta. ¡Pero si yo no era violento! ¿Cómo me había puesto así? En vez de hablar y racionalizar las cosas, me había tirado al agua como un animal. Cualquiera diría que no acababa de echar un gran polvo en la planta de arriba.

Entré cabizbajo con intención de disculparme, pero fue ver a Esme entre las piernas del futbolista, reclinándose contra él con tanta complicidad y dulzura, que volví a verlo todo negro. ¿De dónde salía tanta furia? Iba a ser incapaz de disculparme coherentemente en ese estado, sobre todo, viendo la mano de él apoyada en su cintura. Quería arrancársela de cuajo. ¿Me estaría volviendo bipolar? ¿O era esa casa que tenía tanta energía sadomasoquista impregnada que desataba mis impulsos más animales?

Preferí subir a la planta de arriba antes de volverme verde, convertirme en Hulk y destrozarlo todo a mi paso. Debería disculparme primero con mi hija.

Si no le veía la cara al rubio en un rato, mucho mejor.

Caminé por la planta superior apoyando la oreja en cada puerta hasta que oí un leve gimoteo. No sabía cuál era la habitación que le habían designado a Candela y en una de ellas dormía el bebé, así que no quería molestar. Me felicité mentalmente antes de llamar, iban a darme la medalla al padre del año por meter la pata hasta el fondo.

Golpeé la puerta con suavidad.

—Candela, soy yo, papá. ¿Puedo pasar? —El sollozo se interrumpió para soltar un contundente: «¡Lárgate!», que me dejó en el sitio—. Vamos, pequeña...

—¡Ni se te ocurra llamarme así! ¡Márchate! ¡Lo has arruinado todo! ¡¡To-do!! —vociferó para que me quedara claro que no estaba por la labor.

—Solo quiero pedirte perdón.

—¡Pues haberlo pensado antes! ¡Solo quiero que desaparezcas! ¡Menuda vergüenza!

Estaba convencido de que si insistía iba a ser peor, así que, sitiado por todas partes, decidí darme una vuelta para templar los nervios y pensar en qué hacer para no cagarla todavía más.

Petrov tenía una impresionante colección de arte. No entendía demasiado, pero aquellos cuadros parecían caros. Una de las puertas estaba entreabierta, como si te invitara a entrar. La curiosidad me pudo y la empujé suavemente. Era una habitación de tortura, la Santa Inquisición se

habría puesto las botas allí.

Látigos, mordazas y elementos que parecían sacados de una peli porno salpicaban el cuarto convirtiéndolo en una mazmorra en tonos borgoña y negro. A mi suegro le gustaba jugar fuerte, o eso parecía. Encontré un proyector y, llevado por el mismo impulso, pulsé el botón del *play*. Imaginé que se reproduciría alguna peli erótica y que los jadeos inundarían la estancia, pero no fue así, jamás esperé encontrarme con lo que mis ojos vieron.

En la gran pantalla aparecía Jordan desnudo, maniatado y con mi suegro detrás. Llevaba una pelota de goma en la boca y lloraba como si estuviera pasando por un auténtico infierno. Luka portaba un cinturón de cuero en la mano y lo golpeaba sin piedad en las piernas y el trasero desnudo, que estaba completamente abierto.

Su mirada era fría y el movimiento repulsivamente hipnotizante, como aquellas noticias desgarradoras que no puedes dejar de ver por téticas que sean. A cada estallido, un grito se opacaba contra la esfera haciendo que el cuerpo se estremeciera y cuando parecía incapaz de tolerar más, mi suegro lanzaba el cinturón con inquina para asestar otro golpe. Ahora entendía los verdugones que le había visto en la piscina. Para mi mayor consternación, mi suegro se bajó los pantalones mostrando un miembro completamente rígido que no tardó en usar para penetrarlo sin piedad. La mirada vacía del chico me dio ganas de vomitar. No pude ni quise seguir mirando.

Apagué el aparato asqueado, con la bilis abrasándome el cuello y el amargor del vómito rezumando en mi garganta.

Petrov era un sádico. No había visto placer alguno en los ojos del futbolista, solo un dolor hueco que me llegó al alma. Busqué el baño más próximo, me metí dentro y accioné el grifo del agua fría. Metí la cabeza bajo él tratando de borrar la imagen, que se diluyera en el agua, aunque sabía que no iba a ser así. Era escalofriante, no quería imaginar cómo debería ser ver aquello en directo o sentirlo en tus propias carnes. ¿Dónde estaba el placer en aquella escena?

¿Los padres de aquel muchacho sabían lo que hacía con su amigo? Dudaba mucho que así fuera. ¿Cómo habría entrado Jordan en ese tipo de juegos? ¿Por qué aceptaba sufrir algo así? Miles de preguntas se amotinaban en mi cabeza y eso me hizo pensar en Xánder, en el calvario que había vivido a manos de unos desaprensivos. ¿Le estaría ocurriendo lo mismo que a él? No quería ni imaginar que pudiera ser así y que Jordan fuera un esclavo sexual no consentido, pero ¿y si lo era?

Bajé decidido a averiguarlo. Por mal que me cayera, nadie merecía un trato así. Pero ya no estaba en la cocina, Esme tampoco. Quizás había subido a su habitación mientras yo visionaba el vídeo.

Recorrí el trayecto de vuelta con el estómago revuelto, dudaba de que alguna vez pudiera quitarme esa imagen de la cabeza.

Entré prácticamente en todas las habitaciones, pero no había rastro de ninguno. Solo me quedaba el cuarto de Candela.

Volví a golpear la puerta.

—¿Candela? ¿Está Esme contigo?

Escuché movimiento y la puerta se abrió mostrándome a mi chica con cara de pocos amigos.

—No es buen momento, estoy tratando de tranquilizarla y hacerle entender por qué su padre actuó como un cavernícola.

La miré con pesar.

—Lo siento, no sabes cuánto. De verdad que me arrepiento, no sé qué me pasó. Tú sabes que yo no soy así, necesito disculparme con ambos. ¿Has visto a Jordan?

—¿Por qué? ¿Para liarle de nuevo a mamporrazos con él? Ahora entiendo por qué no eres juez, seguro que no te concedieron permiso para llevar mazo por si te daba por repartir justicia a diestro y siniestro.

Cuando me soltaba esas frescas, me desubicaba.

—¡Joder, Esme! ¿Tú también? Estoy muy arrepentido, actué sin pensar. Solo quería hablar con él y disculparme.

—Pues demasiado tarde, se ha cambiado y se ha ido a su piso, no fuera a ser que la justicia lo machacara de nuevo.

Pincé el puente de mi nariz resoplando.

—¿Puedo pasar entonces a hablar con Candela? Necesito expiar mis pecados. Esta situación me está matando.

—No creo que sea apropiado, le he hecho una tila y estoy manteniendo una charla de chicas tratando de que no pida una orden de alejamiento por padre psicópata. —Su tono de voz no parecía enfadado—. Ocupa tu tiempo en otra cosa, no sé, busca una caverna, caza o haz fuego para esta noche. —Los ojos verdes chisporroteaban con humor.

—Muy graciosa. A ver si me da por tirarte de los pelos, recorrer así toda la casa y dedicarme a repoblar el mundo. —El perdón estaba próximo, podía intuirlo.

—Anda, cromañón, date una vuelta o léete un libro en la biblioteca. *El Kamasutra* puede ser una grata lectura que poner en práctica esta noche. No tardaré demasiado en bajar. —Me dio un beso y susurró en mi oído—: Me has puesto mucho cuando te he visto tan desatado, a ratos quería matarte con mis propias manos y otros, follarte contra la pared de la piscina.

Mi polla reaccionó al instante como una sopa de sobre frente a un tazón de agua hirviendo. Pellizcó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes.

—Pues entonces esta noche va a sentir el poder de las cavernas, señora Picapiedra.

Ella emitió una risita nada sonora y pasó de la oreja a morder con fuerza mi labio.

—Lo estoy deseando —culminó lamiendo la marca de sus dientes. Después, cerró la puerta dejándome con los ojos clavados en la madera. Aquella mujer era poco más que alucinante.

Como no tenía muy claro qué hacer, llamé a mi cuñado para preguntarle si le sonaba el nombre de Jordan. No sabía de quién le hablaba, así que intuí que no estaba metido en el mundillo donde él había estado. Me saqué una historia de la manga alegando que a mi hija le gustaba mucho ese futbolista y que era para ver si figuraba entre sus contactos para darle una sorpresa. No me apetecía remover la mierda en la que se vio envuelto. Ahora estaba muy feliz con Nani y su pequeño y, por ahora, quería que siguieran así. Se disculpó por no conocerlo y me dijo que podía tratar de ver si algún vecino de Sitges tenía contactos en el Español. No quise incordiarle más, le comenté que lo dejara estar y que le diera recuerdos a mi hermana y a mi sobrino.

Mi siguiente llamada fue para Michael. El lunes tenía el juicio de Sylvia, todo había ido mucho más rápido de lo previsto y, al declararse culpable, el juez no tardaría demasiado en dictar sentencia.

Esmeralda recuperaría el dinero de la fianza y su pasaporte, volvería a ser libre como un pájaro, mientras que la verdadera culpable ingresaría en prisión. No había testigos ni antecedentes de que don Pedro fuera un maltratador, la única esperanza estaba puesta en que la Policía Científica dictara que no hubo ensañamiento en el apuñalamiento y diera algo de peso a su defensa debido a la trayectoria que siguió el abrecartas. Eso reduciría algo la condena, pero poco más había que hacer, solo cruzar los dedos y esperar que el juez fuera blando.

Cuando Michael me contestó, yo seguía enfrascado en mis pensamientos.

—¿Andrés? ¿Eres tú? ¿Hola? —balbució.

—Sí, perdona, me había quedado ensimismado.

—Eso suele ocurrir, uno se queda en Babia y cuesta reconectar. ¿Pasa algo? ¿Hay novedades?

—No, en principio todo sigue igual. Pasado mañana es el juicio de Sylvia y lo tiene bastante crudo.

—Es cierto, tu defendida. No encontraste a nadie que pudiera dar peso a su declaración, ¿verdad?

—Ni una maldita prueba, solo la que ella aportó del guante con la sangre que confirmaba su autoría. Esperemos que el juez se apiade de ella.

—Sí. ¿Te apetece que quedemos para charlar y tomar un café? Joana y Mateo han quedado con mi hermana para ir al zoo y yo paso de ver animales enjaulados, me dan tanta pena que agarraría un machete y los liberaría a todos.

—El papel de Tarzán te va que ni pintado —bromeé.

—Yo más bien me considero la mona Chita, pero es cuestión de prismas. Así que dime,

¿quedamos?

—Te lo agradezco, pero estoy en casa de mi suegro.

—Ufff, el tono con el que has dicho la palabra suegro ha sonado un poco mal.

—Bueno, es que he visto un vídeo por accidente que me ha dejado un mal cuerpo que no veas. A mi suegro le va eso de azotar y follar culos ajenos, ya sabes, de chicos jóvenes y eso.

—Puajjjj, no quiero saberlo.

—Pues imagina si a esa visión le añades que al chico al que sodomiza es el mismo que le ha dado su primer beso a tu hija y que encima se ha tirado a tu actual pareja...

—Rebobina, ¿cuál es el título de la película? Es para no verla.

—El padre de ella y el futbolista de las pelotas.

—¿Cómo decías que se llamaba ese tipo?

—¿Cuál de los dos?

—El padre de la criatura, a ese que no vas a poder quitarte de encima ni con agua caliente porque forma parte del lote.

—Luka Petrov, es un empresario ruso con un montón de pasta. Tendrías que ver su casa, esto parece un museo de arte. Tiene una empresa de tecnología punta o algo así.

—Un momento, ese nombre. ¿Cómo no caí antes? ¡Joder! Creo que es el exjefe de mi hermana.

—¿Cómo? —Aquella revelación sí que me alucinó.

—Creo que sí necesitamos ese café, ¿en serio que no te puedes escapar? Puedo contarte alguna cosita de tu suegro bajo secreto de sumario.

Toda información era poca, ese hombre me daba muy mala espina.

—Dame quince minutos y nos vemos en el bar de siempre. Le diré a Esme que necesito hablar contigo sobre el juicio del lunes. No puedo decirle que voy a hablar de su padre a escondidas, se pondría de uñas.

—Tranquilo, yo te cubro. Cuanto más sepamos del enemigo, mucho mejor. Nos vemos en un rato.



Acaricié el pelo de Candela, que todavía estaba algo llorosa. Pobrecilla, me daba mucha pena.

—Venga, cielo, que Jordan no es para tanto. De hecho, ningún hombre merece las lágrimas de una mujer.

—No lloro por Jordan, sino por mi padre.

—Pues ni siquiera él lo merece. Los padres también se equivocan a veces y el tuyo lo ha hecho, aunque debes de entender que solo trataba de protegerte. Pensaba que Jordan estaba abusando de su condición para propasarse contigo.

—¡Pero no fue así! Precisamente me dijo que él no era para mí, que era demasiado mayor, después de que yo me enfurruñara porque pensaba que quería besarme y entonces quise demostrarle que se equivocaba y...

—Y lo besaste tú —finalicé.

Ella asintió acongojada.

—No debería haberlo hecho, pero quería saber qué se sentía y él era tan guapo que me dejé llevar y la fastidié. Ahora me muerdo de la vergüenza.

—No te avergüences de haber tomado la iniciativa. En eso, me recuerdas a mí. Yo hice exactamente lo mismo con tu padre, tomar la iniciativa y recibir calabazas.

—¿Papá te dio calabazas? —Parecía que no se lo creía.

—Sí. No por el mismo motivo que Jordan te las dio a ti y en otro sentido del que seguramente te planteas, pero la conclusión es la misma. Me rechazó, nos peleamos y mira ahora cómo estamos. El tiempo acaba poniendo a cada cual en su lugar. —Ella suspiró emocionada—. Con eso no pretendo que des alpiste a los pájaros que revolotean en tu cabeza respecto a Jordan, seguro que hay algún chico más próximo en edad a ti por el que puedas ilusionarte.

Miró sus manos, que apretaban las sábanas.

—No creo que la edad sea un impedimento. Mi tía Nani y mi tío Xánder también se llevan muchos años.

—Lo sé —admití—. Pero ocho años cuando se tienen veintitantos no son los mismos que cuando se tiene catorce, por muy madura que seas. Más adelante lo entenderás.

—¿Lo dices por el sexo? —Candela estaba mucho más espabilada de lo que creía su padre.

—Lo digo por todo en general. Y porque eres una menor tratando de tener algo con un adulto y eso, a él, le puede acarrear muchos problemas por inocente que pueda ser al principio.

Se reclinó hacia atrás con tristeza y miró el techo.

—Lo entiendo.

—Me alegro.

—Yo solo quería dejar de ser un boquerón.

La miré divertida.

—¿Y qué eres ahora? ¿Una sardina? —Me gané una de sus risas sinceras.

—Ahora soy una pringada. —Golpearon a la puerta y fui hacia ella—. No quiero hablar con papá de momento —argumentó antes de que abriera.

—Está bien —le concedí. Me asomé al pasillo y, efectivamente, allí estaba Andrés.

—Salgo un momento. He de ir a hablar con Michael respecto a unas pruebas para el juicio del lunes, él no puede en otro momento. ¿Te importa quedarte con Candela?

Parecía nervioso, pero no me extrañaba con la que había liado con su hija.

—Ve tranquilo. Creo que necesita un rato más a solas conmigo teniendo una charla de chicas, igual la llevo a tomar un helado o algo.

—Está bien. Gracias por ocuparte y cuidar de ella, te prometo que no tardaré. —Asentí y recibí un beso de su parte que me dejó con ganas de más. Siempre quería más cuando se trataba de él—. Hasta luego, preciosa. Por cierto, tiene dinero en la mochila.

—Anda, ve y deja de preocuparte por eso. Estaremos bien.

Después de que se fuera, hice que Candela se levantara, le puse colirio para que le bajara la rojez, buscamos un conjunto bonito y le hice un recogido que enfatizaba sus bellos rasgos.

—Me encanta el resultado —dijo con los ojos brillantes.

—Es que eres preciosa. Con cualquier trapito, te ves bonita.

—¿Podemos subir una foto juntas mostrando el resultado de tu estilismo? Ya que no pude hacerme una foto con Jordan, y dudo que quiera hacérsela algún día, estaría bien. —Sabía que le hacía ilusión salir conmigo en Instagram, así que no pude negarme. Ya había tenido suficiente por hoy con el mal trago de antes.

Tras los *selfies* de rigor, le sugerí que me acompañara a mi habitación y esta vez fuera ella quien eligiera mi *look*. Optó por un vestidito *boho* y botines camperos a juego, el resultado no estaba nada mal. Añadí captura del *outfit* junto a Candela, poniendo que era quien lo había elegido. Ya estábamos listas para salir.

Fui en busca de Marilia, la canguro que estaba a cargo de Lucas, que era como le habían puesto al bebé. Les sentaría bien que les diera el aire a ambos.

Llegamos a una bonita terraza donde disfrutamos de lo lindo con tres inmensas copas que rezumaban helado y nata por todas partes.

Candela tomó al pequeño Lucas en brazos y a este pareció caerle bien de inmediato, aunque comenzó a lloriquear por el hambre. Marilia lo rescató y sacó un pecho para amamantarlo. Era ama de cría. Mi padre había pedido a la agencia una mujer que tuviera leche materna y que estuviera en disposición de dársela a Lucas para que no tuviera carencia alguna. Era muy guapa, con el cabello rubio bruñido, un busto generoso y unos ojos negros que recordaban a las obsidianas.

Marilia tenía tres hijos, estaba separada y cuando el pequeño dejó de querer pecho, quiso contribuir cuidando niños que les faltara la madre o que no tuvieran leche. Era un trabajo muy bien remunerado y no le importaba seguir dando de mamar. Tenía a los niños internos en un colegio para poder trabajar y los visitaba un fin de semana al mes y su exmarido, otro.

La hija de Andrés miró sorprendida cómo el pequeño se agarraba y succionaba con ansia.

—Parece un minivampiro. ¿No te duele? —anotó sin apartar los ojos de la cabecita morena.

—No, me gusta la sensación de dar el pecho, de ayudar a niños a crecer sanos y fuertes.

—Es alucinante ver cómo una cosa tan pequeña puede tragar tanto. —Candela desvió la atención hacia mí—. ¿Tú y papá querréis tener uno? A mí me haría ilusión tener un hermanito y yo podría hacerlos de canguro.

Marilia sonrió ante la imprudencia de la cría.

—Es muy pronto para plantearse algo así, llevamos muy poco juntos y, además, tenemos al pequeño Lucas. Si quieres un hermanito, te cedo al mío con gusto, puedes cuidarlo cuando se te antoje. Seguro que a Marilia no le importa que le cambies el pañal cuando sufra de diarrea.

Candela puso cara de disgusto y la canguro y yo reímos.

—Creo que yo tampoco estoy preparada para eso, mejor no le quito el empleo a Marilia y juego con él solo cuando esté bien.

—Me parece una gran idea. Eres muy considerada —admitió la rubia.

Fue una mañana agradable. Tras el paseo, regresamos a casa. Lucas dormía plácidamente, así que invitamos a Marilia a que bajara con nosotras a la piscina. Ella estaba interna y dormía en el cuarto del bebé. Nos cambiamos de ropa y disfrutamos del sol un rato más.

Hacia la hora de comer, Andrés regresó. No lucía una expresión particularmente risueña. Me preocupé por Sylvia y el juicio. ¿Michael le habría contado algo que fuera en su contra? O tal vez solo estaba así por su hija.

Candela apretó el gesto cuando nos saludó e hizo el amago de acercarse para hablar con ella, pero Adán interrumpió el momento avisándonos desde la puerta de que a la comida le faltaban

diez minutos, que era mejor que subiéramos a cambiarnos si no queríamos comer frío.

Nos levantamos para no hacerle esperar y cada cual se fue a su cuarto para quitarse la ropa de baño.

Una vez a solas con Andrés, le pregunté por el motivo de su aparente preocupación.

—¿Ha pasado algo? —Él negó, pero yo ya tenía la mosca detrás de la oreja—. Vamos, he pasado el suficiente tiempo contigo como para saber que es así. Dime qué ocurre, y no quiero mentiras al respecto.

—Ahora no hay tiempo para que te ponga al día, pero puede que no te guste lo que vaya a contarte.

—¿Tan malo es?

—¿Qué te parece si hablamos tranquilos después de que llenemos la barriga? Está siendo un día de lo más intenso.

—Está bien, después de comer entonces. Y ten paciencia con tu hija. Está mucho más tranquila y receptiva, pero necesita una disculpa por tu parte y que reconozcas que te equivocaste. No la vayas a liar yendo de super Andrés de nuevo.

—Trataré de hacerlo bien. ¿Jordan se enfadó mucho?

—Puedes imaginar. No había hecho nada y se encontró con un padre enfurecido que le doblaba el tamaño y lo atizaba sin piedad.

—Bueno, a eso está habituado —masculló sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, juega en la liga de tu padre. Los golpes no le son ajenos.

—Una cosa es sexo y otra muy distinta que alguien te parta la cara. Por lo que he podido dilucidar del BDSM, todo está pactado y consensuado. Tu puñetazo en la mandíbula, no.

Se frotó la nuca.

—Lo sé, tal vez deberías invitarlo a cenar para que pudiera disculparme también con él y tratar de limar asperezas.

Me gustó su capacidad de admitir que se había equivocado.

—Me parece buena idea, eso dice mucho de ti. En un rato, lo hago. Ahora bajemos a comer, que no quiero hacer esperar a tu hija, a Marilia o a Adán. Les he dicho que se unan, así comemos los cinco juntos. Espero que no te importe.

—Para nada, todo lo que haces me parece perfecto. —Se incorporó de la cama y me dio un

beso lento y profundo.

—Cuando me besas así, solo puedo pensar en desnudarte.

Él emitió una risa ronca y profunda.

—Menos mal que no solo me pasa a mí, me dejas mucho más tranquilo. Aunque esta noche ya le he buscado cueva, señora Picapiedra. El Kamasutra pasé de leérmelo, lo tengo todo anotado en la mente.

—*¡Yabadabadoo!* —exclamé con un último beso y tirando de él para que fuéramos al salón.

Todos los integrantes de la mesa, excepto Adán, que era algo reservado, y Candela, que seguía algo reticente, tratamos de que la conversación fluyera con normalidad.

Cuando tocó tomar el postre, opté por dejar a solas a padre e hija con la excusa de que acompañaba a Marilia a ver a Lucas, que parecía protestar por el intercomunicador.

Esperaba que Andrés hiciera uso de su mano izquierda para no empeorar las cosas. La peor parte de la tormenta ya había pasado y ahora solo le quedaba la vuelta a la calma. A Candela le había cogido mucho cariño. Era una niña adorable, despierta y muy dulce. Que tuviera su genio y las ideas claras no me incomodaba, yo misma era así. Me recordaba demasiado a mí. Si hubiera tenido una hija, seguro que se habría parecido a ella en eso.

Salí del salón mirando de reojo. Andrés se levantó y se puso en cuclillas para estar a la altura de los ojos de su hija, que permanecía sentada.

Recé porque la conversación fluyera y fuera bien. Andrés la adoraba y estaba convencida de que ella también a él. Aprovecharía para llamar a Jordan e invitarlo a cenar confiando en que todo se pusiera en su sitio.

No era un mal chico y a mí me caía bien, solo hacía falta que Andrés pudiera pasar página respecto a lo que ocurrió entre nosotros para darse cuenta de que era inofensivo.

Capítulo 22



—Cariño —empecé mirando a mi hija a los ojos—. Lo siento de todo corazón. No debí actuar así, fue un completo error frente a una desavenencia y estoy muy arrepentido de lo que hice. Los golpes jamás pueden ser la solución. Reaccioné de la peor manera posible, no lo hice nada bien. Debí preguntar antes de presuponer y bajo ninguna circunstancia debí golpearlo. Estoy profundamente apesadumbrado y te pido mis más sinceras disculpas. —Su ceño permanecía fruncido. Cuando me miraba así, me recordaba tanto a mi ex que me asustaba, aunque sabía que no tenían nada que ver.

—No fuiste justo y me avergonzaste terriblemente delante de él.

—Lamento el mal trago, pero has de reconocer que tú tampoco obraste bien, no puedes ir abalanzándote sobre chicos más mayores. Puede que no seas consciente del daño que puedes causar, pero estás en una edad complicada. Si no tienes la mayoría de edad, cualquier acción puede tener consecuencias muy graves.

—¿Cómo hiciste tú? —me increpó.

Yo la miré con extrañeza.

—No te comprendo.

—¿Acaso te has olvidado de lo que es tener catorce años? Tú y mamá erais menores.

—Ya, pero lo éramos ambos.

—Ah, o sea, que me puedo morrear con uno de diecisiete, pero no con uno de veintidós. ¿Dónde radica la diferencia? ¿En la experiencia al darlos? —No supe qué responder frente a eso—. Tengo ganas de saber a qué sabe un beso, de que un chico me vea como me siento, de que me coja de la mano y me invite a ir a un concierto de Rosalía.

—¿Rosalía? —No aguantaba ese tipo de música.

—O de quien sea, papá, eso es lo de menos. Puede que tu adolescencia fuera distinta de la mía porque tenías que encargarte de tus hermanos, sobrellevabas varias cosas a la vez, arrastrabas muchas responsabilidades y te matabas a estudiar para ser abogado. Pero yo no soy tú. Quiero que comprendas que tengo mi propia personalidad y vida, y que es de lo más normal que sienta curiosidad por los chicos. —Tragué con fuerza. Mi hija tenía razón, pero es que para mí siempre sería mi pequeña y me costaba mucho asumir que sus necesidades estaban cambiando a un ritmo de vértigo.

»Papá, que quiera que un chico me bese no quiere decir que vaya a quedarme embarazada como os ocurrió a vosotros. Sé lo que es un condón y que no debo mantener relaciones sexuales sin protección. En mi cole dimos un trimestre de educación sexual y han venido chicas a explicarnos sus experiencias como madres adolescentes. Yo no quiero eso para mí ni estoy preparada todavía para tener sexo, pero no puedes mosquearte porque quiera darle un beso a un chico que me gusta.

—Jordan es muy mayor —protesté.

—Se lleva menos conmigo que tía Nani con tío Xánder, y ya sé que me vas a decir que nuestra diferencia de edad no se ve de la misma manera ahora que con veinte. Eso ya me lo ha dicho Esme. —Si es que mi chica valía un imperio. Sonreí para mis adentros—. Pero tú no vas a poder decidir a quién quiero entregar mis besos. Lo siento, pero por ahí no paso. De pequeña, ya me hiciste besar a Pablito, el hijo de la vecina, y fue un fiasco. Me manchó de barro mi vestido favorito, además de tirarme de la trenza y restregarme sus babas de chocolate por la mejilla. —Casi me echo a reír ante el recuerdo. Candela era algo huraña a esa edad, no debía tener más de seis años y le entró una llorera terrible aquel día—. Tú tampoco elegiste bien mis besos.

—Puede que tengas razón y deba darte algo de margen —admití.

—La tengo. No soy una niñata, me has educado bien y me has dado muchísimos valores. Puede que pienses que muchas veces no te escucho, y seguramente tengas razón, pero otras sí lo hago y presto la suficiente atención como para saber con qué me quedo y con qué no.

¡Dios bendito! ¿Cuándo había crecido mi hija tanto?

—Candela, yo solo trato de protegerte. Daría mi vida por la tuya sin dudarlo.

—Y eso está muy bien. Yo también te quiero mucho, pero has de entender que necesito tomar mis propias decisiones, sean las correctas o no. No quiero que me pongas un colchón de plumas para que cuando caiga no sienta el golpe, quiero que estés ahí para curarme el moratón si es preciso, pero sin colchón debajo. Necesito vivir mi vida, papá, y saber que siempre estarás ahí para ayudarme cuando lo necesite, pero no para frenarme e impedirme saltar por la ventana en lugar de utilizar la puerta.

—Ay, hija, de verdad que es preferible que siempre salgas por la puerta, no vaya a ser que calcules mal y te caigas sobre un cactus. —Ella me ofreció una tímida sonrisa—. ¿Sabes lo difícil que es eso para mí? No, no lo sabes, es imposible —reflexioné—. Porque nadie te enseña a ser padre. Cuando tomas la decisión de asumir que ese pedacito de tus entrañas estará por el mundo,

nadie te prepara para que dejes de vivir con cada raspón de sus rodillas o cada llamada de teléfono diciendo que a tu hija le ha pasado algo, el corazón se te encoje y sufres pequeños microinfartos que te auguran lo que va a pasar a ser tu vida a partir de ese momento.

»Sé que para ti es imposible ponerte en mi lugar porque yo he estado en el tuyo y ahora es cuando veo cómo sufrieron los abuelos con mis errores. Cariño, yo solo quiero evitarte las cosas feas y los dolores de cabeza innecesarios. Pedirme que no trate de advertirte cuando vea que vas a hacer algo que te va a causar algún tipo de desdicha me resulta imposible, porque tú siempre has sido y serás la niña de mis ojos, mi pedacito de corazón. Soy feliz cuando tú lo eres y sumamente desgraciado cuando te veo triste.

»No quiero que jamás pierdas la sonrisa ni que ninguna penuria apague el brillo de tu mirada. Tus lágrimas escuecen como la sal sobre una herida, porque se me parte el alma cada vez que intuyo que no estás bien y que algo puede enturbiar tu bienestar. En definitiva, te quiero por encima de todo y eso nada ni nadie lo va a cambiar.

Mi pequeña se lanzó a mis brazos y nos fundimos en un abrazo que recordaría siempre.

—Te quiero, papá. Yo también te cuidaré y te apoyaré hoy, mañana y siempre.

—¿Eso incluye los cambios de pañal cuando no me aguante mis propias heces? —bromeé.

—Puaj, qué asco, papá. Para eso te pondré una enfermera, no pienso verte el culo jamás y menos limpiártelo.

—Pues yo bien que lo hice contigo.

—¡Pero era un bebé! Además, que no me refería a eso, sino más bien a que la lías parda como hoy, o la fastidies con Esmeralda algunas veces.

Me separé de ella fingiendo enfado.

—¿Y eso a qué viene?

—Cosas de chicas —aclaró agitando la melena—. Deberías saber que hay conversaciones que no podrás saber nunca, como dirías tú: «secreto profesional». —Elevó la naricilla con esa cara de marisabidilla que tanto me gustaba.

—Muy bien, señora letrada, entonces solo me quedará la tortura para que confiese.

Candela abrió mucho los ojos.

—Ni se te ocurra.

Asentí con vehemencia.

—Oh, sí. Nadie va a librarte de ella. ¡Batalla de cosquillas! —grité. En cuanto sintió mis dedos en los costados, salió corriendo como una gacela conmigo detrás y riendo como una loca. Había cosas que no quería que cambiaran nunca y una de ellas era olvidarme de ser niño para

jugar con mi hija.



Finalmente, Jordan no vino a cenar. Se excusó diciendo que tenía un compromiso ineludible con los del fútbol y que ya pasaría la semana que viene a verme.

Estaba convencida de que lo que le ocurría era que no quería cruzarse con Candela o Andrés. Quizás fuera mejor así, que todo se enfriara para que cuando se viera con mi chico, la cosa estuviera calmada del todo y pudiera aceptar sus excusas.

Sin Jordan a la vista, Andrés decidió llevarnos a un mexicano que a Candela le entusiasmaba. Burritos, enchiladas, frijoles, margaritas y unos mariachis muy cachondos hicieron de la velada una auténtica delicia.

Regresamos a la casa cantando *Jalisco no te rajes* y nos costó una eternidad que Candela quisiera acostarse.

Cuando lo hizo, Andrés y yo nos fuimos al cuarto, donde charlamos un buen rato sobre cómo había ido el día y lo fantástica que era Candela. Realmente estábamos haciendo tiempo para que esta se durmiera y no nos escuchara hacer el cavernícola.

—¿Qué tal te fue con Michael? —le pregunté. No habíamos hablado del tema y sabía que el juicio le preocupaba. Pareció algo esquivo a la hora de responder.

—De aquella manera. Intenté repasar con él lo que tenía hasta el momento para ver si podía darle algún giro al caso, pero parece poco probable. A ver qué pruebas aporta el fiscal. Yo trataré de que le caiga la pena mínima, pero no las tengo todas conmigo. No sé, llámalo corazonada, pero sigo creyendo que Sylvia no me lo contó todo.

Tuve un retortijón que casi hace que me doble en dos. Apreté los dientes y aguanté respirando lentamente. Al parecer, los frijoles me estaban pasando factura. Si es que solo se me ocurre a mí comerme el ochenta por ciento del plato, pero es que estaban tan ricos...

Andrés siguió divagando sin decir nada en concreto, yo trataba de estar atenta, pero la barriga me lo impedía y era incapaz de levantarme por el dolor de los retortijones. Un sudor frío me humedecía la frente. Mi chico calló y noté su mano acariciando entre mis muslos buscando la entrada a la cueva, bajo el camión.

Su perfecto cuerpo se pegó al mío y murmuró en mi oreja:

—Señora Picapiedra, creo que con el rato que llevamos hablando, mi hija ya estará con Morfeo.

—Dudo que esté acostada con ese tipo estando su padre en la habitación de enfrente —ironicé

tratando de olvidar la molestia de mi abdomen—. Y más habiendo visto sus puños de acero de esta mañana.

—Olvide lo ocurrido esta mañana, eso es agua pasada —murmuró tontorrón—. Yo de lo que tengo ganas es de bajar a su cueva a probar el delicioso postre que hay oculto en ella.

Automáticamente, cerré los muslos apretando la mano que ya masajeara mi clítoris.

—No —me negué en redondo—. Ahora no. —Notaba la barriga a punto de estallar.

—Venga, preciosa, no te hagas de rogar. Me muero de ganas de saborearte.

—Te digo que no. Hazme caso, es lo mejor.

—Lo mejor en estos instantes es que estalles en mi boca. —Agitó las cejas y a mí me sacudió otro retortijón.

—De verdad que no es necesario, te garantizo que hoy no querrías mi estallido. Duérmete y mañana será otro día.

—¿Que me duerma? En el estado en el que estoy después de verte toda la noche con ese vestidito que te has puesto, es imposible. Necesito tenerte en mi boca. No se haga la estrecha, señora Picapiedra, tengo a mi mega Dino listo para el ataque.

—Pues sáquelo al jardín a correr un rato. En mi cueva, no entran animales. —Estaba tratando de persuadirlo sin reconocer lo que realmente me ocurría.

—Joder, déjame. —Frotó la erección contra mi pierna y, ni corto ni perezoso, lo vi internarse bajo la sábana para ocupar un claro lugar entre mis muslos. Fue como activar un resorte en cuanto los separó, lo que llevaba oprimiéndome la barriga salió disparado contra su rostro cual gas mortal. Los dedos que estaban intentando bajar mi braguita se detuvieron en seco y lo oí exclamar:

—¡Por Dios, qué peste! —En cuanto dijo esas palabras, yo agarré la sábana como si me fuera la vida en ello. Había sido uno de esos que no suenan, pero que fulminan al instante—. ¡Déjame salir de aquí que me ahogo!

Yo estaba entre horrorizada y vengativa. ¿No había insistido tanto frente a mi negativa? Pues que ahora apechugara con las consecuencias, así aprendería a hacerme caso. Agarré la sábana con firmeza dispuesta a que entendiera que si le decía que parara, era por algo.

—Siempre haces lo que te da la gana —lo regañé—. Esta mañana tampoco me escuchaste cuando te pedí que soltaras a Jordan. Ahora has desoído mi consejo, pues afronta las consecuencias. ¿No querías cueva? Pues acabas de topar con una fuga de gas en ella, deberías haber bajado al pilón con el equipo adecuado. Ahora cumple con lo prometido.

—Oh, vamos, ¿estás loca? No puedo ni acercarme. Por favor, ¡sácame de aquí, que no puedo respirar!

—Pues te fastidias. Jordan tampoco podía hacerlo en el agua, a ver si aprendes la lección.

—Esme, por todos los santos, voy a morir intoxicado. Déjame salir, el grado de toxicidad de esta cosa es de alerta roja. Peor que el accidente nuclear de Fukushima.

—Anda ya, si aquí fuera no huele. Venga, cumple y busca tu postre, recién salido del horno que lo tienes. —Pasado el primer mal trago de explotarle en la cara, ahora estaba la mar de divertida.

Puede que fuera una guarrada, pero a lo hecho, pecho. Cuando logró que me apiadara de él y recorriera la sábana tenía la cara roja y su bonita erección se había convertido en un gatillazo en toda regla.

Yo no podía dejar de reír, me recordaba a esos muñecos de los dibujos animados a los que les cambia de color la cara frente a un aroma desagradable. Si incluso yo estaba medio mareada ahora que había sacado la sábana.

—¡Joder, si tus fans supieran cómo te las gastas, dejarían de seguirte! ¡Eres peor que una mofeta! Esto sí que es sadomasoquismo extremo.

Lloraba de la risa, era incapaz de contenerme. Alguien golpeó a la puerta y yo no pude contestar, Candela apareció en el umbral mirándonos alucinada. Al segundo, se cubrió la nariz.

—Oh, por favor, ¿a qué huele?

—Será mejor que no preguntes, hija, y que te vayas a dormir. Creo que tenemos una emergencia nuclear y esto es un sálvese quien pueda.

Cerró la puerta *ipso facto* diciendo:

—¡Eres un guarro, papá, no sé cómo Esme se traga eso! Si lo hace, es que te quiere de verdad. ¡Madre mía qué peste!

Yo me sacudía de la risa y la cara de Andrés era un poema.

—Me las pagarás. Por tu culpa, ahora mi hija cree que soy un pedorro, cuando esa categoría te corresponde a ti.

Se levantó para abrir la ventana y que se aireara el cuarto. Yo estaba en pleno ataque de risa, pero eso no impidió que me cargara como a un saco de patatas, bajara las escaleras, saliera al jardín y accediera a la piscina, donde me lanzó sin dudar.

Ni tragando toda aquella cantidad de agua fui capaz de detener el ataque de risa. Él se lanzó de cabeza tras desnudarse y terminó arrinconándome contra una pared de la piscina.

—Si piensas que un gas metano lanzado a traición con la vil técnica de la sábana sobre la cabeza, va a detenerme, estás muy equivocada.

—¡Oh, por favor! —exclamé llorosa—. Si eso le baja la libido a cualquiera.

—Pero yo no soy cualquiera y las guerras de pedos estaban a la orden del día con mis hermanos. Tendrías que ver la cantidad de metano que liberábamos de pequeños. Seguro que si lo hubiéramos comercializado, habríamos sacado un buen pico o contribuido a la investigación de nuevas energías renovables. Estoy inmunizado.

—Pues no lo parecías hace un momento.

—Porque no esperaba esa traición por tu parte ni que te olieran tan mal. Fíjate que estaba convencido de que tus pedos olían a cereza.

—A rosas, no te fastidia. —Me gustaba su humor.

—No, no me fastidia, con ello he comprobado que no eres perfecta y que tendré cuidado cuando te vea apretar el culo. Pero, sobre todo, ahora sé una cosa que antes de que lanzaras la bomba ignoraba.

—¿Y es? —murmuré agarrándome a su cuello, pues parecía de lo más recuperado.

—Que me quieres. Aunque no estoy muy seguro de si muerto o vivo. Pero si has tenido la suficiente confianza como para hacerme eso, es que lo nuestro va en serio.

—¿Y has elucubrado toda esa teoría porque te he lanzado un pedo a la cara?

—Exacto, señora Mofeta —admitió con orgullo—. Ha sido una clara muestra de amor, me has rociado con tu hedor para que ninguna otra se aproxime a mí y ahora voy a demostrarte que no tengo la intención de que así sea. Que siempre seré tuyo, por muy mal que te huelan las chufas.

—¡Viva el romanticismo! —proclamé riendo de nuevo, y fue la última carcajada que pude soltar porque después se convirtieron en gemidos.



Candela me pidió estar hasta el último minuto del domingo con Esme y llamó a Lola para que pasara a recogerla por casa de Luka en vez de por mi piso.

Las dos estaban en el salón terminando de darse la segunda capa de esmalte de uñas cuando el timbre sonó.

No pensé que mi ex fuera capaz de llamar al timbre y entrar, pero cuando su curvilínea silueta hizo acto de presencia tras Adán, me quedó claro que sí lo era.

Miró a Esme y a Candela con desaprobación, y terminó impactando contra mi mirada interrogante.

—La señora Lola —anunció Adán. Esme y Candela levantaron la mirada a la vez. Mi chica dio la última pasada al pincel y se levantó para saludarla.

—Hola, bienvenida, soy Esmeralda.

—Sé perfectamente quién eres, así que ahórratelo. Y también sé lo que pretendes. —Ni un hola ni un buenas tardes ni nada. Esmeralda paró en seco su avance y su sonrisa amable demudó a unos labios apretados.

—¿Perdón? —le preguntó sin comprender.

Yo solté un «Lola» en tono de advertencia para que le quedara claro que debía comportarse. Pero ella me ignoró, como siempre.

—Reconozco que al principio me hizo gracia que Andrés te defendiera. Te admiraba, te seguía, era una de tus principales *followers*. Incluso le insistí a Candela en que se fijara en ti como referente.

—Me consta —admitió Esme.

—Pues jamás debí hacerlo. Una mujer capaz de matar a su propio padre e interferir en un matrimonio no es un ejemplo a seguir.

—Pero ¿qué dices? —escupí—. ¿Es que te has bebido el entendimiento? Tú y yo no tenemos nada desde hace años, ni siquiera estamos casados.

Ella me miró con rabia.

—¡Porque te largaste de casa abandonándome con una niña pequeña para perseguir tu sueño! Querías ser abogado y decías que nosotras éramos un obstáculo, un estorbo. —Se le formaron dos lágrimas gigantescas que descendieron por sus mejillas cual actriz de Hollywood—. Nosotras nunca te dejamos de querer, Andrés, y teníamos la esperanza de que cuando obtuvieras el preciado título, regresarías, te darías cuenta de que somos tu familia y arreglaríamos las cosas. Llevo esperándote todo este tiempo y Candela también, porque eres el amor de mi vida y el padre de mi hija. Siempre fue así. Y ahora se te cruza una ricachona asesina y te olvidas de tu promesa frente a Dios.

—¿Esto es en serio? ¿O es algún tipo de inocentada? No puedo creer que estés soltando todas esas barbaridades frente a Esmeralda y Candela. Ninguna de las dos merecen esto.

—¡Claro! —chilló—. Porque también estáis intentando comprar a mi hija. Por si no fuera poco que folléis como cerdos bajo el mismo techo que ella, también tengo que aguantar que queráis comprarla con regalos y opulencia.

—Eso no es así —intervino Esmeralda—. Aquí nadie ha pretendido comprar a nadie.

—Ah, ¿no? —Lola caminó hasta ella—. Pues dime que lo que mi hija lleva puesto no es un vestido de la última colección de Gucci ni que las fotos que me mandó ayer de todo lo que le

habías regalado son mentira.

—Mamá... —suplicó Candela temblándole el labio.

—Ahora mismo le devolverás toda esa ropa a la puta de tu padre.

—¡Eso no te lo consiento! —le grité desafiante.

—¡Ni yo tampoco! —Esmeralda elevó el tono de voz y la miró desafiante.

—Eso es lo que eres, su zorra, te guste o no. Te lo tiras sin estar casados y, ante los ojos de Dios, él sigue siendo mi marido y lo será para siempre.

—¡Estamos divorciados! —vociferé—. Y la primera que se acostó conmigo sin un anillo fuiste tú —contraataqué.

—Porque era joven y estaba enamorada. Creía que lo nuestro sería para siempre. No puedes compararme con esta y, si lo haces, es porque me estás llamando puta. ¿Eso es lo que piensas de la madre de tu hija? ¿Que es una cualquiera? Escúchalo bien, Candela, este es el tipo de padre que tienes: un animal de la peor calaña que se atreve a decir eso de mí, que te he cuidado y criado sin decir nada malo de él nunca cuando podría haberlo hecho perfectamente. —La cara de mi hija era un poema. Los ojos le brillaban, estaba al borde de las lágrimas y yo tenía que morderme la lengua para no hacerle más daño del que merecía. Me pasé las manos por el pelo tratando de serenarme.

—No estoy insultándote, solo digo que, si lo haces con Esme, te apliques el cuento porque quien esté libre de pecado que lance la primera piedra.

Una carcajada tétrica salió de su garganta.

—¿Tan pocos recursos tienes que tiras de refranes? No me hagas reír, Andrés. El que no tuvo huevos de quedarse junto a su niña pequeña y su mujer fuiste tú. Mi padre te dio un techo, comida, trabajo y la oportunidad de seguir estudiando. Solo te pedíamos que cumplieras como trabajador, padre y marido. ¿Eso es tanto? ¡Pues al parecer para ti sí! Porque no te conformaste. Tú querías más, mucho más y hasta que no has logrado dar un braguetazo, no has parado. ¿Qué será lo próximo? ¿Tratar de apartar de mi lado a nuestra hija? ¿A esa que no has criado?

Era imposible razonar con ella.

—No creo que sea momento ni lugar. Si crees que tenemos que hablar de estos temas, lo haremos en privado.

—¿Por qué? Candela ya es mayor, es justo que sepa la clase de padre que tiene.

—¿La clase de padre que tiene?! —detonó Esme como un huracán—. Sé que esta no es mi guerra, que hace bien poco que los conozco a ambos. Pero he visto más amor entre este padre y esta hija que el que yo misma tuve en toda mi vida. Todo lo que estás diciendo está fuera de lugar y que me disculpe Candela, pero me parece muy bajo y rastrero que intentes ponerla en contra de

Andrés. Quiero pensar que este ataque gratuito no se trata más que de celos por despecho, que en condiciones normales no te comportarías así, y por eso disculpo todos los insultos que hoy has proferido en esta casa.

»Por respeto a ellos, es por el motivo por el cual no te he echado, que es lo que mereces. Porque a mí jamás se me ocurriría entrar a casa de nadie a insultarlo delante de mi propia hija. Así que te pido un poco de cordura, que pienses bien las cosas antes de soltarlas porque a quien estás haciendo daño es a la sangre de tu sangre. Yo no he pretendido comprarla en momento alguno, no pensé que hiciera mal al tener un detalle con ella.

—¿Llamas un detalle a miles de euros? —rebufó.

—Tal vez tú le des importancia a lo material, pero yo no. He estado rodeada de dinero muchos años y de cariño otros tantos, y te juro que cambiaría cada euro que poseo por un rato más con mi madre y mis abuelos.

Lola puso los ojos en blanco.

—Eso queda muy bien de cara a la galería, pero tú no me engañas ni a mí ni a nadie, que bien que te lucraste de la fortuna de tu padre y ahora has heredado todo su imperio para vivir de la sopa boba con mi ex. Eres tan materialista como cualquier persona rica que se llena la boca diciendo que el dinero no da la felicidad, pero lo primero que haces es darle a mi hija todos los caprichos de este mundo. ¡Pues no te lo voy a consentir! ¿Me oyes? Candela, devuelve todo lo que te ha dado y vístete con la ropa que trajiste.

—¡Pero mamá! —se quejó mi hija llorosa.

—¡Te he dicho que lo hagas! —gritó fuera de sí.

—Cariño, hazle caso. —No quería que la situación fuera a más. Ella cogió su mochila y, de malas maneras, fue a cambiarse—. Esto no va a quedar así, ¿me oyes? —le dije una vez mi hija no estuvo presente—. Durante años me he mantenido al margen, cumpliendo todas tus exigencias para que la cuidaras y no haceros más daño del estrictamente necesario, pero ahora me doy cuenta de que ha sido un error. Candela ya tiene edad para decidir con quién quiere ir, y si su voluntad es venirse a vivir conmigo, te garantizo que lo hará.

—¿Eso es lo que quieres y pretendes? ¿Ahora que ya está criada jugar a las casitas y a la familia feliz con mi niña? Pues no pienso ponerte las cosas así de fáciles si esa es tu intención, no pienso permitirte que me separes de lo que más quiero en esta vida.

Estallé sin darme cuenta de que Candela podría estar escuchando los gritos.

—A ti lo único que te ha importado siempre eres tú misma, jamás te importaron mis necesidades. Te dio igual que tu padre me esclavizara de sol a sol mientras tú tuvieras la vida que pretendías. La niña fue una excusa para cazarme. En ese momento no lo vi, pero ahora ya no tengo diecisiete años ni una venda en los ojos que me oculte la realidad. Pensabas que me mataría a trabajar y estudiar para después tú gozar de tus ínfulas de grandeza, pero por suerte, me di cuenta de lo que pretendías. Abrí los ojos y, con todo el dolor de mi corazón, dejé a mi hija contigo

porque pensé que tenías una vida mucho más fácil de la que a mí me esperaba y que con el dinero que te pasaba, y sin pegar sello, te podrías dedicar a ella en exclusiva para darle la mejor de las infancias. Pero también me equivoqué, ¡porque todo contigo ha sido un maldito error!

Candela entró llorando a mares.

—¡Lo oyes, hija! ¡Lo has oído! ¡Cree que fuiste un error!

—No saques las cosas de contexto, sabes que en ningún caso me refería a ella. No tergiverses mis palabras, Candela ha sido lo único que hicimos bien juntos.

—Ahora dices eso porque está delante, porque te conviene y porque seguramente a tu querida le hará gracia tener una niña guapa que siga sus pasos para ampliar su imperio. Pues que sepas —dijo con inquina dirigiéndose a Esme— que es menor y has subido imágenes tuyas sin mi consentimiento a las redes sociales, te voy a meter un paquete que te vas a enterar. Pienso hundirte en la miseria. Me da igual que Andrés sea abogado porque me buscaré a uno mejor. A ver qué juez me quita la custodia a sabiendas de que eres una asesina y una mala influencia para mi hija.

—¡Estás loca! —admitió Esme incrédula—. Si tú me denuncias, yo haré lo propio por injurias y calumnias porque no he matado a nadie y, si estuvieras al tanto, sabrías que una mujer ha confesado el crimen perpetrado contra mi padre.

—Seguro que has buscado a una cabeza de turco y la has untado para que vaya a la cárcel por ti.

—¡Oh, por favor! Contigo no se puede hablar ni razonar. Haz el favor de salir de mi casa, que hace rato que ya te deberías haber ido. Aquí no eres bien recibida. Candela puede venir siempre que quiera, pero tú estás vetada.

—No me quedaría un instante más en esta casa ni aunque me pagaran. —Se dio la vuelta y agarró a mi hija del brazo—. Vámonos, ya has visto suficiente. —Las dos se alejaron con todo el dolor de mi corazón al ver la desazón causada en mi hija.

—¡Es una puta loca! —espetó Esme en cuanto se cerró la puerta de la entrada—. ¿Cómo pudiste aguantar tantos años con alguien así? No me extraña que estuvieras reticente a empezar algo conmigo. Esa mujer es de lo peor que me he cruzado nunca.

Fui hasta ella y nos fundimos en un abrazo de consuelo mutuo.

—Tal vez sea culpa mía. No debí subir ninguna imagen mía en Instagram tan obvia e igual es cierto que tampoco debimos usar la imagen de Candela. —La sentí resoplar contra mi cuerpo—. Si hubiera hablado con ella de lo nuestro antes de anunciarlo a medio mundo, quizás...

—Quizás hubiera reaccionado del mismo modo. Despierta, Andrés, esa mujer no ha pasado página. Puede que el tiempo haya pasado para ti, pero para ella no. Le perteneces y no va a ponernos las cosas fáciles. Siento verdadera lástima por tu hija, ella no tiene la culpa de la arpía de madre que le ha tocado y es la que se ha llevado la peor parte.

—Lo sé, y eso es justo lo que siempre quise evitar.

—No te preocupes, lo solucionaremos —murmuró besándome con cariño—. Candela merece algo mejor de lo que ella podrá ofrecerle nunca y no me refiero al dinero, sino a las toneladas de cariño que vamos a darle. Quiero que luches por su custodia, Andrés, y que viva la vida que merece con nosotros. Yo te apoyaré en todo, porque en lo único que voy a darle la razón a tu exmujer es que os quiero conmigo. Deseo como nada más en este mundo que os convirtáis en mi familia y haceros igual de felices que me hacéis a mí. Te robaré tus propias palabras diciendo que tal vez es algo pronto, que obviamente estoy asustada, pero que, sin lugar a duda, os amo a ambos con el alma y que os necesito en mi vida. Te quiero, Mr. Star. Hoy más que nunca, pero menos que el resto de nuestros días.

—Yo también te quiero —susurré a aquel beso cargado de promesas de futuro donde ambos acariciamos nuestras almas.

Capítulo 23



—¿Por lo menos puedo saber dónde vas? —me preguntó Jon con cara de pocos amigos al verme cargar con la mochila que tenía guardada en el desván.

—Es mejor que no lo sepas.

Apretó el gesto.

—¿Piensas que con esa respuesta voy a conformarme? Por todos los santos, Jen, ¿qué pasa conmigo, con nuestros hijos, con tu hermano, Joana o Mateo? ¿Piensas que puedes largarte sin más porque le debes algo a tu exjefe?

Cerré los ojos un instante tratando de serenarme. En parte, Jon tenía razón. Lo habíamos discutido varias veces desde que Petrov me llamó, era una misión arriesgada, pero debía cumplir. Petrov me había pasado absolutamente todo el operativo, planos, lugares donde me recogería, iría o me vendría a buscar. Incluso me mandó la réplica de la pieza que debía intercambiar y alguna cosita más, cortesía de la casa, para que me protegiera, y no me refería a armas. Pero dar un cambio en el interior de un avión donde si algo sale mal no puedes escapar, implicaba una precisión extrema.

—Le debo la vida de mi hermana —así era como sentía a Joana—, la de mi sobrino y la felicidad de Michael de todo este tiempo. Soy una mujer de palabra, Jon. Y lo tengo todo controlado. Es un simple intercambio, no tiene por qué salir mal.

—Y si es un simple intercambio, ¿por qué debes ir tú? —me increpó.

—Porque sabe que soy la mejor, que nunca le he fallado y que tengo demasiado que perder si las cosas se complican. Además, tiene mi palabra y eso es lo único que siempre he dado sin fallar a nadie. No puedo empezar a hacerlo ahora. —Me acerqué a mi marido, mimosa, no quería marcharme enfadada con él. Necesitaba la estabilidad emocional de saber que estábamos bien para afrontar la misión—. ¡Eh, atún, mírame! —Lo agarré de la nuca y él levantó sus penetrantes ojos negros buscando el azul de los míos—. Te quiero. Koemi, Ich y tú sois mi vida, no voy a hacer nada que ponga en riesgo eso. En un par de días regresaré y nuestra cómoda existencia

volverá a ser la de siempre, no sufras.

—¿Cómo no voy a hacerlo si mis hijos y tú sois mi universo?

Las fuertes manos de mi marido me atrajeron hacia él y sus labios se enroscaron en los míos. Fue una despedida agridulce. Aunque intentara disimularlo tras una máscara de frialdad, la procesión iba por dentro.

—Jon, escúchame bien. Sé que las cosas irán rodadas, pero si algo me ocurriera... —Se tensó—. En la caja fuerte está toda la documentación que Michael necesitaría para encontrarme. Os llamaré en cuanto pueda. Dame de plazo hasta pasado mañana a las cuatro, hora de España. Si entonces no sabéis nada de mí, tenéis permiso para abrir la caja y que él haga lo que deba. ¿Entendido?

—¡Oh, joder! ¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Por qué no dejo a los niños con Joana y él y yo te seguimos desde la sombra? Nadie se enterará. Tu hermano ha sido agente secreto, sabrá como camuflarnos.

—Porque eso sería demasiado peligroso para mí. —Lo cierto era que no los quería cerca. Si me descubrían, ambos saldrían en mi defensa y acabarían con los tres—. Necesito que crean que soy la nueva azafata. Si vieran algo extraño, me descubriríais y eso sí que sería mortal. Por favor, hazme caso, sé lo que me hago y necesito que confíes en mí ahora más que nunca.

—¡No es que no confíe en ti! En quien no lo hago es en esos tipos a los que tienes que robarles lo que sea... ¡Es de locos! —La voz de Jon era desesperada. Lo comprendía perfectamente, yo misma me sentía así. Había llegado el momento de partir.

—Cariño, te amo y te juro que este es el último disgusto que te doy. En cuanto regrese, haré lo que me pidas.

Alzó una ceja incrédulo.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Una semana? Sabes que obedecer no se te da bien, no es una de tus virtudes precisamente.

—Y por eso te pongo tan cachondo. —Acaricié su atlético torso y masajeeé la bragueta, que no tardó en convertirse en una incipiente erección. Una distracción, eso era lo que necesitaba para templarnos los nervios.

—¿Tenemos tiempo de uno rápido de despedida?

Le sonreí mordiéndole el labio con suavidad.

—Para eso siempre hay tiempo —acepté sin pudor. Si me iba de este mundo, por lo menos lo haría habiendo estado por última vez con el amor de mi vida.



—Buenos días, Storm. ¿Todo listo para la misión? —En cuanto Jen me dijera que tenía la pieza y estaba en tierra, tomaría el vuelo de regreso a Barcelona. Pretendía llegar antes del fin de semana para dar la fiesta oficial de presentación y esperaba que Jordan hubiera mejorado con los avances.

—Buenos días, Petrov. Sí, todo listo. Acabo de aterrizar y en aproximadamente dos horas está previsto el vuelo. Lo tengo controlado y ya me he puesto el uniforme, que no es de lo más cómodo precisamente.

—Lamento oír eso, pero entiende que eres una azafata de un vuelo privado, así que la ropa es la que es. Por lo menos, espero que hayas podido descansar y que tus habilidades no estén algo oxidadas por la falta de uso.

Su risa llegó a través del auricular.

—Te garantizo que el óxido no es problema. Estoy en plena forma física, no he dejado de entrenar y llevo los últimos días repasándolo todo metódicamente. Además, con todo lo que me enviaste, espero poder completar la misión con éxito.

—¿Te quedó claro para qué es cada cosa y cómo utilizarlo? —Además de la pieza de arte, idéntica a la original, adjunté algunos regalitos por si las cosas se torcían. No me interesaba que el cambiazco saliera mal, al contrario, quería a Jen viva para todo lo que les haría después a ella y a su familia.

—Lo tengo todo clarísimo, no te preocupes. Estoy a punto para la función.

—Está bien, entonces te dejo. Ten cuidado, *krasivyy*, toda precaución es poca.

—La tendré, gracias por preocuparte.

—Sabes que siempre será así, aunque ya no seas mi facilitadora. Llámame cuando mis hombres deban ir a por ti y todo esté en orden.

—Lo haré, descuida.

Colgué sonriente. Verónica caminaba hacia mí llevando solo el collar de sumisa y los tacones rojos que le había regalado.

—Pareces contento —admitió poniéndose de rodillas a mis pies como le enseñé que me gustaba.

—Porque lo estoy. Todo sale como deseo y eso siempre es motivo de felicidad y celebración.

Ella sonrió.

—Te agradezco mucho que me trajeras, lo estoy disfrutando mucho.

Acaricié la piel de su rostro, era tan suave e inmaculada. Pensé que ambos podíamos disfrutar de aquel viaje. En la vida, no todo eran negocios y estaba resultando un hermoso descubrimiento. Puse el pulgar sobre los mullidos labios y automáticamente los separó para succionarlo como si fuera mi polla, la cual reaccionó con rotundidad al avance de su lengua. Sabía cómo ponerme cachondo.

—Ya lo veo, pareces sentirte muy cómoda y eso me agrada. Esta noche tengo invitados a cenar, ¿te apetecería ser nuestro postre?

Ella levantó la mirada cargada de lujuria.

—Sabes que haré cualquier cosa que me pidas. Quiero descubrirlo todo a tu lado, que franquees todos mis límites.

—Buena respuesta. Verás cómo lo pasamos muy bien, haremos grandes cosas juntos, Verónica. Obedece y serás premiada, no lo hagas y recibirás mis castigos.

—Tus castigos también me gustan, ya lo sabes —admitió lanzando un jadeo cuando le pellizqué un pezón con rudeza.

—Todavía no te he castigado, así que no sabes de lo que hablas. Y no quieras saberlo.

Se lamió los labios, expectante.

—Ahora date la vuelta y ofrécame tu bonito culo, quiero follarte un rato.

—Sí, amo.

Hablar con Jen me había puesto muy duro, así que usaría a Verónica pensando en ella. Caminé a cuatro patas un par de metros, se dio la vuelta y aplastó el cuerpo contra el suelo, elevando el trasero y separándolo con las manos. Desde mi sillón, veía su sexo brillante y deseoso, y el rosado agujero fruncido, justo como me gustaba. No era muy ducha en el sexo anal y esa inexperiencia lo hacía más delicioso si cabía. Me iba a limitar a mi placer, me gustaba saber que mi nueva sumisa me tenía ganas, pero ahora no le ofrecería alivio, la quería muy excitada para la noche.

Me desembaracé de los pantalones y los calzoncillos, recorrí la distancia que nos separaba y me limité a escupir entre sus cachetes para insertarme de un golpe certero. Verónica gritó de dolor al sentirse profundamente abierta. Estuve bombeando en su culo hasta correrme y vaciarme por completo. Después, cogí un *plug* que tenía en la mesilla más cercana y se lo introduje para sellarlo.

—No podrás quitártelo hasta la noche cuando yo te lo ordene, quiero que seas un delicioso postre relleno de leche.

Tembló cuando le metí los dedos en la vagina y se los ofrecí para que los lamiera. Lo hizo desesperada.

—Sí, amo.

—Ahora date la vuelta, ven al sillón y límpiame con tu boca, después podrás irte.

—¿No voy a poder correrme? —preguntó con desesperación.

—Hasta la noche, no; aunque si te portas bien, te regalaremos muchísimos orgasmos. Te lo prometo.

Regresé al asiento y ella cumplió la orden. Cuando me tuvo listo, hizo una inclinación y se retiró a su cuarto, no sin servirme antes una copa de vodka. Definitivamente, la vida me sonreía.



El juicio había ido peor de lo que esperaba. La autopsia reveló que había habido ensañamiento en el apuñalamiento y que no había tanto alcohol en sangre como para que don Pedro tuviera síntomas de embriaguez extrema. Así que Sylvia mentía, la trayectoria así lo indicaba, además de que no fue un solo pinchazo como me dijo, sino cuatro. Eso sí, con una puntería bastante certera.

Le cayeron veinte años, no quedaba nada de los doce que yo había pensado, pero claro, ya no se trataba de defensa propia, sino de homicidio.

Su rostro inalterable me hizo pensar que me hallaba frente a una verdadera psicópata, eso era lo que no me había cuadrado desde el principio. Mi defendida era una auténtica asesina, quien gozaba de la frialdad suficiente para clavar a un tipo cuatro veces un abrecartas en el corazón. Lo que no me quedaba claro entonces era el motivo que la había llevado a confesar. ¿Realmente pensaba que la policía se iba a tragar lo de la defensa propia? ¿Por qué lo habría hecho?

Salí del juzgado hecho una mierda y un mar de dudas. Fuera había un montón de periodistas esperando mis declaraciones como sanguijuelas y no estaba precisamente de humor.

Fue salir por la puerta y todos se abalanzaron en busca de carroña.

—Señor Estrella, por favor.

—Mr. Star, aquí.

Estaba un tanto aturdido ante la maraña de rostros.

—¿Sabía que su defendida había querido matar a don Pedro?

—¿Qué se siente al defender a la asesina del padre de su novia?

—¿Cree que este juicio le afectará en su carrera y en su relación?

Los *flashes* se disparaban frente a mi cara, los micros se agolpaban como flores en un funeral. Don Pedro siempre huía de los casos que creía perdidos porque no daban buena reputación y si querías hacerte un nombre, no era lo mejor. Miré con temple a las cámaras antes de responder.

—Mi trabajo es ofrecer una defensa justa a mis clientes, sean culpables o no, eso siempre lo determinará el juez y yo permaneceré del lado de la justicia, aunque eso pueda suponer perder el juicio, como ha sido el caso. No se trata de sentimientos, sino de trabajo. Imagino que a ustedes también les ocurrirá con noticias que deban cubrir y no sean particularmente de su agrado, pero no por ello dejan de ser profesionales. Para responder a la señorita del fondo, les diré que me gustaría que dejaran mi vida privada al margen de mi profesión.

»Yo no soy una persona mediática ni pretendo serlo, al igual que no voy a vender mi intimidad ante las cámaras. Les pido respeto y les anuncio que no voy a responder a ninguna pregunta que haga referencia a mi intimidad. Gracias. No voy a hacer más declaraciones. —Las cámaras siguieron disparando y el bombardeo de preguntas no cesó, como una colmena de abejas excitadas por el aroma a miel.

Entré en mi coche, solté el maletín en el asiento del copiloto y me aflojé el nudo de la corbata, que me estaba ahogando. No iba a ser un día fácil, sobre todo, porque continuaba teniendo pendiente la conversación con Esme respecto a su padre y porque Lola me había llamado bajo amenaza para hablar de Candela por la tarde.

Había días para recordar y otros, como hoy, que deseaba que terminaran desterrados en el olvido. Intuía que la conversación que íbamos a mantener no sería de lo más cordial del mundo.

Fui a casa de Luka para ver a mi chica. Adán me abrió la puerta, como siempre, y me dijo que estaba en el jardín. Era uno de sus lugares predilectos ahora que hacía buen tiempo. Era pensar en su sonrisa y la piel canela besada por el sol, y todo parecía mucho más ligero.

La encontré tumbada en una hamaca tomando el sol con Marilia, con quien parecía haber hecho muy buenas migas. Estaba de perfil a mí riendo por algo que le estaba contando la rubia.

En cuanto los ojos verdes me miraron reconociéndome al instante, le dijo algo a la canguro, que de inmediato se dio la vuelta en la hamaca. Cuando estuve más cerca, entendí el porqué: ambas estaban haciendo *topless*. Esme tenía los brazos tras la nuca y me sonrió poniéndose una mano sobre los ojos para que el sol no la deslumbrara.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido el juicio?

No quise que me acompañara, aunque me costó, pues insistió lo suyo. Ni el fiscal ni yo la citamos como testigo, así que no tenía por qué pasar el mal trago. Solo quería mantenerla al margen y, en vistas de cómo había ido el juicio, me pareció lo mejor. Marilia estaba muy acurrucada contra la hamaca, seguramente estaba incómoda porque hubiera irrumpido en un momento tan íntimo.

—Disculpad, no sabía que estabais... disfrutando de una mañana de chicas.

Las dos se sonrieron.

—No pasa nada. Es que los pechos a lo huevo frito pasaron de moda hace años y como aquí solo está Adán, que no les da importancia a estas cosas, pues preferimos broncearnos así —aclaró coqueta.

—Ya lo veo. Si no te importa, prefiero ir a la habitación, cambiarme y te explico cómo ha ido todo cuando me haya quitado alguna prenda. Hace mucho bochorno y el traje no es lo más adecuado —murmuré para darles tiempo a decidir qué hacían. No es que me incomodara en exceso verlas, pero se me hacía algo raro estar charlando con la canguro en tetas.

—Sí, mejor. Pídele a Adán que nos saque una jarra de limonada. Quedó en prepararnos una, las hace de vicio. ¿Verdad, Marilia?

La rubia emitió una risita.

—Verdad.

—Pues eso está hecho, ahora vuelvo. —Le di un pico a mi chica y fui al interior de la casa en busca del muchacho, que andaba atareado en la cocina.

Después de cumplir con la orden y pedirle a Adán el refresco, subí a cambiarme. Tenía algo de ropa que me había traído por si quería estar más cómodo o pasar la noche.

Mientras me cambiaba, le di mil vueltas a cómo iba a enfocarle lo ocurrido y más tarde desvelarle lo descubierto sobre Petrov. Caminé por el pasillo para regresar al jardín pasando por delante de la habitación de Lucas, que estaba abierta de par en par. Marilia estaba sentada en la cama con el pequeño en brazos dándole de mamar. Seguía sin ropa de cintura para arriba, con el generoso pecho al aire. Esta vez no se cubrió y me miró sonriente. Traté de apartar la mirada disimuladamente.

—Andrés —me llamó interceptando mi descenso.

Me detuve algo incómodo, había tratado de evitar eso justamente abajo y ahora, a solas, era mucho peor.

—¿Sí? —inquirí, tratando que los ojos no se me desviarán.

—¿Puedes acercarme el sacaleches? Lucas no parece tener demasiada hambre y a mí me duele un horror el pecho. Está justo ahí, sobre la mesilla.

—Cómo no. —A Lola también le había ocurrido alguna vez, pero una cosa era la madre de mi hija y otra muy distinta, la canguro de Lucas. Entré profundamente cohibido por la situación, no quería que Esme apareciera y pudiera malinterpretar la escena. Tomé el aparato con rapidez y se lo tendí deseando abandonar la estancia.

—Oh, gracias. Me duele horrores, ¿sabes? No puedo más con el derecho. ¿Te importaría

ayudarme? Solo debes encajarlo en el pezón y bombear, es manual.

—Ehm, disculpa, pero no creo que esto sea correcto o apropiado. Mejor terminas de darle de mamar al crío y lo haces tú misma. —No quería ser descortés, pero todo tenía un límite.

—Por favor, Andrés, te lo ruego. No te lo pediría si el dolor no me estuviera matando. Lucas ya ha estado mamando en él y no quería más, lo he cambiado y parece que a este sí que se ha agarrado. No puedo dejar que pare o apartarlo, será solo un momento.

—Será mejor que llame a Esme para esto, es algo demasiado personal y yo...

—Pero si es un minuto. No hay nada de malo en un pecho lactante, seguro que ella te reñirá si no me ayudas. El otro día pasó lo mismo y me echó una mano. Somos adultos, no pasa nada, en serio. Tú tienes una hija, estoy convencida de que sabes cómo va esto.

—No se trata de que no sepa, puede que para ti sea una tontería, pero para mí...

—¡Ahhhhh! —Marilia emitió un gemido de dolor—. Te lo ruego, no aguanto. No quiero terminar con una mastitis, por favor. —Me maldije mentalmente y me dije que solo iba a echar una mano a alguien en apuros. Coloqué el aparato como me indicó y accioné la perilla una y otra vez vaciándola. Ella hacía ruiditos como si le diera mucho placer y alivio a la vez. Yo trataba de mirar hacia otro lado y no pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Cuando ya no salía más, me indicó que ya era suficiente—. Muchas gracias, Andrés, te debo una. Pídeme lo que quieras y será tuyo —musitó con voz ronca.

—Gracias. Si se me ocurre algo, ya te lo diré. Si me disculpas. —Salí con presteza y cuando llegué al jardín, Adán le tendía un vaso de limonada a Esmeralda. Yo cogí el mío directamente de la bandeja y lo bebí del tirón. Ella sonrió bebiendo del suyo más calmada.

—Andrés, ¿estás bien? Pareces consternado.

—Es que no te imaginas lo que me acaba de suceder. —Prefería relatarle lo ocurrido antes de que diera pie a un equívoco. Cuando terminé de contarle el episodio con la canguro, ella soltó una carcajada.

—¿Y por eso estás tan alterado? La lactancia materna es un hecho natural. No es la primera vez que le ocurre eso a la pobre Marilia, no te ha mentado. Lucas es algo vago, y yo misma hice lo mismo que tú la semana pasada.

—¡Pero tú eres una mujer! ¿Ves lógico que me haya pedido eso a mí?

Ella se encogió.

—Le pillabas a mano, no lo veo tan escandaloso. ¿Acaso te insinuó que era tu turno y te acercó el sacaleches a las pelotas? —cuestionó divertida.

—¡No! —protesté molesto—. Solo me dijo que me debía una.

—Pues ahí lo tienes, no le des más importancia de la que tiene. Has ayudado a una mujer en apuros y ya está. Fin de la historia. Ahora cuéntame, ¿cómo ha ido el juicio? —Qué distintos éramos. Si hubiera sido a la inversa, yo estaría subiéndome por las paredes. Aunque a la inversa sería un poco raro, ¿qué tío tenía leche en los pectorales? Era mejor que me centrara y dejara de divagar, el calor me estaba afectando.

—¿No estás celosa? —pregunté para asegurarme.

Ella parpadeó intensamente.

—¿Debería estarlo?

—¡No! Te juro que no le miré los pechos más de lo estrictamente necesario.

Ella se echó a reír.

—Ay, cariño, de verdad que a veces pareces de otro mundo. Deja ya de meter leña a un fuego que no tiene ni ascuas. —Puede que tuviera razón y viera fantasmas donde no los había—. Y ahora ¿me explicas qué ha pasado con Sylvia? —Le relaté lo ocurrido en el juzgado y ella no salía del asombro—. ¿Entonces?

—Entonces lo mató indiscriminadamente. Vete a saber si lo quería chantajear y tu padre no aceptó o yo que sé, pero ha quedado sobradamente probado que hubo ensañamiento en el apuñalamiento y que don Pedro no estaba tan bebido como ella decía.

—Si es así, ¿por qué se entregó y confesó?

—Esa es la pregunta del año, yo también me la he hecho varias veces y solo he llegado a dos planteamientos. Por ignorancia, pues no todo el mundo sabe lo que las autopsias son capaces de revelar y pensaba que la iban a indultar o algo así. O tal vez porque tenga algún tipo de enfermedad mental que la hace vivir en dos realidades paralelas, algún tipo de bipolaridad. De haberlo sabido, habría llamado a un psiquiatra, pero ahora ya está hecho. Le han caído veinte años, yo he perdido el juicio y parte de mi credibilidad.

Esme se levantó y me abrazó tratando de consolarme.

—Ay, cariño, no creí que las cosas salieran tan mal.

—Yo tampoco.

—Tendrás que llamar a mi padre y contarle lo sucedido. Se va a sorprender tanto como nosotros —suspiró.

—Hablando de tu padre... —Era ahora o nunca—. Creo que deberías distanciarte un poco y conocerlo algo mejor. Verdaderamente no lo conoces y es algo oscuro. ¿Tú sabías que hace encargos para obtener obras de arte de manera ilegal?

Ella se apartó y frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Llevo varios días debatiéndome en si decírtelo o no, pero como no quiero que haya una sola mentira entre nosotros, debo contarte lo que he descubierto. Odiaría hacerte daño, que conste, pero creo que es necesario que lo sepas por tu propio bien. ¿Recuerdas que quedé con Michael para lo del juicio?

—Sí.

Los dos nos sentamos en la hamaca, prefería explicárselo con ella sentada. Tomó el vaso y le dio otro sorbo a la limonada.

—Pues resulta que reconoció el nombre de tu nuevo padre como el exjefe de su hermana. Jen es una importante exfalsificadora y ladrona de arte que, al parecer, trabajaba facilitando piezas de arte originales en el mercado negro tras sustituirlas por creaciones idénticas. Y tu padre era su jefe.

Ella resopló incrédula.

—¿Y eso lo sabes por un nombre? Es como si me dices que Cristina Pérez es lavandera de profesión. ¿Cuántas Cristinas Pérez serán lavanderas?

—Cariño. —Le tomé la mano, estaba visiblemente alterada—. ¿Cuántos Luka Petrov crees que hay en San Petersburgo que tengan una empresa llamada Technology y adoren el arte?

Ella se mordió los labios.

—¿En serio?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Lo siento, pero tu nuevo padre tiene una parte oculta que no nos ha contado. ¿Sabes que al final del pasillo hay una habitación? El otro día, cuando estabas con Jordan en la cocina y yo subía a hablar con Candela, estaba entreabierta y entré. Es algo así como el paraíso del sadomasoquismo. Había un proyector y no me digas por qué, pero le di al botón. Pensé que me saldría una peli porno, pero lo que vi iba más allá. En el vídeo vi a Jordan, y estaba siendo golpeado y sometido por tu padre.

Escuché un ruido seco a mis espaldas, Esme y yo miramos en la dirección del sonido. A unos pocos pasos de distancia, estaba el protagonista del vídeo mirándonos con los ojos muy abiertos.

—Jordan —musité.

—¿Te gusta fisgonear, abogado? Pues ten cuidado, no vaya a ser que algún día te des de bruces con algo que no te gusta. —Estaba claramente molesto por mi revelación—. Lo que haga o no con mi vida sexual no debería importarte y si con ello pretendes alejar a Esmeralda de nuestra amistad, tal vez tendrías que preguntarle a ella, a quien no pareció molestarle mi forma de

entender el sexo la noche que pasamos juntos. —Tragué con fuerza tratando de no saltar—. Ser un sumiso sexual no es ningún pecado, hay gente a la que le gusta mandar y a otra complacer. Entregarse a otra persona con la fe ciega de que sabrá justamente lo que necesitas es el mayor acto de confianza del mundo.

—Disculpa que me entrometa, pero no vi placer en tus ojos cuando Luka te sodomizaba o cuando el cinturón caía sobre tus piernas.

—La línea entre el placer y el dolor es ínfima. Si echamos la vista atrás, yo tampoco vi que te repugnara golpearme en la piscina. Tal vez a ti también te vaya más todo esto de lo que eres capaz de admitir.

—Lo que hice el otro día contigo estuvo mal, muy mal. Tenía pendiente disculparme y aprovecho la ocasión para hacerlo. No debí presuponer nada y tenía que haberme detenido al primer grito de mi hija, pero no lo hice y me siento profundamente avergonzado de ello. Lo lamento, Jordan, y agradecería que me perdonaras. No merecías la golpiza que recibiste.

Su postura desafiante me dejaba entrever que no valdría con un simple lo siento.

—No soy un pederasta, Andrés. Tu hijita es muy guapa, pero no me van las menores y te agradecería que no me metieras en un saco al cual no pertenezco. —Moví la cabeza afirmativamente—. Y respecto a lo que viste en esa habitación a la que nadie te invitó a entrar, preferiría que lo guardaras para ti. Como dijiste en el comunicado a la prensa de esta mañana, eso forma parte de mi intimidad y no tengo por qué justificarme ante ti.

Eso había sido un directo en toda regla.

—No pretendía que lo hicieras y debo volver a darte la razón, no debí entrar o pulsar aquel botón. Pero solo quiero que sepas que si lo que ocurrió allí dentro no fue consensuado, estoy aquí para lo que necesites.

—Pero ¡qué dices! —La que gritó fuera de sí fue Esmeralda—. ¿Qué insinúas? ¿Qué mi padre lo violó? ¡Te estás oyendo!

—No pretendo insinuar nada. Si los hubieras visto, seguramente habrías sacado la misma conclusión que yo. Aquello no parecía consentido —le aclaré con cierta repulsión.

—Pues debes tener la antena atrofiada —contraatacó ella con vehemencia—. Sobre todo, respecto a Jordan. Te equivocaste con lo ocurrido con Candela y estás volviendo a hacerlo de nuevo. Él ya te lo ha explicado. Aunque no entiendas este mundo, no tienes por qué dudar de su palabra. Te ha dado su explicación, a pesar de que no tendría por qué haberlo hecho. Forma parte de su intimidad, de la vida sexual que le gusta y la manera que ellos tienen de entender el sexo. No es ni mejor ni peor que la nuestra, solo es diferente.

El futbolista caminó hasta nosotros.

—Esmeralda tiene razón. En el BDSM, todo es consensuado, aunque de puertas a fuera pueda no parecerlo. Los sumisos a veces necesitamos disciplina y eso fue lo que viste. Los amos saben

lo que necesitamos en cada momento y la imparten cuando es necesaria. Está en su naturaleza, por ello sé que «tu chica» —dijo remarcando la palabra y mirándome fijamente— tiene ciertas necesidades como ama que tal vez tú no puedas complacer, simplemente porque no las compartes o entiendes. Si un hombre no es de mi naturaleza, le es muy difícil saciar ese tipo de apetitos tan marcados.

—Te garantizo que sacio todos y cada uno de los apetitos de mi mujer —lo desafié.

—No lo pongo en duda, pero déjame que lo haga respecto a las necesidades que tiene el ama que late en su interior. Poco a poco aflorará y esa urgencia que ahora parece dormida tenderá a brotar. Por mucho que quiera frenarla, no podrá y tú no sabrás cómo enfrentarte a eso. Lo sé porque a mí me ocurrió lo mismo, pero a la inversa. No se trata de amor, es sexo y eso nos nace de dentro, sin control, y debemos aprender a canalizarlo a través del BDSM. Por ello, quiero ofrecerme a vosotros abiertamente y sin tapujos. No quiero a Esmeralda, no la amo como tú ni ella tampoco me quiere a mí, pero la necesito para que me dome y sé que a ella le ocurre lo mismo respecto a mí. Quiero ser yo quien aporte esa parte a vuestra vida, sin otra pretensión que obedecer a sus mandatos y complacer esa parte que habita bajo su piel.

—¡Esto es de locos! —exclamé incrédulo—. ¿Piensas que vamos a aceptar algo así? Nosotros no somos una pareja abierta ni de BDSM. —Jordan me miró con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—Puede que tú no, pero mírala a ella.

Giré la cabeza y lo que vi me sorprendió. Esmeralda tenía las pupilas dilatadas y los pezones erectos; seguía en *topless*, ni había pensado en ello. Las pequeñas gotas de sudor salpicaban su torso bronceado y era como si tuviera dificultad a la hora de respirar.

—¿Por qué crees que está así? Nuestra conversación la ha excitado.

—¡No! —Ella se levantó negando con vehemencia y lamiéndose los labios. Fue hacia su vaso de limonada y lo apuró sedienta. Esme podía negarlo, pero tanto Jordan como yo sabíamos lo que le ocurría, y lo peor de todo era que no sabía cómo enfrentarme a ello. ¿Tendría razón y estaba haciendo que renunciara a una parte de su necesidad sexual?

—Os dejo, solo vine a hacer una visita de cortesía. Mi oferta sigue en pie y... Andrés —lo miré desviando la vista de la tensa espalda de mi mujer—, acepto tus disculpas. A todos se nos puede ir la cabeza alguna vez cuando está en juego lo que más queremos, como es el caso de tu hija o tu mujer.

Moví la cabeza afirmativamente en una vorágine de sentimientos encontrados que era incapaz de canalizar. Él se despidió con un golpe de mano dejándome a solas con Esme, que temblaba de deseo.



Jordan

Adán me siguió hasta la puerta y cuando vi que era imposible que nos vieran, me enfrenté a él.

—Eres un estúpido. El otro día dejaste el cuarto de juegos abierto y Andrés vio mi vídeo con Luka. —Con la palma abierta, golpeé el rostro de Adán, que permaneció impasible a mi ataque. Me moría de vergüenza, que alguien hubiera visto mi degradación era lo más vergonzoso que me había pasado nunca.

—Lo lamento, señorito Jordan. Debió ser cuando lo estaba limpiando, se me acabó el producto para el cuero y fui a buscarlo a la tienda. Siento mucho el daño ocasionado, no volverá a suceder.

—¡Por supuesto que no! —espeté—. Maldito idiota, verás cuando se entere Luka lo que te hace. ¡Ya sabes que no puedes dejar esa habitación sin cerrar a no ser que lo ordenemos! —insistí alterado.

—Lo comprendo, asumiré el castigo que el amo quiera darme y le garantizo que no volverá a ocurrir. —Resoplé porque sabía que a Adán le daba igual ocho que ochenta, aguantaba cualquier castigo por duro que fuera. Pero a mí no me daba lo mismo—. Ha sido un fallo imperdonable, lo admito, pero hice lo que me mandó cuando me llamó. Espero no haber errado en eso también. La señorita Marilia también realizó su parte.

—Sí, bueno, eso ha sido correcto. Me va mucho en juego. ¿Todavía te queda SX después de lo que le echaste a Esme en el vaso de limonada? —Adán asintió—. Bien, seguramente volveremos a necesitarlo. Debo sembrar la duda suficiente para que accedan a que sea su sumiso. De algún modo, tengo que hacerla mía de nuevo, Luka solo me ha dado una oportunidad más. —Lo dije más para mí que para él. Me importaba bien poco lo que pensara Adán.

—Sabe que puede contar conmigo para lo que necesite. El amo dejó órdenes expresas para que Marilia y yo le obedeciéramos mientras él se ausentaba. Haremos lo que esté en nuestra mano para no defraudarle.

—Eso espero —mascullé—. Por el momento, sigue informándome de todo y que Marilia siga con lo que le pedí. Sea como sea, deben aceptar o estoy jodido de verdad. Hiciste bien en llamarme cuando te pidieron la limonada para que hiciera mi entrada triunfal. Hoy deberás administrar algo más de SX a Esme y dejar la puerta entreabierta del cuarto de sado con la ropa que te encargué. Pero el único vídeo que deberá haber en el reproductor será el mío con Esmeralda. ¿Entendido?

—Como usted mande, señorito.

—Muy bien. Avisame si lo usan o simplemente entran. Y mantén las cámaras grabando, quiero saber qué ocurre en cada momento.

—Será un placer obedecerle, señorito Jordan.

—No tengo nada más que decirte. Hasta la próxima, Adán.

—Hasta la próxima.

Capítulo 24



Tenía mucho calor y estaba visiblemente excitada. Tuve que ir a beber más limonada tratando de ocultar las reacciones de mi cuerpo ante las palabras de Jordan.

¿Era posible que respondiera así ante el simple recuerdo de la noche que compartimos? ¿Era cierto lo que decía, que estaba impidiendo que mi verdadera naturaleza saliera a la luz?

Yo me sentía muy bien con el tipo de relación que tenía con Andrés, disfrutaba mucho en la cama con él, pero al parecer no bastaba. Mi cuerpo demandaba otro tipo de atenciones, si no, era incomprendible entender por qué me ocurría eso.

Jordan se despidió y yo seguí clavada en el mismo lugar, profundamente confusa y con la lujuria palpitando en cada palmo de mi cuerpo. Me daba vergüenza que Andrés contemplara el estado en el que me hallaba. Habría dado cualquier cosa por chasquear los dedos y desaparecer, no quería hacerle daño.

—Esme —murmuró con prudencia a mis espaldas. Yo seguía sin darme la vuelta. Que mi padre comprara obras de arte ilegalmente había sido un palo, pero pasó a un segundo plano en cuanto Jordan entró por la puerta. Ahora mismo solo podía nadar en aquel mar de emociones confusas que seguían erizándome la piel—. Cariño.

Su voz estaba mucho más cercana a mi oído, señal de que lo tenía detrás y se había acercado. Mi cuerpo temblaba de necesidad. Pero ¿de cuál? Me di la vuelta con los ojos llorosos enfrentándome a la cruda realidad.

—Lo siento, Andrés. No sé qué me pasa, no puedo controlarlo. Siento que no sé quién soy. Es como dice Jordan, creo que trato de reprimir algo que late en mi interior y que se activa cada vez que él provoca el recuerdo. —Bajé la mirada dolida, imaginaba que mis palabras lo herían y yo no quería eso. Lo amaba por encima de todo y de todos, y pensar que mis preferencias sexuales podían arruinar lo que habíamos construido me hundía el alma.

Él pasó la palma caliente por mi rostro y yo simplemente gemí ante el contacto. Era como un

animal en celo, me sentía así, abochornada por mi conducta lasciva.

—¿De verdad eso es lo que necesitas para sentirte completa? —No había desaprobación, trataba de entenderme, aunque era difícil cuando ni yo misma lo hacía.

—No, no lo sé —repliqué con los ojos escociéndome y el sexo palpitando de necesidad.

—Ven, vamos, probemos algo. —Me tomó de la mano y yo me dejé llevar. Subimos por las escaleras hacia la planta alta con mi cuerpo enfiebreado. Le necesitaba tanto que dolía, ¡Dios, cómo dolía!

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, Andrés miró con fijeza la puerta del fondo del pasillo. Volvía a estar ligeramente entreabierta. Dudé ante su reacción, pero él parecía tenerlo bastante claro, pues puso rumbo hacia ella.

—¿Qué haces? —titubeé.

—Si eso es lo que necesitas, estoy dispuesto a intentarlo —admitió con la voz ronca—. No voy a permitir que Jordan entre en nuestra relación en modo alguno, si alguien ha de recibir tus azotes, seré yo. Aprenderé a disfrutarlos si eso es lo que a ti te complace. Quiero ser un todo para ti y no voy a conformarme con menos que eso.

—Ay, Andrés, es que yo no quiero que te sacrifiques. ¿Y si no te gusta? ¿Y si te hago daño? ¿Y si después de esto te repugno?

—Shhhh —me silenció—. Probemos, no perdemos nada, dudo que haya algo de ti que pueda provocarme repulsión después de lo del pedo.

Me puse roja como un semáforo.

—No sé qué decir. ¿Estás seguro de esto? —inquirí temblorosa.

—Estoy seguro de que te quiero y de que voy a intentar cualquier cosa que pueda hacerte feliz. Si tú encuentras placer en esto, trataré de encontrarlo yo también.

—Pero si en algún momento te sientes mal por lo que hago, quiero que me detengas. No podría soportar pensar que estoy dañándote de ningún modo. —Me daba mucho miedo enfrentarme a esos anhelos oscuros que parecían dominarme.

—Lo haré, aunque confío en que no harás nada que pueda perjudicarme tanto. Soy un chico duro, aunque no lo parezca. —Me abrazó y casi lo empujó contra la pared para tirármelo allí mismo.

—Está bien, vayamos entonces.

Entramos en el cuarto y la imagen me impactó. Pensé en Andrés días antes en aquel mismo lugar visionando en la pantalla a mi padre con el futbolista. Yo también me habría sentido acorrajada y desubicada si hubiera visto ese vídeo.

Colocado en una percha con las etiquetas puestas, había un atuendo de dómina con mi nombre.

Corsé de cuero, braga del mismo tejido con una cremallera central, medias de ligero y zapatos de tacón. Caminé hacia él sin pensarlo y acaricié el suave tejido contra mi palma.

—Creo que Jordan vino a dejarte antes un regalito —aseveró entre dientes.

—No hace falta que lo usemos si te incomoda —apunté.

—Tranquila, puede que él lo trajera, pero yo voy a disfrutarlo. ¿Me dejas que te lo ponga? —musitó suavemente a mis espaldas.

No lo pensé, porque lo único que me pedía el cuerpo era cubrirme con él, sentir el tejido envolviéndome. Moví la cabeza afirmativamente y Andrés hizo que me diera la vuelta. Lo miré con deseo contenido imaginando que desnudaba mi cuerpo y lo cubría con el atuendo. Pronto la imaginación se convirtió en realidad cuando su boca se aproximó a mi torso.

Lo primero que hizo fue besar mis pechos, adorarlos con la boca incrementando mi urgencia. Los pezones se alzaron dolorosamente bajo sus atenciones y yo noté esa sacudida de poder anudándose en mi bajo vientre.

—Quítame la braguita del bikini, Mr. Star —le ordené. Él levantó la mirada y asintió. No hubo dudas en los movimientos. Pasó los dedos por el fino hilo lateral y las bajó con sutileza mientras su boca salpicaba un reguero de besos que prendían mi exaltación. Lo tomé del pelo y guie su cabeza directamente hacia el monte de Venus, donde me premió con un beso incandescente. Mi humedad se acrecentó, tenía el vértice de las piernas anegado, y eso que solo era el principio. Hice acopio de una gran fuerza de voluntad para no exigirle que me tomara en su boca—. Ahora, ponme las otras.

Se las tendí y levanté primero un pie y después el otro para facilitarle la tarea. El simple roce del tejido despertaba cada una de mis terminaciones nerviosas en una complaciente tortura.

Cuando la pieza estuvo en su sitio, le pasé las medias, una a una. Me las puso con una delicadeza extrema, trazando un sinuoso camino de caricias a medida que iban subiendo. Tras colocar las bandas elásticas a medio muslo, me ayudó a calzarme los zapatos de tacón como a Pornocienta, solo que los míos eran de charol y los suyos, de cristal.

La respiración de ambos estaba visiblemente alterada, nuestros pechos subían y bajaban erráticos y la saliva no parecía querer descender por mi garganta.

Andrés tomó el corsé, que se ataba con una simple cremallera por delante y tenía dos tiras que sujetaban una pieza que era para el cuello, emulando un collar de púas plateadas. Tras abrochar la prenda principal y aplastar mis pezones contra ella, ciñó la tira a mi cuello con el espacio suficiente como para que no me ahogara.

Llevaba el pelo recogido en un moño apretado que solía hacerme cuando iba a la piscina para que no se me quedara hecho un desastre. No me había visto frente a un espejo, pero podía hacerme

una idea. Los ojos de Andrés se habían oscurecido tanto que casi podía contemplarme en ellos.

—Muy bien, ya estás lista. Ahora ¿qué?

Involuntariamente, pensé en la noche con Jordan. Habíamos hecho muchas cosas, también me sacó objetos y me enseñó cómo usarlos con él. Aunque solo tenía *flashes*, los recordaba con suficiente claridad.

—Me llamas ama M y yo a ti, Mr. Star. —Sabía que el nombre no era muy de su agrado, pero no lo vi incomodarse demasiado. Si adoptábamos un rol de ama-sumiso, tal vez sería más sencillo.

—Muy bien, ¿y qué es lo que quiere, ama M?

Pasé la lengua por mis labios reseco y Andrés resolló con fuerza. Miré a mi alrededor sin estar muy segura de dónde ubicarlo, había varios elementos que podían estar bien. Necesitaba pensarlo.

—De momento, quiero que te desnudes. Yo me daré una vuelta para evaluar dónde te pongo. —Quitarse la ropa fue fácil, solo llevaba puesto el bañador y, bajo este, una preciosa erección que mostró en cuanto se deshizo de la prenda.

—¿Y ahora? —Tenía las manos apoyadas en las estrechas caderas. La tenue iluminación hacía un juego de sombras en su cuerpo que me daba ganas de lamerlo por entero. Aparté un momento la vista situándola en el objeto que pretendía utilizar.

En un rincón había una silla de hierro forjado con el asiento de cuero dividido en dos para que, al sentarte, pudieras separar cómodamente las piernas y todos los agujeros del cuerpo estuvieran libres. El respaldo subía hasta la altura de la cabeza y había varias piezas de sujeción para amarrar a la persona que se sentara.

—Ponte ahí —ordené sin dudar. Él se limitó a acatar el mandato y, en cuanto estuvo acomodado, cerré todas las correas de inmovilización. Tobillos, muslos, muñecas, brazos y cuello. Nada quedaba libre.

Se le veía verdaderamente hermoso allí sentado, como un animal cautivo esperando recibir el placer que quisiera otorgarle.

—¿Estás cómodo, Mr. Star? —pregunté.

—Lo estaría más si estuviera encima de mí, encajada en mi polla y rebotando sobre mis piernas, ama.

Ladeé una sonrisa y apreté mi labio entre los dientes para provocarlo, él ya lo había logrado con sus palabras.

—¿Te sientes cómodo sabiendo que estás en mi poder? —ronroneé proyectando el cuerpo hacia delante, agarrándole de los antebrazos.

—Confío plenamente en usted y sé qué hará lo mejor para los dos.

Mi necesidad crecía sin que pudiera ponerle freno. Caminé hacia un expositor de fustas, látigos y *floggers*, y cogí uno de estos últimos. Tenía un mango de cuero trenzado que terminaba en un montón de suaves tiras del mismo material. Parecía una cola de caballo oscura.

Avancé desde la zona de detrás de la silla, donde Andrés no podía verme, y por un lateral paseé las finas tiras susurrantes. Era un baile hipnótico ver cómo sus músculos se encogían al compás de las caricias. Seguía excitado cuando lancé el primer impacto sin demasiada firmeza. Los dedos se agarraron al final del reposabrazos y aguantó un quejido. Volví a repetir la operación en el otro costado y después me puse frente a él dedicándole el mismo trato a los muslos, justo al lado de la incipiente erección, que lucía una perla de deseo en la punta brillante.

—Veo que no soy a la única que le está gustando esto. —Puse el dedo sobre el glande y lo ungué con su propia humedad. Él dio un respingo.

—Ama, no estoy muy seguro de que esto sea BDSM. Más bien parece un juego erótico de alto nivel que reconozco que me pone mucho.

Quizás había una esperanza para nosotros, tal vez tuviera razón y lo que me gustaba era jugar más que otra cosa. En ningún momento había pretendido hacerle daño, solo que le hormigueara la piel bajo el azote del *flogger*.

—Puede. —Me desabroché el corsé y quité los anclajes que lo sujetaban al collar para dejármelo puesto y que Andrés pudiera contemplar mis pechos bamboleándose en un trance hipnótico. Estuve cerca de diez minutos jugueteando, incluso me atreví a pasarlo sobre su sexo y dejar que las tiras besaran la delicada piel para que se encogiera del gusto—. Mmmmm, parece que esto también te complace, Mr. Star. Eres un chico malo, abogado.

—Si todos los castigos son como este, ama, puede estar así toda la eternidad. Le cedo el control por el resto de mis días.

—Eso seguro que se lo dices a todas.

Trató de negar, pero el agarre del cuello se lo impidió.

—Usted es la única dueña de mi cuerpo y de mi corazón. Jamás osaría traicionarla con otra, porque me sería imposible amarla como la amo a usted.

Escucharlo me calentó el alma. Me arrodillé entre sus muslos y coloqué el goteante miembro en mi lengua. Caté su sabor salado con la punta pasándola arriba y abajo del agujerito. Él jadeó con fuerza.

—Yo tampoco podría hacerlo porque el sentimiento es mutuo —reconocí llevándolo al fondo de mi garganta. Andrés soltó un exabrupto. Mi cabeza se movía con fluidez para que la boca lo engullera como merecía. No dejaba de gruñir y jadear a cada pasada y succión que le propinaba. Notaba cada vena, cada resalto y lo saboreaba con audaz glotonería arañándole los muslos con

insistencia. Quería marcarlo con un instinto primitivo que lo reconociera como mío.

—¡Joder, me estás volviendo loco!

Sonreí levantando la cabeza para que nuestros ojos se encontraran en el siguiente descenso.

—Quiero que me avises cuando vayas a correrte. Voy a negarte el orgasmo tres veces y las tres veces yo me correré sobre ti. ¿Lo entiendes?

—¿Tres veces? Vas a hacerme sudar.

Le mordí ligeramente el glande y protestó.

—Solo te he preguntado si lo entiendes, sumiso.

—S-sí, ama M. Lo intentaré.

Abrí la cremallera de la braguita y el flujo descendió libremente entre mis piernas. Me acomodé sentándome encima y lo único que hice fue mover la pelvis sobre su polla arriba y abajo agarrándome al hierro forjado del respaldo. Lo usé para masturbarme sin dejar de mirar el brillo de sus ojos oscuros. Su miembro hinchado y completamente rígido quedaba oculto por los untuosos labios de mi vagina, que lo envolvían en su abrazo. Estallé sin demasiada dificultad dejándolo empapado en mis fluidos. Él aguantó estoico y cuando terminé, me pidió que me detuviera o iba a correrse inevitablemente.

Le di tiempo para relajarse y remontar. Yo aproveché para tocarme y que me contemplara, hundí los dedos en mi vagina varias veces y se los di a probar. Los chupó con anhelo pidiéndome más y lo complacé alimentándolo de mí. Cuando tuve suficiente, guie el glande hacia la entrada de mi sexo y me dejé caer. Ambos aullamos con fuerza.

Seguí agarrada a la parte alta de la silla y lo follé con violencia, mordiéndole el cuello y dejándole innumerables marcas. No hubo delicadeza alguna. Andrés suplicaba que parara, pero yo no podía hacerlo, estaba desbordada, tanto que dos minutos después gritaba al darme de bruces con mi segundo orgasmo.

Él apretaba los dientes y resoplaba como si le fuera la vida en ello. Se le estaba haciendo muy cuesta arriba. Podía percibir su hambre y eso solo azuzaba más la mía.

Lo quería en todas partes, lo necesitaba en todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo. Desmonté y me quité la braga. El modo en el que sus ojos me abrasaban la piel me hacía sentir la importancia que me daba en su mundo, era su soberana y estaba convencida de que haría cualquier cosa que le exigiera por ser mi consorte en aquel frágil reino.

—Ama, no sé si podré aguantar, estoy al límite —anunció.

—Lo harás —aseveré segura de que lo haría. Me di la vuelta poniéndome de espaldas a él. Tanteé a ciegas buscando su polla cubierta por mi corrida y me ungué en mi propio flujo para empujarla entre mis cachetes abriéndole paso a aquel universo de placer y dolor. El descenso fue

lento, tortuoso, pero cuando logré hacer tope, tras pasar los anillos de musculatura que rodeaban mi esfínter, le solté las agarraderas de los brazos para que pudiera tocarme—. Acaríciame, haz que nos corramos juntos.

—Como ordene, ama. Sus deseos son órdenes para mí.

Sus ágiles dedos buscaron mis pezones para tironear sin tregua, mis manos se anclaron en sus piernas para subir y bajar, y una de las suyas se centró en mi clítoris, que emergía frente a sus atenciones.

Al igual que hizo aquella primera noche juntos, lo azotó y friccionó con rudeza. El mundo daba vueltas en aquel lapso de espacio y tiempo cubierto por el velo de la lujuria.

La sala se perfumaba con el aroma a necesidad y el hilo musical no era otro que el de nuestros jadeos.

Me dejé llevar rompiendo cualquier barrera mental que hubiera establecido. Solo éramos él, yo y nuestra particular manera de amarnos.

—No aguanto, cariño —evidenció con el cuerpo rígido.

—Estoy muy cerca, no pares ahora —le supliqué.

Andrés persistió recibiendo sus frutos cuando los dedos me penetraron provocando que me dejara ir gritando su nombre. Él se unió en mi éxtasis logrando su propia liberación.

Estábamos sudorosos, bastante pegajosos y, aun así, ninguno de los dos hacía nada por moverse. Aunque, pensándolo bien, es que Andrés no podía hacerlo. Dejé caer todo el peso de mi cuerpo en la languidez del suyo.

Me refugié en aquella burbuja de laxitud acompañando nuestras respiraciones en un ritmo mucho más relajado. Quería besarlo, no lo había hecho durante la sesión, quizás porque me metí tanto en mi rol que quise dejar los besos al margen. Ese acto de amor prefería reservarlo para la intimidad del dormitorio.

Ya no quería estar allí. El ambiente algo sobrecargado, me daba ganas de salir huyendo para refugiarme en mi cuarto y acurrucarme en las frescas sábanas. Me contuve para no hacerlo, limitándome a incorporarme y desatarlo algo avergonzada por mi conducta. Ahora que estaba más relajada, no sabía qué pensaría Andrés de mí.

Una vez liberado, mi chico movió el cuello y las piernas para que la circulación se volviera normal y, después de eso, me tomó en brazos sin que me quejara por ello.

Nos sacó tal cual de la estancia para llevarnos a mi habitación, entramos en la ducha y se deshizo en atenciones hasta asearnos por completo. Una vez listos y envueltos en cálidos albornoces, nos tumbamos sobre el mullido colchón, donde no tardó en buscar mi boca. Lo detuve.

—Creo que deberíamos hablar antes de lo que ha ocurrido allí dentro. —Estaba preocupada,

no podía quitarme la sensación de pesadumbre por lo que le había hecho. Desató la lazada que mantenía mi albornoz en su sitio y pasó las yemas de los dedos sobre la piel expuesta buscando el reflejo de mis pupilas en las suyas.

—Lo que pasó allí dentro fue algo completamente normal por lo que no debes preocuparte. Éramos una pareja jugando, fantaseando y complaciéndose mutuamente. No hay nada de malo en ello. Me encantó y si eso es lo que te gusta, estoy dispuesto a repetir la sesión indefinidamente y, para que conste de forma fehaciente, estamparé mi rúbrica en un contrato si así te sientes más segura.

—Tú y tus contratos, ¿seguro que no te has horrorizado o te ha asqueado mi conducta? — cuestioné temerosa por su respuesta.

Él puso un dedo bajo mi barbilla para que lo enfrentara.

—Tu conducta ha sido soberbia. Me encantas en cada una de tus facetas y como te dije ahí dentro, dudo mucho que eso sea BDSM, no se parece en nada al vídeo que vi. Estoy dispuesto a jugar a cada juego que me propongas, porque al final solo se trata de tú, yo y nuestro placer; no hay nada de malo en eso. Me he excitado muchísimo y me he sentido muy bien con ese papel tuyo de hembra dominante. No ha habido nada repulsivo, más bien todo lo contrario.

Curvé los labios en una sonrisa coqueta.

—¿Así que le he puesto como ama, señor abogado?

—Muchísimo y ahora me gustaría sugerir un intercambio de papeles, porque voy a convertirme en su torturador si puede con otro asalto, señorita M. Pienso hacer que se le encojan hasta las uñas de los pies de tanto gusto.

—¿Solo un asalto? —lo provoqué, perdiendo mi nariz en su cuello.

—Mujer, vas a acabar conmigo.

—Más bien acabo de empezar —lo interrumpí sintiendo cómo se abalanzaba sobre mí para dar comienzo a su turno. Me sentía bendecida por tenerlo en mi vida.



Mi día había cambiado radicalmente a mejor. Estaba relajado del todo tras hacerle el amor a Esmeralda tal y como se merecía. Lucía una sonrisa idiota porque por fin estaba seguro de que nada ni nadie iba a distanciarnos. Ambos éramos suficientes el uno para el otro, me había quedado rotundamente claro.

La dejé descansando tras comer la deliciosa paella que nos sirvió Adán. Me dirigía a casa de Lola. No es que me apeteciera demasiado charlar con mi exmujer, pero era necesario aclarar las

cosas y exponerle cómo quería que fueran a partir de ahora.

Su incursión del domingo estuvo completamente fuera de lugar y pensaba dejarle claro que las cosas no podían ir así. Debía asumir que Esme era mi pareja, que entre ella y yo no había posibilidad de reconciliación y que quería a Candela en mi día a día.

Quería pactar, cambiar el régimen de visitas que habíamos acordado en el divorcio y, para ello, la opinión de mi hija al respecto era absolutamente necesaria.

El pasado veinte de noviembre de dos mil dieciocho, una importante sentencia dictada por el Tribunal Supremo recogía una postura más favorable a tener en cuenta la voluntad del niño, evitando que lo acordado en el convenio regulador se enquistara en el tiempo y dando la posibilidad de cambiar de la custodia monoparental a la compartida.

Ahora la guarda y custodia de Candela la tenía su madre, pues en su día optamos por hacerlo de ese modo, pero lo que pretendía con esa reunión era proponerle pasar a esta segunda opción.

Era sumamente importante contar con el beneplácito de mi hija y que estuviera dispuesta a ello. Pero conociéndola y sabiendo lo bien que se llevaba con Esme, no creía que me pusiera demasiadas pegas al respecto.

Para que Lola no pusiera el grito en el cielo, tenía un plan. Crucé los dedos para que saliera bien y hacer que este día fuera definitivamente mucho mejor que como empezó. El dinero era su talón de Aquiles y pensaba ir por esa vía.

Llamé al timbre y mi exmujer me hizo subir. Reconozco que estaba guapa, se había arreglado sacando partido a su figura con un vestido cruzado que dejaba a la vista su generoso escote. Por lo menos, parecía más calmada y esperaba que dispuesta a dialogar.

Tras el saludo de rigor, pregunté por Candela.

—Ha quedado con sus amigas para ir a la biblioteca, así podemos hablar solos y más tranquilos. —Agradecí que estuviera relajada—. Siéntate. He preparado el bizcocho de naranja y chocolate que tanto te gustaba y una jarra de café.

—No hacía falta que te molestaras.

—No es ninguna molestia, todavía recuerdo lo mucho que te gustaba. —Ese dulce era lo único que sabía cocinar y que le quedaba medianamente decente.

El salón estaba tal cual lo recordaba cuando me fui, todo en el mismo sitio: los cuadros, los muebles, el sofá de flores.

Lola apareció contoneando las caderas, dejó la bandeja en la mesita y nos cortó un par de generosas raciones espolvoreadas con azúcar glas y sirope de chocolate. Sirvió dos humeantes tazas y me tendió una.

—Gracias —agradecí dando un sorbo.

Ella me mostró la dentadura en una sonrisa de complacencia.

—Prueba el bizcocho a ver qué tal está. Espero que no se haya quedado seco por dentro.

Seco estaba yo después de la maratón a la que me había sometido Esme. Involuntariamente, sonreí recordando el segundo asalto y me llevé un pedazo de dulce a los labios.

—Me alegra que el bizcocho te haga sonreír. Hacía tiempo que no te veía así. —La miré algo sorprendido, no pensaba que mi gesto la pudiera haber confundido. Preferí callar y no sacarla de su error, mejor ir por las buenas que empezar poniendo palos a las ruedas—. Andrés, yo... Lamento lo que pasó el otro día. Es que no esperaba que te liaras con esa mujer y metieras a nuestra hija en su casa, fue todo demasiado precipitado y desagradable.

—Puede que no obrara bien, estoy de acuerdo contigo en que todo fue muy rápido y que quizás esta conversación la deberíamos haber tenido antes. Agradezco tus disculpas y este acercamiento. No pretendo ponernos las cosas difíciles y me gustaría arreglar las desavenencias que puedan haberse creado entre nosotros. Quiero una aproximación entre nosotros por el bien de Candela, creo que se lo debemos.

Su mano se apoyó en mi muslo y se acercó hasta que nuestras piernas se tocaron. Dejé la taza sobre la mesita dispuesto a escucharla.

—Andi, quiero que me entiendas. —Así era como me llamaba cuando estábamos casados. Su tono era mucho más bajo y dulce, me recordaba al de la chica de la que me enamoré y que se terminó difuminando en el tiempo—. Yo jamás quise el divorcio, tú te empeñaste y yo pensé que se te pasaría, que te habías ofuscado con eso de ser abogado y perseguir tu sueño, pero que podríamos arreglar lo nuestro tarde o temprano. Y lo sigo pensando. He hablado con Candela y ambas estamos de acuerdo en perdonarte. Tomaremos lo de la asesina como un paréntesis en tu vida, lucharemos por esta familia y tanto ella como yo haremos lo necesario para que la olvides. Tiró del lazo de su vestido mostrándome un conjunto de ropa interior muy sugerente que dejaba ambos pechos fuera de la copa—. Mi vida, vamos a arreglarlo, vamos a hacer que funcione. Siempre fuimos muy compatibles en la cama, puedo darte mucho más que ella en ese aspecto.

Se abalanzó hacia mi cuerpo aplastando los labios contra los míos. Me pilló con la boca abierta de la sorpresa, así que no le costó meterme la lengua hasta la campanilla. No tardé casi nada en reaccionar, aunque su cuerpo ya estaba encima del mío. La empujé con suavidad tratando de que tomara distancia.

—Lola, para. Esto no es más que un error, no me refería a este tipo de acercamiento.

La puerta de entrada al piso se abrió y mi hija apareció en el umbral. Nos miró sorprendida con los ojos muy abiertos, dudaba de que creyera lo que estaba viendo.

—Mi vida, menos mal que ya has vuelto. Papá y yo lo estamos arreglando como te prometí.

Los ojos claros de Candela se fijaron en el vestido abierto de su madre y mis labios untados en carmín rojo, el mismo que a ella se le había corrido ante la efusividad del momento.

—¿Eso es cierto? —preguntó incrédula.

—Pequeña, esto no es lo que parece.

Lola hizo porque nuestra hija se diera cuenta de que el vestido estaba desabrochado poniéndolo en su sitio y mostrándole más de lo que debería.

—No hace falta que disimules, nuestra niña ya sabe lo que sucede entre dos personas mayores y que si no hubiera entrado nuestra reconciliación podría haberle traído un hermanito en nueve meses.

Me levanté sin poder creer lo que estaba sugiriendo.

—Eso no es cierto, Lola. Tú te desabrochaste el vestido y te abalanzaste sobre mí. Nosotros no funcionamos como pareja y no hay una maldita posibilidad de que nos reconciliemos porque sería un error, nos haríamos más daño del que ya nos hicimos y a Candela también.

—¡No puedes dejarnos en la estacada! —me reprochó iracunda.

—No voy a dejaros en la estacada, lo que venía a proponerte es seguir pagándote la manutención y cambiar el régimen de la custodia monoparental a compartida. Ahora ya no tengo que trabajar y estudiar a la vez, puedo encargarme perfectamente de nuestra hija. Así tú irás más desahogada y, aunque no te corresponda, seguiré pasándote el mismo dinero para que nada cambie.

—¡Esto sí que es bueno! ¿Lo oyes, Candi? Ahora que tiene una ricachona quiere comprarte. Catorce años después, al señorito le apetece criar a su hija una semana sí y una no, no vaya a herniarse. ¿Qué pasa? ¿Que tu puta no puede tener niños y necesita robarme la mía?

—¡Basta! —gritó mi hija—. ¡¿Es que no sois capaces de comportaros ni un minuto?! Yo os quiero a los dos, no quiero elegir. Quiero tener unos padres normales, no unos como vosotros, que sois incapaces de mantener una conversación sin discutir.

Candela volvía a tener los ojos llorosos, le estábamos haciendo daño y era precisamente lo que no quería.

—Pequeña, he venido con la mejor intención. No esperaba esto, mi propuesta iba a ser esta desde el principio. Solo quiero que todos estemos bien.

—Bah, no disimules, Andrés. Está muy claro lo que viniste a buscar: algo de sexo de calidad y quedarte con tu hija previo pago —increpó Lola.

—Yo no he intentado tener sexo contigo, eso te lo has sacado de la manga. No trates de engañar a Candela con tus tretas.

—No decías lo mismo cuando tenías la lengua en mi garganta.

Me eché las manos a la cabeza.

—¡Pero si la tenías tú en la mía! Creo que tienes algún tipo de desajuste mental, que necesitas ir al psiquiatra a por medicación, porque lo tuyo no es normal. He tratado de venir aquí por las buenas, pero dialogar contigo es imposible. Y esta vez no pienso quedarme de brazos cruzados, voy a conseguir la custodia compartida. Y vete olvidando del dinero que te he prometido porque no vas a ver nada. —Me levanté del sofá y fui hacia la puerta. A mi pequeña le caían lágrimas como puños—. Hija, lo siento, te juro que lo intenté.

—¡Ninguno de los dos lo habéis intentado lo suficiente! ¡Yo os importo bien poco! Soy un arma arrojadiza que lleváis tirándoos durante años y hasta ahora os ha dado igual cómo me sintiera al respecto, o lo que pensara.

—Eso no es verdad, yo nunca te puse en contra de tu madre. —Me dolía verla así de destrozada por nuestra culpa.

—No, no lo hiciste, pero me dejaste aquí, me abandonaste porque para ti era más cómodo pagar y que ella me criara para tú perseguir tu sueño. —Lola rio sabedora de que mi hija acababa de lanzarme un puñal directo al corazón. Esa era una verdad a medias. Realmente, yo pensé que estaría mucho mejor con su madre, si no, jamás habría accedido a darle la guarda y custodia. Desvió la atención hacia Lola—. Y ella no es mejor que tú, siempre pendiente del maldito dinero. Sois tal para cual, la pareja perfecta. Todavía no sé qué pudo fallar entre vosotros, o tal vez sí lo sé, es solo que quise engañarme y no darme cuenta de que el fallo fui yo.

—No digas eso jamás. —Me traspasó el alma verla tan afligida y que se sintiera así.

—Si no hubiera nacido, seguramente os habría ido genial. Tú tendrías tu adorada profesión y ella, su querido abogado. ¡Os odio a los dos, ¿me oís?! Todo habría sido mejor sin mí. —Salió por la misma puerta que había entrado corriendo escaleras abajo.

—¡¡¡Candeeela!!! —vociferé. Fui a coger el maletín que había traído por si llegábamos a un acuerdo y traté de ir en pos de ella, pero Lola me detuvo.

—Déjala, se le pasará. Son las hormonas. ¿Es que no te das cuenta de que lo que necesita es una estabilidad? Tenemos que estar juntos, te lo ha dicho, somos la pareja perfecta.

—Sí, eso es verdad, la pareja perfecta para estar separada y no verse nunca más. Adiós, Lola, voy a buscar a mi hija. Haz con tu vida lo que quieras, que yo haré lo mismo con la mía.

—No puedes irte con esa puta, ¿me oyes? Os joderé la vida. O eres mío o de ninguna —amenazó. Cerré de un portazo y traté de seguirle el rastro a mi hija obviando la locura transitoria de su madre, pero cuando llegué a la calle, parecía haberse esfumado. «¿Dónde estás, Candela?».

Capítulo 25



Candela

Corrí sin rumbo fijo. El gris del asfalto se difuminaba haciendo que lo perdiera de vista entre la bruma de mis lágrimas. Nunca me había gustado mi vida, era una de las muchas supervivientes de una relación que jamás llegó a buen puerto.

Estaba montada en el mismo barco que el resto de mis amigas, uno lleno de muñecas amputadas a las cuales les faltaba algún tipo de pieza que se había extraviado en el tiempo. Los adultos siempre decían lo mismo, igual que el psicólogo del colegio al cual acudimos todas el primer año que se separaron: «Vuestros padres están mejor separados que juntos. Es mejor crecer sin oír sus peleas. Es mejor que cada uno sea feliz a su manera, así lo seréis vosotras en un hogar mucho más estable. Es mejor, es mejor, es mejor... Bla, bla, bla». No tenían ni idea de lo que era vivir con el corazón dividido, dando tumbos en mitad de una guerra fría por ver quién hacía más daño a quién, quién lo superaba antes y lograba una vida plena que restregar ante el otro. Estaba harta de ser la pelota arrojada en mitad de una cancha, que golpeaban de un lado a otro tratando de lograr set, punto y partido.

Puede que mi padre fuera más comedido en eso, que no tratara de ponerme en contra de mamá evitando conversaciones incómodas, pero igualmente intuía cómo se sentía respecto a ella. Lo veía mirarla con aquella expresión tan cercana al indiferente desprecio que ostentaban los padres de mis amigas. Me dolía del mismo modo que las sutiles puyas de mi madre al insistir en cómo nos había abandonado para vivir el sueño dorado de ser abogado, relegándonos a un segundo plano, o incluso a un tercero ahora que tenía novia.

Dolía, Dios, cómo dolía. Entendía que no hubiera funcionado, que quizás tomaron un camino equivocado que desembocó en mí, pero ahora era yo la que pagaba su mala cabeza y quien acarrearba todas las consecuencias.

Me sentía perdida, desorientada y encima pretendían sacarme a la cancha de nuevo, cuando mi

pelota ya casi ni botaba de tantos golpes, para que tuviera que decidir el final del campeonato. Decidir ¿qué? ¿Cuál era la mejor opción? ¿No haber nacido? Tal vez así ellos serían más felices sin tenerme a mí de por medio en sus preciadas vidas. Yo era el motivo de sus enfrentamientos y sus pocas discusiones. Si no estaba yo, ya no quedaría nada por lo que discutir o pelear.

Frené en seco en mitad de un paso de cebra donde el semáforo estaba en rojo. Escuché un fuerte frenazo y mis manos se apoyaron sobre el capó de un coche del mismo color que la luz que no había visto. Oí voces, gritos, sin llegar a comprender frase alguna. El mundo giraba en un tiovivo de papel que se rompía a cada paso que daba.

Crucé al otro lado buscando la papelera más cercana y vomité, sin siquiera mirar al conductor que casi había acabado con mi vida de un plumazo. Seguramente, me odiaría del mismo modo que mis progenitores por el simple hecho de existir, de haberle jodido el día. La bilis abrasaba mi esófago y el dolor del pecho no remitía.

Las lágrimas irritaban mis ojos y el vómito, mi garganta, aunque lo peor era la punzada lacerante que casi me impedía respirar y que era incapaz de controlar.

—Siempre me metes en problemas —escupió una voz masculina a mis espaldas. No era la de mi padre, pero me resultaba familiar. Ladeé la cabeza conteniendo mi última arcada para contemplar la perfección hecha hombre. Jordan sacaba un pañuelo de papel y me lo ofrecía con el rostro apretado en una mueca de disgusto—. Anda, límpiate, estás hecha un desastre.

Lo creía, mi aspecto debía ser horrible y, sin embargo, él estaba perfecto con una camisa negra y pantalón a juego que le hacían algo más mayor de lo que era. Me limpié como pude, avergonzada por la imagen que le estaba ofreciendo. Seguramente, mi cara estaba llena de churretes del rímel que me había puesto para hacerme la mayor con mis amigas. También había mocos y restos de la merienda en forma de pegotes alrededor de mis labios. Estaba de lo más apetecible, sin lugar a duda.

—Lo siento —murmuré girando la cabeza para no seguir ofendiéndolo con mi aspecto, y miré el interior de la papelera, que era un reflejo de mí misma.

Tiré el papel junto al resto de desperdicios y me froté los ojos tratando de eliminar las manchas negras. No obstante, seguro que lo estaba empeorando, no estaba acostumbrada a desmaquillarme sin un espejo, así que no sabía muy bien cómo hacerlo para que mi piel volviera a ser la de siempre en vez de parecer la de una cantante gótica. Tenía un sabor amargo en la boca que no se iba a evaporar con facilidad.

Lo siguiente que me ofreció fue un chicle de menta. No lo desprecié, debía formar parte de su kit de supervivencia para chicas vomitonas.

—¿Se puede saber dónde ibas de esa manera? ¡Podría haberte matado! ¿Nadie te ha enseñado que no se puede cruzar en rojo y mucho menos en Barcelona? Aunque tal vez sea una estrategia de tu padre para meterme en la cárcel, no lo consiguió con el beso, pero tal vez con el atropello...

Asocié que el conductor del coche era él, por eso estaba ahí. ¿Dónde había dejado el vehículo? Giré la cabeza y lo vi subido a la acera con las luces de emergencia puestas. Nadie se

había quedado para ver cómo me encontraba salvo él y, al parecer, lo hacía para asegurarse de que no fuera algo premeditado contra su persona.

—Mi padre no tiene nada que ver en esto, soy la única culpable. Aunque si analizo la situación, tal vez sí que tenga algo que ver, pero no directamente. ¿O sí? No sé, bueno, sí sé. —Jordan estaba perplejo frente a mis elucubraciones. Parecía más perdido que yo, y no era de extrañar, mi explicación se las traía—. Déjalo, sigue tu camino, Jordan. Mi padre no tiene nada en contra de ti, solo en contra de mi nacimiento —admití con amargor—. Lamento el incidente. No quise causarte problemas ni con el beso ni con esto. No te preocupes, trataré de no volver a cruzarme ni en tu camino ni en el de nadie.

Pasé por su lado con la cabeza gacha con intención de seguir dando tumbos, pero él lo impidió agarrándome por los hombros.

—Eh, ¿estás bien? No pareces estarlo. —Su voz estaba mucho más calmada, incluso parecía preocupado.

—¿Importa? Soy un nido de problemas para todo el mundo —reflexioné—. He tomado una decisión. Ya que no puedo evitar mi nacimiento para facilitarle la vida a todo el mundo, tal vez lo mejor sea desaparecer.

—Vamos, vamos, pequeña, no digas esas cosas. La vida puede ser muy jodida a veces, dímelo a mí, que ostento el título de días jodidos, pero nadie merece que te sientas así. Ni siquiera tus padres. Anda, ven conmigo, trataré de que te sientas mejor.

—¿Dónde? —pregunté hastiada y sin esperanza de que fuera posible.

—El lugar es lo de menos. En momentos así, es mejor no estar solo, te lo digo por experiencia. Anda, sube al coche antes de que me pongan una multa. —Me tomó de la cintura y me acompañó hasta el asiento del copiloto. Me abrió la puerta y me hizo entrar recordándome que me abrochara el cinturón. Me hice un ovillo y fijé la vista en los transeúntes, que no tenían ni puñetera idea de mi vida ni yo de la suya. Era una más en un mundo lleno de números cuya importancia era exactamente la misma que cero.

Jordan arrancó y, en la radio, sonó la canción de C. Tangana, *Mala mujer*^[14].

Mala mujer, mala mujer.

Me han dejado cicatrices por todo mi cuerpo tus uñas de gel.

Mala mujer (mala mujer), mala mujer (mala mujer).

Me han dejado cicatrices por todo mi cuerpo tus uñas de gel.

(Vamono')

*Me he jurao miles de veces, miles de veces
que iba borrar ese rastro, olvidar todo lo (ma-ma-mala mujer)
Soy un perro perdi'o en la calle, perdi'o en la calle
sintiendo que cualquier brisa me arrastra tu olor.
Solo porque tú te has ido, quiero perder el sentido
Y bailo borracho perdío, desesperao
Solo porque tú te has ido, quiero perder el sentido
Y bailo borracho perdío, desesperao.*

—No te hacía escuchando este tipo de música.

—Ni yo te hacía en mitad de un cruce con el semáforo en rojo —respondió sin apartar los ojos de la carretera.

Eso era una verdad como un templo, debió flipar cuando me eché encima del coche.

—Esto... Jordan, siento lo del otro día y lo de hoy, nunca quise perjudicarte. Te lo digo en serio.

Giró el rostro unas décimas de segundo, las suficientes para que no hallara rencor en sus ojos.

—Lo sé. Anda, relájate un poco y disfruta de la música. Dicen que no hay nada mejor que perderse entre las letras para desconectar de los problemas.

Decidí hacerle caso y disfrutar de los acordes. Teníamos gustos musicales bastante parecidos, cosa que agradecí. No añadió nada más hasta que se metió en un *parking* subterráneo para dejar el coche.

Al salir, descubrí que era un precioso deportivo. No me había percatado y lo miré con admiración. Seguramente, mi padre y mis tíos hubieran disfrutado viendo un coche así, les flipaba la automoción. Yo no había salido a ellos en eso.

—Bonito, ¿eh? —inquirió al ver que yo lo admiraba absorta.

—Sí, parece caro, aunque no entiendo demasiado de coches.

—Es una joya, un Porsche 718 Cayman. Mi nuevo equipo me lo ha regalado como muestra de las ganas que tienen de que fiche por ellos. El trato ya está casi cerrado, falta estampar la rúbrica y hacerlo oficial.

—Entonces, ¿ya no vas a jugar con el Español?

Él negó con una sonrisa en los labios. Se notaba que le hacía ilusión esa nueva etapa. Golpeó la punta de mi nariz con suavidad.

—No, señorita, es un secreto todavía. —Acercó la boca a mi oído haciendo que todo el vello de mi cuerpo se pusiera de punta y reveló el nombre del nuevo equipo en el que jugaría. Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿En serio?! Eso es una gran noticia. Verás cuando la gente se entere.

Apretó un dedo sobre mis labios.

—Nadie se va a enterar porque va a ser nuestro secreto hasta que sea oficial. ¿Serás capaz de compartir esta alegría conmigo sin soltársela a nadie?

Moví la cabeza arriba y abajo hipnotizada por su contacto y proximidad. Me tomó la mano con suavidad.

—Muy bien, chica lista. Ahora voy a llevarte a mi sitio especial donde me evado de todos los problemas. Yo también tiendo a coleccionarlos, eso lo tenemos en común, aunque no es una afición que me guste para una chica bonita como tú. —Me sonrojé sonriendo avergonzada—. Compartiré contigo mi lugar de reflexión, igual puede ayudarte a ti hoy. —Me dejé conducir al ascensor agradecida por su actitud afable. Había un montón de botones, debíamos estar en un edificio alto. Jordan pulsó el que pertenecía a la última planta y apoyó la espalda en el teclado del elevador, imposibilitándome que calculara la altura—. No te pierdas esto, pequeña. Date la vuelta.

Giré sobre mí misma y sus brazos protectores me encerraron en un abrazo en el que quise perderme para siempre. En cuanto el ascensor ascendió, las paredes se convirtieron en cristal y pude observar cómo las luces de la ciudad empezaban a prenderse.

—Guau, es precioso.

—Increíble, ¿verdad? Me encanta subir en este ascensor, creo que por eso me decidí por este piso.

—¿Vives aquí? —Me desconcertó, ¿pensaba llevarme a su casa? Los nervios se me enroscaron en el vientre.

—Así es, pero no vamos a mi piso. —Mi gozo en un pozo. Era lógico que no me llevara a su casa, a ella solo llevaría a las chicas con las que quisiera enrollarse y no a adolescentes perturbadas en apuros—. Te llevo a la azotea.

Un lugar perfecto.

—¿Para facilitarme el suicidio? —le increpé.

Él soltó una carcajada.

—No, pequeña, no, es un poco pronto para eso. Te llevaré donde se ven los mejores atardeceres de toda Barcelona.

Apoyó la barbilla sobre mi cabeza y yo creí desfallecer. Cuántas chicas hubieran dado un brazo porque Jordan estuviera así con ellas. Era una afortunada y no iba a hacer nada que lo pudiera estropear, ni siquiera saltar al vacío.

Una vez arriba, me llevó hasta un lugar algo elevado donde se sentó descansando la espalda contra la pared. Me ayudó a subir y después me acomodó entre sus piernas. La nube de felicidad en la que flotaba parecía la más sólida con la que me había topado en mi vida.

—Mira ahí. —Señaló con el índice hacia el horizonte—. Justo en ese punto es donde el sol desaparecerá en unos minutos. Es un espectáculo digno de ser admirado, ya lo verás. Ahora, vas a hacer una cosa por mí.

—¿Estar con la boquita cerrada? —Lo habría hecho de buen grado si eso hubiera sido lo que él quería. Volví a escucharlo reír con la sensación de que lo hacía tan poco como yo.

—Eso estaría bien, pero no porque me molestes, sino para que te concentres. Céntrate en lo que voy a decirte, aunque te parezca absurdo. Verás cómo después te sientes mejor. —Se acomodó acoplándose perfectamente a su figura. Lo sentía en todas partes. Definitivamente, relajada no estaba, parecía más bien un palo de escoba—. Relájate, respira con suavidad, visualiza tus problemas y deja que el cielo los absorba. —Traté de hacerlo sintiéndome algo más relajada en el intento—. Eso es, busca una nube, la que más te guste, y deposítalos en ella. El viento se encargará de empujarla hacia él y fundirlos en el calor de este atardecer. —Busqué una que me pareció perfecta—. ¿La tienes?

—Sí, es esa, parece lo suficientemente resistente y rápida. Mis problemas pesan mucho y, con la suerte que tengo, no puedo arriesgarme a que perforen la nube y le caigan a algún pobre desgraciado encima.

Jordán volvió a reír. Prefería parecerle graciosa a sus enfados por acosadora.

—Me parece una buena opción. Lo estás haciendo muy bien, chica lista. —Me gustaba que me llamara así, me hacía sentir especial, aunque no lo fuera. Su voz me consolaba—. Mañana volverá a brillar el sol para ti en un nuevo amanecer donde los problemas serán mucho más ligeros. Te cargarás de energía con los primeros rayos para afrontar con valentía los nuevos retos que se te presenten. Y si alguna vez vuelves a sentirte tan mal como hoy, volarás hasta aquí con tu mente, a esta azotea, a este pequeño rincón entre mis brazos, para volver a descargar tu mochila y hacerla más ligera.

Me apoyé contra él en total confianza, notando los rítmicos latidos de su corazón en mi espalda, buscando el sosiego que me transmitía, aunque fuera una quimera. Y me dejé llevar por sus palabras, lanzando mis agonías, miedos e inquietudes hacia las nubes, quienes las transportarían como él me había dicho hasta hacerlas perecer.

Pasamos un buen rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos, hasta que la noche se cerró y las estrellas salpicaron el cielo en un manto incandescente.

—Ya es de noche y tus padres deben estar preocupados. Vamos a mi piso y desde allí los llamamos para tranquilizarlos, ¿te parece?

—Puede que a mi madre le dé un paro cardíaco de la alegría si le digo que estoy contigo, pero dudo que mi padre se ponga a dar brincos.

Sonrió contra mi pelo.

—Tal vez no sea el ángel salvador que Andrés hubiera querido para su pequeña, pero a veces las cosas son como son y no tenemos más remedio que aceptarlas como vienen.

Me moví sin muchas ganas, levantándome en el estrecho espacio en el que estábamos apostados, y ayudé a Jordan a incorporarse, pero calculé mal y mi pie trastabilló en el borde. Sus reflejos nos libraron de una dolorosa caída, tiró hacia mí encerrándose en su pecho para que no cayera. Levanté la mirada en señal de gratitud y me sorprendí al ver su rostro descender sobre el mío dejando morir las palabras en mi garganta.

Al primer contacto de nuestros labios, pensé que iba a convertirme en cenizas igual que los vampiros bajo el primer rayo de sol. Fue tan dulce y especial que quise eternizar el instante. Las plácidas pulsaciones que me habían acunado antes se habían vuelto mucho más fuertes y rápidas bajo las palmas de mis manos.

Los firmes y mullidos labios se movían con destreza y cuando separé los míos porque me faltaba el aire, noté el primer roce de su lengua, que casi me dejó sin sentido. Supe que podía morir en paz. Quería saltar de la alegría y, al mismo tiempo, no parar de besarlo. Él y solo él me estaba dando mi primer beso, y no podía ser más perfecto. Saqué mi lengua con timidez, no quería fallar y cuando ambas se encontraron, los dos jadeamos y me supo a gloria. No había asco o temor, solo un hormigueo desatado que calentaba mi cuerpo pidiendo más. Él se detuvo sin más, se separó rompiendo el contacto dejándome con la boca abierta y la lengua fuera. Menudo espectáculo. La cerré *ipso facto* para que no me viera haciendo la merluza.

Abrí los ojos con pesadez y lo vi tan confundido, que supe al instante que se arrepentía de lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Me llené de pena, aunque desterré rápido el sentimiento, pues así no era como quería estar después de mi primer beso.

—Candela, yo...

Esta vez fui yo quien lo silencié con mis dedos.

—No pasa nada, lo sé, y aunque para ti no haya significado lo mismo que para mí, te lo agradezco. Lo atesoraré para siempre en mi recuerdo.

Él sonrió algo más relajado.

—Te lo recordaré cuando sea un viejo de ochenta y tú una jovencita de setenta y dos. —Dio un

salto para bajar y estiró los brazos para que yo hiciera lo mismo. Sin dudarlo, me lancé a ellos y, sin vergüenza, le di un pico del cual no se retiró. Después, le guiñé un ojo.

—Esta es la propina, viejo verde.

Él soltó una carcajada y ambos fuimos hacia el ascensor. Mi aventura con Jordan había transformado mi día en el mejor de mi existencia.



—¿Que está contigo? Menos mal. Ahora mismo se lo digo a Andrés y vamos para allá, tiene a todos sus hermanos buscándola como locos por la ciudad. Sí, no te preocupes, iré con él, así me aseguraré de que no te asesine y podré ponerlo al corriente de lo ocurrido en el camino. Gracias por llamar, Jordan, te debo una.

Nada más colgar, llamé de inmediato a Andrés. Le dije que detuviera la búsqueda, que sabía dónde estaba la niña y que pasara a buscarme lo antes posible. Insistió en que le dijera el sitio, pero preferí, como le aseguré a Jordan, que viniera a recogerme y ponerlo al día de lo sucedido por el camino. Así cuando llegáramos estaría más calmado.

Creo que lo logré, por lo menos, cuando subimos y sus ojos se encontraron con la silueta del futbolista, no tuvo intenciones de llevar sus manos al cuello para estrangularlo. Le estrechó la mano y Jordan nos dio paso sin mayor problema.

Era un piso precioso, de esos que parecen sacados de una revista de decoración. Espacios amplios, líneas depuradas, colores sobrios y algunos elementos que lo hacían hogareño, como una chimenea de gas y una alfombra peluda situada en el suelo que llenaba de color la estancia.

—Está en la terraza —anunció sin apartar la vista de mi chico—. Si te parece, Esmé y yo os dejamos solos. Es mejor que hables con ella, ahora está mucho más tranquila que cuando la encontré. No sé cómo lo verás, pero merece una explicación por tu parte de lo que está ocurriendo.

Andrés asintió.

—Gracias, Jordan. Yo también creo que necesitamos hablar y veo bien que sea a solas, ¿te importa? —preguntó mirándome a mí.

—Para nada, ve tranquilo.

Caminó hasta la cristalera, abrió las puertas y se acercó a Candela, que estaba apoyada en la balaustrada.

—Me he tomado la libertad de prepararte un *old fashioned* en la cocina. Espero que no te importe que lo haya hecho, pensé que te sentaría bien dadas las circunstancias —intervino Jordan,

que llevaba las manos en los bolsillos.

—Para nada, creo que ahora es justo lo que necesito para templar los nervios. No estábamos seguros de que hubiera cometido alguna estupidez o de que se hubiera topado con alguien lleno de malas intenciones. Ya sabes cómo está la cosa últimamente con el tema de los abusos a menores. Da miedo dejar a las niñas solas en la calle.

—Por suerte, dio conmigo.

—Sí, ha sido una verdadera suerte. Gracias Jordan por llamarme y encargarte de ella.

—No hay de qué.

Me guio hasta la cocina, que seguía el mismo estilo del piso. Sobre la barra de Silestone negro había dos vasos exactos y una cereza en cada uno.

—¿También te gusta ese cóctel?

—Desde la noche en la que lo saboreé en tus labios, creo que no bebo otra cosa —respondió sin tapujos.

No quería que la conversación fuera por esos derroteros.

—Esto, Jordan, yo...

—¿Encontraste mi regalo? —me interrumpió acercándose la copa.

Bebí y asentí.

—Sí.

—Espero haber acertado con la talla.

—Lo hiciste —admití.

Él jugueteó con la cereza y se la llevó a la boca.

—Ya veo, así que... ¿jugasteis?

No estaba muy segura de querer mantener esa conversación con él, pero tal vez fuera necesaria para aclarar las cosas de una vez por todas.

—Jugamos —le reconocí.

—¿Y? —Alzó las cejas.

—Y Andrés es capaz de darme todo lo que necesito.

Dio un trago largo.

—Mmmmmm, fíjate que hubiera apostado a que era incapaz de hacerlo. He de admitir que no daba un duro por él como sumiso, no lo veo implorando tus atenciones con la fusta.

—Puede que te equivocaras con nosotros. Aprovecho que hayas sacado el tema para decirte que agradecemos tu oferta, pero vamos a declinarla. Queremos ver cómo nos va juntos y solos.

Jordan avanzó como un depredador y me arrinconó contra la barra.

—Sabes que Andrés no es un verdadero sumiso igual que lo sé yo, no puede cumplir tus necesidades de ama. En cuanto lo comprendas, vas a necesitarme. —Apretó el cuerpo contra el mío—. Todavía no te has dado cuenta de la cantidad de cosas que necesitas y quiero demostrártelo. El viernes daré una fiesta aquí. Quiero que vengas, que te pongas el atuendo que te regalé y que me hagas una auténtica doma. Que tu ama interior vibre en plenitud. No te asustes. —Me recolocó un mechón de pelo—. Ya te dije que lo nuestro no es amor, es solo sexo y atracción. Te necesito como dómina y tú a mí como sumiso. —Bajó la cabeza impactando contra mi boca, pero yo lo empujé.

—No, Jordan, te confundes. Eres un chico guapísimo y estoy segura de que encontrarás a otra chica que necesite dominarte según tus necesidades, pero esa no soy yo. Andrés y yo estamos bien y no hay sitio para ti en nuestra ecuación.

—Te estás equivocando, ama M, y algo en tu interior te dice que es así. Dejaré tu nombre en la puerta y si escuchas a tus verdaderos anhelos, vendrás.

—No lo haré —me ratifiqué.

—Eso ya lo veremos. —Se distanció y volvió a beber de su copa.

—Te agradecería que mantuvieras las distancias, me encantaría que fuéramos amigos, pero si no aflojas, va a ser imposible.

Él elevó los hombros.

—Como desee, ama. Solo trataba de hacerle entender que mantenerse encerrada en el armario solo sirve para que cuando se abran las puertas, el sentimiento se vuelva incontrolable. Es mejor asumirlo y entrar en comunión con uno mismo que negarse a la realidad. Pero usted misma, lo haremos como quiera. —Clavó una rodilla en el suelo y levantó la barbilla—. Me hubiera gustado que tuviera una transición amable, pero no pasa nada, esperaré el tsunami de dominación con los brazos abiertos, dispuesto a ser engullido y arrastrado por él.

—Pues espéralo sentado, igual te haces viejo haciéndolo. —Me di la vuelta y vi la silueta de Candela en la puerta. Esperaba que no hubiera escuchado algo inapropiado.

—Cariño, ¿estás bien?

Movió la cabeza afirmativamente mirándome a mí y después a Jordan, quien ya se incorporaba con una expresión meditabunda. Quería que se diera cuenta de que lo que planteaba era imposible.

—Venía a buscar un vaso de agua, aunque casi que prefiero irme ya. Lo beberé en casa, que es tarde y mañana tengo instituto.

—Como quieras. —Fui en su busca y la tomé por el hombro.

—Gracias por el cóctel, Jordan, y por rescatar a Candela.

—Siempre es un placer obedecer —respondió agachando la mirada.

Candela tuvo una contracción involuntaria de los músculos, como un espasmo que la aferró más a mí.

—No hace falta que nos acompañes, sabemos dónde está la puerta.

—Como gustes. Hasta pronto, espero. —No le respondí—. Candela —suspiró a modo de despedida.

Al escuchar su nombre, la pequeña se encogió de nuevo. Demasiadas emociones en una tarde, era mejor llevarla a casa y que descansara.



—¿Qué tal fue vuestra conversación? —Había preparado una bañera humeante para que ambos nos relajáramos. Esme estaba sentada delante de mí y yo le enjabonaba el pelo con extrema lentitud masajeando el cuero cabelludo con pericia, mientras saboreaba el instante de intimidad—. Mmmmm, podría pasarme el resto de mis días así.

—Pues hazlo, nos quedaremos en remojo hasta que las arrugas provocadas por el agua sean las propias de la edad. Nuestro epitafio dirá: «Murieron como pasas durante un baño de amor que duró años».

Rio ante la tontería. Me gustaba parecerle divertido y provocar sonrisas en ella.

—Anda, cuéntamelo antes de que me momifique.

Exhalé un suspiro.

—Mi hija me achaca que durante años pasé de ella y la dejé en las garras de su materialista madre. Traté de explicarle por qué lo hice sin dejar en mal lugar a Lola, o al negrero de su padre, pero cada vez se me hace más cuesta arriba. No sé cómo hacérselo entender sin ponerla en contra de ellos.

—¿Y no crees que ha llegado el momento de simplemente contarle la verdad? Candela es una niña muy lista y despierta. No se trata de ponerla en su contra, sino de contarle lo que sucedió,

explicarle cómo lo viviste y darle los motivos que te llevaron a tomar esa determinación. No creo que a estas alturas se sorprenda demasiado con la verdad. Me parece que está lo suficientemente preparada para escucharte. Estás postergando una conversación que tarde o temprano deberás mantener con ella y, bajo mi punto de vista, cuanto antes lo hagas, mejor para los dos.

—No sé. Lo único que me prometí es que trataría de que la separación no la afectara y parece que he fracasado también en eso. Dudo que revelar la verdadera historia la ayude, quizás lo complique todo más de lo que ya está. —Detuve el masaje y dejé caer los brazos en el agua. Ella aprovechó para cambiar de posición y ponerse frente a mí. Esta vez fue Esmeralda quien me puso las manos en los trapecios y trató de liberar la tensión que los mantenía rígidos.

—Has estado callado durante demasiado tiempo y eso no es bueno, ni para ti ni para ella. Si a mí con catorce años me hubieran dado a elegir entre saber quién era mi verdadero padre o nadar en la ignorancia, te garantizo que habría elegido saber la verdad, aunque doliera, porque eso me habría hecho entender muchas cosas que se me escapaban. Puede que me equivoque, pero creo que a tu hija le ocurriría lo mismo.

—Tengo que pensarlo, no es una decisión fácil.

—Tómate tu tiempo, no va a venir en dos días o una semana —puntualizó cuando mis ojos se llenaron de angustia al pensar en cuarenta y ocho horas—. Por cierto, yo también aproveché el momento para aclarar las cosas con Jordan y le dije que no íbamos a necesitarlo.

Arqueé las cejas complacido de que por fin se diera cuenta de que no lo necesitábamos en la ecuación.

—¿Y cómo fue eso? —Quería entender cómo había ido la conversación, aunque el resultado era lo importante.

—Pues me preguntó por el regalo y le dije que lo había usado contigo y que ibas a ser el único con quien lo iba a utilizar.

Sonreí malévolamente acercándola a mis labios.

—Me gusta cómo suena eso.

—Y a mí.

—¿Quieres que juguemos otra vez con él? ¿Te apetece dominarme, ama M? —murmuré sugerente raspándole la barba contra el cuello.

Ella emitió una risita.

—Imposible, le pedí a Adán que lo llevara a la tintorería, la braga estaba hecha un desastre. Aunque si quieres, puedo atarte a la cama y que el cuero que te cubra sea mi propia piel. —Mi miembro se alzó ante la idea, empujando en su estómago. Ella bajó la mano y lo acarició sin prisa—. Creo que por aquí abajo apoyan la moción —argumentó juguetona.

Yo gruñí deseando que lo hiciera con más fuerza, el agua restaba sensibilidad al movimiento.

—Creo que a quien van a apoyar es a ti contra todo el mobiliario del cuarto como sigas haciendo eso.

Su mano no cesó provocadora, apretándome con mayor dureza, cosa que agradecí.

—¿El qué? No le entiendo, Mr. Star, deberá ser más explícito. —Sus pestañas negras aletearon húmedas. Tenerla desnuda, insinuante y haciéndome una paja submarina embotaba mi capacidad de pensar.

—No se preocupe, señorita M. —Hice que me agarrara de la nuca y enroscara las piernas alrededor de mi cintura para alzarme de la bañera con ella chorreante. Por suerte, era ancha y no nos habíamos quedado encajados en ella—. Pienso ser tremendamente explícito, no le cabrá ninguna duda al respecto.

Le devoré la boca y al sitio más lejano al que llegamos fue al suelo del baño cubierto por una toalla para no resbalar. Allí la poseí con todo el hambre que sentía para que cualquier incertidumbre pudiera quedar resuelta.

Capítulo 26



Estaba algo nerviosa, aunque intentaba que no se me notara. El traje de azafata era algo estrecho, lo que limitaba mis movimientos; ya podrían habérmelo dado con pantalón, pero así los capullos que iban montados y armados hasta los dientes no habrían disfrutado de las vistas.

¡Qué asco me daban!, y yo con esa sonrisita falsa autoimpuesta riéndoles las gracias igual que mi compañera. Puede que fueran agentes de la CIA, pero con la pinta de cerdos que tenían y las guarradas que soltaban, hubiera apostado a que eran mercenarios.

—No sé cómo aguantas esto —me quejé a la pelirroja, que volvía a repasar sus labios con pintura roja.

Ella emitió una risita floja.

—Fácil. Es un trabajo menos cansado que los vuelos comerciales, pagan mucho más y te diviertes de lo lindo.

—Pues lo pasarás bien tú, aguantar a esos gilipollas no tiene precio —resoplé.

—Mujer, alguno no está tan mal. Además, si les haces un servicio completo en la habitación del fondo, suelen ser bastante generosos. Míralo como que estás colaborando en un asunto de seguridad nacional. Sirves a tu país teniendo contentos a quienes lo protegen. —La miré con sorpresa, ella se limitó a recolocarse las tetas y bajar un poco más el escote de la blusa. No me extrañaba que después muchos dijeran que las azafatas eran mujeres objeto. Con casos como el de la pelirroja, se echaban por tierra miles de luchas por dignificar a la mujer y darle el lugar que correspondía.

Cuando entró por el pasillo contoneándose para tomar nota de lo que querían para cenar, yo ya estaba liada con las bandejas y dispuesta a ponerles la dosis de narcótico que iba a dejarlos *KO*. El plan era simple, un poco de droga y yo podría bajar a la bodega y dar el cambiazo guardando la pieza en mi maleta vacía.

Mindie, que así se llamaba mi compañera de altos vuelos, cayó sobre el regazo de uno de

ellos, que sacudió la cabeza entre sus generosos pechos argumentando que eso era lo que él quería cenar. Pensé en intervenir, pero la pelirroja no parecía nada molesta, al contrario, lo incitaba a que siguiera con la mamografía profunda mientras el resto de agentes la jaleaban. Logró levantarse con un par de botones desabrochados que no trató de recomponer. Me recordó a un pedazo de carne de los que cuelgan en el mercado.

Tal vez fuera mejor así. Mientras ella paseaba arriba y abajo como distracción, yo podía inyectar el compuesto en la carne y el pescado; era donde menos se notaría gracias a la salsa.

Cuando regresó, tenía el pintalabios corrido, señal de que alguno también la había morreado.

—Me han preguntado por qué no sales. Al parecer, a algunos les van las rubias de pocas curvas.

—Te los dejo mejor a ti, yo no quiero un sobresueldo. De hecho, creo que terminaré con este servicio y no me veréis más el pelo.

Mindie rebufó.

—Sois todas unas flojas. Por lo menos, pon buena cara, con ese gesto tan agrio seguro que se les indigesta la cena.

—Pues si quieres dulzura, mejor se la sirves tú. Yo paso de sonreír a una panda de babosos sin escrúpulos.

—¡De eso nada! A ver si te piensas que por no follar no vas a trabajar. Yo ya he tomado nota, te toca llevarles el carrito.

Eran un total de cuatro hombres y un quinto que estaba en la bodega, además del piloto, el copiloto, Mindie y yo. Cogí el papel que me pasó y preparé el pedido. Tenía las bandejas perfectamente preparadas, y dos separadas para el piloto y copiloto, pues ellos tenían que seguir despiertos. Que se durmieran en pleno vuelo no era muy buena idea.

Todos los que iban en el avión eran agentes secretos de la CIA de distintas nacionalidades. Paramilitares entrenados para misiones de riesgo, pero con aspecto de mercenarios sin escrúpulos. A veces el gobierno de Estados Unidos hacía unas ventas un tanto particulares y esa parecía una de ellas.

Salí con el carrito al pasillo. Los cuatro se pusieron a silbar y a mí me dieron ganas de lanzarles el carro a la cabeza. Los miré con cara de pocos amigos y no pareció importarles.

Noté algún que otro roce fuera de lugar que me hizo apretar los dientes y cuando llegué al que había sobado a Mindie y trató de alcanzar mi cintura para darse otro festival de tetas, empujé el carrito y le pisé el pie con la suficiente fuerza como para que desviara las intenciones.

—Pero ¿a ti que te pasa? —se quejó enjuto, con gesto molesto.

—A mí nada, pero si quieres pechuga, deberías haber pedido pollo en lugar de pescado.

Las risotadas de sus compañeros lo envararon.

—Mira, guapita, a ti te pagan para que nos sirvas y si quiero comerte las tetas, pues te las como.

—Eso no entra en el menú, al igual que no entra una bebida que te devuelva parte del cerebro que perdiste al nacer. Si no quieres terminar con la comida por encima, déjame hacer mi trabajo como yo te dejo hacer el tuyo. Soy azafata, no puta. Y tú eres agente de la CIA, no mi chulo.

El que quedaba a mis espaldas dijo admirado:

—La rubia tiene carácter, seguro que folla igual de bien.

—Esta rubia es una malfollada —espetó el que no dejaba de provocarme—, eso es lo que le pasa. Pero no sufras, nena, que después de cenar te pegaré unos cuantos tiros con la metralleta para que se te pase la mala leche.

Lo miré con disgusto.

—¿Disculpa? A mí no me van los tíos de mecha corta y gatillo rápido, así que dudo que puedas hacer algo para aliviar mi mal humor con eso que tienes entre las piernas. —La risotada de los compañeros fue acorde con el cabreo monumental que lucía el barbudo—. No pierdas el tiempo. Mejor diviértete con mi compañera, que a ella parece no importarle que tengas más boca que pito.

—Te vas a enterar —dijo levantándose, pero el que iba sentado a su lado lo frenó devolviéndolo al asiento.

—Déjala, Hakim, ¿para qué vas a tirarte a una que no quiere cuando tienes a otra bien dispuesta que te la comerá doblada?

Solté las bandejas lo más rápido que pude y regresé a mi puesto junto a Mindie, que estaba cruzada de brazos con los morritos fruncidos.

—Hasta que no le has puesto de mal humor no has parado, ¿eh? Yo facilitándote el trabajo y tú jodiéndome el mío.

—¿Cómo?

—Pues que ya les he llevado las bandejas a los pilotos y tú pones de mal humor a Hakim, que es de mano rápida y sangre caliente. Como me golpee por tu culpa, te arrancaré cada mechón de tu perfecta melena rubia.

—¿Cómo dices? —inquirí con el corazón desbocado mirando las bandejas que había en la cabina. Me perdí desde el instante en el que nombró bandejas y pilotos en la misma frase.

—Encima de rubia, tonta. Pues que te arrancaré...

No la dejé ni terminar.

—¡No, eso no! ¡¿Has mezclado las bandejas?!

—¿Mezclado? ¡No! Solo se las he llevado porque tenían hambre. Además, no era muy difícil, todas eran de pollo. —¡Oh, mierda! ¡Ahora no sabía cuáles les había dado a los pilotos! Las había movido de sitio amontonándolas para coger la suya—. Anda, baja a la bodega y llévale esa a Andrei. Ese cosaco come como un animal, me da un repelús.

Debía activar el plan b, no podía arriesgarme a bajar y que la bandeja no llevara somnífero.

—Antes voy al baño. Y después la bajaré junto con la mía, prefiero cenar con él que quedarme aquí arriba.

—Como quieras. El ruso no es mi tipo, demasiados tatuajes. Me dan grima.

A mí lo que me daba grima era su poca cordura. Definitivamente, esa mujer tenía el cerebro dividido entre las bragas y los militares.

Fui al baño y preparé un inyectable. Si no podía ponérselo al pollo, debería pincharlo directamente a él. Eso no me gustaba porque implicaba un riesgo que no quería tomar. Todo debería haber ido como la seda, pero claro, ahí estaba la descerebrada de Mindie para complicar las cosas.

Coloqué la jeringuilla en la parte trasera de la cinturilla de la falda y recé para no ser yo quien se la clavara. Con suerte, el chaleco la taparía lo suficiente para que no se viera.

Mindie había desaparecido sentándose con el resto de pasajeros para convertirse en el alma de la fiesta. Yo bajé las dos bandejas restantes apiladas, una sobre la otra. Por suerte, iban con tapa, aunque bajar por aquellas escaleras empinadas con las manos ocupadas y aquella tortura de falda no iba a ser tarea fácil.

No había llegado ni al segundo escalón cuando unas fuertes manos me tomaron de la cintura. Noté el sudor deslizándose por la parte posterior de la camisa y recé porque los escasos milímetros que separaban esos dedazos de la jeringuilla no desaparecieran y fuera descubierta.

Descendí con prudencia encontrándome de frente con Andrei. El ruso daba auténtico miedo. Tenía una figura imponente, medía cerca de dos metros de alto por dos de ancho, iba completamente rapado, con la calva cubierta de tatuajes que reptaban desde su espalda, y unos pequeños ojos muy vivos que parecían darse cuenta de todo.

—Muchas gracias —suspiré. Había dejado caer la metralleta que llevaba colgando en un lateral del cuerpo. Era poco menos que intimidante, aunque yo estaba habituada a toparme con tipos como ese en mi anterior vida. Se limitó a inclinar la cabeza—. ¿Te importa si ceno aquí abajo contigo? Tus compañeros son demasiado... Cómo decirlo sin que parezca una ofensa... Capullos. Sí, no hay una palabra que los defina mejor. Disculpa por la expresión. Si no te incomoda, preferiría cenar con alguien que no estuviera todo el rato tratando de arrancarme las bragas. —No sonrió, no dijo que sí ni que no. Se limitó a sentarse sobre una caja asumiendo mi

compañía—. Hombre de pocas palabras, ¿eh? No importa, así cenaremos más tranquilos.

Ocupé otra de las muchas cajas que había en la bodega y miré con disimulo como si no supiera qué contenían, cuando en realidad sabía con exactitud qué había en el interior de cada una.

Él apenas levantaba la vista del plato, lo que me facilitó comer sin tocar el pollo. Al ver que rebañaba el suyo, intuí que no había tenido suficiente. Un armario como ese seguro que necesitaba más comida y si le daba el mío tenía más probabilidades de que uno de los dos contuviera narcótico.

—Si quieres, puedes comerte mi pollo. Soy vegetariana. —Me acerqué con cautela y le di el plato. Él me miró entrecerrando los ojos, pero lo terminó aceptando. En dos bocados, se había zampado el muslo y yo apenas me había sentado para jugar con el yogur—. Tu trabajo tiene pinta de aburrido, ¿por qué no estás arriba con el resto?

—Alguien debe vigilar la mercancía —pronunció con un acento gutural.

—Ya veo. Entonces mientras ellos se divierten, tú trabajas. No parece un buen trato, es un poco injusto, ¿no? —coquetteé. La droga no parecía estar haciéndole efecto, tal vez había dado con las dos bandejas reservadas para los pilotos. Esperaba que no fuera así o entonces sí que sería un problema.

—Cada uno tiene una función, igual que tú y tu compañera.

—Cierto, yo trabajo y ella se los trabaja. —Vi un amago de sonrisa en los ojos negros—. No sé cómo puede, yo no soy así. Para estar con un hombre, ha de gustarme de verdad. Me gustan altos —argumenté dejando la bandeja y poniéndome en pie—, fuertes —di un paso hacia él y los ojos brillaron con admiración—, tatuados. —Me pasé la lengua por los labios con apetito—. Y de pocas palabras. —Había llegado hasta él. Le retiré la bandeja y me coloqué entre sus piernas. Empecé a desabrocharme el chaleco con una sonrisa invitante y lo lancé a un lado. Después, fui sacándome la blusa con lentitud, necesitaba dejar libre la cinturilla. Cuando ya tenía agarrada la jeringuilla, emulé que me lanzaba hacia él para besarlo, pero el muy cabrón interceptó mi mano con unos reflejos poco propios de su tamaño.

—Yo de ti no haría eso, ha sido una mala idea. —Traté de forcejear, pero contra un hombre así poco podía hacer. Pensé en mis hijos, en Jon, mi hermano, Joana, en todos los que había querido con el alma y que iba a dejar atrás, aunque no lo haría sin pelear.

Sabía que no iba a salir de allí con vida y que acababan de descubrirme, pero iba a morir con las botas puestas y a sabiendas de que lo había intentado hasta el último minuto.

La inclinación del avión comenzó a cambiar de repente. Andrei abrió mucho los ojos.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—No importa, hoy es tu último viaje. Yo moriré, pero tú también lo harás —anuncié convencida de que era así. Ahora ya estaba segura de que el somnífero se lo habían tomado los pilotos y no el ruso. Seguí con los intentos de forcejeo, pero rápidamente me vi inmobilizada

contra el suelo. No había una maldita esperanza para nosotros.



—¿Desaparecido? ¿Cómo que el avión ha desaparecido? —Al teléfono estaba mi infiltrado de la CIA llamándome desde los Estados Unidos.

—Estaba sobrevolando el Atlántico cuando notamos que comenzaba a perder altitud. Nuestro hombre intentó ponerse en contacto con el comandante sin éxito. Todavía no sabemos qué pudo pasar, todo apunta a un fallo del aparato tanto de comunicación como de los comandos. Parece que el avión cayó en mitad del océano, cerca de la costa norte de África, aunque las corrientes pueden haber desplazado el aparato. Al ser una operación secreta, el gobierno ha enviado algunos efectivos a rastrear la zona en busca del fuselaje, la carga y la caja negra. Los cadáveres son lo que menos nos importa en este momento.

—¡Mierda! —Cogí la copa de vodka que tenía en las manos y la lancé contra la pared, haciéndola estallar en mil pedazos.

—No se preocupe, señor. Tarde o temprano, daremos con el cargamento.

—¿Y si no es así? —cuestioné.

—Tenemos órdenes de volver a producir la pieza lo antes posible, aunque nos supondrá unos meses de demora.

Apreté las sienes con los dedos. No contaba con que las cosas pudieran salir tan mal.

—Está bien. Manténme informado con lo que sea. —Estaba de muy mala leche, necesitaba desahogarme de inmediato. Fui a la habitación y saqué a mi clon de la jaula para atarla a la cruz.

Sin mediar palabra, me quité el cinturón y la golpeé con saña. La carne se abría y los gritos se sucedían en una cadencia liberadora. No me detuve hasta que fue un amasijo de sangre y músculos. Me dio igual que su preciosa piel quedara cubierta de horribles cicatrices tras la golpiza, solo tenía ganas de deshacerme de la desagradable sensación de fracaso absoluto que tenía. Cuando el cuerpo dejó de moverse y de emitir sonido alguno, fui hasta la biblioteca, donde estaba Verónica con una de las chicas del servicio.

La puse directamente contra el escritorio, le rompí las bragas y la follé hasta estallar en su interior. La criada ni se inmutó, pues estaba acostumbrada a mis ataques de ira, y siguió limpiando la biblioteca como si tal cosa.

Algo más calmado, me separé de ella. No se había corrido, pero tampoco me importaba.

—Vístete y recoge tus cosas, regresamos a Barcelona. —Me di la vuelta y salí de la estancia. Iba a costar que me repusiera de ese duro revés.



Dejé pasar hasta el jueves y decidí que lo mejor era ir a buscar a mi hija para narrarle qué habían supuesto para mí los años de convivencia con su madre. Lo hablé en varias ocasiones con Esmeralda y determinamos que era lo mejor.

Fui hasta la puerta del instituto, donde la encontré charlando despreocupada con sus amigas. Se la veía realmente bien, parecía la Candela de siempre, sin nada que la afligiera como el otro día.

Esperé a que el grupito se disolviera y solo quedara ella, que se ajustó la mochila al hombro, se puso los auriculares inalámbricos y echó a caminar.

Hice un *sprint* y golpeé con suavidad en su hombro para no asustarla. Ella se dio la vuelta risueña y, al verme, su gesto se tornó algo más frío y distante.

—Hola, hija —la saludé. Ella se quitó los cascos y oteó por si alguien nos estuviera viendo. Estaba en esa edad en la que si tu padre te iba a recoger a la puerta del instituto, no quedaba demasiado bien. Por eso me había esperado a que no quedara nadie.

—¿Qué haces aquí? —Se envaró.

—Quería ver cómo estabas y pensé que podríamos ir a tomar un helado al sitio que tanto te gusta. Si te apetece.

Pareció dubitativa ante el plan que le proponía, a mi hija le pirraban los cucuruchos.

—Ya he terminado los exámenes finales, así que no tengo que estudiar. Me parece bien, pero tengo que mandarle un wasap a mamá para que no se preocupe.

—Si no te importa, dile mejor que vas a dar una vuelta con tus amigas. En el punto en el que estamos, no creo que le sienta bien que nos veamos fuera del régimen de visitas estipulado. —Por un momento, creí que no lo haría, pero al final aceptó. Cogí el coche y la llevé a nuestro rincón de siempre, una de las mejores heladerías de plaza España.

Nos sentamos en una mesita de hierro blanco forjado y, mientras mis ojos se recreaban en la preciosa mujercita en la que se había convertido, el nudo de mi pecho se hacía cada vez más presente al intuir que debía arrancar con la conversación. Los alegatos en los juicios me ponían menos nervioso que enfrentarme a mi pequeña.

Tomé aire y me lancé al vacío.

—Candela, si te he traído hoy aquí, es porque creo que eres lo suficientemente madura como para llegar a comprenderme un poco. Puede que no haya sido el mejor padre del mundo y no me

voy a escudar en eso de que nadie me enseñó a serlo, porque sería un pretexto demasiado pobre y fácil. —Ella me miraba degustando la bola de nata y chocolate sin decir nada—. Cuando fui por primera vez al ginecólogo, entendí que el latido de tu corazón sería lo que más me emocionaría escuchar a partir de ese momento. Ningún grupo en concierto se le podía asemejar. Escucharlo fue mágico, como si a partir de ese instante, tomara conciencia de que verdaderamente estabas ahí. Lógicamente, estaba acojonado. Era muy joven, solo tres años más mayor que tú ahora y no sabía si sería capaz de cuidarte como habían hecho mis padres conmigo, aunque me juré poner todo el empeño del mundo. —Candela sonrió y vino otro *flash* a mi memoria—. Tras tu nacimiento, momento de un terror indescriptible porque juro que parecías uno de esos Gremlins que han comido después de medianoche y salen del huevo...

—Papá —protestó. Habíamos visto esa peli juntos un fin de semana que quise rememorar grandes clásicos del cine.

—Es cierto, venías recubierta por una cosa blanca que... puaj. Y tus cacas eran de un color que... ughhhh. Pero una vez limpiita, aseada y con ese conjuntito que tejió tu abuela Manuela especialmente para ti, te convertiste en una muñequita adorable. Volví a darme cuenta de que además de quedarte con mi sonido favorito, lo habías hecho con la imagen más bella de la tierra y que solo quedó opacada cuando me sonreíste por primera vez.

Su risa se hizo más amplia.

—Así, justo así. En ese momento, creí morir de la felicidad más absoluta, que duró hasta tu primera caída donde creí que la vida se me iba con ella. —Mi hija me miró con ternura—. No sabía cómo calmar tu llanto incontrolable tras haberte convertido en la primera niña-unicornio del planeta. Deberías haber visto el huevo multicolor que te salió en la frente. —Candela volvió a echarse a reír—. El primer chichón se me quedó grabado a fuego, tratabas de dar tus primeros pasos sin ayuda cuando el maldito patito de goma se cruzó en tu camino y lo siguiente que vi fue tu frente contra el canto de la mesita del café. Mi enfado y mi impotencia fueron tales que confieso que cometí *paticidio* al tirarlo a la basura, pues no quería que nada ni nadie dañara a lo más precioso que tenía en el mundo.

—Oh, papá —suspiró.

—Es verdad, fue mi primer y único asesinato, y volvería a hacerlo una y mil veces para asegurarme de que no te saliera un nuevo cuerno. —La carcajada sonó como música para mis oídos. Se me daba bien el humor negro para aligerar las situaciones—. Por aquel entonces, trabajaba mucho, muchísimo, tanto que cuando llegaba a casa, mi mayor dolor era saber que ya estabas durmiendo. De todos modos, era yo el que se levantaba para darte el biberón, porque puede que te viera poco, pero no quería perderme nada durante el tiempo que estuviera cerca de ti.

»Estaba agotado y aun así era mi momento favorito, con la casa en silencio y sintiéndote contra mi cuerpo. Te alimentaba y veía cómo te relajabas de nuevo con la tripita llena y tu maravillosa sonrisa en el rostro, esa que no quería que se apagara nunca. Siempre fuiste mi niña y aunque no me creas, no hay día en el que no piense en ti y sienta tu aroma contra mi pecho.

—Eso es muy bonito.

—Lo es, y es verdad, no miento. Cuando dijiste tu primera palabra, a todos les sobresaltó que fuera papá, pues conmigo apenas estabas, pero yo creo que me premiaste con eso para que entendiera que, aunque nos viéramos poco, para ti era tan importante como tú lo eras para mí.

—Siempre lo has sido, papá, aunque a mí puede que también me haya costado demostrártelo.

Eso era un avance. Me dio ánimos para proseguir con la conversación.

—Lo sé. Lo supe cuando me abrazaste conscientemente por primera vez. Aquel fue un momento mágico, la idea de que algún día pudiéramos separarnos y no poder gozar de ese gesto tan nuestro se me hizo intolerable, casi insoportable. Creo que por eso aguanté los turnos inhumanos, las pocas horas de sueño y la inexistente relación que había con tu madre. Tú eras el único motivo por el cual seguía allí, anclado a una realidad que me marchitaba por dentro, que me apagaba aniquilando la esencia de quien era. Cuando comprendí que estaba convirtiéndome en mi propia sombra y que pronto ni siquiera sería eso, me dije que no podía hacerte eso a ti, ni a mí.

»Tú merecías más, un padre del que sentirte orgullosa, y yo necesitaba recuperarme a mí mismo porque cuando se me quitaron las ganas de sonreír, supe que algo grave estaba ocurriendo. Con todo el dolor de mi corazón, tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida, que fue separarte de mi lado en mi día a día. No pretendo que me entiendas, aunque eso sería fantástico, pero sí que me perdones por no estar a la altura, por faltar cuando me necesitabas, por haberte fallado y no saber sobrellevar las cosas de otra manera. —Los ojos de Candela brillaban como dos aguamarinas—. Siento no haber sabido hacerlo mejor y que te hayas podido sentir ninguneada por mí cuando jamás fue mi intención.

»Te quiero más que a mi vida, hija mía, y si hubiera creído que tu felicidad radicaba en mi desdicha, te garantizo que habría aguantado carros y carretas junto a tu madre, pero estaba convencido de que, a la larga, no hubiera sido así y te habrías apagado tanto como yo.

La bola de helado se derretía entre sus dedos igual que las lágrimas fundían la coraza de sus ojos.

—Yo... no sé qué decir, papá.

—No hace falta que digas nada. Seguramente, necesitarás asimilar mis palabras, pero no quiero que dudes nunca del amor que siento por ti. Eso nadie va a cambiarlo nunca. Y, decidas lo que decidas, juro que respetaré tu voluntad. Haré lo que quieras en pos de que seas feliz y si ello supone que vivas con tu madre y cada quince días me visites, como hasta ahora, lo respetaré. Si es que quieres probar con la custodia compartida, también lo haré.

—¿Y si quisiera vivir contigo y ver cada quince días a mi madre? —Aquel revés sí que no lo esperaba.

—Pues entonces sería el hombre más feliz del mundo y lucharía con uñas y dientes si es eso lo que quieres. —Candela dejó caer el resto de helado sobre el plato, se limpió las manos y se lanzó a por el mismo abrazo que me dio por primera vez. O, por lo menos, yo lo sentí del mismo modo, uno en el cual nuestros corazones volvían a latir en sintonía, de esos que te cierran los ojos porque

sientes que la emoción que te embriaga es capaz de escapar a través de ellos y es mejor no dejar que suceda.

Aspiré con fuerza sabiendo que así era como tendría que oler siempre, a amor del bueno.

Llevé a Candela hasta casa y me despedí de ella en el portal, asegurándome de que entrara para que nada malo le ocurriera. Cuando fui a arrancar, recibí una llamada que no esperaba.

—¿Señor Estrella?

—Sí, dígame, soy yo.

—Le llamamos de la comisaría de Mossos d'Esquadra, donde puso la denuncia con la señorita Esmeralda Martínez por vandalismo.

—¡Ah, sí! ¡Por la moto!

—Exacto, creemos que tenemos una imagen de la persona que prendió fuego al vehículo. Hemos llamado a la señorita Martínez, pero no coge el teléfono y nos gustaría saber si usted puede pasar por aquí para darnos algún dato de quién puede ser.

—Por supuesto. Deme entre diez y quince minutos, depende del tráfico.

—Muy bien, pregunte por mí, soy la agente Duque.

—No se preocupe, agente. Voy en un momento.

Dudaba que pudiera reconocer al vándalo, pero por lo menos agradecería las molestias de los mossos de no dejar el asunto en saco roto.

Cuando llegué a comisaría, pregunté por la mosso que me había llamado. Me hicieron esperar cinco minutos, que fueron los que tardó la guapa agente en aparecer.

Tenía un pelo caoba oscuro y unos ojos verdes musgo que eran difíciles de olvidar. Además, el uniforme le sentaba como un guante. Si Esmeralda no se hubiera cruzado en mi camino, tal vez podría haberme fijado en ella.

—¿Señor Estrella? —preguntó estrechándome la mano.

—Sí, soy yo.

—Adelante, venga conmigo a mi despacho para visionar las imágenes.

Caminamos juntos y me hizo sentar a su lado para que pudiera ver mejor la pantalla del ordenador.

—Fíjese, ahí, justo ahí. —Un encapuchado con una sudadera negra vaciaba una pequeña lata de líquido inflamable alrededor de la moto. Parecía alguien delgado y, por la estructura física, no muy mayor. Diría que estaba nervioso, miraba de un lado a otro como si pudieran sorprenderlo

cometiendo la fechoría.

La cara no se percibía con claridad, llevaba una especie de braga por encima de la nariz que mantenía el rostro en el anonimato. Cuando se dio por satisfecho, sacó una cajetilla, prendió una cerilla, la lanzó contra el suelo y salió huyendo sin más. Algo llamó mi atención.

—Disculpe, agente, ¿podría hacer *zoom* sobre la imagen de la cajita de fósforos?

—Con mi ordenador, no; pero si cree que eso puede ayudarnos en la investigación, puedo pedirle a la unidad encargada que amplíen el plano.

—Se lo agradecería. No sé qué es, pero me resulta familiar.

—Tal vez sean de algún bar que frecuenta, del estanco o los del súper.

—No estoy seguro, pero ya sabe que, en cualquier cosa, la más tonta, puede haber un indicio.

—¿Policía? —preguntó curiosa.

—Abogado

Me premió con una sonrisa.

—Muy bien, abogado, cuando tenga la captura ampliada, lo llamaré para que venga de nuevo.
—Retiró la silla hacia atrás y se incorporó a la par que yo.

—Muchas gracias, agente Duque. Ha sido un placer. —Volvimos a estrecharnos la mano.

—Lo mismo digo, señor Estrella. Hasta la próxima.

Me monté en el coche con el runrún de que algo se me escapaba y que yo había visto esa cajetilla antes. Pero ¿dónde? Podría haber ido a mi piso a descansar, pero llevaba toda la semana durmiendo con Esme. No tenía ganas de estar en otro sitio que no fuera con ella, cada vez la sentía más dentro de mi pecho. No quería dormir en otro lugar que no fuera entre sus brazos.

Llegué a la casa y subí directamente a la planta superior para dejar la americana y deshacerme de la corbata. Escuché unas risas femeninas en el pasillo e imaginé que se trataba de mi chica charlando con Marilia. Seguro que estaban con el bebé.

La puerta de la estancia estaba abierta, así que simplemente me asomé.

Dentro no estaba Esmeralda, pero sí Marilia completamente desnuda y con una escultural rubia con quien practicaba un perfecto sesenta y nueve. Me costó reaccionar y cuando fui a hacerlo, una mano me agarró del hombro inmovilizándome.

—Hermoso, ¿verdad? No hay nada como contemplar dos cuerpos de mujer dándose placer, belleza en estado puro. Verónica y Marilia son puro fuego. —Era la voz de mi suegro, que me había cogido por sorpresa.

—Lo lamento, me confundí, pensaba que se trataba de su hija con Marilia.

—Interesante, no sabía que a mi pequeña también le gustara jugar con la niñera.

Sacudí la cabeza.

—No me refería a eso. —Su observación me agitó.

Él se echó a reír escuchando los jadeos de fondo.

—Lo sé, solo te tomaba el pelo, señor Estrella. Mi hija no está en casa, ha salido a pasear a su hermano. Si no te apetece unirme a la fiesta, tal vez quieras compartir un vodka conmigo.

No me gustaba ninguna de las opciones, pero, puestos a elegir, me quedé con la segunda. La canguro me miró seductora y se relamió antes de volver a engullir el sexo de su compañera.

—Un vodka estaría bien.

—Bajemos entonces y dejémoslas disfrutar.

Petrov tenía una energía oscura de las que caían como una losa, envolvente y pesada. No me soltó y bajó agarrado a mí como si fuéramos camaradas. No obstante, estaba convencido de que jamás llegaría a gustarme lo suficiente como para considerarlo de la familia. Había tratado de sacarle el tema de los robos a Esme de nuevo, pero la conversación parecía zanjada hasta nueva orden. «Todos tenemos un pasado —me dijo—, y yo quiero darle a mi padre su sitio y una oportunidad».

Había gente que tenía problemas con las suegras, en mi caso, los suegros parecían ser mi objeto de mala suerte.

—No sabía que llegaba hoy. —Intenté entablar una conversación cordial. Él sonrió.

—Nadie lo sabía. No estoy habituado a dar explicaciones de cuándo entro o salgo de mi casa.

Muy bien, marcando territorio. Yo, dueño; tú, intruso. Sí, señor.

—Claro, debe ser extraño para ti tener hijos en ella.

—Y un yerno —puntualizó—. Adán ya me ha dicho que has pasado la semana con Esmeralda.

—Espero que no le importe.

—Por favor, mi casa es tu casa, ya lo sabes. Me gusta que mi hija esté feliz. Vayamos al salón.

Nos sentamos cada uno en un sillón y Luka llamó a Adán para que nos sirviera un par de vodkas, que no tardaron en llegar.

—Ahora que estamos en confianza —murmuró agitando la copa—, dime una cosa, ¿lo pasasteis bien en mi cuarto? —inquirió sin disimulo. Carraspeé molesto, pues la pregunta se las

traía—. Disculpa, no pretendía hacerte sentir incómodo, pero me alegra que hayas dado ese paso por mi hija. Necesita a su lado un hombre que pueda cubrir todas sus necesidades y esas incluyen las actividades que se realizan en un cuarto como el mío. Y ya que Jordan resultó incapaz de saciar su apetito, espero que tú seas capaz de hacerlo. El sexo es muy importante en una pareja.

—¿Por eso le vi a usted con Jordan en un vídeo? ¿Es su pareja? —No pareció sorprendido, igual ya le habían ido con el cuento.

—En esta casa verás muchas cosas. El sexo a veces solo es sexo. ¿Te gustó lo que viste?

—No especialmente, él no parecía pasarlo demasiado bien —lo enfrenté.

—Ya. —Dio un sorbo y me miró con fijeza—. Mi mundo es complejo, a veces parece lo que no es. Te garantizo que Jordan sabe perfectamente lo que va a recibir cada vez que entra en mis dominios.

—¿Y es consensuado? —pregunté abiertamente.

Él me ofreció una risotada.

—¿De verdad crees que necesito violar a un jovencito, abogado? —Su mueca cínica y segura me dio la respuesta.

—Tal vez no, pero su cara...

—En el adoctrinamiento no hay placer sexual, no podías verlo porque no lo había. Se mueven otras emociones más profundas que colman otro tipo de necesidades. Si te interesa el tema, puedo dejarte libros muy buenos donde explican la satisfacción que siente un sumiso al ser adiestrado por un amo. La libertad de la entrega con la fe ciega de saber que, aunque se trate de un castigo, es lo mejor para él o ella, es liberador. —No creía demasiado en sus palabras—. Si aceptas un consejo, no quieras correr, Andrés. A veces, este mundo puede ser abrumador. Si quieres aprender a ser el sumiso de mi hija y que alguien te introduzca en este mundo como mereces, me ofreceré con gusto a hacerlo. He ayudado a muchos sumisos en el camino.

—Gracias, pero no. Creo que paso, aunque le agradezco la oferta. —Solo de pensarlo se me revolvían las tripas. Por todos los demonios, no quería ni imaginarlo. Menudo asco.

—Como gustes, mi oferta seguirá en pie por si algún día decides aceptarla. Cambiando de tema, mañana daré una fiesta para presentar oficialmente a Esmé como mi hija y a ti como su pareja. Espero que vengas, quedaría raro si no fuera así.

—¿He oído fiesta? —La voz de mi chica se coló por la puerta devolviéndome algo de sosiego.

—Eso es, *sladkáyá*. Ven aquí con Lucas, tengo ganas de estar en familia. Así tendré a mis tres hijos conmigo.

Ella lo miró ilusionada al ver que me incluía en el lote. Aparcó el cochecito, besó a su padre y

después a mí para terminar sentada en el brazo de mi butaca.

—Soy tan feliz que quiero haceros un regalo.

A Esmeralda se le agudizaron las orejas al escuchar la palabra mágica.

—¿Regalo? ¿Qué regalo?

—Reconozco que me costó, que llevo tiempo tras ello, pero finalmente lo logré. Pensé en dároslo mañana delante de todo el mundo, pero prefiero hacerlo en la intimidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Esme impaciente—. Estoy en ascuas.

—¿Recuerdas a Verónica? ¿La chica de la inmobiliaria?

«Así que la que se estaba zumbando a la canguro en el piso de arriba era la de la inmobiliaria», dije para mis adentros.

—Claro.

—Pues vino a traerme algo que estoy seguro de que te va a complacer.

¿Se podía ser más cínico? Si a la que estaba complaciendo, era a la canguro.

—¿Verónica está aquí?

Luka sonrió. Si ella supiera... Mejor que no lo hiciera.

—Sí, está arriba con Marilia. Andrés la ha visto antes. —Casi me atraganté con la copa, pero logré reponerme—. He conseguido algo que deseabas mucho y con ello espero haceros felices a ambos. —Nos miró a los dos y sacó unas llaves que me lanzó. Suerte que tengo buenos reflejos.

—¿Qué es eso? —Esme miraba mi puño cerrado. Abrí la mano y una sonrisa crítica ladeó la sonrisa de mi suegro.

—Son las llaves de vuestro reino —anunció provocando que mi chica abriera los ojos como un búho.

—No pueden ser las llaves de... —Petrov asintió y ella corrió para lanzarse a sus brazos—. Ay, papá, ¿es el ático? ¿Cómo lo conseguiste?

—El mundo es poco para mi *sladkaya* y su consorte. —Los ojos negros se fijaron en los míos—. Hazla feliz y lo tendréis todo.

Volvía a tener la sensación de estar pactando con el diablo, pero Esmeralda parecía tan dichosa que no quise emborronarle la dicha.

—No hay otra cosa que desee más en esta vida que tu hija sea feliz junto a mí —sellé elevando mi copa. Luka hizo lo mismo y ambos bebimos por ella. Solo esperaba no estar

equivocándome de nuevo.

Capítulo 27



—¿Cómo estoy? —Esme me miró sonriente a través del espejo. La contemplé orgulloso mientras le subía la cremallera del vestido azul Klein que había elegido.

—Fantástica. —Besé su cuello y ella se arrugó.

—No creo que pueda ser más feliz. Por fin tengo una familia, te tengo a ti, a mi padre, mis amigas y Candela parece haber entrado en razón. A partir del lunes podemos empezar con la mudanza y tengo de regreso el dinero de la fianza con el que pensaba empezar con mi proyecto solidario. La vida nos sonríe —suspiró.

—No es por ser agorero, pero siguen quedando frentes abiertos, ¿qué me dices de la persona que quemó tu moto? ¿Los negocios ilícitos de tu nuevo padre? Que la madre de su hijo sea la asesina de don Pedro no es moco de pavo. Y que de la nada se haya hecho con el piso que tanto querías... ¿no se te hace un poco raro?

Esmeralda resopló.

—Ya estamos, parece que te empeñes en ver el vaso medio vacío y así no vamos a avanzar nunca. Lo de la moto fue algún *criajo* en busca de una gamberrada. Lo de mi padre creo fue una época.

—Sí, estaría en plena pubertad. A unos les sale acné y a tu padre, cuadros robados.

—¡Oh, venga, no seas cínico! Para que te quedes más tranquilo, hablé con él ayer a su llegada. —Me sorprendió que no me hubiese contado nada—. Tranquilo, lo traje a colación cuando le pregunté por la cantidad de obras que había en la casa, no le dije nada sobre cómo sospechas que las consiguió. —Agradecí que no lo hubiera hecho porque podría haber salpicado a Michael—. Ya has visto que es una persona de mente muy abierta y que no se esconde de nada.

—Sí, un tipo de lo más transparente —admití socarrón—. ¿Y qué te dijo? ¿Que fue un error?

—No seas necio. Lo admitió. —No sabía por qué no me sorprendía—. Saqué el tema de las colecciones privadas, de cómo había gente que se quedaba con joyas que eran para el disfrute de la humanidad. Tuvimos un debate interesante donde entonó el *mea culpa* y me dijo arrepentido que él había formado parte de ese grupo de personas. Que siempre había restituido la obra que estaba en su colección por otra exacta.

—¡Qué caritativo! —rezongué.

Ella me ofreció una mirada de advertencia.

—Bajo su punto de vista, el arte es para disfrutarlo en la intimidad, cuidarlo y muchos museos dejan las obras ocultas sin ser expuestas con un único fin lucrativo. Ni siquiera las restauran.

—Y como no podía hacerlo de otra manera, él las robaba para ser el Robin Hood del arte y darles una vida mejor. Vamos, Esme, no me fastidies.

—Son maneras distintas de ver las cosas. Yo no comparto esa faceta de su vida, se lo dije y, para nuestro consuelo, me contó que formaba parte de su pasado. Y que no se iba a volver a repetir.

—¡Qué afortunados somos! ¡Mi suegro va a dejar de robar!

Ella emitió una risita y se puso los pendientes.

—Oh, venga, no seas así. Nadie es perfecto. No tiene por qué gustarnos todo lo que hace, al fin y al cabo, no vamos a vivir con él. Y no me negarás que no se ha marcado un tanto con lo del ático.

—¿En serio que no ves algo raro en esa adquisición?

Se dio la vuelta para agarrarme del cuello incitante.

—Es un hombre persuasivo y con dinero. Lo raro sería que no lograra lo que se propusiera. Además, creo que tiene un lío con la de la agencia. ¿Viste cuando ayer bajó Verónica cómo tenía los labios de rojos? —Pensé en que si los tenía así, era por la mariscada que se había arreado con la canguro. Igual las almejas le daban reacción—. Creo que a mi padre le gusta, estaría bien que tuviera a una mujer al lado que lo ayudara con Lucas, además de Marilia.

Eso seguro, mi suegro fijo que se las tiraba a las dos.

—Pero si hace lo que le viene en gana y se folla a todo bicho viviente. Creo que Petrov es el hombre menos solitario del planeta.

—Pues yo pienso lo contrario, que si lleva esa vida tan disoluta, es porque en el fondo necesita sentirse rodeado de gente. Me da algo de pena que nos marchemos el lunes de aquí. —Puso morritos y yo la besé para calmarla.

Esa misma mañana habíamos estado en el ático con Verónica, quien decía tener una

decoradora de interiores capaz de dejar el piso de sus sueños listo para entrar a vivir en tres días. Esme ni se lo planteó, dijo que la decoración no era su fuerte y que confiaba en su criterio, pues nos mostró algunos de los trabajos que había realizado para la agencia.

—¿Quieres quedarte otra semana más aquí? —No era lo que más me apetecía, pero habría entendido que, tras estar tan poco tiempo con Luka, me lo hubiera pedido.

—No, siempre podemos venir de visita los sábados, que los domingos quedan reservados para tu familia.

Le sonreí. Esme había resultado ser la mujer perfecta para mí. Encajaba espléndidamente en mi entorno, se hacía querer y mis padres y hermanos la acogieron con los brazos abiertos. Era muy difícil no caer bajo su embrujo.

—A veces pienso que te quieren más a ti que a mí —mascullé ronco.

—¿Celoso? —preguntó pegando los labios a los míos.

—Ilusionado —respondí acariciándolos con los míos para darle un beso sin tregua—. Quiero pasar el resto de mis días contigo.

—¿Es una proposición, Mr. Star? —preguntó arqueando las cejas.

—Es un hecho, señorita M. No pienso arriesgarme a preguntarle algo cuya respuesta pueda llegar a ser negativa, me asusta demasiado perderla. —El brillo de sus ojos casi me hace olvidar mis miedos y hacerle la dichosa pregunta. Golpearon a la puerta y nos separamos.

—Adelante. —Esme dio paso a Adán, que como siempre lucía aquella postura seria.

—La señorita Candela está aquí —anunció.

Ambos nos miramos sin comprender. Ese fin de semana no la tocaba conmigo, además, teníamos una fiesta por delante. Mi hija se abrió paso hecha un mar de lágrimas y me abrazó. Traía una mochila al hombro.

—Déjanos a solas, Adán, por favor —pidió Esmeralda.

—Pequeña, ¿qué pasa? —le pregunté contrito.

—Es mamá —respondió sorbiendo por la nariz—. Cuando le dije que quería hacer un cambio y venirme a vivir contigo y con Esme para estar con ella los fines de semana, me dijo cosas horribles. Que si no la quería, que era una materialista, que solo lo hacía por el dinero y los regalos. No comprendió nada, papá. Me dijo que me iba a encerrar, que me iba a prohibir verte, que era una desagradecida. Yo contraataqué y traté de que entendiera lo que me contaste ayer. Quizás se me escapó que nos vimos y que le mintiera le sentó como un tiro. Dijo que era un complot. Soltó cosas muy feas de Esme, se puso a lanzar cosas, incluso el jarroncito que os regalé cuando tenía seis años. ¡Lo destrozó, papá! —Esmeralda la miraba apenada—. No quiero volver, no puedo hacerlo. Quiero quedarme para siempre contigo.

—¿Sabe que viniste aquí? —Traté de responder con calma.

—No, pero imagino que en algún momento lo intuirá. Ahora mismo no puedo enfrentarme a ella, no me hagas volver, por favor —me rogó.

Mis ojos buscaron los de mi chica, quien asintió y se dirigió a ella poniéndose a su altura.

—Nadie va a obligarte a que regreses esta noche; además, es tarde. Nosotros tenemos una fiesta de mayores, pero puedes quedarte aquí, en mi habitación, hasta mañana. Le pediré a Adán que te suba la cena y un bol enorme de palomitas para que veas tu serie favorita de Netflix. Y mañana, cuando esté todo más calmado, llamaremos a tu madre para que venga y hablaremos los tres con tranquilidad. Te prometo que encontraremos una solución, la que sea mejor para ti. Ya verás cómo la hacemos entrar en razón. —Le acarició el rostro y en esta ocasión se deshizo de mi abrazo para agarrarse a Esme—. Además, te dejo curiosear en mi armario y probarte todo lo que te dé la gana. Puedes quedarte con lo que más te guste.

—¿En serio? —preguntó entre hipidos.

—Palabra de M, cualquier cosa es poca para mi chica. ¿Estarás bien aquí? —Candela asintió y Esme le dio un beso en la frente separándose—. Tengo que bajar, los invitados de mi padre deben estar al llegar. Voy a pedirle a Adán que te suba lo acordado.

—Gracias, de verdad. Eres la mejor novia que podría haber deseado para mi padre.

Eso la hizo sonreír.

—De nada, cielo. Mi casa es tu casa, ya lo sabes, y tú eres la mejor hija de novio del planeta —le respondió limpiándole una lágrima de la mejilla. Le dio un beso y me apretó el antebrazo como muestra de cariño.

—Ahora voy, enseguida te alcanzo —murmuré.

Ella asintió y nos dejó a solas.

—Ven, siéntate conmigo, cariño. —Nos pusimos en el borde de la cama—. Lo que tu madre hizo no estuvo bien, pero que tú te marcharas sin más, tampoco. Debe estar muerta de la preocupación, la llamaré para que se quede tranquila.

—¡No puedes hacer eso! ¡Sabrá que estoy aquí! Pero ¿tú de qué lado estás? —me achacó.

—Del tuyo, cariño, siempre del tuyo. Pero has de comprender que hay cosas y cosas.

—Pues no lo encuentro lógico, ¡vendrá a por mí y me hará volver! —protestó.

—Las cosas no se solucionan huyendo, Candela, uno tiene que enfrentarse a los problemas —dije con calma—. La primera parte la hiciste bien, pero no la segunda. No obstante, me alegro de que vinieras a por ayuda. —Ella parecía no estar demasiado convencida. Se cruzó de brazos y volvió a narrar lo ocurrido desde el principio para que me pusiera en su lugar—. No es que no lo

comprenda, Candela, con tu edad y bajo tus circunstancias, seguramente habría hecho lo mismo; pero quiero que entiendas que, aun así, no es lo correcto. Soy tu padre y siempre estaré ahí para intentar que vayas por el buen camino.

Adán se presentó de nuevo en la habitación con una bandeja repleta de comida.

—La señorita Esmeralda me pidió que le subiera todo esto.

—Si mi hija se come todo lo que le has traído, saldrá de la habitación rodando como una peonza. —El muchacho siguió sin sonreír, era de lo más raro—. Déjalo donde puedas.

—El señor Petrov me ha dicho que debe bajar, señor Andrés, los invitados ya están abajo. —Tras depositar la bandeja, se quedó de pie como si no fuera a marcharse hasta asegurarse de que salía con él. Parecía un perro guardián. Volví a dirigirme a mi hija.

—Cariño, come y descansa. Mañana intentaremos arreglarlo todo, no sufras. —No la vi excesivamente convencida, pero terminó asintiendo. Lo primero que hice tras alcanzar el pasillo fue llamar a Lola, pero no me lo cogió, saltó el contestador y le dejé el mensaje aclarándole que era mejor que se pasara mañana, que Candela no estaba en condiciones ahora mismo de conversar con ella.

Después me coloqué bien la americana y bajé el tramo de escaleras para ir en busca de Esmeralda.



Candela

No me sentía para nada segura, estaba convencida de que mi madre iba a aparecer de un momento a otro y yo solo tenía ganas de refugiarme en un lugar seguro. Había cenado algo, mirado entre la ropa de Esme e incluso había entrado en el baño haciéndome un cambio radical.

Cogí uno de sus baños de color negro azabache y me lo apliqué en el pelo. Ya no quedaba nada de mi melena de color miel, tenía el pelo del mismo color que ella. Bueno, quizás un pelín más claro, pero apenas se veía. No me quedaba mal, resaltaba mis ojos claros y endurecía mis facciones aniñadas. Con el bronceado, incluso me daba un aire a Esme.

No contenta con eso, cogí su estuche de maquillaje, por darle un nombre, ya que era una caja gigantesca con un montón de muestras que le mandaban las marcas que la patrocinaban. Siempre se me había dado muy bien maquillar. Con mis amigas y los sabios tutoriales de YouTube, había aprendido a emular rostros gracias al *contouring*^[15]. Aburrida y nerviosa, me planté frente al espejo con una foto de Esme tratando de convertirme en su otro yo.

Cuando terminé, el resultado era poco más que sorprendente. Me hice una cola alta y me

trencé el pelo, así no se veía si era liso o rizado. *Et voilà*, era una mini Esme. Cuando me viera, no se lo creería.

Entré en el cuarto para abrir el armario por segunda vez y, rebuscando, di con un atuendo que estaba metido en una funda de tintorería. Lo saqué y abrí mucho los ojos. Era un atuendo de cuero, con corsé, medias... Recordé la conversación que había escuchado entre ella y Jordan. Hoy era viernes y, por tanto, era el día de la fiesta a la que la había invitado. Mi corazón empezó a palpar con fuerza.

¿Y si él me viera así vestida? Tal vez tendría una oportunidad, le había dicho a Esme que su mundo era ese y yo había pasado unos días mirando por internet. Con algunas imágenes sentí escalofríos, pero si eso era lo que a Jordan le gustaba...

No quise pensar más, me probé el atuendo y después comprobé cómo me sentaba. Seguramente, no lo llenaba tanto en algunos puntos como ella, pero me veía sexi y algo oscura. Me calcé las botas con algo de papel en la punta y di unos pasos frente al espejo.

«¿Qué hago, Dios mío? ¡Mándame una señal!», exclamé para mis adentros.

El teléfono de Esme vibró y fui hacia la mesilla. ¿Sería la señal que esperaba? Al ver el nombre de Jordan en la pantalla, mi corazón se detuvo. Seguro que lo era.

¿Te espero esta noche, ama M?

Los dedos me temblaban. ¿No había pedido una señal? Pues ahí la tenía, alta y clara.

Pulsé torpemente el patrón de desbloqueo, pues me había fijado en él el día que fuimos a tomar un helado, y respondí.

Sí, allí estaré.

Volví a dejarlo en su lugar y caminé con una confianza que no sentía hacia el armario para buscar una gabardina lo suficientemente larga para que me cubriera. Tomé un bolso prestado y mi cartera. Tenía dinero suficiente para pillar un taxi.

Salir a la calle fue la experiencia más acongojante de mi vida. Pensaba que de un momento a otro alguien me sorprendería, pero no fue así, todos estaban demasiado ocupados cenando en el salón principal y Adán tenía faena para aburrir.

Paré un taxi y le di la dirección, nunca me había sentido más excitada y angustiada a la vez. ¿Qué haría Jordan cuando me viera aparecer? ¿Le gustaría? ¿Y si quería hacer algo conmigo? Eso

sí que me ponía nerviosa, pero prefería no pensarlo.

Cuando subí al ático, había dos hombres apostados en la puerta con una lista en la mano. Me preguntaron el nombre y, vacilante, respondí:

—Ama M.

Uno de ellos me buscó y pareció encontrarme, el otro me tendió una máscara negra que iba a juego con el atuendo y una vara larga con una especie de lengua de cuero al final.

—Esperamos que disfrute, ama M.

—G-gracias —titubeé, y ellos me abrieron las puertas.

Parpadeé un par de veces. Había bastante gente pululando por el piso, todos vestidos con prendas que parecían sacadas de un cómic de *Catwoman*. Una chica me pidió la chaqueta y yo me sentí algo cohibida de mostrarme así, aunque la máscara ayudaba a que no sintiera tanto pudor.

Un camarero me ofreció una de las bebidas, que no dudé en coger y beber. Casi me muero. La garganta me ardía una barbaridad, pues no estaba acostumbrada a tomar alcohol, y me puse a toser como una loca. Lo máximo que había tomado era una copa de cava en Navidad.

Una voz masculina me sorprendió a mi espalda.

—No pensaba que le diera al Jagermeister, Ama M, aunque déjeme decirle que está preciosa esta noche y que me complace en sobremanera que haya decidido venir. Me ha hecho muy feliz. —Reconocí la voz de Jordan y su aroma cuando los labios se apretaron contra mi cuello. Contuve la respiración cuando la lengua reptó por él hacia la oreja y apresó el lóbulo. Gemí sintiendo de golpe mucho calor—. Esta noche quiero que haga conmigo lo que quiera, seré suyo, me entregaré por completo. No sabe cuánto aprecio este regalo. La espero en mi habitación, es la del fondo del pasillo a mano izquierda. Voy a pedir que me preparen para usted. Deme cinco minutos, llamaré al camarero para que le traiga un *old fashioned* como a usted le gusta. —Volvió a besarme el cuello y se separó. Sentí frío sin su contacto y los pezones algo duros. De repente, tenía mucha sed.

Las parejas se besaban ante mis ojos, empezaban a acariciarse y otras a golpearse con elementos como el que yo tenía en la mano, palas de madera o látigos. Trataba de absorber todo lo que veía. Jordan me esperaba en su cuarto y quería que yo le hiciera esas cosas. Bueno, yo no, la ama M, pero esta noche iba a ser ella e iba demostrándole que, aunque fuera joven, podría darle lo que necesitaba.

El camarero no tardó en traerme el cóctel que siempre bebía Esme, lo cogí y di un sorbo queriendo meterme en el papel. La garganta también me ardía, pero era tan dulce que entraba con menor dificultad. Debía tomarlo si quería tener el suficiente valor como para hacer las cosas que estaba viendo. Llegué a mitad de la copa, tenía suficiente, aunque la sensación de boca pastosa y calor asfixiante no desaparecía de mi cuerpo. ¿Habría pasado ya el tiempo suficiente? No lo sabía. Me sentía algo mareada y preferí poner rumbo a la habitación antes de caer redonda al suelo.

Cuando llegué al cuarto, estaba en penumbra y una luz roja ambientaba la estancia. Sonaba *Pretty tide up*, de Guns N' Roses. Reconocí el tema porque una de mis amigas era fan, igual que sus padres, del mítico grupo de *rock*.

Jordan estaba atado en el centro de la cama, solo tenía el cuerpo cubierto por unas tiras de cuero negro y un *slip* a juego. Las manos y brazos estaban inmovilizados, atados en cruz a los postes de la cama. Era la primera vez que veía a un chico así en carne y hueso. Tenía los ojos vendados y se le veía tan desprotegido y guapo que me costaba apartar la vista de él.

No podía verme y, sin embargo, el abultamiento de la bragueta anunciaba el modo en el que se encontraba: excitado.

Con mis amigas, había visto algún fragmento de peli porno; sentíamos curiosidad y ya sabía lo que significaba que estuviera en ese estado. Yo también tenía un calor raro en todo el cuerpo. La piel me hormigueaba y tenía deseos de mover la vara sobre su piel. ¿Sería normal? Me acerqué con temor y, aunque sabía que no iba a hacerme nada, no podía.

—¿Ama? —preguntó por encima de la música que incitaba a golpear. No quise hablar, no quería ser descubierta, así que me limité a pasar la lengua de cuero por su carne trémula, como si se tratara de una prolongación de mi mano. Sus músculos se contraían a mi paso maravillándose por la respuesta—. Oh, sí, ama, haga lo que quiera conmigo. Por favor, golpéeme con la fusta. — Imaginé que se refería al elemento que tenía en la mano y, antes de probarlo contra su cuerpo, lo hice contra mi palma, pues no quería dañarlo.

Picaba, pero era soportable, así que hice lo mismo sobre él buscando los espacios donde había piel desnuda. La sensación de apremio iba en aumento, como si necesitara rozarme contra él para sentir alivio.

—Más fuerte —me rogó. No me costó incrementar la dureza. A él parecía gustarle, su boca se abría deseosa de más y el *slip* apenas podía contenerlo—. Ama, la necesito. Por favor, se lo ruego, suba a la cama conmigo.

Yo también lo necesitaba, reconocí avergonzada sin comprender aquel cúmulo de sensaciones que parecían poseerme. Me subí al colchón y me senté a horcajadas sobre su erección.

Con ese simple contacto, los dos resollamos. Quería tocarlo por todas partes, besarlo y apretar mi necesidad contra la suya. No me planteé si era correcto buscar sus labios con los míos, la urgencia era tal que nada importaba salvo el consuelo que me ofrecía su cuerpo.

En cuanto empujé mi lengua dentro de su boca, supe que no podía parar de hacerlo ni de frotarme contra su rigidez. Estar con Jordan era acariciar el cielo.



La cena había estado bien. El círculo de amistades de mi padre constaba de unas treinta personas de alto poder adquisitivo, empresarios, políticos y gente influyente que le bailaban el agua. Alguno pertenecía al círculo de don Pedro. Era curioso cómo cada vez lo sentía más lejano y lo rápido que me había acostumbrado a llamar padre a Luka.

Andrés estaba intranquilo. Que Candela hubiera llegado en ese estado no ayudaba y que Lola no le devolviera la llamada, tampoco.

Verónica había venido a cenar y miraba con adoración a mi padre, ocupando el lugar de su izquierda. Hacían una bonita pareja, me gustaba para él.

Cuando terminamos de comer y tras el brindis de rigor donde dio gracias por haberme encontrado, vino en mi búsqueda para que, juntos, deleitáramos a los presentes con nuestra canción al piano.

Tocamos *Claro de Luna* para los presentes y cuando la última nota cayó, en mitad de los aplausos, una desencajada Lola entró a la estancia dando gritos descontrolada para exigir que le devolviéramos a su hija porque la habíamos secuestrado.

Andrés fue el primero en llegar a ella y trató de sacarla de la habitación. Los invitados la miraban consternados y mi padre murmuró a mi oído que me ocupara de la gente, que él le echaba una mano a Andrés.

Lo único que se me ocurrió fue tocar un par de piezas más y después pedirles que salieran al jardín, donde estaba instalada la barra de bebidas y un cuarteto a cuerda amenizaba el ambiente.

En cuanto tuve a los invitados distraídos, puse rumbo a la habitación para ver cómo se encontraba Candela.

Al abrir la puerta y no encontrarla, imaginé que estaría con Marilia y Lucas. Busqué a la canguro, quien me dijo que no había visto a la cría en ningún momento. Entré en todas las habitaciones. No había rastro. ¿Habría bajado y estaría con Andrés, Lola y mi padre?

Fui hasta el despacho, abrí la puerta con cuidado y me encontré a los tres solos tratando de llegar a un entendimiento. No había rastro de Candela, así que comencé a preocuparme. ¿Y si había oído a Lola y se había escapado?

Mi padre estaba tratando de hacerla entrar en razón y Andrés tenía los ojos inyectados en sangre. Me acerqué a él con cautela y le dije que no encontraba a Candela.

—¿Estás segura? —masculló por lo bajo para que no nos oyera Lola.

—Segurísima.

Lola, en un gesto teatral para llamar la atención, se puso a chillar cuando se dio cuenta de que estaba en la estancia con ellos.

—¡Tú! ¡Tú me has robado a mi familia! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Tú! —me apuntó con el

dedo.

—Vamos, señora, por favor, cálmese. Seguro que podemos llegar a algún tipo de acuerdo que nos haga felices a todos. Voy a servirle una copa para que se relaje, la veo muy alterada. Chicos, por favor, dejadnos a solas y ocupaos de los invitados, arreglaré el malentendido que parece hacer sufrir a la señorita Lola.

Era la excusa perfecta para salir del despacho, Andrés estaba tan preocupado como yo.

Subimos corriendo en busca de algún indicio que pudiera esclarecer dónde se podía encontrar. En el baño, descubrí uno de mis tintes negros en la basura, mi caja de maquillajes estaba abierta y había una foto mía en el espejo. Candela me había contado su afición por el maquillaje y me había mostrado fotos realmente buenas. Era como si hubiera tratado de parecerse a mí. Busqué en mi armario y solo eché en falta una cosa. El corazón se me detuvo. No podía ser. Empecé a hiperventilar, todo encajaba en mi cabeza. Solo me venía una escena a la mente: Jordan y yo discutiendo en su piso, en la cocina, mientras Candela nos miraba desde el marco de la puerta.

—Creo que sé dónde puede estar —musité sin que apenas me llegara la voz.

Andrés vino a mí y me sacudió un par de veces.

—¿Dónde? ¡Habla! —Cogí el móvil para llamar a Jordan y asegurarme de que estaba en lo cierto y había ido a la fiesta. No hizo falta que marcara el número, el mensaje que apareció en la pantalla me contó todo lo que necesitaba.

—¡Oh, Dios mío! ¡Creo que tu hija está en el piso de Jordan en una fiesta de BDSM y se está haciendo pasar por mí! —Nunca había visto a Andrés tan blanco, ni cuando le encerré la polla en una jaula.

—¿Cómo?! —rugió.

Lo cogí de la mano.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Cuando llegamos a la puerta del ático, había dos tipos enormes. Debían ser los guardias de seguridad.

Al decir quién era para poder acceder, protestaron diciendo que era imposible, que el ama M ya estaba en el interior desde hacía rato. Eso sacó a Andrés de sus casillas.

—¡Esa no es el ama M, idiotas!, sino mi hija de catorce años haciéndose pasar por ella. Como le haya ocurrido algo ahí dentro, os juro que os voy a empapear por los restos de vuestra vida por no comprobar su edad.

Se miraron el uno al otro sin creernos del todo.

—Chicos, de verdad, se ha escapado de casa con mi ropa porque está enamorada de Jordan. Ya sabéis cómo son las chicas a esa edad. Nos da miedo lo que haya podido hacer. Si no nos creéis, entrad a preguntar, por favor. —Traté de tranquilizar a Andrés. Era mejor hacerlo por las buenas. El de seguridad entró y salió en dos minutos.

—No podemos preguntarle a Jordan, está en mitad de una sesión. —Parecía algo cohibido.

—¿Con quién? —preguntó Andrés masticando las palabras.

—Con el ama M —admitió el hombre, que juraría que empezaba a creernos. Andrés le dio un empujón que a un tiparraco como ese no le haría ni cosquillas, pero el hombre se hizo a un lado—. Última habitación del pasillo al fondo a mano izquierda —murmuró para que lo oyera.

Le di las gracias saliendo precipitadamente tras Andrés, que parecía un toro a punto de embestir.

Cuando abrimos la puerta del cuarto, estaba convencida de que a mi abogado iba a darle una apoplejía.

Jordan estaba atado, no sabía si desnudo o no, porque Candela estaba encima, moviéndose como si se tratara de un rodeo y ambos estuvieran intimidando. No le veía el rostro, pues le comía la boca con un desenfreno que no dejaba lugar a dudas de su estado de exaltación.

Él se precipitó hacia la cama y la arrancó de encima del futbolista, que tenía los ojos vendados y parecía desorientado.

—¿Ama? ¿Ama? —masculló.

—¡¿Ama?! —tronó Andrés—. ¡Tu puta madre! —Saltó sobre él para empezar con una lluvia de derechazos que movían el rostro del chico de izquierda a derecha.

—Ella quería —gritaba Jordan—. ¡Vino a mí, lo necesita! ¡Andrés, debes asumir que Esme me necesita! ¡Es solo sexo!

¿Era posible que aquel inconsciente no se hubiera dado cuenta de con quién estaba?

Candela estaba tiritando de necesidad, llevaba una máscara puesta, quizás por eso no la había reconocido. Sus pupilas estaban dilatadas, a duras penas se aguantaba en pie y veía los pezones marcándose bajo el cuero. Todo apuntaba a que había tomado algo.

—¡Suéltalo, papá! —chillaba temblando—. ¡Él no lo sabía! ¡Lo engañé de nuevo! —Cogí la colcha que estaba en el suelo y la envolví con ella—. Esme, por favor, haz que pare. No sé qué me pasa, lo necesito, necesito...

—¡Andrés! —grité por encima de la música—. ¡Déjalo! ¡Le han dado algo a Candela! ¡Hemos de ir al hospital!

Eso fue lo único que le hizo reaccionar.

—¿Qué le ocurre a mi hija?! —Lo vi sacudir al futbolista, le arrancó la venda de los ojos para que viera su rostro enfurecido y le preguntó—: ¿Qué le has dado, maldito hijo de puta?!

Él giró el rostro y cuando se topó con la realidad, vi claramente que se sentía tan sorprendido como nosotros.

—¡Mierda! ¡Te juro que no lo sabía! ¡No lo sabía! —Su voz sonaba arrepentida.

—¿Y crees que me importa?! No quiero verte cerca de ella ni de Esmeralda o de cualquier miembro de mi familia en tu miserable vida, o te juro que acabaré contigo. Y espera que no lo haga una vez salga del hospital.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Jodeeeeeeeeeer! ¡No lo sabía! —gritaba revolviéndose desde la cama.

Andrés cogió a la niña en brazos y salimos dejándolo atrás.

Capítulo 28



Nada más salir del piso, telefoneé a mi padre. Ir a un hospital con Candela en ese estado, siendo menor y con los problemas que había entre Lola y Andrés no me parecía de lo mejor.

Nos hizo llevarla a una clínica privada de un amigo suyo donde la atendieron exquisitamente. Al rato, llegó él y Andrés le dio las gracias por las molestias. Me gustaba ver cómo confraternizaban poco a poco los dos hombres más importantes de mi vida. Habían llegado casi a la vez en el momento que más los necesitaba a ambos. Puede que Luka no fuera un padre al uso, pero era el mío, el de verdad, y lo sentía de ese modo.

El médico confirmó lo que me temía. Al parecer, a Candela le habían dado alguna droga de diseño usada para incrementar la excitación sexual. Nos pidieron permiso, pues querían hacer que expulsara todo lo posible y darle un sedante después que la tranquilizara induciéndola al sueño sin sufrir los efectos adversos. Andrés se lo dio y nos quedamos abrazados en la sala de espera. Me costó mucho calmarlo, estaba de los nervios y había puesto el grito en el cielo al pensar en lo que podría haber ocurrido.

Cuando mi padre vio su estado y se enteró de que Jordan estaba involucrado, quiso ir de inmediato a hacerle una visita. De nada sirvió que insistiera en que lo dejara estar porque no atendió a razones y salió por la puerta, alegando que a partir de ahora Candela también era su nieta y debía protegerla igual que a mí.

Andrés no protestó, le estaba costando digerir lo ocurrido, así que después de todo era preferible que mi padre se encargara. Lo dejó todo listo para que ambos pudiéramos pasar la noche en la habitación de Candela. Él vendría al día siguiente a recogerlos.

Nos prepararon una cama de matrimonio, la habitación parecía más la de un hotel que la de un hospital. Para estos casos, tener dinero y amigos era una ventaja. Andrés estaba destrozado y yo me sentía parcialmente culpable de lo sucedido. Si no nos hubiera visto en la cocina manteniendo aquella conversación, si no la hubiera dejado curiosear en mi armario o le hubiera presentado a Jordan, nada de esto habría ocurrido.

—Me siento fatal —expresé en voz alta, sentada en una silla ubicada al lado de la cama donde Candela descansaba plácidamente. Todo había ido bien y dormía con un pijama que le habían facilitado en el hospital—. Desde que me conociste, solo has tenido problemas y yo parezco ser el epicentro de todos ellos. Si no hubiera llamado a La Vane para que me buscara un abogado, no estaría en vuestra vida y seguro que estarías mucho más tranquilo —renegué con tristeza.

—Eh, no digas eso. —Me abrazó por la espalda. La tensión acumulada brotaba en forma de lágrimas por mis ojos. Parecía que se hubieran girado las tornas y que ahora fuera Andrés el más cuerdo de los dos—. Mi vida y la de mi hija serían un tanto grises e insípidas si cierta *influencer* deslenguada no hubiera entrado en ellas. No cambio uno solo de los percances que hemos tenido por un minuto sin ti.

—¿Ni cuando casi te amputan la polla o mueres gaseado por mí?

Se le escapó una risita.

—Ni siquiera eso. Aunque, por Dios, ni se te ocurra repetirlo. —Sonreí y vi el reflejo de mi sonrisa en sus ojos. Me gustó verme así—. Ven, salgamos fuera. Candela está tranquila.

Había una terraza enorme en la parte superior de la clínica, era un espacio habilitado para fumadores, no obstante, parecía más una zona *chill out*. Se respiraba tranquilidad y los aromas de las flores que perfumaban los maceteros. No había nada, excepto el mobiliario, las plantas y nosotros. Me acomodé en el sofá de bambú y cojines de colores. Andrés se sentó a mi lado y me acurrucó contra él.

—¿Sabes? Cuando te conocí, era como un barco varado en las arenas de una playa solitaria, completamente cerrado al mundo y con la única compañía de un viejo faro que alumbraba con luz tenue mis recuerdos, llenándome de rencor y prejuicios. Por eso creo que no dejaba que se acercaran a mí las mujeres. Me había encallado ahí, en esa tranquilidad cómoda, en mi propia burbuja donde no entraba nadie que no fuera de mi familia. Me centré en tratar de envolverlos a ellos también para cuidarlos y que no les ocurriera nada, aunque obviamente fracasé y eso me hizo creer que debía trabajar más duro para no volver a fallar. Me volqué en estudiar y trabajar en el taxi. Más allá de eso, no había nada.

»Y una noche, algo ocurrió en mi playa. Una mujer entró sin ser invitada arrastrada por el agua salada para refugiarse en mi interior. Entró sin pedir permiso, pero no supe decir que no. —Apenas podía contener el aliento ante la descripción tan maravillosa que estaba haciendo—. Creo que la vida te puso en mi camino para llenarlo de matices y que me mostraras que había alguien capaz de aliviar mis cicatrices. Nunca he cometido tantas locuras como estando contigo y, sin embargo, jamás me he sentido más vivo. Has roto con todos mis esquemas, con los prejuicios que no admitía que tenía y me has liberado de mi propia condena. Te has adueñado de mis risas, de mis noches en vela, de mis sueños de futuro donde te hallo en cada rincón. Porque, seamos realistas, te has adueñado de mi corazón.

—Oh, Andrés, lo que acabas de decir es precioso —murmuré emocionada contra su cuello.

Él suspiró.

—Solo puedo darte las gracias por todo lo que me has aportado, por hacerme soltar amarras y empujarme en mitad del océano capitaneado por tu sonrisa para convertirme en una persona mucho más abierta.

—¿Cómo de abierta? —ronroneé pegada a la curva de debajo de su mandíbula. La estaba apretando como tantas veces hacía cuando le costaba expresarse y, sin embargo, se atrevía. Porque lo que estaba en juego eran sus sentimientos, aquellos que había escondido reprimiéndolos durante tanto tiempo. Miré embelesada su perfil, que apuntaba al horizonte, con ese traje azul noche que me había puesto tanto durante la cena.

—¿Te parece poco dejar que me domines sentado en la silla de los horrores? —Relajó algo la pose.

—No vi que te quejaras en exceso. —Pasé la nariz por el punto que quedaba bajo la oreja y la mandíbula.

—Tienes razón, porque cada límite que cruzo contigo es como un salto de fe hacia lo desconocido y sé que solo soy capaz de hacer ese tipo de cosas porque eres tú. —Escucharlo reconocer lo que sentía por mí abiertamente me llenaba el alma, aunque creo que con solo existir ya lo hacía. Tomó la distancia justa para que pudiera mirarlo a los ojos—. Esme, valoro mucho cómo te has entregado a esta relación. Sé que tenías muchas reservas al respecto, casi tantas como yo, pero desde el principio te dejaste fluir. Viste algo en mí que yo mismo era incapaz de ver, te mudaste a mi casa sin pensarlo, pulverizando cada uno de mis prejuicios y haciéndome besar el suelo que pisabas para que me dieras una oportunidad de conocerte de verdad.

—Es que a veces eres un poco ciego, señor abogado. Puede que tuviera mis reticencias en cuanto a los hombres que ostentaban tu profesión o a tener una relación estable por lo que le ocurrió a mi madre —admití—, pero en cuanto te tuve cerca, supe que eras un buen tipo, uno en el que se podía confiar, pese a que me engañaras con lo del collar.

—¿Vas a echármelo en cara toda la vida? —Empujé una sonrisa petulante.

—Toda la vida —corroboré provocando que bufara—. Pero, aunque la metieras hasta el fondo, y me refiero a la pata, sabía que no había maldad en ti, así que te perdoné. Por eso y por esa maldita atracción que hace que me hierva el cuerpo en cuanto te miro.

—¿Incluso ahora? —inquirió presumido.

—¿Estás de broma? —Miré a un lado y al otro para asegurarme de que no había nadie, cogí su mano y la llevé al interior de mis muslos, soltando un suspiro cuando sin dificultad me penetró con ellos.

—¿Llevas toda la noche sin bragas?

Moví la cabeza afirmativamente al compás de los dedos. ¡Qué delicia, por Dios! Bueno, por Dios, no. «Señor, no mires esto, por favor, que seguro que hay alguien que en estos momentos te necesita más que yo», cavilé sin dejar de sentir lo que Andrés me hacía.

—Lo peor de todo es que siempre estoy así cuando se trata de ti —reconocí—. No sé qué es, pero no quiero dejar de sentirme nunca así, con esa necesidad extrema de que me mires como si cada vez fuera la primera. —Empujó los dedos más hondo y yo jadeé con fuerza.

—Es imposible que deje de hacerlo porque, cada vez que te contemplo, descubro un nuevo matiz tuyo que me vuelve loco. —El pulgar trazó círculos sobre el clítoris a la par que hurgaba en una pequeña protuberancia interna. ¡La que me volvía loca era yo!

—Mmmmmm, oh, sí, sigue así, no te detengas por nada. —Continuó excitándome, creí estar llegando al orgasmo y entonces paró—. ¿Qué ocurre? ¿No dejé suficientemente claro que no pararas?

—Que quiero hacerte ver las estrellas. Desnúdate —ordenó con voz autoritaria y ronca. Eso sí que no lo esperaba y me gustó verlo así, tan seguro de sí mismo en una petición tan provocadora.

—¡¿A-aquí?! —titubeé excitada por la proposición.

—¿Qué pasa, señorita M? ¿Tiene miedo?

Me levanté espoleada por el desafío y lo vi tumbarse en el sofá tras tirar con fuerza de la cremallera que cruzaba mi espalda.

—¿Y ahora? —pregunté dejando caer el vestido, quedándome completamente desnuda ante sus ojos.

—Ahora te tumbarás encima de mí, ubicarás tu precioso sexo contra mi boca y dejarás que te devore mientras te pierdes entre las estrellas.

Solo oírlo explicándome la postura, con la voz rota por el deseo, ya me encendía de nuevo. Me daba un poco de pudor lo que planteaba, pero el morbo era absoluto.

Mi culo reposaba en su cuello, tenía las piernas flexionadas, los pies apoyados en el brazo del sofá, donde también estaba su nuca y su mano derecha me acariciaba el vientre a la vez que la izquierda me pellizcaba un pezón. Abrí los ojos embebida por el espectáculo nocturno. No recordaba que en las noticias hubieran dicho que hoy era luna de sangre o tal vez es que la reina de la noche enrojecía avergonzada por estar mirando.

Infinidad de estrellas titilantes danzaban al compás de mis resuellos. El efecto era devastador, al igual que la boca de Andrés, que se rendía adorando mis pliegues, saboreándome por dentro y provocándome un sinfín de emociones que no quería controlar.

Me tomó con la lengua, los dedos y el alma. Lo sentí en cada poro cuando estallé en un orgasmo demoledor y cuando, como un contorsionista, nos cambió de postura. Puso mis piernas sobre sus hombros y me tomó tan hondo que era incapaz de entender cómo había podido vivir tan pérdida sin él.

Terminamos abrazándonos y prometiéndonos que no dejaríamos que nada ni nadie se

interpusiera entre nosotros, porque con él había aprendido a bailar la vida, a beber de los sueños, a creer en imposibles y convertirlos en ciertos. Porque junto a él no quería que terminaran los abrazos y vivía los «te quiero».

—No quiero nada más que a ti, Mr. Star. Eres el único capaz de hacerme volar entre las estrellas sin despegar los pies del suelo, de acariciar mis problemas y convertirlos en un juego resuelto, de convertirte en aire fresco cuando me quedo sin aliento. Eres mi todo, mi mundo, y te amo sin reservas. No importa si soplan vientos huracanados porque sé que vas a estar siempre a mi lado. Y para mí eso es suficiente. Eres mi futuro, mi pasado y mi presente. Te quiero para siempre y no pienso aceptar menos que estar eternamente a tu lado, señor Estrella —admití emocionada.

—Yo tampoco, señorita M. Mañana redacto el contrato para dar fe de lo que ha dicho, no vaya a ser que se arrepienta.

Me puse a reír saboreando los labios de Andrés en los míos. No había nada mejor en este mundo para mí que él.



Oír la declaración de amor de Esmeralda fue un bálsamo para mis sentidos. Si quedaba un resquicio de duda frente a lo que sentía, acababa de evaporarse. Ahora solo quedaba ver cómo íbamos a solucionarlo todo.

Por la mañana, una arrepentida Candela lloraba sobre la cama, jurando y perjurando que no volvería a hacer, que a partir de ahora iba a ser la niña obediente que debía haber sido. Que fue una locura y que la perdonáramos, que asumiría cualquier castigo que quisiera imponerle y lo acataría sin poner pegas. Puede que fuera porque era mi única hija, o porque en el fondo era un blando con ella, pero era tal el alivio que sentía porque no le hubiera ocurrido nada que era incapaz de mostrarme excesivamente enfadado. Se notaba que estaba arrepentida de verdad. Tampoco quería ser demasiado flexible y no darle la importancia que había tenido el incidente, así que decidí dejarla tres semanas sin móvil o acceso a internet. A su edad, aquello era un auténtico martirio. Aceptó la condena sin renegar. No sabía si su madre se la haría cumplir o no, pero impuesta estaba.

Luka vino a buscarnos a primera hora como prometió y, tras el alta de Candela, fuimos todos a su casa.

La conversación entre mi suegro y mi ex concluyó con la promesa por parte de Petrov de que al día siguiente, o sea hoy, al mediodía, Candela regresaría a casa de su madre con un cheque bajo el brazo por las molestias ocasionadas y que negociaríamos con tranquilidad la mejor opción para la niña. Seguía sin gustarme el modo de obrar de mi suegro para dar solución a los problemas, pero reconozco que con Lola no había nada más efectivo que el dinero, aunque me hubiera gustado ver la conversación por un agujerito. No debió ser fácil y seguro que le supuso un buen pico.

La agente Duque me llamó durante el trayecto, tenía las nuevas capturas del vídeo. Le pedí a Esme que se encargara de Candela argumentando que tenía que resolver ciertos asuntos. No preguntó demasiado y aceptó encantada sin que le temblara el pulso.

Fui en busca de mi coche y en nada llegué a comisaría. Qué distinto era el tráfico en Barcelona en sábado por la mañana.

La agente Duque me esperaba bebiendo un humeante café y me ofreció otro para mí que acepté con gusto. Necesitaba despejarme antes de enfrentarme al culpable del incendio.

En el despacho, ocupé el asiento de la otra vez y cuando vi las imágenes de cerca, supe de inmediato quién era el autor del incendio. La agente me preguntó y, en décimas de segundo, supe lo que debía hacer.

—Creo que tenía razón y son las del súper. No tengo idea de quién puede ser.

Me miró con fijeza unos segundos. Pensé que igual podía darse cuenta de que mentía gracias a su talento como agente, pero dio por buena mi declaración.

—Está bien, seguiremos investigando entonces.

Tenía un as bajo la manga y lo pensaba utilizar.

Mi siguiente parada fue ir al piso de mi Lola. Prefería aclarar ahora las cosas con ella, a solas, era mejor que nuestra hija no estuviera delante.

Llamé al timbre y mi ex me hizo subir.

Esta vez ya no vestía nada tan sugerente y lucía una mirada de soberbia que tiraba para atrás.

—¿Qué quieres?

Ni siquiera me ofreció pasar, tampoco lo necesitaba.

—Menudo recibimiento, se nota que los cheques de mi suegro amansan a las fieras como tú.

—Mira, Andrés, no estoy para gilipolleces. Veo que no has traído a la niña, así que me imagino que tendrás algo que decir.

—Así es, vengo por un asunto muy concreto. Sabes que no me gustan las amenazas, pero después del espectáculo de ayer, me consta que estás perdiendo la cabeza. —Parecía asombrada ante la afirmación—. No puedo dejar a mi hija contigo, no estás bien, Lola. Creo que no has superado lo nuestro y si tenía dudas, ya no las tengo. Sé que tú incendiaste la moto de Esme por celos, así que será mejor que me facilites las cosas y las hagamos bien.

Soltó una risotada.

—No me lo puedo creer, ¿por celos? No tienes ni puta idea de por qué lo hice. ¿Cómo te has

enterado?

—Por una captura. Me sonaba la cajetilla de cerillas. Un error de principiante usar las del bar de tu padre donde estuve esclavizado seis años.

Me miró con suficiencia.

—Bah, esa es una pista de mierda, ya sabes que no va a servirte de mucho. Además, a mí ya me da igual, ya tengo lo que quería. Tranquilo, no te incordiaré más. El trato ha cambiado, así que ya no sufrirás mi azote.

—¿El trato? ¿Qué trato?

Ella me miró de arriba abajo.

—¿De verdad pensabas que iba a estar tan desesperada por un abogaducho como tú? No tienes ni idea. No me ponías de casada y sigues sin ponerme ahora, a mí me van otras cosas que tú no tienes, Andrés, empezando por una cartera bien llena. —Se cruzó de brazos entrecerrando la mirada—. Te mereces todo lo malo que te pase. Nunca fui suficiente para ti, pues ahora te has llevado el gran lote, nada más y nada menos que la hija del diablo. No tienes ni idea de dónde te has metido.

—¿De qué coño hablas? —la azucé.

—De tu querido suegro. Más te vale hacer feliz a su niñita o te veo criando malvas junto a su querida mamaíta. ¿De verdad creías que mi actitud de las últimas semanas había cambiado por celos? No me hagas reír. ¡Despierta! —exclamó chasqueando los dedos—. Él vino a buscarme en cuanto se enteró de que su niñita te tenía en el punto de mira. Le fue fácil dar con tu vida de perro sarnoso y me ofreció una bonita cantidad para separaros. Cosa que no es de extrañar, eres demasiado pulgoso para una perla como ella.

»Pero en vistas de que su querida princesa parece encoñada contigo y que por mucho que hagamos parece engancharse cada vez más a ti, las reglas del juego han cambiado. Ahora debo limitarme a no dar problemas y dejar que su querida nena juegue a las casitas contigo. ¿Qué te parece? Sorprendente, ¿verdad? Has pegado el braguetazo de tu vida, pero ten cuidado, porque entrar a formar parte del círculo del infierno tiene su precio.

Estaba alucinando.

—¿Me estás diciendo que Petrov está detrás de todo esto?

—Bueno, imagino que hay papis muy protectores y tú has dado con el rey de ellos. He seguido todas y cada una de las directrices para que Esmeralda viera en ti, y en Candela, una carga y un nido de problemas. Pero, al parecer, a la chica le pone justamente eso, así que anoche cambiamos el acuerdo. No sufras, firmaré lo que consideres oportuno, incluso un cambio de custodia. Si no tienes nada más que decir, pierdes el tiempo aquí.

—¿Cómo puedes ser tan arpía y venderte de esa manera? —Me asqueaba la mujer con la que

conviví tanto tiempo.

—¿Acaso no estás haciendo tú lo mismo?

—¡Yo quiero a Esmeralda!

—¿A qué precio? No sabes lo que has hecho al dejar entrar al diablo en tu vida.

—¿Te refieres a ti? Porque, que yo sepa, te dejé salir.

Ella me miró con desprecio.

—Al lado de ese hombre, soy un simple corderito. Le has servido tu vida en bandeja y va a bebérsela.

—Petrov no tiene mi vida.

—Sí que la tiene, no te engañes. Si sigues con su hija, te vigilará de cerca y te chupará la sangre todo lo que pueda, volviéndote el alma tan negra y podrida como la de él. No aceptará menos que eso. Yo de ti no le haría enfadar, puedes tener una vida de lo más cómoda o sufrir una auténtica pesadilla. Y si no quieres eso, huye ahora que todavía estás a tiempo. Este consejo no te lo cobro. Si me disculpas, te dejo, he quedado con un amigo. ¡Ah!, y si quieres, trae los papeles esta tarde. Mejor acercaos después de comer, así me das más tiempo para pasarlo bien y ejerces de papi, ya que tienes tantas ganas. Es mi turno de vivir la vida. Querías la custodia monoparental, ¿no? —Afirmé sabiendo que eso era lo que ayer Candela le había insinuado—. Pues toda tuya, ya puedes celebrarlo.

Cerró la puerta dejándome con un regusto amargo. Necesitaba desahogarme, contarle a alguien de confianza lo ocurrido, así que llamé a Michael, pero no me contestó. No me veía con fuerzas de hablar con nadie más de este asunto, por lo que me limité a regresar a casa de Petrov.

Como era habitual, estaban en la piscina Esmeralda, Candela, Marilia, Verónica y el dios del infierno, que bebía vodka desde la hamaca mientras contemplaba a las chicas bañarse.

Me senté a su lado sin titubear.

—¿Ya has regresado? ¿Todo bien?

—Sí, he hecho una parada en casa de mi exmujer. Al parecer, tengo un suegro de lo más persuasivo.

Él me miró y sonrió chasqueando la lengua.

—¿Eso dice Lola? La verdad es que la chupa de maravilla. No cuesta cerrar acuerdos con mujeres como tu ex, son de lo más fáciles. —Me dio asco imaginarlos juntos, pero la veía capaz de ello por un puñado de euros—. Ya sabes que soy un hombre de negocios, Andrés, y que no me gusta perder.

—¿Y piensas que todo vale para que las cosas salgan a tu antojo?

—La vida me ha enseñado que así es.

—¿Qué crees que dirá tu hija cuando sepa lo que has intentado hacer para separarnos? — Esperaba afectarle con aquel golpe, pero su mirada seguía impávida.

—Que soy un padre tremendamente protector y que quería lo mejor para ella, algo que, decididamente, no eres tú. Le imploraré que me perdone porque no estoy acostumbrado a ser padre y asunto resuelto. ¿Crees que tienes algo que hacer con una persona que anhela tanto a un padre como Esmeralda? —Enfrentó mi mirada—. Sabes tan bien como yo que no. Tienes una fuerte intuición y tratar de ponerla en mi contra con algo tan nimio solo te haría perder puntos. Uno debe saber a qué batallas enfrentarse, abogado, y esta la tienes perdida. He claudicado ante ti, sabes que yo quería a Jordan para ella, pero mi chico no fue de su agrado y te eligió a ti pese a todos los inconvenientes, así que te voy a conceder el honor de estar a su lado.

—¿Tú a mí?

Sus ojos se tornaron fríos y oscuros, tanto que me helaron la sangre.

—No tienes ni idea, Andrés. No me conoces y es preferible que no lo hagas. Te prometo que mientras Esme sea feliz, no os molestaré, me mantendré al margen. Pero no me busques o me toques las pelotas, porque terminarás sin las tuyas.

Luka tenía un diario sobre el regazo que lanzó al mío. En primera página podía leerse:

Jordan Stein, joven promesa del fútbol español, ve su sueño roto tras una aparatosa caída que le fractura las dos rodillas, imposibilitándole volver al terreno de juego.

Un duro golpe para la joven promesa, que iba a fichar con el Barça, equipo que, tras el incidente, ha decidido retirar la oferta.

Tras leer la noticia, busqué su rostro.

—Una auténtica desgracia. La vida es muy jodida. Cuando crees que lo tienes todo, un simple chasquido de dedos puede hacer que caigas en picado. No lo olvides. —Apuró el vodka, se levantó y fue corriendo hacia la piscina para lanzarse impecablemente al agua y coger por el hombro a mis dos chicas, que le reían las gracias.

Si había sido capaz de arruinarle la vida a su amante, ¿qué no iba a hacerme a mí si lo decepcionaba?

Un sentimiento desconocido se prendió en mi pecho. Luka Petrov me había metido en su particular juego de ajedrez sin saber que las partidas de estrategia eran mis favoritas, porque un simple peón puede acabar con la reina o, en este caso, quedarse con ella y joder al rey.

Iba a mover las fichas con inteligencia, pues no quería perder a Esmeralda por una jugada equivocada ni que me ocurriera algo malo, a mí o a mi familia. Pero si algo tenía claro, era que iba a dar con la manera de que Luka descendiera al infierno del cual había salido y no volviera a emerger. Pensaba darle jaque cuando menos lo esperara. Ahora tocaba un trabajo de fondo, buscar las piezas que lo catapultaran a un viaje sin retorno, que estaba seguro de que eran muchas. Como él decía, era una persona de fuertes intuiciones. Estaba habituado a carreras largas, así que no temía el paso del tiempo. Me cubriría las espaldas y, tarde o temprano, daría con la manera de arrancarle la máscara y que Esme viera lo mismo que yo.

Sabía que Luka Petrov ocultaba algo gordo, tenía ese palpito y lo iba a encontrar.

Pasé el resto de la mañana confeccionando el nuevo convenio de separación. Candela estuvo de acuerdo en que yo tuviera su custodia y estar con Lola cada quince días y las vacaciones correspondientes. En el ático que el padre de Esme le regaló había suficiente espacio para los tres y ella podría tener su propia habitación.

Cuando llevé a Candela a casa, mi ex era la amabilidad hecha mujer. Firmó los papeles sin dar problemas y acordamos tramitarlo todo lo más rápido posible para que cuando Candela terminara las clases, ya pudiera mudarse con nosotros.

No tenía ganas de volver a casa de Luka, así que le sugerí a Esmeralda pasar la noche en mi piso, los dos juntos y a solas, y el domingo ir a comer con mis padres. Estuvo encantada con la idea y no puso pega alguna. Estar sin nadie dedicándonos en exclusiva a nosotros era justo lo que necesitábamos.

Preparé una cena romántica, con velas incluidas, y charlamos con tranquilidad de nuestro futuro. Esme tenía muchas ganas de volcarse en el proyecto solidario que tenía entre manos y a mí me parecía una gran idea.

Algunos clientes, pese a haber perdido el juicio con Sylvia, habían empezado a telefonearme. Le comenté a Esme mi necesidad de tener un despacho donde pudiera darles la intimidad que necesitaban a los clientes y ambos convenimos que lo mejor era reconvertir el piso donde estaba ahora en un modesto lugar para poder atender a las visitas. Podría alquilar una de las dos habitaciones a algún otro abogado que empezara y juntos sufragar los gastos, pagando a medias el alquiler y la secretaria que seguramente íbamos a necesitar.

También hablamos de nosotros como pareja, de lo que esperábamos de nuestra relación. A ninguno nos entusiasmaba la idea de casarnos, por lo menos, por el momento, o de ser padres. Queríamos ver primero cómo nos iba juntos, viviendo con el único contrato de nuestro amor y fidelidad. Con la educación de una adolescente, teníamos suficiente. Además, Esmeralda quería seguir ayudando a su padre en la educación del pequeño Lucas. Petrov había decidido establecer su residencia oficial en Barcelona para estar más cerca de mi chica y viajar a San Petersburgo de

tanto en tanto.

Eso me dejaba algo intranquilo. Me planteé si contarle o no lo ocurrido, tampoco quería construir algo sobre engaños y que se fuera desmoronando por tener la solidez de un castillo de naipes. Al terminar de cenar, le solté:

—No me gusta tu nuevo padre. —Así, a bocajarro y sin anestesia. Ella me miró con sorpresa y esbozó una sonrisa.

—¿Y eso? Creía que eso solo nos pasaba a las mujeres respecto a las suegras; por cierto, a mí tu madre me encanta.

—Y tú a ella, pero no se trata de eso.

Hice de tripas corazón y traté de contarle lo ocurrido suavizando un poco la realidad, aunque sin maquillarla. Su ceño se estrechó.

—¿Me estás diciendo que nos quiso separar y por eso tu ex me quemó la moto?

—Así me lo contó Lola. Al parecer, le dio carta blanca para que nos separara y que así te quedaras con Jordan. Lo de la moto creo que fue cosa de ella.

—¿Y confías en tu ex para creerla en algo tan grave?

—Después me lo corroboró tu padre en la piscina. —Ella soltó un largo suspiro—. Si te lo cuento, no es para separarte de él, solo quiero que estés al tanto de lo que pasó. Trataré de tener un trato cordial con él y no dejaré de encargarme de sus asuntos porque sé que para ti es importante. —«Y porque al enemigo cuanto más cerca, mejor». Eso no lo dije en voz alta—, pero quiero que entiendas que no es santo de mi devoción. No obstante, tampoco buscaré enfrentarnos o ponerte en su contra, creo que no me corresponde. Si tú lo quieres en tu vida, perfecto, pero sí que me gustaría mantener a mi familia al margen y que no se conocieran. Él puede ser el esperma que te engendró, pero no el hombre que te crio. Los valores que te dieron fueron los de tu familia y tu otro padre. Puede que don Pedro no mereciera la medalla al padre del año, pero el destierro en el olvido tampoco creo que sea su sitio.

Esmeralda acarició el mantel como si tratara de alisar una arruga inexistente mientras reflexionaba. Fueron unos segundos de silencio ensordecedor donde solo escuchaba retumbar a mi corazón. ¿Me dejaría por sincero? Levantó el rostro con suavidad y lo único que vi en su mirada fue cautela y algo de tristeza.

—Comprendo lo que me dices y, en cierto modo, lo comparto. Puede que yo también me haya dejado llevar en exceso por la ilusión de tener el padre soñado y no haya sabido darle el lugar que le corresponde a cada uno. Estoy de acuerdo contigo con que quizás he renegado demasiado rápido del hombre que ostentó el título durante años y he encumbrado al nuevo casi sin conocerlo. Así que te prometo ir más despacio y estar atenta. A mí tampoco me hace gracia que haya querido separarnos porque no creyó que fueras digno de su hija, porque a mí me basta con saber que eres la persona que quiero a mi lado el resto de mi vida.

»Necesito que comprendas que él puede ser mi padre biológico y formar parte de mi familia, pero por encima de ti no hay nadie, porque a ti me une el amor más absoluto y a él, el ADN. — Esmeralda se levantó y se sentó encima de mis rodillas—. No hagas nada que no desees de corazón. Si no quieres trabajar para él, no lo hagas. Yo respetaré cualquier decisión que tomes, sea la que sea. Si quieres que miremos otro piso, lo haremos. Consensuaremos cada una de nuestras determinaciones y las tomaremos juntos, porque lo único que importa somos nosotros y nuestra felicidad. El resto, que se apañe con su vida, que tú eres la mía. —Su vehemencia me hizo sonreír—. No me gustaría tener que elegir, pero no dudes que si tuviera que hacerlo, mi decisión final siempre sería quedarme contigo.

No necesitaba más porque a mí me pasaba lo mismo.

La tomé del rostro y la besé sabiendo que, ocurriera lo que ocurriera, ella siempre sería la única capaz de hacerme perder el juicio.

Tetrapílogo

Michael

Unos días antes del accidente aéreo de Jen

La llamada de Jon me desestabilizó por completo. Cuando supe lo que mi hermana pretendía hacer aceptando el encargo de Petrov, que era poco más que un suicidio, me puse en alerta. Solo había una persona en la que confiaba lo suficiente como para llamarlo y tirar de él en un caso como ese.

—¡Hendricks, qué alegría tu llamada!

—Hola, Hotch. Hace demasiado tiempo.

—Joder, la última vez que nos vimos fue en Yucatán y tu mujer acababa de cargarse a aquel cabrón haciendo volar la Fortaleza.

—Cierto.

—Menudo par de ovarios que mostró la señora Mendoza.

—Hendricks —lo corregí—. Nos casamos.

—Enhorabuena. Y ¿a qué debo el placer de tu llamada?

—Te necesito. Mi hermana se ha metido en un buen lío y la CIA e Irán están de por medio.

—No suena muy bien.

—Para nada bien.

—¿Tienes tiempo para hablar?

—Soy todo tuyo, cuéntame.



Chantal

—¡Estoy tan contenta de verte tan recuperado y apuesto! Creo que eres mi mejor obra hasta el momento, incluso aparentas menos edad y no se te nota nada. ¡Ah! ¡Y no te quejarás del arma de destrucción masiva que te he puesto entre las piernas!

La nueva sonrisa de Benedikt se tensó.

—Para nada, Chantal, estoy completamente de acuerdo contigo. Y aunque todo haya salido perfecto y mi nueva polla sea preciosa, preferiría la antigua. Todavía noto algo de falta de sensibilidad.

—La mejoraremos, no sufras.

—No lo hago, sé que estoy en las mejores manos. ¿Qué tal Sandra?

—Nuestra hija está genial, ya tiene su nueva identidad y está en Barcelona preparando el terreno como pediste.

—No quiero que esta vez las cosas salgan mal.

—Tranquilo, hemos estado avanzando mucho con Petrov y aunque sufrimos algún revés que otro, todo está en vías de solucionarse.

—¿Has dado con Damián? —me preguntó esperanzado.

—Hay que ver cómo te obsesionaste con ese chico, peor que con Xánder. No, todavía no sabemos nada de él. He estado demasiado ocupada tratando de sacarlos de la cárcel, operándolos e intentando volver a abrir más clínicas en otros puntos donde no sospecharan. La cría de clones y el cultivo de la *Salvia* me han tenido absorbida, como para preocuparme por ese mindundi también.

—No te enfades, está bien. Sé que has tenido que encargarte de muchas cosas, demasiadas, pero ahora todo será diferente.

—Puede —acoté molesta porque no comprendiera mi sacrificio por la causa y solo pensara en ese bobo de los Estrella—. No te olvides de que no he tenido descanso y, por si fuera poco, mi juguete está en la cárcel. Le han caído veinte años —protesté enfurruñada—. Y todo porque la hijita del necio de tu abogado resultó ser la hija perdida de Petrov.

—Oh, vamos, no te quejes tanto, te hace mayor. —Odiaba cuando me decía ese tipo de cosas—. Anoche te vi jugando con dos de las nuevas y no se te veía demasiado triste.

Eso era verdad. Sonreí lamiéndome los labios al recordar la sesión de anoche, en la que

participó Ben para comprobar lo bien que funcionaba su recién estrenado pene.

—Ya, pero Quince era especial —admití con melancolía. Había sido mi mejor clon hasta el momento.

—Puedes sacarla de la cárcel como a nosotros si tanto te gusta.

Di un manotazo al aire.

—Demasiado tiempo y esfuerzo. Como bien dices, las nuevas lo hacen lo suficientemente bien y ahora que ya sabemos que aguantan los partos tan bien como ella, se ha vuelto prescindible. Ya se me pasará.

—Me alegro de que así sea. —Me besó la mano con delicadeza.

—¿Qué te parece si esta vez llamas a los chicos y que nos entretengan? Quiero ponerlos a prueba.

—Petrov está muy contento con Adán, dice que es tremendamente resistente.

—Pues deja que sea yo quien juzgue eso, sabes que soy mucho más sádico que él.

—Excepto con Damián —puntalicé.

Al nombrarlo, se encogió.

—Todos tenemos un favorito. —Buscó mi boca y le di un pico.

—No sufras, daremos con él y mientras, nos divertiremos un rato. Voy a por los muchachos, prepárate.

Sabía que Benedikt no había podido olvidarse del mellizo de Nani y que no descansaría hasta que fuera suyo de nuevo, lo conocía a la perfección; al igual que también sabía que no descansaría hasta liquidar a todos aquellos que jodieron nuestros planes. Para eso, era tan vengativo como yo. Me relamí ante la expectativa, yo también disfrutaría de la purga cuando tocara. Ahora me conformaría descargando mi ira contra los clones.



Esmeralda. Tres meses después

Todo parecía ir viento en popa.

Mis amigas eran felices. La Vane había encontrado el equilibrio con Borja y Lorena estaba tan colgada de César que cuando nos dijeron que se casaban en la inauguración oficial del ático con la familia, no salíamos del asombro. Ni siquiera Andrés, que se pasó la noche tomándole el pelo a su hermano. Bueno, él y todos los demás.

César parecía haber sufrido una lobotomía, la oveja negra se había convertido en blanca encontrando el equilibrio en los brazos de mi amiga. Cuando fuimos conscientes de que la cosa iba en serio, Manuela, Nani, Vanessa y yo dimos saltos de alegría. Teníamos una boda que preparar, celebración que, si todo iba bien, llegaría el año entrante.

Mi relación con Andrés no podía ir mejor. Le hice caso y tomé un poco de distancia con mi padre. Iba a verlo una o dos veces a la semana, sobre todo, por Lucas, que me había robado el corazón, pero procuraba que no se metiera demasiado en mi vida. Cuidaba celosamente que no interfiriera en mis asuntos de pareja y creo que pilló el mensaje pues se limitó a mantener un vínculo de cordialidad con ambos. Andrés le llevaba algunos asuntos y me complacía que Verónica se hubiera hecho un hueco en su vida, así lo mantenía entretenido. Además, parecía encajar muy bien en su ambiente.

A Andrés le iba bien el bufete. Al principio costó, pero poco a poco su empeño fructificó y terminó asociándose con uno de los chicos que también había hecho prácticas en el bufete de mi padre. Cada vez tenían más clientes y el negocio parecía marchar, así que buscaron una secretaria para que les facilitara el trabajo administrativo. Monique era una mujer muy guapa y eficiente que había estado trabajando en varias multinacionales. Tras su divorcio en Alemania, decidió regresar a España. Buscaba algo sobre todo para entretenerse y no pensar, así que el puesto le iba como anillo al dedo. Era muy agradable y siempre me recibía con una sonrisa.

No volvimos a saber nada de Jordan. Vi en las noticias que sufrió un percance en las rodillas que lo retiró del fútbol. Candela pasó unos días mal por ese hecho, creo que de alguna manera se culpaba, aunque no tuviera nada que ver. Le mandó varios mensajes para tratar de disculparse a través de mi teléfono y él terminó por bloquearme sin dar respuesta. Ya no supimos nunca más de él, por eso decidimos hacer un viaje que la ilusionara y le hiciera ver que el mundo no se terminaba por un amor no correspondido.

Fue así como decidimos pasar un mes recorriendo Estados Unidos. Fue una experiencia brutal en todos los sentidos. El viaje nos unió mucho más a los tres y nos hizo vivir momentos imborrables. Candela y yo logramos hacernos una foto en las preciadas escaleras del Joker. Los tres días que pasamos visitando Disney los disfrutamos como niños, viviendo la magia que te contagia ese lugar, que es inexplicable. Y sobrevolar en helicóptero el Gran Cañón para aterrizar y ver el atardecer sentados en él no tuvo precio. Estaba convencida de que podías lanzar tus problemas en uno de esos acantilados rojizos y terminaban pulverizados.

Almacené tantos recuerdos bonitos que dudaba que se borrarán alguna vez.

En septiembre, Candela empezó con energías renovadas en el nuevo instituto. Tan renovadas, que encontró a un chico de dieciséis que le hacía tilín y la llenó de nuevas ilusiones. Mucho mejor así. El mundo en el que estaba metido el exfutbolista no era bueno para ella ni para nadie, seguro que el nuevo muchachito era más acorde a lo que ella necesitaba.

Andrés y yo no dejamos de explorar y, en nuestra búsqueda, encontramos que lo que nos ponía, más que el BDSM, era realizar cualquier fantasía que se nos pasara por la cabeza. Cada quince días, cuando a Candela le tocaba estar con Lola, preparábamos alternativamente nuestro fin de semana erótico. Así era como lo llamábamos y cuando nuestra hija estaba delante, porque ya la consideraba así, pasaba a ser la noche de pareja.

Hoy tocaba plan y estaba de los nervios porque Andrés viera el modelito que había elegido. Me apetecía un encuentro a lo 007 y pensaba recrear el mío propio.

Me puse un vestido con tirante espagueti y un amplio corte que subía hasta el muslo. Me recogí el cabello en un moño alto y, como le gustaba a mi chico, prescindí de la ropa interior. Eso me hacía sentir muy sexi.

Entré en el bar del hotel y pedí un *old fashioned* ocupando un taburete vacío de la barra. No había demasiada gente, pero sí un grupo de ejecutivos sentados en una mesa que no dejaban de mirarme. Uno, alentado por los demás, tuvo la osadía de acercarse a mí mientras jugueteaba con la cereza entre mis labios.

—Quién fuera cereza —murmuró apoyando el codo sobre la barra.

Lo observé elevando la ceja. Era atractivo, seguro que esa frase le servía con alguna que otra necesitada, que no era mi caso.

—Quién fuera desierto —le respondí.

—¿Y eso para qué?

—Para que te perdieras y no te viera nunca más —contesté mordiendo la delicada fruta. Su cara de sorpresa no tenía precio, seguro que no esperaba aquella respuesta—. Lárgate, espero compañía y no es precisamente la tuya.

Me miró de arriba abajo con desprecio.

—¿Putas? —preguntó

—¿Gilipollas? —lo secundé.

—Tú te lo pierdes —respondió con soberbia.

—Seguro que sí —musité, notando al momento un par de firmes manos que me agarraban los brazos, erizándome por completo.

—¿La están molestando, señorita? —inquirió la voz masculina en mi oído.

—Para nada, el caballero ya se iba.

El ejecutivo masculló algo entre dientes y regresó a la mesa, donde sus amigos parecían pitorrearle de él. Seguro que había perdido una apuesta, pues lo vi sacar la cartera de malas

maneras.

Las manos masculinas subían y bajaban por mis brazos provocándome miles de sensaciones que nada tenían que ver con las que había despertado en mí ese capullo.

—Me gusta mucho el vestido que se ha puesto esta noche, señorita M, tiene unas vistas fabulosas.

Era consciente de que, desde donde estaba y dada la generosidad de mi escote, podía verme hasta el ombligo. Cogí el vaso y le di un trago.

—Me alegro de que le gusten, Mr. Star. Me lo he puesto especialmente para usted. —Ahora lo llamaba así cada vez que hacíamos uno de nuestros juegos y parecía que le había cogido cariño al nombre, pues lo asociaba con el placer que íbamos a vivir.

—¿Qué le parece si subimos a la habitación y me muestra el paisaje completo?

Me di la vuelta y lo enfrenté. Tenía las pupilas dilatadas y llevaba el traje azul noche que tanto me gustaba, menudos recuerdos me despertaba.

—Pues le diría que creo que las mejores vistas están en el ascensor. —Bajé un poco el hombro para que se deslizara uno de los tirantes y el vestido descendiera hasta el borde del pezón —. ¿Le apetece? —ronroneé perversa.

—Usted siempre me apetece, señorita M. —Fue el quien recolocó la prenda volviéndola a su sitio.

—Sígueme entonces —musité poniéndome en pie y echando a andar provocadoramente.

—Hasta el fin del mundo —masculló detrás, colocando la abrasadora palma de su mano en la piel expuesta de mi cintura.

La noche prometía y mi nueva vida junto a él, más todavía.



Damián

Me senté contemplando la puesta de sol y el cuerpo desnudo que yacía a mi lado.

Había pasado demasiado tiempo, demasiado.

Traté de reordenar mi cerebro, poner cada cosa en su sitio, pero seguía siendo incapaz de encontrarme a mí mismo.

Mis sentimientos desordenados seguían haciendo mella en mí, había experimentado lo suficiente como para saber que estaba más perdido que nunca. Era hora de volver y enfrentarme a mis miedos, a los fantasmas del pasado que me visitaban en forma de hombre, o de mujer, dependiendo de la noche.

Con el amanecer, se dibujó una silueta en mi mente, la de una chica de sonrisa burlona y cabello de colores que me miraba por encima del hombro.

Como en la mayoría de mis sueños, ya no había amor en sus ojos ni esa adoración que había lucido años antes, solo pesadumbre y reproches. Fui incapaz de convertirme en lo que ella anhelaba, pero es que no era capaz ni de saber quién era en realidad.

Seguía sin respuesta, pues por mucho que hubiera experimentado con mi sexualidad, seguía sin encontrarme. Ya no podía seguir escabulléndome, debía enfrentarme a la verdad de una vez por todas y afrontar las consecuencias.

Mi huida hacia delante había concluido. Era hora de volver a casa y hacer frente a la verdad para encontrar las respuestas que necesitaba.

Proximamente:

La Vane



Se acerca el final de la serie. ¿Te lo piensas perder?

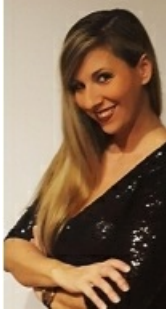
Tu opinión me importa

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!

Rose Gate

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nacida en Barcelona en Noviembre de 1978, nació bajo el signo de escorpio el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. Ojos verdes, de Karen Robards y Shanna, de Kathleen Woodiwiss fueron las dos primeras novelas que leyó, convirtiéndola en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero finalmente dejó aparcada su gran vocación.

En la actualidad, dirige un centro deportivo, casada, con dos hijos y muchos libros devorados, ha decidido poner de nuevo la escritura animada por su familia y amigos.

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

BIBLIOGRAFÍA:

SERIE STEEL

¿Te atreves a descubrir la serie más erótica que hayas leído de la mano de Rose Gate?

Descubre que el verdadero punto G se encuentra en el cerebro.

#SAGASTEEL 10 LIBROS QUE TE HARÁN ARDER.

1. Trece fantasías vol. 1

<http://amzn.to/2phPzuz>

2. Trece fantasías vol. 2

<http://amzn.to/2FWjUct>

3. Trece maneras de conquistar

<http://amzn.to/2pb86ta>

4. La conquista de Laura

<http://amzn.to/2HAWGFT>

5. Devórame

<http://amzn.to/2FULyGK>

6. Ran

<http://amzn.to/2FD3sOM>

7. Yo soy Libélula azul

<http://amzn.to/2FwWhDF>

8. Breogán, amando a una libélula

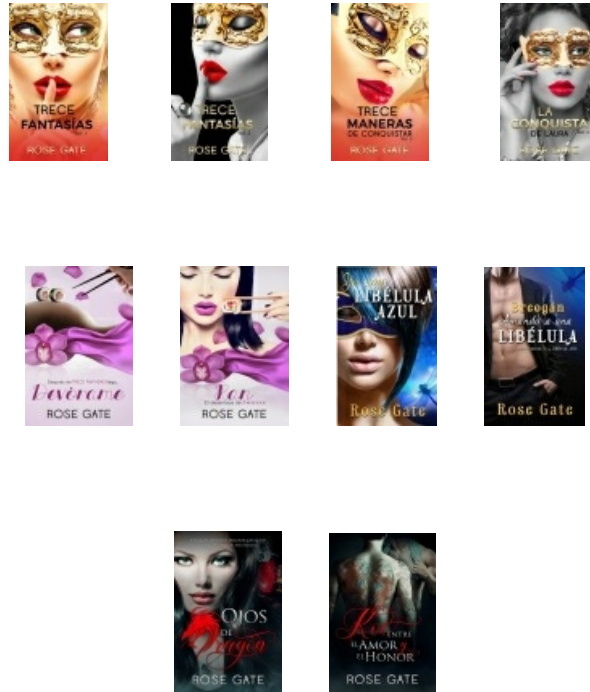
<http://amzn.to/2DhLewl>

9. Ojos de Dragón

<https://amzn.to/2wb5kdk>

10. Koi, entre el amor y el honor

<https://amzn.to/2NNbtRk>



SERIE KARMA

Descubre una bilogía plagada de humor, magia, saltos en el tiempo, amor y mucho picante.

Porque el Karma viste falda escocesa.

1. El Karma del Highlander

relinks.me/B07FBMJ68H

2. La magia del Highlander

relinks.me/B07L1SBM2V



LO QUE PASA EN ELIXYR, SE QUEDA EN ELIXYR

relinks.me/B07NFVBT7F

Una novela divertida, fresca, cargada de romance y escenas de alto voltaje. ¿Te atreves?



SERIE SPEED

SERIE SPEED. Vive la lectura a una velocidad de vértigo.

Un thriller romántico-erótico que te hará vivir una montaña rusa de emociones.

1. XÁNDER: En la noche más oscura, siempre brilla una estrella

<https://relinks.me/1092888659>

2. XÁNDER 2: Incluso un alma herida puede aprender a amar

<https://relinks.me/1095485814>

3. STORM: Si te descuidas te robará el corazón

<https://relinks.me/107532971X>

4. THUNDER: Descubre la verdadera fuerza del trueno y prepárate para sucumbir a él

<https://relinks.me/1692776584>



[1] *Street workout* o calistenia: es un sistema de ejercicios físicos con el propio peso corporal. En este sistema, el interés está en los movimientos de grupos musculares más que en la potencia y el esfuerzo. La palabra proviene del griego *kallos* (belleza) y *sthenos* (fortaleza). El objetivo es la adquisición de gracia y belleza en el ejercicio.

[2] Tema *Di que sientes tú*. Cantante: Chayanne. Autores de la canción: Ricardo Andrés Reglero.

Letra de *Di Qué Sientes Tú* © Sony/ATV Music Publishing LLC.

[3] Canción *Rata de dos patas*. Cantante: Paquita la del Barrio. Compositor: Manuel Eduardo Toscano. Álbum: *Taco Placero*, del 2004.

[4] *Sládkaya*: «dulce», en ruso.

[5] *Crush*: término utilizado por los adolescentes para referirse a algo que les ha causado un flechazo.

[6] Estar *living*: significa que está emocionada/o feliz.

[7] *LOL*: equivalente a «ja, ja, ja». Siglas de *lots of laughs*, algo que hace mucha gracia.

[8] CAP: Servicio Catalán de Atención Primaria.

[9] *Krasivyy*: «hermosa», en ruso.

[10] *Chinarsé*: enfadarse.

[11] Hacer un buen *match*: hacer un buen tándem.

[12] Boque o boquerón: término utilizado para designar a un o a una joven que no se ha liado nunca con nadie.

[13] Perote: sinónimo de pringado, bobo, torpe.

[14] *Mala mujer*. Cantante: C. Tangana. Álbum: *Ídolo*. Autores de la canción: Antón Álvarez Alfaro / Cristian Quirante Catalán / Carlos Efrén Reyes Rosado / Karim Kharbouch. Letra de *Mala Mujer* © Warner/Chappell Music, Inc.

[15] *Contouring*: técnica que permite esculpir rostros gracias al maquillaje.